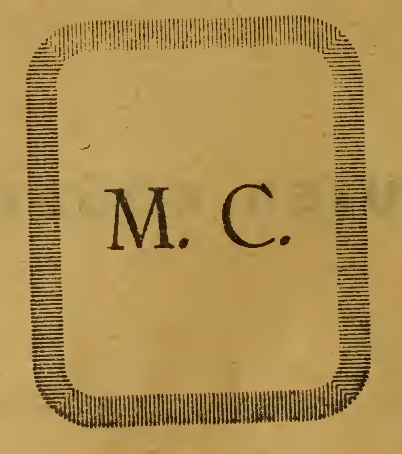

3 1761 09546499 6

LA MUJER ADÚLTERA


M. C.

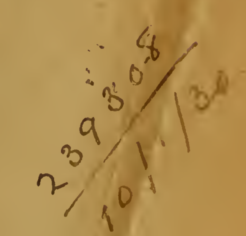
MANUEL CASTRO.—EDITOR (Antes Viuda de Cruz)

La Mujer Adúltera

Novela de costumbres

— POR —

Enrique Pérez Escrich



TOMO PRIMERO

OFICINAS Y TALLERES
Calle de Mazarredo, 4 (esquina a Segovia)

ALMACENES
Pretil de los Consejos, 3, y Juan Duque,

MADRID

A DON JUAN RÓZPIDE

En tiempo del emperador Octavio-Augusto, en las hermosas tardes de primavera, a esa hora en que la violeta alza su cáliz al cielo y la magnolia de las Indias inclina sus hojas hacia la tierra, veíanse cruzar por la *vía Apia* un anciano pálido, macilento, que caminaba apoyado en los robustos hombros de dos esclavos.

Cuando el paseo comenzaba a fatigarle, los esclavos extendían un rico paño de Tiro sobre las gradas del sepulcro de Scipión y el anciano se sentaba para reponer sus fuerzas.

Allí permanecía como una hora en dulce y silenciosa contemplación, ora dirigiendo sus tristes miradas hacia la poderosa Roma, ora fijándolas en la elegante sociedad que había convertido aquel arrabal del Tíber en el bazar del amor, la galantería y la moda.

De vez en cuando un profundo suspiro se escapaba del pecho del anciano, y estas palabras asomaban a sus labios:

—Virgilio, Horacio, Propercio, ¿dónde estáis? ¿Por qué os he sobrevivido? ¡Ay! Los dioses del Olimpo velen vuestro sueño inmortal.

Después sus criados le conducían a una litera, y el anciano regresaba a Roma, pensando siempre en los tres poetas laureados del Tíber.

Aquel anciano, descendiente de los antiguos reyes de Etruria, se llama Mecenas, y era un protector tan incansable de los poetas, que su nombre ha llegado hasta nosotros como un adjetivo glorioso.

Pero ¡ay, hijo mío! *La familia de los Mecenas* se ha perdido en nuestra sociedad, sin duda porque los Horacio y los Virgilio no existen entre los poetas que gastan frac y sombrero de copa alta.

Ahora es difícil encontrar un Mecenas que proteja el libro con su nombre y al autor con sus favores; pero se busca un amigo verdadero y se le dice: «Te dedico esta obra para que tu nombre vaya juntamente con el mío, hasta que sus hojas sirvan en una tienda de comestibles para envolver especias, que no será tarde. Mientras llega este momento fatal, nuestros nombres irán juntos. Después... después... hasta el valle de Josafat».

ESCRICH.

Madrid, 15 de enero de 1864.

LIBRO PRIMERO

HISTORIA DE UN MUERTO

CAPÍTULO FRIMERO

Un muerto que habla como un vivo

ABLO Gurrea era un marino valiente, que, después de recorrer el mundo, cansado de luchar con los elementos y de sufrir a sus superiores, acabó por hacer lo que hacen la mayoría de los hombres: casarse.

Como el casado casa quiere, con sus ahorrillos que trajo de América, compró una casita en las costas de Santander, situada como a un tiro de piedra de Santillana del Mar.

La mujer de Pablo, a quien llamaremos desde ahora Marta, era una muchacha fresca y varonil, la cual le regaló en dos años dos hermosos vástagos, tan rollizos y tan guapos como ella: Angel, que fué el primero, y María, que fué la segunda.

Pablo, al verse padre de aquellos dos ángeles, exclamó con esa alegría del hombre honrado que trabaja para ganar el sustento de su familia sin ofender a Dios ni al vecino:

—Tenèmos un matrimonio. Dios nos lo conserve y no nos dé más.

Dios no tiene nunca los oídos cerrados para los hombres de bien que practican la caridad y duermen a pierna suelta, sin sentir los sobresaltos de una conciencia poco saneada.

Pablo tenía un faluchito de un solo palo y una sola vela latina, embarcación con la cual se viaja a todos vientos, y en la que los intrépidos marinos de nuestras costas pasan y repasan los golfos, los estrechos y los malos pasos, cantando y fumando con la misma indiferencia que si se hallaran en la plaza del pueblo en un día de sol, después de misa mayor, hablando de los viajes de antaño.

Pablo era intrépido, porque las tempestades del océano le habían enseñado a despreciar los peligros: sufrido, porque las privaciones de veinte años de viajes por mar le habían hecho sobrio.

Su frente estaba curtida por el sol de los trópicos y los huracanes.

Sus facciones, duras y fuertemente pronunciadas, tenían cierta hermosura salvaje; pero su corazón, noble y generoso, le hacía el hombre más condescendiente de la tierra para con su familia y para con todos aquellos que llegaban a la puerta de su humilde casita a buscarle.

Amaba a su mujer con todo su corazón, y a sus hijos con toda su alma.

Tenía la fuerza de tres hombres y la sencillez de un niño.

Como todos los marinos que han recorrido el mundo, era ilustrado sin pretensiones.

Sabía leer y escribir lo bastante para ser patrón de

un buque de doscientas toneladas; pero él prefería su pequeño falucho y echar las redes al mar, confiado en la Providencia, con tal de no separarse de su amada familia, de su hermoso valle de Santillana.

Pablo, en una palabra, con su falucho, sus hijos, su mujer, su trozo de huerta, sus dos docenas de árboles frutales, sus ocho gallinas y su gallo, era un hombre feliz.

No aborrecía a nadie, y era amado de todo el mundo.

Cuando, sentado a la puerta de su casa, bajo el verde tendal de la parra, con la pipa en la boca y la pierna derecha a caballo de la izquierda, contemplaba a sus dos hijos fabricando hornos de arena, y a su mujer remendando las redes, no se hubiera cambiado por ningún bajá de tres colas.

Cuando algunos marinos pasaban por delante de su puerta y le veían jugando con los niños, le saludaban con ese respeto que los hijos del trabajo acostumbran cuando se encuentran con un compañero honrado, generoso y valiente.

—¡Parece imposible!—decían al hallarse a cien pasos de la casa de Pablo—. Ahí donde le veis tan casero y tan pacífico; con las aventuras que le han pasado en el otro mundo había lo bastante para escribir un libro más grande que el misal donde oficia el señor cura de Santillana.

—¡Es un valiente!—exclamaban otros.

—Es un marino que honra a los hijos de Santillana.

Así las cosas, los hijos de Pablo cumplieron doce años y al padre le comenzaron a salir algunas canas.

El tiempo es incansable; rueda sobre la humanidad sin detenerse a contemplar lo que destroza a su paso.

La Naturaleza tiene también su marcha infalible, inmutable: para que el niño crezca, el hombre envejece.

Una noche que Pablo estaba cenando con su familia, después de dar gracias a Dios, que le proporcionaba el sustento, salvándolos de las borrascas del mar, dijo a su hijo:

—Angel, vas a cumplir trece años; sabes leer y escribir tan correctamente como el honrado dómine de Santillana que te ha enseñado; yo me voy haciendo viejo, y necesito que me ayudes en mis tareas. Desde el lunes próximo te embarcarás conmigo si quieres ser marino y pescador como yo.

Angel comenzó a dar saltos de alegría.

Amaba al mar y deseaba ser útil a su padre.

Era de la misma *madera* que el autor de sus días.

La madre suspiró.

El mar le daba miedo.

Llegó el lunes, y Angel fué desde entonces el grumete de su padre.

Una tarde de otoño, a esa hora en que el sol se dispone a abandonar el cielo, y las sombras de la noche parecen salir del fondo de los mares, como ansiando la conquista del firmamento, Pablo, con la pipa en la boca, el cuerpo inclinado, el codo sobre los bordes de una de las bandas de su barca, y el carrillo derecho apoyado en la palma de la mano, contemplaba con verdadero éxtasis los caprichosos celajes que precedían la puesta solar.

El fertil valle de Santillana comenzaba a despoblarse de flores y frutos.

Los árboles sacudían las amarillentas hojas, y las brisas otoñales anunciaban con sus húmedos suspiros la proximidad de las nieves.

Marta, aprovechando la última luz de la tarde, se entretenía en remendar una zamarreta de lana de su marido, prenda que, según su cálculo, debía hacerle falta muy en breve; a su lado se hallaba su hija María, muchacha de doce años de edad, morena y agraciada, como uno de esos tipos de pura raza española de nuestras costas; esta niña trabajaba también al lado de su madre, y, por último, Angel, primogénito, sentado sobre un ruedo con las piernas cruzadas a la oriental, arreglando los aparejos de pescar en una cesta de esparto.

Angen tendría entonces catorce años; era un buen hijo, y prometía ser un buen mozo.

Pablo contemplaba sonriendo aquel cuadro de familia, que era su fortuna; aquel grupo, que era la alegría de su corazón; aquellos tres seres a quienes amaba más que a su vida, tanto como a su honra.

De vez en cuando, aquel marino, en cuyo semblante se veía la satisfacción y la felicidad, dirigía los ojos hacia el mar, que se hallaba a su izquierda, y luego hacia el valle, que se hallaba a su derecha.

—¡Oh! Esta tarde bien podéis tacharme de gandul, de haragán, de perezoso—dijo Pablo, despidiendo una bocanada de humo, que se elevó hacia el cielo.

—¡Tú haragán!—repuso Marta alzando los ojos para fijarlos en su marido.

—¡Ya lo creo! Todos trabajáis como unos negros, mientras que yo os contemplo desde aquí con la perezosa indolencia de una criolla millonaria.

—¡Harto trabajas, Pablo mío!

—¡Dichoso el que puede trabajar como yo, querida Marta! Los pobres sólo podemos pedir dos cosas a Aquel que desde el cielo dirige los negocios de la tierra: salud y trabajo.

—Es verdad.

Pablo chupó la pipa, y haciendo un movimiento de hombros, volvió a decir:

—¡Pobre!... ¿Quién no es pobre en el mundo?... La fortuna es cuestión de carácter. Hay ricos pobres y pobres ricos. Eso lo saben todos, aunque no hayan hecho más viajes que de Cádiz al Puerto. Oí decir en el Congo, que es un país donde la buena fe aún no está maleada, que el único hombre feliz que existió en el orbe no tuvo camisa. Nosotros ofenderíamos a Dios quejándonos de nuestra suerte. Tenemos los hijos sanos y hermosos, un pedazo de cáscara, que me lleva en su seno como la madre cariñosa a su hijo; unos aparejos que están en muy buen uso, y en la marmita del hogar unos pageles guisados a la marinera, que no los cambiaría por la cena de un almirante de la armada rusa, que, dicho sea de paso, son los marinos más tragones que recorren el charco.

—¡Oh! Mucho decir es eso, padre mío—dijo a su vez María, que era la que andaba por entonces en la cocina.

—No te adulo. Si el emperador de la China comiera

un guiso de los que tu madre te ha enseñado y tú has perfeccionado, estoy seguro de que se dejaría los pavos reales rellenos con sesos de canario, de que tanto gusta el celeste señor.

—¿Y quién te ha dicho a tí eso?—le preguntó Marta sonriendo.

—¡Toma! Cuando yo era marino sabía muchas cosas.

—¡Pues qué! ¿No lo es usted ahora, padre mío?—repuso Angel.

—¡Psch! Por el mar andamos todavía, hijo mío, y andaremos hasta que Dios quiera; pero como nunca nos separamos de la tierra veinte millas, casi me creo uno de esos pescadores de caña, que enclavados en la orilla de un río, se les forma por su inmovilidad una tela de araña desde la punta del pie hasta la tierra que les sirve de base. En una palabra: he perdido el oficio.

—Nuestros peligros corremos también, padre mío, y algunas veces, de marino, muy marino, ha dado usted muestras. Y si no, sin ir más lejos, el jueves pasado, cuando aquella ráfaga...

—¡Eh!, esas cosas no se cuentan, muchacho. El marino debe borrar de la memoria las caricias que le tributa en alta mar el viento de Levante.

—Nada me habéis dicho—objetó Marta—. Yo no sé por qué me ocultas lo que te sucede. ¿Tengo yo secretos para ti?

—¡Anda! Ya se cree tu madre que un tiburón tuvo nuestras vidas entre sus dientes... ¡Tonta! ¡Valiente caso hacemos nosotros de los cuatro vientos ni de las malas

caras del mar! Con la tierra a la vista y nadando como una sardina, no hay miedo que el pellejo se hinche en agua salada.

Pablo, que no quería prolongar aquella conversación, dirigió la vista hacia el pueblo de Santillana, haciéndose el distraído.

El sol comenzaba a hundirse tras la espesa arboleda, y sus últimos rayos daban de lleno en el rostro de Pablo.

Sin duda alguna, llamó la atención del marino algo, pues, colocándose la mano sobre la frente, dijo con admiración:

—¡Calla! ¿No veis lo que viene por la vereda de Santillana?

Todos volvieron la cabeza hacia aquel sitio.

—Sí—dijo Marta—; veo perfectamente un hombre que lleva una niña de la mano.

—Parece que se dirigen hacia aquí—dijo a su vez Angel.

—Y la niña es como yo—repuso María.

—¿Quién será ese hombre? El camino que trae es el de nuestra casa.

Durante estos comentarios, el hombre y la niña llegaron hasta donde se encontraba Pablo y su familia.

Allí se detuvieron.

El hombre, que tendría unos cuarenta años de edad, llevaba medio oculto el semblante bajo las anchas alas de un sombrero de castor.

Veíase la barba canosa y parte de la nariz.

Su traje era una especie de saco de paño negro

abrochado por una presilla de lana junto al cuello, un pantalón de pana a cuadros y unos zapatos blancos de piel de vaca.

Era alto, y aunque un poco demacrado, había en su apostura cierta nobleza, cierta majestad que contrastaba visiblemente con el humilde traje que vestía.

Hubiérase dicho que aquel viajero era uno de esos militares pundonorosos y valientes que después de regar cien veces con su sangre los campos de batalla, dejan el servicio de las armas cubiertos de heridas y cargados de desengaños.

Aquel hombre llevaba una maleta bajo el brazo.

La niña que le acompañaba tendría, a lo más, doce años.

A pesar de la extremada demacración de su cuerpo, pues se hallaba en ese período en que la Naturaleza se estira desfigurando las formas, aquella niña era hermosa, pero con una hermosura provocativa.

Estaba muy pálida, pero la vida que faltaba a sus mejillas parecía haberse reconcentrado en sus grandes y rasgados ojos, negros como una noche de tempestad.

Mirando aquellas pupilas se adivinaba el rayo.

Sus grandes pestañas, retorcidas, parecían desafiar a los curiosos. Sus labios, perfectamente delineados y algo gruesos, formaban dos hoyuelos deliciosos en sus extremos.

Su barba, redonda y hundida en el cen… …tro, tenía algo de esas barbas encantadoras que … nos ha dejado Rubens en sus lienzos.

Cuando las ch… …padas mejillas de aquella niña adquieran

la morbidez y la frescura que prestan las diez y seis primaveras; cuando aquella barba acabe de contonearse y los labios roben las encendidas tintas al carmín, su boca debe pedir, eternamente, un beso.

Todo esto se adivinaba a través de aquel semblante perfectamente hermoso, a pesar de su extremada demacración.

Aquella niña estaba destinada a ser una de esas morenas encantadoras que resplandecen como un cielo sin nubes, que tienen fuego en los labios, fuego en los ojos, fuego en la mente.

El traje de la niña era modesto y sencillo: vestido negro bastante usado, un sombrerito de paja ordinaria de los que se fabrican en los puertos de mar y en los presidios, y unas botitas blancas de badana.

Los dos viajeros se detuvieron delante de la familia del pescador, que los contemplaba con una curiosidad creciente.

—Dios te guarde, Pablo—dijo el extranjero con voz entera y tranquila.

Pablo se estremeció de un modo visible al oir aquella voz; cayósele la pipa de la boca, y pasándose las manos por los ojos, como si alguna nube los oscureciera, murmuró esta frase, cuyo significado sólo el extranjero comprendió:

—Los muertos ¿hablan como los vivos?

El hombre de la barba dejó asomar a sus labios una sonrisa de amargura, y, quitándose el sombrero como para saludar a la familia de Pablo, dijo en voz baja:

—Lo que no impide que los vivos callen como los múertos.

Pablo retrocedió, como si quisiera parapetarse tras la barca que le servía de apoyo.

—Pablo—volvió a decir el viajero acercándose hacia el marino y bajando la voz—, ya que los muertos hablan como los vivos, según tú dices, te ruego que no pronuncie tu lengua el nombre que llevaron antes de morir.

Pablo no despegó los labios, pero en sus ojos se retrataba el espanto.

—¿Es tuya esa barca?—volvió a preguntar el extranjero.

Pablo indicó que sí con la cabeza.

—Coge tus redes y tus remos y bota la barca al mar; esta noche voy a servirte de grumete.

Pablo colocó en la barca todo lo que había indicado el extranjero.

Durante el corto espacio que empleó en esas operaciones, la familia del marino contemplaba absorta y sin atreverse a respirar a aquel hombre que, con el sombrero en la mano e impasible como una estatua, disponía a su antojo.

Cuando el marino terminó, el extranjero, acercándose a Marta, dijo:

—Buena mujer, mientras Pablo y yo arrojamos esta noche las redes al mar, hacedme el favor de cuidarme esta niña y esta maleta.

Después saltó sobre la barca, y, dirigiendo una mirada a Pablo, volvió a decir:

—Vamos.

El marino apoyó el extremo de un madero bajo la popa de la barca y, empujando con fuerza hacia el mar, la frágil embarcación se deslizó sobre los palos engrasados que la sostenían, y entró en las aguas.

Pablo, no sin mojarse, saltó a su vez sobre la barca.

—¿A dónde vamos?—preguntó con voz insegura.

—Allá—le respondió el extranjero extendiendo el brazo en dirección a Oriente.

Pablo, observando que el viento era de tierra, armó la vela. El extranjero empuñó la caña del timón.

En aquel momento, el sol acababa de hundir el último rayo en Occidente.

La noche reinaba en el espacio.

La frágil embarcación, empujada por la brisa, iba apartándose de la orilla con una rapidez increíble.

El extranjero la gobernaba, desde la popa, como si fuera un juguete.

Pablo, sentado junto al palo sin despegar los labios, contemplaba a aquel hombre.

La luna, que estaba en su lleno, derramaba torrentes de tibia luz sobre las aguas del mar.

Un rayo de esta luz iluminaba al silencioso y meditabundo timonero.

Este hombre, con la frente descubierta, en la que se veía una profunda cicatriz, aspiraba con placer el viento de la mar. Sus ojos parecían gozarse en la contemplación de la noche.

Aquella mirada tenía algo de grande, como la inmensidad de los mares; algo de melancólica, como los rayos de la luna.

20



Lit. J. Palacios, Madrid.

La frágil embarcación, empujada por la brisa, iba apartándose de la orilla...

Pablo miraba con fijeza al extranjero como se mira un sér sobrenatural.

El extranjero miraba al mar como se mira un objeto que nos fascina.

De vez en cuando aspiraba con placer el aire fresco de la noche.

Después, un profundo suspiro se escapaba de su pecho.

Así transcurrió una hora.

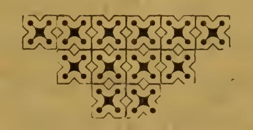
Por fin el extranjero volvió la cabeza para mirar hacia Occidente.

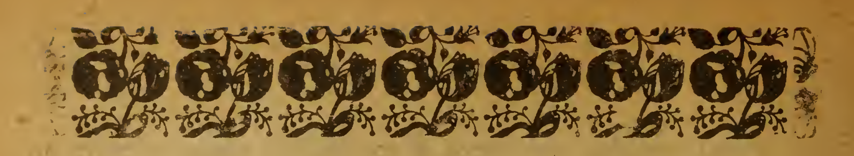
—Pablo—dijo—, el faro de Santander se halla a tres millas de nosotros; amaina la vela, porque hemos llegado al sitio que quería.

Pablo obedeció.

La frágil embarcación comenzó a mecerse sin hacer camino.

—Ahora, amigo mío—volvió a decir el extranjero—, siéntate a mi lado, y puesto que nadie puede oirnos, escucha porque los muertos hablan como los vivos.





CAPITULO II

A la luz de la luna.

L extranjero, compadecido sin duda del pánico de aquel honrado marino, le tendió una mano, y dejando vagar en sus labios una sonrisa llena de bondad, le dijo con tranquilo acento.

—Pablo, puedes estrechar mi mano sin miedo. Por desgracia, no soy un muerto que vuelve al mundo a turbar la tranquilidad de los vivos. Soy un hombre como otro cualquiera, tal vez el más desgraciado de todos los hombres, y sin embargo, podía haber sido tan feliz...

Y el extranjero exhaló un suspiro doloroso.

Pablo, a quien las palabras de su compañero comenzaban a tranquilizar, estrechó aquella mano que le presentaba, murmurando en voz baja:

—Pero ¿es verdad que usted vive, señor conde?

—Si, Pablo; vivo, si el vivir es respirar sobre la tierra, sufrir entre los hombres.

—¿De modo—volvió a decir el marino—que aquel día aciago no fué el último para usted?

—Sin duda, puesto que me hallo en tu barca, a tu lado y hablando contigo a la luz de la luna y en medio del mar, sin más testigos que la brisa de la noche y los rayos de la reina de las tinieblas, que caen sobre nosotros.

—Pero yo no me explico, señor, por qué hemos venido aquí para hablar. ¿No tengo allá en tierra una casita?

—Necesito saber si puedo contar contigo.

—Esta pregunta me ofende. Siempre he oído que la ingratitud es el defecto más asqueroso de la criatura. Mi vida es de usted, señor conde.

—Gracias, Pablo.

—Mucho amo a mi familia; me voy haciendo viejo, y la paz del hogar me encanta; pero si el señor conde quiere tornar a sus viajes, a sus aventuras pasadas, puesto que ahora es un vivo como yo, soy suyo en cuerpo y alma.

—Tranquilízate, Pablo. No vengo a turbar la paz de tu familia. Vengo a hacerte un depósito, porque sólo tú me inspiras confianza.

—El señor conde me honra demasiado. Yo le debo lo que soy y lo que tengo: no hago mucho ofreciéndole lo que valgo. Pero la noche, aunque serena y clara, se va poniendo fresca—continuó Pablo—. El señor conde me permitirá que le preste mi capote.

Y Pablo colocó un capote de abrigo sobre los hombros del extranjero.

Este apoyó la frente en las manos, permaneciendo inmóvil algunos instantes.

Pablo no se atrevía a interrumpirle; contemplaba con religioso silencio a aquel hombre, tal vez abismado en sus recuerdos.

El extranjero, por fin, levantó la cabeza.

Sus ojos estaban enrojecidos por lás lágrimas.

La luna caía como una lluvia de plata sobre las tranquilas aguas del mar.

La brisa apenas tenía aliento para gemir sobre las ondas dormidas.

La frágil navecilla se balanceaba dulcemente, y allá a lo lejos se divisaba la tierra, oscura como un horizonte sin luna, por donde se veía acá y allá alguna que otra luz de las cabañas de la costa.

—¡Oh! ¡El mar!...—exclamó por fin el extranjero, exhalando un prolongado suspiro—. ¡El mar!... Bello es el mar cuando la clemencia de Dios se retrata sobre sus olas, cuando la luna derrama sobre su intranquilo seno la tibia luz de su frente. Aquí el corazón se ensancha, y al tender la mirada por el horizonte sin fondo, parece que se dilata algo dentro de nuestro sér. El ruido de las olas tiene más armonía que el ruido de los hombres. La poderosa voz de la tempestad es menos terrible que las palabras engañadoras que se emplean en la tierra para burlar nuestra buena fe... ¡El mar!... ¡El mar!... ¡Mi única esperanza!

Aquella lamentación del extranjero podía tomarse como el preludio doloroso de alguna historia que iba a asomar a sus labios.

Hubo un momento de pausa.

Pablo esperaba. Sus aventuras estaban entrelazadas con las de aquel hombre que tenía delante; pero un paréntesis los había separado; esto es, desde la muerte del conde hasta el instante en que se presentó a la puerta de su casita, diciéndole: «Buenas tardes, Pablo. ¿Es ésta tu familia?»

Este paréntesis duró doce años.

¿Cómo había encontrado el conde su morada? ¿Cómo se había salvado? ¿Quién era aquella niña?

Estas eran las preguntas que, tropezando las unas con las otras, aturdían al honrado marino.

Para mayor claridad, y antes que el extranjero tome la palabra y explique lo que a Pablo le tiene tan preocupado, nosotros referiremos al lector lo que a Pablo le aconteció con el extranjero.

. . . .

En los últimos días del mes de Agosto del año 1842, fondeó en el hermoso puerto de San Francisco de California un bergantín que llevaba izado el pabellón español.

Los desocupados, que nunca faltan en los puertos de mar, contemplaban aquel gallardo buque haciendo mil comentarios, pues por aquellos días la insurreción de los indios de la Misión preocupaba los ánimos.

El bergantín tenía la esbelta construcción de los norteamericanos; pero en tabla de popa se leía: *Cervantes*.

Este nombre ilustre y los colores rojo y amarillo de la bandera, no dejaban duda de que era procedente de España.

Penetremos en la cámara de popa del bergantín *Cervantes*.

El camarote del capitán, más que el camarote de un marino, parecía la biblioteca de un sabio.

Las cuatro paredes eran simplemente cuatro estantes, y en medio de aquel reducido espacio hallábase una mesa de caoba, donde se veían algunos volúmenes esparcidos.

Un hombre de elevada estatura, rostro expresivo, negra barba y mirada de águila, vestido con una levita azul, pantalón y chaleco blancos y gorra con galón de oro, se hallaba sentado junto a la mesa con un libro en la mano. Este libro se titulaba: *Viajes del capitán Cook*.

Sin duda alguna, debía preocuparle mucho la lectura del intrépido marino inglés, pues no observó que un hombre, asomando la cabeza por la escotilla con el sombrero en la mano, esperaba, sin duda, que levantara la vista para dirigirle la palabra.

—Capitán, ya hemos anclado—dijo por fin el hombre de la escotilla viendo que reparaban en él.

—¡Ah! ¿Eres tú, Pablo?—le dijo el capitán, dejando el libro sobre la mesa—. Ponte el sombrero y baja.

Pablo, que era un tripulante, o, por mejor decir, el contramaestre del bergantín *Cervantes*, entró en la cámara de su jefe.

—Toma asiento—volvió a decir el capitán—. Tenemos que hablar.

—Me sentaré, ya que usted me lo manda; pero...

—¡Eh! Siéntate y fuma. Llena tu pipa. Ahí tienes tabaco árabe, de ese que tanto te gusta; de ese que arrancaría

a pedazos los pulmones de un señorito de tierra, de uno de esos petrimetres de la corte que van durante el verano a refrescas su escuálida naturaleza en nuestros hermosos puertos de Santander. Siénta'e, pues, y no estés con ese aire encogido. ¡Qué diantre! ¿No somos hermanos?

—Cierto, capitán, que se honró mi madre y honró a la familia alimentando a usted con el jugo de sus pechos. Pero de un conde a un marino hay mucho mar por medio. De un contramaestre a un capitán de la Marina Real hay algunas millas de distancia.

—Pero nunca tanta—repuso el capitán sonriéndose—, como de las Californias a nuestro hermoso valle de Santillana del Mar.

—Mucha agua salada ha cortado la quilla de nuestro bergantín. Bien es verdad que no hay otro más velero, más gallardo. Cuando corre el gran charco con todos los trapos desplegados, parece una sardina perseguida por un pez grande; cuando se pone al pairo, es una gaviota.

Pablo, hablando del buque, iba perdiendo poco a poco la cortedad.

Distraídamente alargó la mano a un cajón de cedro que había sobre la mesa, y llenó su pipa.

Después sacó una bolsita de cuero y se dispuso a encender una yesca.

El capitán contemplaba todas estas maniobras con sonrisa benévola.

Pablo, sin duda, se apercibió de lo que estaba haciendo, y alzó los ojos mirando de un modo expresivo al capitán.

Este le dijo.

—Fuma, fuma; te lo permito. Yo también voy a encender mi pipa.

—Usted, señor conde, honra demasiado a este pobre marino.

—Contramaestre, Pablo, contramaestre, y, además, hermano de leche; y si a esto añades que hemos servido al rey en un mismo buque, por algunos años, creo, que con todas estas razones bien podemos fumarnos una pipa entre estas cuatro paredes.

Pablo encendió su pipa diciendo:

—Fumemos, puesto que usted lo quiere.

—Pablo—continuó el capitán, después de encender a su vez la pipa—, nos hallamos anclados en San Francisco de California, es decir, en el término de nuestro viaje. Estoy contento de ti, y quiero recompensarte.

—Señor conde, recuerde usted que mi pobre madre murió en su cama sin carecer de nada, y que sus restos se hallan sepultados bajo una losa de mármol en el humilde cementerio de Santillana, donde puedo ir de vez en cuando a decirle que un hijo, que se precia de hombre de bien, no olvida nunca a su madre; a usted debo los socorros en vida y la honra en muerte de la que me llevó en sus entrañas. Recuerde usted también que en el puerto de la Habana me salvó, peleando a mi lado, del furor de aquellos cuatro forajidos que amenazaban rebanarme la cabeza, como una sandía, con las hojas de sus machetes. Si éstas no son bastantes recompensas para los servicios que haya podido prestarle, entonces que venga Dios y lo vea.

—Sin embargo, hace dos años que recorremos el Pacífico.

—¡Pues qué! ¿No he cobrado yo mis veinte duros al mes?

—Eso no es bastante, Pablo. Yo soy rico; tú tienes veintiocho años; a esa edad, el hombre empieza a ocuparse en el porvenir, desea ser libre, tener una familia. Tú me has dicho muchas veces que allá, en el valle de Santillana, vivía una muchacha...

—¡Ah, sí; Marta, mi novia! ¡Pobre chica! ¡La quiero tanto como a usted! ¡Toma! Como que la he ofrecido casarme en cuanto mis ocupaciones me lo permitan.

—Pues bien, te casarás con ella.

—¡Yo, señor!... ¿Qué diablos va a hacer un marino casado, teniendo la mujer en las costas de Cantabria y estando él en el Pacífico?

—Tú puedes casarte con ella, tener una casita a la orilla del mar, bajo aquel sol que te vió nacer, comprar un falucho y dedicarte al comercio de cabotaje recorriendo la costa.

—¡Bah! Esos son los cálculos que se hace Marta. Pero... para eso...

—Se necesita dinero, ¿no es verdad?

Pablo se encogió de hombros.

El capitán se levantó, y abriendo un pequeño cajón empotrado en la pared, sacó un taleguito, y volviendo a sentarse, dijo, alargándoselo a Pablo:

—Aquí tienes cien onzas de oro: son tuyas; te las regalo. Figúrate que a Marta se le ha muerto un tío en las Indias y le ha dejado esos mil seiscientos duros para su dote.

Pablo abrió los ojos como si un espectro hubiese pasado por delante de él.

—¡Pero, señor conde, esto es mucho para un pobre! ¿Qué voy a hacer yo con tanto dinero?

—Procurarte la felicidad que te falta.

—Pero...

—¡Eh! No seas bobo. Tal vez dentro de poco tengamos que separarnos. Tienes que volver a España. ¿Qué harás allí sin dinero? Entrar al servicio de un buque mercante, sufrir toda tu vida las impertinencias de tus superiores; no casarte nunca con Marta; en una palabra: morir abandonado en la bodega de un buque y servir después de pasto a los tiburones. Guarda, pues, ese dinero, y no se hable mas de este asunto.

Pablo, con la boca entreabierta y los ojos espantados, miraba aquella fortuna que le ofrecían, sin atreverse a extender la mano para cogerla.

El capitán le obligó por fin a que la tomara, y Pablo no tuvo ni un aliento para darle las gracias.

—Hablaremos de otra cosa—volvió a decir el capitán—. Quiero que me acompañes a tierra; ignoro todavía si mi permanencia en San Francisco será larga o corta. Voy a cumplir, como sabes, la última voluntad de mi difunto padre. Después pienso recorrer las Misiones, Tierra Firme, las riberas del río Colorado y Sierra Nevada. ¿Quieres acompañarme durante estas expediciones?

—Señor, yo no me separo de usted mientras no me diga: «Vete.»

—Pero, ¿y Marta?

—¿Marta? Marta tendrá paciencia. A los dieciocho años aún no se le pasa el tiempo a ninguna muchacha. Además, ella es rolliza, fresca, y las chicas gordas tardan

más en envejecer. Quede sentado que salto a tierra con usted, y luego Dios dirá.

—Dispón, pues, que preparen el bote. Vamos a saltar a tierra.

Una hora después, el capitán y Pablo desembarcaban en la rada de San Francisco.

Los dos se encaminaron hacia la ciudad, el capitán delante, como hombre que conocía el terreno.

Llegaron a los arrabales y se detuvieron ante una hermosa quinta situada en medio del mar.

Un hombre que por sus pronunciadas facciones, su color cobrizo y ancho chaquetón de dril demostraba ser uno de los indios de Tierra Firme, se hallaba recostado en el tronco de un arbol.

—¡Eh! ¡Buen hombre!—exclamó el capitán dirigiéndole la palabra—. Diga usted al señor de Araguay que aquí está un marino esperándole.

El indio entró.

El capitán se refugió bajo el anchuroso tendal que decoraba la casa.

Pablo se quedó a algunos pasos de distancia.





CAPITULO III

Tula.



OS minutos después escuchóse una voz en el interior de la casa.

—¿Dónde está ese infame tiburón, ese incansable viajero, ese oso marino, que tarda dos años después de su carta en llegar a estas costas?

El que así hablaba era un viejo flaco, alto, de rostro apergaminado, que envuelto en una larga bata de hilo, salía del interior de la casa con los brazos abiertos.

El capitán corrió a su encuentro.

Ambos se abrazaron con el cariño de dos buenos amigos que se ven después de una separación larga.

Pablo, que se había quedado a alguna distancia esperando las órdenes de su capitán, vió que una joven procuraba ocultarse entre las espesas hojas de un cenador, desde donde no apartaba sus miradas, fijas siempre en su capitán.

—¡Ah, tunante!—decía el viejo—. ¿Conque prefieres recorrer el Pacífico haciendo escala en todos los puertos? ¿Conque te estás dos años recorriendo el charco

en todas direcciones y guardas tu última parada para esta pobre California? ¡Infame! ¡Ya me las pagarás! ¡Ya me las pagarás! No esperes que te dé participación en mis minas, en mis plantaciones. ¡Nada! ¡Nada! Tú te quedas con tu planta mezclada que circula por la tierra. y yo con el oro puro que encierran las entrañas de este país privilegiado.

—Mi querido tío, yo espero que usted me perdone el viajecillo que acabo de hacer. Al fin y al cabo, las canas deben ser tolerantes.

—No digo que no, no digo que no; pero está mal hecho. ¡Dos años! ¡Veinticuatro meses! ¿Y si yo me hubiera muerto durante este tiempo sin ver, como tu desgraciado padre, realizadas todas las aspiraciones de mi vida?

En aquel momento, el señor de Araguay dirigió la vista en derredor suyo como si buscara algo; y tropezando con la impasible figura de Pablo, continuó de este modo:

—¿Quién es ese estafermo que está ahí, tieso como la mujer de Loth cuando su curiosidad la convirtió en estatua de sal?

—Ese—contestó el capitán—, es mi contramaestre; un bravo marino, uno de esos servidores que, como usted diría, no se encuentran hoy.

—Que pase adelante, pues de lo contrario, este maldito sol de la California va a levantarle una vejiga en el cogote.

—No hay cuidado, querido tío. Pablo está acostumbrado a los efectos cariñosos del sol de los trópicos. La

ráfaga más furiosa del huracán no le hace pestañear, la ola más encrespada durante la tormenta no le arranca de su puesto.

El capitán hizo una seña a Pablo, y éste avanzó algunos pasos hasta colocarse en el tendal.

—Tienes buena facha—repuso el anciano mirando al marino—; hay en tu semblante algo que inspira confianza. ¿Eres también de nuestras costas?

—Nací en Santillana del Mar.

—Entonces somos casi paisanos. Yo soy de Santander; ya lo sabes, cinco leguas más hacia el golfo de Vizcaya. Tu pueblo es bonito. ¡Ah! No me disgustaría recorrer otra vez aquellas costas. ¡Qué tiempo aquel, querido sobrino! Tú no habías nacido aún. Pero, ¿qué diablos hacemos aquí bajo este tendal, rodeados de mosquitos? ¡Adentro, adentro todo el mundo!

Y dirigiéndose al marino, mientras se cogía del brazo de su sobrino, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Pablo, señor.

—Pues bien, Pablo, entra por donde quieras; pide de almorzar o de comer; por ahí encontrarás cuatro o seis indios más salvajes que los barrancos de Monte Nevado; pero si no te obedecen, si no cumplen con su deber, te faculto para que les rompas una costilla o dos, o las que quieras, que buenos puños tienes.

Pablo saludó al viejo sonriéndose. El señor de Araguay cogióse del brazo de su sobrino y le dijo:

—Entremos adentro. Esa loquilla de Tula tal vez esté meciéndoee en una hamaca.

El capitán y el viejo entraron en una sala baja, espaciosa y que recibía la luz por cuatro grandes ventanas, cubiertas casi en su totalidad de hojas y flores.

En aquella habitación se respiraba un ambiente fresco y perfumado.

Desde aquellas ventanas se veía el mar y el monte.

—Siéntate, querido sobrino—dijo el viejo apoderándose al mismo tiempo de una inmensa hamaca de mimbres que se mecía como un columpio al menor movimiento del anciano—. Ahora vamos a ver por dónde anda mi hija, porque supongo que tú tendrás ganas de dar un abrazo a tu prometida.

El capitán se inclinó.

El viejo, que era un torbellino de sesenta años, comenzó a dar grandes voces, diciendo:

—¡Yenkis! ¡Yenkis, o cualquiera! ¡A ver una aquí, al comedor!

Una india, pequeña de cuerpo y carirredonda, apareció en la puerta, sonriéndose del modo más alegre del mundo y enseñando unos dientes más blancos que la nieve.

—¿Qué quiere el señor?—dijo con acento español algo encastado con el inglés.

—¡Sordos de los diablos! Algo querré cuando os llamo. Bnscad ¡con treinta mil de a caballo! a mi hija, y decidle que tenemos una visita.

La india salió.

—Estoy impaciente porque veas a Tula—volvió a decir el viejo—. Hace próximamente cuatro años que no la has visto; tenía entonces quince primaveras y era

un capullo lozano y hermoso; pero ahora tiene diez y nueve abriles, el capullo se ha convertido en flor, su hermosura es más esplendorosa y su perfume más fragante. ¡Ríete hombre!... ¡Qué tontos somos los padres!

—Nada de exagerado encuentro, querido tío, en esas palabras. Tula debe ser un modelo de belleza, a juzgar por lo que era hace cuatro años.

—Mira, Pedro (éste era el nombre del capitán); sin que esto sea exageración, apuesto un celemín de polvos de oro de los que produce una de mis minas, a que en toda California antigua y moderna no se encuentra una muchacha más bonita ni más lechuguina que mi hija. Pero tiene un defecto: es caprichosilla, y muchas veces se me sube a las barbas. ¡Qué quieres! Los viejos no servimos para padres; el papel de abuelos nos sienta mejor. ¡Qué diantre! Cuando me casé con su madre tenía cuarenta años; ahora sólo me falta un pelo para los sesenta... La quiero tanto, que... Pero tú eres joven, y la educarás cuando sea tu esposa. Eso queda a tu cargo.

El señor Araguay era un hablador sempiterno, un viejo de genio alegre, bueno en el fondo, pero algo duro en la forma. Siendo joven la lengua le perdió y los espías de los realistas le denunciaron como un liberal pernicioso.

Esto le valió un pasaporte paro Filipinas, y Casto Araguay, segundón de una casa medianamente acomodada, se vió precisado a emigrar con pocos recursos.

De Filipinas pasó a San Francisco de California cuando se acordó el Gobierno de amnistiar a los pobres deportados.

En San Francisco contrajo matrimonio con una joven inglesa.

De este matrimonio nació una hija: Tula.

El padre del capitán Pedro era íntimo amigo y primo hermano del deportado Araguay.

La ausencia no enfrió su amistad. En sus cartas se ofrecieron mutuamente estrechar aquellos lazos que tan dulcemente les unían. Araguay tenía una hija, su prima un hijo, y ambos pensaron que de estos dos tiernos retoños podría formarse un matrimonio.

La circunstancia de morirse un hermano de don Casto Araguay, que le nombró su heredero universal, obligóle a hacer un viaje a España.

Durante su permanencia en Santander, el señor Durango, conde de Villamejor, pues éste era el apellido y el título del padre del capitán Pedro, le propuso que trasladara a España su fortuna; pero él se negó diciendo que por nada del mundo expondría a los peligros de un viaje tan largo a su hija Tula.

Al separarse los dos primos volvieron a hacerse promesa formal de unir a sus hijos con el sagrado lazo del matrimonio.

Después, como Pedro era marino, tuvo ocasión de visitar dos veces a su tío.

En estas visitas conoció a Tula, y el joven marino demostró estar muy conforme con el compromiso contraído por su padre.

Las últimas frases que el conde de Villamejor dirigio a su heredero antes de morir, fueron para recordarle la palabra que tenía empeñada con su primo el de California.

Pedro, viéndose huérfano y rico, quiso recorrer el Océano sin más ley que su capricho.

Pidió la licencia absoluta. Era entonces capitán de fragata.

Concedido lo que solicitaba, fletó un buque para dos años con la precisa condición de que él debía mandarle y nombrar un contramaestre a su gusto.

El armador se avino a todo; y el capitán Pedro salió del puerto del Ferrol, llegando después de dos años, como hemos visto, a la hermosa rada de San Francisco de California.

El contrato celebrado con el armador terminaba el día 20 de Septiembre; es decir, don Pedro Durango, conde de Villamejor, o sea el capitán del bergantín *Cervantes*, podía despedir el buque a tornar con él a España; pero constaba en el contrato que el bergantín debía permanecer anclado en aquel puerto quince días, hasta tanto que resolviera el conde de Villamejor.

En cuanto a Tula, o Gertrudis, como quieran nuestros lectores, sólo diremos que cuando entró en la sala baja, hizo exhalar al joven capitán un grito de admiración.

Porque Tula, vestida sencillamente con un traje blanco, dos flores de color de fuego colocadas en las negras y relucientes trenzas de sus cabellos, sus ojos grandes y provocativos, sus cejas pobladas y su rostro perfectamente ovalado y algo moreno, era una de esas mujeres que resplandecen, que encantan, que fascinan; una de esas criaturas nacidas para amar y ser amadas, uno de esos seres que, al tropezar con ellos, detienen nuestro

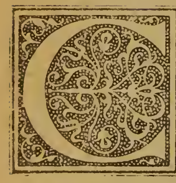
paso y los admiramos como una obra de arte, como un lujo de hermosura que la Naturaleza regala a la tierra y que, después que han pasado, cuando el asombro comienza a desvanecerse, cuando el resplandor se disipa, nos obligan, a pesar nuestro, a exclamar:

¡Qué mujer! Vale un mundo.



CAPÍTULO IV

El misionero



UANDO Gertrudis entró en la sala, su padre dijo al capitán:

—Ahí la tienes; dala un abrazo.

Pedro no se hizo repetir la orden.

Los dos primos se abrazaron.

—¡Ah! ¡Cómo has crecido, Tula! ¡Estás desconocida!—exclamó Pedro, gozándose en contemplar la hermosa cabeza de su prima.

—¿No es cierto que está hermosa?—exclamó el viejo Araguay, con la satisfacción de un padre.

—Hace algún tiempo, querido padre—repuso Tula—, que te vuelves adulador.

—¡Adulador!... ¡Voto a cien diablos! ¡Pues qué! ¿Hay en toda la California una cabecita más desvergonzadamente hermosa que la tuya? Que venga, que se presente, y compararemos; tu primo será el juez.

—Yo, querido tío, no puedo dar mi voto, o por mejor decir, mi voto no puede ser imparcial.

—Pero confiesa conmigo que si todos los santos mi-

sioneros que recorren el país en busca de almas se echaran en busca de caras bonitas para compararlas con ésta, quedarían derrotados.

Tula colocó su pequeña mano sobre la boca de su padre, diciendo con coquetería:

—¡Silencio! ¿No ves que vas a violentar al señor marino, que se va a ver precisado a decir que soy la joven más bonita del mundo?

—Y lo eres... ¡Oh! Mi desgraciado padre me dijo al morir: «Pedro, he ofrecido tu mano al padre de Gertrudis; cumple mi palabra.» Y aquí me tienes temeroso de que por tu padre se quede sin cumplir la voluntad del difunto.

—¡Poco a poco, señor marino!—exclamó el viejo—. Aunque pobres indios, tenemos palabra. El difunto, que por otra parte es una lástima que se haya muerto sin educar a sus nietos, no tendrá que reconvenirnos por nuestra falta de palabra.

—¿Eres tú, querida Tula, de la misma opinión que tu padre?—preguntó el marino.

—¿Tenemos palabra las mujeres?

—Cuando se trata del corazón...

—Lo que tenéis vosotras son partidas muy serranas—objetó el viejo—. Y ahora que viene a pelo, voy a contar una de las tuyas. Pues has de saber...

Tula volvió por segunda vez a colocar su linda mano sobre la boca de su padre, diciendo:

—¡Cuidado, viejo mío! Que si descubres mis defectos al señor capitán, nos va a poner en el caso de que no se cumpla la voluntad del difunto.

Tula era la alegría de su casa, el tirano de su padre. Reina absoluta de aquella casa, nadie se atrevía a oponerse al más insignificante de sus caprichos.

Por otra parte, su rostro eucantador, su mirada llena de vida y su sonrisita burlona, eternamente suspendida de sus labios, la hacían la muchacha más encantadora del mundo.

¿Quién se enfada? ¿Quién niega nada a un ángel en forma de mujer, cuya mirada penetra hasta el fondo del alma, cuya voz levanta un eco dulcísimo en el corazón?

—¡Ah!—exclamó el marino—. Ustedes conspiran contra mí; ustedes me ocultan los defectos de una mercancía que deseo comprar. Pues bien; entonces yo ocultaré los míos.

—Querido sobrino, la mujer se educa; y o te doy de todo corazón esta morenilla; pero al dártela te doy también un consejo: que la eduques.

—Ese consejo tiene una contra—exclamó Tula.

—¿Cuál?—preguntaron a la vez el padre y el capitán.

—Que la mujer no quiera que la eduquen.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Sacamos las uñas, señorita?—dijo el padre sin perder su proverbial buen humor—. A los potros, y perdona la comparación, si son rebeldes se les pone una serreta doble. Como la mano del jinete sea enérgica, acaban por bajar la cabeza.

—Puesto que tengo que habérmelas con dos enemigos del sexo feo—dijo Tula—, vamos a ver: ¿no hay en el mundo mujeres que educan a sus maridos?

—Sí, hija mía; por desgracia, abundan los maridos que

se ponen las enaguas, dejando, a su vez, se pongan los pantalones sus mujeres. Pero eso nada honra a los esposos y humilla a las esposas. Conque ya ves que esa conducta es perjudicial para los dos, y espero que con vosotros no sucederá eso.

Tula bajó los ojos.

El marino contempló un momento aquel rostro encantador que, ruborizado por las palabras que acababa de oir, resplandecía como las hojas de un clavel de los Alpes.

El anciano creyó, sin duda, haber dicho más de lo conveniente, y temiendo que su hija le guardara algún rencorcillo, cogióse la barba, y acercando aquella linda cabeza hasta sus descoloridos labios, la dió un beso en la frente.

—¡Oh! No me engañan los besos, no, no; veo que los dos conspiráis contra mí, y voy a poneros mala cara un mes seguido.

—Ea, se acabó la cuestión. ¡Qué diantre! De todos modos, a este bravo marino, que no teme el furor de los huracanes, le sucederá como a mí en tratándose de esta mocosa: hombre al agua. Cuanto más la echa uno de enérgico, de valiente, más débil es. En materia de faldas, Sansón hilaba a los pies de Dalila; Mahoma se entretenía en recibir granitos de uva con la boca abierta y puesto de rodillas delante de una de sus doscientas mujeres, que si mal no recuerdo, la llamaban Jhaxgen. Así somos los hombres cuando el pícaro vendado nos da el primer mordisco en el corazón... Pero hablemos de otra cosa. Según me decías en tu penúltima

carta, aquella pícara carta fechada en Santander, en que me noticiabas la muerte del mejor de mis amigos, de tu padre, deseabas recorrer las misiones de California, visitar la Tierra Firme, las riberas del río Colorado, y, en fin, viajar por el país. ¿Sigues aún en tu empeño?

—Sí; desearía ver lo que no he visto.

—Pues, hijo mío, llegas en mala ocasión. La misión de Santa Clara se ha convertido en una cueva de ladrones; las riberas del Colorado, en punto de reunión de todos los malhechores de California. A nadie respetan, si se exceptúa a fray Anselmo, de la Orden de franciscanos, un viejo religioso que, arrostrando todas las penalidades que ocasiona el santo ejercicio de misionero, con celo infatigable recorre el país bautizando a los indios tulares, y viviendo en sus mismas chozas. Porque has de saber, hijo mío, que estamos en guerra con esos pícaros descamisados. La misión de San Rafael se ha pronunciado. Por todas partes se oye decir que se roba y se maltrata a los caminantes. Pero, afortunadamente, pronto llegarán tropas de los Estados Unidos, y entonces los pondremos a raya.

—¿Conque es decir, querido tío—dijo el marino que había escuchado con impasibilidad la relación del viejo—, que esos perezosos hijos de la selva sacan las uñas para arañar a los extranjeros que recorren sus áridos barrancos y espesos bosques?

—Ya ves que en estas circunstancias es preciso ser prudente.

—Y lo seré. Mañana mismo, Pablo, mi bravo contra-

maestre, irá a bordo por mis pistolas y mi escopeta de dos cañones.

—¿De modo que estás decidido a recorrer el país?

—¡Ya lo creo! Pablo y yo, armados, y un guía que nos enseñe los laberintos del bosque, bastarán para hacer el viaje, porque supongo que usted tendrá caballos.

—Ayer mismo, un indio me dió una jaca hermosísima por una chaqueta.

—¡Oh!, no ha perdido usted en el cambio, querido tío.

—Estos cambios son muy frecuentes en el país. Tal vez habría robado la jaca.

En aquel momento se presentó en la puerta un nuevo personaje.

Era un fraile franciscano de blanca barba y austero semblante.

La calva de aquella venerable cabeza, bronceada por los rayos del sol de los trópicos, brillaba como un espejo de acero.

Aquella calva estaba cubierta de heridas.

Llevaba un hábito de lana de un color azul (1), sujeto a la cintura por una cuerda formada con hojas secas de árbol.

Iba descalzo.

Sobre su pecho colgaba una gran cruz de bronce.

Llevaba un báculo en la mano derecha y en la izquierda un sombrero de mimbre, que a primera vista se adivinaba ser obra de algún indio.

---

(1) Sabido es que en América cambian el color de los hábitos las Ordenes religiosas.

El misionero, fray Anselmo de San Francisco, era un anciano de setenta años, pero fuerte y vigoroso, a causa, sin duda, de la vida activa que llevaba en el desempeño de su misión.

Su celo incansable le había llevado a los más recónditos confines de América, sin más armas que los Evangelios.

Más de cien veces la muerte se había cernido sobre aquella cabeza calva coronada de canas.

Más de doce mil indios habían recibido de su mano las aguas del bautismo y escuchado de sus labios las consoladoras palabras que el Mártir de la Cruz legó a los desgraciados.

La fe cristiana le hacía marchar impávido hacia el peligro.

Con la palabra de Dios en los labios sufría el tormento, cuando cayendo en medio de una horda de salvajes, trataba de convertirlos.

Fray Anselmo visitaba las chozas de los indios. Sus conocimientos eran vastísimos. Era tan buen médico como teólogo.

Los indios convertidos le llamaban *nuestra salud de cuerpo y alma,* porque a muchos de ellos les había curado de graves padecimientos.

Los más tenaces, los que se burlaban de las creencias cristianas, no podían escuchar las palabras del santo misionero sin sentir algo extraño en el corazón que apagaba la burla de sus labios, las blasfemias de sus bocas.

Cuando al cruzar de una tribu a otra los mismos

convertidos le suplicaban arrodillados a sus pies que no les abandonara, que temiera la ferocidad de los que pensaba visitar, fray Anselmo, con voz dulce y compasiva, les respondía estas palabras:

—Llevo la ley de Dios en las palabras y en las obras. ¿Qué me importa el furor de esos desgraciados a quienes voy a dar la salud del alma? Dios va conmigo. El me protejerá como hasta aquí.

Después emprendía el camino solo, a pie, sin más armas que unos Evangelios metidos en un zurrón de piel de toro sin curtir; una calabaza llena de agua colgada de la cintura; la cruz, signo de la religión, sobre el pecho; el báculo en la cansada mano y la fe en el alma.

Así había pasado veinte años de su vida.

Era español y había abandonado a España cuando la expulsión de los frailes.

Sobrio, robusto y cristiano, tenía una gran misión que cumplir: morir por Cristo.

Fray Anselmo llegó, hostigado por la fe, a ser avaro de almas.

Nada le arredraba.

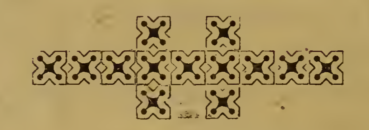
Apenas el misionero se presentó en la puerta de la sala donde estaba el viejo Araguay, Pedro el marino y Tula, diciendo: «La paz de Dios sea en esta casa»», el viejo Araguay lanzó un grito, y levantándose de la silla más deprisa de lo que podía esperarse, atendida su edad, corrió hacia la puerta, exclamando:

—¡He aquí el único hombre que puede servirte! Su palabra y esa santa cruz que lleva sobre el pecho con-

vencen más a los insurrectos y montaraces indios que tus pistolas y tu escopeta de dos cañones.

Y llegando hasta donde estaba el fraile, se arrodilló, besóle la mano y después la cruz.

Tula y Pedro hicieron lo mismo.



CAPITULO V

Los pobres y los enamorados

YA hacía tiempo que no os veía, hijos míos— dijo fray Anselmo con una voz que desmentía sus años.

—Efectivamente, padre—repuso Araguay. Bien se conoce que los pícaros indios le traen a usted ocupado. Es mala gente, ¿no es verdad? Falsos como una peseta de plomo, rabiosos como un gorrión cogido en la red. Pero a bien que pronto llegará el coronel Fremont con su compañía de carabineros, y entonces...

—Se derramará la sangre, ¿no es cierto?—repuso fray Anselmo, interrumpiendo la perotata del anciano—. Los hombres sólo saben verter sangre, olvidándose de esta sentencia de Salomón: *Las palabras duras, excitan el furor; las represiones suaves, quebrantan la ira.* ¡Pobres indios! Ciegos con vista que caminan por las sombras alumbrados por un sol esplendoroso. En vez de castigarlos, convendría educarlos; en vez de hacerles la guerra, brindarles con la paz.

—¡Ah, padre Anselmo! Usted es demasiado bueno con esos morenillos—repuso el anciano.

—¡Bah! Nunca me han hecho daño.

—¡Nunca! ¿No tiene usted su venerable cabeza cubierta de heridas y el cuerpo lleno de cicatrices?

—Cada una de estas heridas me ha dado cien almas. Las he comprado muy baratas; llevo, por comslguiente, la mejor parte.

El padre Anselmo dijo estas palabras acompañadas de una sonrisa bondadosa.

El señor Araguay encogióse de hombros como diciendo:

—Es capaz de convencerme de que cuando le agujerean la piel o le quebrantan los huesos de la cabeza no le hacen daño alguno.

El misionero, a quien sin duda no le gustaba oir ponderar su fe católica, cambió de conversación, diciendo:

—¿Es este caballero el sobrino que se esperaba?

Pedro se inclinó, como afirmando la pregunta.

El misionero saludó a su vez.

—Pues bien, padre Anselmo, este es mi sobrino—dijo el anciano—. Precisamente poco antes de que usted entrara por la puerta, me estaba diciendo que quería recorrer las misiones y las costas del Colorado. Yo le explicaba el estado en que se encuentran los indios. ¿No es cierto que es una temeridad emprender el viaje en las actuales circunstancias?

—Creo prudente demorarlo. La lucha terminará pronto—repuso el fraile—. Los indios son buenos. Mientras el Gobierno español regía estas comarcas nunca abandonaron sus chozas para desmostrarse hostiles en los

barrancos y en las selvas. Amaban a Dios, recibían las aguas del bautismo, y algunos de ellos han llegado a oficiar en los templos. Pero hoy el Gobierno de los Estados Unidos los hostiga, se apodera de sus ganados, explota sus minas, y los corderos pacíficos se convierten en fieros leopardos.

—Usted siempre partidario de esos descamisados.

—Precisamente su falta de camisa me conduce hoy a la ciudad de San Francisco—respondió el fraile sonriéndose.

—¡Ah! Vendrá usted, como siempre, a pedir para esa raza de desgraciados.

—Sí, y espero que usted me dará alguna ropa vieja.

—¡Eh! ¡Morenitos! ¡Aquí, pronto!—comenzó a gritar el viejo Araguay.

Y luego continuó dirigiéndose al misionero:

—Veremos en qué estado se encuentra mi guardarropa.

Durante esta conversación del fraile y el viejo, Tula y Pedro se habían dirigido a una ventana, donde conversaban en voz baja.

Araguay hizo al fraile una seña de inteligencia señalando a los jóvenes y guiñando los ojos y bajando la voz, dijo:

—Creo harán buena pareja.

—Supongo que viene a cumplir su palabra.

—Nada menos que de España.

—Eso prueba la firmeza y lealtad de su pasión.

—Yo creo que serán felices.

—Yo rogaré a Dios porque así suceda.

—Es un buen muchacho, valiente, capitán de fragata. Es verdad que ha tomado la licencia absoluta, pero siempre es mejor para su mujer. ¡Qué lástima! ¡Siendo uno de los marinos más bravos que recorrían los mares y más dócil que una oveja, sin pizca de vanidad! Y ahí donde usted le ve, es conde. Yo le quiero mucho, y Tula lo mismo. Para ser completamente feliz sólo me falta que me rodeen diez o doce nietecillos. ¡Oh!, tendría un disgusto si así no sucediera.

El misionero se sonrió.

—Puede usted reirse cuanto guste, padre Anselmo; pero si tienen menos de cinco hijos los rechazo, los despido de casa. ¿Qué haría yo sin nietos? Morirme como el olvido caduca, que no ve brotar retoños alrededor de su tronco.

Una criada india entró en el comedor.

—¡Gracias a Dios!—exclamó el anciano al verla—. Yo creía que os habíais marchado todos al Cabo de Panamá o a la América rusa. ¿Qué diablos hacéis por ahí dentro, canalla? Ea, buscadme inmediatamente toda la ropa vieja que haya en casa; la mía y la de la señorita, pero no me traigáis algún guiñapo. Oye, ni tampoco vestidos nuevos, porque vosotros sois tan torpes que seríais capaces de coger mi frac de los días de fiesta o algún vestido de seda de mi hija. Con que, ¡ea!, ya sabéis lo que deseo.

El señor Araguay era incansable; un hablador sempiterno.

Jamás sabía reducir la conversación a lo preciso.

Era superfluo en todo.

Fray Anselmo, que conocía el carácter del colono, persuadido de que los pobres para quienes venía a pedir sacarían muy buena parte de aquella casa, esperaba sin despegar los labios, el fruto de la caridad.

El viejo emigrado, qne se cansaba pronto de no decir nada, comenzó otra vez a hablar con el misionero en voz baja, dirigiendo miradas hacia la ventana donde estaban los prometidos esposos.

Tula y Pedro, muy lejos de creer que ellos fueran el objeto de la conversación del fraile y del anclano, apoyados en la terrapisa de la ventana, contemplaban el hermoso paisaje que se extendía ante sus ojos.

Así permanecieron un gran rato, porque el alma enamorada gusta de extasiarse en la Naturaleza.

Por fin, el capitán rompió el silencio con estas palabras:

—¿Teníais fe en mi palabra?

—¿Por qué no? — le respondió Tula con una voz dulcísima.

—Nada tenía de particular que dudaras. ¡Estaba tan lejos!

—El pensamiento salva todas las distancias, y yo tenía el pensamiento en España. He aquí la razón por qué te soñaba en California.

Esta respuesta tenía una candidez que fascinó al marino, el cual, queriendo ser galante con su prometida, le respondió de este modo:

—Yo he tenido siempre mi imaginación fija en California. Tú has sido, querida Tula, mi único sueño. No te he olvidado nunca, ni en los momentos de peligro.

El recuerdo doloroso de mi padre y la esperanza encantadora de tu amor han sido el único alimento de mi imaginación, de mi alma, de mi vida. ¡Ah! No puedes figurarte lo que te agradezco el que durante esta ausencia hayas hecho viajar tu pensamiento por las riberas del golfo de Vizcaya, mientras yo enviaba el mío por las costas del gran Océano boreal.

—Muy bien, querido primo, muy bien. Tú tampoco puedes figurarte qué dulcemente resuenan tus palabras en mis oídos, y, sin embargo, creo que estoy en el derecho de reprenderte por haber permanecido dos años en las costas del Pacífico sin mandarnos más que una carta.

—Puedo darte una satisfacción de ese tiempo, en que me he robado a mí mismo la felicidad apetecida.

—Oigamos la satisfacción.

—Míra, Tula, si yo hubiera venido directamente a California, me hubiera sido imposible permanecer a tu lado un mes sin llevarte al altar.

—¡Ah! ¿Es ésta la satisfacción?

—Escucha: Si me propuse recorrer el Pacífico, empleando dos años en este viaje, es porque quise rendir un tributo a mi padre; es porque quise llevar dos años de luto, y luego olvidar, con la felicidad de poseerte, la dolorosa pena de haberle perdido.

—¡Ah! Vamos, eso ya es una satisfacciòu. Te perdono tu tardanza, pero te impongo una penitencia: que no tomes los consejos de mi padre.

—No recuerdo...

—Aquello de que a la mujer se la educa, etc., etc.

Pedro iba a soltar una carcajada, cuando Tula, apretándole con su delicada mano el antebrazo, le dijo bajando la voz y haciendo un gesto picaresco:

—¡Calla, imprudente! Si oye mi padre...

La india tornó a entrar en la sala cargada con un fardo de ropa, qua dejó en el suelo a los pies del misionero y del anciano Araguay, diciendo lacónicamente:

—Esto he hallado.

—¿A ver? Pasemos revista a estos trapos—dijo el viejo colono inclinando el cuerpo hacia el suelo para reconocer la ropa—. Aquí tenemos dos chaquetas de hilo y una de lana, dos pantalones y tres camisas, y este par de pingajos que en algún tiempo habrán sido sayas de mujer.

—¡Ah! ¡Qué contentos se van a poner mis pobres indios!—exclamó el misionero, examinando la ropa.

—¡Lástima que esos descamisados cubran sus bronceadas espaldas, dignas del látigo, con esos trapos—repuso el viejo.

—Veo, señor de Araguay, que no ama usted mucho a esos desgraciados hijos de la selva—dijo el misionero.

—¡Diantre! ¡Si esos desalmados se han vuelto más ladrones que Caco! Antes daba gusto; eran buenos chicos, se contentaban con lo suyo, sin codiciar lo ajeno; pero ahora... ¡ya, ya! Echese usted a recorrer las misiones, y volverá usted en cueros a su casa.

—Pues yo recorro el país constantemente, y nada me sucede.

—Usted es el decano de los misioneros. Les cura sus enfermedades, les da todo lo que tiene; es, en una pala-

bra, su paño de lágrimas, y ¡es claro!, tienen que quererle.

—Ayer, sin ir más lejos, un indio tular, viendo que iba yo a pie, me regaló su caballo—repuso el misionero con su naturalidad.

—¡Valiente regalo! En esas tierras, regalar un caballo o una jaca, no es nada.

—Sin embargo, un caballo vale cinco duros.

—¡Buen puñado de moscas! Bien poco tiempo tardaría el generoso indio en arrojar su lazo a otro caballo, diciendo: «¡Mío eres!» Desengáñese usted, padre Anselmo, desde que las misiones se ven abandonadas, no se puede vivir en California. Esos pícaros americanos desmoralizan el país. Desde el año 36, esto se ha eonvertido en merienda de negros.

El padre Anselmo se sonrió y dijo:

—Con el permiso de usted, señor de Araguay, voy a partir.

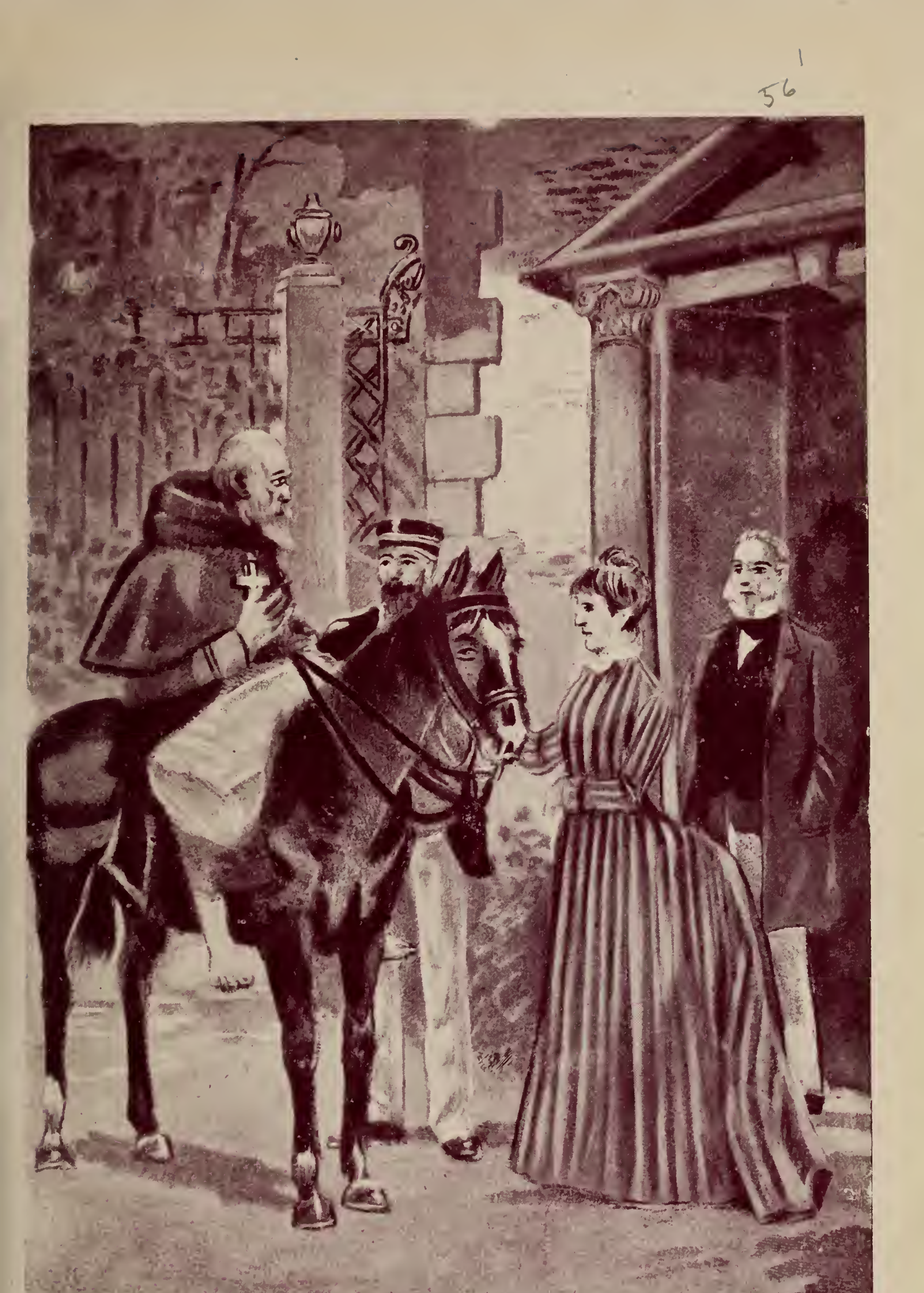
—¡Pues qué! ¿No se queda usted esta noche con nosotros?

—Tengo algunos enfermos que me esperan en la misión de Santa Clara.

—¿Y va usted a entrar en aquella cueva de ladrones?

—¿Qué pueden robarle a un pobre fraile? Y después, todos me aman; yo soy para ellos un nuncio de paz. No hay una cabaña que no me admita bajo su humilde techo como a un amigo leal. ¡Pobres indios! Su delito consiste en rebelarse contra sus opresores.

—¡Cuidado, padre Anselmo, cuidado!—repuso el vie-



—Adiós, hijos míos; el deber me llama a otra parte.

jo Araguay—. Porque si le oyeran a usted expresarse de este modo, el tribunal de Comercio...

—Me ahorcaría de un poste, ¿no es eso?—objetó el fraile sonriéndose—. ¡Sabio tribunal, que se atavía con la austeridad de la ley para saciar sus míserables rencores!

El viejo colono palideció oyendo al fraile. Por todo el oro de California no se hubiera atrevido a decir en mitad de una calle de San Francisco lo que el ancíano misionero decía con tanta tranquilidad.

—Vaya, vaya—dijo—; mudemos de conversación; creo que no estará usted descontento de mí; le doy a usted ropa suficiente para vestir a una turba de esos descamisados que usted tanto ama.

—Yo se lo agradezco a usted en nombre de ellos.

Y dirigiendo la palabra hacia donde estaban los jóvenes, continuó:

—Adiós, hijos míos; el deber me llama a otra parte.

Pedro y Tula corrieron a besar la mano al misionero, y todos le acompañaron hasta la puerta, donde se hallaba una jaca castaña atada a un árbol.

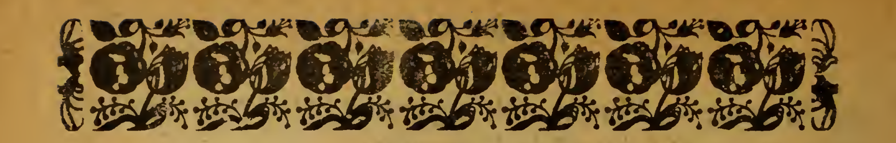
Cuando el fraile se hallaba a caballo, dijo a Pedro, que le había ayudado a montar:

—Joven, según he oído, piensa usted recorrer el país.

—Ese es mi intento.

—Pues en ese caso, no se olvide de mi nombre. Me llamo el padre Anselmo; tal vez pueda serle útil; en todas las misiones me conocen.





CAPÍTULO VI

El guía.

ALGUNOS días después, el capitán Pedro trasladó a tierra todos los efectos que tenía en el camarote del bergantín *Cervantes*.

Pablo desembarcó también su equipaje.

Desde aquel momento el buque podía regresar a España.

Pedro aconsejó a su fiel marino que regresara a su patria aprovechando la salida de San Francisco del bergantín, que sólo permanecería algunos días en el puerto esperando cargamento.

Pablo dijo que no quería abandonarle.

Volvió el capitán a recordarle la joven Marta, que le esperaba impaciente en la vega de Santillana.

Pablo le contestó:

—No hablemos más del negocio. Cuando usted no me necesite, iré a decir a Marta: «Aquí tienes la mano que te

he ofrecido; si la quieres, tómala; si no la quieres, tan amigos como antes».

—Esas palabras—le contestó el conde—, me prueban que amas poco a tu prometida.

—¡Diantre! Es que si ella me dijera: «Vete con Dios», entonces...

Pablo se detuvo, sin duda buscando una comparación que expresara lo mucho que amaba a Marta.

Pedro se sonrió y le dijo:

—Vamos, tú la amas. Yo no puedo consentir... Por lo que te prevengo que cuando regresemos de la expedición que emprenderemos mañana, te volverás a España.

—Pero, señorito, es que yo no quiero.

—Nada, no hablemos más. Sé lo que debo hacerme. Mañana saldremos de San Francisco. Dispónlo todo; arregla las armas y las municiones.

Cuando Pablo salía de la habitación del capitán, entraba el señor de Araguay con otro hombre.

—Querido sobrino—dijo el anciano—, aquí te presento a este muchacho. Es un indio orejón capaz de recorrer con los ojos vendados todos los Estados Unidos; sabe el inglés y el español; ítem más una docena de grescas de las que hablan esas endemoniadas tribus que infestan nuestras montañas. ¡Oh! No hay cuidado de que te pierdas en los barrancos del monte Smith ni en las revueltas del río Colorado llevando a Tempay de guía (y el colono colocó francamente una mano sobre el hombro del indio). Sabe todos los agujeros que tiene Sierra Nevada y conoce todos los cañaverales que rodean las corrientes del Stanislao.

Tempay, el indio, se inclinó, como dando las gracias al señor de Araguay por los elogios que le merecía.

Pedro el marino quedóse contemplando por un momento al indio orejón.

Era un hombre de cuarenta años, pero que apenas representaba treinta y dos.

Bajo de estatura, pero fornido de cuerpo.

Sus facciones extremadamente pronunciadas.

Sus ojos pequeños, pero vivos y brillantes, demostraban la astucia y el valor.

Largos mechones de cabellos de un rojo subido caían en desorden por sus hombros.

De uno de los espesos mechones de cabellos colgaba una pipa de piedra.

El color de su rostro era bronceado claro

De medio de la frente, que era despejada y clara, llevaba una cruz de color amarillento, hecha con el zumo de alguna planta.

Su traje se reducía a un capote de piel de raposo que colgaba de sus hombros, llegándole hasta las rodillas, y un trapo o faja arrollada por la cintura. Las piernas iban desnudas y los pies descalzos.

Tempay iba armado.

Llevaba un arco colgado del brazo izquierdo, algunas flechas con saetas de pedernal en el cinto, y un sable de madera colgado de un tahalí grosero, de piel de toro sin curtir.

—¿Tú ves este sable?—volvió a decir el viejo, señalando al que llevaba Tempay—. Pues este mozo desjarreta a un toro a distancia de cuarenta pasos. ¿No es verdad,

Tempay, que pocas veces se te escapa la res a quien haces el honor de enviar tu sable?

Tempay se sonrió, enseñando unos dientes unidos y blancos como la nieve, y diciendo al mismo tiempo con una voz melosa y un acento que tenía algo de canturia:

—El señor, mi amo, tendrá ocasión de probar mi acierto durante el viaje. La cacería de toros es indispensable a todos los viajeros. El toro se come. Otros prefieren el caballo. Eso va en gustos.

Araguay hizo un gesto de repugancia, y luego dijo:

—Estos caballeros sostienen que el caballo es más tierno y más sabroso que la ternera. ¡Malditos sean! Así es que las potradas se resienten de su glotonería. Yo creo que nos van a dejar sin caballos, y que los pobres colonos nos vamos a ver precisados a viajar montados en bueyes, lo cual no será muy cómodo que digamos.

—¿Sabe ya Tempay que mañana emprendemos el viaje? —dijo el marino.

—Pues ya lo creo. ¿No ves su traje?—respuso el anciano.

—¿No sería conveniente darle mi escopeta y vestirle de otro modo?

—Con estas armas me avengo mejor—volvió a decir el indio—. Y en cuanto al traje, es una especie de pasaporte para que los indios tulares y los vall y vall nos dejen durante la noche dormir en su *tap-exth* (1) sin que les inspiremos recelo.

(1) Especie de entarimado que les sirve de cama, y alrededor del cual colocan una valla de cañas formando una especie de alcoba.

—Tienes razón, Tempay. Los indígenas recorren en son de guerra el país, y es conveniente presentarse como amigos en sus tribus. Sin embargo, os daré un consejo: no vayáis a las misiones de Santa Clara ni a Sierra Nevada, hay mala gente.

—El señor no debe tener ningún miedo viniendo conmigo—dijo Tempay—. Si el señor quiere, le dejaré en rehenes de la persona de su sobrino a mi mujer Tayla y mi hija. Si no volvemos, el señor podrá entregarlas al tribunal de San Francisco para que las castigue.

—Nada de eso, Tempay—dijo el anciano colono con gravedad—. Sé que eres honrado, y que, en caso de peligro, arriesgas tu vida por salvar la de los viajeros que acompañas. Tu mujer y tu hija se estarán muy quietecitas en tu cabaña, y tú recibirás ahora, si los quieres, los cien duros que te he ofrecido por tu trabajo.

—Gracias, señor—repuso el indio.

—Pues entonces no se hable más del asunto. Mi sobrino está empeñado en recorrer Tierra Firme. ¡Qué diablos! Tal vez se propone descubrir alguna mina.

—¿Y cuándo piensa salir el señorito?—preguntó el indio.

—Mañana, antes que amanezca—contestó Pedro.

—¿Quiere recorrer el río Colorado?

—Sí; y el Stanislao.

—Entonces, necesitamos una *balsa* (1)—dijo el indio.

---

(1) Nombre que los indios dan a sus embarcaciones.

—Eso es cuenta tuya; los pescadores de las islas recorren las corrientes del río—objetó el anciano.

—Sí; ellos las alquilan.

—¿Qué gente quieres que te acompañe?—añadió el viejo.

—Me basta con Pablo y Tempay—dijo Pedro—. Llevaremos tres caballos.

—¿Tres caballos? Siete tengo en la cuadra.

—Que escoja Tempay los que crea más convenientes.

—No hay ningún gitano de Andalucía que aventaje a un indio de California en conocer las condiciones de un potro. Vente conmigo, Tempay, es preciso que te relaciones con tus compañeros de expedición para que lo arregléis todo.

Aquella misma noche, mientras el señor de Araguay dormía haciendo la digestión, en un cómodo sitial de mimbre, Tula y Pedro se hallaban en la misma ventana del comedor y hablaban en voz baja:

—¿Con que mañana partes?

—Sí, querida Tula; si es que tú no me mandas otra cosa.

—Si te he de ser franca, Pedro, no me complace mucho el viaje; pero no quiero ser exigente con mi prometido, porque una joven en vísperas de casarse no lo debe ser; eso sería demostrar a su futuro lo que no conviene que vea.

—¡Ah! ¿Con que, según eso, luego que el lazo del matrimonio nos una para siempre, tendrás exigencias?

—Allá veremos.

—Casi estoy tentado por coger mi palabra.

—¿Qué diría entonces aquel pobre viejo que está durmiendo sentado en el sillón?

Y Tula señaló a su padre.

—Es verdad; eso me detiene.

Y Pedro acariciaba una de las manos de su prometida, que tenía entre las suyas.

—Vamos a ver—volvió a decir Tula con infantil acento—: ¿Cuándo piensas regresar a San Francisco?

—Mi expedición no puede durar más de un mes.

—Consiento, pero ¿te comprometes por cada día que pase a satisfacer uno de los caprichos que se me ocurran.

—Aceptado; pero por cada día que gane del plazo ¿me darás un beso?

Tula se quedó un momento pensativa.

—¿No admites el trato?

—¡Oh! Deja que lo medite.

—Pues bien; mientras tú meditas la manera de engañarme, yo me cobro un día.

Y Pedro dió un beso en la finísima mano de Tula.

—¡Eso no vale!—exclamó la joven retirando la mano.

—Voy a indicar la manera de devolverte el beso.

—Eso es imposible.

—No lo creas. Pídeme tú ahora lo que quieras y estamos en paz.

—Pues bien; dame tu palabra de honor de que cuando nos casemos me llevarás a España. ¡Tengo unas ganas de ir a España!...

—¡Oh! Con ese capricho salgo yo ganancioso, por-

que por mucho que te guste a ti España, me gusta a mí mucho más, sobre todo cuando la comparo con esta tan cacareada California.

—Pues mira, cuando yo sea tuya y tú mío, como entonces nadie expiará nuestros pasos, como podremos ir por todas partes cogidos del brazo sin que enojosos testigos nos lo impidan, trataremos nuestra conspiración para convencer al viejo colono a que abandone estas costas.

—Acepto, y creo que tu padre ha de acceder gustoso a nuestra petición.

—Pues si tú lo crees, yo lo dudo.

—Eres injusta. Él no tenía gana de establecerse aquí.

—Sí, pero tiene mucho apego al sol de este cielo y a las minas de esta tierra.

—¿No es rico? ¿No soy yo rico también? ¿Para qué necesita el oro de California, cuando nosotros le rodearemos de felicidad y comodidades en España?

—En el supuesto de que tú un día no te canses de tu mujer y de su padre.

—¡Oh! Eso nunca.

Pedro imprimió en la mano de Tula un ruidoso beso, como si quisiera por este medio darle un testimonio de la firmeza de su amor.

—¡Padre mío!—exclamó la joven alzando la voz.

Pedro soltó la mano de Tula sobrecogido.

Tula se echó a reír del gesto que hizo su amante.

En esto el señor de Araguay abrió los ojos, y dijo:

—¡Calla! Me he dormido. ¡Está visto que los viejos no valemos para nada! ¿Qué hora será?

Tula segía riéndose y haciendo gestos a su amante, el cual la amenazaba con una mirada por el grito subversivo que había puésto fin a una escena tan agradable para él...

—¡Diantre!—volvió a decir el viejo—. ¿Olvidas, querido Pedro, que mañana tienes que madrugar mucho?

—Aún es temprano.

—Nada de eso, querido sobrino; cuando se viaja a caballo es preciso que el cuerpo esté descansado.

—Pero, papá, si queda tiempo para dormir! Son las nueve y media; hasta las seis...

—Estos enamorados no se cansan nunca de babear.

—Pero...

—¡Nada, nada! He dicho que a dormir. Dos horas lleváis hablando, ¿y aún no os lo habéis dicho todo?

—Buenas noches, papá. Adiós, Pedro—balbuceó Tula.

—Tú tienes la culpa—le dijo Pedro en voz baja—. Si no le hubieras llamado.

—Mañana te veré.

Y Tula, diciendo esto, fué a besar la mano a su padre y salió del comedor.

A las tres de la mañana, Pablo y Tempay se encontraban en la cuadra ensillando los caballos. El viejo colono se había levantado también, y recorrió la casa, dando disposiciones.

De vez en cuando, Pablo miraba de reojo al indio, cuyo traje estrambótico y malcarado semblante no le inspiraban la mayor confianza.

Cuando todo estuvo dispuesto, mientras Tempay sacaba los caballos y las armas a la puerta de la casa, Pablo subió a la habitación de su amo a decirle que sólo él faltaba para emprender la marcha.

El viejo colono dió un apretado abrazo a su sobrino, diciéndole al mismo tiempo con voz conmovida:

—Ea, Pedro, anda con Dios, y buen viaje.

Cuando Pedro estuvo montado, alzó los ojos hacia el balcón de Tula.

—¡Ah, infame! Quisieras verla antes de marcharte. Te aseguro que no realizarás ese deseo, porque Tula es una verdadera americana, indolente y perezosa.

—Eso es solamente cuando quiero, padre mío—dijo una voz encantadora que hizo volver con asombro la cabeza al señor Araguay.

Era Tula que bajaba a despedirse de su prometido.

—¡Ah!—exclamó el viejo—. Madrugas por el solo placer de hacerme quedar mal. He aquí cómo recompensan los hijos los afanes de un padre. Pero, en fin, ya que esta señorita abandona su lecho y baja hasta aquí para darte el adiós de despedida, bien vale la pena de que tú, querido Pedro, eches pie a tierra y le des un abrazo.

El marino no hizo repetir la insinuación del anciano; echó pie a tierra y abrazó a su prima.

Después los viajeros dirigieron las cabezas de sus caballos hacia las arrabales de San Francisco.

El padre y la hija entraron en la casa.





CAPÍTULO VII

Los indios.

En el mes de agosto del año 1840, los indios de las Misiones de California dieron el grito de independencia, desplegando su pendón en lo más intrincado de sus selvas.

Las tropas de los Estados Unidos corrieron a apagar aquel grito de libertad, que podía serles fatal.

Las riberas del caudaloso Stanislao, los profundos barracones de Sierra Nevada, las fértiles vegas del hermoso lago de Buenavista, fueron desde entonces el teatro donde los indios tulares representaron sus más sangrientas escenas.

La independencia era un pretexto para aquel puñado de hombres de color. Los ricos ganaderos pidieron auxilio contra aquella horda de salvajes, que no respetaban la propiedad ajena, contra aquellos hijos de los bosques, tan indómitos como las fieras que poblaban sus agrestes montañas.

Por entonces quedaban en tierra de California muy

pocos misioneros, de esos mártires de la fe que, sin más armas que una cruz de madera en la mano y las palabras del evangelio en la boca, desde el año 1683 iban siguiendo las huellas de los reverendos padres jesuítas Matías Goñi y Eusebio Francisco Kuhn, conducidos por el almirante don Isidro de Atondo, desde Méjico, a aquellas salvajes playas.

Desde la mañana del 18 de enero de 1683 hasta el mes de agosto de 1840, los salvajes moradores de las riberas del Condado y Sierra Nevada habían humanizado mucho sus instintos feroces.

Ya no se comían a los santos misioneros ni los enterraban vivos con la cabeza fuera de la tierra.

La ley sin igual del Mártir del Gólgota, del Hombre Dios, había echado profundas raíces en sus corazones, y muchos indígenas seguían la carrera eclesiástica, celebrando en los pueblos la sagrada ceremonia de la misa.

El cristianismo, luchando sin descanso día tras día, sin arredrarle nada, sin temer nada, había desplegado bajo aquel sol abrasador su bandera bienhechora de paz y mansedumbre.

En la época que nos ocupa, sólo quedaban en California alguno que otro religioso sexagenario, que, encariñado con el país y despreciando la vida, recorría con infatigable celo aquellos bosques.

Es verdad que estos mártires eran respetados hasta por los indios más salvajes, porque hasta las fieras del desierto reconocen la mano que les acaricia y les hace bien.

El fraile que por entonces era más universalmente conocido y amado en las Misiones llamábase el padre Anselmo.

Este anciano y respetable sacerdote practicaba entre los indios, con incansable celo, el primer precepto del cristianismo: la caridad.

Además, sabía algo de medicina y explicaba sus conocimientos a los pobres indios de una manera clara, sencilla.

El padre Anselmo no tenía morada fija; su habitación, por lo general, era la choza del indio, el rancho del ganadero, la gruta de la montaña, lo más intrincado de los bosques.

Tan pronto se hallaba en la Misión de Santa Clara como en el hermoso puerto de San Francisco; hoy se le veía en las riberas del río Colorado, mañana en las del claro torrente de los Reyes.

Todos le conocían, todos le respetaban.

Mientras tanto, el padre Anselmo continuaba su piadosa misión, instruyendo a los indios en la doctrina, haciéndoles comprender las ventajas del matrimonio cristiano y derramando sobre sus frentes las regeneradoras aguas del bautismo.

Así las cosas, sigamos a una piragua construída con juncos y cañas, que se deslizaba sobre la clara corriente del río Stanislao.

Tres indios tripulaban esta frágil e ingeniosa embarcación.

El traje de estos tres navegantes era sumamente sencillo.

Dos de ellos iban completamente en cueros, acurrucados en lo que figuraba ser la proa de la barca; mataban el tiempo fumando en grandes pipas de piedra.

El otro, que se hallaba sentado al extremo opuesto, fumaba también; pero a juzgar por la gravedad de su rostro, de un color cobrizo, la especie de capote de piel de zorra que cubría sus hombros y algunos pertrechos de guerra que colgaban de su cinto, aquel hombre parecía un jefe de las partidas de indios insurrectos.

La luna reflejaba clara y radiosa sobre las transparentes aguas del río.

La noche era apacible, serena; gigantescos árboles veíanse pasar a derecha e izquierda del río, algunos de los cuales hundían sus pobladas ramas en las aguas.

La canoa o balsa seguía la corriente del río con una rapidez prodigiosa.

Mientras tanto, los indios fumaban.

Así navegaron por espacio de dos horas.

Por fin la balsa llegó a un recodo que formaba el río, motivado por el saliente pico de un monte, que tal vez desde el momento sublime de la creación hacía torcer la corriente de las aguas.

Cuando el indio, con esa mirada escrutadora del hijo de la Naturaleza, vió aquel promontorio de rocas, se puso en pie y comenzó a imitar el canto estridente y agudo de un pájaro.

Entonces los dos indios que fumaban dejaron las pipas y cogieron los remos.

La balsa torció hacia el Oeste, cortando no sin dificultad, la rápida corriente que la empujaba hacia las rocas. En aquel momento oyóse otro canto exactamente igual al que poco antes había entonado el indio de la balsa.

Calculando la distancia, el canto venía de las rocas cercanas.

Los remeros continuaron su fatigosa tarea.

Por fin llegaron a la orilla.

Uno de los indios saltó a tierra y amarró al tronco de un árbol la balsa.

Luego saltaron los otros dos.

Apenas habían pisado la ribera, cuando cayó un hombre en medio de ellos.

—Mucho habéis tardado—les dijo apoyando la punta de su sable de madera en el suelo.

Los indios de la canoa retrocedieron algunos pasos, y armando sus flechas con puntas de pedernal, se prepararon a la defensa.

El hombre que así les sobresaltaba era un indio tular.

Llevaba un sable de madera en la mano y un carcax colgado de la espalda. Su traje era, poco más o menos, como el de los tripulantes de la canoa; ofrecía poca novedad. Sus cabellos abundantes y de un color rojo caían enmarañados sobre sus hombros.

—¡Eh! —les dijo—. ¿Ya no nos conocemos? ¿No veis mi rostro? Soy un indio tular. Dejad las flechas para mejor ocasión; todos somos amigos, todos somos hermanos, todos queremos lo mismo: la independen-

cia de los hijos del bosque. Tangú, nuestro jefe, me ha dicho: «Corre a las orillas del río, ocúltate entre las ramas del árbol que crece junto a la roca salada, y cuando oigas el canto del pájaro de la noche, es señal de que nuestros emisarios se acercan; te reúnes con ellos, y los conduces a este sitio.» He oído vuestro canto, os he visto desembarcar, y me he dejado caer entre vosotros como un coco maduro. Aquí tenéis la historia de mi encuentro inesperado.

—Guíanos, pues—dijeron sencillamente los indios de la canoa.

—Seguidme—les respondió el atalaya.

Los cuatro indios, después de ocultar perfectamente entre los cañaverales del río la piragua que les había conducido a aquel sitio, se internaron en el bosque, siguiendo los pasos del emisario de Tangú.

Más de una vez tuvieron que abrirse el paso con los sables, porque la selva era impenetrable.

Más de una vez la monstruosa cabeza de una culebra les obligaba a cambiar de rumbo.

Después de una hora de fatigosa marcha llegaron a una plazoleta abierta en lo más espeso de la selva por el hacha de los indios.

Allí se encontraba un vivac indio.

Unos sesenta hombres se hallaban sentados en derredor de una fogata.

Sobre esta fogata se estaba asando una ternera colgada de dos palos en forma de cruz.

Algunos caballos pacían tranquilamente el abundante pasto que alfombraba el suelo.

El sol no había nunca extendido sus rayos sobre aquella espesa hierba.

Los árboles entrelazaban sus altivas y frondosas ramas, formando un toldo movible de verdes y brilladoras hojas.

Cuando los cuatro indios, abriéndose paso entre los sauces, penetraron en la plazoleta, los indígenas que rodeaban la hoguera se levantaron, exceptuando un indio, extremadamente viejo, que, envuelto en una manta de vistosos colores, se hallaba fumando tranquilamente con la espalda apoyada en el grueso tronco de un árbol.

Aquel indio se llamaba Tangú, y era el jefe de los insurrectos.

—No os sobresaltéis, hijos míos—les dijo—; los que vienen son de los nuestros. Los indios orejones y los soldados californianos no se atreven a penetrar en estos bosques, donde se albergan las temibles boas y los bravos tulares que defienden su libertad.

Mientras tanto, los cuatro indios llegaron adonde estaban sus compañeros, y sin despegar los labios se sentaron alrededor de la hoguera.

Entonces el viejo Tangú hizo una señal, y uno de los indios descolgó de los garfios la ternera que se estaba asando, de cuya carne repartió un pedazo a cada uno.

Todos comenzaron a comer con un apetito voraz.

Algunos de ellos chupaban de vez en cuando un trozo de raíz seca de árbol que había en un montón.

Sin duda, aquella substancia les servía de pan.

Cuando hubieron devorado la ternera, Tangú hizo otra señal, levantando el extremo de su manta, y dos indios se internaron entre los árboles vecinos, saliendo al poco rato con dos toneles, que hacían rodar sobre la hierba con rapidez.

Aquellos toneles estaban llenos, uno de aguardiente de caña, otro de agua de seltz, sacada de las cisternas del monte de Buenavista.

Bebieron todos, sirviéndose de un trozo de corteza de árbol, primero el aguardiente de caña y luego el agua mineral de seltz.

Después se ocultaron los barriles en el mismo sitio; cada uno desató su pipa de sus largos cabellos, la llenó de un tabaco negro y aromático y se pusieron en cuclillas a fumar alrededor de la hoguera.

Durante todas estas operaciones nadie despegó los labios.

Por fin, el viejo Tangú despidió una bocanada de humo, y dijo con acento gutural y algo tartamudo:

—De buen provecho os sea lo que habéis comido y bebido.

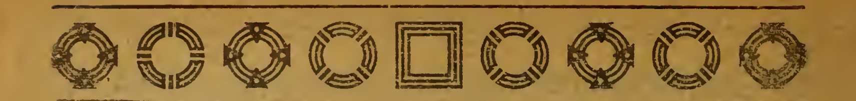
Todos se quitaron la pipa de la boca e inclinaron la cabeza.

—Buenas noches, Jenaro —volvió a decir el viejo.

Jenaro era el indio que dirigía, sentado en la popa, la piragua

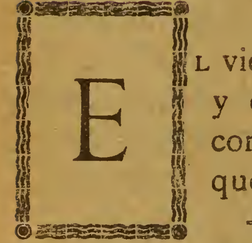
—Buenas las tenga, anciano Tangú.





CAPITULO VIII

El cadáver.



El viejo individuo volvió a chupar su pipa. y después de permanecer un segundo contemplando el grueso caño de humo que despedía su boca, volvió a decir:

—¿Habrás estado en San Francisco?

—Sí—respondió Jenaro.

—¿Y en la Misión de Santa Clara?

—También.

—¿Y en la de San Luis Obispo?

Jenaro respondió afirmativamente.

—¿Y en la de los Angeles y en la de San Miguel?—volvió a preguntar Tangú.

—He estado en todas esas partes, según me encargaste.

—Entonces, habla; tus hermanos te escuchan con impaciencia.

—El coronel Fremont—dijo Jenaro—, con un escuadrón de carabineros y doscientos indios orejones, ha salido de Monterrey en dirección a la Misión de Santa Clara.

—¡Ah! ¿Quiere tomarla a la fuerza?

—Así ha dicho a sus amigos al salir de la ciudad.

—Ya lo oís, hermanos míos. La guerra va a comenzar sin cuartel, sangrienta. El que caiga en manos de esos soldados de la Unión será fusilado... Continúa, Jenaro, continúa.

— Fremont dice que quiere restablecer la paz de las Misiones; nos llama víboras del Stanislao, y quiere aplastarnos. En la plaza de San Francisco he visto colgados de los palos de siete horcas a toda una familia de indios tulares, que vivía pacíficamente en la ribera del río Colorado.

Todos los oyentes lanzaron un grito de rabia.

En los gruesos labios del viejo Tangú apareció una sonrisa terrible.

Jenaro continuó:

—Estos infelices no habían cometido otro delito que ejercer su doble profesión de pescadores y cazadores. Les encontraron en sus cabañas unas cuantas arrobas de salmón y dos terneras secadas al aire libre, y esto fué bastante causa para ahorcarlos.

Un segundo grito de indignación salió de los pechos de aquellos salvajes.

—Dicen que no quieren—continuó Jenaro—que prefiramos la carne de caballo a la de vaca.

—¿Y qué les importa a ellos que a nuestros paladares les sea una carne más sabrosa que la otra? Nosotros hemos nacido en la selva y queremos nuestra libertad, nuestras costumbres. ¿Les pedimos cuenta de las suyas? Cuando alguno de los nuestros tropieza con una

mina de plata u oro, ¿con qué derecho vienen esos gallos colorados a pedirnos una parte de lo que es nuestro? Pues bien, ya que no quieren dejarnos en paz, habrá guerra y exterminio. Los prisioneros serán degollados y arrojados al río, y allá veremos quién vence. Trabajo les doy, y no poco, para que nos desalojen de nuestros barrancos y de nuestros bosques. Que vengan cuando quieran; uno de vosotros vale lo menos por cinco de los suyos. El que se bate por su independencia es mucho más bravo que el que se alquila para luchar en favor de la tiranía. Yo soy viejo; pero me habéis nombrado vuestro jefe y lucharé mientras me quede un soplo de vida. ¡Viva la libertad de los indios tulares de California!

Un grito unánime, poderoso, aterrador, resonó bajo aquella bóveda flotante de apiñadas hojas.

El discurso del viejo Tangú había inflamado los corazones de los insurrectos.

Los indios gesticulaban de un modo horrible, blandiendo sus pesados sables en el aire.

Aquellos salvajes tenían en sus fisonomías algo de condenados. Rechinaban los dientes, cerraban los puños y lanzaban miradas amenazadoras y blasfemias espantosas contra los enemigos de su libertad.

Mientras tanto el fiero Tangú fumaba tranquilamente, gozando en silencio del entusiasmo que inflamaba los bélicos corazones de sus súbditos.

La gritería era espantosa.

Todos juraban, maldecían y amenazaban con las armas en la mano a su enemigo imaginario.

En medio de este estruendo infernal, por la parte del bosque que da al río, oyóse una descarga cerrada de fusilería, y después la robusta detonación de un pedrero.

Las balas y los proyectiles de metralla cruzaron silbando por la plazoleta donde se hallaban los insurrectos, y algunos gritos de dolor salieron del grupo de los indios Seis hombres cayeron al suelo, bañando con su sangre la crecida hierba.

Hubo un momento de espanto seguido de un instante de silencio, de vacilación.

Miráronse los unos a los otros, como preguntándose la causa de aquella descarga que había venido a herirles en su misma madriguera.

El viejo Tangú arrojó la pipa que tenía en la boca, púsose en pie con la misma ligereza que un joven de veinte años, y, cogiendo su pesado sable, exclamó con voz de trueno:

—¡Los centinelas nos han vendido! ¡A caballo! ¡A caballo! ¡El que se salve que baje a reunirse en el barranco hondo de Sierra Nevada!

Los indios se reanimaron al oír aquella voz.

Con la ligereza del lince saltaron sobre sus caballos, lanzando gritos de furor.

Entonces pasó una cosa admirable. Los seis indios que se revolcaban lanzando gritos de dolor fueron recogidos por seis insurrectos y colocados a manera de costal sobre las grupas de los caballos.

Ya era tiempo, porque unos cuarenta hombres, soldados indígenas de California, pertenecientes a los

orejones, entraron, pistola en mano. Vestían algunos de ellos un ancho sombrero de paja y una blusa de un color gris; otros, sencillamente, algunas pieles de cabra arrolladas al cuerpo y un cinturón, del que pendían un largo puñal y un par de pistolas.

Detrás de estas avanzadas apareció una pieza de artillería, conducida por una acémila, y después el coronel Fremont con algunos carabineros de caballería.

Los indios insurrectos habían desaparecio como por encanto.

Los soldados californianos pretendían seguir, cuando oyeron tocar la trompeta de hacer alto.

—Nuestras balas—dijo un soldado—no han dado solamente en los árboles; también dieron en la carne, según parece, porque aquí hay sangre.

—¿Por qué no avanzamos?—preguntó otro—. Yo los he visto deslizarse entre la maleza como los conejos cuando ven las orejas del perro.

—¡Bah! El coronel hace bien en mandar hacer alto —dijo el primero—. Las emboscadas de los tulares son muy temibles.

—Les faltan las armas de fuego.

—Sus sables y sus flechas envenenadas matan lo mismo que las balas.

—¿Sabes que creo que hemos hecho mal en internarnos tanto.

—Eso es cuenta del Jefe.

Mientras tanto, el coronel hablaba con algunos oficiales, dando órdenes oportunas para cortar todos los pasos.

Dejemos a estos soldados, que nada nos interesan, y vamos a buscar a algunos personajes de esta novela.

El sol acababa de nacer.

Sus purísimos rayos caían como una lluvia de oro sobre las claras corrientes del Stanislao.

La brisa matinal agitaba suavemente los copudos árboles que crecen en sus riberas.

Los pájaros vagabundos cantaban ocultos entre las frondosas ramas, y los inquietos salmones sacaban de vez en cuando el redondo hocico fuera de la superficie del agua, y haciendo rápidas evoluciones, enseñaban el reluciente lomo, hundiéndose inmediatamente en el fondo.

Tres hombres seguían la corriente del río por una angosta vereda.

Delante de ellos caminaba un perro de hermosas lanas, de raza inglesa.

Detrás del perro iba un indio con la ballesta en la mano y el sable de madera colgado del tahalí.

Este indio ya le conocen nuestros lectores: se llamaba Tempay; era el guía que el señor del Araguay había elegido a su sobrino.

A poca distancia del indio, caminaba, montado a caballo, Pedro, el capitán del bergantín «Cervantes».

El perro volvía de vez en cuando la cabeza, miraba a Tempay, agitaba la cola y seguía su marcha.

Pablo caminaba también a merced de su caballo, embebecido en la contemplación de aquella poderosa y admirable vegetación.

Sus ojos, tan pronto se dirigían hacia la derecha,

para contemplar aquellos árboles seculares, como se fijaban en las aguas del río y en el hermoso cielo que se extendía sobre su cabeza, azul como los ojos del ángel Elohak y puro como la sonrisa de una virgen.

De pronto, el perro se detuvo y se puso a aullar, inclinando el cuerpo hacia atrás.

Tempay hizo una señal al que le seguía para que se detuviera, y armó la flecha.

—¿Qué ocurre?—preguntó Pedro, desatando su escopeta de dos tiros, que llevaba colgada de la silla del caballo.

—No sé—dijo el guía—. «Fork» no quiere seguir la vereda; tal vez ha visto brillar entre la maleza los ojos de alguna serpiente.

El guía dió unos pasos, acarició al perro y le dijo:

—¡Busca!

El perro, algo más tranquilo, levantó el hocico como buscando el viento, y después tornó a aullar.

—¡Busca, «Fork», busca!... ¿Tienes miedo? Aquí estoy yo con la flecha en la mano, que ya sabes que tengo buen ojo.

El perro torció hacia el bosque, y apenas había andado veinte pasos, se paró ladrando desesperadamente. El guía se acercó a aquel sitio, e inclinando el cuerpo hacia el suelo para reconocer el terreno, se encontró, cubierto por un montón de hojas, el ensangrentado cuerpo de un cadáver.

—¡Hola!—dijo—. Por aquí han pasado no hace mucho los tulares.

Pedro y Pablo dirigieron los caballos hacia el sitio

en que se hallaba Tempay, que con la punta de sable separaba las hojas para ver el cadáver.

—¿Qué es eso?—preguntó el capitán.

—Esto es que los indios insurrectos han dejado aquí un compañero, que sin duda ha sido herido en la noche pasada; la sangre está fresca, y las heridas son de arma de fuego.

—Sigamos adelante—dijo Pedro.

—Anoche os dije que había oído una descarga, y me contestasteis que era una aprensión mía—dijo Tempay—; y ahora afirmo que aquel ruido sordo y lejano fué producido por las carabinas de los soldados de la Unión. Esto siempre es un contratiempo para nosotros.

—¡Ah, buen Tempay! ¿Tienes miedo?—preguntó Pedro.

Tempay se encogió de hombros y, dirigiendo la palabra al perro, le dijo:

—Anda, «Fork», anda, a ver si tu olfato percibe el tufillo de los hombres de color.

Continuaron el camino, y, después de andar como hora y media, se detuvieron en la hondonada de un barranco.

Como el sol se hacía sentir lo bastante, el capitán dijo que creía conveniente hacer un pequeño descanso a la sombra de aquellas rocas.

Además, el punto de vista era admirable.

Aquel barranco, lamido por la corriente del Stanislao, formaba un triángulo, y al extremo opuesto un bosque espeso se extendía por la dilatada llanura.

—¡Oh! ¡Qué hermoso paisaje!—dijo el capitán Pedro, deteniendo su caballo para contemplarle.

—Aquel bosque—repuso Tempay—es un tesoro para los indios tulares: hay caza abundante; de allí sacan su alimento y su vestido. Por más que lo pretendan los de la Unión, nunca serán dueños de ese bosque.

Pedro echó pie a tierra, y Pablo imitó a su señor.

—Hacéis muy mal en deteneros en estos sitios—dijo el indio.

Pedro se encogió de hombros, como hombre que desprecia el peligro, y siguió contemplando el pintoresco paisaje que tenía delante.

—Ya os he dicho la noche pasada, en la cabaña del viejo José—continuó el guía—que las riberas del río Stanislao eran peligrosas.

—Y, sin embargo, querido Tempay, no hemos encontrado a nadie en nuestro camino, si se exceptúa alguna liebre medrosa o algún pájaro encantador.

—También hemos hallado un muerto.

—Los muertos no hacen daño.

—Cierto; pero cuando al cadáver le mancha sangre fresca, es una señal de que los vivos han pasado por allí con el arma en la mano. Creedme, señores: dirijámonos a una Misión a enterarnos del estado de las cosas, o cuando menos, a una partida de carabineros.

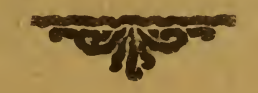
—No me niego a ello; pero creo conveniente que nos desayunemos en este sitio; allí veo un manantial de agua, aquí una roca que puede servirnos de mesa, y enfrente de nosotros el punto de vista más pintoresco del

mundo. Pablo, saca las provisiones, y, por si acaso, coloca nuestras escopetas al alcance de las manos.

Tempay guardó silencio.

Pablo el marino obededió las órdenes de su capitán.

Poco después nuestros viajeros rodeaban una roca sobre la que se veían algunos manjares.





CAPÍTULO IX

La sorpresa.

Apenas habían comenzado el desayuno, cuando el perro «Fork», que se hallaba echado a los pies de su amo, comenzó a gruñir.

—Dale de comer a tu perro, Tempay —dijo el capitán—; tiene hambre, y nos dice que nos acordemos de él.

—Mi perro, señor capitán, cuando tiene hambre me lo advierte de otro modo.

Tempay se levantó, y cogiendo la flecha que tenía al lado, dijo:

—Continuad almorzando: pronto vuelvo; voy a reconocer estos alrededores.

—¿Te has propuesto sobresaltarnos?

—Vuestras vidas son para mí tan sagradas como las de mis hijos: mi deber es velar por ellas.

Tempay, seguido de su perro, se internó en una espesura vecina.

—¿Sabes, querido Pablo —dijo el capitán—, que nuestro guía es algo medroso?

—¡Quién sabe si es un miserable! Yo desconfío de ese hombre—repuso Pablo.

—Te engañas, Pablo: Tempay es un guía leal; hace muchos años que tiene esa profesión, y en San Francisco se cuentan cosas admirables de ese indio. Es buen cristiano; ama a los españoles como si fueran sus compatriotas. Nada temas, pues, de ese hombre. Yo te respondo de su honradez. Confía en él.

—Sin embargo, ese recelo que demuestra...

—Dicen que es valiente. Yo lo dudo.

Los marinos guardaron silencio y siguieron comiendo.

Mientras tanto, podían verse ocho indios tulares, ocho salvajes de rostro feroz y color rojo, sin más traje que algunas pieles arrolladas a la cintura, y armados con los temibles sables y mortales flechas, atravesando uno a uno, con todas las precauciones de los hijos de los bosques, los espesos cañaverales que crecían en las orillas del Stanislao.

Aquella marcha hubiera sido penosa, casi imposible para un europeo; pero los tulares tenían costumbre de hacerla la mayor parte del día.

A veces, el que caminaba delante se hundía de repente en el agua.

Entonces sus compañeros se detenían y esperaban.

Dos minutos después un hombre sacaba la cabeza por entre las aguas del río.

Era el mismo indio que poco antes se había hundido, que, nadando hacia donde estaban sus compañeros les decía:

—Echad por fuera; hay un remanso de las avenidas del río.

Después, salvando aquel inconveniente, continuaban su camino sin despegar los labios.

De este modo recorrían grandes distancias sin temor de ser sorprendidos.

Era el recurso desesperado de los tulares.

Como recordarán nuestros lectores, la noche antes habían sido sorprendidos en el bosque. La partida Tangú se había dispersado, dándose una cita.

Aquellos ocho hombres estaban destinados por su jefe a recorrer las orillas del río para advertir a los insurrectos el punto de reunión.

Cuando llegaron a la herradura que formaba el barranco se detuvieron.

Allí era preciso atravesar como unos quinientos pasos por tierra firme, porque no había cañaverales

Podían ser descubiertos.

El indio que caminaba delante hizo una seña a sus compañeros, y, arrastrándose entre las rocas como una culebra, llegó hasta la embocadura del barranco.

Allí se incorporó después de muchas precauciones.

Lo primero que se presentó a sus ojos fueron los dos marinos, que estaban almorzando a unos cien pasos del sitio en que se hallaba.

Se echó bruscamente en el suelo para no ser visto, y permaneció un buen rato observándolos desde la roca.

Luego, tornando a retroceder el camino andado, fué arrastrándose hasta reunirse con sus compañeros.

—Dos blancos—dijo lacónicamente el indio—comen tranquilamente en la roca plana.

Los indios empuñaron los sables.

—¿Qué hacemos?—preguntó uno de ellos.

—Pero ¿son dos solos?—dijo otro.

—No he visto más que dos.

—Ataquémoslos.

—¡Oh! Tienen las escopetas a su lado. Nos llevan ventaja.

Los indios guardaron un momento de silencio, como si aquella advertencia fuera para ellos de mucha fuerza.

Después, uno de ellos habló de este modo:

—Llevan un vestido muy bueno; serán ricos. ¡Si pudiéramos caer sobre ellos sin que nos vieran!...

—No es fácil.

—¡Bah! La culebra se desliza sobre la hierba sin ser oída.

—El indio de buena raza sabe caminar como la culebra.

—¿Te atreves tú?

—¿Y por qué no? Yo llegaré hasta ellos. Cuando tenga al alcance de mi mano las escopetas, os daré el aviso lanzando un grito. Mientras tanto, vosotros os arrastráis hasta las rocas más cercanas al sitio en que se hallan, y entonces hacéis uso de los sables.

—Pues manos a la obra.

Los indios pusieron por obra lo que acababan de combinar.

Mientras tanto, Pedro y Pablo fumaban esperando

al guía Tempay, sin sospechar el peligro que les amenazaba.

De pronto oyeron un grito horrible que parecía brotar del fondo de la tierra.

Los dos marinos se pusieron de pie sobresaltados.

Su primer movimiento fué coger las escopetas.

El capitán Pedro fué a inclinarse, pero al mismo tiempo recibió un terrible sablazo en la frente y cayó al suelo sin sentido, bañado en sangre.

Pablo, al ver herido, tal vez muerto, a su capitán, exhaló un gritó de venganza; pero al mismo tiempo sintió que le cogían de una pierna y tiraban con una violencia tan espantosa, que nó le fué posible mantenerse en pie.

Cayó, y cuatro indios saltaron sobre él

Como la hierba era alta y espesa, los tulares habían llegado a aquel sitio, sin ser vistos, arrastrándose como una culebra. Pablo fué atado al tronco de un árbol. Su resistencia fué vana.

Los indios se pusieron en cuclillas alrededor del capitán Pedro, que, cubierto de sangre, yacía sobre la hierba sin dar señales de vida.

—Buen acierto has tenido—dijo un indio a otro.

—Éste ya no nos hará la guerra.

—Está muerto—dijo otro, reconociendo al capitán y haciéndole rodar con la punta del sable.

—Desnudémosle, y al río: es preciso no dejar rastro.

—Tienes razón.

Los indios desnudaron a Pedro, repartiéndose las prendas de su ropa.

Pablo oía esta conversación desde el árbol en donde estaba atado.

—¿Y qué hacemos con éste?—preguntó uno, señalando al marino.

—Colocarle encima de un caballo a manera de costal y llevarle al viejo Tangú para que él disponga.

—Es verdad; tal vez nos sea útil.

Pablo fué puesto sobre un caballo, con las manos y los pies juntos, atados por debajo de la tripa.

Aquella postura violenta y la manera brusca con que lo ejecutaron no arrancó a Pablo un solo grito de dolor.

Desde aquel potro presenció una escena de dolor.

El cuerpo de su amo fué llevado por un indio hasta la orilla del río, rodando como un tonel.

Pablo cerró los ojos.

Aquel espectáculo le causaba horror.

Después se oyó un grito y el ruido de un cuerpo pesado al caer en el agua

Los que le rodeaban lanzaron una carcajada.

—Hoy los pecas del Stanislao comerán carne fresca—dijo uno de los indios.

—¡Infames! ¡Infames! ¡Infames!—exclamó Pablo.

—¡Eh! ¡Menos bravatas, señor blanco, o te machaco la cabeza con una piedra!

—Estamos perdiendo el tiempo—repuso otro.

—Sí, sí, vamos—repitieron varias voces.

Se pusieron en marcha, internándose en el bosque.

Apenas habían andado unos quinientos pasos, el que llevaba el caballo de la brida se detuvo y dijo:

—¿No esperamos a nuestros compañeros?

—No —dijo el que parecía el jefe de los indios—. De la ribera opuesta deben llegar algunos insurrectos, y José los espera oculto en los cañaverales para decirles el camino que deben seguir.

José era el nombre del indio que, haciendo rodar el cuerpo del capitán Pedro, le había arrojado al río:

Tornaron a emprender la interrumpida marcha.

Pablo era cristiano, y rogaba en silencio a Dios por el alma de su desgraciado capitán.

Cinco horas caminaron a través de la selva.

Durante esta dolorosa marcha, al prisionero, más que las incomodidades de tan penoso viaje, le afligían los recuerdos gratos de su corazón.

Pensaba en España; en la hermosa villa de Santillana del Mar, su patria nativa; en la honrada joven que vivía tal vez rogando a Dios por él; en la hermosa aldeana a quien había dado palabra de matrimonio, y que formaba toda su felicidad, toda su ventura.

Poa fin se detuvieron, y uno de los indios mandó que bajasen al prisionero del caballo y que le ataran al tronco de un árbol.

Pablo, aunque sufría agudísimos dolores, pues le habían atado de una manera cruel, no articuló ni un solo gemido de dolor, ni una sola queja.

Buscaba entre aquellos indios al guía Tempay, que él creía traidor; pero Tempay no estaba allí.

Los contó: eran siete.

Se hablaron en voz baja, y desaparecieron tres.

Los restantes sentáronse alrededor del árbol don-

de estaba atado Pablo, con el sable entre las piernas y las flechas colgadas a la espalda.

Se pusieron a fumar.

Transcurrió una hora.

Los tres indios que poco antes se habían internado en la selva aparecieron ante la maleza, trayendo tres liebres, que desollaron con una rapidez prodigiosa.

Luego encendieron una hoguera y las asaron, comiéndolas con su usual apetito.

Pablo los miraba, y los indios, sin despegar los labios, le enseñaban lo que comían.

Pero Pablo no tenía apetito.

Su úuico pensamiento era su desgraciado amo y la suerte que tal vez le estaba destinada a él.

Las prendas de ropa del desgraciado capitán, que aquellos miserables se habían puesto, le afligían sobremanera

De pronto se pusieron todos en pie, dirigiendo miradas recelosas en derredor suyo, como si hubieran oído algo que les anunciara su peligro.

Uno de los indios hizo una seña, y con una rapidez prodigiosa treparon por los troncos de los árboles.

Pablo se quedó solo.

No podía comprender la mímica de sus opresores.

Alzó los ojos y vió que los indios trepaban por las ramas de los árboles, deslizándose de unos a otros

Aquel modo de caminar en los bosques sólo es conocido en los trópicos.

Después no vió nada.

Hizo esfuerzos violentos para romper las ligaduras; pero todo fué en vano.

Transcurrió un breve espacio.

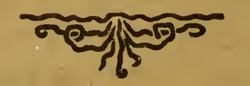
El silencio de la selva era imponente.

De pronto, un hombre montado en un caballejo de poca alzada apareció por una vereda que conducía al sitio donde se hallaba Pablo.

La presencia de aquel hombre hizo lanzar un grito de gozo al marino.

Le había reconocido.

Eera el padre Anselmo, el misionero que pocos días antes había estado a pedir limosna en casa del señor de Araguay.





CAPÍTULO X

El rastro de sangre.

¡PADRE! ¡Padre!...—le gritó el marino con desesperada voz—. ¡Desatadme!

El misionero levantó la frente y vió al marino atado a un árbol.

El fraile echó pie a tierra y corrió, a pesar de sus años, hacia donde estaba Pablo.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios—exclamó—, que ha conducido mi caballo por estos sitios para poder ser útil a un hermano mío!...

El padre Anselmo comenzó a desatar a Pablo.

En esta faena le sorprendieron los indios, que, persuadidos que el enemigo no era temible abandonaron las madrigueras.

El fraile saludó con imperturbable serenidad a los salvajes, y continuó desatando al marino.

Mientras tanto, los indios, formando un corro a corta distancia, parecía que deliberaban entre sí en voz baja.

Extrañábale al marino que nadie se opusiera a su libertador.

Cuando estuvo desatado, el padre Anselmo se volvió hacia donde estaban los indios, poniéndose a hablarles en una lengua que Pablo no pudo entender.

El fraile hablaba solo, y nadie se atrevía a contestarle.

Indudablemente, el fraile les reprendía.

Después se fué adonde tenía el caballo, desató un lío de ropa y, sacando una chaqueta y dos camisas, las tiró a los pies de los indios, diciéndoles algunas palabras.

Los salvajes entonces se acercaron al misionero y, arrodillándose a sus pies, besaron uno después de otro el grueso cordón de su tosco hábito y la cruz de madera con que la imagen del Salvador que llevaba en el pecho.

Pablo observaba con asombro toda aquella ceremonia.

Cuando todos hubieron impreso los labios en la sagrada imagen del Crucifijo, el misionero les bendijo, y volviéndose hacia donde estaba el marino, le dijo:

—Vamos, hermano mío... Pero monta en mi caballo, porque tus miembros estarán entumecidos.

—Yo soy fuerte, padre mío—exclamó Pablo.

—Lo sé todo—repuso el misionero—. Los indios, con su acostumbra ingenuidad, me lo han contado todo.

—¡Pobre capitán!... ¡Si usted hubiera aparecido hace seis horas!

—Entonces no le hubieran tocado. Los salvajes me

han dicho el sitio donde el capitán ha sido asesinado, y aunque no tengo esperanza alguna de salvarle, mi deber me dice que debo probarlo todo.

—¡Oh, sí! ¡Corramos, corramos!... Pero usted es anciano, yo soy joven; monte usted y ponga el caballo al galope. No tema cansarme.

Después de alguna súplica, el padre Anselmo montó a caballo y salieron de la selva a buen paso.

Cuatro horas después llegaron a la misma peña donde habían sido sorprendidos.

El fraile articuló un grito salvaje, muy parecido al que durante la noche anterior habían empleado los indios tulares para darse aviso.

—¡Es extraño!—se dijo como hablando consigo mismo—. Los indios me han dicho que habían dejado aquí a un hombre, y ese hombre no contesta a mi grito.

—Aquí cayó, padre mío—dijo Pablo señalando un charco de sangre que había junto a la peña.

—Sigamos el rastro—repuso el misionero.

—¡Oh! Esos miserables le hicieron rodar, quizá con vida aún, por estos peñascos. Mirad, mirad la sangre fresca todavía.

Pablo y el fraile seguían, con el cuerpo inclinado hacia el suelo, el rastro de la sangre, el cual les condujo hasta la orilla del río.

Allí se detuvieron.

—Por aquí es por donde le arrojaron al río—dijo Pablo.

—Sin embargo—repuso el misionero—, aquí se

halla otro charco de sangre que indudablemente no es del capitán.

—Cierto—exclamó Pablo—. Después de haber derramado tanta junto a la peña, no es verosímil...

—Además, veo aquí una flecha y un sable de indio junto a la sangre—volvió a decir el fraile, señalando con la mano los objetos indicados—. Aquí debe haberse cometido otro asesinato.

—Pero lo cierto es, padre mío—repuso Pablo—, que ya no hay esperanza ninguna.

—Así al menos lo debemos creer, según todos los síntomas.

—¡Pobre capitán!

—El dolor de su prometida, la pena de su tío, van a ser grandes cuando lo sepan. Roguemos a Dios por su alma, hijo mío. Es lo único que podemos hacer.

El fraile y el marino se arrodillaron junto al charco de sangre, permaneciendo como un cuarto de hora rezando por el alma del desgraciado capitán.

Después se levantaron.

Pablo dijo, enjugándose una lágrima:

—¡Oh! Si cae en mis manos el miserable guía, yo te vengaré, capitán.

—¿Quién era vuestro guía?—preguntó el fraile.

—Un indio, un salvaje que nos recomendó el señor de Araguay.

—¿Sabes su nombre?

—Sí; se llama Tempay.

—¡Tempay!... ¡Ah! No desconfíes de ese hombre; es un indígena, buen cristiano, leal como un perro,

bravo como la pantera y astuto como la serpiente. Estoy seguro, hijo mío, que vuestro guía en nada ha contribuído a esta desgracia.

—Yo tengo mis dudas.

—Recházalas. Yo te respondo de ese hombre.

Después, como nada tenían que hacer allí, abandonaron aquellos sitios.

Aquella noche la pasaron en la choza de un indio conocido del padre Anselmo. Al día siguiente hallaron una compañía de soldados californianos que conducían unos prisioneros a San Francisco.

Pablo, después de besar la mano al venerable sacerdote y rogarle que le encomendara a Dios, se incorporó a la compañía, y tres días más tarde entraba en casa del señor Araguay.

Pablo contó al venerable anciano y a su encantadora hija la desgraciada muerte del buen capitán.

El dolor de aquella familia fué inmenso.

El tribunal de Comercio, de que era miembro el señor de Araguay, vengó la muerte del capitán del bergantín «Cervantes» ahorcando siete insurrectos.

Tula lloró amargamente, y su padre estaba muy triste.

Pablo profesaba un odio terrible al país.

La sola presencia de un indio le irritaba.

Una tarde fueron a verle algunos tripulantes del buque.

Aquellos marineros eran amigos de Pablo.

—¿Quieres algo para España?—le preguntó uno de ellos.

—¿Cuándo os hacéis a la vela?

—Mañana, apenas sople el aire del mar.

—Esperadme, un poco—dijo Pablo, como si una idea repentina le asaltara.

Y entró en la casa.

Poco después se hallaba en el despacho del viejo colono, que estaba triste y ojeroso.

—Señor—le dijo Pablo—, allí, en un rincón de España, en la humilde aldea de Santillana del Mar, existe una mujer a la que he dado palabra de casamiento. Cuando fondeamos en este puerto el capitán me dijo: «Pablo, tú has sido siempre para mí un leal servidor; yo debo recompensarte; toma estos dos mil duros, vuélvete en el bergantín a España, cásate con Marta y sé feliz.» Como usted podrá comprender, rechacé la proposición, porque yo por nada de este mundo quería separarme de amo tan bueno. Pero ahora es otra cosa; ahora mi pobre capitán no existe, y no puedo ver con sangre fría esos morenos que tienen la culpa de la muerte de mi señor. Así es que como el bergantín se hace a la vela mañana, como de nada sirvo en esta casa, como mis compañeros de viaje me esperan a la puerta y Marta en Santander, vengo a pedir a usted permiso para volver a España, porque en esta maldita tierra estoy seguro de que tendré mal fin.

El viejo colono, durante la sentida narración del marino, no despegó los labios, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pablo—dijo con gravedad—, comprendo que tienes razón en cuanto acabas de decirme. Parte cuan-

do quieras: no seré yo el que se oponga a tu felicidad.

Pablo cayó de rodillas a los pies del anciano.

Este se levantó y le dijo:

—Espera.

Y salió de la habitación.

Poco después volvió a entrar con un papel en la mano, que tenía la forma de un cartucho.

—Toma—le dijo—; aquí tienes veinticuatro onzas de oro para acudir a las necesidades del viaje.

—¡Pero, señor, si yo tengo dinero!—dijo Pablo.

—No importa; los dos mil duros no debes tocarlos: son el dote de Marta.

. . . .

. . . .

Pablo salió a la puerta de la casa donde le esperaban sus compañeros.

—¿Qué hay?—le preguntaron.

—Que me voy con vosotros.

—¡Hurra!—exclamaron todos.

—Pablo, es preciso convencerse—dijo uno de ellos—de que la mejor tierra del mundo es aquella donde uno ha sido bautizado.

Aquella misma tarde Pablo habló con el segundo, que, por cesación de Pedro, había quedado de capitán del bergantín.

Pablo quedó contratado de contramaestre hasta Santander, punto hacia donde se dirigía el buque.

Al día siguiente se hizo a la vela el «Cervantes», y como hacía escala en algunos puntos de Inglaterra,

Pablo compró en Liverpool un magnífico collar de coral y una caja de grana para la novia.

Por fin llegó a España, y una tarde en que Marta se hallaba sentada con su padre debajc del emparrado de su casita, exhaló un grito diciendo:

—¡Es él!... ¡Es Pablo!

Treinta días después se encaminaron los novios, ataviados con los trajes de los días de fiesta, y seguidos de sus parientes y amigos, a la iglesia del pueblo.

Marta pronunció el «sí» con todo su corazón al pie de los altares, y Pablo creyóse el hombre más feliz del radio.

Después compraron la casita y la barca que ya conocemos.

Tuvieron hijos.

Sobre aquel modesto techo se meció siempre el ángel de la felicidad.

Pasaron doce años.

. . . .

Pablo, pues, cuando vió la tarde en que comienza esta novela venir por el camino de Santillana a un forastero, cuando reconoció en él al difunto capitán del bergantín «Cervantes», no pudo menos de asombrarse y exclamar:

—¡Pues qué! ¿Los muertos hablan con los vivos?

Hasta aquí sabía Pablo, y unque no era supersticioso, no dejó de causarle un verdadero asombro mezclado de una curiosidad profunda, porque su antiguo amo, además de tener y demostrar todos los síntomas

de un vivo, había llegado a la puerta de su casa con una niña que a Pablo le recordaba su mujer.

Aquella mujer era Tula, la hija del viejo colono.

Figúrense nuestros lectores que aquí comienza lo que el capitán Pedro contó a su contramaestre Pablo, sentado en la popa de la lancha y a la luz de la luna, y al mismo tiempo que se entera Pablo puede enterarse el lector.





CAPITULO XI

Donde se verá lo que un indio hace por un español.

RETROCEDAMOS al momento en que el indio hacía rodar por las piedras el ensangrentado cuerpo del capitán Pedro, con el objeto de sepultarle en las profundas aguas de Stanislao.

Crecían a la orilla del río unos espesos cañaverales.

El indio, algo fatigado, se detuvo como el hombre que mira próxima a terminarse la faena.

Los pies del capitán estaban dentro del agua y el rostro sobre las tronchadas cañas.

El indio inclinó el cuerpo para empujarle con las manos, cuando vió que el muerto llevaba un vestido interior muy pegado a la carne.

Este vestido era de lana finísima, y estaba manchado del roce con las hierbas.

En California es frecuente que un indio cambie un caballo por una chaqueta vieja o un pantalón usado.

Es verdad que allí el precio de un caballo bueno no

sube a más de cinco duros, y que los indios tienen en más estima una prenda de ropa, por vieja que sea, que uno de los potros o «bacos» que se crían en sus bosques, y que no les cuesta mas que arrojar a sus cuellos el lazo.

El indio, pues, calculó que era una lástima enterrar aquel blanco sin quitarle aquella chaqueta y aquel pantalón, se puso a desnudarle.

La sangre había pegado la ropa al cuerpo, y la operación no era tan sencilla como parecía.

Receloso de que sus compañeros quisieran parte en aquel hallazgo, que ellos no habían reparado, y calculando que el desnudar al blanco era operación entretenida, hizo la señal convenida, y los siete indios se encaminaron al bosque, creyendo sepultado en las aguas al marino.

Tan embebecido, tan atareado estaba el indio despojando de la almilla al capitán, que no sintió que muy cerca del sitio que ocupaba se movían las matas de la orilla del río, como si un cuerpo pesado se arrastrara entre ellas.

De pronto el indio se incorporó, como si hubiera llamado su atención.

Extendió una mirada en derredor suyo, y como para dominar mejor el terreno, se puso en pie encima de una roca.

Entonces vió que los penachos de las cañas se agitaban de un modo violento.

—Será alguna vaca—se dijo—que baja al río a beber agua.

Y cogiendo una piedra, la tiró al sitio donde se agitaban las cañas. Oyóse el gemido de un perro.

Inmediatamente, una flecha pasó silbando por el aire, y el indio que estaba sobre la peña, lanzando un grito de dolor, cayó como herido de un rayo junto al cuerpo del capitán.

Dos minutos después, el guía Tempay y su perro estaban junto al indio.

El guía arrancó la flecha, no sin algún trabajo, y después de limpiarla en las aguas del río, se dijo como hablando con su perro:

—Eres muy quejumbrón, querido «Fork», tu imprudencia casi me pierde; pero afortunadamente, esta vez mi ojo ha sido certero.

El guía colocó la flecha en el carcax; y después continuó con una calma admirable su soliloquio.

—¡Ah, pobre señor! Si tardo un poco más, te arrojan al Stanislao, y hubieras servido de pasto a los peces.

Tempay se arrodilló junto al capitán y comenzó a reconocerle.

—¡Ay!—exclamó con gozo—. O mucho me engaño, o este hombre no está muerto: su corazón late todavía... ¡Oh! ¡Qué fortuna para mí si puedo salvarle! La cabaña del pescador Jenaro está a la otra parte del río... Ya que no pueda salvar a los dos, salvaré a éste. Así aumentaré mi crédito con los blancos y ganaré mucho dinero para mi familia.

Mientras Tempay decía las anteriores palabras, demostraba una alegría inmensa.

—Conviene no dejar rastro—se dijo.

Y empujó con el pie el cadáver del indio hasta hacerle caer en el río.

Después cogió un puñado de hierbas, las mojó y comenzó a limpiar la frente del capitán.

Luego puso un poco de barro sobre la herida, que era profunda.

Terminadas todas estas operaciones, cargó sobre sus robustas espaldas al herido como si fuera un costal, y comenzó a correr, siguiendo siempre la corriente del río.

Tempay caminó cerca de dos horas sin demostrar fatiga.

Por fin se detuvo, y dejó la pesada carga sobre un lecho de hierbas.

El capitán permaneció inmóvil como un cadáver.

Sus miembros empezaban a adquirir cierta rigidez que desazonaba a Tempay.

El indio permaneció un momento indeciso.

Quitóse el corto capotillo de pieles que llevaba sobre sus hombros, y procuró abrigar con él el estómago y parte del pecho del capitán.

Después trató de abrir los dientes con la punta de una navaja, y derramó en la boca del herido algunas gotas de aguardiente de caña que llevaba en una calabaza que colgaba de su cinto.

Inmediatamente comenzó a frotar con un puñado de hierbas secas el cuerpo del capitán, en el que comenzaban a observarse los síntomas de la catalepsia.

El indio Tempay, infatigable, continuaba en sus

bruscas frotaciones, cuando exhaló un débil suspiro el capitán.

La alegría de Tempay fué inmensa.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Ya decía yo que no estaba muerto!

Y aplicando los labios al oído del herido, le dijo:

—Señor, no se mueva usted de aquí; yo vuelvo al instante; le dejo mi perro y mi calabaza de aguardiente.

El capitán abrió lánguidamente los ojos.

—¿Me ha entendido usted, señor?—repitió el indio.

Pedro abrió y cerró los ojos varias veces, como si quisiera contestarle algo.

Entonces Tempay se puso en pie, santiguándose como un buen cristiano que se dispone a ejecutar algo difícil, y diciendo a su perro: «Fork», quédate aquí, cuida esto»; corrió a la orilla del río y se arrojó de cabeza en las aguas.

El perro se sentó junto al capitán, lamiéndole el rostro de vez en cuando.

El indio nadaba como un salmón.

A través del río luchaba con la corriente, y pronto se le vió saltar sin contratiempo sobre la orilla opuesta.

Una vez allí se arrodilló, y levantando las manos con beatitud, elevó al cielo una plegaria.

Después, rápido como un corzo, se internó en el bosque, pero sin apartarse mucho de la ribera del río.

Corría sin que nada le detuviera.

Si hallaba un escollo, le saltaba sin mirarle.

Por fin se detuvo delante de una choza india.

Tempay estaba ensangrentado.

Al ruido que hacía su respiración salió un indio de la choza.

—¡Ah! ¿Eres tú, Tempay?—dijo.

—Sí, yo soy, amigo Jenaro.

—¿Te persiguen los tulares?

—No.

—Pues tu agitación me demuestra que vienes fatigado.

—Necesito de ti—repuso Tempay.

—Dispón como quieras.

—¿Dónde tienes la balsa?

—Amarrada a la orilla del río.

—Pues vamos por ella; te la alquilo por todo lo que falta de día.

—¿Dónde hemos de ir?

—Primero a las Matas de las Hebreas a buscar un herido.

—¿A un herido?—preguntó Jenaro.

—Sí, un blanco; un señor a quien yo servía de guía y que los malditos tulares han querido asesinar.

—Iremos donde quieras.

—Después de recogido ese hombre, ya es el viaje más fácil, pues la misma corriente del río nos conducirá.

Poco después, los dos indios llegaron a la orilla del río, y, saltando sobre una balsa, comenzaron a remar hacia la orilla opuesta.

La frágil embarcación se deslizaba sobre la tersa superficie del río con bastante rapidez.

El sudor comenzó a bañar los rostros de los silenciosos remeros.

Por fin Tempay dijo a su compañero:

—Boguemos hacia la izquierda; aquellas son las Matas.

La balsa viró al sitio indicado.

—Allí es—dijo Tempay—. Mira mi perro, que sin duda me ha olfateado: ya nos espera.

Los indios llegaron al sitio donde estaba el capitán.

Tempay y Jenaro recogieron un montón de hojas secas y las derramaron por el suelo de la canoa.

Después, sobre este lecho improvisado, depositaron a don Pedro, que los miraba sin despegar los labios.

«Fork» saltó detrás de los indios en la barca.

Los dos indios se sentaron al lado del herido, dejando la embarcación a merced de la corriente.

La balsa hacía mucho camino.

Los indios no hablaban.

El herido se estremecía de vez en cuando, como si tuviera frío.

—Este hombre está muy malo—dijo Jenaro al guía.

—Eso creo; debe haber perdido mucha sangre.

—¿Cuánto tiempo hace que le hirieron?

—Esta mañana, de siete a ocho.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al sitio donde vamos?

—La balsa corre mucho: antes de tres horas estaremos en la cabaña de mis hermanos.

—Creo que éste se muere antes de llegar.

Tempay miró detenidamente al herido, y luego dijo:

—Ha perdido mucha sangre, pero es joven y robusto.

—¡Si supiéramos en dónde se halla el padre Anselmo!

—¡Oh! Entonces se había salvado. Pero en cuanto le deje en mi cabaña, yo le buscaré.

—¿Te interesa mucho la vida de ese blanco?

—Es sobrino del español Araguay, a quien debo tantos favores, y, además, se ha confiado a mí, y mi deber es salvarle.

—¿Viajabais solos?

—No; venía con nosotros un español, criado de éste.

—¿Y qué se ha hecho?

—Los tulares se lo han llevado prisionero.

—Entonces, lo sacrificarán.

—Eso me temo.

—¿No has podido tú sarvarle?

—Si hubiera podido lo hubiera hecho: ellos eran ocho y yo estaba solo.

—Pero éste y su criado, ¿viajaban sin armas?

—No; pero por más que yo les avisaba el peligro, en mi vida he visto viajeros más confiados.

—De modo que los sorprenderían.

—Sí; los tulares se deslizan por el suelo como las

culebras, sin meter ruido, ya lo sabes, y sobre todo en estos días, que se ven perseguidos por los carabineros de la Unión y los soldados californianos. Esta mañana mi perro encontró el cadáver de un indio entre las matas. Sus heridas eran de arma de fuego y recientes, porque parece que esta noche ha habido refriega en el bosque. Al ver el cadáver, les dije: «Es preciso avivar el paso, porque este sitio es muy peligroso, y, además, este muerto me indica que no andan muy lejos los insurrectos.» Ellos se rieron de mi miedo, y al llegar a las rocas de la Sal se pusieron a almorzar. Entonces mi perro me indicó que algo extraño pasaba en el bosque. Cogí mi flecha y mi sable y les dije: «Ahora vuelvo.» Ellos continuaron almorzando como si tal cosa. Cuando llegué al bosque, subíme a un árbol para explorar la ribera del río. No me había engañado: ocho indios caminaban con mucha precaución por entre los cañaverales. Comencé a bajar precipitadamente para avisarles y hacerles cara; pero a los primeros pasos que di para reunirme con ellos, escuché un grito de placer y otro de dolor. El primero me anunciaba que los tulares habían caído sobre su presa; el segundo, que un hombre, este infeliz, había sido herido o muerto. Entonces comencé a caminar con mucha precaución hacia la orilla del río, llegué a las primeras matas y me oculté. Oí toda la conversación, vi cómo le despojaron de la ropa, y, creyéndole muerto, encargaron a uno que lo tirara al río. Después ataron de pies y manos al criado de este infeliz, y siete de ellos se internaron con él en el bosque.

—Pues entonces—preguntó Jenaro—, ¿cómo es que este hombre está aquí?

—¡Toma!—respondió con naturalidad Tempay—. Porque yo maté al que tenía el encargo de tirarle al río.

—¡Ah!

—Luego me lo puse a la espalda, le dejé en las manos donde le hemos encontrado, pasé a nado el río, y lo demás ya lo sabes.

—Mucho has hecho por ese blanco.

—Es que ese blanco se había entregado a mí. Allá, en San Francisco, me dijo: «Tempay, quiero recorrer el país y tú vas a servirme de guía; sé que eres un hombre honrado y me fío de ti». Yo sería un miserable si no correspondiese a esa confianza.

—Es verdad.

—Además, en los arrabales de la misión de San Francisco se halla una pobre choza que todos conocen con el nombre de la «choza del indio Tempay»: bajo aquel modesto techo vive lo que más amo en el mundo: mi mujer y mis dos hijos. El señor de Araguay es del Consejo de los Siete. Mi familia puede decirse que está en fianza por ese blanco, y es preciso que yo haga todo lo que pueda para que aquellos pedazos de mi corazón no padezca.

En aquel momento, el perro, que se hallaba echado junto al herido, empezó a agitar la cola.

—¿Qué tienes, «Fork»?—dijo el guía—. ¡Ah! Vamos, me quieres decir que el enfermo se queja; eso es bueno porque el que se queja es prueba evidente de que no está muerto.

—¡Agua!... ¡Agua!... ¡Tengo sed!—murmuró don Pedro con desfallecido acento.

—Coge agua del río con las dos manos—dijo el guía a Jenaro.

Este obedeció.

Tempay derramó unas gotas de aguardiente en el agua que Jenaro le presentaba.

—Déjale beber toda la que quiera—volvió a decir.

Jenaro aplicó las manos a la boca del herido.

El capitán bebió con avidez, dando las gracias con una mirada a sus salvadores.





CAPITULO XII

La hospitalidad.

Hubo un momento de silencio.

La balsa seguía su curso, empujada por la corriente.

El paisaje, siempre fértil, siempre majestuoso, pasaba ante los ojos indiferentes de los indios.

A lo lejos divisábase un lago rodeado de un anfiteatro de montañas.

A la falda de aquel monte veíanse siete u ocho cabañas indias.

Aquello era un pueblo de siete vecinos, que ocupaba una extensión de tierra de más de una hora.

Los indígenas, esos hijos de la Naturaleza a los que la civilización ha robado sus costumbres, su libertad, necesitan más espacio para vivir que los europeos.

Una familia india, durante la noche, se repliega en el reducido recinto de una choza; pero de día, cuando

el sol recorre el éter, cuando los pájaros cantan en las frondosas arboledas, cuando el cielo dice a la tierra: «¡Despierta!», entonces necesitan la inmensidad de espacio por techo, la anchura de los bosques por calles.

La balsa llegó al término de su viaje.

Tempay y Jenaro cogieron al herido, y saltando a tierra encamináronse hacia las faldas del monte.

Poco después llegaron a la puerta de una cabaña.

Una india, sin más vestido que un delantal hecho de juncos, salió a recibirlos.

Esta mujer era joven, pero horriblemente fea, el color de su cara tenía un amarillo repugnante: llevaba un niño de pecho en brazos y otro de cuatro o cinco años de edad en la mano.

—¿Dónde está tu marido?—le preguntó Tempay.

—Pescando en el lago—respondió la india.

Y luego, dirigiendo una mirada hacia don Pedro, continuó:

—¿Está muerto ese que traéis?

—No; está solamente herido.

—¿Es blanco?

—Sí, y le protejo yo—volvió a decir el guía.

—Y nosotros también—repuso la india.

—Necesito que me prestes tu «tap-exth».

—Todo lo nuestro es tuyo: mi marido es tu hermano.

—Pues bien; deja tus niños y pon en el «tap exth» paja fresca.

—La he puesto esta mañana.

—Tanto mejor. Ve entonces a buscar a tu marido y dile que deje sus redes y que venga aquí.

La india se encaminó hacia el lago.

Tempay y Jenaro entraron en la choza y pusieron en la modesta cama al herido.

El capitán temblaba, como si el frío de la calentura se hubiera apoderado de su cuerpo.

—Este hombre tiene frío—dijo Jenaro—. Es preciso abrigarle; los blancos no tienen la costumbre de andar tan ligeros de ropa como nosotros; cualquier cosa les afecta.

El guía buscó con una mirada alrededor suyo algo que pudiera servir de abrigo al herido.

Colgadas vió unas pieles de toro; cogiólas y las extendió encima del cuerpo de don Pedro.

Después se sentaron junto a la tarima y esperaron.

No tardaron en volver a la choza la india y su esposo.

—Hermano—le dijo Tempay viéndole entrar—, necesito de tu ayuda.

—Manda lo que quieras—respondió el pescador.

—Este hombre está muy malo; es preciso salvarle; mi honra va en ello.

—¿Qué puedo hacer yo para conseguir eso?

—Partir inmediatamente en busca del único hombre que puede devolverle la salud.

—¿Ese hombre será el padre Anselmo?

—El mismo.

—¿Y sabes tú dónde se halla?

—Lo ignoro; pero buscando a los desgraciados le hallarás a él, porque su familia son los pobres, sus hermanos los que padecen.

—Entonces me dirigí a la Misión de Santa Clara; allí hay muchos desgraciados y alguno me orientará.

—Cuando le encuentres le dices: «Padre Anselmo, un cristiano, un español, necesita de usted», y al momento te seguirá. Mientras tanto tu mujer y yo cuidaremos del herido, y Jenaro buscará por otra parte al padre Anselmo. Cuando dos buscan a una persona es más fácil hallarla.

El pescador descolgó un arco y una flecha, y colocando sobre sus espaldas una piel de ternera, volvióse hacia Jenaro y le dijo:

—Vamos.

Cuando llegaron a las orillas del lago los dos mensajeros saltaron sobre la balsa.

—¿Adónde vamos?—preguntó Jenaro.

—A la ribera opuesta—respondió el pescador—. Una vez allí, ocultaremos la balsa en los cañaverales, y tú tomarás el camino de los bosques y yo el de las Misiones.

Los indios se sentaron en las bandas de la frágil embarcación, y empuñando los remos, bogaron hacia el sitio indicado.

Mientras tanto Tempay preguntaba a la mujer de su hermano:

—¿Tienes en casa alguna tortuga?

—Sí—le respondió la india.

—Pues bien; haz un caldo para el enfermo.

Después, acomodándose junto a la cama del herido, desató la pipa de sus cabellos y se puso a fumar.

El capitán Pedro era joven y robusto.

La herida de la frente, aunque profunda, no era mortal.

La falta de sangre, sin embargo, podía tener fatales consecuencias.

Tempay y la india lograron, a fuerza de esmeros, reanimar un tanto el desfallecido cuerpo del capitán.

Transcurrieron dos días.

Los mensajeros no regresaban.

El herido padecía una calentura horrible

Tempay creyó oportuno suprimir el alimento y emplear una dieta rigurosa.

Los hijos de la Naturaleza poseen remedios eficaces para las enfermedades; pero Tempay comenzaba a perder las esperanzas de salvar al capitán.

El delirio incesante del enfermo le desesperaba.

La tardanza de los emisarios le afligía.

Hacía cuatro días que Pedro se hallaba sufriendo en aquel modesto lecho, sin que Tempay se hubiera separado un solo momento de su lado, cuando una mañana la india, que había ido al lago, entró en la cabaña diciendo:

—Por el lago viene una balsa: creo haber reconocido a mi esposo; sin embargo, puedo engañarme, porque el sol me daba de lleno en los ojos.

—¿Viene solo?—preguntó el guía.

—Creo que no; he visto otros bultos en la balsa

Tempay se puso en pie.

En su rudo semblante pintóse la alegría.

Salió a la puerta de la choza.

La vista del indio es perspicaz y alcanza una distancia inmensa.

Tempay exhaló un grito de gozo, y dijo:

—¡Ellos son! Tu marido y el padre Anselmo.

Mientras tanto, la canoa se aproximaba a la orilla.

Efectivamente, un indio y un fraile navegaban en la balsa.

Dos horas después el padre Anselmo se hallaba junto al lecho del herido.

Al pronto no pudo reconocerle: tal se hallaba de desfigurado Pedro.

El padre Anselmo le había visto una sola vez en casa del señor Araguay, con su elegante traje de marino, lleno de vida, de vigor, con su semblante alegre y feliz, y le encontraba desnudo, pálido, demacrado, cubierto de manchas de sangre y lodo.

Cuando Tempay le dijo quién era el herido, el padre Anselmo bendijo a la Providencia, pues, como saben nuestros lectores, le había rezado por muerto.

Desde aquel momento el misionero se convirtió en médico.

La ciencia de Hipócrates no era extraña a aquel bondadoso fraile, que lo sacrificaba todo en bien del prójimo.

A pesar de sus sesenta años, el padre Anselmo era incansable tratándose de ejercer la caridad.

La vida errante y fatigosa que llevaba en los bosques de California por espacio de cuarenta años le había fortalecido de un modo increíble.

Su naturaleza era de hierro.

Al verle marchar con la frente levantada y los ojos fijos en el cielo, a pesar de su venerable barba, se hubiera dicho que era un joven de treinta años; pero mirando con detención su frente, poblada de profundas arrugas, se adivinaba su verdadera edad.

El padre Anselmo tenía un partido inmenso en los bosques, en las ciudades, en las Misiones, porque poseía las tres bellezas que el hombre más admira en sus semejantes: el desinterés, el amor al prójimo y la caridad.



CAPITULO XIII

Una noticia inesperada.

El misionero reconoció escrupulosamente la herida del capitán; dió algunas disposiciones, y haciendo una seña a Tempay salió de la choza.

—Será preciso que hagas un viaje a San Francisco—le dijo al guía.

—¿Cuándo?—le preguntó lacónicamente Tempay.

—Si el herido muere, no hay necesidad; pero si, como creo, se salva, el día que le vea fuera de peligro será el de tu partida.

—Estoy dispuesto.

—El criado del herido se salvó del furor de los tulares; indudablemente, debe haber contado al señor de Araguay y a su hija la desgracia de su sobrino, porque le creía muerto. El placer del viejo colono será inmenso cuando sepa que vive; pero no debemos apresurarnos a dar una noticia falsa, porque no puedo responder de la vida de ese hombre. Está malo... muy malo. Esperemos en Dios que todo lo puede.

Cinco días después, el padre Anselmo llamó a Tempay y le dijo:

—El peligro ha pasado; el herido se salvará Parte a San Francisco y cuéntale al señor de Araguay lo que sabes. Dile que es muy conveniente que el enfermo se traslade a la ciudad, y no te olvides de traer ropas.

Tempay cogió su flecha y su sable, llamó a su perro y partió.

Estuvo caminando sin descansar una tarde y una noche.

Al amanecer llegó a San Francisco, y como la puerta del colono estaba cerrada, sentóse en un banco de piedra y esperó.

Tempay llegó precisamente a San Francisco dos días después de la partida de Pablo para España.

El indio, que había caminado mucho, estaba rendido de fatiga y se durmió sobre el banco de piedra.

Uno de los criados de la casa, cuando abrió la puerta, se encontró con el indio dormido.

—¡Calla! —se dijo—. Es Tempay, el guía que salió con el difunto señor Pedro.

Poco después, el viejo colono pidió que le entraran la taza de té que tenía costumbre de tomar todas las mañanas, y la criada le dijo que Tempay estaba durmiendo a la puerta de la calle.

Nadie podía dar noticias más detalladas de su sobrino que aquel hombre. El anciano, lleno de impaciencia, mandó que le despertaran y le hicieran entrar.

—¡Tempay!... ¡Tempay!...—le dijo apenas le vió asomar por la puerta—. ¡Qué desgracia tan grande!...

Yo no he dudado de ti ni un solo momento. Pero, ¡diantre!, el golpe ha sido cruel. ¿No es verdad, Tempay, que ha sido muy cruel?... Porque Pedro era un buen mozo, joven, valiente, lleno de vida, rico y con un título honroso en los viejos pergaminos que contiene su ejecutoria. Yo no sé por qué suceden estas cosas; yo, por ejemplo, que soy un viejo enclenque y no sirvo para nada, que no puedo levantar del suelo dos libras de mineral, estoy seguro de que voy a vivir más que Matusalén... ¡Oh! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia?.. Malditos indios, perros, bandidos, antropófagos, lobos, carniceros, ¿qué daño os hacía ese pobre muchacho para tratarle tan brutalmente? ¡Oh! Yo os aseguro que cuando alguno de vosotros caiga en mis manos, cuando el Tribunal me convoque para juzgar a uno de esos bandidos descamisados, mi voto será la horca .. Sí, señor, la horca. Cada una de las lágrimas que ha derramado mi pobre Tula ha de costar una víctima. ¡Infames! ¡Haber matado a mi hijo!

Tempay, impasible, apoyado en su arco, con la mirada fija en el anciano, no se atrevía a interrumpirle.

El viejo colono, después de enjugarse las lágrimas, tomó un sorbo de té y mirando al guía, dijo, haciendo un cambio de voz algo fuera de tono:

—Pero ¿qué diablos tienes?.. ¿Estás lelo, o te han cortado la lengua esos salvajes carnívoros para que no hables?

—Nada de eso ha sucedido, afortunadamente, señor de Araguay—dijo Tempay sonriendo—. Pero bien sabe

la Virgen Santísima y su bendito hijo Jesús que he pasado también mis malos ratos.

—Todos estos morenos son más melosos que un diantre —exclamó el viejo, como si hablara con tercera persona —. y en cuanto pillan a solas un blanco, lo desuellan, no más que por el placer de hacerle cambiar de color.

—Las personas que se fían de mí son sagradas—repuso el indio—, y algún día se sabrá lo que yo he hecho por el señor don Pedro.

—Tú habrás hecho mucho; pero lo cierto es que le han muerto, y lo que es peor, entre cristianos rancios como yo, se lo han comido los peces.

—Nada de eso, señor—dijo el indio.

—¿Cómo nada de eso?—exclamó Araguay apoyando las manos en los brazos del sillón y haciendo un movimiento con todo el cuerpo como para levantarse

—Digo que nada de eso—exclamó el indio—, porque don Pedro no está enterrado,

—¿Conque es decir, que esos ladrones dejaron su cadáver insepulto para que fuera pasto de los zorros?

—Don Pedro vive—dijo sencillamente el indio.

El señor de Araguay abrió los ojos desmesuradamente, como si hubiese visto entrar por la puerta el cadáver de su padre.

—¡Que vive!—dijo lavantándose del sillón maquinalmente—. ¡Que vive!... ¿Y dónde está?

—En la cabaña de mi hermano el pescador, en la ribera del lago de Buenavista.

—¡Pero tú estás borracho!—exclamó el anciano—. ¡Si Pablo el contramaestre le vió caer muerto y vió cómo le llevaban después al río!

—¡Bah! El señor Pablo no vió eso. Es verdad que le dieron una terrible cuchillada en la cabeza; es verdad que con los pies, después de desnudarle, le hicieron rodar hasta la orilla del río; pero yo estaba allí, oculto entre los cañaverales, y el Santísimo Patriarca San José, de quien soy muy devoto, sin duda me inspiró la idea de salvar al capitán. Entonces armé una flecha, apunté bien, y tuve la suerte de clavársela en la sién al tular que iba a arrojarle al río; de modo que, en vez de ser el capitán el comido por los peces, lo fué el indio que le había herido. Entonces curé la herida de don Pedro con hierbas, me lo coloqué a la espalda, y como conozco al dedillo toda la ribera de Stanislao, le conduje, no sin peligro, hasta el lago donde tiene un hermano mío su choza. Entonces mandé dos emisarios en busca del padre Anselmo, que es un gran médico, y a estas horas el capitán se halla fuera de peligro. Mientras creíamos que se moría no hemos querido decir nada a ustedes; pero ahora ya es otra cosa; ahora está fuera de peligro, y vengo de parte de fray Anselmo a participar a la familia tan grata nueva

El viejo lanzó un grito de gozo imposible de describir y se arrojó llorando en brazos de Tempay.

—¡Bendito seas! ¡Bendito seas! ¡Bendito seas!—exclamó—. Eres el mejor de todos los morenos que conozco, y te ofrezco que tus acciones no han de quedar sin recompensa.

—Señor, yo he cumplido con mi deber—dijo el indio—. El pan de mis hijos depende de mi crédito, y por ellos... ¡oh!, por ellos me atrevo a disputar la vida de un viajero a una pantera a quien el cazador le haya robado sus cachorros.

El señor de Araguay se enjugó las lágrimas por segunda vez, y mirando con fijeza al indio, le dijo:

—Pero eso que acabas de decir, ¿es verdad?

—Tan cierto como los dos estamos en la sala.

—¡Tula!... ¡Querida Tula!...—exclamó el anciano encaminándose hacia la puerta de la habitación—. ¡Baja, hija mía, baja! ¡Pedro no ha muerto!... ¡Tu novio vive!... ¡Baja, baja!

Los gritos del viejo pusieron en movimiento toda la casa.

Algunos criados acudían, creyendo que sucedía otra nueva desgracia.

—Yo no os llamo a vosotros—les dijo Araguay—: llamo a mi hija, a mi querida Tula. Decidle que se levante si está acostada, que se vista si está desnuda y que baje... ¿No lo oís?... ¡Corred! ¡Parecéis mirlos atontados! ¡Estúpidos, daos prisa con mil de a caballo! ¿No habéis oído que mi sobrino Pedro no ha muerto?

Los criados creían que se había vuelto loco el señor, pero, afortunadamente, Tula acudió a los gritos.

—¿Qué pasa aquí, padre mío?—dijo.

—¡Pues es una friolera lo que pasa! Figúrate lo mejor que puedes figurarte, eso es poco. Hoy es un gran día, un día memorable. Me voy a beber tres tazas de café negro como la tinta y una botella de legítimo

Jamaica. ¡Viva la alegría!... Sí, señor, ¡viva la alegría!...

Tula palideció, y arrojándose en los brazos de su padre, dijo:

—¡Me asusta usted! ¿Qué ha sucedido? ¡Hable usted, por Dios! Me hace daño esa alegría.

—Lo que ha sucedido es que ese moreno (y señalaba al guía) es un gran hombre, un valiente; aquí vamos a darle en el momento cuarenta onzas de oro, un barril de ginebra y cuatro arrobas de tabaco para su pipa, y con todo eso es muy poco, hija mía, porque ahí donde le ves, ése le ha salvado.

—Pero ¿a quién?

—¿A quién ha de ser? A mi Pedro..., a tu prometido.., a mi querido sobrino.

—¿Pedro vive?—exclamó Tula palideciendo de un modo notable.

—¡Pues no ha de vivir! Lo mismo que tú y que yo y que éste, y que todos los vivos que andan por el mundo con la boca abierta para no ahogarse.

Tempay, el guía, contó a Tula todo lo ocurrido.

La joven le escuchaba con interés creciente.

Al terminar la narración, aquella joven, cuya alma ardiente, cuyo corazón entonces no tenía la costumbre de imprimir sus ímpetus, se arrojó en los brazos del indio, con gran asombro de éste y de su padre.

Pero el señor de Araguay lo toleraba todo de su hija.

Sus caprichos le habían dado un sin fin de disgustillos caseros que el buen anciano tenía la fortuna de olvidar.

—Al ofrecimiento que te ha hecho mi padre—dijo Tula—, añado yo diez onzas más, y una saya de paño de grana para tu mujer.

El indio estaba loco de alegría.

Las buenas acciones hallan su recompensa tarde o temprano.

Cuando la alegría del anciano y de Tula comenzó a perder parte de su entusiasmo, el indio creyó llegado el momento de comunicar las instrucciones que le había dado el padre Anselmo.

—Corre, hija mía, corre; ahí tienes las llaves; bájale a Tempay el dinero. A los hombres honrados es preciso recompensarlos.

Tula salió de la habitación, y poco después volvió a bajar con un pañuelo lleno de oro.

—Toma—le dijo—; aquí tienes cincuenta onzas. La saya, el barril de Ginebra y el tabaco se te mandará a la tarde. ¿Vives todavía en el arrabal?

—Sí, señora; allí vive mi pobre mujer y mis queridos hijos—contestó el guía, cogiendo el pañuelo que aseguraba el porvenir de su familia.

—Pero despues de todo—volvió a decir el anciano—, con la alegría de la resurrección de Pedro nos hemos olvidado de preguntarte cuándo le veremos. ¿Cuándo vendrá?

—Tengo que comunicar a ustedes lo que me ha dicho el padre Anselmo.

—Pues, ¿qué diantre esperas?—exclamó Araguay—. ¡Pardiez! Estáte toda la vida sin decirlo.

El indio se sonrió.

El señor de Araguay era lo que se llama un buen hombre montado a la antigua, que gruñía siempre por rutina y que hacía el bien por bondad de corazón.

Tempay explicó en pocas palabras lo que le había dicho el padre Anselmo; es decir, que era preciso que don Pedro pasara la convalecencia en la ciudad, que fueran a buscarle en un carruaje y que llevaran ropa, pues los indios le habían dejado en cueros.

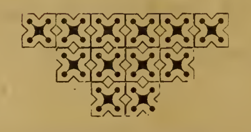
Después de explicarlo todo, convinieron en que el carruaje saldría al amanecer del día siguiente.

Tempay pidió permiso para ir a ver a su familia.

Aquel honrado indio tenía tantas cosas buenas que contar a su mujer, era tan feliz, que los minutos que retardaba el instante dichoso le parecían años.

. Salió de casa del señor de Araguay y encaminóse a buen paso al arrabal de San Frascisco.

El viejo y su hija se quedaron en la habitación, combinando la manera de remitir a Pedro todo lo que fray Anselmo le había dicho le hacía falta.



LIBRO SEGUNDO

SIR GUILLERMO WARTON

CAPITULO PRIMERO

Un carácter de frente

PADRE mío: ahora que estamos solos, vamos a combinar lo que ha de hacerse mañana.

—Es muy sencillo. En cuanto amanezca, saldrá de casa un carruaje con colchones, almohadas y todo lo necesario para que le puedan traer cómodamente. Además, irán acompañándole cuatro criados y el guía Tempay, armados.

—Y nosotros, ¿no vamos?

—Ponerse en camino de la manera que están las cosas, sería una temeridad.

—¡Eh! La insurrección ya no resiste. ¿Quién sabe dónde estarán los tulares a estas horas?

—Sin embargo, sería una imprudencia.

—Será lo que tú quieras—dijo Tula, demostrando un tanto su mal humor por la contrariedad que hallaba—; pero lo que yo creo es que siendo Pedro tu hijo, porque

además del parentesco va a casarse conmigo, veo algo de ingratitud en no ir por él.

—Pero, muchacha, ¿tú quieres que nos cojan esos descamisados y nos hagan cuartos?—exclamó el viejo.

—¡Bah! Los tulares tienen miedo a la pólvora, y los criados llevarán escopetas, tú y yo.

El anciano miró a su hija como si quisiera decirle: «¿Estás loca?»

Tula continuó:

—Si yo fuera hombre, no tendría miedo a nada.

—Pues yo lo soy, y tengo miedo a muchas cosas.

—Eso es vergonzoso.

—Pero saludable.

—En fin, yo quiero ir por él.

—¡Tula!

—¡Nada, nada! Aunque te enfades. Estoy segura de que mañana me lo agradecerás. Es una crueldad, una ingratitud, dejarle abandonado cuando está enfermo. ¡Oh! Nunca hubiera creído que tenías tan mal corazón.

—Vamos, está visto que aún está por venir al mundo la mujer que tenga medio adarme de sentido común—exclamó el anciano—. Pero la culpa me la tengo yo, que hago caso de esta chiquilla.

—¡Poco a poco, señor mío!—repuso Tula con un acento encantador—. No soy tan chiquilla. Tengo diez y ocho años. Pero, ya se ve, como tú estás acostumbrado a tratarme ahora lo mismo que cuando tenía siete, ahí está el mal. ¡Oh! Si no fuera yo tan condescendiente, no serías tú tan terco.

Estoy viendo que me obligarás a que te pida perdón porque no accedo a esa locura.

—Puedes decir cuanto te dé la gana; pero es lo cierto que de día en día te vuelves más gruñón, menos condescendiente; veo con disgusto que conforme voy creciendo me amas menos, y, ¡ya se ve!, como soy una tonta, como soy débil como una niña de cuatro años, como sabes por experiencia que haces de mí lo que quieres, como...

—¡Eh! ¡Qué diantre de muchacha! Cualquiera que te escuchara creería que yo soy un Nabucodonosor que asusto a las gentes.

—Pues bien, yo no quiero que mi prometido esposo venga confiado a los criados—repuso Tula, que al parecer no se hallaba dispuesta a cejar.

—Irá con ellos una criada que le cuide durante el viaje—dijo el viejo, buscando la manera de conciliarlo todo.

—¡Cómo!—exclamó Tula—. ¿Quieres tú que le cuide una mujer? ¡No faltaba más! No estoy conforme, no; no quiero que la agradezca a otra lo que puede agradecerme a mí.

—Pues yo no quiero que vayas, y hemos concluído—repitió el viejo, dando un puñetazo en el brazo del sillón, demostrando un enojo que estaba lejos de sentir.

—¡Ah! ¡Soy la más desgraciada de todas las mujeres! Lo que se hace conmigo no se hace con un negro.

Y Tula, levantándose de la silla, fué a refugiarse en el hueco de una ventana, enjugándose las lágrimas.

Hubo un momento de pausa.

El anciano no se atrevía a mirar a su hija.

Nunca había podido resistir un cuarto de hora su mal humor.

Tula conocía a fondo a su padre, y se aprovechaba de su debilidad para ver realizado el menor de sus caprichos.

Esto hizo, con el tiempo, que aquella joven fuese extremadamente caprichosa. Más adelante, su carácter debía ser la base de su desgracia.

La educación es el todo.

Tula estaba mal educada.

Pudo hacerse de ella una mujer feliz, dichosa, lo que se llama en la tierra un ángel, y se hizo una mujer desgracíada, exigente, una de esas criaturas que, cuando dicen *yo lo quiero,* saltan por encima de todo sin respetar nada, sin que les detengan las consideraciones sociales, ni el honor, ni la fidelidad.

Estos seres, por lo general, tienen el doble y funesto privilegio de labrar su desgracia y la de aquellos que los rodean.

Tula seguía llorando junto a la ventana.

Su padre la miraba de vez en cuando a hurtadillas, reprendiéndose en el fondo de su corazón por la dureza que había demostrado a su hija.

Aquellas lágrimas le hacían daño; no podía resistirlas.

Dos veces estuvo a punto de proponerle las paces; pero como su hija no le miraba, se detuvo.

La ocasión no le parecía propicia.

Por fin, Tula se enjugó las lágrimas y miró a su padre.

—¿Estás enfadada conmigo?—le preguntó éste.

—No estoy enfadada con nadie; pero soy muy desgraciada.

—Tula—repuso el viejo—, tienes la mala costumbre de ofender a Dios.

—Pues bien, soy muy feliz, muy dichosa, como quieras; tú siempre has de llevar la razón.

—Y la llevo efectivamente. ¿Qué te falta?

—Me falta... aire que respirar, un mundo donde vivir, porque aquí me ahogo—exclamó Tula de un modo tan enérgico, que su padre se estremeció en la butaca.

Tula continuó:

—Soy joven, dicen que soy bonita, y aseguran que soy rica. He ahí tres condiciones para que una mujer sea feliz, ¿no es eso? Pues bien, no lo soy.

—Pero, muchacha, ¡tú quieres volverme loco! ¿Qué diablos estás hablando?

Nada, absolutamente nada; porque del modo que vivo, para maldita la cosa hace falta el dinero, la juventud ni la hermosura. Soy una especie de monja a quien por consideración no se le han cortado las trenzas; porque ¿qué otra cosa son para mí estas cuatro paredes que una celda? ¿Qué me importa llevar o no llevar una toca blanca en la cabeza y un rosario en la cintura, si vivo encerrada entre estas cuatro paredes, sin tratarme con más gente que con indios estúpidos y viejos avaros que sólo sueñan en sacar montes de oro de las entrañas de la tierra? ¡Oh! Te digo que esta vida es una felicidad. Dios quiera que dure mucho.

El anciano colono estaba acostumbrado a las exigencias de su hija. Algunas veces, después de satisfacer algún capricho, solía decirse:

—Algún día a mi hija se le va a ocurrir que le traiga

el vellocino de oro o algún trozo de sol, y entonces voy a verme en un gran conflicto.

Pero lo que su hija le decía en aquel momento era más trascendental, más extraño.

La mujer es propensa a desear, porque pasa la mayor parte de su vida esperando.

Tula, según sus palabras, comenzaba a demostrar descontento o, por mejor decir, comenzaba a aburrirse de la vida normal y poco variada de California.

Esto era más grave de lo que parecía a primera vista.

Además, Tula tenía el poder de aturdir a su padre; así es que, viendo que el viejo callaba, creyó oportuno *remachar el clavo,* como se dice en el lenguaje familiar.

—Si al menos viviera una en Europa, en París o en Londres!... Allí hay sociedad. Las mujeres ricas y no feas pueden disfrutar de su fortuna, ser deseadas por su hermosura y su elegancia. Pero aquí... aquí con un vestido de batista y una rosa en la cabeza, tiene satisfechas todas sus aspiraciones la joven más elegante. Además, si se ama a un hombre, si se sienten en el corazón ideas generosas, caritativas, y desea una correr al lado del objeto de su amor, que sufre y padece, entonces, por un miedo infundado, por un temor ridículo, se le dice: «Ahoga tus instintos generosos, quédate en casa; y si mañana el hombre que ha de ser tu esposo, porque no has corrido en su socorro te echa en cara tu mal corazón, tu generosidad, ¿qué importa? Tu padre tenía miedo, tu padre no quiso abandonar su vieja poltrona, las comodidades de su casa, etc., etc.»

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!—exclamó el viejo, que no podía soportar por más tiempo las reconvenciones de su hija—. Sea lo que Dios quiera; mañana, en cuanto amanezca, nos metemos en el carruaje y vamos a buscar a Pedro. Tienes razón, hija mía; he sido un egoísta, los años ahogan en el corazón los instintos generosos. Y después de todo, para lo que me queda de vida, no quiero en mi casa disgustos ni malas caras. ¡Cómo ha de ser! Yo soy el débil y tú la fuerte; debía ser al revés, pero ahora ya es tarde.

Tula, como siempre que conseguía su objeto, corrió a abrazar a su padre, llenándole de caricias.

El pobre viejo acabó por convencerse de que su hija tenía razón y de que era una injusticia no ir en busca de Pedro el marino.

En el resto del día se dispuso todo.

Tempay volvió a casa del colono después de abrazar a su esposa.

Se convino la hora: las tres de la mañana.

El indio dijo que era un inconveniente que la señorita les acompañara.

—Querido Tempay—respondió el señor de Araguay—, mi hija es una especie de rey absoluto que no necesita un ministro para gobernarse. Cuando dice: «Esto ha de ser», aquello es, aunque lluevan chuzos.

—Es que hay peligro, señor—dijo el indio.

—Lo sé, amigo mío, lo sé; pero qué quieres; he dado mi palabra y no me atrevería a quebrantarla aunque viese delante de mi pecho un escuadrón de salvajes con las flechas apuntadas.

Tempay se encogió de hombros y dijo:

—Hágase como usted quiera; pero sería muy conveniente que se armaran los criados para llegar adonde está don Pedro. Es preciso cruzar el bosque, y no sería extraño que tropezáramos con los tulares.

—Pierde cuidado; mi gente irá armada hasta los dientes, que al fin y al cabo, hombre prevenido vale por dos. Tú puedes quedarte esta noche en casa; saldremos muy temprano.

Entonces iré a despedirme de mi mujer.

El indio salió de la casa del colono murmurando estas palabras:

—La señorita Tula hace mal en tener caprichos que pueden costar caros; pero en fin, Dios dirá.

Poco después, una criada del señor de Araguay se hallaba en la plaza del mercado de San Francisco comprando algunas provisiones.

La criada contó a otra mujer que sus amos debían encaminarse al día siguiente por la mañana al lago de Buenavista.

Un indio horriblemente feo se hallaba sentado en el suelo junto a las mujeres. Era un vendedor de conejos.

Aquel indio escuchó con profunda atención la conversación. Cuando las mujeres se separaron, se levantó, y haciendo asomar a sus labios una sonrisa infernal, murmuró estas palabras:

—El viejo Araguay pertenece al Tribunal de los Siete, es un viejo seco y arrugado que ha hecho colgar a dos hermanos míos. ¡Oh! ¡Qué sabrosa debe ser la venganza! Y después, su hija es muy bonita.

El indio salió de la ciudad.

Caminó como unos quinientos pasos, y se detuvo, mirando con recelo en derredor suyo.

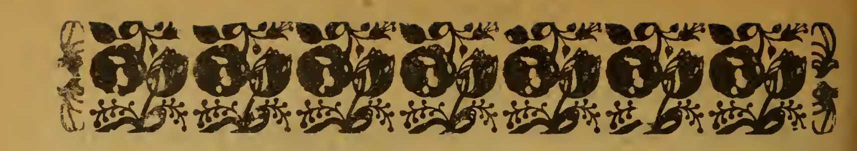
Luego continuó su marcha.

Una hora después volvió a detenerse junto a un árbol corpulento.

Viendo que nadie le seguía, sacó un cuchillo y comenzó a escarbar la tierra al pie del árbol, de donde sacó un sable de madera, un arco y dos flechas.

Después echó a correr con una velocidad increíble, e internóse en el bosque sin volver la cabeza atrás.





CAPITULO II

Los viajeros



L día siguiente, a eso de las tres y media de la mañana, salía por uno de los arrabales de San Francisco, con dirección a lo interior de la isla, una especie de tartana con el toldo de gruesa lona rayada de blanco y encarnado.

La tartana era conducida por dos caballejos de poca alzada.

Delante del carruaje caminaba, o por mejor decir trotaba, el guía Tempay, como práctico en el camino.

Ford saltaba y retozaba por delante y por detrás de su amo.

Detrás seguían cuatro criados con la escopeta al hombro.

Un negro guiaba el carruaje.

Dentro iban el viejo Araguay y su hija Tula.

Allá en lontananza, sobre el fondo del mar, comenzaba a verse una vaga claridad, modesta precursora del día que no estaba lejos.

Si nuestras miradas, traspasando la fuerte lona que cubre el carruaje, se fijasen en los dos viajeros, podríamos ver que el semblante de Tula está alegre y gozoso, y el del viejo triste y meditabundo.

Chateaubriand ha dicho: «La niñez es feliz porque todo lo ignora, y la vejez desgraciada, porque todo lo sabe».

El inspirado autor de *Los Mártires* y de *Atala* conocía profundamente el corazón humano.

El viejo Araguay viajaba con el miedo en el corazón.

Tula, su hija, con el amor en el alma y la alegría en los ojos.

El padre pensaba en los peligros a que se exponía.

La hija pensaba en su prometido; no le preocupaba lo que podía acontecerle.

Además, las últimas noticias de los insurrectos eran satisfactorias.

El coronel Fremón, con sus carabineros, había apaciguado las misiones de los Angeles, de Santa Clara y de San Miguel.

Los indios estaban escarmentados y temían las balas de los soldados de la Unión.

Después, ¿quién les había de hacer daño a ellos, que no le habían hecho a nadie?

Esta reflexión no era muy lógica; pero la lógica de los diez y ocho años, cuando se tiene el alma llena de amor, el corazón henchido de esperanza y la mente llena de ensueños es, por lo general, falsa.

A los diez y ocho años, el corazón es poeta.

La filosofía viene más tarde; tal vez con los desengaños o con la primera arruga.

Cuando se hizo de día, cuando el sol extendió sobre la tierra con toda su esplendorosa majestad sus dorados rayos, el semblante del viejo comenzó a desentristecerse.

El día espanta las tinieblas del cielo y los temores del corazón.

La noche tiene algo de tétrico, de sombrío, de pavoroso, que aumenta el miedo del cobarde.

La luz del sol es valiente; sus rayos fortalecen los espíritus más débiles; cantan las aves, y el pecho se alegra; brillan los objetos, y los ojos se tranquilizan porque no ven los fantasmas silenciosos, mudos, que han pasado ante ellos en las horas de las tinieblas.

Pues como íbamos diciendo, salió el sol y se disiparon las sombras.

La tierra se cubrió de armonía y de colores; el suelo, de esmalte, de claridad, de poesía.

La vida reemplazó a la muerte.

Tempay iba delante del carruaje cantando una canción india capaz de despertar de su eterno sueño a los santos de piedra.

Tula tarareaba la misma canción en voz baja, y el viejo fumaba un rico Londres de regalía.

Cuando el guía terminó la canción, Tula dijo a su padre:

—Forzoso será que te arrepientas por haberte opuesto algunos instantes a este viaje.

El viejo despidió una bocanada de humo y contestó:

—Hasta el fin nadie es dichoso, hija; allá veremos, allá veremos.

—No parece sino que te complacería que nos sucediese alguna desgracia, por tener el gusto de reconvenirme después.

—¡Dios me libre de tener semejante complacencia!

—Entonces, ¿por qué auguras el mal?

—Yo sólo desconfío del bien.

—Lo cual es lo mismo.

—Créo que hay alguna diferencia.

—Verás cómo llegamos con felicidad.

—Dios lo quiera.

—Lo querrá... ¡Oh! ¡Qué sorpresa para Pedro cuando nos vea!... ¿Sabes, querido viejo mío, que desde que mi futuro esposo ha pasado tantos trabajos, creo que le quiero más?

—No es extraño: las mujeres son propensas a la novela, y las aventuras de Pedro, según las narró Pablo y después Tempay, tienen algo de novelesco.

—Afortunadamente está fuera de peligro y cuando se restablezca nos casaremos.

—Si Dios quiere, pues para eso ha venido a California desde España.

—Debe ser muy bonita España.

—¡Psch! — exclamó el viejo colono, que se había connaturalizado con California—. España tiene de todo, como las demás naciones, sino que España es un país especial.

—Madrid será muy bonito. ¡Oh! Yo sólo le conozco por los libros.

—Madrid, hija mía, es una pecera muy grande donde los peces gordos se comen a los pequeños.

—Eso es una verdad de Perogrullo; mil veces he oído decir que en el mar sucede lo mismo.

—Sí, Sólo existe una diferencia, y es que los peces de Madrid gastan levita, y los del mar, escamas.

—Por más que quieras convencerme, estoy segura de que Madrid es mucho mejor que San Francisco de California.

—Sin hacerle ningún favor, puedes asegurarlo desde ahora.

—Tengo muchas ganas de verle.

—Ya te he dicho que si no fuera tan viejo te hubiera llevado.

—¡Viejo!... Tienes cincuenta años.

—Cincuenta y ocho, si no lo llevas a mal.

—Eso no es nada.

—Para ti, hijo mía; para mí, que los llevo encima, pesan bastante.

—Pero estás muy fuerte.

—Un hombre, aunque sea tan sano como la misma salud, aunque en su vida haya tenido un constipado ni un dolor de cabeza, cuando tiene sesenta años, lleva andadas las tres cuartas partes de su vida.

—¿Quién sabe si vivirás más que yo?

—No digo lo contrario, pero me disgustaría sobremanera. Soy egoísta: prefiero que me llores a llorarte.

—En fin, no hablemos más de esto.

—Tienes razón; doblemos la hoja.

Araguay sacó el reloj.

—Pues ya son las nueve y media; llevamos seis horas de camino, y esos pobres chicos, que no han dejado desde que salimos de la ciudad su trotecillo cochinero, tendrán un hambre de todos los diablos.

Y el viejo, sacando la cabeza por la portezuela del pescante, se puso a gritar:

—¡Eh! ¡Tempay! ¡Tempay!... En cuanto venga un sitio a propósito, para, que tengo un hambre de dos mil diablos.

—Falta muy poco para llegar a un sitio en donde hay agua—dijo el guía, sin dejar su paso gimnástico.

Poco después, Tempay se detuvo y dijo, dirigiéndose al mayoral:

—Para aquí.

—¡Qué! ¿Hemos llegado?—preguntó el viejo asomándose por segunda vez.

—Sí, señor.

—Pues a tierra y a almorzar todo el mundo.

Los viajeros se ha'laban a la entrada del bosque.

Un arroyo se deslizaba por entre la espesa hierba, cuya clara corriente se perdía entre los robustos y colosales árboles.

Los viajeros almorzaron a la sombra de un árbol.

Tula, estaba sentada; su padre, indiferente; el guía, receloso.

Una hora permanecieron en aquel sitio, dando un poco de descanso a los criados y a los caballos.

Tempay indicó que debía emprenderse el camino para llegar antes de la noche al lago.

Tempay era el jefe de la expedición, y se le obedecía en todo.

Araguay y su hija subieron al carruaje, y la comitiva continuó su marcha.

El guía no quiso sobresaltar a los señores; pero advirtió en voz baja a los criados que el camino comenzaba a hacerse peligroso.

Transcurrieron dos horas sin novedad.

Llegaron a lo más espeso de la selva.

Muchas veces el carruaje tenía que detenerse, pues la maleza era tan espesa que no podía pasar.

El conductor procuraba, haciendo mil evoluciones, costear todos los estorbos.

Tempay iba delante e indicaba por dónde debía pasar el carruaje.

Por fin llegaron a un rancho o cabaña india.

El guía indicó al conductor que se detuviera.

—¿Qué ocurre?—preguntó Araguay asomándose.

—Que hemos de dejar aquí el carruaje—dijo el indio.

—¡Cómo!—exclamó con asombro el colono.

—Porque es imposible seguir adelante.

—¡Ah! Tú no me habías dicho...

—Lo tengo todo dispuesto volvió a decir el indio—. De aquí al río apenas hay dos horas de camino, que hemos de andar a caballo. A la orilla del río nos espera una canoa que nos conducirá al lago. La misma canoa volverá a conducirnos con el herido al punto de embarque; lo trasladaremos aquí en una camilla de ramas, y volviendo a tomar el carruaje, regresaremos a San Francisco.

—¡Ah! Eso es otra cosa. ¡Ya decía yo! ¿Por dónde diablos nos va a llevar este demonio de Tempay que pueda pasar el carruaje?

—¿Sabes que este cambio inesperado me gusta mucho? —dijo Tula—. ¡Oh! Viajar por el río debe ser muy bonito.

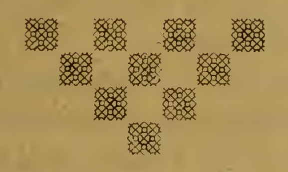
A la puerta de la choza había una india que contemplaba con asombro a los viajeros.

—¿Y tu marido?—le preguntó Tempay.

—En el río espera; ya sabes el sitio—le contestó.

Apenas tardó media hora en disponerse todo.

Araguay montó en un caballo; Tula, en otro; los criados cargaron con lo que para el enfermo llevaban en el carruaje, y todos se pusieron en marcha en dirección al río.



CAPITULO III

Un hombre que cae de las nubes.

HABRIAN caminado como una media hora, cuando uno de los criados se puso a cantar con toda la fuerza de sus pulmones.

Tempay dió un salto y cogió al cantador por el cuello de un modo tan brutal, que el pobre muchacho cayó al suelo de bruces.

—Si no comprendiera que lo que acabas de hacer es más bien una brutalidad que una traición, esta era la última hora de tu vida—dijo Tempay soltando al muchacho.

Araguay y su hija detuvieron los caballos.

—¿Qué ha hecho ese bestia?—preguntó el colono.

—Una imprudencia—contestó el guía—, ponerse a cantar cuando nos hallamos en el trozo peor de la selva; cuando por estos sitios es preciso pasar con la misma quietud que un conejo por la maleza. Una vez en el río, no temo nada; pero aquí... ¡oh!, aquí es preciso abrir mucho el ojo.

Esta advertencia del indio enmudeció todas las bocas.

El miedo se transmite con la misma rapidez que el fluído eléctrico.

Los viajeros, encerrados en un profundo silencio, seguían a Tempay a través de aquellos árboles poderosos, de aquella maleza intransitable. De pronto oyóse silbar en el aire una flecha, cuya acerada punta fué a clavarse en la cabeza del caballo que montaba el viejo colono.

El pobre animal comenzó a dar vueltas y saltos, hasta que por fin logró despedir de la silla al jinete.

Aquel golpe inesperado aturdió a los caminantes, que, agrupándose todos, comenzaron a dirigir miradas recelosas en derredor, como si aquella flecha hubiera sido el preludio del ataque imprevisto de los indios tulares que vagaban por la selva.

Tempay corrió junto al viejo, que se hallaba maldiciendo y pugnando por levantarse del suelo.

Afortunadamente, el caballo le había arrojado sobre una mata, evitándole en parte el golpe de la caída.

¿De dónde y por dónde había venido aquella flecha? No se veía a nadie, no se oía nada; sólo el dulce murmullo de la brisa gemía entre las pobladas ramas de los árboles.

La hermosa Tula quiso bajar y correr al lado de su padre; pero Tempay, que no había perdido la serenidad, le gritó:

—No, baje usted, señorita; indudablemente, los salvajes están cerca; esa flecha que ha interrumpido nuestra marcha es de mal agüero. ¡Oh! La conozco bien.

Y luego, volviéndose a los criados, que se hallaban aturdidos, volvió a decir.

—¡Oh! ¡Canallas! Preparad las escopetas, sacudid el miedo, si no queréis que mi sable de madera os mida las costillas; abrid los ojos y mirad sobre todo hacia los árboles, pues de arriba han de venir los enemigos.

Tempay el indio, el generoso guía de la selva, sereno como nunca, despreciando el peligro que indudablemente les amenazaba, inclinó el cuerpo hacia el suelo para levantar al viejo colono.

En aquel momento un indio salvaje, que nadie había visto, se dejó caer como un rayo desde las ramas de un árbol a las ancas del caballo de Tula.

La joven lanzó un grito de espanto.

Todos volvieron la cabeza a aquel sitio.

Entonces pasó un caso horrible.

El salvaje cogió por la cintura a la hermosa doncella, que atónita, absorta, apenas podía darse cuenta de lo que pasaba.

El indio oprimió con sus talones los ijares del caballo, y clavando en el cuarto trasero del animal una flecha que llevaba en la mano, lanzó un grito, seguido de una carcajada.

El caballo partió como una exhalación.

Todo esto fué ejecutado con una rapidez asombrosa.

Los criado se pusieron las escopetas a la cara para hacer fuego contra aquel miserable que les robaba a su señora.

—¡No tiréis! ¡No tiréis! ¡Vais a matar a mi hija!—exclamó el viejo colono con acento desesperado.

Entonces Tempay corrió adonde estaba el otro caballo para salir en seguimiento de la joven; pero el caballo, en medio de un charco de sangre, se hallaba en los últimos momentos de la agonía.

Tempay, desesperado de poder salvar a su señora, se mesaba los cabellos lanzando horribles imprecaciones.

El viejo Araguay lloraba como un niño.

Los criados se miraban los unos a los otros, sin poderse explicar lo que acababa de suceder. Mientras tanto, el salvaje, llevando en sus brazos a la hermosa Tula, se internaba en la selva con la rapidez del volador escape del caballo.

Tula se había desmayado.

En los labios del indio apareció una sonrisa horrible.

Sus ojos brillaban como los de la hiena que olfatea un cadáver humano.

El salvaje miraba a Tula de un modo inexplicable.

Aquella mirada tenía algo del avaro que contempla su tesoro.

De vez en cuando la estrechaba contra su pecho, como si temiera que se la arrebataran.

En aquel momento un profundo suspiro se escapaba de su pecho.

Mientras tanto, el caballo corría a su antojo.

El indio, como si estuviera clavado en el lomo de su corredor corcel, procuraba con afanosa solicitud que las ramas no hirieran el rostro de la prisionera.

Muchas veces, por salvar a Tula, se ensangrentaba el rostro y las manos.

La carrera duró más de dos horas.

El caballo iba cediendo.

La espuma que brotaba de sus dilatadas narices, comenzaba a mancharse con algunas gotas de sangre.

El pobre animal respiraba trabajosamente.

Por fin se le doblaron las piernas y cayó junto a un robusto árbol, exhalando un resoplido débil y lastimero.

El indio se quedó en pie con Tula en los brazos.

El caballo lanzó en derredor suyo una mirada y cayó muerto. Había reventado.

Sólo la muerte puso fin a su carrera.

Mientras la sangre ardió en sus venas, desafió a los vientos.

El salvaje, sin ocuparse del caballo, continuó internándose en el bosque con Tula en los brazos.

Caminó como una media hora y se detuvo junto a un árbol.

Dejó a la joven recostada en el tronco de un árbol y sentóse como a unos cuatro pasos sobre la hierba.

Apoyó la barba sobre las palmas de las manos y se puso a contemplar a Tula con una inmovilidad, con una fijeza, que podía tomársele por una estatua.

De pronto, Tula abrió los ojos.

Al ver delante al indio lanzó un grito de desesperación y, rápida como una corza, se puso en pie.

Al volver a la vida, la había bastado una sola mirada para comprender su situación.

—¿Dónde está mi padre?—preguntó con energía, avanzando dos pasos hacia el indio—. ¡Responde, mise-



Dejó a la joven recostada en el tronco del árbol

rable! ¿Con qué derecho te has apoderado de mi persona?

El salvaje nada respondió.

Embelesado en la contemplación de Tula, parecía hallarse magnetizado.

Tula abrió los ojos inmensamente.

De aquelas pupilas, negras como una noche de tempestad, hermosas como el amor, brotó un rayo de cólera que hizo estremecer al indio.

—¿No me oyes?—volvió a decir—. Quiero saber dónde está mi padre; quiero ir a su lado. Ea, levántate y guíame.

Tula, acostumbrada a mandar a los esclavos de su casa, trataba con igual dureza a aquel hombre de color, pasmándose de que se hubiera atrevido a poner la mano sobre ella.

El silencio del indio la irritaba lo que no es decible.

Viendo que uo podía arrancarle una palabra, se resolvió a abandonar aquellos sitios, confiada en que la Providencia la sacaría cou bien de la selva.

El salvaje conoció la intención, y levantándose, la cogió por un brazo, diciendo:

—¡Tú no te irás!

—¿Quién podrá impedírmelo?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, yo, porque te necesito. Eres mía, lo mismo que el pobre indio es de los blancos cuando cae en su poder. ¡Oh! ¡Qué gran cosa es la guerra!... ¿No es verdad que es una gran cosa la guerra? Tú eres blanca como

la nieve de las montañas, esbelta como las cañas que crecen en las húmedas riberas del río Colorado, hermosa como las estrellas de la noche. Todos los indios insurrectos me tendrán envidia cuando sepan que eres mía. ¿Y por qué eres mía? Por la guerra. ¡Oh! La guerra es una gran cosa. Cuando en tiempo de paz yo me presentaba a la puerta de tu casa, allá en San Francisco, a vender alguna liebre, te veía muchas veces con un libro en la mano debajo del cobertizo de tu jardín. Yo te miraba, y tú no me veías. ¿Quién te había de decir entonces: «Ese indio, ese hombre de color, ese pobre hijo del desierto, será algún día tu esposo»? ¡Oh! La guerra no debía de acabarse nunca.

Tula escuchaba al salvaje con asombro.

La calma de aquel hombre le daba miedo.

Conoció que era preciso decir algo.

—Tú debes estar loco—le dijo—. ¡Ay de ti si tu insensatez te conduce hasta el punto de tocar un solo cabello de mi cabeza!

—Vuelve los ojos en derredor tuyo—repuso el indio con una impasibilidad cruel—. ¿Qué ves? El bosque, la Naturaleza, las apretadas ramas de los árboles donde el Sol no ha penetrado nunca, la espesa hierba donde la planta del hombre blanco jamás imprimió sus huellas. Desprecio tus amenazas, pobre niña. Aquí el más fuerte es el rey, el que manda, el que se hace obedecer. ¿Quién es más fuerte, tú o yo? Reflexiona un poco, y acabarás por convencerte de que, si no hoy, mañana has de ser mía.

—¡Oh! ¡Primero la muerte, miserable!

—La muerte, cuando se tienen diecinueve primaveras, es insoportable. Tú hablas de morir, y estoy seguro de que tienes más miedo a la muerte que a mí. Pero no quiero violentarte; la impaciencia podría desbaratar mis deseos; la costumbre logrará vencerte. Ya lo he dicho: si no hoy, mañana serás mi esposa.

—¡Tu esposa!

—O mi compañera, es lo mismo.

—¡Oh! ¡Nunca, nunca, nunca! ¡Primero me estrellaré la cabeza contra uno de esos árboles!—exclamó Tula con una energía admirable.

La joven hizo un esfuerzo desesperado, pero no pudo desprenderse de aquella mano de hierro que la tenía sujeta por el brazo.

El indio soltó una carcajada:

—La paloma—dijo—, quiere escaparse de las garras del milano; pero el milano tiene la presa bien cogida y no se le escapará.

Tula lloraba de despecho.

—Las blancas—continuó el indio con una calma cien veces más horrible que la ira—, sois desgraciadas; vuestra indiferencia es criminal; los rasgos de audacia y valor de los hijos de la Naturaleza no tienen para vosotras mérito alguno. Lo que yo he hecho no lo hace todo el mundo. He caído sobre el lomo de tu caballo como cae el águila marina sobre los indefensos galápagos recién nacidos. ¡Ja, ja, ja! Si un blanco hubiera hecho esto, todos le hubieran alabado. ¡Ja, ja, ja! ¡Y después nos llamarán salvajes!... ¡Ja, ja ja!

El indio reía de un modo infernal.

Tula lloraba.

Su amargura y su rabia eran tan vehementes, que con la mano que tenía libre se arrancaba los cabellos haciendo esfuerzos desesperados para desasirse de la mano del salvaje que la tenía cogida.

—Si no te tranquilizas—dijo el indio—, me veré precisado a atarte del tronco de un árbol. Eres muy bonita, y no quiero que te arañes ese rostro de rosa; tienes una cabellera larga y reluciente como el lago de Buenavista cuando lo bañan los rayos de la luna, y es un cargo de conciencia permitir que te la arranques.

Tula, viendo que eran inútiles sus esfuerzos, dejóse caer desfallecida al pie de un árbol.

El indio la soltó.

Entonces la hermosa prisionera cubrióse el rostro con las manos y continuó llorando.

El salvaje sentóse delante de ella, separado unos diez pasos, y se puso a contemplarla, inmóvil como una roca. En los ojos de aquel miserable brillaba un fulgor siniestro.

Tula cerró los suyos para no ver la imagen horrible de aquel indio que gozaba de su amargura.

Así transcurrió una hora.

—¿Tienes hambre?—preguntó el indio.

Tula no despegó los labios.

—¿Tienes sed?—volvió a decir el salvaje.

Tula guardó silencio.

—¡Ah! Según parece, te has vuelto muda; esa es una condición muy recomendable en la mujer. Ahora me gustas más. Tú te dices: «Este es un indio tular incapaz de sacramentos, y no merece que yo gaste el tiempo

conversando con él.» Pero te engañas, querida joven; yo soy uno de esos hombres que toman el oficio que más les conviene, y que viven en la tierra según las circunstancias. Un fraile me enseñó a leer cuando yo era casi un niño, y vivía pacíficamente en la misión de San Luis; después me dió la humorada de recorrer parte de los Estados Unidos, dedicándome al comercio, pero a ese comercio ambulante... ¿Has leído el *Simón de Mantüa?* Pues figúrate que yo he sido comerciante por ese estilo. Sin embargo, debo confesarte que la vida de los bosques me agrada sobre todas las vidas. He aquí la razón por qué hoy vendo liebres en el mercado de San Francisco, y al mismo tiempo pertenezco a los insurrectos que pueblan las orillas del río Colorado. Tú dirás: «¿Qué me importa a mí toda esa historia?» Sin embargo, conviene que la sepas, porque si te casas conmigo no es nunca de sobra que conozcas a tu marido. A mí me gusta jugar limpio; no quiero que digas mañana que te he engañado. Por lo demás, te prevengo que soy un hombre de bien; mis compañeros dicen que soy un *vividor,* que me aprovecho de todo. Cuando seas mía no te faltarán comodidades. Ya verás qué envidia te tienen las mujeres de la selva.

La joven prisionera, encerrada en el más profundo silencio, parecía no escuchar las palabras del salvaje.

El indio, cansado del silencio de Tula, comenzó a llenar su pipa tranquilamente, esperando, como suele decirse, mejor ocasión para poder entenderse con su hermosa prisionera.

Embebecido se hallaba contemplando las transparentes bocanadas de humo que despedía su boca, cuando

percibió un ruido que le hizo levantar la cabeza y fijar su atención.

De pronto se entreabrió un espeso matorral, y dos indios aparecieron a pocos pasos del sitio que ocupaba el robador de Tula.

Este se puso en pie y con una agilidad increíble armó su arco, colocándose delante de su prisionera.





CAPITULO IV

Un inglés que no habla.

HOLA! ¿Parece que has hecho una buena presa?—dijo uno de los indios, señalando con la punta de su sable a Tula.

El indio recobró un tanto su tranquilidad, viendo que los recién venidos eran de los suyos, y dijo sin perder su actitud amenazadora:

—Esta mujer es mía, ¿lo entendéis?, mía; y la defenderé mientras me quede un momento de vida.

—Nadie te la disputa.

—Yo os lo aviso por lo que pueda suceder.

—Los hijos de la selva no deben robarse los unos a los otros.

—Así lo espero, hermanos míos.

—¿Vas a pedir rescate por esa blanca?

—No; prefiero quedarme con ella.

—El dinero es mejor; con dinero se tiene ginebra, tabaco y rom, y puede uno comprarse una porción de cosas, y la mujer hay que mantenerla. Reflexiónalo bien.

—Ya lo he dicho; prefiero la mujer.

—Cada uno tiene su gusto; yo prefiero el oro.

—Yo el amor.

—Pero hablando de otra cosa, ¿tú serás de los insurrectos?

—Pertenezco a la banda de Tangú.

—Yo no te he visto nunca.

—¡Ya lo creo! Como que tú no sales de la selva, mientras que yo recorro las ciudades para espiar lo que pasa, avisando luego a mis amigos.

—¡Ah! Vamos, tú eres un espía.

—Soy lo que soy; sólo tengo que dar cuenta a mi jefe.

Los tres indios guardaron silencio.

Tula los miraba con espantados ojos.

Después de un momento de pausa, dijo uno de ellos:

—Hermano, ¿quieres comer con nosotros? Tenemos un gran trozo de carne de vaca.

—Bien —repuso el indio que había robado a Tula—. Ayudadme primero a atar esta blanca al tronco de un árbol. Es arisca como una paloma torcaz.

Tula quiso resistir, pero fué en vano; los indios la ataron al tronco de un árbol.

Después encendieron lumbre y asaron la carne.

Tula, cansada de luchar, inclinó la cabeza sobre el pecho y rezó.

La única esperanza de su vida en aquel momento angustioso era Dios.

Cansada de buscar por la tierra un protector, fijó su pensamiento en el cielo.

Los indios la invitaron a que comiera con ellos; pero Tula, encerrada en un profundo silencio; nada respondió.

Los salvajes, separados del árbol algunos pasos, comían tranquilamente, sin ocuparse de aquella mujer que lloraba y rezaba con la hermosa cabeza inclinada sobre el pecho.

De repente, Tula sintió una cosa que se movía entre las espesas hierbas que rodeadan el árbol.

Estremecióse, creyendo que podría ser aquello una culebra; pero al levantar la cabeza se encontró con un hermoso perro de lanas que le miraba, agitando la poblada cola.

Aquel perro no era de los indios.

Indudablemente, algún viajero se acercaba hacia aquellos sitios.

Tula sintió renacer la perdida esperanza en su corazón, y dirigió una mirada en derredor suyo.

Los indios seguían comiendo sin apercibirse de nada.

Para la joven prisionera fué aquél un momento de angustiosa incertidumbre.

El perro comenzó á lamerle los pies, y luego, colocando las dos manos sobre el pecho de la joven, se quedó mirándola de un modo tan expresivo, que parecía exigirle una respuesta.

Tula depositó un beso en la hermosa y fina cabeza del perro.

El noble animal agradeció aquella caricia dando saltos alrededor de la prisionera.

Los indios, mientras tanto, comían sin apercibirse de la escena que pasaba alrededor del árbol.

De pronto sonó una detonación, producida por un arma de fuego.

Uno de los salvajes lanzó un grito doloroso, cayendo de espaldas.

Un mar de sangre brotaba de su cabeza, horriblemente destrozada.

La joven cerró los ojos por no verle.

El perro desapareció.

Los indios, sobrecogidos por aquel inesperado ataque, apelaron a la fuga.

Poco después, un nuevo personaje penetraba en la plazoleta donde estaba Tula atada al árbol.

El oportuno salvador de la joven montaba un caballo de buena estampa y de pura raza inglesa.

Vestía un sencillo traje de camino y llevaba en la mano un retaco de dos cañones.

Cuando Tula fijó su mirada en su salvador, creyó ver en él la imagen del arcángel Gabriel.

El viajero era joven y hermoso..

Su fisonomía, dulce e impasible, inspiraba a primera vista interés, simpatía.

Aquel joven, al parecer, viajaba solo, sin más compañero, sin más amigo que el hermoso perro de lanas que poco antes había acariciado los pies de Tula.

Digamos nosotros algo de este nuevo personaje.

Sir Guillermo Warton, pues este era su nombre, era un inglés rico y noble que frisaba en los treinta años.

Sir Guillermo era una especie de judío errante.

Viajaba siempre y no hablaba nunca.

Indudablemente, algún misterio, algún drama de familia encerraba el corazón de sir Guillermo.

Pocos días antes de éste que nos ocupa, el misterioso inglés había llegado a San Francisco de California, tomando hospedaje en la mejor fonda de la ciudad.

Una mañana pidió al fondista que le trajeran un buen caballo, y le compró sin regatear.

Después cogió su escopeta, sus pistolas, sus cartas geográficas, sus libros de memorias, en donde escribía todo aquello que deseaba, y se dispuso a recorrer la Tierra Firme de California.

El fondista, viéndole pertrechado y dispuesto para el viaje, y comprendiendo los inmensos peligros que corría viajando solo, se atrevió a decirle:

—Milord ignora, sin duda, que el país está sublevado, y que no se puede viajar solo sin correr un peligro inminente.

Como el fondista era un manchego expatriado, sir Guillermo escribió en su libro de memorias en buen español estas palabras:

«Creo que no le debo a usted nada; creo también que si me matan los indios tulares no serán muchas las lágrimas que usted vierta por mí. Pero no soy ingrato: mientras dure mi expedición, como mi equipaje ocupa un cuarto, pagaré a usted lo mismo que si yo estuviera; y si muero, le nombro a usted heredero de todo lo que me guarda hasta mi vuelta».

El fondista le devolvió el libro, y encogiéndose de hombros, se dijo para su capote:

—Con tu pan te lo comas. Bien dijo aquel que dijo que el mundo estaba lleno de desagradecidos.

Sir Guillermo salió de San Francisco, importándole poco lo que podía acontecerle, porque un hombre que posee el inglés, el alemán, el francés, el italiano y el español, que es valiente y fuerte en geografía, y que además es rico, puede muy bien viajar por cualquier parte sin miedo de perderse.

Sir Guillermo era un tipo excéntrico, extraño, pero con uno de esos semblantes que tienen don de gentes, y tan generoso que a todo el mundo era simpático.

El que siembra no es extraño que recoja, y sir Guillermo sembraba mucho.

Hemos hecho estos ligeros apuntes para indicar un tipo que tomará una parte bastante activa en nuestro libro. Leyendo el lector le verá más detallado. Por ahora, basta con lo dicho.

El inglés detuvo su caballo a pocos pasos de Tula, y viendo que los indios habían desaparecido, colgó el retaco del arzón y echó pie a tierra, con su inseparable libro en la mano izquierda y un cuchillo de monte en la derecha, con el que cortó las ligaduras que sujetaban a Tula.

—¡Ah, caballero! —exclamó la joven—. Sin la generosa protección de usted, Dios sabe lo que hubiera sido de mí.

El inglés se inclinó y se puso a escribir en el libro

de memorias. Cuando terminó, se lo presentó a Tula, saludándola con mucha finura.

La joven, que había observado con asombro todos los movimientos del inglés, cogió el libro y leyó lo siguiente:

«Agradezca usted, señorita, a la casualidad y no a mí, el verse libre de los salvajes. Tendría mucho honor poderle servir de algo. Vea usted en qué puedo serle útil, y dispénseme si para entendernos empleo este medio, que debe parecerle extraño, pues no tengo la desgracia de ser mudo.»

Tula, después de leer las anteriores líneas, fijó sus hermosos ojos en el inglés.

Sir Guillermo sufrió aquella mirada con una impasibilidad que hubiera puesto fuera de sí a una coqueta.

Tula sabía que el esplín, cuando se apodera de los hijos de Albión, les induce a cometer mil excentricidades.

Además, Tula era hija de una inglesa, y nada le extrañaba tratándose de un isleño.

No obstante, aquel joven, que no siendo mudo se había impuesto la penitencia de no hablar, le llamaba la atención sobremanera, porque el inglés, como hemos dicho, era elegante y hermoso.

Sin embargo, no dejó de parecerle extraña la manera que empleaba para entenderse.

Sonrió la joven de un modo significativo y le dijo:

—Caballero, soy la hija única de un rico colono de San Francisco; he caído en poder de los salvajes, y usted me ha librado de ellos. Si no fuera mucho exi-

gir, pues yo ignoro donde me hallo, le suplicaría me condujese a la ciudad.

Sir Guillermo se inclinó en prueba de asentimiento.

Después, apoyando una rodilla en tierra, ofreció a la joven un estribo para que montara.

Tula apoyó su linda mano en el hombro del inglés y quedó sentada en la parte delantera.

Sir Guillermo hizo lo mismo, y pronto se hallaron los dos sobre el caballo.

El inglés parecía práctico en el terreno.

Habrían caminado como unas tres horas por lo más espeso del bosque sin despegar los labios.

El sol comenzaba a declinar cuando el inglés detuvo su caballo, sacó su libro de memorias y escribió estas palabras, arrancando luego la hoja y dándosela a Tula:

«Calculo que la señorita tendrá necesidad de comer algo. Nos faltan seis leguas de camino para llegar al término de nuestro viaje; veo un arroyo a nuestros pies, y el sol comienza a ocultarse. ¿Podríamos comer algo?»

—Con mucho gusto, amigo mío—contestó Tula después de leer la nota—. No recuerdo las horas que hace que no he comido: la maldita aventura me había quitado el apetito; pero ahora que, gracias a usted, me veo libre, recuerdo que tengo apetito.

El inglés echó pie a tierra, extendió sobre la mullida hierba una preciosa manta de pelo de camello, e indicó a Tula que podía sentarse.

La joven obedeció sonriéndose.

Su protector empezaba a ser para ella un tipo curioso.

Sir Guillermo, con una calma inimitable, sacó de una especie de alforja que colgaba de una grupa del caballo una fiambrera y una botella de vino del Rhin.

Colocadas las provisiones sobre la manta, los dos se pusieron a comer como buenos y antiguos amigos.

Cuando terminaron, el inglés volvió a guardarlo todo con una escrupulosidad digna de un ama de llaves, y escribió en su libro de memorias.

Tula leyó lo siguiente:

«Señorita, tengo el feo vicio de fumar. ¿Le incomoda a usted el humo del tabaco?»

—No, caballero, no; puede usted fumar todo cuanto guste; estoy acostumbrada—contestó Tula, sin poder contener la risa.

El inglés encendió un rico veguero, y después de tornar a subir a su compañera sobre el caballo, continuaron su interrumpida marcha.

Hacía una noche agradable y una luna clarísima.

Los nocturnos viajeros cruzaron los intrincados laberintos de la selva con el mismo silencio, con la misma imperturbabilidad de siempre.

Tula se hacía reflexiones sobre el carácter de su salvador.

Sir Guillermo fumaba y dirigía su caballo.

Tal vez aquel hombre pensaba algo.

Tal vez, bajo aquella apariencia fría, bajo aquel aspecto indeferente, se ocultaba algún drama, alguna historia terrible.

Cuando se terminó la selva, cuando llegaron al camino carretero que conduce a la ciudad de San Francisco, Tula indicó a su conductor que su habitación se hallaba situada en las primeras casas de la población.

Llegaron por fin, y la joven volvió a decir señalando con la mano una puerta:

—Aquí vivo, caballero; ésta es mi casa.

El inglés detuvo a su caballo y echó pie a tierra.

Eran las doce de la noche.

La ausencia de los amos no había turbado el sueño de los criados, que dormían profundamente.

El inglés llamó cuatro veces.

Por fin asomóse por el hueco de una ventana una cabeza soñolienta, y la joven, que aún permanecía a caballo, gritó con malhumorado acento:

—¡Abrid, abrid! ¡Soy yo! ¡Tula! ¿No me habéis conocido?

Poco después los criados, sobresaltados, a medio vestir, abrieron la puerta.

Tula preguntó si había regresado su padre.

Esta pregunta fué escuchada eon el asombro natural de una cosa que no se comprende.

Se habían marchado todos juntos, y tornaba la señorita sola.

Esto no tenía explicación para aquellas pobres gentes.

—¡Ah, Dios mío! Quizá les haya sucedido algo. Será preciso dar parte al Tribunal para que envíe gente en su busca—exclamó Tula.

El inglés, siempre impasible, con las riendas del

caballo en la mano, permanecía junto a la puerta sin despegar los labios.

Tula fijó en aquel hombre sus hermosos ojos.

En aquella mirada brillaba un fondo de agradecimiento.

La joven permaneció un momento indecisa.

Tenía una frase en la punta de la lengua, como suele decirse, y no se atrevía a pronunciarla.

No sabía si ofrecer hospitalidad a su salvador.

Por fin se decidió y dijo:

—Caballero, mi padre no ha regresado aún de la expedición. Sin duda se halla a estas horas buscándome por la selva. Me quiere mucho y conozco lo que debe sufrir. Sin embargo, yo en su nombre le ofrezco a usted esta casa.

El inglés se inclinó, y cogiendo el lápiz, volvió a escribir en su libro de memorias, a la luz de un farol que tenía uno de los criados de la casa.

«Agradezco, señorita, el ofrecimiento; pero no puedo aceptarle porque voy a continuar mi viaje, interrumpido por un acontecimiento tan inesperado como satisfactorio para mí».

Antes que Tula tuviera tiempo para contestarle sir Guillermo montó a caballo y se encaminó hacia los arrabales de San Francisco.



CAPITULO V

Palabra es palabra.

TULA tenía poderosas razones para no reconciliarse con el sueño durante toda aquella noche.

Por una parte recordaba a su padre y a su prometido esposo; por otra, la impasible e interesante figura del inglés la preocupaba.

Hay organizaciones impresionables, para las que el acontecimiento más insignificante de la vida toma colosales proporciones.

Cuando Tula pudo dormir ya era de día, y entonces soñó todo lo que había acontecido.

Aquel sueño fué, permítasenos la frase, una página de su vida leída con los ojos cerrados.

Transcurrieron tres días, y ni el padre ni el novio tornaban a San Francisco.

Tula escribió una carta al comandante de la fuerza de San Francisco y otra al presidente del Tribunal de Comercio, participándoles lo que acontecía.

Estos personajes, amigos íntimos del Sr. de Ara-

guay, creyeron muy conveniente mandar algunos exploradores en busca de elios.

Al cuarto día, Tula se hallaba asomada a la ventana.

Estaba pálida y ojerosa.

La pobre joven no cesaba de llorar.

La situación era horrible.

Ya se creía sola en el mundo, cuando vió con gran gozo asomar por el estrecho de la calle una cabalgata, a cuyo frente creyó reconocer al venerable anciano padre Anselmo.

Pasóse la mano por los ojos, como si creyera no ser cierto lo que veía, y, lanzando un grito desde el fondo de su alma, abandonó la ventana y corrió a la puerta de la calle.

Poco después Tula, medio desmayada de gozo, cayó en los brazos de su padre.

P.dro estaba allí, bueno, sano, aunque extremadamente pálido.

Todos se habían salvado.

¿Podía creerse tanta felicidad?

Después de los primercn instantes de esa alegría que tanto tiene de aturdimiento, comenzaron las explicaciones.

Araguay quiso saber cómo se había salvado su hija, y ésta no tuvo inconveniente en relatarle la verdad.

Conforme avanzaba el relato, Pedro y el anciano se miraban.

Aquellas miradas parecían decirse algo.

Cuando la joven terminó, el anciano se dió una

fuerte palmada en la frente, y dijo con una entonación superlativa:

—El diablo me lleve si ese joven, si ese inglés que te ha salvado del furor de los salvajes no es el mismo que hemos encontrado en la selva esta mañana. ¿Era alto, buen mozo, con unos ojos muy grandes y muy tristes?

—Efectivamente, esas señas cuadran bien a mi salvador.

—¿Llevaba un perro de lanas y un bonito caballo y una escopeta de dos tiros? Y otra seña: ¿era mudo?

—El mismo, padre mío, el mismo—exclamó, reconociendo a su salvador en la última pincelada.

—Pues hija mía, esta mañana, cuando recorríamos el bosque en tu busca, tropezamos con el citado personaje, que se estaba dando un baño pacíficamente en el río. Apenas nos vió, salióse del agua, y, acercándose adonde se hallaba atado su caballo, se puso a escribir en un libro, y, arrancando luego una hoja, nos la entregó sin despegar los labios. Aquel papel decía así: «Hacia el Norte están los salvajes; conviene tomar la orilla del río. Si ustedes buscan a la joven, se ha salvado.» Calcula mi curiosidad al leer estas líneas. Como era natural, deseé preguntarle algo, pero al volver la cabeza, para dirigirle la palabra, había desaparecido. En vano dirigimos nuestras miradas por la superficie del río. Nada: el hombre no se veía. Cansados de esperarle seguí su consejo, y aquí nos tienes. Indudablemente, tu salvador, por lo que ahora comprendo, por evitar las frases de rutina en semejantes casos, se zambulló como

las zarcetas y fué a ocultarse bajo de alguna mata hasta que abandonamos aquel sitio con el corazón lleno de esperanzas.

—De seguro, padre mío, ese hombre es mi salvador—volvió a repetir Tula

—Pues mira, siento vivamente no haber podido manifestarle mi gratitud por el servicio que acaba de prestarnos. ¡Diantre! Ese hombre ha hecho una gran cosa: arrancarte del poder de aquellos bárbaros y conducirte al hogar paterno... ¡Oh! Si yo encuentro otra vez a ese caballero, te prometo que, aunque se zambulla en el agua, he de demostrarle mi eterno agradecimiento, aunque para eso sea preciso zambullirme detrás de él y tener una conferencia en el fondo del río.

—¿Pero qué interés tiene ese hombre—dijo el capitán Pedro, que hasta entonces no había despegado los labios—en esquivar nuestro agradecimiento? Lo que él ha hecho es una acción noble.

—¡Qué quieres, hijo mío! Como ha dicho Tula muy bien, ese hombre es un inglés, y ya está explicado todo No nos queda otro remedio que esperar el momento oportuno en que podamos echarle la mano encima Entonces yo te prometo que me portaré como debo. Pero ahora lo que me importa es descansar. ¡Caramba! os veo a todos alrededor mío, y aún lo dudo. Yo creo que todavía no me ha salido el susto del cuerpo, y lo que es peor, barrunto que no me saldré nunca ¡Malditos indios!... ¡Pero, en fin, ahora lo que conviene es darlo todo al olvido, menos el inglés. Dentro de algunos días os conduzco a la iglesia, os caso, y «consum-

matum est». No quiero morirme sin ser abuelo, es decir, dos veces padre.

Desde aquel día comenzaron los preparativos de la boda con mucha actividad; por fin llegó el momento deseado por todos, y Gertrudis Araguay fué la esposa de Pedro Durango

Después de la boda viene la luna de miel, la más poética, la más hermosa, la más fascinadora de todas las lunas.

Pedro y Tula se amaban, y se aprovecharon de ese encantador paréntesis que se halla colocado en la primera grada del matrimonio.

Al viejo Araguay se le caía la baba, como suele decirse, contemplando aquel par de pichones que se arrullaban amorosos en derredor suyo.

Sin duda, a nuestros lectores les parecerá que hemos precipitado un tanto este matrimonio, y tal vez tengan razón para creerlo así, aunque nosotros tengamos la nuestra para creer lo contrario, porque después de todo, bien puede ser que dos opiniones contrarias tengan a vez la misma razón para serlo.

La nuestra, es decir, lo que nos inclina a precipitar el acontecimiento de la boda de Tula, es el creer que así conviene a la presente novela, donde andando el tiempo, nos hemos de hallar otra boda que detallaremos con más minuciosidad.

Pero no adelantemos los sucesos.

Tula, como sucede por lo general a las muchachas bonitas, durante la luna de miel reinó en el corazón de su esposo como reina absoluta.

Sus caprichos fueron leyes para el esposo; y cuidado que Tula era caprichosa en extremo; pero mientras el marido no deja la dulce condición de amante, es condescendiente, tolerante y débil.

Estas condiciones no tienen precio para la mujer; pero al marido le cuestan por lo general «un ojo de la cara».

Tula comenzó el plan de ataque: quería ver Europa. Odiaba la California, y se dijo:

—Esta es la ocasión de conseguir algo.

Para lograr sus deseos hallaba un inconveniente: su padre.

El viejo colono era lo que se llama un californiano hecho y derecho, una planta exótica aclimatada en la tierra que riega el Colorado. Trasplantarle a sus años era, no solamente arriesgado, sino casi imposible.

Siempre que se trataba del viaje, decía:

—Pedidme todo lo que queráis, y os lo daré; pero a mis años no quiero cruzar el charco. ¡Qué diantre, tened un poco de paciencia; dejadme en este viejo sillón, viendo desde las ventanas del comedor esas hermosas vegas, ese cielo resplandeciente por el que cruza un sol más grande y más esplendoroso que el de nuestra vieja Europa! Dejadme respirar esta brisa de Sierra Nevada hasta la hora de mi muerte.

Así transcurrieron tres meses.

Una mañana, Pedro había salido a dar un paseo a caballo, y el viejo Araguay se ocupaba en recortar con unas grandes tijeras las desiguales ramas de un peque-

ño sauce, a cuya sombra gustaba el viejo de leer los periódicos y fumar sus habanos.

Tula bajó al jardín, y sentándose cerca de su anciano padre, bajo el mismo árbol, en una silla de tijera, comenzó a hablarle de este modo:

—¿Sabes, querido viejo mío, que tengo que darte una gran noticia?

—Siempre será alguna tontería tuya—repuso Araguay sin dejar su trabajo.

—Pues entonces es inútil que te la diga.

—Vamos, ¿te has enfadado conmigo?

—No; pero me callo.

—¿Y si yo te suplicara que hablaras, que me contaras esa gran noticia?

—Te la contaría, para probarte que no soy rencorosa.

—Pues entonces ya te escucho.

—Deja, pues, esas tijeras y siéntate a mi lado.

El viejo obedeció.

—Te advierto—volvió a decir Tula—que esta revelación va a costarte cara.

Araguay se encogió de hombros y dijo:

—No me causa extrañeza: tú siempre pides.

—Pero consigo pocas veces, ¿no es cierto?

—Eres muy injusta. Pero sepamos el gran acontecimiento.

—Pues bien, el acontecimiento es que...

Tula se detuvo.

—Vamos, acaba—dijo el anciano, que no había observado aquel cambio en el rostro de su hija.

—Pues bien, padre mío: tengo presentimientos de que muy en breve van a realizarse tus deseos.

—¿Mis deseos?

—¡Oh! ¡Qué torpe! Cuando no te conviene, pierdes la memoria. ¿No querías ser abuelo? Pues...

Tula volvió a detenerse.

Su padre comprendió todo lo que querían decirle aquellos puntos suspensivos, y loco de alegría abrazó a su hija.

—¡Hosanna!.. ¡Aleluya!...—gritó el viejo, batiendo las palmas como un niño que mira realizados sus ensueños de color de rosa. ¿Sabe tu marido la gran noticia? ¡Oh! Es preciso celebrarla a toda orquesta. Habrá toros y cañas, como dicen en nuestra rancia España. No puedes figurarte la inmensa alegría que derrama en mi corazón esa nueva. Pídeme lo que quieras; figúrate que soy el rey que me coges la palabra.

—Cuidado con lo que se ofrece, señor mío, porque acostumbro a ser muy exigente.

—No importa, no importa; tienes mi palabra, y puedes estar segura de que no faltaré a ella.

Tula reflexionó un momento.

—Tu silencio me asusta—volvió a decir Araguay—, pero lo dicho, dicho; no retiro mi palabra.

—Pues bien, quiero que mi hijo sea español—dijo Tula colocando la mano sobre el hombro de su padre.

—¡Pues qué! ¿Ha de ser ruso?—contestó el viejo.

—O no me he explicado, o no me has entendido. Digo que quiero que mi hijo sea español porque quiero que nazca en España.

Araguay se quedó mirando a su hija de un modo indescriptible.

Había caído en el lazo.

—¿No opinas como yo?—volvió a decir Tula, viendo que su padre guardaba silencio.

El viejo no quería faltar a su palabra; pero buscaba al mismo tiempo un camino para poder salir de aquel atolladero. Así es que, queriendo decir algo, dijo una tontería.

—Si nace varón, le pondremos Isidro. Ya ves que ese es un nombre verdaderamente español. San Isidro patrón de Madrid. ¿No te parece que huele a garbanzos? Verdaderamente estoy contento de haber encontrado un nombre tan clásico. Y si nace hembra... entonces... si nace hembra...

Araguay comenzó a buscar en su mente un nombre de mujer que fuera tan castizo como el del ilustre labrador; pero no encontrándole, se quedó con la boca abierta, el labio inferior cogido con el dedo pulgar y el índice de la mano derecha, y los ojos fijos en las melancólicas ramas del sauce que le servía de tienda.

Tula soltó una carcajada.

—¿Por qué te ríes?—la preguntó su padre.

—Porque veo que te arrepientes de haberme dado tu palabra. Pero como ya la tengo y no estoy dispuesta a soltarla, ahora veremos quién gana.

—Pero, hija mía, no pude imaginarme que me exigieras tanto.

—Pues, amigo mío, el hombre por la palabra es

hombre, y antes de ofrecer es preciso meditar; pero después de ofrecido es necesario cumplir.

—Vamos a ver—repuso el anciano cogiendo una de las manos de su hija—, ¿qué quieres por esa palabra que te he dado?

—Quiero ir a Madrid—contestó sencillamente Tula—; quiero que mi hijo sea bautizado en una de sus parroquias.

—¡Dale, dale!—exclamó el viejo.

—Mi corazón me dice que si mi hijo nace en California será feo como un indio tular, y si eso sucediera, tú tendrías la culpa.

—¡Bah! ¡Tonterías! Tú no eres fea, y, sin embargo, has nacido en San Francisco de California.

—En mí hay una circunstancia especial que no tuvo mi madre.

—Sepamos esa circunstancia.

—En cuanto veo a un indio, se graba en mi imaginación la horrorosa imagen del salvaje que nos dió el susto, y, francamente, deseo perderlos de vista. Tú me has dado tu palabra; yo quiero que me la cumplas.

Tula, como siempre que encontraba oposición a sus deseos, comenzó a desesperarse, y Araguay, como siempre que negaba algo a su hija, comenzó a desorientarse.

Pedro entró en aquel momento en el jardín.

Araguay vió el cielo abierto.

Confiaba que su yerno se pondría de su parte, y dijo con precipitación:

—Ahí está tu marido; que decida él.

—Acepto—exclamó Tula, sonriendo maliciosamente.

—Querido Pedro—dijo el anciano, saliéndole al encuentro—, vienes como pedrada en ojo de boticario.

—Pues ¿qué ocurre?

—Que tu esposa ha cometido conmigo una traición, una emboscada.

Araguay contó el hecho, y terminó el relato diciendo:

—Decide tú.

—Creo—repuso Pedro—que Tula está en su derecho reclamando el cumplimiento de la palabra.

—¡Esto es una doble emboscada! ¡Este es un plan convenido! ¡Esto no vale!—exclamó el viejo.

—¡Ah! ¿Conque es decir que a ti, cuando no te conviene cumplir lo que ofreces, dices como los niños, no vale?—exclamó Tula de un modo tan encantador, que su padre, olvidándolo todo, le dió un abrazo, diciendo:

—Pues bien, partiremos. ¡Qué diablo! Después de todo, siempre es preciso hacer lo que tú quieres. Sí, partiremos mañana, hoy mismo. ¡Canastos! No sea que te ocurra malograr el fruto de bendición, y entonces habría otro San Quintín en esta casa.





CAPÍTULO VI

Donde vuelve a aparecer el inglés.

EL colono Araguay había caído en el lazo. Pedro y Tula le habían cogido tan fuertemente, que era imposible que se desenredara.

Después de todo, debemos confesar que los jóvenes esposos tenían razón.

Madrid, sin que en ello quepa ningún género de duda, vale por lo menos cien veces más que San Francisco de California, a pesar de sus minas de oro y su hermoso puerto.

Tula trató de convencer a su padre de que el empeño de vivir en aquel país era un absurdo incomprensible, y el anciano Araguay convino en que su hija tenía razón.

Pedro tomó a su cargo vender las acciones de minas de su suegro, y se dió tan buena maña, que en menos de veinte días redujo a onzas de oro todas las propiedades del viejo, cuya fortuna ascendía a ciento treinta y cuatro mil pesos fuertes.

Entonces se pensó en el viaje.

En el puerto de San Francisco hallábase anclado un bergatín norteamericano que debía hacerse muy en breve a la vela para España.

Pedro sabía, como marino, que un buque que lleva la estiva hecha con toda regla soporta con doble ventaja los rudos empujes de los vientos en tiempo de borrasca.

Fué, pues, a bordo del bergatín «San Jorge», y reconoció la cala del buque con la escrupulosidad y acierto de un hombre práctico.

El cargamento eran balas de algodón para Barcelona. Los intersticios estaban perfectamente colocados; la estiva era casi imposible que hiciera un movimiento en caso de tempestad.

Pedro quedó complacido de la inteligencia del capitán que había cargado el buque.

El flete se hallaba compacto y unido como si fuera de una sola pieza: se conocía que el «gato de mano» había trabajado con inteligencia.

Era, pues, indudable que, en caso de mal tiempo, el buque no podía zozobrar por el camino repentino de la estiva.

Después de aquel reconocimiento interior, el más indispensable para una travesía larga, durante la cual no dejan de acariciar a todo buque las ráfagas del Nordeste, Pedro reconoció detenidamente la obra muerta.

El bergatín le pareció perfectamente construído.

Como marino, creyó que, pues era indispensable cruzar el gran charco, bien podía fiarle a un bergatín como el «San Jorge» su fortuna y su mujer.

Aquella misma tarde, cuando los dos esposos y el viejo colono se hallaban sentados a la mesa, Pedro, que así lo tenía convenido con su mujer, comenzó la conversación de este modo:

—Esta mañana he estado a bordo del bergantín «San Jorge», que debe hacerse a la vela dentro de unos días.

—Parece un buque de primera—dijo el anciano.

—Efectivamente, es muy bonito; esta mañana le he estado observando desde la azotea—repuso Tula afectando una indiferencia que estaba lejos de sentir.

—He tenido ocasión—volvió a decir Pedro—de hablar con el capitán: es un inglés norteamericano, hombre verdaderamente de mar, franco, alegre, inteligente, de esos seres que tienen buen aspecto, buen fondo y mejor fortuna. Dice que las tempestades le respetan, que jamás el menor contratiempo ha turbado el sosiego de su tripulación, porque toma antes de emprender un viaje todas las precauciones necesarias para el buen resultado de éste Efectivamente: he reconocido la estiva y la obra muerta, y me he convencido de que Tomás Dikson es un marino que sabe el oficio a la perfección.

—Querido Pedro—repuso el anciano después de apurar un cortadillo de vino de Jerez—, desengáñate: cuando al mar se le hinchan las narices, no hay maestro ni perfección que valga. Una ballena (1) se echa encima de la popa sin decir «Aguarde usted» ni pedir permiso a nadie, y ¡zas!, allá va el barco mejor cons-

(1) Una ola.

truído del mundo dando volteretas como si fuera la cáscara de un cañamón. El que un buque naufrague es tan común como el comerse esta pechuga de gallina.

Y Araguay hizo fácil la comparación.

—Sin embargo, bueno es tomar precauciones—repuso Pedro—; no está de sobra que el capitán sepa dónde tiene su mano derecha.

—No digo que no; pero el mar tiene malas bromas—repuso el viejo, que, aunque demostrando indiferencia, parecía no querer cejar.

—¿Y por qué hemos de perder la confianza?—dijo a su vez Tula—. Dios nos sacará con bien de este viaje, si no por nosotros, por el ángel qne se agita en mis entrañas.

—Ya te figuras que voy a oponerme al viaje después que lo he vendido todo—dijo Araguay—. Iremos a España: la palabra es palabra.

Y el colono, viendo que su hija comía con apetito de un plato de ensalada, se le quitó de delante diciendo:

—Veo, querida Tula, que es preciso tratarte como a una niña; te estás atracando de verde sin pensar en las consecuencias: tu estado reclama ciertas privaciones, ciertos cuidados que tú no tomas; pero afortunadamente estoy yo aquí, que lo evito todo, porque dice el refrán que hombre prevenido vale por dos.

Tula se sonrió, agradeciendo con una mirada dulcísima aquellas pruebas de cariño. El viejo Araguay desde el momento que supo la fausta noticia del embarazo de su hija, se había convertido en tirano.

Tula no podía correr ni estornudar sin que el viejo le aconsejera la moderación.

Cada vez que el cuerpo de la joven se doblaba para coger algo del suelo, la mano de su padre caía sobre sus hombros, reprendiéndole al mismo tiempo la actitud inconveniente y violenta en que colocaba su cintura.

Pero estas eran pruebas de excesivo cariño, que Tula dispensoba y hasta agradecía a su padre.

Terminada la comida, se dispuso que Pedro tomara los pasajes en el bergantín «San Jorge».

Seis días después el buque se hizo a la vela, abandonando el hermoso puerto de San Francisco a esa hora en que el sol derrama los primeros rayos de su frente sobre la superficie de los mares.

Tula había embarcado consigo a una criada india nacida en su casa.

Esta joven tenía diez y ocho años de edad y se llamaba Pancha.

El viejo Araguay, sentado junto al timonel en uno de los bancos del alcázar de popa, vió perderse en lontananza su patria adoptiva, que poco a poco no fué para sus ojos mas que una línea cenicienta que acabó por desvanecerse entre el cielo y el mar.

Entonces dos lágrimas se desprendieron de las pupilas del anciano.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y quedóse pensativo largo rato.

De esta meditabunda postración vino a sacarle su hija, que sentándose a su lado, apoyó cariñosamente

el brazo sobre el homdro de su padre, diciéndole al mismo tiempo:

—¿A que no aciertas a quién he visto sentado en la rejilla de proa y fumándose un cigarro?

Araguay, que a pesar del sentimiento que le causada separarse para siempre de su patria adoptiva, era hombre que desechaba pronto de su corazón el mal humor, respondió de este modo a la pregunta de su hija:

—En la rejilla de proa sólo puede fumar el mascarón de proa. Y en verdad me extraña mucho que San Jorge, con su barniz blanco y sus carnes de madera, en vez de encomendarnos a sus amigos para que tengamos una feliz travesía, se entretenga en fumar, según tú dices, aunque sea un veguero de Guanabacoa o una breva de Cagayanes.

—¡Bah! No es un santo de madera el que fuma, sino un hombre de carne y hueso como tú —repuso Tula.

—Pues, hija, no conozco a nadie que tenga el capricho de fumar en un sitio tan poco cómodo. Así es que me doy por vencido.

—Pues bien, el que fuma en la rejilla de proa no es otro que el inglés que me salvó en el bosque.

—¡El inglés!—exclamó con asombro Araguay.

—Sí, el inglés sir Guillermo Warton—repitió Tula.

—¿Pero qué diablos hace ese hombre allí?

—Fumar.

—¿Fumar? ¡Pues qué! ¿No podía hacer lo mismo sobre cubierta o en su camarote?

—¡Qué quieres! Se conoce que es un hombre es

trambótico, uno de esos seres a quienes no gusta hacer lo que hacen los demás.

—Así debe ser, según calculo, la primera vez que le vi estaba dándose un baño en el río Colorado sin importarle un comino los horribles peces que pululan en su fondo, y ahora me dices que se halla fumando en la rejilla de proa, sin importarle un bledo los cabeceos del buque. Pero no importa, no importa; cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo. Voy a decirle que nunca olvidaré el favor que nos hizo, porque, después de todo, nada quita lo cortés a lo valiente.





CAPITULO VII

Shakespeare y Racine.

Tula quedóse en el mismo sitio que ocupaba su padre, y se puso a contemplar, demostrando indiferencia, la brilladora estela que dejaba en pos de sí el buque.

Araguay llegó a proa y asomó la cabeza por una de las bandas buscando a su hombre.

Efectivamente: sir Guillermo Warton fumaba con imperturbable tranquilidad, puesto a horcajadas sobre los palos de la rejilla.

Las cabezadas del buque le elevaban y bajaban algunas veces, hasta el punto de sumergirle la punta de los pies en el agua; pero sir Guillermo parecía no apercibirse de nada.

Tenía la vista fija en el horizonte, el cigarro en la boca y las manos plegadas sobre las rodillas.

—¡Caballero...!—le dijo en inglés Araguay, inclinándose todo cuanto pudo el cuerpo, pero cogiéndose fuertemente de una de las cuerdas del bauprés.

Sir Guillermo levantó la cabeza y saludó.

—Usted me dispensará—continuó el colono—si

vengo a interrumpirle y si me atrevo a suplicarle que quisiera teaer con usted un ratito de conversación; así es que si tuviera la amabilidad de subir, porque a mí me sería muy difícil bajar, se lo agradecería infinito.

El inglés cogió con la mano derecha una de las cadenas que sujetaban el palo, y con la misma ligereza de un grumete saltó sobre cubierta.

Una vez allí, saludó al viejo Araguay, y quedóse mirándole como hombre que espera o se dispone a escuchar.

—Amigo mío—volvió a decir el colono, alargando una mano, que el inglés estrechó con afectación—, usted, según parece, procura evadir nuestro agradecimiento; pero la casualidad le coloca hoy al alcance de mi brazo, y espero que por esta vez no se me ha de escapar. Yo soy el padre de aquella joven que usted salvó del furor de los salvajes californianos.

El inglés volvió a inclinarse.

Araguay esperó un momento a que le contestara su interlocutor; pero viéndole mudo como la mujer de Lot, después del milagro que la convirtió en estatua, volvió a decirle:

—La ingratitud siempre me ha parecido el defecto más asqueroso del hombre, y tanto yo como el esposo de mi hija deseamos vivamente demostrar a usted hasta dónde llega nuestro reconocimiento.

Sir Guillermo sacó del bolsillo de su gabán un libro de memorias, apoyó el pie derecho sobre una de las bandas de proa, y cuando hubo formado con su pierna una especie de mesa, escribió algunas palabras en el

libro arrancó una hoja, que entregó, saludando por tercera vez, al señor Araguay.

El anciano leyó lo siguiente:

«Lo que yo hice por aquella joven lo haría cualquiera que se preciara en algo; dé usted gracias a la casualidad y no a mí. Si al veala en peligro la hubiera abandonado, yo sería un miserable.

Sir Guillermo, sin esperar respuesta, se encaminó a su camarote.

Araguay se quedó con el papel en la mano sin saber lo que le pasaba.

Por segunda vez, sir Guillermo desaparecía como por magia sin esperar respuesta.

El colono meditó algunos segundos sobre si debía enfadarse o reírse.

Soltó una carcajada; prueba indudable de que se había decidido por lo último.

Tomás Dikson, el capitán del buque, que se hallaba en la proa y había presenciado, sin querer, la escena, se rió también con el viejo.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Araguay al capitán—. Debe estar loco, o por lo menos, debemos confesar que es un tipo extraordinario.

—Yo sólo sé que se llama sir Guillermo Warton, es muy rico, muy excéntrico y muy desprendido; ha tomado dos pasajes de popa hasta Cádiz, uno para él y otro para su perro; paga un aumento de precio por comer solo, y se hace servir dos cubiertos; se bebe todos los días una botella de Champagne y ocho tazas de te después de la comida. En cuanto al perro, bebe

Jerez y toma té con su amo; le quiere mucho, sin duda por lo que habla. Por lo demás, sir Guillermo es un hombre que molesta bien poco; aun no sabemos qué voz tiene.

—Pero, hombre, ¿se puede vivir en el mundo sin hablar, no siendo mudo? —preguntó en un arranque de asombro Araguay, que, como saben nuestros lectores, hablaba más que un sangrador.

—Yo creí que no; pero ahora creo que sí.

Araguay fué a reunirse con sus hijos, que se hallaban en el alcázar de popa, y les contó lo ocurrido con el inglés.

Pedro se rió mucho. Tula sólo se sonrió.

Sir Guillermo empezaba a preocuparle.

Aquella misma tarde, cuando la campana llamó a los viajeros para la comida, y quince o veinte personas se hallaban alrededor de la mesa, al viejo colono le pareció oportuno sacar a colación el inglés, porque él no podía persuadirse de que un hombre viviera sin hablar con sus semejantes.

—Señores —dijo—, ese hombre es inverosímil; la lengua la puso Dios en la boca sin ningún hueso para que la pudiéramos menear a nuestro placer; no concibo que ningún hombre no hable. Además, señores, esto parece un desaire a los compañeros de viaje, por lo que creo conveniente enviarle un embajador suplicándole que, al menos durante la comida, nos honre con su amena y agradable conversación. ¡Diantre! Si todos ustedes fueran mudos, yo creo que al terminar la travesía nos moriríamos de fastidio, al menos yo.

La proposición de Araguay fué aceptada, y un francés, joven, del comercio, entrometido y hablador, que cuando se hallaba solo cantaba por no dejar en descanso a la lengua, y roncaba por la noche, fué elegido para la embajada.

Monsieur Raul de Meleagre era la contraposición de sir Guillermo Warton.

Apuró una copa de coñac, y levantándose de la mesa, salió con la frente erguida en busca del inglés.

Sir Guillermo se hallaba en su camarote.

Raul, viendo que la puerta se hallaba entreabierta, la empujó, y quitándose el sombrerito de paja, entróse como Pedro por su casa en el camarote.

El inglés se quedó mirando sin curiosidad ni asombro a aquel joven que con tanta franqueza se entraba en su cuarto.

Raul saludó, y dijo:

—Caballero, como sé que habláis el francés, y yo he tenido la nunca bien ponderada fortuna de nacer en París, os hablaré en la lengua de Racine, a quien creo que conoceréis.

El inglés extendió un brazo, y cogiendo un libro de una mesa que tenía al lado, se lo entregó al francés.

—¿Qué es esto?—dijo Raul leyendo en la primera hoja—. ¡Ah! Son las obras completas de Juan Racine. Celebro infinito, amigo mío, qur conozcáis al primer trágico del mundo.

El inglés volvió a dirigir la mano hacia la mesa, tomó de ella un segundo volumen lujosamente encuadernado, y se lo dió a Raul.

Aquel libro eran las obras dramáticas de Guillermo Shakespeare.

—¡Ah!—dijo—¿Vos creéis más grande al autor del «Hamlet y Ricardo III» que al autor de «Andrómaca» y de «Fedra»?

El inglés hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Lo siento por vos, porque eso me demuestra vuestro gusto literario.

Raul dijo las anteriores palabras con un acento bastante intencionado.

Sir Guillermo, siempre impasible, escribió en una pequeña pizarra de mano que tenía sobre la mesa, y con la que transmitía sus órdenes a los camareros:

«¿Sabéis inglés?»

—Bastante mal, caballero—respondió con ingenuidad Raul.

Sir Guillermo borró lo que había escrito y escribió de nuevo lo siguiente:

«Os aconsejo que no juzguéis a los autores como Guillermo Shakespeare por las traducciones que hacen los comerciantes de letras en las riberas del Sena. Para apreciar las bellezas de un gran poeta es preciso aprender antes su lengua; no olvidéis esto, joven.»

Raul, a pesar de su viveza y de su verbosidad, no supo qué contestar.

En estos casos sólo hay dos recursos: o volver la hoja, como vulgarmente se dice, o tomarlo en serio.

Raul optó por lo primero; así es que, dejando la pizarra sobre la mesa, dijo con ese «sans façon» de los franceses:

—Pues bien, querido; dejando a un lado esta cuestión, debo deciros el motivo de mi venida. Los pasajeros del «San Jorge» me envían para suplicaros les honréis con vuestra presencia, al menos en la hora de la comida.

El inglés volvió a escribir en la pizarra.

«Tened la bondad de darles las gracias en mi nombre a los pasajeros, y decirles que prefiero continuar el viaje como hasta aquí.»

—Pero ¿sois mudo, caballero?—exclamó Raul viendo que era imposible hacerle hablar.

El inglés escribió con letras muy grandes «No» en la pizarra, y encendiendo un cigarro, se puso a acariciar la cabeza de su perro.

—Permitidme que os diga que vuestra conducta es algo extraña—contestó Raul, que era tenaz en sus empeños—. Al menos por las señoras debíais ser condescendiente.

El inglés, siempre impasible, borró el «No» de la pizarra y escribió lo que sigue:

«Comenzáis a molestarme, caballero; os ruego que no preguntéis nada más, porque me veré en el doloroso trance de no contestaros.»

Raul se encogió de hombros, y dijo, haciendo un saludo exagerado:

—Daré parte de vuestra galantería a los pasajeros del «San Jorge».

Después, salió.

Cuando Raul entró en el salón de popa, la curiosidad era grande.

—¿Qué hay?—le preguntó el colono.

—¿Ha hablado?—le dijo otro.

—¿Y qué voz tiene?—preguntó una señora.

—¿Viene por fin?

—¿Se decide a ser amigo nuestro?

Raul extendió los brazos indicando que iba a hablar.

Contó detalladamente toda la escena, sin olvidar nada.

Al terminar, los pasajeros soltaron una carcajada.

Tula no se reía como los demás.

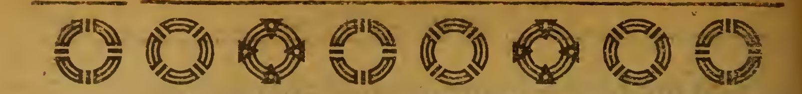
Sir Guillermo Warton le preocupaba hasta durante su sueño.

¿Quién podría ser aquel hombre?

Tula era una mujer impresionable.

Hubiera dado cualquier cosa por oír la historia de aquel hombre extraño contada por él mismo.





CAPÍTULO VIII

Donde el capitán Dikson comienza a tener miedo viendo fumar a sir Guillermo Warton.

HACÍA próximamente una semana que el bergantín «San Jorge» había levado anclas, y ni los tripulantes ni los pasajeros sabían aún qué voz tenía sir Guillermo Warton.

El inglés comenzaba a ser hombre extravagante, lo que se llama un tipo.

Como el «San Jorge» llevaba dentro de su cáscara más de setenta individuos, muchas veces las conversaciones recaían sobre el carácter del inglés.

¿Quién era aquel hombre? Nadie lo sabía.

Sin embargo, se calculaba que debía ser rico, por lo espléndido que se mostraba con los camareros.

Paseábase solo por el alcázar de popa, contestando a los saludos con una ligera inclinación de cabeza.

Nadie se atrevía a interrumpir su silenciosa impasi-

bilidad, porque se contaban de él rasgos de valor increíbles.

Nosotros ya sabemos la manera cómo salvó a Tula del poder de los indios.

Cuando sir Guillermo, que no fumaba sin duda por no causar molestia a sus compañeros de viaje, se encaminaba a proa, cogíase con una mano del palo bauprés y se dejaba caer sobre la jaula o rejilla, y allí, con las piernas suspendidas sobre el mar, fumaba uno o dos tabacos, importándole poco que las cabezadas del buque le sumergieran los pies, y muchas veces las piernas, en el agua.

Después bajaba a su camarote, se mudaba, se lavaba la boca, cogía de una caja unos pedacitos de madera, raíces al parecer de algún árbol oloroso, y las mascaba, subiendo a pasearse por el alcázar.

Una vez dijo el capitán:

—Caballero, creo que es una imprudencia lo que usted hace: un cabeceo del buque puede lanzarle al mar.

Sir Guillermo no respondió.

Aquella misma taade, con admiración de todos los tripulantes, subióse con la ligereza de un grumete hasta la última cofa del palo mayor, donde se fumó un cigarro, sin ocuparse de la admiración que producía.

El capitán volvió a decirle:

—Veo con sentimiento, caballero, que el día menos pensado nos da usted un disgusto.

El inglés bajó a su camarote, escribió una carta, subió a cubierta, la entregó al capitán y se fué tranquilamente a fumar un cigarro a la rejilla de proa.

He aquí lo que decía la carta de sir Guillermo Warton, dirigida al capitán del bergantín «San Jorge»:

«Yo, sir Guillermo Warton, confieso sin violencia ninguna, franca y espontáneamente, que el capitán del bergantín «San Jorge», Tomás Dikson, me ha suplicado varias veces que no baje a la rejilla de proa ni suba a las cofas del palo mayor, porque un vaivén del buque puede arrojarme al mar; le doy esta carta, firmada de mi puño y letra, que debe librarle de toda responsabilidad, si, como es probable, sucede lo que me ha augurado, y se halla mi nombre de menos en el rol del buque.

»Si muero, mis herederos entregarán al citado Tomás Dikson la cantidad de seis mil libras esterlinas, como galardón a la profecía que me auguraba en vida, y para que sean más llevaderos los disgustos que pueda proporcionarle mi muerte.—*Sir Guillermo Warton.*»

El capitán leyó la carta a todos los pasajeros.

Inútil es decir que los comentarios no cesaron.

Hubo quien le tuvo por loco y quién por sabio; pero la verdad del caso era que a todos inspiraba un gran interés, una gran curiosidad el excéntrico hijo de Albión.

Indudablemente aquel hombre debía tener una de esas historias secretas que se reconcentran en el corazón y que preocupan al ser que las guarda, hasta el punto de serle indiferente todo cuanto le rodea.

Nadie, pues, podía descifrar el enigma.

Sir Guillermo Warton vivía completamente solo, encerrado en sí mismo.

¿Era tal vez un libro interesante encerrado con doble llave dentro de una caja de hierro, o un álbum blanco donde aún no se ha escrito la primera página de la vida?

Los pasajeros en vano procuraban averiguar aquel misterio.

Toda la verbosidad del inglés se reducía a una sonrisa o a un saludo.

Un sepulcro era un parlanchín comparado con sir Guillermo Warton.

Cuando amanecía, sir Guillermo abandonaba el camarote, y subiendo sobre cubierta, iba a sentarse al lado del timonel.

Entonces, con una pistola de tiro se entretenía matando las aves marinas, cuando las había, y cuando no, arrojaba pedacitos de madera al mar para que le sirvieran de blanco.

El timonel, que observaba en silencio los certeros disparos del inglés, se decía para su capote:

—No me pondría yo por blanco delante de este señor aunque me dieran en onzas de oro todo lo que se perdió en la batalla de Trafalgar.

Algunas noches tocaba el piano, pero de un modo tan notable, que hasta el cocinero, que tenía fama de ser un enemigo de la ritmopea, abandonaba sus cacerolas, acercándose a la escotilla de popa para oir al inglés.

A todo esto añádase una figura noble y distinguida, un semblante hermoso y varonil, aunque un poco pálido, unos ojos rasgados, negros, de mirar melancó-

lico, una barba finísima y un cabello lustroso y rizado, y se comprenderá el interés que inspiraba aquel hombre, a quien comenzaban a dar los pasajeros el adjetivo de maravilloso.

Una mañana (era el décimo día de navegación), sir Guillermo, como de costumbre, se hallaba fumando un cigarro en la rejilla de proa, cuando vió pasar por encima de su cabeza un grumete, cogido del bauprés, que caminaba por una de las cuerdas.

El pobre chico tenía los ojos hinchados, como si hubiera llorado, y a juzgar por los sollozos comprimidos que exhalaba su pecho, debíase creer que ejecutaba de muy mala gana aquella maniobra.

El inglés levantó los ojos, creyendo sin duda que era un pájaro aquello que caminaba por encima de su cabeza.

Viendo que era el grumete, tornó a fijar sus melancólicas miradas en las aguas, y siguió fumando con su impertérrita impasibilidad.

El grumete continuó su camino; pero cuando hubo cruzado las tres cuartas partes del bauprés, se le escurrieron las manos y cayó al mar, lanzando un grito.

Al mismo tiempo, una voz que parecía salir del mascarón de proa dijo estas palabras:

—¡Ah, torpe! ¡Nada a estribor! ¡Nada a estribor!

Mientras el contramaestre daba este consejo al muchacho, que aturdido con el golpe comenzaba á sumergirse en las aguas, y que además el buque amenazaba pasarle por ojo, sir Guillermo, que lo había presenciado todo, se tiró al mar, nadando hacia el muchacho.

Este acontecimiento llamó la atención de los pasajeros y los tripulantes.

Todo el mundo se abalanzó a la banda de proa para ver en qué quedaba aquello.

El buque amenazaba, con la rapidez de su marcha, al inglés y al grumete.

El grumete se sumergió.

Sir Guillermo, que a juzgar por su destreza debía pertenecer a la sociedad de los buzos del Támesis, zambullóse también en el agua, para dejar expedito el camino a la quilla del buque.

Los espectadores lanzaron un grito.

El bergantín «San Jorge» pasó con rapidez sobre las aguas que cubrían el cuerpo de sir Guillermo.

Todos corrieron hacia popa hostigados por la curiosidad, y no con poco asombro vieron al intrépido nadador que sacudía la cabeza fuera del agua, llevando al grumete cogido por el cuello de la camisa, y levantándole en alto como para que respirara.

Como el buque hacía camino, el inglés y el grumete se quedaban atrás.

Entonces el capitán mandó poner el buque al pairo, y botaron la lancha al agua.

Esta maniobra se ejecutó con rapidez admirable.

La curiosidad era grande.

Después de algunos minutos, el buque, con todas las velas desplegadas, se detuvo, como la gaviota que se mece sobre el inocente pececillo.

Cuatro remeros saltaron sobre la lancha.

El grumete, reanimado con el poderoso auxilio del

inglés, se había agarrado al cuello de su salvador, que nadaba con admirable impasibilidad, haciendo rumbo hacia el bergantín.

Cuando la lancha llegó hasta ellos, un marinero cogió al grumete y le subió a bordo.

Sir Guillermo subió a la lancha sin auxilio de nadie.

Llevaba el cigarro en la boca.

Sentóse en uno de los banquillos, y observando que se le había apagado, le tiró al mar.

Cuando llegaron al bergantín, sir Guillermo pasó impávido por medio de los curiosos, bajó a su camarote, se desnudó, se dió unas friegas de esencia de nardo por todo el cuerpo, vistióse con el esmero de siempre, abrió una maleta, y tomando de ella un puñado de monedas de oro volvió a subir a cubierta.

El grumete se hallaba rodeado de gente que, aunque había visto todo, deseaba oír de la misma boca del héroe las emociones que había experimentado.

El inglés acercóse al grumete, le dió una palmadita en el hombro, le puso el puñado de monedas en la mano, haciéndole seña de que se las regalaba, y encendiendo un cigarro, fué a sentarse en la rejilla de proa, como si nada hubiera sucedido.

El buque continuó su rumbo.

El capitán dijo a su señora, que se hallaba en el alcázar comentando el hecho del inglés:

—Hace veinte años que recorro el gran charco; durante mis viajes he tenido ocasión de ver y tratar a hombres extraños, tipos excéntricos, raros, inverosímiles; sobre la cubierta de mi buque se han paseado

hombres de todos los colores y de todos los países; pero confieso, señora, que todos ellos serían niños de teta comparados con sir Guillermo Warton. Tengo el presentimiento de que ese hombre nos dará un disgusto antes de terminar la navegación, y deseo vivamente fondear en Cádiz para perderle de vista.

Tula había observado todas las excentricidades del inglés.

Además, como saben nuestros lectores, sir Guillermn Warton había salvado la vida de Tula.





CAPÍTULO IX

Las primeras lágrimas.

La costumbre es una segunda naturaleza, y los pasajeros del «San Jorge» se naturalizaron con las excentricidades de sir Guillermo Warton.

De vez en cuando, alguno decía:

—¿Sabe usted que sir Guillermo ha hecho hoy esto y aquello?

—¡Qué hombre tan estrambótico!—contestaban los que le oían.

Por lo demás, si se exceptúan los miedos del capitán Dikson, se pasaron quince días sin que ocurriera novedad a bordo del «San «Jorge».

Una noche el tiempo estaba en calma; en el salón de popa hacía un calor sofocante, insufrible, y don Pedro y don Casto Araguay se habían pegado a una mesa, teniendo sobre ella extendido un juego de ajedrez.

Sabido es lo que preocupa a los jugadores este pasatiempo de ataque y de defensa.

La partida era dudosa, y algunos aficionados contemplaban el juego con interés.

Tula, casi sofocada por el calor y aburrida por el juego, dijo a su esposo que iba a respirar sobre cubierta el aire fresco de la noche.

Subió al alcázar y fué a sentarse en uno de los bancos.

Serían las diez de la noche.

La luna derramaba sobre las tranquilas aguas del Océano millones de brilladoras chispas.

La inmensidad ostentaba su magnificencia, el cielo su azul purísimo, y aquí y allá alguna estrella mostraba su débil resplandor como avergonzada.

Una noche de calma en alta mar convida a la meditación.

Tula se puso a meditar, viniendo a caer durante la meditación en hacerse esta pregunta:

—¿Por qué me ocupo tanto de las cosas que hace ese sir Guillermo Warton? ¿No amo a mi marido con todo mi corazón? Pues entonces, ¿por qué muchas noches sueño con el inglés?

Tula no supo contestar a esa pregunta, y, sin embargo, se la hacía una y otra vez.

Si nos es permitido leer en el corazón de los personajes que forman la fábula de nuestra novela, diremos que a Tula le preocupaba más de lo regular su salvador.

Indudablemente hubiera querido encontrarle; pero

si le hubieran preguntado: «¿Quieres que se vaya?», hubiera dicho que sí.

Si sir Guillermo hubiese sido un hombre como los demás, Tula no se hubiera ocupado de él.

La imaginación ardiente e impresionable de la joven californiana forjaba mil historias, a cual más poéticas, de aquel hombre.

Un hombre como sir Guillermo era imposible que no amara.

La conducta que observaba debía tener un origen misterioso.

—Sí—exclamaba—, su silencio tiene una causa: ¿qué causa es ésta?

Embebecida en estas reflexiones se hallaba, cuando oyó unos pasos.

Levantó la cabeza y se encontró con sir Guillermo Warton, que se paseaba por el alcázar con su cigarro en la boca.

El primer pensamiento de Tula fué bajar a la cámara a refugiarse, donde se hallaban su padre y su marido.

La presencia del inglés parecía que le daba miedo.

Sin embargo, no se movió, y sir Guillermo, saludándola ligeramente con la cabeza, siguió su paseo.

Tula observó que siempre que el inglés pasaba por delante de ella detenía su paseo un segundo y la miraba de un modo como si quisiera hablarla.

Los paseos del inglés y las observaciones de Tula duraron próximamente una hora, y vino a interrumpir-

los la voz de don Casto, que llamaba a su hija. Tula se levantó, y al pasar por delante de sir Guillermo le hizo un saludo.

Este, al quedarse solo, se encaminó a proa, y, según su costumbre, encendió en la collila de su cigarro otro, y se puso a fumar en la rejilla, permaneciendo dos horas inmóvil en aquel sitio.

A la una se retiró a su camarote, hizo una caricia al perro, sacó un cuaderno de un cajón y se puso a escribir hasta las dos.

Después se acostó.

Al día siguiente, la partida de ajedrez volvió a entablarse, y, aunque el calor era excesivo, Tula subió al alcázar y sus reflexiones continuaron.

Estas escenas mudas se repitieron por espacio de seis días.

El inglés y Tula se encontraban todas las noches en el mismo sitio y a la misma hora.

Tula reflexionó que aquella *casualidad* podía tomar un carácter de cita que no convenía a su decoro.

Pedro no se había apercibido: era demasiado feliz para que sospechara una desgracia.

A la noche siguiente, Tula permaneció sentada al lado de su esposo, durante la partida de ajedrez.

Don Casto, viendo a su hija que no se movía de su lado, le dijo indiferentemente dos o tres veces.

—¿Por qué no subes esta noche a pasear sobre cubierta? Eso te prueba.

Esta pregunta, sin que Tula pudiera explicárselo, la conmovió, le hizo daño.

Su esposo le dijo:

—Padre tiene razón: te conviene pasear.

Tula, sin embargo, permaneció en su sitio sin seguir el consejo que le daban.

Mientras tanto, el inglés se paseaba y el timonel se decía en voz baja:

—La prójima parece que no sube esta noche.

Transcurrieron algunos días.

Tula, con el pretexto de una ligera indisposición, no salió de su camarote.

Don Casto, creyendo que la enfermedad de su hija era grave, se hizo íntimo amigo de un médico que iba a bordo del *San Jorge*.

Pedro pasaba la mayor parte del día leyendo junto a la cama de su esposa.

El inglés paseaba todas las noches, y hacía durante las horas de sol lo mismo de siempre.

En cuanto a Raúl, se divertía grandemente esperando la ocasión de jugar un chasco al inglés.

Oigamos nosotros la conversación que Tula tuvo con su esposo.

—¿Se puede saber lo que tienes, Tula?

—No sé; pero me hallo mal.

—Pero ¿mal de qué?—volvió a preguntar Pedro, que viendo a su esposa cuatro días en la cama se hallaba desconsolado.

—Pero ¡Dios mío!—exclamó Tula con el tono de la mujer mimada que se fastidia—. ¿Qué quieres que diga? Estoy mala, muy mala; me duele todo; me fastidio, me aburro soberanamente; tengo ganas de salir de este

buque, donde hace veinticinco días que nos hallamos encajonados.

—Pero, querida, eso no es una razón para aburrirse. Cuando emprendimos este viaje ya sabías que la travesía era larga; después, el tiempo no puede ser más delicioso. Pocos marinos contarán un viaje tan feliz como el nuestro.

—Pues, hijo, yo no envidio esa felicidad.

—Ofendes a Dios, Tula.

—¡Ya se ve! Como tú estás en tus glorias, tú eres marino y te gusta la vida del mar, comes, bebes, juegas, hablas con el capitán de viajes, del tiempo... en fin, matas las horas... Estoy segura que a ti te gustaría que este viaje fuera eterno. Pero yo, pobre mujer, que me mareo, a quien el aire del mar da una jaqueca horrible, que me molesta el mal olor de la brea... En fin, te digo que estoy mala... muy mala... y tú, en vez de tenerme lástima, aún parece que te disgusta mi estado.

—Tula, eres muy injusta.

—¡Eso es, échame la culpa!

—Pero, hija, ¿puedo yo remediar todo eso que me dices? ¿Puedo acortar la distancia que nos separa de España? ¿Puedo convertir el viento de calma en viento de popa?... Considera que me estás reprendiendo sin motivo.

—Pero ¡si yo no te reprendo!... Me quejo de mi suerte, y nada más. ¡Oh! ¡Verdaderamente, es una desgracia que tengas ese carácter!... Déjame, no hagas caso de mí, ya que soy una mujer inconsiderada e injusta.

Pedro ahogó un suspiro, y, abriendo un libro que tenía en la mano, se puso a leer.

Aquella era la primera nube que empañaba el sol de felicidad de aquel matrimonio.

Tula ocultó la hermosa cabeza bajo la almohada y se puso a llorar.

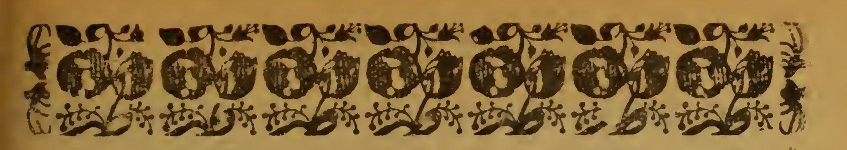
¿Por qué lloraba?

¡Ay! Ni ella misma hubiera podido darse una explicación satisfactoria de aquellas lágrimas que ocultaba a su esposo.



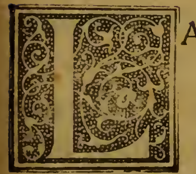
LIBRO TERCERO

UN DRAMA DE FAMILIA



CAPÍTULO PRIMERO

Donde comienza a descorrerse una punta del velo que cubre a sir Guillermo Warton.

A conducta de Tula comenzó a sobresaltar a Pedro. Lo primero que se le ocurrió al marido fué que si una mujer estando buena, se fingía enferma, tendría alguna causa para ello.

Pedro amaba a Tula, y, como todo hombre que ama, era celoso.

Un pensamiento terrible cruzó por su mente.

Así como la luz de un rayo ciega los ojos, este pensamiento cegó la razón de Pedro.

Hay momentos en que una idea se aferra de un modo tenaz en nuestra mente, y al mismo tiempo que nos quema el cerebro, nos oprime, como con una mano de hierro, el corazón.

En estos momentos el hombre necesita respirar, busca el ambiente y no le halla; todo cuanto le rodea le ahoga:

el horizonte, por dilatado que se extienda ante sus ojos, le parece estrecho, le cree al alcance de su mano.

A Pedro, como al que se cree completamente feliz y de repente experimenta todo el rigor de una terrible desgracia, el efecto de los celos le causaba doble impresión, por hallarse muy lejos de creer que su esposa podía faltarle.

Nunca, ni aun en sueños, había pensado en la infidelidad de Tula; pero en aquel momento, sin darse razón de ello, sin motivo natural para sospechar de la honra de su esposa, sin tener, en fin, ningún antecedente fundado, vió cruzar una sospecha por su mente y se dijo:

—Si Tula me vendiera; si olvidando los deberes de esposa y la honra que le he confiado, fuera capaz de cometer una infamia, entonces... ¡la mataría!

Nadie que hubiera oído las anteriores palabras de Pedro habría dudado un momento de que aquel hombre era capaz de cumplir lo que ofrecía.

Pedro, viendo que su mujer continuaba con la cabeza oculta entre las sábanas, como si le molestara su presencia, y necesitando, como hemos dicho, respirar otro ambiente que el del camarote, subió a cubierta sin decir palabra.

Serían las once de la noche.

La luna, esa antorcha de las tiniebtas, como la ha llamado madama Stael, no se hallaba presidiendo el concurso de numerosas estrellas que poblaban las dilatadas regiones de lo desconocido.

El alcázar de popa estaba oscuro, y a primera vista no se veía a nadie.

Aquella soledad, aquellas tinieblas eran gratas a Pedro, que se puso a dar paseos arriba y abajo con al-

gnna agitación, preocupado con las terribles sospechas que la conducta de su mujer había hecho brotar en su alma.

De pronto, al dirigirse hacia el timonel en uno de sus paseos, vió junto al banco de popa una cosa que brillaba como un ascua de fuego.

Pronto comprendió que en aquel sitio había un hombre, y aqnel hombre fumaba.

Hostigado por una curiosidad sin causa y que no podía explicarse, quiso saber quién era aquel solitario fumador que, como él, a tales horas buscaba la soledad y la purísima brisa de la noche.

Inclinóse hacia aquel sitio, haciendo dar a sus paseos una línea oblicua, y entonces pudo ver que el fumador nocturno era sir Guillermo Warton.

El inglés, impasible como siempre, se hallaba sentado junto al timonel.

Pedro continuó sus paseos.

La presencia de aquel hombre en aquel sitio le causó una impresión desagradable, y sin embargo, no tenía razón para ello.

Una hora después, cuando Pedro se dispuso a abandonar la cubierta, observó que sir Guillermo no estaba en el banco de popa, y sin embargo, él no le había visto pasar para dirigirse a la escotilla del alcázar.

¿Por dónde se había marchado?

He aquí la pregunta que se hizo Pedro y a la cual no pudo contestarse.

Puso el pie en el primer escalón que conduce a los camarotes, y entonces, recordando que no había pregun-

tado al timonel, según tenía de costumbre todas las noches, en qué mar se hallaban y las millas que había hecho el buque durante las veinticuatro horas, retrocedió y encaminóse al banco de popa.

Pedro era marino, y aunque no mandaba el bergantín *San Jorge,* tenía la buena costumbre de llevar el diario de la navegación; esto le entretenía agradablemente algunas horas.

Llegó, pues, al sitio de la barra, y sentándose junto al hombre del cuarto, le dijo:

—Buenas noches, amigo Parker; parece que no debes quejarte del tiempo.

Pedro hablaba el inglés.

—No, por cierto, capitán—repuso el timonel—. El *San Jorge* no ha tragado una sola gota de agua en los días de travesía que llevamos; su cala está seca como el gaznate del beduíno que atraviesa el desierto, y su estiva firme y sólida como la columna de Nelson. ¡Ah! Puedo aseguraros que en veinte años que llevo de hombre de mar no he hecho un viaje más feliz y más tranquilo que este.

Pedro alargó un cigarro al timonel y encendió otro con la mecha que tenía a su lado.

Parker, que indudablemente tenía ganas de hablar, aseguró la caña del timón, y después de darle algunas chupadas al cigarro, habló de este modo:

—Pues sí, mi querido capitán; este viaje acabaría por darme un sueño de todos los diablos si el bueno de sir Guillermo no viniera de vez en cuando a espantarle con sus *cosas.* Desde que salimos del puerto de San Francis-

co, toda la tripulación, y aun creo que algunas pasajeras. no se ocupan de otra cosa que de ese señor, que habla menos que el mascarón de proa; a mí me divierte mucho, y en particular por las noches, cuando todos duermen, menos él y ella.

—¿Pues qué hace sir Guillermo por las noches?—preguntó Pedro con alguna curiosidad.

—En resumidas cuentas, nada; pero muchas veces, para que la red salga repleta de pescados, conviene que antes se cebe el sitio donde ha de recogerse.

—No te comprendo.

—¡Diantre! Pues vos, capitán, habláis el inglés como un almirante de la Armada británica.

—Sin embargo, vuelvo a repetir que no te comprendo.

—Pues entonces será preciso que yo me explique. Lo que yo quiero decir es que hace algunos días, o, hablando con más propiedad, algunas noches, que la brisa es tan suave y el mar está tan en calma que amarro la barra sin pasarme, en verdad sea dicho, gran cuidado del bergantín, porque el señor *Jorge* es tan dócil como una muchacha enamorada cuando se trata de obedecer al hombre que le trastorna la mollera. Pues bien: como sabéis, yo soy el encargado del segundo cuarto de la noche, y desde las nueve hasta las doce tengo, si quiero cumplir con mi deber, que permanecer pegado como una ostra a la caña del timón: en el transcurso de esas tres horas es cuando sir Guillermo sube a pasearse sobre el alcázar, y precisamente cuando pasea el susodicho señor sube también una pasajera, a quien no he podido ver la cara, y se sienta allí.

Parker indicó con la mano el banco de enfrente.

Después dió otras dos chupadas al cigarro, y continuó de este modo:

—Cuando ella está sentada, entonces empieza la comedia; sir Guillermo pasea que te pasea, deteniéndose siempre que cruza por delante de ella y mirándola de un modo que cualquiera mujer creería de sobra las palabras para explicarse lo que quiere decirle aquella mirada. Pero, ya se ve, la pobre chica, porque yo supongo que no será vieja, espera sin duda que el inglés le diga algo; pero el inglés, según voy viendo, se ha propuesto callar hasta el día del juicio; y yo, allá en mis adentros, no dejo de echarle alguna maldición por su eterno silencio, porque a mí me han divertido siempre las intrigas amorosas, y en verdad sea dicho, la pantomima amorosa y nocturna que observo desde aquí todas las noches me llena de curiosidad. Daría una botella de ginebra por saber en qué pararán la citas del inglés y la pasajera.

Parker se detuvo para alimentar el fuego de su cigarro, y viendo que el capitán nada decía, continuó:

—No es eso todo: hace cuatro noches que la incógnita señorita no sube; ignoro si habrán cambíado de punto de reunión; pero lo más creíble es que ella esté mala o haya llegado la escama a persona interesada, porque el inglés se pasea todas las noches dos horas, esperando sin duda: yo me río mucho.

—¿Dices que hace cuatro noches que no sube la pasajera?—preguntó Pedro fingiendo cierta indiferencia

que estaba muy lejos de sentir, porque las palabras del timonel le habían sobresaltado.

—Sí, creo que son cuatro, si no me engaño.

Pedro guardó silencio, y después de una corta pausa, volvió a preguntar:

—¿No estaba sir Guillermo fumando a tu lado hace poco?

—¡Toma! Hace más de una hora que desapareció de popa; pero en vez de marcharse, como todo el mundo, por la cubierta, subió a caballo por la banda de estribor, y apoyando la punta de los pies en los bordes del costado del buque, comenzó a caminar agarrado a la muralla por la parte de afuera, con no poco peligro, de darse un chapuzón en el agua.

—¡Qué hombre tan original!—dijo Pedro, levantándose preocupado con todo lo que acababa de oir.

—No he conocido otro como él—repuso el *hombre del cuarto.*

—En fin, cada hombre es un misterio, querido Parker. Pero el sueño comienza a molestarme. Buenas noches.

—Buenas noches, capitán—contestó el timonel.

Pedro encaminóse a su camarote, pero antes creyó conveniente entrar en el de su mujer.

Tula se hallaba despierta. La presencia de su marido pareció sobresaltarla, o al menos así lo creyó Pedro, aunque conviene dar poco crédito a las apreciaciones de los celosos.

—¡Ah! ¿Eres tú?—dijo Tula procurando dominarse—. ¿Qué hora es? Yo te creía en tu camarote.

Pedro sentóse junto a la cabecera de la cama de su mujer, y como en su plan entraba desorientar sus sospechas, le cogió una mano.

El esposo creyó que aquella mano temblaba. Sin embargo, guardó en el fondo de su alma aquella opinión.

—He estado paseando sobre cubierta—le dijo con el tono más indiferente del mundo—, hablando con el timonel.

—¿Tenemos buen tiempo?—preguntó Tula.

—Inmejorable.

—Debe ser tarde. ¿Por qué no te retiras a descansar?

—No tardaré. Pero antes he querido saber de tu salud.

—Sigo lo mismo; me parece que tengo un poco de calentura.

—Efectivamente, tu mano abrasa y tiembla al mismo tiempo. ¿Quieres que me quede esta noche a velarte?

—No, no hay necesidad. Tu camarote sólo le separa del mío una frágil tabla, y si fuera necesario te llamaría.

—¿Ha venido tu padre a verte?

—Estuvo un momento; ya sabes, que ha cogido al capitán Dikson por su cuenta, y se pasa el día jugando al ajedrez. Además, yo no he querido decirle que estoy mala; me quiere tanto, que eso le sobresaltaría.

—Haces bien. Y puesto que nada se te ocurre y no quieres que me quede contigo, voy a retirarme.

Pedro se levantó.

—Mira, antes de marcharte haz el favor de correr las tablas de mi camarote.

Pedro hizo lo que su esposa le suplicaba, y después de depositar un beso en su frente, salió.

Cuando Tula se vió sola y perfectamente encerrada, es decir, sin peligro de ser sorprendida, incorporóse sobre el brazo derecho y sacó un papel de debajo de la almohada.

En el camarote veíase una lamparilla colocada sobre una rinconera de palo de rosa.

Tula tenía la costumbre de dormir con luz, y el capitán Dikson accedió con gusto a esa pequeña exigencia de la hermosa viajera.

Cuando se vió sola, como hemos dicho, se puso a leer la carta, aproximando su cuerpo todo cuanto pudo a la luz.

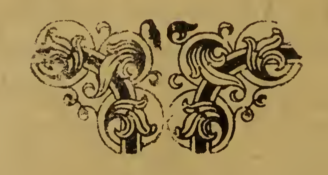
Leamos notros con ella:

«Señora: Empiezo por pedirle a usted perdón del susto que mi brusca entrada en el camarote pueda causarle; pero he oído decir a los hombres *que tienen la fortuna de poder hablar,* que usted se hallaba indispuesta, y no he podido resistir a la curiosidad. Me creía más fuerte, y veo que soy muy débil; hacía alarde de fuerza de voluntad, y en este instante comprendo que no la tengo, porque no viéndola a usted como de costumbre, aunque jamás he tenido el honor de dirigirle la palabra, siento dentro de mi sér un màlestar inexplicable. Conozco, y es muy justo, que usted me tenga por un tipo extravagante; pero un terrible secreto, que no puedo revelar por ahora, me condena a enmudecer, y paso a los ojos de todos cuantos me rodean, indudablemente, por un hombre estrambótico, por un loco,

cuando sólo soy un desgraciado, tal vez el más desgraciado que cruza con el semblante impasible este valle de lágrimas. Si esta carta mereciera una contestación; si usted se dignara, para tranquilizar mi espíritu, decirme el estado de su salud, yo se lo agradecería mecho. En tal caso, mañana, a las doce de la noche, estaré esperando junto al ventanillo de su camarote que da al mar. Figúrese usted, señora, que este favor se lo pide un hermano. A las doce de la noche. Hasta mañana.—*Guillermo.*»

Tula leyó esta carta sobresaltada, sin comprender el verdadero sentido de ella.

¿Era un amante o un amigo el que le escribía?





CAPÍTULO II

Un matrimonio que no puede conciliar el sueño.

EDRO se echó vestido en su cama.

La aventura nocturna que el timonel le había contado, la agitación de su esposa y el cambio repentino que en ella observó, le preocupaban.

La desconfianza comenzó a apoderarse de su corazón.

Muchas veces basta una chispa para producir un incendio.

Pedro sintió que aquella chispa, o por mejor decir, la duda, le quemaba el corazón.

Hizo esfuerzos heróicos por rechazarla y conciliar el sueño.

Cerraba los ojos; pero a través de sus mudos párpados, veía la figura de sir Guillermo Warton a los pies de su cama.

Aquel hombre le contemplaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada impasible y fría.

El celoso tiene, por lo general, los ojos de aumento, y forma espantosas conjeturas de los detalles más insignificantes.

Como la bola de nieve, que comienza por una partícula deleznable y acaba por formar un monte, así el celoso aumenta su situación, sus desgracias, sus peligros hasta la enormidad.

Pedro tenía celos del inglés, pero no se atrevió a demostrárselos a nadie, y mucho menos a su esposa.

Hubiera querido ocultárselos a sí mismo.

No hay celoso que no tenga vergüenza de serlo, y aunque se le encuentre, aunque se le sorprenda echado de bruces junto a la puerta de su amada, con el carrillo pegado al suelo y el oído en las rendijas de la puerta escuchando lo que, a ser cierto, debe hacerle el hombre más desgraciado del mundo, no hay ninguno que no os dispute con la terquedad de un aragonés que si le habéis encontrado en aquel sitio y en aquella posición tan poco cómoda, ha sido más por casualidad que por desconfianza.

A fuerza de meditar su situación, Pedro tuvo una idea luminosa, lo que es bastante extraño en un celoso.

Consistía ésta en espiar a su mujer sin que ella lo sospechara; pues las sospechas ofenden siempre a las esposas honradas.

Para llevar a cabo este pensamiento era preciso, no solamente que los oídos escucharan, sino que los ojos vieran.

Esto era muy difícil; sin embargo, Pablo se encontraba en uno de esos momentos lucidos en que se vencen todas las dificultades.

El marido encontró el medio que debía causar su desgracia y la de su esposa.

Ocurriósele a Pedro que la cama de su esposa tenía precisamente los pies a la cabecera de la suya, y que sólo una frágil tabla de pino separaba los dos camarotes, como acontece en los buques.

Lo más acertado, por consiguiente, era hacer un agujero pequeño en la madera, una especie de atalaya desde donde pudiera ver sin ser visto.

Esta operación era preciso ejecutarla de un modo silencioso, sordo, para que Tula no se apercibiese de ello.

Necesitaba un instrumento que pudiera hacer las veces de la barrena.

Pedro bajó de la cama y comenzó a buscar por el camarote, sin saber lo que buscaba.

Entonces recordó que un pequeño puñal que tenía en la caja de la escopeta podía servirle.

Lo buscó, y poniéndose de rodillas sobre la cama, comenzó la tarea, procurando hacer el menor ruido posible.

De vez en cuando suspendía el trabajo, temeroso de que Tula oyera algo.

Entonces se llevaba la mano al corazón, porque le latía de un modo precipitado, como si estuviera cometiendo un crimen.

Después se pasaba la mano por la frente, limpiándose el sudor, porque Pedro sudaba como el miserable ladrón que violenta la puerta que oculta un tesoro.

Transcurridos algunos momentos de tregua, Pedro tornaba a continuar la perforación de la tabla.

La punta del puñal penetraba ya en la madera algunas líneas, cuando Pedro dejóse caer en la cama, y arrojando lejos de sí el arma, exclamó en voz baja, pero muy baja:

—¡Oh! Soy un miserable; estoy haciendo un agravio a Tula; esto es vergonzoso.

Y cubrióse la cara con las manos.

Pero ¡ay! los celos habían echado profundas reices en su corazón; la incertidumbre, la duda, le oprimían el pecho con sus terribles garras, y Pedro, pocos momentos después, a pesar de cuanto acababa de decirse, buscó nuevamente el puñal para continuar su interrumpida tarea con más fuerza, con más ímpetu, con más afán, hasta verla terminada.

Entonces sopló el agujero para limpiarle del serrín que obstruía la mirada, y aplicó el ojo izquierdo a aquella especie de atalaya de su honra.

La lámpara de noche alumbraba con su tenue luz el reducido camarote de Tula, que parecía dormir tranquilamente.

Pedro permaneció un momento con el ojo fijo en el inmóvil cuerpo de su mujer.

Contemplaba aquella frente purísima como la primer sonrisa de la aurora, viendo aquellos entreabiertos labios teñidos con el carmín del terevinto de Judea. Pedro, avergonzado de sus sospechas, pronunció en voz baja estas palabras:

—Duerme; su sueño es tranquilo como siempre; he sido un miserable manchando con una sospecha la inmaculada pureza de su honor. La aventura del timonel

me ha sobresaltado sin motivo; debo rechazar esta duda que me atormenta; sir Guillermo ha salvado la vida de mi esposa; en vez de odio, debo tenerle agradecimiento. Soy un visionario; procuraré no ser un ingrato.

Pedro se dejó caer en su cama.

Quiso dormir y no pudo.

Quiso rechazar los pensamientos tétricos, desgarradores, sombríos, que le preocupaban; pero todo fué en vano; ellos volvían a levantarse, tomando mayores proporciones en su fantasía.

La lucha de Pedro fué terrible. Los celos avasallaban su razón.

Tula, entretanto, también velaba con los ojos cerrados.

La carta de sir Gillermo Warton le había producido un efecto muy parecido al miedo.

—¿Por qué tengo miedo a un hombre que nunca me ha hablado y que apenas me dice nada en su carta?

Tula se hizo esta pregunta. Pero ¡ay! ella misma no supo contestarse.

El corazón humano tiene misterios inexplicables, incomprensibles.

Poco antes, hallándose sola, la joven esposa había visto entrar precipitadamente en su camarote a un hombre.

Aquel hombre era sir Guillemo, que sin despegar los labios, sin decirle ni una sola palabra, le había dejado una carta sobre la colcha de su cama, saliendo después sin esperar respuesta.

Tula sintió que aquel papel quemaba como el fuego.

Vaciló un momento, dudando lo que debía hacer.

Por fin sacó una mano, cogió la carta, y como si aquella acción le avergonzara, guardó el papel bajo la almohada, sin leerlo, y cerró los ojos.

Entonces tuvo vergüenza de ver la luz; tuvo miedo hasta de sí misma.

En aquel instante fué cuando entró Pedro en el camarote.

En el rostro de su marido creyó ver la imagen del remordimiento.

Tembló y fingió.

Tula, sin saberlo, acarició esas dos condiciones que tan íntimo parentesco tienen con el crimen.

Después, al verse sola, exhalando un profundo suspiro y con esa satisfacción del que se ve libre de un peso enorme que le agobia, murmuró en voz baja esta frase:

—Nada sospecha.

¿Por qué se alegraba de que su esposo no sospechara nada?

¿Era criminal? ¿Había faltado a los sagrados deberes del matrimonio?

No. Pero, sin embargo, Tula se alegraba porque su conciencia se hallaba tranquila.

Su cuerpo inmaculado no se había manchado aún con el crimen; pero su pensamiento la acusaba de infidelidad.

El honor en la mujer es de una materia tan deleznable, tan frágil, que basta un pensamiento impuro para mancharle.

Tula, después de esta lucha, leyó la carta.

El primer efecto que su lectura le produjo fué un frío horrible; pero de pronto, un raudal de fuego circuló por todas sus venas.

Sin saber por qué, leyó dos veces aquella carta.

La curiosidad conduce casi siempre a la mujer por un camino resbaladizo.

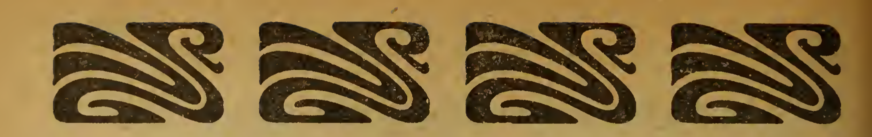
¿Quién era sir Guillermo? ¿Qué secreto era el que le obligaba a enmudecer? ¿Por qué huía del trato y la conversación de los hombres?

En medio de estas preguntas, Tula sintió un ruido espantoso sobre su cabeza, y dejóse caer desfallecida en la cama, ocultando la carta bajo la almohada.

En aquel momento su esposo acababa de terminar su agujero.

Pedro vió a Tula, que parecía dormida, y, sin embargo, estaba despierta, pensando en sir Guillermo Warton.





CAPÍTULO III

Un ojo que observa y un corazón que lucha

ULA cometió una imprudencia no rompiendo la carta y tirando los pedazos al mar.

¿Para qué quería aquella carta?

¿Qué le importaba conservar un papel que de nada podía servirle?

Hay momentos de lucha inexplicable, terrible, en la mujer. La menor imprudencia suele dar por fruto una vida de lágrimas y amarguras.

En estos casos, ¡pobre de aquella que tiene un esposo precipitado e imprudente, porque su perdición es segura!

Tula permaneció por espacio de una hora con los ojos cerrados, manteniendo en su corazón una lucha terrible.

Procuraba reconciliarse con el sueño; pero era en vano.

Su malestar aumentaba.

Por segunda vez se incorporó en la cama, y sacan-

do la carta de sir Guillermo, comenzó a leerla de nuevo.

La fatalidad comenzaba a sonreir sobre la hermosa cabeza de aquella joven, porque en el mismo momento en que sus ojos se fijaban en el papel, Pedro, que no podía olvidar la aventura que le había referido Parker, el timonel, se levantó de la cama y maquinalmente aplicó el ojo al agujero que comunicaba con el de su esposa.

Pedro, viendo que Tula leía un papel a tales horas de la noche, necesitó de toda su fuerza de voluntad para no dar un grito.

Tula, inclinada la hermosa cabeza hacia la lamparilla, con el cabello suelto sobre sus blancos y mal abrigados hombros, leía la carta de sir Guillermo Warton, presa de una agitación febril.

De vez en cuando la joven, que se hallaba lejos de creer que era objeto de las miradas de su esposo, se quedaba con la carta en la mano, los brazos lánguidamente extendidos sobre la cama y la mirada fija en un punto oscuro del camarote.

Pedro, reprimiendo todo cuanto podía la respiración, pegado el rostro a la tabla, procuraba adivinar los pensamientos de su esposa.

Aquellos dos seres, el uno devorado por los celos, el otro por el miedo, permanecieron como dos estatuas por espacio de media hora.

Por fin la joven pasóse la mano por la frente, e inclinando el cuerpo a la parte contraria de donde estaba la lamparilla, comenzó a descorrer las tablas que cerraban su camarote.

Después se deslizó de la cama, sin cuidarse de ponerse las zapatillas ni la bata.

Cuando Pedro perdió de vista a su esposa, instintivamente cogió el puñal que aún tenía sobre la cama; pero Tula volvió a subir en la suya, con un objeto en la mano.

Era una pequeña escribanía de viaje.

Dejó aquella cartera de tafilete sobre la almohada, y quedóse otro momento inmóvil, como si dudara llevar a cabo su pensamiento.

Pedro, por su parte, no perdía el menor detalle.

Todas las apariencias le revelaban que su mujer había recibido una carta, y que se preparaba a contestar.

No se había engañado.

Tula escribió rápidamente sobre una hoja de papel, pero muy poco, una línea, dos a lo más.

Pedro no dudó entonces que su mujer le engañaba.

Su primer pensamiento fué correr al camarote de su esposa, arrebatarle la carta y asesinarla; pero de repente se detuvo, y exclamó en voz baja, llevándose una mano al corazón:

—Esperemos. Nunca ha de faltarme tiempo para vengar mi honra.

Al día siguiente, a esa hora en que el sol, levantándose sobre las aguas del mar, ilumina todo con los brilladores rayos de su frente, don Casto Araguay, con la cara risueña y el buen humor de siempre, entró en el camarote de su hija.

—Buenos días, perezosa — le dijo —. ¿Piensas hoy

también permanecer todo el día sepultada en ese maldito nicho?

—Creo que sí, padre mío—respondió Tula con débil acento.

—¡Diablo!—exclamó Araguay acercándose a la cama de su hija y cogiéndole una mano—. No te había reparado bien: estás pálida como un cadáver, tienes unas ojeras sospechosas. Pero ¿por dónde anda el pícaro de tu esposo? ¡Ah! Ya veo que es un infame, un mal hombre; será preciso enseñarle a que te cuide. ¡No faltaba otra cosa sino que tú enfermaras ahora! Lo mejor es buscar al médico, aunque yo no soy de los que creen mucho en la ciencia de Hipócrates; pero reconozco que es preciso buscar a sus alumnos cuando uno está malo.

Tula procuró sonreirse, y dijo:

—¡Por Dios, padre mío, no busque usted a nadie!

—Pero, muchacha, si estás mala, ¿por qué no he de buscar al médico? ¿Quieres que yo te vea un día y otro en cama? ¿Quieres que observe que poco a poco vas perdiendo aquellos hermosos colores de tus mejillas, que daban envidia a las rosas de Jericó, como diría un poeta, por más que Jericó haya sido siempre un monte árido y pedregoso? ¿Quieres que vea cómo la inapetencia, la melancolía, se apoderan de ti, y yo esté mano sobre mano sin hacer nada? ¡Pues no faltaba otra cosa! Aunque treinta mil cosacos se opusieran, ahora mismo tendrás al médico a la cabecera de tu cama. Vas a verlo, vas a verlo.

Y el viejo, que adoraba con toda su alma a su hija,

salió del camarote, para entrar poco después seguido del alumno de Galeno.

El médico reconoció a la enferma, y no encontrándole enfermedad declarada, recetó tres o cuatro cosas de rutina, encargando, sobre todo, que permaneciera en cama.

Después de esto, como se pasó una hora y Pedro no entraba en el camarote de su esposa, el anciano colono, que había hablado de muchas cosas, cansado de que Tula no le contestara, exclamó:

—Apuesto una onza contra dos cuartos a que tu marido duerme como un lirón. Ya se ve, tiene la mala costumbre de trasnochar, y el cuerpo toma lo que necesita cuando encuentra ocasión. Pero, afortunadamente, su *casa* no está lejos, y como todos caminamos con los *mismos pies*, le alcanzaré pronto. Voy a despertarle.

Tula quiso oponerse, pero su padre salió segunda vez del camarote para dirigirse al de Pedro.

Pedro no estaba en el camarote.

—¡Calla!—se dijo el colono—. El pájaro ya voló. ¡Y yo que le tachaba de dormilón!... Veo que le he dado una fama que está muy lejos de merecer. Pero no estando aquí estará en la obra muerta, como la llaman los marinos. Afortunadamente, este pueblo ambulante no presenta grandes dificultades, para encontrar a sus vecinos.

Don Casto subió sobre cubierta.

Pedro se hallaba sentado en el banco de popa, con la mirada fija en una de las cofas del palo mayor.

Instintivamente, el viejo Araguay alzó los ojos para

ver lo que miraba su yerno, y se encontró con la impasible humanidad del inglés, que fumaba tranquilamente, según su costumbre.

—¡Diantre de hombre!—se dijo don Casto—. Cualquier día, ¡cataplún!, cae y se revienta como un saco de guano. Y lo peor será que coja debajo a algún prójimo. Pero, en fin, con tal que no sea al hijo de mi madre...

Y luego, dirigiendo la voz hacia donde estaba su yerno, continuó:

—¡Eh! ¡Pedro! ¡Muchacho! ¿Qué haces ahí con la boca abierta? Deja a ese estrambótico que ni siquiera permite que le deu las gracias por los favores que hace, y baja a ver a tu esposa. Yo le he hecho una visita de una hora. La pobre está mala.

Araguay, que vió pasar a su lado al capitán del *San Jorge*, exclamó, olvidándose de su yerno:

—¡Señor Dikson! ¡Señor Dikson! Le propongo a usted una partida de ajedrez y una tostada de manteca.

—Admito, amigo mío—contestó el capitán—. Lo que es en este viaje, creo que el sueldo que me da el armador es un robo que cometo, protegido por la ley. No hay nada que hacer...

—Tanto mejor para los pasajeros.

—Y para mi querido buque.

—Dispénseme usted, señor Dikson, este rasgo de egoísmo.

—Está usted dispensado, pues siempre he creído que un hombre vale más que el mejor buque que recorre los mares.

—Con que vamos, si usted gusta, mi querido capitán.

—Sí, vamos. Aprovechemos la calma de estos días, porque barrunto que el tiempo va a cambiar.

—¡Diablo! ¿Cree usted que ese cambio podrá hacerle dar alguna pirueta inconveniente al *San Jorge?*

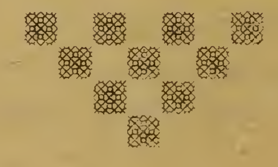
—No hay miedo, señor de Araguay, no hay miedo por ahora—repuso el capitán sonriéndose.

El viejo colono, viendo que Pedro no se movía de su sitio, volvió a decirle:

—Supongo, querido Pedro, que bajarás a hacerle un rato de tertulia a tu mujer. La pobre se aburre tanto cuando está sola...

Pedro indicó que sí con un movimiento de cabeza; pero se quedó mirando al inglés, que continuaba fumando en una de las cofas del palo mayor.

El capitán Dikson y el colono Araguay bajaron al salón de popa.





CAPÍTULO IV

Amabilidad sospechosa



UANDO sir Guillermo Warton terminó su cigarro, bajó de la cofa y se fué a su camarote. Pedro abandonó el banco de popa y se fué al de su mujer.

Se había prometido dominarse hasta no estar perfectamente orientado del secreto de la carta.

La comedia iba a comenzar entre los dos esposos, es decir, entraba en el peor período del matrimonio.

Tula, que por su parte se había propuesto que su esposo no sospechara nada, apenas vió entrar a Pedro en su camarote, tendiéndole una mano, le envió una sonrisa.

La farsa empezaba.

Los dos procuraban engañarse mutuamente; pero en esta ocasión Tula llevaba la peor parte.

Tenía un enemigo terrible que esperaba la ocasión de

lanzarse sobre su presa; este enemigo era el agujero practicado por su esposo a los pies de su cama.

—Vengo a saber—dijo Pedro acariciando la mano de su esposa que tenía entre las suyas—cómo se encuentra la salud de la niña mimada, porque su padre acaba de sobresaltarme!

—Perdona, Pedro. ¡Me quiere tanto!... Te ha despertado, ¿no es verdad? Y a lo mejor del sueño; el sueño de la mañana, que es tan dulce...

—Nada de eso. Cuando tu padre ha venido a buscarme yo no estaba ya en el camarote; estaba en el alcázar de popa.

—¿Tan temprano?

—Desde que duermo solo madrugo más.

—Eso quiere decir que mi compañía te produce sueño.

—Eso quiere decir, hija mía, que tú me das conversación cuando me despierto, y que tu conversación es para mí la más agradable que conozco.

—¡Adulador!

—Puedes juzgar como quieras mis palabras, no reñiremos por eso; pero todo lo que te dice mi lengua lo siente mi corazón.

—Vamos a ver: ¿qué hacías sobre cubierta tan de mañana?— preguntó Tula del modo más encantador del mundo.

Pedro oprimió las manos de su esposa entre las suyas, pues iba a pronunciar un nombre y quería saber si le hacía efecto a su esposa.

—Subí—le dijo — sin objeto; pensaba fumarme un cigarro y ver el tiempo, para bajar luego a verte; pero después me he divertido mucho con el excéntrico y

mudo personaje que tuvo la suerte de salvarte del furor de los salvajes.

Pedro miró a su esposa porque creyó notar que su mano se había estremecido.

Después continuó:

—Sir Guillermo Warton llama la atención de los pasajeros y de los tripulantes. Cuando yo llegué, se entretenía en matar las aves marítimas con bala: después se subió, como de costumbre, a la cofa, y se puso a fumar.

—Es un hombre muy estrambótico.

Pedro creyó notar que a su mujer se le trababa la lengua.

—De todos modos—volvió a decir Pedro—, le debo mucho para quererle mal.

—Tienes razón—repuso Tula, procurando dominarse—. Pero, dejando a este señor, hablemos de nosotros y empiezo por pedirte que me perdones.

—¡Perdonarte! ¿De qué?

—Por lo de anoche.

—No comprendo.

—Te advierto que en ciertas ocasiones la generosidad me ofende.

—Pues bien, seré tacaño, avaro, ruin, todo lo que quieras, con tal de que no te enojes.

—No, no quiero decir eso.

—Pues entonces no te comprendo.

Pedro hizo un movimiento de hombros y labios lo más natural del mundo.

—¡Bah! Porque no quieres comprenderme—repuso Tula.

—Te digo que no sé de qué me hablas.

—Vamos a ver: ¿recuerdas anoche cuando viniste a despedirme?

—Sí, perfectamente. ¿Puedo yo olvidar nada tuyo? ¡Oh! Eso sería una ingratitud, pero una ingratitud imperdonable en un marido que, como yo, se encuentra aún en la luna de miel.

—Se prohiben las adulaciones, señor mío.

—Te digo lo que siento.

—Pues bien: a pesar de todo, vamos al grano.

—Ya te escucho.

—¿No recuerdas lo que te dije?

—Ni esto—exclamó Pedro, mordiéndose la uña del dedo índice y tirando la mano hacia fuera.

—¡Ah, señor marido!—volvió a decir Tula con coquetería—. Conque es decir, que usted quiere que le regale los oídos diciéndole: Pedro mío, anoche tenía muy mal humor porque este viaje no se termina nunca y me aburre soberanamente, porque no estoy buena; y tú, sin tener la culpa, porque eres el mejor de los esposos, fuiste el blanco de este malestar que me fastidia. ¿Quieres que te diga esto? Pues bien, ya te lo he dicho. Pero ahora me falta añadirte que me perdones.

—Si yo no conociera a mi esposa—dijo Pedro, imitando el tono de su mujer—, si yo no estuviera completamente persuadido de que mi esposa es una joven encantadora, si no me constara hasta la evidencia que sus arranques de mal humor, sus rabietas, sus malas caras, son tan pasajeras como las nubes de verano... entonces tendría derecho, aunque no del todo, para

preguntarle: ¿Por qué me despediste de tu cuarto? ¿Por qué llorabas? ¿Por qué te empeñas en poner ese gesto de pocos amigos?... Pero como sé esto, cuando ella se enfada yo me río interiormente, porque una riña entre dos esposos que se aman como nosotros es el preludio de una reconciliación encantadora y feliz.

—¿Eso quiere decir—repuso Tula, a quien las falsas palabras de su marido comenzaban a tranquilizar—eso quiere decir, Pedro mío, que me perdonas?

—Con todo mi corazón, aunque no te reconozco culpa.

—¡Bah! Porque eres muy bueno, porque te empeñas en no conocer mis defectos, que son muchos.

—Cuando se tiene una mujer como tú, al hombre no le queda otro remedio que ser bueno.

Pedro dió un beso en la frente de su esposa.

Tula rodeó el brazo al cuello de su marido.

En aquel momento, en que parecía que el amor dominaba aquellos dos corazones, Pedro introdujo la mano por debajo de la almohada, buscando la carta.

La carta no estaba allí.

Pedro volvió a sentarse, algo desorientado, sin demostrar el mal efecto que le había producido aquella tentativa infructuosa.

—Mira, Pedro—le dijo su mujer, después de un momento de pausa—, voy a hacerte una pregunta; tú debes saberlo, puesto que eres marino: ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en llegar a España?

—La calma apenas nos ha abandonado desde que salimos de San Francisco; nos queda mucha agua que cruzar. Sin embargo, como yo soy de opinión que el tiempo

cambiará en breve, creo que antes de un mes habremos terminado nuestro viaje.

—¡Un mes!... Eso es mucho.

—Hija, no está en nuestra mano. Pero si, como creo, cambia el tiempo, porque he notado algunas variaciones que me indican que el cambio será favorable, entonces haremos más camino. Pero ¿qué prisa tienes? El viaje no puede ser más feliz. ¿Qué te importa a ti llegar antes o después, cuando no te falta nada en la travesía?

—¡Oh! Parece que te olvidas de mi estado.

Pedro se sonrió.

—He aquí vuestra respuesta—volvió a decir Tula con la entonación de una niña mal criada—. Siempre que os hablo de mi embarazo, tanto tú como mi padre, os echáis a reir; y, sin embargo, debo advertiros que me sería muy sensible tener el parto en el buque.

—Entonces la patria de nuestro hijo sería el mar; búscame una más grande en el universo.

—¿Has dicho nuestro hijo?

—Sí.

—Es que yo no quiero que sea hijo; quiero que sea hija.

—Precisamente yo deseo lo contrario—repuso Pedro.

—Tengo la seguridad de que por esta vez no se lograrán tus deseos.

—Mucho siento decirte que van a salir fallidos los tuyos.

—¿Quieres que apostemos algo?

—Apostemos. Si es hija te regalaré un aderezo de brillantes.

—Pues bien: si es hijo, ofrezco regalarte una cadena de

las mismas piedras para el reloj. Queda aceptada la apuesta—exclamó Tula.

—Te prevengo que si gano me haré satisfacer la deuda, aunque para ello tenga que acudir a los tribunales.

—Bueno es saberlo; yo seguiré el mismo camino.

—No han de valerte—continuó Pedro—, ni las súplicas, ni los ruegos, ni aunque me presentaras al heredero... ¡Nada! Seré inflexible.

—Y yo cruel.

—¿Quieres que formalicemos el contrato? ¿Dónde tienes la escribanía?

Pedro se levantó como para buscar el objeto que acababa de nombrar.

No estando la carta bajo la almohada, indudablemente debía hallarse en la cartera de viaje de su mujer.

Su afán, su único deseo, era apoderarse de aquel papel, en el que tal vez estaba escrita su deshonra.

Toda aquella farsa que acababa de mantener, todas aquellas palabras de amor, todas las dulces reconvenciones, en fin, todas las pequeñas nimiedades que por espacio de una hora le habían detenido junto al lecho de su esposa, no tenían otro objeto.

Tula, viendo que su marido se disponía a buscar la cartera, se estremeció ligeramente, y cogiendo a Pedro por un brazo, le dijo con precipitación:

—No, no hay necesidad; me fío de tu palabra.

—Es que yo tengo mis dudas de que cumplas la tuya.

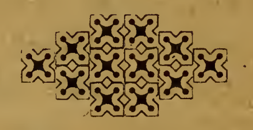
—Esa desconfianza es indigna de un hombre tan generoso como tú. Y, además, para que el contrato tuviera toda la fuerza legal, sería preciso buscar un escribano;

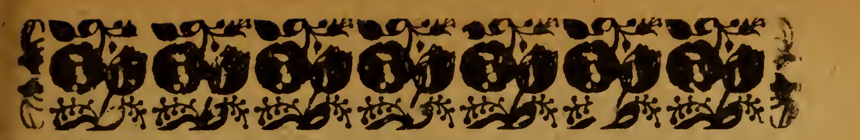
pero yo te juro no faltar a mi palabra por el fruto de nuestro amor que se agita en mis entrañas.

—Bien, no insisto; pero conste que tú eres la que no quieres que esta apuesta se formalice.

Pedro volvió a sentarse junto a la cama de su esposa, con el firme propósito de separarse lo más tarde posible de su camarote.

Los celos, que destrozaban su corazón, no cesaban de repetirle: ¡Vela por tu honra!





CAPÍTULO V

Un inglés suspendido sobre un abismo, y una española al borde de un precipicio



L día siguiente, Tula estuvo muy obsequiosa. Como no abandonó la cama, hizo que su padre y su esposo comieran en su mismo camarote.

Don Casto estaba contento, porque su hija se comió una taza de sopa y un alón de gallina, y porque le había ganado dos partidas de ajedrez al capitán Tomás Dikson.

A las diez de la noche, Pedro, que no se había separado en todo el día del camarote de su mujer, le pidió permiso para retirarse.

—Si te marchas, yo también voy a dormir—le dijo Tula—. Estoy falta de sueño. ¡He dormido tan poco la noche pasada...!

—Entonces, hasta mañana.

—Sí, sí, hasta mañana, Pedro. Buenas noches.

—¿Quieres que corra las tablas del camarote?

—Tienes razón; de ese modo me molestarán menos.

Pedro salió del cuarto de su mujer, e inmediatamente fué a colocarse en su atalaya.

Por espacio de media hora, Tula no se movió.

Parecía dormida.

Pedro iba a desistir de su espionaje, cuando creyó observar que su mujer se agitaba como si quisiera incorporarse.

Efectivamente, Tula se sentó en la cama, y descolgando un pequeño reloj de oro que tenía a la cabecera, miró la hora.

Pedro hizo lo mismo con el suyo.

Eran las once menos cinco minutos.

Tula volvió a acostarse.

—¡Ah!—se dijo para sí Pedro—. Tiene una cita, y, según parece, no es hora todavía. Esperemos, esperemos. Esto promete ser muy divertido, como dice el bueno de Parker.

Y Pedro, mientras se decía las anteriores palabras, se apretaba el corazón, devorado por los celos.

En el transcurso de una hora, Tula consultó tres veces la esfera de su reloj.

Pedro sufría horriblemente.

La impaciencia de su mujer era para él un tormento inexplicable.

La última vez que Tula consultó la esfera de su reloj, se puso de rodillas sobre la cama y apagó la lamparilla.

El camarote se quedó completamente en tinieblas.

Aquella obscuridad fué un golpe terrible para Pe-

dro. Quedóse por un momento desorientado, sin saber qué hacer.

La falta de luz le impedía observar lo que indudablemente iba a acontecer en el camarote de su esposa.

Las ideas luchaban en horrible confusión en su cerebro.

Sus pensamientos eran negros como las tinieblas que le rodeaban.

En aquel instante angustioso hubiera dado diez años de su vida porque un rayo de luz le hubiera dejado ver lo que hacía su esposa.

Viendo que de nada podían servirle los ojos, aplicó el oído al agujero.

Silencio profundo que le helaba la sangre.

Pedro se oprimía con una mano el corazón y con la otra empuñaba el puñal.

Por su frente caían gruesas gotas de sudor.

Su respiración, fatigosa y ardiente, se estrellaba contra aquella insensible tabla que separaba su camarote del de su esposa.

Transcurrieron algunos minutos, durante los cuales Pedro sufrió una angustia horrible, una incertidumbre cruel.

De pronto creyó percibir un ruido en el camarote inmediato.

Deduciendo de dónde podría ser aquel ruido, comprendió que era el pasador de uno de los ventanillos al descorrerse.

Pedro se deslizó de la cama, porque aquel ruido le

hizo sospechar que su esposa se disponía a subir sobre cubierta.

Buscó a tientas un grueso capuchón de viaje, uno de esos abrigos que gastan los marinos, que estaba sobre una silla.

Lo encontró por fin, se lo puso precipitadamente, calóse la capucha, y sin abandonar el puñal, que ni él mismo sabía que llevaba en la mano, se dispuso a salir del camarote.

Apenas había andado algunos pasos por el salón de popa, alumbrado en aquellos momentos por la agonizante luz de una lámpara, cuando vió a un hombre que subía por la escotilla con una cuerda en la mano.

Le reconoció. Era sir Guillermo Warton.

Pedro creyó que su sospecha era fundada, y continuó su camino, tomando todas las precauciones del ladrón que se dispone a dar un golpe de mano.

Cuando llegó sobre cubierta, a pesar de la obscuridad que reinaba, pudo ver que el inglés, subiéndose sobre la banda de estribor del alcázar de popa, se puso a mirar hacia el abismo con mucha escrupulosidad.

La mar estaba un poco gruesa, y la fuerte brisa que soplaba del Oeste daba a entender que el tiempo había cambiado.

El buque cabeceaba mucho y hacía bastante camino.

Algunas nubes cruzaban en el espacio, y la noche estaba obscura y amenazando tempestad.

Llovía, auque poco; pero ni el inglés ni Pedro parecían apurarse por nada.

Cuando sir Warton hubo echado bien sus medidas, sin

que Pedro dejara de espiarle, pasó un cabo de la cuerda por uno de los escobones (1) de popa, atándole fuertemente, y después tiró el otro al mar.

Terminada la operación, subióse a caballo sobre la banda y se deslizó hacia el abismo.

Apenas el inglés desapareció de la cubierta, Pedro, arrastrándose sobre la tabla, llegó al sitio donde estaba atada la cuerda, y extendiendo el cuerpo se asomó al mar.

Ya hemos dicho que la noche estaba oscura, y la brisa, bastante fuerte, silbaba entre las jarcias.

El timonel dormitaba junto a su banco, sepultado bajo la capucha de su saco de guardia, porque el frío, y en especial el relente, se dejaba sentir.

Las olas se estrellaban sobre los costados del buque, produciendo un chasquido semejante al de la madera que se raja por el calor del fuego.

Algunas gotas de agua saltaban sobre cubierta.

Pedro vió perfectamente a sir Guillermo suspendido sobre el abismo.

Entonces comprendió que el ruido que le había sobresaltado, no podía ser otra cosa que el ventanillo del camarote de su mujer, que daba al mar.

Calculó asimismo que el inglés debía hallarse precisamente suspendido delante del ventanillo.

No le quedó ninguna duda de que sir Guillermo tenía una cita con su mujer.

---

(1) Agujero por el que salen los cables para amarrar el buque.

En aquel momento se asomó todo cuanto pudo, doblando el cuerpo sobre la muralla de estribor para cerciorarse más.

El inglés, cogido de la cuerda con la mano derecha y un pie apoyado en el casco del buque, sin importarle ni las rociadas de las olas ni el abismo que tenía a sus pies, dió un golpecito sobre el cristal del camarote de Tula con la mano que le quedaba libre.

A pesar de la oscuridad, Pedro vió salir por el ventanillo una mano que oprimía un papel.

El inglés inclinó el cuerpo todo cuanto pudo, besó aquella mano y cogió aquel papel.

Pedro ahogó en su pecho un rugido de ira.

Los celos cegaron la luz de su inteligencia.

Como miraba hacia el abismo, creyó ver el mar de color de sangre.

—¡Ah!—se dijo en lo más profundo de su corazón—. Un hombre que le ha salvado la vida y que en una noche como ésta no vacila en bajar adonde se halla, por una carta, es un enemigo terrible; pero, afortunadamente, el mar guardará el secreto de mi deshoura. El mar... el mar es una tumba bastante silenciosa, y el hombre no puede leer los misterios de sus profundos anales. Esas inmensas olas lavarán pronto la mancha que una mujer culpable derramó sobre mi deshonra.

En aquel instante, Pedro cortó la cuerda con el puñal, y sir Guillermo Warton cayó al mar.

Ni un grito, ni un lamento, ni un gemido de dolor ni de sorpresa exhaló aquel hombre extraordinario.

Pedro, con los ojos inyectados en sangre, el arma

terrible en la mano, el cabello erizado, y cogido a la barandilla del buque, vió caer en el abismo a su rival, soltando al mismo tiempo una carcajada histérica, prolongada, horrible, cuyo eco fué a perderse dolorosamente en alas de los vientos.

Pedro procuraba ver en el mar el cuerpo de su víctima flotante sobre la agitada superficie de las aguas. Hubiera querido gozarse en su desesperación; pero ¡ay! la obscuridad era inmensa, lo cubría todo con su negro manto.

El buque, empujado por la brisa, que cada vez era más fuerte, caminaba con una velocidad increíble.

Pedro permaneció algunos instantes dirigiendo sus miradas por la inmensidad, pero todo había concluído, y entonces, sintiendo un desfallecimiento interior; abandonó aquel sitio, en el que acababa de cometer un crimen, y acosado por los remordimientos, fué a refugiarse en su camarote.

Tendióse sobre su lecho, y se cubrió la cara con las manos, avergonzado de sí mismo; porque cuando el crimen acaba, comienza el remordimiento, esa espina que se introduce lentamente, hora tras hora, días tras día, en lo más profundo del alma del asesino.

Su dolorosa herida sólo se cura con la muerte.

Mientras tanto, Tula, que se hallaba casi asomada al ventanillo de su camarote, había visto caer al mar el cuerpo de sir Guillermo, sin poder contener un grito de horror.

Inmediatamente, presa de un espanto, de un sobresalto terrible, buscó un refugio en su lecho, y cubriéndose la cabeza, comenzó a rezar.

Después de la falta, temiendo no encontrar clemencia en los hombres, la buscaba en Dios.





CAPITULO VI

Un perro que aulla y un marino que se da a todos los diablos.

QUÉ noche! ¡Qué noche, querida Tula!—exclamó el anciano colono entrando al día siguiente en el camarote de su hija—. Hemos tenido un tiempo de todos los diablos. Según la opinión del contramaestre, pues, sea dicho de paso, yo he dormido como un bienaventurado toda la noche, el mar ha tocado una sinfonía a toda orquesta. Algunas personas inteligentes en la materia aseguran que Neptuno ha andado a cachetes con su esposa Anfítrite; pero esta mañana, en cuanto el sol ha asomado su rubicunda cabeza, la familia del enojado dios de las aguas se ha puesto por medio, y su madre Rea y sus hermanos Júpiter y Plutón han podido lograr que los dos esposos se den el ósculo de paz.

Don Casto, con su afán sempiterno de hablar, embebecido en su discurso mitológico, ni siquiera observó que su hija no le contestaba.

Es verdad que el buen anciano se había propuesto relatar a todo el mundo lo que había ocurrido durante la noche.

Cogió, pues, una silla, y sentándose a la cabecera de la cama de su hija, continuó de este modo:

—El pícaro de tu esposo parece que no se ha apercibido de nada, pues el capitán Dikson me ha dicho que durante la ráfaga no le ha visto sobre cubierta; pero, afortunadamente, con la salida del sol se ha disipado un tanto la tempestad. Los vientos parece que han tenido vergüenza de que les viera la cara, y no hay nada que temer. Bien es verdad que todavía tenemos un poco de marejada, que la brisa del Oeste nos ha obligado a no dejar más vela que la mesana, y que nos hemos visto y deseado para plegar la vela de gavia, porque las ráfagas eran terribles y el bergantín amenazaba embarcar mucha agua, pues los golpes de mar que batían de través la muralla de babor sacudían con bastante fuerza. Pero gracias a Dios, ya no corremos peligro, y la tripulación se ocupa en reparar algunas averías que ha sufrido el buque.

Todo este relato de palabras marítimas que el anciano colono producía para enterar a su hija del inminente peligro a que habían estado expuestos, de seguro que en otras circunstancias la hubiëran hecho reir.

En las presentes la joven guardó silencio.

Don Casto había pasado la noche de un sueño; pero para él este sueño tenía mucho de heróico.

Los peligros que ofrece una tempestad le habían rodeado amenazadores por espacio de una noche, sin conmover ni un solo músculo de su cuerpo; y puesto

que él era Casto Araguay dormido y Casto Araguay despierto, y de todos modos arriesgaba su existencia en caso de un naufragio, le pareció lo más natural del mundo hacer alarde de su valor estoico.

Como Tula no hablaba, su padre creyó oportuno no dejar la vez, y continuó de este modo:

—Lo que parece muy extraño es que a tu esposo, siendo un marino consumado y valiente, no se le ocurriera subir sobre cubierta y echar su cuarto a espadas, porque, después de todo, nunca está de sobra, en casos tan graves como el que voy narrando, que una persona del oficio dé su voto en la materia. Además, el capitán Dikson es muy campechano y poco vanidoso, y estoy seguro que hubiera dado oídos a los consejos de Pedro. Pero yo no sé qué diablos hacéis durante las noches, que luego os pasáis los días dormidos como unos lirones. Yo bien conozco que la luna de miel proporciona algunas ocupaciones que no conviene dejarlas para otros tiempos, porque, al fin y al cabo, la vida del hombre es corta y la juventud un soplo, y si no, dígalo yo, que me parece que era ayer cuando ostentaba mi barba negra y mis fuerzas de atleta, y ahora me encuentro hecho un carcamal inútil que, sin que esto sea una adulación, no sirvo para nada.

El viejo Araguay se detuvo para tomar un polvo de rapé.

Tula permanecía inmóvil, silenciosa y con la mirada fija en el rostro de su padre.

Para ella, las palabras del anciano no eran otra cosa que ruido; pero un ruido sordo, pesado, molesto.

Por fin, don Casto se apercibió de que su verbosidad no afectaba en lo más mínimo a su hija.

Sorprendióle no poco aquella indiferencia, y bien podríamos traducir con estas palabras el movimiento expresivo que hizo el anciano viendo la indiferencia de su oyente:

—Estos enamorados están siempre en el limbo.

Después de esta reflexión «in mente», dijo, dirigiéndole la palabra a su hija:

—Pero muchacha, hace una hora que te estoy hablando y no me contestas. ¿Crees que he venido aquí para hablarme la Biblia y no escuchar ni una sola palabra de tu boca? Si tienes sueño, me lo dices, y verás cuán pronto me largo con la música a otra parte. Por eso no hemos de reñir; yo ya sé que en materia de sueño es preciso ser muy considerado cuando se trata de dos jóvenes como vosotros.

Tula respondió con voz débil e insegura:

—Me duele mucho la cabeza. He oído esta noche todo el estruendo que ha pasado sobre cubierta. No he podido pegar los ojos ni media hora. Así es que tengo un sueño...

—¡Acabarás! Eso quiere decir, en buen castellano, que estorbo, que estoy demás, que me vaya—dijo el anciano sin dejar que su hija terminase la frase.

Tula no quiso sonreírse.

—Te dejo—continuó el anciano—. Duerme todo cuanto quieras.

Don Casto salió del camarote de su hija; pero como deseaba contar a todo el mundo la furiosa tempestad

acaecida la noche anterior, entró en el camarote de su yerno, buscando una nueva víctima de su verbosidad.

Pedro estaba en la cama, pero no dormía. Apenas vió entrar á su suegro, cerró los ojos para evitar la conversación que le amenazaba.

—¿Duermes?—dijo el anciano, alzando la voz y asomando la cabeza al camarote.

Pedro no respondió.

—¿Qué me dices de la tempestad de esta noche?—volvió a repetir el viejo, en tono superlativo.

Ni un solo músculo se movió del semblante de Pedro. El anciano hizo un gesto de disgusto, y dijo para sí las siguientes palabras:

—Está visto: hoy que me he levantado con ganas de hablar, no encuentro con quién. Esto es una desgracia. ¡No me faltaba otra cosa para aumentar las arrobas de fastidio y aburrimiento que pesan sobre mí en este maldito viaje! Creyendo voy que en este buque la mudez de sir Guillermo Warton va siendo contagiosa. Si seguimos de este modo, me veré precisado a trabar relaciones con el mascarón de proa.

Araguay subió sobre cubierta con la esperanza eterna de los habladores: hallar a un hombre que tuviera el talento de saber oír.

. . . .

El mismo día, a eso de las doce de la mañana, el capitán Tomas Dikson se hallaba tranquilamente fumando una pipa y tendido horizontalmente en su hamaca. Dikson descansaba de las fatigas de la noche anterior en la postura más cómoda del hombre.

Tal vez en aquel momeoto el honrado marino dedicaba un recuerdo a su familia, porque esos instantes de dulce pereza en que los hombres de mar acarician entre sus labios el mango de una pipa, suelen entretenerse en ver pasar por su mente esos sueños deliciosos, hijos de la esperanza y del deseo.

Dios sabe el tiempo que el capitán hubiera permanecido en aquella posición indolente, tan querida de los colonos millonarios, si un camarero no hubiera entrado a interrumpirle diciéndole que el perro de sir Guillermo Warton estaba encerrado en el camarote, dando unos aullidos espantosos, y que algunos pasajeros se habían quejado de que aquel furioso animal les molestaba bastante.

—Tendrá hambre o sed—dijo el capitán Dikson, despidiendo una bocanada de humo y meciendo dulcemente su cuerpo, que permanecía en la hamaca.

—Eso he supuesto—volvió a decir el camarero—; pero como el perro se halla encerrado en el camarote de su amo...

—Abre la puerta y dale algo de comer. Sobre todo, haz lo que quieras. Déjame en paz: estoy cansado, y no me gusta que me molesten cuando me encuentro, como ahora, fumando mi pipa tumbado en mi hamaca.

—Pero, señor, ¡si la llave no está en la cerradura!

—Pues bien: busca a sir Guillermo y comunícale lo que ocurre.

—Es que ya le he buscado varias veces v no le encuentro.

—Búscale bien. ¿Adónde diablos quieres que se

haya ido? Eso es que sin duda, como ayer le dije que no podía permitirle que fumara en las cofas, se habrá ido a la cala del buque.

—El capitán me dispensará si le replico—volvió a decir el camarero—; pero le hemos buscado por todas partes, y no se le encuentra.

Tomás Dikson se incorporó en la hamaca, y fijando sus ojos de una manera penetrante en el camarero, preguntó con asombro:

—¿Que no se le encuentra por ninguna parte? Porque no le habéis buscado bien. ¿Dónde diablos quereis que vaya? Y, sobre todo, es preciso encontrarle. Un hombre no se pierde tan fácilmente en un buque. La función de esta noche ha sido solamente una ráfaga, una marejada que no vale la pena; las olas no han llegado a bañar la cubierta, por lo cual no pueden habérsele llevado. Buscadle, buscadle.

—Ya he dicho al capitán que la tripulación ha registrado el buque por todas partes.

Dikson comenzó a sobresaltarse.

Siempre había sospechado que sir Guillermo le había de dar un disgusto.

Bajó de la hamaca, pero tan preocupado, que no hechó de ver que la pipa se le había caído de la mano.

—Sólo falta registrar una cosa—repuso el camarero, viendo el asombro del capitán.

—¡Una cosa!... ¿Y qué cosa es?

—Su camarote.

Dikson creyó ver el cielo abierto, y dijo, procurando serenarse:

—¿Y por qué no lo habéis registrado?

—Porque la puerta está cerrada. Hemos llamado, y sólo responde el perro con sus aullidos.

—Pues bien, ya que no abre vamos a tirar la puerta al suelo.

El capitán salió bastante malhumorado y se encaminó al camarote de sir Guillermo.

Mientras tanto, la noticia de la desaparición del inglés había cundido.

Todos demostraban una gran curiosidad, y como es consiguiente, se agruparon alrededor del capitán, que hacía estremecer con sus golpes la frágil puerta del camarote.

A este brusco llamamiento sólo respondía el gruñido amenazador del perro.

La escena comenzaba a tomar un interés palpitante.

La curiosidad se había apoderado de todos los corazones.

Creían algunos que al abrirse aquella puerta iban a presenciar un drama espantoso, como todos aquellos en que se conocen los personajes.

Por fin la puerta cedió, y el capitán Dikson, seguido de cuatro o seis curiosos, penetró en el camarote.

No había nadie.

El perro solamente, en medio de la habitación, miraba con fosforescentes ojos y enseñando los afilados colmillos a los curiosos.

Como todo individuo aprecia en algo sus pantorrillas, la curiosidad se quedó un momento suspensa a cierta distancia del peligro, porque el perro, a juz-

gar por sus gruñidos y sus miradas, demostraba un mal humor poco satisfactorio.

De pronto, el noble animal pareció tranquilizarse, y dirigiéndose hacia la puerta, comenzó a olfatear las tablas del camarote, siguiendo sin duda un rastro.

Con las narices arrastrando por el suelo llegó hasta la escalera de la escotilla de popa.

El capitán Dikson y algunos pasajeros siguieron al perro maquinalmente, como si de este modo pudieran encontrar el sitio donde se ocultaba el que buscaban.

El perro, sin abandonar el rastro, subió sobre cubierta.

Los curiosos hicieron lo mismo.

El noble animal se detuvo por fin junto al escobén donde sir Guillermo había atado la cuerda la noche anterior.

Allí permaneció un momento indeciso, como el perro que pierde el rastro y duda por un momento el camino que debe tomar.

Después alzó las manos hasta colocarlas sobre las murallas de estribor, y lanzando un aullido doloroso, se arrojó al mar, sin que nadie pudiera evitarlo.

Todos los que presenciaron esta escena lanzaron un grito unánime de asombro.

El viejo Araguay, que no había perdido ni un solo momento de vista al perro, tan pronto como vió al noble animal arrojarse al mar, dióse una palmada en la frente, como el hombre que encuentra lo que busca, y exclamó, con esa convicción que hizo exclamar a Arquímides «¡Eureka!»:

—El inglés ha caído al mar, precisamente por el mismo sitio que ha saltado el perro. No me cabe duda, señores: la raza canina tiene un olfato de primer orden y un instinto superior al de todos los animales. Yo he tenido un perro que doscientos pasos antes de llegar a mi casa, tocaba con la patita a mi mujer, como diciéndole: «Ahí está mi amo».

Entonces se pudo ver un trozo de cuerda que colgaba a la parte exterior del buque, amarrado a la argolla del escobén.

Aquella cuerda fué reconocida con interés por todos los presentes.

No parecía sino que esperaban que les revelara la verdad del caso.

El capitán aseguró que aquella cuerda no pertenecía a ninguno de los aparejos del buque, y que dos cosas le llamaban la atención: primera, que estuviera atada en aquel sitio, y segunda, que no estuviera rota por el peso de un cuerpo o la violencia, sino cortada en redondo, al parecer por algún arma.

Mientras se comentaba el caso en presencia de la cuerda, y pasaba ésta de mano en mano para ser examinada, el perro seguía nadando en derrotero opuesto al del buque.

No quedaba duda de que sir Guillermo Warton había caído al agua por aquel sitio.

Tomás Dikson, aunque anonadado por aquel acontecimiento, concibió la esperanza de recuperar a su perdido viajero, e inmediatamente dió la orden de poner el buque al pairo.

Algunos momentos después la maniobra estaba terminada.

El bergantín «San Jorge» comenzó a cabecear gallardamente, sin hacer camino.

El capitán volvió a decir:

— Que suba un hombre al tope del palo mayor con el anteojo; que reconozca detenidamente el mar por los cuatro vientos, a ver si se distingue algo.

El timonel Parker reclamó este cargo. Metióse el anteojo entre el pecho y la camisa y trepó hasta lo último del palo mayor con esa ligereza prodigiosa de los hombres de mar.

Desde allí reconoció con detención la inmensidad de agua que rodeaba al buque.

El capitán Dikson, cuya impaciencia crecía por momentos, colocándose las manos junto a la boca, le gritaba desde el puente de vez en cuando:

—¡Eh!... ¡Parker!... ¿distingues algo?...

—Nada, mi capitán; sólo veo agua y cielo, y allá, a lo lejos, la cabeza del perro, que nada como una sardina en dirección opuesta a nuestro derrotero.

Tomás Dikson mandó bajar al hombre, y viendo que era inútil perder más tiempo, malhumorado, aunque más satisfecho por haber puesto de su parte algo para encontrar al pasajero, mandó a la tripulación que volviera a poner el buque en derrotero.

Mientras se ejecutaba la maniobra, el capitán se daba a todos los diablos, diciendo que aquella desgracia ya la tenía prevista; y después de desesperarse hasta lo infinito, convenciéndose, por fin, de que el

caso no tenía remedio, acabó por suplicar a los pasajeros se extendiera una exacta relación de lo que había acontecido.

Cuando el capitán vió el documento en su mano, que era en parte una garantía de su inocencia, mandó al carpintero del buque que pusiera un candado al camarote de sir Guillermo, para entregar sus efectos intactos a la autoridad del primer puerto donde fondeara.

Dikson, después de practiçadas todas estas diligencias, algo más tranquilo su espíritu, aunque maldiciendo en el fondo de su alma al excéntrico sir Guillermo, se retiró a su camarote.

Una vez allí, llenó su pipa y tendióse horizontalmente en su hamaca.

Apenas había dado tres chupadas a su pipa, cuando se levantó de un salto, como si le hubieran pinchado en la espalda con la punta de un puñal, y exclamó:

—¡Diablo, diablo, diablo!... Ahora que recuerdo .. Será preciso destruir la carta que me dió sir Guillermo el día que le reprendí porque fumaba en las cofas. En ella hay un párrafo por el cual me instituye heredero de seis mil libras esterlinas en caso de muerte, y esto podría comprometerme lo que no es decible, porque he oído decir muchas veces que para encontrar al asesino conviene prender al que le interesa la muerte; y puesto que a mí me instituía heredero de seis mil libras, claro está que puede recaer la sospecha en mí, por la parte que me toca. ¡Oh! Afortunadamente, este ha sido un gran pensamiento. Destruyamos la carta,

no sea que nos envolvamos en una de las mil mallas que tienen las redes de la Justicia.

Dikson buscó la carta en un armario donde se hallaban algunos libros y legajos de papel, y la rompió y quemó hasta no dejar ni las cenizas.

Aquello pareció tranquilizarle; pero cuando por segunda vez se tendió en la hamaca, murmuró en voz baja estas palabras:

—De todos modos yo tengo que presentar el rol incompleto, y esto me va a dar algún disgustillo. ¡Maldito sea, amén, ese estrambótico y la hora en que se acordó del «San Jorge» para hacer la travesía!

Dikson observó que se le había apagado la pipa.

—Esto es de mal agüero. Una voz secreta me grita al oído que voy a tener algún disgusto. Pero, en fin, mi conciencia está tranquila. Dios dirá.

El capitán tornó a encender su pipa, y aunque procuraba borrar de su mente el acontecimiento del día, la figura de sir Guillermo Warton se hallaba fotograbada de un modo tenaz en su memoria.





CAPÍTULO VIII

Una tempestad en el interior de un camarote

HAY día que son una fortuna para los habladores. ¡Hay tanto de que hablar!

El viejo Araguay, que hasta las doce de la mañana no había hecho otra cosa que hablar del temporal de la noche anterior, tuvo materia y muy sobrada para todo el día con la misteriosa desaparición del inglés y la ocurrencia del perro.

Las dos únicas personas que no se habían mezclado en el lance, ni le habían comentado, eran Tula y su esposo.

Pedro subió sobre cubierta a eso de la una.

Estaba muy pálido.

Una profunda arruga surcaba su frente. Aquella arruga, tras la cual se ocultaba un crimen, daba a su ssmblante un tinte sombrío y a su mirada una expresión dura.

Su suegro Araguay, que no le había visto desde el día anterior, le salió al encuentro, diciéndole:

—¿Sabes la desgracia que ha ocurrido?

Pedro, procurando dominar la emoción que aquella pregunta le causaba, encogióse de hombros, haciendo un signo negativo, como el que oye una cosa que no comprende.

—Pues, hijo mío, esta noche—repuso el anciano—, durante la horrorosa tempestad que nos ha puesto en peligro de naufragar, sir Guillermo ha desaparecido del buque.

Pedro buscó una frase de asombro con qué contestar a la noticia que le daba su suegro; pero no hallándola, se contentó con abrir los ojos extremadamente.

El anciano, teniendo aquel gesto por una respuesta admirativa, continuó de este modo:

—Pues sí, hijo mío, ha sido una desgracia. Sir Guillermo, el salvador de Tula, el hombre extraordinario, ha caído al mar. Todos los esfuerzos para recobrarle han sido inútiles. ¡Oh! Y lo que es el capitán Dikson se ha portado divinamente: primero hizo poner el buque al pairo, después mandó subir a un hombre al tope del palo mayor para que reconociera el horizonte; pero todo ha sido inútil. Hombre, lo más extraño del caso es que se ha hallado una cuerda flotante a la parte exterior de la mura de popa, y esta cuerda no está rota, sino cortada. ¿Qué opinas de esto?

—Nada absolutamente—contesto Pedro, procurando dominarse.

—Porque no cabe duda alguna de que por aquel sitio cayó al agua, o le tiraron, que es lo que yo sospecho.

Y Araguay bajo la voz para emitir su opinión.

Luego continuó:

—Bien es verdad que yo no comprendo quién podría tener interés en la muerte de un hombre como sir Guillermo Warton, porque yo creo que todos le queríamos mucho. Un hombre tan inofensivo, tan generoso, tan valiente...

—Yo no creo—repuso Pedro con inseguro acento—que nadie tuviera interés en arrojar al abismo a ese hombre.

—Lo mismo creo yo,

Aquí hubo un momento de pausa.

Después Araguay refirió a su yerno lo que había hecho el perro, y cuando nada quedó por decir, bajó al camarote de Tula.

Aquel padre, sin saberlo, se había convertido en el verdugo de su hija.

Pedro al verse libre de su suegro, sintió que le flaqueaban las piernas.

Había hecho heroicos esfuerzos para sostener una conversación que le atormentaba lo que no es decible.

Hacía muchas horas que no tomaba alimento, y dos noches que sus ojos no se habían cerrado al sueño.

Fué a sentarse en un banco de popa; pero de repente, como si aquel sitio le causara una repugnancia invencible, se dirigió hacia proa.

Pedro buscaba el punto extremo de aquél donde la noche anterior había cometido un crimen.

Allí, con la mirada fija en las olas del mar, triste,

meditabundo, reflexivo, sin más pensamiento que su crimen, permaneció solo, sintiendo cómo se clavaban en su corazón las aceradas garras del remordimiento.

....

....

Don Carlos se hallaba sentado junto a la cama de su hija.

Era preciso, indispensable, que Tula supiese lo ocurrido.

Hay hombres que se proponen matar las horas, sin comprender que asesinan al prójimo que eligen por blanco de su conversación; hombres que se pegan como un sinapismo, y cuyos cuerpos tienen una flexibilidad criminal. Para estos tipos, todo, hasta la cosa más insignificante, toma las interesantes dimensiones del secreto.

Con sólo que os tengan que decir que hace buen o mal tiempo, que les duele un callo o que han mudado de domicilio, bajan la voz y os lo participan muy íntimamente, pegando sus labios a vuestro lado

Los hombres así son una calamidad. Se huye de ellos como de las enfermedades contagiosas.

Si un hombre rico pudiera reunir un regimiento de estos tipos, conquistaría el mundo sin más poder que el de la palabra.

La sociedad se suicidaría por no soportarlos.

Araguay pertenecía a esta familia de asesinos, para los cuales la ley es impotente.

El pobre anciano habló, como suele decirse, por los codos, sin comprender que cada uno de sus co-

mentarios era un puñal de acerada punta que traspasaba de parte a parte el corazón de su hija.

Tan horriblemente expresivo se puso el semblante del colono durante el relato, tanto habló y tanto dijo, que Tula, pálida como un cadáver, aterrada como el crimen, dejó caer blandamente la cabeza sobre la almohada, y exhalando un gemido imperceptible, perdió el conocimiento.

Araguay fué en busca de Pedro y el médico.

Media hora después, a fuerza de esmeros y cuidados, Tula pudo recobrar el conocimiento.

Con ese instinto perspicaz de la mujer, conoció, al recobrar la razón, que era preciso disculpar aquel desmayo.

Su esposo, su padre y el médico se hallaban alrededor de su cama.

Era preciso, pues, satisfacer aquellas miradas que se fijaban en ella.

Tula estaba encinta: nada más fácil, pues, que achacar al embarazo la causa del desmayo.

Todos convinieron en que lo que había acontecido era lo más natural del mundo; pero Tula observó en la mirada fría de su esposo algo que le aterraba.

Aquella misma noche Pedro entró por segunda vez en el camarote de su mujer, después de cerciorarse por sí mismo que su suegro se había acostado.

El semblante del esposo estaba grave, amenazador.

Pedro fijó una mirada terrible en su esposo.

Tula se estremeció.

Pedro cerró la puerta de comunicación, y cogiendo una silla, fué a sentarse junto a la cabecera de la cama de su esposa.

Todo aquello tenía para la joven un misterio que la aterraba.

La frialdad de su esposo le hacía daño.

Indudablemente, en aquel rostro severo se adivinaba algo terrible.

Tula no se atrevió a asomar ni una sonrisa a sus labios ni una palabra a su boca para enterarse del motivo de aquella gravedad.

Aquel silencio cobarde la acusaba.

Como el condenado que ve entrar a los jueces por la puerta de su calabozo, Tula creyó presentir que su esposo había bajado aquella noche a su camarote para acusarla, tal vez para leer la sentencia de su crimen.

Pedro, con la mirada fija en el pálido rostro de su esposa, parecía gozarse en la contemplación de su asombro.

Bastaba mirar a aquella mujer para creerla culpable.

Y, sin embargo, sólo lo era en parte, no del todo.

Sólo podía acusársela de una imprudencia; pero su corazón, poco avezado a las intrigas y fingimientos de la adúltera, temía, y no se explicaba al mismo tiempo la razón de aquel miedo.

—Tula—le dijo por fin Pedro con pausado acento—, ¿no aciertas la causa de esta visita, la razón de todas las precauciones que he tomado para que nadie venga a sorprendernos, para que nadie escuche nuestras palabras?

La palidez de Tula aumentaba de un modo notable.

—Lo ignoro—tartamudeó con balbuciente acento.

—¿Lo ignoras? ¡Es extraño!—dijo Pedro, sonriéndose de un modo que aterró a su mujer.

Tula hizo un esfuerzo para serenarse.

Comprendió que era preciso decir algo para que su esposo aclarara tanto misterio.

Sir Guillermo había caído al mar tal vez por ella, y eso le causaba terribles remordimientos.

El origen de su miedo no era porque su esposo dudara de su honra, pues la pobre joven no podía comprender que la carta que ella poseía hubiese llegado a oídos de su marido. Así es que, al dirigir la palabra a su esposo, le dijo:

—Te ruego, Pedro mío, que me expliques la causa de tus palabras, de tu frialdad, de tu mirada amenazadora. ¿Qué te he hecho yo para que me trates de ese modo? Habla, yo te lo ruego. Desvanézcanse pronto esas nubes sombrías que veo en tus ojos. Habla, Pedro mío, habla.

Pedro se sonrió por segunda vez, y como si quisiera dar otro giro a la conversación, volvió a decir con pausado acento:

—Ya creo que sabes que esta noche ha caído un hombre al mar.

—Sí; no hace mucho me ha referido mi padre esa desgracia.

—Sabrás cómo se llamaba ese hombre.

—Si mal no recuerdo, creo que me dijo que era sir Guillermo Wartón.

Tula estuvo algo torpe al pronunciar este nombre.

—Pero lo que tú no sabes—volvió a decir Pedro—y yo voy a revelártelo, es por qué ha caído al mar sir Guillermo Wartón.

Pedro pronunció este nombre letra por letra, sílaba por sílaba, como si quisiera dejarle caer en el corazón de su esposa!

Después continuó:

—Pues bien, lo que tú no sabes, y yo voy a decírtelo, es que la cuerda que suspendió a ese hombre sobre el abismo durante los cortos momentos en que una mujer le entregaba una carta por el ventanillo de su camarote, no se rompió como todo el mundo cree, por una casualidad fatal, sino que fué cortada por una mano misteriosa, para vengar de este modo su honra mancillada.

Tula exhaló un grito espantoso.

Pedro se puso en pie, y abalanzándose hacia la cama, exclamó con ademán amenazador:

—¡Silencio!... ¡Silencio, miserable!... Si no por tu honra, que tuviste en tan poco, por la mía, que nunca permitiré que se mancille; por la de ese sér que llevas en tus entrañas, y al que indudablemente has hecho el más desgraciado del mundo antes de nacer.

Tula enmudeció como si una mano de hierro hubiera caído sobre sus labios.

Pedro volvió a sentarse, y después de un momento de pausa, durante el cual sólo se escuchaban los ahogados sollozos de Tula, continuó:

—Mi mano cortó la cuerda que le suspendía sobre el

mar, y al caer en el abismo, la inmensidad de las olas cubrió para siempre tu vergüenza, tu oprobio.

—¿Qué has hecho, Pedro, qué has hecho?—exclamó la joven en voz baja, pero con un acento que demostraba el profundo dolor de su corazón—. ¿Qué has hecho, Pedro? Ese hombre era inocente.

Pedro soltó una carcajada.

—Te lo juro por mi madre, que descansa en paz en su tumba; por mi madre, que fué la más virtuosa de las mujeres; por mi madre, que ve desde el cielo mi inocencia, y que indudablemente llora tu ceguedad y mi desgracia—volvió a decir Tula, incorporándose sobre el brazo derecho.

Pedro continuaba riéndose de un modo cruel.

Tula, poco antes abatida, agobiada bajo el peso de una desgracia, a la que creía, aunque involuntariamente, haber contribuído, viendo que sus palabras se ponían en duda, viendo que se mancillaba su honra con una sospecha, recuperó, por un arranque de dignidad, las perdidas fuerzas, y altiva como la leona que se dispone a defenderse, fijó sus ojos llenos de lágrimas en su esposo, y dijo con una dignidad admirable:

—Pedro, acabo de jurar en nombre de mi madre, y esto debe bastarte. Yo te perdono la ofensa que acabas de hacerme.

—¡Oh!—dijo Pedro rechinando los dientes de rabia—. ¿Quieres añadir la mentira a la infamia?

—¡Pedro!...

—¿Quieres vencer mi incredulidad para reirte luego de mi buena fe? Es en vano, Tula, es en vano; yo he

permanecido por espacio de dos noches espiando el menor de tus movimientos, el más pequeño de tus detalles; yo te he visto intranquila, esquivando el sueño; yo he leído en tu frente los pensamientos que abrigaba tu corazón, como se puede leer en las páginas de un libro; yo te he visto leer una y otra vez la carta de ese hombre que ya no existe, y luego guardarla no sé dónde, pero con el mismo afán que oculta el avaro su tesoro; yo te he visto escribir, y, por último, que tu mano, armada de un papel que encerraba tu honor y el mío, salía a media noche por el hueco de un ventanillo, y que un hombre, al tomar aquel papel, depositaba en ella un beso; beso que yo escuché a pesar de los mugidos de la tempestad que se estrellaban contra el velamen del buque; beso que resonó en el fondo de mi alma como un elemento de muerte; beso que no pudo apagar el estruendo estrepitoso de las irritadas olas; beso que resuena en mis oídos todavía como la voz aterradora de una maldición; beso que ante mis ojos toma la forma repugnante del crimen; beso que no se borrará nunca de mi memoria; beso que en aquel instante transformó el mar, a mis ojos, en un inmenso charco de sangre. Los celos se apoderaron de mí, y la voz aterradora de la venganza me gritaba en mis oídos sin cesar: ¡Mata!... ¡Mata!... ¡Mata!... Entonces, hostigado, sin duda, por el soplo de un ángel tentador, mi mano cortó la cuerda, y un hombre cayó al mar, y las olas se abrieron para dar paso a su cuerpo, y luego volvieron a unirse para cubrirle eternamente... ¡Oh! ¡Nuestro matrimonio ha sido un matrimonio feliz!... Apenas la bendición del sacerdote ha caído sobre nuestras cabezas, y ya un crimen flota entre nos-

otros, y ya un cadaver enlaza nuestros cuerpos en nuestro lecho nupcial.

Pedro, fatigado, cadavérico, desfallecido por los esfuerzos que durante las anteriores palabras había hecho para dar más enegía a sus reconvenciones, inclinó la cabeza sobre el respaldo de la silla, y se echó a reir como un demente.



CAPITULO VIII

Donde Araguay comienza a perder las ganas de hablar

TULA se apretaba las sienes con las manos, temiendo que se le escapara la razón.

Creía volverse loca.

¿Era cierto lo que acababa de oir?

Lo que ella creía una ligereza, una imprudencia perdonable, atendido lo que debía a su salvador, ¿podía producir en el corazón de su esposo una tempestad de celos de tan funestos resultados?

Tula, exclamó en un arranque de verdadero sentimiento:

—¡Pedro!... ¡Pedro!... Si tú has pensado todo eso de mí; si me creías capaz de vencer tu honra y mi decoro; si afilabas en la oscura y recóndita mansión de las sospechas el puñal del asesino para cometer un crimen que debía matar de un mismo golpe tu felicidad y la mía, ¿por qué anoche, al depositar sobre mi frente el beso de despedida, por qué, responde, no me digiste: «Esta sospecha tengo; dime la verdad», y te la hubiera

dicho? ¡Pedro!... ¡Pedro!... Tu imprudencia, tus celos, tu ceguedad, te han conducido al crimen, y ese crimen se mecerá eternamente entre nosotros, y ese crimen, robándonos la dicha, hará imposible la ventura hasta de nuestros hijos.

El acento de Tula era tan sincero, su actitud tan dolorosa, su mirada tan noble, que Pedro se quedó anonadado, y no encontrando una frase con qué contestar a aquellas tristes reflexiones, a aquel augurio que del porvenir le anunciaba su esposa, exclamó:

—Pero ¿y la carta? ¿Dónde está la carta?

Tula, serena, a pesar de la amargura que destrozaba su corazón; altiva, a pesar de la honda agonía en que rebosaba su alma, extendió una mano, y cogiendo de la rinconera una escribanía de viaje, sacó de ella la carta de sir Guillermo Wartón, y entregándosela a su esposo, le dijo:

—Toma y lee, Pedro, y después lloremos en secreto tu imprudencia y mi desgracia.

Como recordarán nuestros lectores, en la carta de sir Guillermo Wartón, no había una sola frase que pudiera comprometer la honra dc Tula.

Pedro la leyó con una agitación nerviosa.

Al terminarla, la dejó caer de las manos cubriéndose con ellas la cara, y dijo con un acento que expresaba la más profunda desesperación:

—¡Ah! ¡Soy un asesino!...

Aquel grito llevó su doloroso eco hasta lo más profundo del corazón de Tula.

El dolor de su esposo la afligía lo que no es decible.

—Ahora—continuó la joven—sólo falta que leas lo que yo contesté a ese hombre. Recoge ese papel que acaba de desprenderse de tus manos, Pedro; te suplico que leas lo que escribí a la vuelta de una de sus hojas. Lee en voz alta, que quiero oirlo a mi vez.

Pedro cogió la carta del suelo, y leyó con voz insegura las siguientes líneas:

«He contestado al autor de esta carta porque le debo un servicio que nunca olvidaré: de lo contrario, mi respuesta hubiera sido el silencio más profundo. He aquí lo que he escrito:

»*Caballero: Debo a usted la vida; pedirme la honra en pago de ella, sería querer cobrar el beneficio con una usura indigna de un caballero.—Gertrudis.*

Estas palabras estaban subrayadas.

Pedro cayó de rodillas a los pies del lecho de su esposa, y apoyando la frente en el borde de la cama, exclamó, lleno del más profundo arrepentimiento:

—¡Perdón!... ¡Perdón!... ¡Perdón!...

—¡Ah, Pedro mío!—dijo Tula con dulcísimo acento, dejando caer una de sus blancas manos sobre la tempestuosa cabeza de su esposo—. Así Dios te devuelva la felicidad, la paz a tu intranquilo espíritu, como yo te perdono. Así el tiempo ahogue los gritos de nuestra conciencia, que incesantemente está repitiendo a nuestros oídos: ¡Asesinos!... ¡Asesinos!... ¡Asesinos!...

. . . .

El viejo Araguay se devanaba los sesos buscando la causa de la eterna melancolía que devoraba a sus hijos.

Cansado de dirigirles preguntas, tanto a Tula como

a Pedro, y harto de oir siempre que le repetían: «Usted ve visiones, no tenemos nada, me duele un poco la cabeza, me aburre un viaje tan largo», se propuso no preguntar nada más; pero; en cambio, se dedicó a espíar hasta los menores movimientos de sus hijos, creyendo que por este medio podría averiguar la verdad del caso.

Pero, ¡ay!, todo fué en vano; el pobre viejo, cansado, aburrido, viendo que eran infructuosos sus afanes, se retiraba a su camarote y pasaba las horas enteras sentado en una silla, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, haciéndose estas preguntas:

—¿No son ricos? ¿No tienen lo bastante para vivir en todas partes como unos príncipes? ¿No son jóvenes? Entre los dos apenas cuentan medio síglo. ¿No les ha dotado la naturaleza de gracia personal? ¡Diantre! Ella es hermosa como una Venus y él como un Adonis. ¿No tienen salud? También. ¿No se aman? A juzgar por las apariencias, están de día en día más enamorados, pues desde la desaparición de sir Guillermo Wartón, Pedro duerme todas las noches en el camarote de su mujer. Entonces, ¿qué diablos tienen? Ahí está el punto de la dificultad; ahí están las tinieblas donde se pierde la luz de mi razón; ahí está lo que no puedo comprender, por más que me pongo a discurrir.

El anciano, que amaba con toda su alma a sus hijos, en vista de la eterna melancolía que les devoraba, comenzó a sentir un malestar, un fastidio algo impropio de su carácter.

Muchas veces pasábase las horas muertas, como suele decirse en el lenguaje familiar, sentado en el banco

de popa, inmóvil como una estatua, y con la mirada fija en la estela que en pos de sí dejaba el buque.

Poco a poco aquel pobre anciano, que tan alegremente había pasado la vida, y que tantos millones de palabras había pronunciado de más en el transcurso de su dilatada existencia, comenzó a perder hasta las ganas de hablar.

En un hombre como don Casto Araguay, esto era un síntoma grave.

Ya no buscaba, como en otro tiempo, al capitán Dikson para jugar sus partidas de ajedrez, sino que el capitán era el que iba a buscarle, y muchas veces, con asombro del honrado marino, el viejo colono buscaba un pretexto para evadir el juego.

Tomás Dikson le preguntó un día la razón de su retraimiento.

El anciano le contestó sencillamente que se aburría, que deseaba tocar tierra firme.

Por fin el bergantín *San Jorge* fondeó en el puerto de Barcelona.

El capitán Dikson tuvo que evacuar algunas formalidades en la Sanidad, a causa de la desaparición del inglés.

Pedro, Tula, Araguay y la criada india, despidiéndose de algunos pasajeros que continuaban su viaje, desembarcaron en el puerto de Barcelona.



CAPITULO IX

Una luz que se apaga.



UATRO meses después de los acontecimientos que acabamos de narrar, a esa hora en que la luz mezquina y *sombría* del gas de Madrid reemplaza a los claros resplandores del Sol, a esa hora en que el artesano deja su trabajo y las calles se llenan de gente, la santa campanilla del Viático hacía asomar a las puertas, ventanas y balcones de la calle del Prado a los vecinos, y los transeuntes se detenían, descubriendo la cabeza y doblando al suelo la rodilla, para saludar al ministro de Dios, que iba a recibir de una criatura el último suspiro.

El Viático se detuvo junto a la elegante fachada de una casa, y el sacerdote bajó de una lujosa carretela.

En el portal de aquella casa se veían algunos criados con librea, que, con la cabeza descubierta y el semblante compungido, esperaban al ministro de Dios.

Poco después el sacerdote tornó a bajar, y subiendo en la carretela, se encaminó al templo inmediato.

Puesto que Dios ha salido, entremos nosotros; pero con el respeto y la veneración que debe inspirarnos el cuarto de un moribundo que acaba de purificar su cuerpo con la Hostia consagrada.

En un gabinete lujosamente decorado, en donde nada dejan que desear el arte y el lujo, se encuentran tres personas: dos hombres y una mujer.

La mujer es la enferma.

De los dos hombres, el uno es joven, y se halla sentado junto al lecho de la moribunda.

El otro, un anciano flaco, macilento, con la cabeza blanca como la nieve, casi embutido en una butaca de terciopelo azul, tiene su mirada fija en una de las flores de la alfombra.

Aquel anciano, más que un sér viviente, parece un autómata.

No respira, no se mueve, parece un cadáver colocado allí por la mano de los vivos.

La enferma tendrá apenas unos veinte años.

Su hermosura es tan dulcemente triste, que mirando a aquella mujer, los ojos se humedecen de lágrimas y el corazón se oprime.

Su rostro, extremadamente blanco, podía tomarse por un busto de mármol, si de vez en cuando no se le viera gesticular, sin duda por algún agudo dolor que atormenta su cuerpo.

Los negros y lustrosos bucles de su cabellera cubren la blanca y finísima almohada, como si fueran ondas de azabache.

Los ojos de la enferma brillan con esa luz misteriosa que se concentra en las pupilas, cuando, próxima la muerte, se escapa del cuerpo el último calor de la vida.

El hombre que se hallaba sentado junto al lecho de la enferma, parecía absorber con sus ojos garzos y rasgados, que lloraban gota a gota, las tristísimas miradas de la moribunda.

Entre sus manos oprimía una de las de la enferma, blancas y transparentes como la de una clorótica.

La luz de una lámpara de cristal que colgaba del dorado techo, bañaba con sus tenues resplandores el doloroso cuadro que vamos describiendo.

La muerte transmite un soplo glacial cuando se cierne sobre el lecho de un moribundo.

En el ambiente que se aspira en la alcoba de un sér próximo a expirar, hay algo que no es de la tierra, algo inexplicable que nos oprime el corazón, algo misterioso que nos habla de la eternidad, algo inmenso que nos recuerda a Dios.

Pero basta de reflexiones. La joven que acaba de recibir los últimos consuelos de la Iglesia va a hablar. Oigamos las palabras de un sér próximo a penetrar en las regiones de lo ignorado. Escuchemos la voz de una criatura cuyo eco va a perderse muy en breve en los estrechos y obscuros ámbitos de una tumba.

—¡Ay, Pedro mío!—dijo la enferma con un acento débil, tan débil, que sólo pudo oirlo el hombre que lloraba inclinado sobre su lecho—. ¿No es cierto que hemos sido muy desgraciados?

Pedro cubrió de lágrimas y de besos aquella mano que oprimía entre las suyas.

La enferma continuó:

—¿Por qué lloras? ¿No crees tú, como yo, que hay otra vida menos perecedera que ésta? ¿No estás convencido de que en las puertas de la muerte comienza una eternidad infinitamente más grande que esta vida de miserias y amarguras? ¿Puedes tú, Pedro de mi alma, prolongar ni un solo instante de mi existencia con esas lágrimas? No llores, pues; aprovechemos los cortos momentos que me quedan para hablar de nuestra hija, de nuestra querida Magdalena, purísima flor que hace tres días abrió su cáliz perfumado a la luz de la vida, sin saber que me daba la muerte.

La enferma se detuvo.

Las pocas palabras que acababa de pronunciar la habían fatigado.

Pedro seguía llorando, y besaba sin cesar las manos de su esposa.

Su dolor era tan inmenso, tan profundo, que no encontraba palabras para expresarlo.

Durante esta pausa, en el pálido rostro de la enferma apareció un resto de vida, y una sonrisa melancólica dibujóse en sus descoloridos labios.

—Después de todo, Pedro—dijo—, estoy contenta, porque al separarme de ti te dejo un trozo de mis entrañas. Tú debes amar mucho a Magdalena, ¿no es verdad? Si yo viviera, te verías precisado a dividir tu amor entre las dos, pero ahora es otra cosa; ahora tu amor será más grande, más verdadero, más firme, porque resumirás en un solo sér el cariño de padre y esposo. ¡Ah! Te encargo que ames mucho también a mi padre, pobre anciano que dobla la frente hacia la tierra como

si buscara la fosa que debe recibir en breve su cuerpo.

Tula, que procuraba con sus palabras distraer el dolor de su esposo, volvió a detenerse, porque sus fuerzas eran muy pocas y se iban agotando en aquellos raudales de ternura que brotaban de sus labios.

Con la mano que le quedaba libre acariciaba los cabellos de aquella cabeza querida, que lloraba apoyada en el borde de su cama.

—Ahora que recuerdo—volvió a decir Tula, dando a su voz una entonación muy distinta de la que había empleado hasta entonces—, yo he ganado la apuesta. ¿Te acuerdas?

Pedro alzó al fin la cabeza, y, mirando a su esposa, le dijo:

—Sí, tú has ganado la apuesta; pero yo no puedo pagarte porque tú me abandonas.

—Nuestra separación nó será larga.

—¡Ah! Si no tuviera una hija.

Tula colocó la pequeña mano sobre la boca de su esposo, como para no dejarle terminar la frase, y luego dijo:

—Yo quiero que vivas, y que vivas mucho, para ella y por ella; quiero que la eduques con modestia, que hagas, si es posible, de esa niña, más que una joven elegante del buen tono, una buena mujer del pueblo... Procura que en su corazón no se arraige la necia vanidad que a su madre hizo en otro tiempo tan exigente. Todo eso quiero, Pedro.

—Yo te lo prometo—respondió el esposo—. Mi único afán será hacerla feliz.

—Dios te lo premie.

—¡No, no! ¡Dios me lo tome en cuenta—exclamó Pedro—por el crimen que cometí y que aún no se ha borrado de mi mente ni se borrará nunca!

—¿A qué recordar?...

—Mira, Tula: tú has querido que los médicos te dijeran la verdad de tu estado. La ciencia, aunque con alguna vacilación, pues siempre le es doloroso revelar un caso tan grave, te ha dicho que tu enfermedad era de muerte.

—Sí, sí, Pedro. Si ellos no me lo hubieran dicho, yo lo hubiera adivinado. El frío de la muerte circula por mis venas; no tengo esperanzas, y moriré tranquila, sin medio; creo en Dios, y eso me dará fuerzas en mi última hora.

—Pues bien, Tula: todo eso es muy doloroso. Tus palabras me despedazan el corazón; no quiero que me dejes, no quiero que te mueras; te necesito.

—Pedro, acatemos los fallos de la Providencia. Dios es justo, pero comprendo que mi última hora no está lejos. Aprovechemos los cortos instantes que me quedan de vida para hablar como cristianos. Quiero morir con la seguridad de que te quedas en la tierra para sembrar el bien, para ser el mejor de los hombres, el más cariñoso de los padres; quiero morir con la confianza de que tú no olvidarás nunca que la caridad desenoja a Dios.

—Sí, Tula, sí; habla de lo que quieras. Te juro por nuestra hija que haré cuanto me digas.

—Si no recuerdo mal—dijo Tula, cuya voz iba

apagándose por momentos—, ayer, cuando los médicos declararon mi enfermedad incurable, me dijiste que si teníais la desgracia de perderme, te retirarías, para el resto de tu vida, a los montes de Santoña, donde posees una quinta de tu difunto padre.

—Y cumpliré mi palabra. Allí, solo con tu padre y con mi hija, mi único afán será cuidar de esos dos crepúsculos, que son mi única familia.

—Pues bien: yo quiero que eso se realice; que tu mano sea pródiga con todos los desgraciados que lleguen a la puerta de tu retiro; eres rico, haz bien al menesteroso.

—La mitad de mis rentas serán repartidas entre los pobres. Además, como la quinta donde pienso vivir se halla situada en las costas del golfo de Vizcaya, en el mar Cantábrico, pienso fundar en una de sus salas un hospital para los náufragos.

Pedro bajó la voz, y dijo al oído de su mujer:

—Ya que en otro tiempo precipité al mar a un hombre inocente, justo es que recoja en mi casa a los que el mar arroje sobre las rocas donde se halla la morada que fué de mis padres.

—Ese pensamiento, esposo mío, te abrirá algún día las puertas del cielo—dijo Tula, cerrando los ojos y guardando silencio.

Se hallaba fatigada.

Pedro la contemplaba con doloroso silencio

Una hora transcurrió sin que apartara sus ojos de aquella hermosa cabeza, en donde el dedo de la muerte comenzaba a imprimir sus huellas.

Pedro, creyendo que su esposa dormía, levantóse, y acercándose al anciano, le dijo:

—¿Por qué no se acuesta usted, padre mío?

—¡Acostarme!...—exclamó el viejo Araguay, admirado de aquella proposición—. ¿Qué voy a hacer en la cama? Después hace un siglo que no veo a mi nieta; parece que la ocultáis de mí, y eso que yo la cuidaré mucho mejor que esa nodriza que la acaricia por doce duros al mes; caricias interesadas, como si dijéramos, a tanto cada mes; porque ¿cómo es posible que esa mujer la quiera tanto como su abuelo? Vamos a ver, ¿quién me disputará a mí eso?

—Nadie, padre mío, nadie—dijo Tula, que lo había oído todo.

—Claro que nadie—murmuró el anciano.

Pedro corrió a la cama de su esposa.

Araguay quedóse otra vez inmóvil, con la mirada fija en la misma flor de la alfombra, y repitiendo en voz baja:

—Está claro que nadie. Soy su abuelo; es decir, dos veces padre. Pero ya se ve, se empeñan en que no la vea; no me la dejan tener en mis brazos, por miedo de que se me caiga. ¡Como si a un hombre se le pudiera caer el corazón o el alma! Y una nieta es el alma y el corazón del abuelo... Quiero verla y no me dejan... Pues bien, si no la veo, no me acostaré, y en paz.

Todas estas palabras, que el anciano tartamudeaba en voz baja, fueron oídas por Tula, que cogiendo una mano de su esposo la besó, y, mirándole de un modo expresivo, le dijo:

—Pedro mío, ten paciencia, y no olvides que dejo a tu cargo dos niños: mi padre y tu hija. Cuídalos mucho. Di que traigan a Magdalena...

Y dirigiendo una mirada al anciano, continuó:

—Démosle gusto. El lo ha dicho: es dos veces padre.





CAPÍTULO X

El último suspiro.

PEDRO tiró del cordón de una campanilla y presentóse un criado.

—Diga al ama que traiga a la niña; su abuelo y su madre quieren verla.

Araguay levantó la cabeza, y una sonrisa apareció en sus labios.

—¡Ah!—dijo—. ¿Me la vais a dejar tener un rato muy grande?

—Sí, padre mío, sí—contestó Tula, violentándose para esforzar la voz—; todo lo que usted quiera.

—Pues bien, la tendré toda la noche. Que me acerquen un sillón a tu cama, y pasaremos toda la noche juntos: tú, en la cama; Pedro, a tu lado, y yo con la niña en brazos. ¡Oh! Verás qué noche tan divertida pasamos. Y cuando tú te levantes de esa cama, cuando estés buena, nos iremos a Santoña. Yo no sé cómo

no se muere uno de tristeza en este Madrid. Sin más calor que el de las chimeneas, con un ambiente que se masca y un ruido de todos los infiernos... Ponte buena, hija, ponte buena, y vamos a vivir al campo. Verás cómo le prueba el campo a Magdalena

Durante estas palabras, Tula lloraba con la mirada fija en su esposo. Pedro lloraba también.

El pobre anciano no sabía que todos aquellos planes eran irrealizables, porque la muerte iba a hacerlos imposibles.

La terrible desgracia que estaba suspensa sobre el lecho de Tula, era un secreto para el anciano.

Todo se le había ocultado, y el pobre soñaba en un mañana tan venturoso que no debía llegar nunca.

Don Casto, con la divagadora mirada fija en la puerta, esperaba que le trajeran a su nieta.

Pronto entró en la habitación una robusta pasiega, lujosamente vestida, con la niña en brazos.

—¡Venga aquí! ¡Venga aquí!—exclamó el anciano extendiendo los brazos en dirección a la pasiega.

Ésta miró a Pedro, como preguntando lo que debía hacer.

Pedro la indicó que obedeciese al abuelo.

—Con cuidado, señor, que está dormidita—dijo la nodriza, colocando a la niña sobre las rodillas del anciano.

—¡Con cuidado!... ¡Con cuidado!... No parece sino que usted sola sabe tenerla. Pero tenga usted entendido que nadie la ha de mimar más que la mime y la mire su abuelo.

Y Araguay comenzó a mecer a la niña con la tierna y cariñosa solicitud de una madre.

La pasiega se sentó junto al anciano.

Durante un cuarto de hora no se oyó en aquella habitación mas que el sonsonete del anciano meciendo a Magdalena y los sollozos ahogados de Pedro y Tula.

En cuanto al ama, se había dormido pacíficamente en la butaca.

Los pueblos antiguos, y en particular el de Israel, hacían muy bien no permitiendo que las mujeres dieran sus hijos a pechos extraños para que los alimentaran.

El cariño que se paga es muy pocas veces hijo de alma.

Tiene otro origen más mezquino, más despreciable: el egoísmo.

Existe en la provincia de Santander una legua de terreno regada por un río, que suministra a España un sin número de madres que abandonan su hogar y hasta sus hijos, por criar a los ajenos.

La moda ha fijado sus volubles miradas en el valle de Pas, y ha dicho: «Necesito tus mujeres». Y ellas han contestado: «Pagadnos bien y nos tendréis.»

La moda lo invade todo, hasta el cariño maternal.

¡Dichosos los que, como nosotros y nuestros hijos, se han nutrido con el jugo de los pechos de la misma que nos llevó en sus entrañas!

Las incomodidades que causa un hijo en todos tiempos, y en particular en los meses de lactancia, son otros tantos méritos para afianzar el cariño de la madre.

Son como acciones de guerra para el militar viejo, que enaltecen su hoja de servicios y aseguran la tranquilidad de su conciencia en la vejez. Son como las heridas del veterano, que, cuando le molestan, le recuerdan que ha cumplido con su deber y el mal se aminora.

Pedro, que conservaba la mano de su esposa entre las suyas, observó que aquella mano se iba enfriando; pero con un frío que helaba hasta los huesos, con un frío que no se parecía al del mármol ni al de la nieve, con un frío sin igual, el frío de la muerte.

—¡Tula!... ¡Tula!...—le dijo en voz baja, aproximándose cuanto pudo, como si quisiera recoger con un beso el último aliento, y colocando su ardorosa mano sobre la helada y pálida frente de su esposa.

Tula dirigió a su marido una mirada sin luz, y sonriéndose dulce, pero tristemente, le contestó:

—Aun no... aun no.. Pedro mío... pero no tardaré mucho... Procura que mi padre se retire... Deja que le dé un beso de despedida a mi adorada hija... y luego... cuando quedemos solos... entònces... entonces mi último suspiro será... para ti...

La voz de Tula era débil, casi imperceptible, como el zumbido melancólico de la palma que se inclina agitada por el vendaval.

Pedro, enjugándose las lágrimas, se separó del lecho de la enferma y dijo al anciano:

—Padre mío, ya es hòra de descansar.

—No tengo sueño—repuso el viejo, sin dejar de mecer a su nieta.

—Van a dar las once.

—Eso no importa. ¿Tengo acaso que levantarme mañana al romper el día para ganar un jornal?

—Sin embargo... la salud de usted...

—Pero, hombre, ¿no conoces que si me levanto de este sillón se va a levantar Magdalena?

—Pues bien, no importa. Además, Tula quiere darle un beso a su hija.

—¡Ah! Eso es otra cosa. Al fin, ella es su madre.

Araguay se levantó y fué con la niña en brazos hasta la cama de la enferma.

Este diálogo despertó a la pasiega, que maquinalmente alargó los brazos como para coger a la niña.

Tula, con una delicadeza que sólo comprenden las madres, dió tres besos a su hija.

En aquellos besos sin estrépito, sin ruido, aquella madre parecía querer transmitir a su hija la poca vida que le quedaba, su alma, su existencia.

Pedro cogió a la niña y se la entregó a la nodriza, diciendo:

—Puede usted retirarse.

La pasiega salió de la habitación.

Entonces Tula cogió una de las manos de su padre, que se había quedado absorto viendo que se llevaban a su nieta.

Tula, viendo que su padre no la decía nada, y deseando recibir la bendición del autor de sus días, le dijo procurando sonreír:

—Padre mío: ¿No es verdad que siempre he sido caprichosa?

—Un poco, un poco—murmuró el viejo, cuya ca-

beza bastante débil, no se explicaba la manera brusca con que le habían separado de su nieta.

—Pues bien—continuó Tula—, esta noche tengo el capricho de que usted me perdone todo cuanto he hecho, y me bendiga.

—Pero a ¿qué viene eso?—exclamó Araguay, que estaba bien lejos de figurarse el verdadero motivo.

—Es un capricho...

—Pues bueno, yo te perdono y te bendigo.

—¿De todo corazón?

—Con alma y vida, hija mía. Además, ¿qué daño me has hecho tú?

Tula rodeó sus brazos al cuello del anciano y besó repetidas veces su arrugada frente, sus veneradas canas.

—Pero, niña, ¿a qué viene ese entusiasmo, estos besos, estas lágrimas?—exclamó el viejo sin podérselo explicar.

—Es un capricho como otro cualquiera—murmuró Tula, sonriendo tristemente y con la voz más desfallecida a cada momento.

A Pedro apenas le quedaban fuerzas para presenciar la dolorosa separación.

Al contrario de lo que suele suceder en semejantes casos, Tula engañaba a su padre. La muerte daba esperanzas a la vida.

Pedro comprendió que la mirada de su esposa le decía:

—Que se lleven a mi padre... Voy a expirar... Me faltan las fuerzas, la voz se apaga en mi garganta, el

frío de la muerte, que circula por mis venas, le siento llegar hasta el corazón.

Pedro llamó a un criado, e hizo que condujeran a don Casto a su habitación.

Los dos esposos se quedaron solos.

Pedro corrió hacia el lecho de su esposa, dando un doloroso grito, y abrazó el moribundo cuerpo de Tula.

Las dos bocas se juntaron: la una para depositar un beso lleno de vida, y la otra para exhalar un beso, preludio de la muerte.

—¡Pedro mío!...—exclamó con débil acento la moribunda—. ¡Mi hija!... ¡Mi padre!.. ¡Ay! ¡Dios mío!...

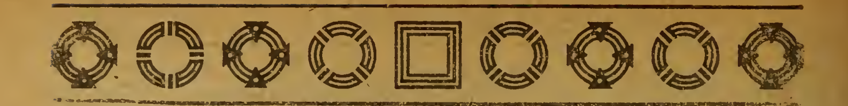
La joven se estremeció ligeramente.

Su hermosa cabeza, que se había levantado un poco, cayó exánime sobre la almohada.

Era un cadáver.

La muerte se acababa de interponer entre aquellos dos corazones.





CAPITULO XI

El capitán del brik «Socorro».

La muerte de Tula dejó un vacío inmenso en el corazón de Pedro y una soledad eterna en el alma del anciano.

Pedro, a pesar del dolor que le anonadaba, fiel a su promesa, cumplió todo lo que había ofrecido a su esposa, y un año después de su muerte se hallaba establecido en su casa de campo, situada en la costa del mar Cantábrico.

No sin muchas dificultades logró que le permitieran trasladar desde Madrid a su casa de campo el cadáver de Tula.

Las turbulentas ondas del golfo de Vizcaya se estrellaban sobre las altivas rocas de la costa, situadas como a un cuarto de hora de la quinta.

Pedro habilitó una sala con seis camas para los náufragos que sobre aquellas costas le enviara la tempestad.

Este pequeño hospital se hallaba a cargo de un médico pensionado por Pedro.

Sobre la puerta de entrada, en la parte interior de la sala, se veía un retrato de cuerpo entero de una mujer joven extremadamente hermosa.

Al pie de este retrato se leía: «Doña Gertrudis Araguay de Durango, fundadora de este piadoso asilo».

En un bosquecillo inmediato a la quinta, al pie de un inmenso sauce, se había colocado en el ataúd de plomo que encerraba los restos tan queridos, y una lápida de mármol negro indicaba con estas palabras que allí había un cadáver: «Aquí descansa en paz un ángel que, apenas tocó con sus alas el polvo de la tierra, la abandonó para subirse al cielo».

Alrededor de aquel árbol que prestaba su bienhechora sombra a la tumba de Tula, se hallaba un banco de tosca piedra, donde Pedro y el viejo Araguay pasaban muchas horas del día con la dolorosa mirada fija en la fúnebre lápida.

Pronto los beneficios del joven conde de Durango se dejaron sentir entre los pobres de la comarca.

Los sencillos aldeanos formaban mil comentarios sobre aquel hombre, cuya caridad era inagotable.

Pedro se había hecho construir en El Ferrol un brik barca llamado «Socorro», que permanecía anclado en el puerto de Santoña, tripulado siempre por doce hombres escogidos y bien pagados.

Cuando el tiempo anunciaba tempestad, Pedro se trasladaba a Santoña vestido de marino, se embarcaba y hacía levar anclas al brik «Socorro», no sin grande

admiración de los prácticos, que al verle salir le auguraban una desgracia.

El brik recorría la costa desde el cabo de Ortega hasta Fuenterrabía, y no pocas veces tornaba a entrar en el puerto de Santoña, conduciendo a bordo algunos infelices náufragos, la mayor parte pescadores de la costa, que eran socorridos con solícito esmero en su hospital.

La abnegación de aquel marino admiraba a los habitantes de la comarca.

Pedro tenía a los treinta y cinco años el aspecto de un anciano.

Las canas poblaban su cabeza y su barba.

Hablaba poco.

Su carácter taciturno y retraído empequeñecía en parte la grandeza de su caridad y amor al prójimo.

Era, en fin, un hombre que, haciendo mucho bien, inspiraba cierto miedo, cierta repugnancia, sin duda porque las tintas sombrías del remordimiento se veían marcadas en su arrugada frente.

Mientras tanto, la niña Magdalena cumplió siete años, y era un retrato de su difunta madre.

Entonces se suscitó una cuestión entre Pedro y el anciano Araguay.

Era preciso comenzar a fijarse en la educación de aquella niña.

El abuelo se opuso a separarse del único amigo que le quedaba en la tierra.

No sin mucho trabajo, Pedro logró convencer al anciano, y Magdalena fué conducida a San Sebastián

a un colegio, encargando a la directora que nunca la dejase entrever, que era hija de un hombre rico.

Pedro quiso, como había ofrecido a su esposa, que Magdalena se educara con modestia.

Todas las semanas el conde recibía una carta detallada de la directora.

A medida que la niña iba creciendo, las cartas iban siendo más alarmantes.

El carácter de Magdalena tenía desconsolada a la pobre señora que se había encargado de su educación.

Pedro ocultó siempre este disgusto al anciano Araguay, que iba una vez al mes a ver a su nieta, pasando un día con ella.

Magdalena había cumplido once años, cuando una mañana el conde recibió una carta concebida en estos términos:

«Señor D. Pedro de Durango.—Muy señor mío: Doloroso me es tomar la pluma para escribirle esta carta, pero escudado en mi deber y en lo que usted me tiene encargado, no vacilo en hacerlo. Las continuas visitas de su señor suegro de usted causan un grave perjuicio a Magdalena, cuyo carácter voluble y exigente toma de día en día mayores proporciones. Llegado es el momento de que se tome una resolución: o se le dice que efectivamente es rica y puede realizar sus ensueños de lujo y esplendor, o conviene desde ahora que se le haga comprender lo contrario. Inútil es que yo le diga que es pobre y que sólo por la modestia y el trabajo podrá alcanzar una honrada medianía, si el señor de Araguay le dice lo contrario. No quiero

què mañana me reprenda usted injustamente por no haberle advertido estas cosas. Magdalena es aún una niña; tal vez tenga remedio su carácter, que, aunque me sea doloroso decirlo, me asusta. Hace unos días la oí decir que por un vestido de seda como el que llevaba Luisa (es una niña que tengo en mi colegio de alumna interna), daría cualquier cosa que la pidieran.

Usted, Sr. D. Pedro, dispondrá como guste, teniendo entendido que puede contar conmigo para todo.

Suya, Angela García.»

Pedro meditó durante una gran parte de la noche sobre aquella carta

El había ofrecido a su esposa hacer de su hija, no una mujer a la moda, sino una mujer hacendosa, honrada.

Era preciso, pues, desorientar las aspiraciones de Magdalena, hacerla creer que nada tenía, dominar sus instintos.

Pedro, desde que vivía en la soledad de su retiro, lo había olvidado todo, menos su remordimiento.

Hacía el bien, buscando el perdón de su crimen.

A fuerza de buscar en su mente el remedio para desviar las inclinaciones de Magdalena, tropezó con un nombre: Pablo Gurrea, el honrado contramaestre del bergantín «Cervantes», su amigo, compañero y del que no se había acordado en once años.

Este nombre fué para el conde una esperanza.

Al día siguiente mandó a un marino de su tripulación que averiguara si Pablo Gurrea vivía en Santillana del Mar y que se enterara de su conducta.

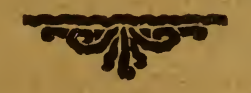
Algunos días después el marinero regresó a la quinta del conde, y le dijo:

—He encontrado a Pablo Gurrea.

—Di lo que sepas de ese hombre—le dijo Pedro.

—Se le tiene por el pescador más honrado de la comarca. Está bien acomodado y tiene un hijo de trece años, llamado Angel, robusto y hermoso, y una niña de once, llamada María, que dicen que es más buena que el pan de flor; en cuanto a su mujer Marta, es una santa. Yo he estado dos horas hablando con ellos sin participarles el motivo de mi viaje, y debo decir que el aseo de su modesta casita, situada como a un cuarto de legua de Santillana del Mar, y la salud y la honradez que rebosa en sus semblantes, me hacen codiciar la paz y la felicidad que disfrutan en medio de su pobreza. Pablo tiene una barca de un solo palo y vive de la pesca. Su hijo Angel le ayuda.

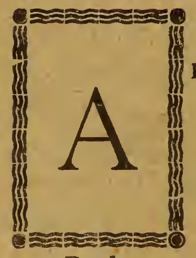
El conde despidió al marino.





CAPÍTULO XII

Un depósito sagrado.



L día siguiente, el conde, sin decir nada a su suegro, arregló la maleta de viaje.

Vistióse lo más modestamente que pudo, y montando en un caballo, se encaminó a San Sebastián.

Pedro conversó con la directora, y luego la habló en estos términos:

—Hija mía: hoy mismo vas a abandonar este colegio.

Magdalena demostró una alegría inmensa.

Su padre continuó:

—La desgracia, que hace tiempo se empeña en perseguirme, me obliga a tomar esta medida.

Magdalena escuchaba con asombro a su padre.

—Sí, Magdalena, soy pobre; hace pocos días lo h perdido todo; el mar ha estrellado mi buque sobr la costa, y aquí me tienes que, para poder vivir, m

veo precisado a tomar la plaza de piloto de un buque, y, por lo tanto, me es de todo punto imposible pagar tu pensión en este colegio. Así, pues, he resuelto, hasta que Dios quiera, que vivas en casa de un antiguo compañero mío, de un honrado marino, que te amará como un padre, y tiene dos hijos, casi de tu misma edad, que serán para ti hermanos.

Magdalena comenzó a llorar.

Todas las ilusiones de su mente, todas las risueñas esperanzas de su corazón, acababan de desvanecerse como un sueño de felicidad tenido en las tétricas paredes de un calabozo.

Aquella niña soñadora, aquella perfumada azucena, cuyo instinto la empujaba hacia las comodidades esplendorosas del lujo, vió a sus pies abierta la horrible sima de la miseria.

Aunque apenas contaba doce años, bajo aquella frente, risueña como la aurora, en aquella cabeza infantil y hermosa como las alboradas de mayo, comenzaban a tomar proporciones los pensamientos de la mujer.

Pedro contemplaba con dolor la amargura de su hija, y sufría horriblemente, en silencio, por aquel engaño, que era preciso mantener para asegurar su felicidad. Aquel hombre, por una imprudencia, había causado la desgracia de su esposa; tal vez, por un error de educación, iba a causar la de su hija.

—¡Ah!—exclamó la niña—. ¡Qué desgracia tan grande es ser pobres cuando se ha soñado en la opulencia! Yo no sé por qué mi abuelo venía a decirme

todos los meses que cuando quisiera me compraría un hermoso coche con dos caballos ¿No es cierto, padre mío, que es una crueldad ofrecerle a una lo que no han de darle nunca?

Pedro apenas encontraba palabras con que responder a aquella pregunta.

Hubo un momento en que tuvo intenciones de revelárselo todo.

Aquella misma tarde, Magdalena, con un modesto vestido negro y su sombrero de paja, montada a la grupa del caballo de su padre, salió de San Sebastián.

Algunos días después, los dos viajeros llegaron a Santillana del Mar.

Pedro dejó su caballo en una posada, y con la maleta bajo el brazo y su hija de la mano, tomó la vereda que conducía a casa de Pablo, el marino.

Nuestros lectores recordarán que a esa hora en que el sol lo embellece todo con sus últimos rayos, Pablo, que se hallaba rodeado de su familia, vió venir a un extranjero que conducía a una niña de la mano.

No deben haber olvidado tampoco el asombro, el terror que la presencia de este personaje produjo al honrado marino cuando le dijo con voz pausada:

—Dios te guarde, Pablo. ¿Es ésta tu familia?

Después, el extranjero mandó a Pablo que botara la lancha al mar, y depositando la niña en manos de Marta, se hicieron a la vela hasta encontrarse a algunas millas de distancia de la costa.

Allí, en medio de los mares, sin más testigos que la luna, que alumbraba con sus rayos la frágil embar-

cación, Pedro contó a su contramaestre todo lo que nosotros hemos narrado a nuestros lectores.

Aquella confesión de un padre hecha a otro padre, unió para siempre con lazos indisolubles a los dos marinos.

Pablo juró respetar el secreto y ser desde aquel día un padre amoroso para Magdalena.

Pedro, después de escuchar el juramento del honrado marino hecho en el nombre de Dios y por la salvación de su alma, le dijo de este modo:

—Pablo, te entrego a mi hija; procura hacer de ella una mujer modesta y honrada. Sólo es feliz el que nada ambiciona. El carácter es la mayor fortuna de la criatura. Desde ahora, el porvenir de tu hijo corre de cuenta mía; pero de todo cuanto yo haga ha de ser un secreto para Magdalena. Angel es joven, robusto y honrado. El mar es un ancho campo para su ambición. Haz de él un marino inteligente, yo pagaré los gastos que te ocasionen sus estudios, y cuando sea hombre, yo seré su armador. Yo le compraré un buque. Yo le haré un hombre de provecho. En la maleta que he depositado en manos de tu esposa hay cien onzas de oro; la mitad de ese dinero empléalo en los estudios de tu hijo; la otra mitad servirá para los alimentos y ropa de mi hija. No ha de ser más mimada que tus hijos. Tienes dos: figúrate desde ahora que tienes tres. Si alguna vez me necesitas, no olvides que vivo en las cercanías de Santoña. Allí todos me conocen. Yo vendré a verte de vez en cuando.

Pablo escuchaba absorto las órdenes del conde,

mirando como a una providencia a aquel hombre extraordinario, a quien no podía comprender.

Juró obedecerle en todo, y como la aurora comenzaba a extender sus sonrosadas tintas sobre la superficie de los mares, Pedro indicó que podían regresar a tierra.

Dos horas después desembarcaron frente a la modesta casita que ya conocen nuestros lectores.

Marta, Angel y María, esperaban a Pablo llenos de curiosidad.

La presencia del extranjero les había sobresaltado, y en toda la noche no habían podido conciliar el sueño ni un solo instante.

—¡Eh! ¡Qué diablo!—dijo Pablo sonriéndose—. Aquí tenéis, señor Pedro, mi «ganado», que según lo cariacontecidos que los encuentro, indudablemente se figuraban que me había comido algún tiburón. Ya me tenéis aquí. Este hombre (Pablo colocó, aunque con alguna cortedad, su mano sobre el hombro derecho del conde), este hombre es un antiguo camarada, un contramaestre como yo, que ha llevado el pito colgado del cuello, con mucha honra, por espacio de quince años; los dos hemos recorrido juntos el gran charco, y más de una vez el agua salada nos ha salpicado de pies a cabeza. Ya te explicaré, ya te explicaré, querida María, quién es el señor Pedro. Pero ¿dónde está su hija? Porque justo es que la dé un abrazo antes de marcharse.

—¡Pues qué! ¿Se queda esta niña con nosotros?—preguntó Marta.

—Sí, querida esposa. Desde hoy tienes tres hijos, en vez de dos. Los hijos y el dinero dicen que nunca estorban a los pobres.

Marta amaba a su marido, y acostumbrada a obedecer, nada repuso, aunque en el fondo de su corazón le parecía extraño todo aquello.

Pedro, que no había despegado los labios pero que no apartaba sus miradas de Angel, le dirigió la palabra de este modo:

—Joven, ¿te gusta el mar?

—Más que la tierra, señor—respondió Angel.

—¿Serías marino?

—Sí, señor; pero me gustaría ser marino de veras.

—¡Diantre! ¿Lo eres ahora de chanas?—dijo Pablo mezclándose en la conversación.

—Ahora soy pescador costero; nunca pierdo de vista la chimenea de mi casa, y aún me parece que oigo la voz de mi hermana cuando canta. A mí me gustaría correr ese mar que llaman Océano, ver el sol de los trópicos, presenciar las tempestades donde no se vea mas que el cielo cargado de nubes y las ondas encrespadas en derredor del buque. Eso es ser marino. Pero ¿qué hace más un pescador costero que ser, como dice mi padre, casi un pescador de caña?

Pedro tendió una mano a aquel joven que, a pesar de sus pocos años, demostraba sus deseos con una vehemencia y un entusiasmo que él no podía esperar, y le dijo sencillamente:

—Tienes razón, hijo mío; y si tu padre sigue mis consejos, tú serás marino del modo que deseas.

Mientras tanto, Marta había ido a decirle a Magdalena que su padre quería despedirse de ella.

La niña, enterada por su padre de que iba a dejarla en aquella casa, no extrañó la noticia.

Además, le era más grato vivir allí que en el colegio.

La noche anterior había encontrado tanto cariño en aquellos niños de su edad, tanta ternura en la bondadosa Marta, que cuando su padre la dijo: «Magdalena, vamos a separarnos; espero que serás una muchacha obediente y buena, y que esta honrada familia no se ha de ver en el caso de darme quejas de ti»; Magdalena contestó:

—Yo te lo prometo.

Pedro abrazó a su hija, depidiéndose después de aquella honrada familia.



LIBRO CUARTO

AMOR PLATÓNICO



315

CAPÍTULO PRIMERO

Dos corazones que se comunican sus deseos.

PABLO Gurrea era un buen marido, de esos que cuando por las noches se apaga la luz y se queda a oscuras la alcoba, se dedican un rato a contarle a su mujer todo lo que les acontece.

En uno de esos ratos de «maridal comunicación», Pablo contó a Marta la historia de Pedro y el por qué estaba entre ellos la linda Magdalena.

Marta se alegró «triplemente» de aquella revelación, que ofrecía un porvenir tan risueño a su querido hijo Angel.

Tratóse desde el día siguiente al de la partida del conde de que el chico se trasladaría a Santander a instruirse en todo aquello que le conviene no ignorar a un marino.

Pablo partió con el chico.

Santillana del Mar dista cinco leguas escasas de

Santander, y a Pablo le pareció oportuno alquilar un caballo, para que el viaje fuera menos pesado.

Angel abrazó a su madre y a su hermana, dirigiendo una mirada a la niña forastera, que tan simpática le había sido desde el momento en que la vió.

Pablo encontró lo que buscaba, y convino con el director del colegio en que todos los meses el chico había de ir al pueblo a pasar dos días con la familia.

Todos los meses, pues, durante los estudios de Angel, había un acontecimiento en la modesta casa de Pablo: la llegada de su hijo

Marta amasaba el pan con más esmero, para que su hijo lo comiera más tierno y sazonado. Pablo guardaba los pajeles más dorados, los salmones mejores para que el estudiante se chupara los dedos. María se preparaba a hacer maravillas con el arte culinario, y Magdalena se peinaba con más cuidado que los demás días.

Aquella honrada familia pasaba dos días felices.

Después el estudiante volvía a marcharse, le acompañaban hasta media hora del pueblo, y regresaban tristes a su casa, aunque con la esperanza de volver a verle a últimos de mes.

Pablo participaba con frecuencia al conde el estado de la familia, y especialmente de Magdalena, que parecía muy contenta de vivir con ellos.

Por otra parte, cuando el conde recibía una carta plegada a lo soldado y con este sobre: «Al Sr. Pedro, patrón del brik *Socorro,* anclado en el puerto de Santoña», no podía menos de sonreirse porque aquella

carta para él una esperanza, le traía noticias de su hija.

A pesar de estas cartas, Pedro solía visitar a la familia de Pablo de vez en cuando, trayendo algún modesto regalo para su hija, sin olvidar a Marta ni a María.

Magdalena, aunque convencida de la pobreza de su padre, no por eso dejaba de gustarle hasta el extremo de engalanar su persona.

La pobreza le repugnaba lo que no es decible, pues a pesar de sus pocos años, tenía encarnados los instintos de lujo en el fondo de su corazón.

A unos cuantos pasos de la casa de Pablo había un álamo blanco, frondoso y robusto, que recto como la conciencia de un justo, elevaba al cielo sus pobladas ramas. Una tarde, María y Magdalena se sentaron al pie de este árbol.

Aquellas dos jóvenes, hermosas como puede pintarlas el deseo, aunque con dos hermosuras distintas, pues Magdalena hablaba a la materia y María al alma, conversaban de este modo:

—¿Qué harías tú si fueses rica?—preguntó Magdalena a María.

—Darle dinero a mi padre para que no trabajara más—respondió ésta ingenuamente.

Y como viera que su amiga se había quedado meditabunda ante su respuesta, sin comprender ella misma el efecto que le había causado, contestó:

—¿Y tú?

—Yo—contestó Magdalena—, si fuera rica...

Y se detuvo, como el que va a decir una mentira y teme que se lo conozcan.

—Sí—continuó María—, ¿qué harías tú si fueras rica? Yo ya te lo he dicho lo que haría.

—Pues mira, si yo fuera rica—contestó Magdalena revistiéndose de valor—, me compraría muchas cosas.

—¿Y qué cosas son esas?

—¡Toma! Vestidos, collares, pendientes y todas esas prendas que realzan la hermosura de las jóvenes cuando son lujosas y buenas. ¿No te gustaría a ti todo eso?

—Yo tengo una saya nueva—exclamó María.

—Sí, pero es de lana.

—Sin embargo, es muy bonita.

—Más bonita sería de seda.

—Hija, los pobres nos debemos contentar con lo que tenemos, y gracias.

—Sí, sí; pero como yo no hablo de pobres... Yo hablo como si fuéramos ricas.

—Es el caso que no lo somos.

—Pero lo podemos ser.

—¡Sí, como no lluevan onzas del cielo!

—La mujer que es bonita, aunque sea pobre, puede casarse con un hombre rico; eso sucede todos los días. Además, yo he leído en un libro, cuando estaba en el colegio, que una pastora se casó con un rey.

—¿Con el rey que rabió?

—No lo tomes a broma; era un rey de veras. Se llamaba Ricardo.

María hizo una mueca de incredulidad.

—Me da rabia que seas tan incrédula—repuso Magdalena con malhumorado tono.

—¡Ah! ¿Vas a enfadarte conmigo? Pues no lo conseguirás, porque yo no quiero.

Y María dió un beso en la mejilla a Magdalena.

—Bueno, hagamos las paces; pero hablemos como dos mujeres—volvió a decir Magdalena.

—¡Dos mujeres, y apenas tenemos quince años!

—¡Qué! ¿Te parecen a ti un grano de anís quince años? Pues a esa edad ya se debe pensar en el porvenir.

—El porvenir es una cosa que no me quita el sueño.

—Pues a mí, sí.

—Haces mal. Las muchachas, según dice mi madre, deben esperar y no desear.

—¿Y qué se pierde con desear?

—No lo sé; pero mi madre dice que es malo, y por eso no deseo nada.

—Veo que no eres franca conmigo, que no me dices lo que piensas.

—¡Toma! ¡Si no pienso nada!

—Eso no puede ser.

—¿Pues qué es lo que tú piensas?

—En muchas cosas.

—¿Y qué cosas son esas?

—Pienso que tu hermano será pronto piloto de un buque, y hará viajes a tierras muy lejanas, y nos traerá cosas muy bonitas de aquellas tierras.

—¡Oh! Pues yo quisiera que no se separara nunca de nuestro lado.

—Eso es imposible. Él es hombre y tiene que trabajar para adquirir una fortuna, y casarse, y llevar a su mujer muy compuesta.

—Tú siempre piensas lo mismo.

—¡Pues haré como tú, que no piensas nada!

Aquí hubo una pausa. María, menos rencorosa que Magdalena, volvió a reanudar la conversación.

—Vamos a ver —le dijo—: si tuvieras dos novios, uno rico y feo y a quien no quisieras, y otro pobre y guapo, ¿a quién preferirías?

—Ya te he dicho mil veces que la miseria me repugna.

—Bien, bien; pero responde a mi pregunta.

—Preferiría al rico, y creo que todas las muchachas, en mi lugar, harían lo mismo.

—Yo no haría lo mismo si el pobre me gustaba.

—¡Bah! Y con la hermosura de tu marido te morirías de hambre.

—Trabajaríamos para comer.

—Nunca comen bastante los pobres; casi siempre tienen hambre.

—Eso son los pobres ambiciosos.

—¿Y qué pobre no es ambicioso?

—Yo no lo sería.

—Lo dices ahora.

—Y lo diré siempre; mi madre me ha enseñado a no ambicionar.

—Siempre tienes el nombre de tu madre en la boca.

—Nunca tendré otro mejor.

—¿Tú que sabes lo que puede suceder?

—Suceda lo que suceda, mi madre será siempre para mí la primera.

—El tiempo lo dirá. ¡Pues qué! ¿No esperas tú casarte?

—Eso lo desean todas las muchachas.

—Pues bien: si tu marido es rico y guapo, te olvidarás de tu madre.

—¿Y quién te ha dicho que porque yo ame a mi marido he de olvidar a mi madre?

—Eso es lo que sucede.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Me lo pienso.

—Eso es porque no has conocido a tu madre. De lo contrario, ni lo pensarías ni lo dirías.

Magdalena se quedó un momento pensativa.

Tal vez María tenía razón. María había tenido la fortuna de conocer el cariño maternal, esa fuente inagotable de amor y tolerancia de que tanto necesitan los hijos.

En aquel momento, Marta llamó a las dos jóvenes, porque la modesta cena esperaba en la mesa.





CAPITULO II

Sueños de amor.

Angel había cumplido dieciocho años. Magdalena, quince.

Una mañana se encontraban sentados sobre una roca a la orilla del mar.

Magdalena era hermosa de un modo notable. En sus negras pupilas brillaban la misteriosa chispa del amor. En sus sonrosados labios palpitaba la pasión.

Angel era hermoso también, y la bondad de su corazón se reflejaba en la dulce mirada de sus ojos garzos.

Permanecieron un breve rato contemplando las olas del mar.

Por fin, Angel apartó sus ojos del mar, y fijándolos en el semblante de Magdalena, le dijo:

—Ya sabes que he terminado mis estudios.

—Sí; ya lo sé.

—Pero lo que no sabes es que voy a empezar la práctica.

—¿Y qué es eso?

—Que voy a embarcarme en un buque de cuadro.

—¿Por mucho tiempo?

—Por dos años.

—¿Y adónde vas?

—¡Toma! Adonde el capitán disponga; tal vez a América.

—¿Y está muy lejos?

—Mucho; a la otra parte del mundo.

—¿Y cuándo vas a comenzar?

—Mañana por todo el día tengo que hallarme a bordo.

—¡Tan pronto!

—Así lo ha dispuesto mi padre y el tuyo, que ha intervenido en este asunto.

—¿Y te vas gustoso?

—Sí y no.

—No comprendo...

—Sí, porque es preciso que yo viaje y aprenda lo que no sé, para que llegue un día en que pueda ser capitán de un buque; y no, porque siento separarme de estas costas.

—Yo creía que tus estudios eran suficientes para ser capitán.

—Yo sé por las cartas y los mapas todos los malos pasos que ofrecen peligro en el mar; conozco en teoría los bancos de arena, las costas peligrosas y los golfos; sé todas las maniobras convenientes, según el

lado de que sople el viento en tiempo de tempestad; no ignoro los deberes del marino en cuanto al cargamento de la estiba; he estudiado en un pequeño buque los nombres del aparejo, de las jarcias, de los drizos, de las velas; pero me falta navegar, ver sobre el terreno lo que he creído ver en los libros y en los mapas, y para eso es preciso que me embarque y cruce los mares tres o cuatro años; de lo contrario, sólo seré un marino matalote (1).

—Y un joven, siendo todo eso que tú quieres ser, ¿puede hacerse rico?—preguntó con interés Magdalena.

—Por el pronto no es tan fácil; porque yo entraré ahora en la tripulación en clase de marino preferente. Mi parte en las ganancias del flete será muy corta; pero mañana o el otro puedo gobernar un buque, y entonces, si la fortuna me ayuda, podré llegar adonde otros han llegado.

—A ser rico, ¿no es verdad?

—¡Quién sabe!

—Si yo fuera hombre—dijo Magdalena—, creo que me haría rico.

—Para eso sería preciso que amaras a una mujer con todo tu corazón.

—¡Ah! ¿El amor enriquece?—preguntó Magdalena con cierta curiosidad.

—El amor hace milagros.

—Yo quisiera ver un milagro del amor.

---

(1) Hombre de mar rudo y torpe en su oficio.

—Pues se ven todos los días.

—Cuéntame alguno.

—Figúrate que un mozo está enamorado y es pobre. Los padres de la novia le niegan la mano de aquélla, que es la reina de su corazón, y el chico, desesperado, buscando mayor fortuna, sienta plaza de soldado con el único deseo de hacerse matar o de conquistar una posición. En estos casos el amor hace milagros, y no es extraño que el soldado llegue a capitán o a general.

—¿Y entonces, como es rico, se casa?—preguntó Magdalena.

—¡Es claro! Sólo por casarse con la que amaba ha arriesgado su vida.

Magdalena se quedó un momento pensativa, con los ojos fijos en el mar.

Angel contemplaba amorosamente a su amiga.

Así transcurrió un breve espacio.

De pronto, Magdalena, apartando su vista del mar, fijó sus ojos de un modo extraño en Angel, y le dijo:

—De manera que si tú tuvieras una joven que te amara, ¿procurarías enriquecerte por ella?

—¡Oh! Entonces mi ambición no tendría límites: sería incansable... Pero yo no tengo novia.

—¿Por qué no la buscas?

—Ya la he buscado.

—¿Y te ha dado calabazas?

—No.

—¿Tiene novio?

—Tampoco.

—¿Por qué no la dices que la amas?

—Se lo digo con los ojos, pero no me comprende.

—Díselo con la lengua.

—Tengo miedo.

—¡Bah! ¡Bah! Los hombres no deben tener miedo para esas cosas.

—Es que si me despreciara me moriría de dolor, porque la amo con todo mi corazón.

Magdalena tornó a guardar silencio.

Aquella joven, casi una niña, se hallaba dotada de una imaginación precoz y de un alma de fuego.

Había comprendido que era amada y que su amor podía engrandecer a aquel joven. Tal vez no amaba de la misma manera que era amada. Tal vez el afán de lujo, de brillar, era el único móvil que en aquellos instantes se albergaba en su corazón.

Viendo que Angel callaba, tornó a comenzar la conversación, que al parecer le era muy grata.

—¿Conozco yo —le dijo— a la joven que amas?

Angel se sonrió dulcemente, y contestó:

—Como a ti misma.

Aquella respuesta acababa de desvanecer todas las dudas.

Magdalena estaba convencida de que era ella la que reinaba en el corazón de Angel. Así es que, resuelta a arrancar de los labios de Angel el nombre de la que amaba, puso familiarmente una de sus lindas manos sobre el hombro del joven, y le dijo:

—Mira, Angel, nosotros dos nos queremos como dos hermanos, ¿no es esto?

—¡Oh! ¿Quién puede dudarlo?

—Dos hermanos tienen el derecho de explicarse mutuamente y de contarse sus cosas, ¿no es así?

—¡Ya lo creo!

—Pues bien; dime quién es esa muchacha que amas. Yo te prometo decirle lo que tú no te atreves.

—Me pides un imposible.

—Entonces di que no tienes confianza conmigo.

Angel, acosado por las preguntas de Magdalena, cogió una de sus manos con fraternal cariño, y mirándola con fijeza, como si quisiera estudiar hasta los más profundos pensamientos de su corazón, le dijo:

—¿Me prometes no enfadarte al oír el nombre de la muchacha que amo, de la que ocupa mi pensamiento durante el día, de la que es mi constante sueño durante la noche?

—¡Bah! ¿Y por qué me había de enfadar?

—¿Pero me lo prometes?

—Sí; te lo prometo.

—Quiero que me lo jures por la memoria de tu madre a quien tuviste la desgracia de no conocer. Ella tal vez desde la eternidad comprende la pureza de mis pensamientos, la grandeza de mi amor.

—Habla: te lo juro por mi madre.

Y Magdalena, al hacer este juramento, se estremeció ligeramente.

—Pues bien; la que yo amo se llama Magdalena.

—¡Ah! ¿Conque soy yo?—dijo la joven con cierta coquetería encantadora.

—Sí, tú—repuso Angel, con el temor que tiene la esperanza de encontrar un desengaño.

—Pues mira, Angel, francamente: lo que me acabas de decir no era un secreto para mí. Yo ya lo sabía.

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó Angel con ingenuidad.

—Tú.

—¿Ahora?

—No; hace mucho tiempo: el año pasado. Los ojos suplen muchas veces a las palabras; por ellos adiviné que me querías, y he aguardado un año entero a que me lo dijeras.

—Eso ha sido una traición.

—La mujer ha nacido para esperar. ¿No es verdad que eso es una desgracia? El hombre es más dichoso: cuando ve una cosa que le gusta, o la toma, o la pide, nadie se extraña de esto; todo el mundo dice que es muy natural; pero nosotras nos vemos obligadas a aguardar, a ocultar nuestros deseos en lo más recóndito de nuestro corazón.

—Sí, sí—repuso Angel, demostrando la sorpresa que las palabras de Magdalena le causaban—. Todo o que dices es mucha verdad; pero lo que yo necesito ahora es una respuesta; lo que yo anhelo saber es si el amor que para ti guarda mi alma no es rechazado por la tuya.

—Pues bien, Angel, yo te amo también.

—¡Ah! ¿De veras?

Angel estrechó con amoroso entusiasmo aquellas manos que conservaba entre las suyas, y continuó:

—Desde que acabas de pronunciar esas palabras parece que todo se embellece en derredor mío: el cielo que se extiende sobre nuestras cabezas es más puro, el mar que gime dulcemente a nuestros pies aparece más transparente, más grandioso.

Magdalena sonreía de un modo encantador oyendo las palabras de su amante.

—Poco a poco—le dijo—: yo te amo, es verdad, pero este amor que te ofrezco ha de costarte algo; quiero imponerte condiciones; quiero que hagas méritos para merecerle.

—Desde ahora te prometo admitirlas todas.

—Entonces te cojo la palabra.

—Con tal de que me ames mucho...

—Te amaré tanto como mereces; pero es preciso que hagas todo lo que yo te diga.

—Ya te escucho.

—Pues bien; vamos a hablar, ya que nadie nos molesta, como dos viejos. Es preciso pensar en el porvenir, es preciso ser ricos.

—Eso no está en mi mano, querida Magdalena; la fortuna es voluble, y no siempre el hombre que la busca logra merecer sus favores.

—Yo creo, querido Angel, que la fortuna del hombre es el carácter. Se lo he oído decir muchas veces a un caballero que visitaba a la directora de mi colegio. Es verdad que soy una niña, que conozco poco el mundo, que no sé nada de lo que en él pasa; pero yo siento en el fondo de mi alma una voz que me grita incesantemente: «Querer es poder». Tú eres joven,

robusto, y, según me has dicho, muy en breve vas a emprender una profesión que puede engrandecerte. También me dijiste no hace mucho que el amor hacía milagros. Pues bien; es preciso que el amor que por mí sientes haga uno de esos milagros.

Magdalena se detuvo.

En aquella mente juvenil bullía un mundo de ideas que apenas ella misma podía comprender.

Angel había escuchado la narración de su amada con más curiosidad que asombro.

Era preciso enriquecerse, poner de su parte todos los medios. He aquí el precio que Magdalena ponía a su amor.

Si Angel hubiera sido un hombre más material, si su corazón hubiera sido menos puro, menos amante, menos generoso, indudablemente habría visto inmensas dificultades que vencer para alcanzar lo que su novia exigía.

Pero Angel no veía en derredor suyo más que una cosa: amor; y por ser amado de Magdalena de la misma manera que él la amaba, le parecían fáciles de vencer los obstáculos más importantes.

Hay una edad en la vida en que el porvenir resplandece ante nuestros ojos con una brillantez tan viva que nos ciega.

Nada hay oscuro, nada hay sombrío, nada hay tétrico alrededor nuestro.

Las ideas se tiñen de color de rosa; los ensueños son poéticos como las alboradas de mayo. No hay tinieblas; todo es luz. En el fondo de nuestra alma re-

suena siempre esa música encantadora de la juventud que lo armoniza todo.

No hay enamorado a los diez y ocho años que no se crea con fuerzas para conquistar un trono, si un trono es lo que ambiciona el objeto de su amor. No hay enamorado en la primavera de la vida que no sea poeta, que no sea soñador.

¡Ah! ¡Dichosos sueños, durante los cuales únicamente vive el hombre!

Cuando se despierta, cuando el positivismo siembra el primer grano de su recelosa semilla en el corazón, entonces el hombre muere.

Angel se hallaba en mitad de este sueño encantador de la vida.

Aquellas manos que oprimía entre las suyas le daban fuerzas para todo.

—¡Ah! ¡Sí, sí, Magdalena de mi vida! Yo cruzaré los mares, yo buscaré con afán incesante ese porvenir que ambicionas, esa fortuna que anhelas; y cuando un día mi mano llegue a cogerla, cuando la acaricie contra mi amante corazón como un deseo tuyo, entonces yo vendré a depositarla a tus pies, y tú pagarás mis desvelos mirándome como ahora, porque tu mirada penetra hasta el fondo de mi alma, derramando en ella un calor dulcísimo como los rayos del sol en el invierno.

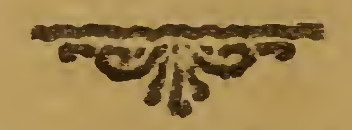
—Y yo entonces—repuso Magdalena, dando a su voz una entonación apasionada—recompensaré tus sacrificios con un amor eterno, y nuestra existencia se deslizará en la tierra a semejanza de la de los ángeles

en el cielo. Parte, sí, parte, Angel mío; busca lo que ambicionas, logra lo que deseo. Durante tu ausencia, yo te levantaré en mi corazón un santuario, donde tu memoria estará perennemente recordándome este día. Cuando allá en medio de los mares veas brillar sobre tu cabeza la casta frente de la luna, en el silencio, en la soledad de la noche, dirígile la palabra, háblale de mí, que yo haré lo mismo desde las agrestes rocas de esta ribera.

Magdalena llevaba una pequeña cruz de oro colgada al cuello. Quitósela, y entregándosela a Angel, continuó:

—Toma. No apartes nunca de tu pecho este recuerdo.

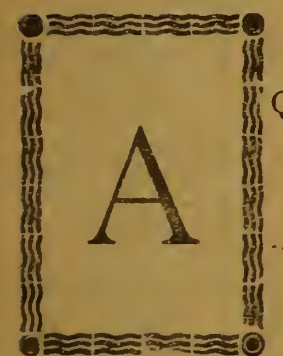
Angel besó aquella cruz con amoroso entusiasmo, y queriendo por su parte dar a su amada un recuerdo que solemnizara aquel día, quitóse a su vez del cuello un rosario y se lo entregó a Magdalena.





CAPITULO III

Don Pablo comienza a creer que su hijo tiene talento.



QUELLA misma noche, Magdalena y María acababan de retirarse a su habitación cuando Pablo y Marta llamaron a Angel, y haciéndole sentar a su lado, su padre le habló de esta manera:

—Hijo mío, mientras tú te hallabas a la orilla del mar con Magdalena, hemos tenido una visita.

Angel miró a sus padres.

Los ojos de Marta comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Pues sí—continuó Pablo—, ha venido a verme un tripulante de la fragata «Amparo», que se halla anclada en el puerto de Santander.

—¡Ah!—exclamó Angel—. ¿Es ese el hermoso buque donde voy a pasar la práctica?

—Sí, y que se hace a la vela mañana por la tarde, en cuanto se levante la brisa de tierra.

—Entonces—exclamó Angel con cierto entusiasmo,

olvidándose de la dolorosa actitud de su madre—, ¿quieres decir que mañana parto?

Pablo se llevó aquella mano ruda y carnosa a los ojos, como para enjugarse una lágrima.

Marta, como si esperara esta ternura de su esposo para dar rienda suelta a su dolor, prorrumpió a su vez en amargo llanto. Angel corrió a abrazar a su madre.

—¡Hijo mío!—exclamó Marta con ahogado acento.

—Vamos, madre mía, no hay motivo para llorar —dijo a su vez Angel, procurando dominarse—. Es verdad que yo me marcho; pero le queda a usted mi padre, le quedan a usted dos hijas.

—Es verdad; pero tú, Angel mío, me harás mucha falta.

—Debe usted tener en cuenta, madre mía, que a mi edad debe empezarse a pensar en el porvenir. Yo soy casi un hombre; necesito, pues, aprender lo que me falta, llegar adonde deseo. ¿Qué importa que ningún mozo me aventaje en el pueblo a manejar el timón de una barca, a conocer el camino de los vientos, a trepar por los mástiles en lo más crudo de la tormenta, a desplegar las velas del bauprés? Eso no basta; yo necesito, yo quiero gobernar un buque. La Virgen del Amparo, nuestra patrona, va siempre conmigo, y confío que no ha de abandonarme en los momentos de peligro. Cuando un marino abriga en su corazón la fe, el valor y la honradez, no es tan difícil, madre mía, encontrar un rico armador que deposite en él su confianza y le diga: «Mozo, ahí está mi buque; surca

los mares y que Dios te ayude». ¡Oh! Si esto sucede, el porvenir es mío; y cuando dentro de algunos años regrese con una fortuna, cuando usted, como mi padre, con la cabeza cubierta de canas, encorvados bajo el peso de la edad, salgan a recibirme con el corazón palpitante de alegría, ¿qué mayor gloria para un hijo que decir a aquellos a quienes debe la existencia: «Desde ahora se acabaron las pesadumbres, la escasez, la pobreza; todo esto es de ustedes, yo lo he ganado?» ¡Oh! Créame usted, madre mía, el mar es un campo fecundo donde, si no se tiene la desdicha de sembrar en él la vida, la cosecha es la fortuna.

Pablo contemplaba a su hijo con asombro, con orgullo.

Aquellas palabras remozaban su corazón, no le creía capaz de tanto.

Y el pobre padre, que caminaba hacia la ancianidad, gozábase interiormente viendo aquel hermoso retoño que, con el brazo extendido hacia el porvenir, acababa de exclamar con el arranque propio de los héroes: «¡Eres mío!»

Marta, que, como todas las madres, lo que más amaba en el mundo era su hijo, menos entusiasmada que su esposo, exclamó con doloroso acento:

—¡El mar! ¡El mar!... ¡Hambrienta sepultura en cuyo fondo descansa tu abuelo, mi padre, mis dos hermanos! Sólo su aspecto me horroriza. Cuando durante las noches de invierno muge y se estrella sobre las áridas rocas de nuestras costas, entonces rezo en

silencio por los pobres marinos y pido a Dios de todo corazón que los libre de ese mar que aborrezco, porque ha devorado lo que tanto amaba mi corazón. Conozco, hijo mío, que es indispensable esta separación; eres hombre, y es preciso que pienses en el porvenir; pero yo soy madre, y todo el oro del mundo no puede recompensarme el peligro a que te expones cruzando los mares.

Pablo comprendió que era preciso atajar el sentimentalismo de su esposa, y procurando dar a su voz una entonación alegre y chancera, habló de este modo:

—Cualquiera que te oyese, Marta, creería que tu hijo corre una muerte cierta. ¡Qué diantre! Todos los marinos que cruzan el gran charco no han nacido para servir de pasto a los peces. Y si no, aquí me tienes a mí y al señor Pedro, el padre de Magdalena, y a otros doscientos mil que han envejecido en el oficio y que esperan en el rincón de sus hogares la muerte, remendando redes y cebando anzuelos. Además, el chico tiene afición al mar, y es preciso no cortarle la voluntad. Ya verás, ya verás, cuando regrese de un viaje, cómo te recompensa aquella alegría las lágrimas que derramas ahora. Pero ya es muy tarde; debemos retirarnos a descansar; mañana, cuando despunte la aurora, es preciso que todo el mundo esté en pie, sobre todo tú, que tienes que disponer la ropa al marino y arreglarle el almuerzo. Conque, Angel, da un abrazo a tu madre y buenas noches.

Marta abrazó a su hijo; estaba acostumbrada a obedecer las órdenes de su marido.

Aquel abrazo maternal duró tres minutos.

Después se separaron.

Angel encaminóse a su modesta habitación para pensar en Magdalena.

Pablo y Marta corrieron las cortinas de su alcoba para pensar en su hijo.

Apagóse la luz; las tinieblas y el silencio se extendieron sobre aquella honrada casa.

Y pasó una hora, y otra, y otra, y nadie dormía.

Por fin, el canto del gallo anunció la hora de la despedida.

Marta fué la primera que abandonó el lecho; abrió una ventana, y sus ojos se fijaron en el mar, por donde comenzaba a extenderse una línea cenicienta precursora del día.

Mientras el honrado matrimonio lo disponía todo; mientras la madre amorosa, con las lágrimas en los ojos, colocaba en una maleta cuidadosamente la ropa de su hijo, Angel corrió a la ventana del cuarto de Magdalena, que ya le esperaba.

—Voy a partir—le dijo—, y vengo a recordarte tu juramento.

—Procura tú no olvidar lo que me has ofrecido.

—Para olvidarlo sería preciso que muriera.

—Pues bien; procura vivir y no olvidar.

La voz de Pablo puso fin a esta despedida. El honrado marino comprendió que era preciso activar la partida.

Las lágrimas de su mujer le tenían confuso y mohino.

Por fin, llegó el momento doloroso de la partida; los abrazos, las lágrimas, los lamentos, se sucedían los unos a los otros. Después, Pablo y su hijo se perdieron por la vereda que conduce a Santillana.

Magdalena y María lloraban en silencio, con la mirada fija en el pueblo.

Marta exhaló un grito doloroso, en el cual parecía que se le escapaba un trozo de corazón, y cayendo de rodillas y alzando los dolientes ojos al cielo, dijo con fervorosa entonación:

—¡Virgen María, madre dolorosa, fuente inagotable de ternura, que contemplas desde el cielo el inmenso dolor que destroza mi alma, vela por mi hijo, vela por el trozo amado de mis entrañas, que acaba de abandonarme!

. . . .

. . . .

Pablo, durante las cinco leguas que separan a Santillana del Mar de Santander, en su estilo rudo, pero cariñoso, dió algunos consejos a su hijo, muy convenientes para todo joven que va a formar parte de la tripulación de un buque.

A eso de las tres de la tarde llegaron a la ciudad.

Pedro les esperaba en una taberna cercana al puerto, muy concurrida por la gente del mar.

Sobre aquellas mugrientas mesas de pino solían los marineros tratar sus asuntos vaciando algunas botellas de ginebra y ron con la mayor indiferencia del mundo, y sin acordarse de las tempestades que habían rugido sobre sus cabezas.

El conde de Durango, que desde que Magdalena se hallaba en casa de Marta había adoptado el traje de contramaestre del buque mercante, sombrío como siempre, recibió a los recién venidos, y tendiendo una mano a Pablo, le dijo:

—¿Cómo queda tu esposa?

—¿Cómo quiere usted que quede, señor Pedro, aquella bendita de Dios, marchándose su hijo? Ha llorado como una Magdalena, y quién sabe si a estas horas seguirá la misma música en casa.

—¡Es natural!—dijo Pedro con gravedad—. Pero el momento de la separación era indispensable. Angel va siendo hombre, y los hombres no han nacido para permanecer siempre en el hogar doméstico al lado de sus madres; tienen otra misión sobre la tierra.

Pedro se detuvo, y después de mirar un momento con fijeza a Angel, continuó:

—¿Te embarcas a gusto?

—Tengo una afición decidida por el mar, señor.

—Esa es una buena condición para ser marino.

—Pues yo le respondo a usted, señor Pedro, que mi hijo le tiene ley al oficio. Pero hablando de todo un poco, me atrevo a preguntar si es cierto que esta tarde se hace a la vela la fragata «Amparo».

—No hace mucho se hallaba sentado el capitán en el sitio que tú ocupas—dijo Pedro—, y me ha dicho que a la caída de la tarde levaba anclas.

—Entonces no tenemos tiempo que perder.

—El bote nos espera amarrado en el puerto, con un hombre que debe trasladarnos a bordo. Así lo ten-

go convenido con el capitán. Es un buen sujeto; hemos navegado juntos en otro tiempo; sabe el oficio como el primero, y es honrado, valiente y bondadoso. La tripulación mira siempre en él, más que a un superior, a su padre. Sus marineros son sus hijos; ama a la cáscara que le sostiene sobre las aguas como a una madre cariñosa, y cuando el soplo de los huracanes silba entre los aparejos de su buque, levanta la frente como el león y desafía el peligro que le amenaza. Yo te ruego, pues, Angel, que aprendas de él. Nada perderás tomándole por modelo. Tú eres joven; apenas cuentas diez y nueve años, hermosa edad en que el hombre tiene ante sus plantas cien caminos que seguir. Sabiendo lo que tú sabes, teniendo al mar la afición que tú le tienes, confío que te bastarán tres o cuatro años de práctica para llegar a ser un marino inteligente. Dentro de cuatro años, tú contarás veintitrés, y entonces, si te has portado como esperamos, no nos ha de ser difícil encontrar un rico armador que confíe su buque a tu inteligencia; luego, Dios guiará la proa de tu nave por las vastas y dilatadas soledades del Océano.

Angel escuchaba con un placer indefinible los consejos del conde.

Sin poder explicarse la razón, la gravedad de aquel hombre le inspiraba un respeto profundo.

Y, sin embargo, su padre le había dicho: El señor Pedro es un pobre contramaestre, un compañero mío.

Angel contestó de esta manera a las palabras de su protector:

—Usted, señor Pedro, me ha recomendado al que va a ser mi capitán: sabré cumplir con mi deber, y espero que nunca ha de arrepentirse de esa recomendación.

—¡Oh! Eso sí, ¡voto a San Telmo!—exclamó Pablo—. Pórtate bien, hijo mío; la honradez y el valor son las dos virtudes más apreciables del marino. Ama al buque como a un pedazo de tu corazón, porque él va a llevarte en su seno; respeta al capitán como a un padre; estima a tus compañeros como a tus hermanos. Si la desgracia quiere que los huracanes silben entre las jarcias; si el mar se encrespa a tus pies; si la fragata «Amparo» se hunde en el abismo, sé tú el último que la abandone. El buen marino sólo debe separarse de su buque cuando la madera falta debajo de sus pies, aunque yo soy de opinión que el marino debe sepultarse con el buque que le sostiene.

—Mediante Dios, querido Pablo, debemos esperar que tu hijo no se halle en ese caso—dijo Pedro levantándose.

Pablo y Angel hicieron lo mismo.

Pedro llamó aparte a Pablo, y dándole algunas monedas de oro sin que Angel lo viera, le dijo en voz baja:

—Da esto a tu hijo para que obsequie a los tripulantes de la fragata «Amparo» en el primer punto de escala.

Pablo miró lo que Pedro le había puesto en la mano. Eran ocho onzas de oro.

—Esto es mucho dinero—dijo.

—¿Qué importa?—repuso Pedro—. Yo soy rico. ¿No miro a Angel como si fuera de mi familia?

Pablo se encogió de hombros, dirigiendo una mirada llena de gratitud y de ternura a Pedro.

Después colocó el dinero en la maleta de su hijo, porque tenía la persuasión de que Angel no hubiera aceptado tanto dinero.

Cuando se separaron, cuando le dió el último abrazo aquel padre, que a pesar de su dureza tenía los ojos llenos de lágrimas, habló de este modo a su hijo:

—Anda con Dios. Sé bueno, honrado y valiente. En la maleta hallarás algunos cuartos que te he dejado para que obsequies a tus compañeros. Conviene que pagues el aprendizaje, porque al hombre generoso no le faltan amigos.

Aquella misma tarde, a esa hora en que el sol se encamina a pasos de gigante hacia el ocaso, un buque remolcado por doce remos salió perezosamente del puerto de Santander.

Algunos curiosos contemplaban la maniobra desde la punta del puerto.

Poco a poco las velas fueron recogiendo brisa, y el buque empezó a cabecear, como el caballo que presiente que su dueño va a ponerle al galope.

Con una rapidez asombrosa, los que iban a bordo del buque soltaron las amarras de la lancha. Entonces, los remeros subieron a bordo de la fragata.

La lancha fué colgada a popa.

Aquel buque era la fragata «Amparo».

Un joven, puesto de pie sobre el puente, miraba

hacia el puerto como buscando algo. Por fin, el joven encontró lo que buscaba, y agitó su pañuelo.

Dos hombres que se hallaban de pie sobre las rocas de la costa respondieron a este saludo agitando también los suyos.

Eran Pablo y Pedro; el joven era Angel.

Una hora después, la fragata «Amparo» se había perdido en lontananza; y la noche extendió su denso velo sobre el mar.

Pabló se enjugó una lágrima.

Pedro colocó una mano sobre el hombro de aquel honrado marino, y le dijo:

—¡Dichoso, tú, Pablo, que puedes llorar! ¡Dichoso tú, que nunca ves interrumpido tu sueño por la espantosa imagen del remordimiento!... ¡Dichoso tú, que tienes una familia cuyo amor dulcísimo da calor a tu corazón!





CAPÍTULO IV

Un año después.

La vida es una cadena. No somos nosotros los primeros que lo decimos.

¡Cuando una frase corre de boca en boca y se ignora el primero que «la hizo», el público se apodera de ella y la utiliza siempre que lo tiene por conveniente.

Así, pues, diremos que la vida es una cadena de dolor.

Angel partió, y Pablo, el honrado marino, no le gustaba ver malas caras alrededor suyo.

Muchas veces, las eternas lágrimas de Marta le hacían exclamar en voz baja:

—Estas madres son incorregibles: sólo están contentas cuando ven a sus hijos cosidos a las faldas de su saya; como si eso fuera posible, como si esa no fuera una barbaridad de a folio. ¡Qué diantre! Después de todo, y aunque mi mujer llore más que Je-

remías, yo estoy contento, y lo hecho, bien hecho está.

Magdalena, después de llorar mucho el día que se ausentó Angel, ocurriósele que las lágrimas enrojecían los ojos, y que una muchacha, con los ojos blandos, perdía una gran parte de su frescura y su belleza.

Enjugóse, pues, los ojos y esperó.

La ausencia de Angel era para ella una esperanza, y la esperanza para una joven se forma de un conjunto de colores tan hermosos, tiene una reunión de perfumes tan fragantes, que ella sola basta para embellecer cuanto se mira, cuanto se toca, cuanto nos rodea. Magdalena pensaba en su novio, como piensa una mujer elegante en el traje que le está acabando una modista para un día determinado.

Nada hay tan encantador para una joven de alma impresionable, de corazón ardiente, como la realización de un sueño de color de rosa.

¿Qué mujer no ha soñado a los quince años?

Angel era para Magdalena un sueño fácil de convertir en realidad, pero en una realidad resplandeciente, en una realidad fascinadora.

Magdalena dormía despierta, esperando la hora de realizar su sueño. Más claro: estaba de lleno en el gran paréntesis de la mujer.

En cuanto a María, era una joven todo candor, todo pureza; era uno de esos lirios perfumados del valle, a los que basta una liviana ráfaga del céfiro para inclinarlos, pero de cuyo seno brota un perfume embriagador.

María necesitaba amar; pero desconociendo el amor, amaba a sus padres.

La naturaleza no había aún tocado su corazón, no le había dicho aún: «Despierta, mira, ama y goza »

El corazón de María, pues, se encontraba en el limbo de la juventud.

Le faltaba un paso para llegar al paraíso del amor

María y Magdalena eran dos caminos opuestos.

Magdalena necesitaba para vivir el calor del sol, el replandor brillante del día.

A la hermana de Angel le hubiera bastado para ser feliz la luz de la luna, la tranquilidad de una noche de primavera y el modesto emparrado que daba sombra a los umbrales de su casa.. La una era de contraposición de la otra.

María se acordaba mucho de su hermano, pero no por eso se olvidaba de cantar de vez en cuando, de reír a carcajada tendida muy a menudo, cuando su corazón se lo pedía.

A los quince años, el dolor y la tristeza son poco estables en el alma de la mujer.

Las canciones de María eran no pocas veces causa de los enfados de María.

Aquella madre no podía soportar la alegría alrededor suyo cuando ella estaba triste; cuando su hijo se hallaba ausente.

Pablo, por el contrario, era defensor de los cantares de su hija.

En el amor maternal hay algo de egoísmo; pero pre-

ciso es confesar que si algún egoísmo puede ser santo, es el egoísmo de las madres.

Así las cosas, pasó y mes un luego otro.

Una mañana, Marta le dijo a su esposo:

—Es preciso que vayas a Santander a preguntar si tienen noticias de la fragata «Amparo».

Pablo, que como su mujer, hubiera dado un dedo de la mano por saber algo de su hijo, cogió un bastón de viaje, y, anda que andarás, paso tras paso, se echó al coleto las cinco leguas que le separaban de Santander.

Aquella caminata no fué infructuosa, porque Pablo supo por el capitán del puerto que un buque norteamericano había traído noticias satisfactorias de la fragata en cuestión.

Esta noticia produjo el efecto de un calmante en la honrada familia del marino. Los ánimos, que comenzaban a excitarse, se tranquilizaron.

Y pasó otro mes, y otro, y otro, y vino un domingo, y Marta, María y Magdalena, como buenas cristianas, se pusieron los mantos de franela muy echados sobre los ojos, y se encaminaron al pueblo de Santillana a oír una misa y a encomendar a Dios al joven marinero, cuya ausencia duraba más de lo regular.

Mientras las mujeres se hallaban cumpliendo con los preceptos de la Santa Madre Iglesia, Pablo, que tantas misas había perdido durante sus viajes, y que aquel día festivo no tuvo escrúpulo en escamotear otra y añadirla al largo catálogo de sus faltas, se quedó solo en su casa.

Sabido es que todo hombre trabajador no se acostumbra a estar mano sobre mano. Pablo, al verse solo, sentóse bajo el verde tendal de su puerta, pensando en qué mataría las horas que fuese provechoso a un pobre. Mohino estuvo por algunos instantes, fluctuando entre la agricultura o la piscicultura, porque éstas eran sus dos grandes ocupaciones: la una, como oficio; la otra, como recreo

Tan indeciso y preocupado se hallaba el marino; pensando en aquel tiempo que perdía, y no quería perder, que no observó que un hombre, que llevaba alpargatas y una chaqueta bastante raída sobre sus hombros, se hallaba a su lado.

Este hombre, que al parecer tenía prisa, viendo la eterna inmoilvidad del marinero, le dijo con una voz muy parecida a otras muchas que no dicen nada:

—¡Hola, Pablo!

Pablo levantó la cabeza.

La presencia de aquel hombre llenó de gozo su corazón, porque era uno de esos portadores de nuevas a domicilio que con tanto afán son esperados por las familias; era uno de esos emisarios del dolor y del placer, uno de esos corredores de oficio que la sociedad conoce con el nombre de carteros. El cartero de Santillana llevaba una carta en la mano, y aquella carta había hablado al corazón de Pablo, diciéndole:

«Soy de tu hijo.»

—¿Es para mí esa carta?—preguntó.

El cartero contestó afirmativamente, entregando la epístola.

Pablo la cogió loco de alegría. Era la letra de Angel.

Después dió un vaso de vino al cartero, y éste prosiguió su camino.

Hay cartas que antes de leerlas, es necesario emplear algunos preámbulos y algunos detalles.

Lo primero es mirar con detención el sobrescrito, pero mirarle hasta el punto de no ver nada; después se le da media docena de vueltas entre las manos, se la deja caer sobre la rodilla, y se piensa algo sobre lo que pudiera encerrar, y hay quien se devana los sesos por querer adivinar el firmante de aquella carta.

Todas estas ceremonias terminan por lo general con un encogimiento de hombros, y después se rompe el sobre y se sale de penas.

Estas cartas suelen ser las de un hijo de quien hace mucho tiempo no se tiene noticia, o las de un padre que manda una libranza salvadora al hijo empeñado. Pablo abrió la carta.

Era de Angel, y como no tenía nada que hacer, la leyó cinco veces.

Durante su lectura, el honrado marino hizo tantos visajes como son susceptibles a la dilatada escala de la caricatura.

Reía, lloraba, se daba palmadas, se quédaba inmóvil, levantaba las manos al cielo en ademán de gracias y hacía otras mil cosas por el estilo, las cuales le tenían tan embebecido en la lectura de la carta, tan completamente absorto y preocupado, que aunque en aquel momento el Leviatán del libro de Job le hubiera mordido las pantorrillas, nada hubiera sentido.

De vez en cuando, dejando la carta sobre las rodillas, exclamaba, enjugándose una lágrima rebelde:

—¡Pobre mujercita mía! ¡Pobre Marta! ¡Pobre madre! Hoy va a tener un gran día; hoy va a tirar de gusto la casa por la ventana... Y después de todo, no podía suceder otra cosa Dios es Dios, ¡qué diantre!, y por lo mismo es bueno y misericordioso; porque, señores, ¿qué le había hecho mi chico para que le quisiera mal? ¿Que ha querido ser marino? Bueno. ¿Que ha recorrido el gran Océano? Corriente. Eso lo hacen muchos, y bien se puede estar en la República de la Plata, y en Chile, y en Paraguay, y aunque sea en el Congo, y ser muy buen cristiano.

Pablo se detenía un momento, durante el cual tornaba a leer la carta, besando siempre la firma de su hijo, y exclamaba de nuevo a su conclusión:

—¡Pobre Marta! ¡Pobre madre! ¡Pobre mujercita mía! ¡Qué contenta va a ponerse cuando sepa lo que yo sé! ¡Oh! ¡Bien vale las lágrimas de una despedida el placer de una llegada!

En esta agradable ocupación, Pablo pasó más de una hora.

Por fin, guardóse la carta en el bolsillo de la chaqueta, llenó su pipa, y como su familia no podía tardar, según su cálculo, se puso a dar paseos por debajo del emparrado.

Si Pablo no hubiera tenido la cabeza cubierta de canas; si aquel honrado marino demostrara a primera vista que la nieve de la vejez comenzaba a enfriar el fuego de las pasiones en su corazón, induda-

blemente, cualquiera que al pasar por allí le hubiera visto gesticulando, haciendo visajes, frotándose las manos, hubiera dicho que aquel hombre era un loco o un enamorado.

Pablo experimentaba en aquel momento una de esas alegrías que no caben en el corazón, uno de esos contentos que rebosan por todos los poros de la criatura, una de esas dichas para las cuales el mundo es estrecho.

Por fin, la familia de Pablo apareció por la vereda de Santillana.

—Ahí vienen las tres Verónicas—se dijo Pablo para su capote con festiva intención.

Y les salió al encuentro.

—No conviene—continuó—dar a mi mujer la alegría de pronto y así de sopetón, no sea cosa que tenga un empacho de gozo y nos cueste caro; se lo diré después de almorzar.

Pablo se reunió con su familia.

Como la alegría es retozona como una gaita y es dificultoso ocultarla, Marta miró a su marido como quien dice: «¿Qué diantres tendrá éste?»

—Perezoso ha andado el señor cura con la celebración de su santo oficio—dijo Pablo.

—Hemos tardado—respondió María, que era el ojo derecho de su padre—, porque las misas han sido dos, en vez de una.

—¿Dos?

—Sí, dos: una por nosotras y otra por tu hijo—respondió la madre, quitándose el manto—. El pobre

Angel tal vez se halle a estas horas en tierra de negros, y por si él no puede cumplir como buen cristiano...

—¡Cumplís vosotras! —exclamó Pablo, interrumpiendo a su esposa y haciendo un guiño picaresco, como si quisiera burlarse de ella.

—¿A qué vienen esos visajes?

—¡Toma! Porque se me ha atragantado una saliva en la garganta.

—Yo no sé qué te encuentro hoy en la cara.

—Un día más que ayer.

—No, no es eso. Tus ojos están humedecidos y brillan como si hubieras llorado. Tú me ocultas algo, Pablo.

—¿Qué diablos te he de ocultar yo? No tengo nada; o por mejor decir, lo que tengo es hambre, pero mucha hambre; procura arreglar el almuerzo cuanto antes.

Marta se encogió de hombros, como si dijera: «Este hombre, a pesar de sus años y de tener a su hijo ausente, tienes menos formalidad que una ardilla. Pero yo no creo nada de lo que me ha dicho. Aquí pasa algo.»

Marta, que no solamente era una madre buena y apasionada, sino también una mujer hacendosa, dispuso el almuerzo, que, como almuerzo de pobre, era ligero y de fácil digestión.

Las dos muchachas colocaron una mesa bajo el emparrado, y un poco después desayunábase la familia en paz y en gracia de Dios.



CAPÍTULO V

Buenas noticias.

Comer es una necesidad de todos los países. Tripas llevan piernas.

He ahí un refrán, una frase que conocen por experiencia todos los hombres que pueblan las regiones del universo.

El hombre que no come, se muere.

Esta es una verdad de Perogrullo. Tú, querido lector, podrás apreciarlo del modo que quieras.

Las dos grandes cosas indispensables son comer y morir.

El sér que nace está sujeto a las anteriores necesidades.

Pero el comer es considerado de distintos modos en unos países que en otros.

Para los franceses, la comida es un motivo de alegría, de placer, de regocijo; es un momento de expansión, de buen humor, en que todo se olvida, menos

los platos que humean a corta distancia de las narices.

Si queréis que un francés no os niegue nada, pedidle en la mesa lo que deseáis.

Francia es una nación que se ha ocupado profundamente del arte culinario.

La mesa francesa es un conjunto de mil guisos que saben deliciosamente; pero en vano martiricéis vuestro paladar por saber de qué se compone aquéllo que tanto os gusta.

Los ingleses miran esa ocupación necesaria de la vida con una gravedad que llega hasta la ridiculez.

Un poco antes de que suene la hora del refectorio, como diría un fraile, el inglés se afeita, se muda la camisa, se arregla los foques y la corbata, se pone el frac negro, y tieso como un fatuo en presencia de sus inferiores, se dirige al comedor, donde come y bebe, hasta convertir su cara en una remolacha.

Durante la comida, ni habla, ni ríe, ni resuella.

Está grave, circunspecto, casi taciturno.

Lo importante para un inglés sentado a la mesa es comer como cuatro y beber como ocho; pero se le permite que terminada la comida, duerma una siesta debajo de la mesa sin apercibirse de ello.

Esto, entre los hijos de Albión, no es perder la dignidad; porque todo inglés, terminadas sus ocupaciones, puede emborracharse en paz y en gracia de Dios y sin ofender a nadie.

En cuanto a los españoles, para ellos comer es una necesidad imperiosa, que la soportan porque no pueden pasar por otro punto.

Por lo general, un español come para vivir y no vive para comer.

Se sienta a la mesa, come lo que le coge, sin preparación de ningún género; come lo que le dan, y nunca se ha calentado la cabeza en inventar guisos, si se exceptúan los huevos fritos, la paella valenciana, el bacalao a la vizcaína, el gazpacho andaluz y el clásico cocido madrileño.

Estos cinco guisos, tan españoles como Bernardo del Carpio, la codicia francesa, que tan orgullosa puede estar de sus inventos culinarios, los ha añadido a la nomenclatura de su cocina.

Esta sobriedad española, que tan sufridos ha hecho en las guerras a sus soldados, llamando la atención de los extranjeros, ha sido sin duda la causa de que los franceses, esos vecinos nuestros que tanto afán tienen en pintarnos «barbarizando», y que ni siquiera nos conocen por el forro, digan «que un español tiene la sobriedad del árabe, pues no necesita para alimentarse bien, por espacio de veinticuatro horas, mas que una aceituna o una bellota» (1). Y otro escritor que, sin que pretendamos ofenderlo en lo más mínimo, es el primer embustero del mundo (2), ha dicho «que los españoles se mantienen del aire, como los camaleones, que toman el chocolate en dedales.» Sólo faltaba decir a este ilustre viajero, que tan míope es para ver las cosas buenas de otros países, que los sastres cosían con «jícaras» en los dedos.

(1) Chateaubriand.
(2) Alejandro Dumas.

Lástima es que un moreno, tan moreno como Alejandro Dumas, tenga tan poca gracia cuando se ocupa de la patria de Cervantes y Calderón, que tan bien le recibieron cuando en mal hora vino a visitarla.

El lector dirá: «¿A qué vienen estas digresiones?» Pues vienen, amigo mío, para decirte que Pablo, Marta, Magdalena y María eran sobrios, como buenos españoles; pero, a pesar de lo dicho por los autores franceses, comieron algo más de lo que el ilustrado autor de «El Genio del Cristianismo» cree que necesita un hijo de San Fernando para no morirse de hambre.

Comieron, pues, unas modestas sopas de ajo y un salmonete frito por barba, sin contar un puñado de higos secos que se repartieron como buenos cristianos, y algunos tragos de vino del país que se echaron entre pecho y espalda.

Terminado el modesto almuerzo, Pablo, que era fumador, encendió su pipa, y tomando ese aire provocativo del hombre feliz que tiene una buena noticia que comunicar a su familia, dijo a su esposa:

—¿Conque dices, querida Marta, que has oído una misa por nuestro hijo?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque yo he oído más que eso.

—No te entiendo.

—Pues es muy sencillo: yo le he oído a él.

—¿A mi Angel? ¿A mi hijo?—exclamó Marta, levantándose de la silla y dando algunos pasos hacia su esposo.

El rostro de aquella madre se había descompuesto

por la inmensa alegría que se había apoderado de su corazón.

Pablo continuó:

—No hay que alarmarse.

—Pero, hombre, ¿quieres decirme lo que ha pasado aquí durante mi ausencia, por los santos del Paraíso?—replicó Marta con desesperación.

—Ha pasado—volvió a decir Pablo, enviando bocanadas de humo al aire—, ha pasado, querida Marta, que ha venido el cartero.

—¡Ah! ¿El cartero con una carta de Angel?

—Precisamente.

—¿De verás?—exclamó María dando algunos pasos hacia su padre.

—¡Oh, qué fortuna!—dijo a su vez Magdalena.

En cuanto a Marta, se arrojó sobre su esposo, como para arrancarle aquella carta de su hijo, diciendo:

—¡Ah, Padlo! ¡No te perdonaré nunca que hayas tardado tanto tiempo en darme esa buena noticia! Pero ahora lo que importa es saber de mi hijo. ¿Está bueno? ¿Está gordo? ¿Es feliz? ¿Ha tenido algún contratiempo?

—¿Cuándo vendrá?—preguntó María.

—¿Cómo le ha ido en el viaje? ¿Qué dice de su vuelta?—exclamó también Magdalena.

—¡Oh! ¡Diablo! Esperaos un poco—exclamó el marino, pugnando por desasirse de las mujeres que le tenían acorralado—. Os habéis arrojado sobre mí como una nube de verano sin darme tiempo de amainar velas ni de poner la proa al viento.

—Pero ¿y la carta?, ¿y la carta?—exclamaron todas aquellas mujeres con unánime afán.

—La carta está aquí.

Pablo agitó la carta por encima de aquellas cabezas, y seis manos se elevaron paro cogerla.

Magdalena fué la victoriosa.

La carta quedó en su poder.

—Que la lea ella, ya que la ha alcanzado, y después, ella lee mejor que todos.

El dictamen de Pablo fué aprobado.

Magdalena se sentó, y todos, rodeando a la lectora, se pusieron a escuchar con esa atención interesante de la familia que se dispone a oír lo que dice el heredero desde lejanas tierras.

Magdalena, como todas las mujeres que llevan fuego en el corazón, transmitió ese fuego a los ojos y a la boca.

Leyó, pues, la carta con una expresión apasionada, ardiente.

Al ver aquel rostro infantil y aquellas sayas de aldeana, se hubiera dicho: He aquí una gran artista, una gran actriz.

La carta de Angel decía así:

«Barcelona, 24 de marzo de 1856.

»Mis queridos padres: Tengo la íntima convicción de que ustedes no habrán tachado de ingratitud mi silencio. Hoy que la fragata «Amparo» fondea, después de un viaje feliz y productivo, en un puerto de España, tomo la pluma para escribir a los que

amo en el mundo, a los que más me aman sobre la tierra. Durante mi viaje no he olvidado nunca mi casita, ni a los bondadosos seres a quienes debo mi existencia.

»En mi corazón existía siempre vivo, palpitante, el recuerdo de ustedes.

»Bástame cerrar los ojos para ver a los objetos queridos de mi alma. No podía transmitir al papel mis sentimientos, porque nuestra permanencia en un puerto no era estable, y no era fácil que indicara en el mar la dirección de ustedes.

»La fragata «Amparo» ha recorrido como un ave vagabunda e inquieta casi todos los puertos de la República de Chile.

»Tan pronto nos hallábamos en el cómodo y abrigado puerto de Talcebuano, tan pronto en Valparaíso, tan pronto en la Concepción.

»Por todas partes el viento de la fortuna ha henchido las velas de nuestra llave.

»¡Oh, padre mío! ¡Qué hermoso es el Océano!

»El corazón se engrandece, se dilata dentro del pecho cuando la codiciada mirada del marino se extiende por aquella inmensa soledad de agua o contempla el cielo, terso como un espejo.

»Pero mientras yo, soñando con un porvenir que espero del mar, gozaba en el grandioso espectáculo que se extendía ante mis ojos, mi pobre, mi querida madre, ¡cuánto habrá llorado! ¿No es verdad, padre mío, que habrá llorado mucho?

»Pero, gracias a Dios, ya me hallo de regreso en

Barcelona, como si dijéramos, en casa... ¿Qué es la distancia que nos separa para la que nos ha separado? Nada.

»¡Ah! Me olvidaba decir a ustedes que el viaje me ha probado muy bien, todos dicen que estoy más grueso. Además (no se rían ustedes), me he afeitado cinco veces desde que nos separamos; lo que quiere decir que voy siendo hombre.

»El capitán está muy contento de mí, y, a pesar de que yo iba agregado para pasar la práctica, sin parte en las ganancias, me ha regalado cuatro mil reales por lo bien que, según él, me he portado en dos pequeños contratiempos que hemos tenido en las embocaduras de los ríos Valdivia y Biobio; de manera que, no sabiendo qué hácer con el dinero, esta mañana que salté a tierra, he comprado algunos regalos para todos; para ustedes en primer lugar, y después para mis hermanas María y Magdalena, de las que me he acordado mucho, mucho, mucho.

»Según dice el capitán, dentro de seis días, cuando el cargamento quede desbordado y se entregue el flete que tenemos contratado, iremos a Santander, en cuyo punto descansa un mes la fragata, para tornar luego a emprender un viajecito a los Estados Unidos.

»Durante este mes estaremos juntos. Así me lo ha prometido el capitán.

»El mes de mayo próximo va a ser para mí el mejor de mi vida.

»Flores en la tierra, dulzura en el ambiente y alegría en el corazón.

»Adiós, pues, padres míos. Abracen ustedes con toda el alma a María y Magdalena, y hasta muy pronto, que verán ustedes entrar por la puerta de esa honrada casita, alegre como nunca, amante como siempre, a su hijo *Angel*».

Cuando Magdalena terminó la carta, todos lloraban.

Pablo estaba lleno de orgullo, de vanidad. Su hijo escribía mejor que un abogado. Aquella carta era para el viejo marino más difícil que reparar una orzada de un buque en tiempo de tempestad con sólo una mano puesta en la caña del timón.

Las lágrimas de Marta eran puramente amor.

La carta de su hijo había llenado de gozo su corazón. Iba a verle, y ésta era su mayor fortuna.

En cuanto a María y Magdalena, su alegría era hija del placer, del cariño.

Iban a verle a su lado, les traía alguna gala. La presencia de Angel era para ellas como la llegada de la felicidad.

—Pero, mujer—exclamó Pablo—, ¿has oído cómo escribe el chico? No hay dos en toda la matrícula que abarca las cosas españolas que sean capaces de hacer otro tanto.

—¡Tonto!—le contestó Marta, que en el fondo de su corazón pensaba como su marido—. Ya crees tú que nuestro hijo es un Séneca.

—Yo no digo que Angel sepa tanto como Séneca, aunque yo no he conocido a ese señor; pero lo que digo es que sabe mucho.

—Magdalena—dijo Marta, sin dar oídos a Pablo—;

hija mía, ¿quieres hacer el favor de leerme otra vez la carta? ¡La lees tan bien!...

—Con mucho gusto—contestó Magdalena.

La carta se leyó segunda vez, y no pasó mucho rato cuando volvió a merecer los honores de la repetición.

Angel se hallaba, como si dijéramos, a la puerta de la casa, y esto era una felicidad inmensa para todos.

Imposible sería describir con toda la verdad característica lo que aquella honrada familia habló del viajero.

En medio de los fervorosos y entusiastas comentarios que se hacían, Pablo sintió algo desconsolador, que bien podía traducirse por apetito.

Este síntoma interior le sobresaltó, y, alzando los ojos al cielo como si en el firmamento hubiese un reloj, dijo soltando una carcajada:

—¡Canario! .. Son las cuatro de la tarde.

—¡Las cuatro!—exclamaron a un tiempo las tres mujeres, porque todas a la vez se acordaron en aquel momento de que no habían comido.

Marta, en particular, lo había olvidado todo para pensar en su hijo.

Precipitadamente se encaminó a la cocina.

En el fogón no había fuego; y lo más triste era que el gato se había comido la carne, sin duda porque no se echara a perder.





CAPITULO VI

El regreso.

ALGUNOS días después un marinero joven, que apenas contaba diez y nueve primaveras, vestido con una chaqueta de paño azul, un pantalón del mismo color y un sombrero de hule bastante echado hacia atrás, como desafiando a los curiosos, caminaba por la angosta vereda del pueblo de Santillana.

Aquel marino tenía el rostro curtido por el arte de los huracanes, el sol de los trópicos y el relente de la noche; pero aquel rostro era bello, fresco, altivo.

Llevaba un palo al hombro y un lío de ropa atado al extremo de este palo.

Parecía muy alegre, pues la terminación de una copla era el principio de otra.

Entre los muchos cantares que modulaban su garganta, parecía dar singular predilección a la siguiente copla:

¡Ay del pobre marinero
que en tierra se deja el alma,
y pasa un mes y otro mes
cruzando la mar salada!

Cuando el joven marino se halló como a unos doscientos pasos de la casita de Pablo Gurrea, se detuvo.

Serían las cinco de la tarde.

El hermoso valle de Santillana comenzaba a cubrirse de flores.

Tibio era el ambiente y ni una sola nube cruzaba el firmamento.

Los verdes penachos de los espesos cáñamos se agitaban blandamente al ligero soplo de la brisa que brotaba del tranquilo seno del mar.

Aquí y allá oíase entre los trigos y las cebadas el penetrante canto de las codornices, preludio infalible del crepúsculo vespertino, y en las temblorosas copas de los álamos el dulcísimo arrullo de las tórtolas enamoradas.

El joven marino parecía embelesado en la contemplación de aquella pintoresca cuenca de terreno en que la pródiga mano de la Naturaleza había derramado tantos dones.

Sus ojos, húmedos tal vez por la alegría, dirigieron en derredor suyo esa mirada amorosa que el pobre desterrado dirige cuando, al regresar de su patria nativa, distingue desde el monte cercano las modestas chimeneas de su aldea, recordando los mejores días de su vida: la infancia.

La patria donde se ha aprendido por primera vez el nombre de Dios y el de la santa madre que nos

llevó en sus entrañas, por pequeña, por miserable que sea, tiene recuerdos indelebles que hacen estremecer de placer las fibras más ocultas del corazón.

Angel, pues este era el marino, quitóse con veneración el sombrero, dobló una rodilla en tierra y murmuró una oración; tal vez la que su madre le habría enseñado en la cuna; oración que se escribe en el alma, y que no pueden borrar nunca ni los rudos vaivenes del infortunio ni las halagadoras caricias de la prosperidad.

Después se levantó y, enjugando las lágrimas que se habían agolpado a sus ojos, llegó con paso precipitado a la casita de Pablo.

Nadie se hallaba a la sombra del emparrado ni en la vecina huerta; sólo la modesta barca veíase a algunos pasos de allí, a la orilla del mar.

Aquella barca, que era el sustento de la honrada familia de Pablo, mereció una mirada cariñosa del joven marino. ¡Le había llevado tantas veces en su seno!... Angel introdujo, lleno de amor y de alegría, la cabeza por la mal entornada puerta, y dijo, fingiendo un poco la voz:

—¿Hay posada para un pobre marino?

En el interior de la casa resonó un grito de gozo, grito pronunciado a coro por distintas gargantas.

En pos de esta exclamación resonó un nombre: Angel.

Un momento después, del cuello del joven marino se hallaban colgados cuatro seres: Pablo, Marta, María y Magdalena.

Hay en la vida momentos de placer; hay goces en el seno de la familia que nunca puede describir el novelista con los colores delicados que necesitan.

Estas escenas deben dejarse a la inteligencia del lector. Para comprenderla le basta su corazón; no necesita más.

¿Quién no ha pasado por ellas?

El día 5 de mayo fué, en fin, un gran día para la familia de Pablo Gurrea.

Cuando las lágrimas se enjugaron; cuando las exclamaciones de gozo se extinguieron; cuando los corazones comenzaron a latir con su regularidad acostumbrada; en una palabra, cuando después de cenar, sentados todos alrededor de la mesa, escuchaban a Angel como un oráculo, el cual les contaba todo lo que había visto durante su viaje; después, en fin, de terminado todo lo que acontece en semejantes circunstancias, Marta recordó a su hijo que había llegado la hora de enseñarles los regalos ofrecidos en la carta. Angel, que creyó muy oportuna la advertencia de su madre, puso el lío sobre una mesa y comenzó a repartir los consabidos regalos Entregó primero a su padre una saboneta de plata y una lujosa pipa de raíz de olivo con adornos de metal.

Pablo, viendo en sus manos aquellas dos cosas tan bonitas, y, sobre todo, recordando que se las había traído su hijo, se puso tan contento como el niño a quien se le regala de sopetón una caja repleta de juguetes.

A la madre le tocó una basquiña de alepín negro

y un rosario de granos de azabache engarzados en plata, y a María Magdalena dos sayas completamente iguales de percal francés, dos pares de pendientes de coral y dos pañuelos de crespón de Manila de color de carmesí. Todos quedaron contentos de los regalos, y Angel satisfecho de la compra.

—¿Te habrá costado un dineral?—arguyó Marta.

—¡Bah! ¿No soy rico? Olvida usted que el capitán de la fragata «Amparo» me ha regalado doscientos duros? Aun creo, madre mía, que hallará usted, si le hacen falta, un buen puñado de ellos en el bolsillo de esta chaqueta.

Como la conversación en estas circunstancias no suele tener fin como alguno de los presentes no se proponga cortarla, Pablo, que ya comenzaba a sentir las caricias de Morfeo sobre los párpados, se levantó y dijo:

—¡Ea, basta de charla! ¡A dormir todo el mundo! Angel debe estar cansado.

Marta arregló la cama de su hijo, que no era ni más ni menos que la que le servía antes de su marcha; pero aquella buena madre, recordando que su hijo debía estar harto de catre o petate del marinero, robó un colchón a su cama y otro al de las chicas, con cuyo refuerzo hizo la cama digna de un canónigo, para que su hijo se regalara durante la permanencia en el pueblo.

Cien veces se habían encontrado las miradas de Magdalena con las de Angel; pero en medio de aquella alegría universal, los dos jóvenes no habían podi-

do decirse ninguna de esas nimiedades encantadoras que sólo pronuncian los enamorados cuando se hallan completamente solos.

Angel, sin embargo, aprovechó un momento para decir a Magdalena en voz muy baja:

—Mañana al amanecer te espero en la misma roca donde me juraste ser mía. Tengo muchas ganas de hablar contigo.

Magdalena le contestó en el mismo tono, y enviándole una mirada llena de ternura:

—No faltaré.

Después, el sueño niveló todas las conversaciones con el rasero de su misterioso silencio.

Al día siguiente, mucho antes de que el matutino gallo anunciara con su acento el nacimiento del crepúsculo oriental, Angel salió de su casa sin meter ruido, y fué a sentarse sobre aquella roca, que era para él hermosa como el trono del amor.

Para un poeta y para un enamorado nada tan encantador, nada tan sublime como contemplar el momento majestuoso del nacimiento del día desde la orilla del mar.

Cuando el sol se levanta del fondo de las aguas, cuando los rayos de su luz esplendorosa se extienden sobre la tranquila superficie de las dormidas ondas, el poeta siente deseos irresistibles de cantar, la inspiración se agita en su mente, y el lápiz que oprime su mano corre sobre el papel.

Entonces es cuando el enamorado cree estrecho su corazón para encerrar el amor que siente, y dirige una

mirada anhelante hacia la vereda por donde cree que ha de venir la mujer que adora.

Angel, sentado sobre la roca, con el codo apoyado en la rodilla y la barba hundida en la palma de la mano, extendía sus miradas por aquella inmensidad, por aquel dilatado horizonte, cuyo purísimo azul comenzaba a destacarse de las aguas bañado por los primeros resplandores de la aurora.

Allí, solo con su amor, rodeado de sus recuerdos, pensaba en el risueño porvenir que había forjado en su mente soñadora.

Una mano que se apoyó en la espalda de Angel le hizo estremecer, distrayéndole de sus meditaciones.

Angel lo olvidó todo, y apoderándose de aquella mano la besó repetidas veces.

Magdalena contemplaba con secreto y silencioso placer los amorosos transportes de su amante.

Si algún poeta, si alguno de esos soñadores, si uno de esos hijos del genio hubiera visto en aquel momento a Magdalena y Angel, indudablemente aquel grupo encantador le hubiera recordado Safo y Faón sobre el promontorio de Lesbos, sin detenerse a observar que aquella Safo iba vestida de aldeana y aquel Faón de marinero.



CAPÍTULO VII

El medallón de oro.

ANGEL fué el primero que interrumpió aquel encantador silencio.

—Siéntate a mi lado, Magdalena, siéntate —le dijo—. No puedes imaginarte la inmensa felicidad que rebosa en mi pecho al verte junto a mí. Este instante me recompensa con usura los cinco meses de ausencia, aunque yo te he visto todos los días.

—Yo también, Angel—repuso Magdalena, dando a su voz una ternura encantadora—, yo también te he visto; la imaginación de los enamorados es un espejo donde se retratan todas aquellas cosas que han hecho latir en otro tiempo el corazón. Así es que muchas veces cerraba los ojos y te veía.

—¿De veras?—exclamó Angel, sin abandonar aquella mano encantadora que oprimía entre las suyas.

—¡Toma! ¡Y tan de veras! ¿No te ha sucedido a ti lo mismo?—volvió a decir Magdalena con ingenuidad.

—¡Oh, sí, sí! Exactamente igual. Yo también he llevado tu imagen en mi mente, en mi corazón. Antes de

emprender el viaje comprendí que mi alma necesitaba llevarse una esperanza que me diera fuerzas para luchar contra las tempestades del Océano, contra los rudos embates del infortunio que podrían sobrevenirme. El pobre marinero soñó que esa esperanza era tu amor, tu amor, que nació en mi pecho siendo niño, hijo de la primera mirada que te dirigí; tu amor, que aun vive y crece de día en día en el corazón del hombre. Durante mi ausencia, tus últimas palabras, tu juramento y la preciosa cruz que llevo siempre sobre mi pecho, han sido para mí como el cable salvador para el náufrago que lucha con las amarguras de la muerte. Tu recuerdo ha reanimado mi abatido espíritu, porque tu amor es para mí más que la vida, tanto como la honra. Tu imagen me ha seguido por todas partes: en la blanca espuma que hacía brotar la cortadora proa de mi nave, allí estabas tú, Magdalena; en la transparente estela que dejaba en pos de sí la quilla, te veía; en la brisa nocturna que agitaba dulcemente las blancas velas, oía tu voz enamorada repitiéndome tu juramento; el incesante gemido de las olas, me recordaba tus suspiros; las pequeñas y nacaradas nubes que preceden a los crepúsculos, me recordaban también la pureza de tu frente; el canto de las aves marinas, al revolotear alrededor de los mástiles, tenía para mí algo de tu voz encantadora, porque tu imagen me ha seguido por todas partes; he creído verla en la luna que nace y en el sol que se pone, porque la llevaba en mi corazón y en mi mente; porque yo creo, Magdalena, que es tan imposible verte y no amarte, como ver la felicidad y no desearla.

Magdalena se sintió conmovida escuchando las apasionadas palabras de su amante.

La hermosa cabeza de la joven se inclinó, como la magnolia de las Indias cuando recibe en su corola el rayo de sol ardiente del Mediodía, y se apoyó con languidez en el hombro de Angel.

El aliento de Magdalena, impregnado con las dulcísimas emanaciones de su amor, fué a estrellarse en el rostro de Angel.

Angel, sin comprender lo que hacía, depositó un casto beso en aquella pura frente que buscaba su apoyo.

Magdalena se estremeció ligeramente, e irguiendo la cabeza, murmuró esta frase:

—Angel, ¿qué has hecho?

—¿Lo sé yo por ventura? ¿No eres mi prometida? ¿Desconfías de mí?

Magdalena quedóse con la mirada amorosamente fija en las tranquilas ondas del mar.

Angel, como si en aquel momento recordara algo que había olvidado, lanzó una exclamación, y sacando del bolsillo de la chaqueta un estuche de tafilete, dijo, entregándosele a Magdalena:

—Perdóname; lo había olvidado.

—¿Y qué es esto?—preguntó la joven.

—Abrelo y lo verás.

—Pero yo no sé abrirlo.

—Aprieta este botón.

Magdalena hizo lo que Angel le indicaba, y la tapa del estuche cedió.

Aquel estuche contenía un medallón de oro y una primorosa cadena del mismo metal.

Dentro de aquel medallón había un retrato de fotografía.

Magdalena lanzó un grito porque aquel retrato era el de Angel.

—¡Eres tú mismo!—exclamó—. ¡Oh! Te agradezco mucho este regalo. ¿Ves? Ya tengo yo con quién hablar durante tu ausencia.

—Cierto—repuso Angel, sonriéndose al ver el entusiasmo de Magdalena—; pero no soy yo tan afortunado.

—Si puedes hacerme uno, te lo daré; pero eso aquí debe ser imposible.

—¡Ya lo creo! Pero en Santander es otra cosa.

—¿Y quién va a Santander?

—Se busca un pretexto—contestó Angel—; por ejemplo, un segundo viaje para últimos de mes. Yo le digo a mi madre que quiero dejarle mi retrato y llevarme el suyo, y con este motivo os retratáis tú y María.

—¿Y nos pondremos el vestido nuevo que nos has regalado?—dijo con cierta alegría encantadora la joven.

—¡Claro! Para que te lo pongas te lo he traído. Y mejor lo hubiera comprado; pero como no eres mi mujer...

—Eso quiere decir que cuando sea tu mejer me comprarás otros.

—Te compraré todo lo que quieras. ¿Para qué quiero yo el dinero sino para ti?

La conversación comenzaba a tomar otro giro.

Magdalena conducía insensiblemente a su novio, y

tal vez sin saberlo, al soñado terreno de las aspiraciones.

—Mira, Angel—le dijo—; nuestro amor, tarde o temprano, dejará de ser un secreto para tus padres y para el mío.

—¡Es natural!

—Pues bien, ¿no te parece que debíamos confesárselo?

Angel se quedó pensativo un momento, y luego dijo:

—Cuando me embarqué en Santander, tu padre me ofreció que, si era hombre de bien, antes de cumplir los veintiún años mandaría un buque. Creo, pues, querida Magdalena, muy conveniente que no les digamos nada hasta que terminen mis viajes de práctica. Entonces seré ya un hombre, tendré un porvenir delante de mí, y podré, sin vergüenza, decirles que amo a una mujer.

—¿Y si ellos se enfadan?

—¿Por qué han de enfadarse?

—Yo no lo sé; pero se me ha ocurrido que así podría suceder.

—Mientras tú me ames...

—¿Dudas de mi amor?

—No; pero el obstáculo que acabas de insinuarme me recuerda que tu padre, aunque no muy rico, lo es más que el mío.

—¡Bah! ¡Bah! Mi padre hará lo que yo quiera. En esta cuestión la más interesada es la novia, y en diciendo yo que sí, trabajo ha de costarles y no poco, el convencerme de lo contrario.

Como aquella contestación era tan grata para Angel, no se detuvo a meditarla.

—¿De modo—dijo—que tú me amarás siempre, contra viento y marea, como suele decirse?

—Sólo la duda de mi amor me ofende. El tiempo será testigo de la firmeza de mis palabras.

Durante este diálogo, Magdalena se había arrollado al cuello la cadena y jugaba con cierto placer, dando vueltas en sus manos al hermoso medallón de oro.

Angel volvió a decirle:

—Mira, Magdalena, creo conveniente que mi madre no vea el retrato; eso la pondría de mal humor; porque, si te he de ser franco, tengo remordimientos. ¡Le hubiera gustado tanto tener una pequeña cabecita como esa, tan exactamente parecida a la de su hijo...! Y en honor de la verdad, a mí me hubiera costado bien poco traérsela. Pero he querido que tú la tuvieras sola.

—Te lo agradezco con toda el alma, y por lo mismo voy a pedirte un favor.

—¡Ah! ¿Conque tus agradecimientos deben ser recompensados con favores?

—¡Qué quieres! Yo soy al revés de otras.

—Bueno es saberlo; que al fin y al cabo, poco a poco se va estudiando a la mujer que nos ha robado el corazón, para ponernos en guardia.

—Pues bien; ya que comienzas mi estudio, lo cual es muy difícil, si a mí se me antoja que no aprendas...

—De todos modos, te concedo el favor. Habla.

—Pues bien; te prevengo que no quiero que te retrates más. De ese modo no tendrá nadie lo que yo tengo.

—Pero advierte que haciendo lo que dices no podré llevarme el tuyo.

—Pues bien; no te lo llevas. ¿Qué más te da?

—Mucho, muchísimo.

—¡Ah! ¿Vas a negarme el primer favor que te pido? Recuerda que tengo tu palabra, y que si de novios faltas a ella, ¿qué será después que el señor cura nos bendiga al pie de los altares?

—Haré lo que quieras; pero, en cambio, durante mi ausencia te has de acordar mucho de mí y has de quererme más de día en día.

—¡Oh! Eso depende de la conducta que observe usted, señor marino.

Magdalena dijo estas palabras de un modo encantador, e inclinando la cabeza por segunda vez sobre el hombro de Angel.

El joven marino depositó un beso respetuoso en aquella frente.

El sol se había levantado sobre el mar, pero ni Magdalena ni Angel lo habían visto.

Los enamorados no sienten transcurrir las horas.

Dios sabe el tiempo que hubieran permanecido en aquel dulce éxtasis si una voz no hubiera llegado a sus oídos, despertándoles de aquel sueño de amor.

Volvieron las cabezas para ver quién era el importuno que turbaba tan inesperadamente su felicidad, y vieron a María.

—Madre está preguntando por vosotros hace una hora —dijo la joven.

—¡Ah! Pues entonces voy a ver lo que quiere.

Angel, algo aturdido con la llegada de su hermana, encaminóse hacia su casa.

Las dos jóvenes se quedaron solas, y con paso menos precipitado, siguieron el camino de Angel.

—Supongo, querida Magdalena—dijo María con alguna malicia—, que no tendrás secretos para mí.

—¿Quién lo duda?

—Entonces vas a responderme a esta pregunta: ¿Eres novia de mi hermano?

—Sí—respondió con naturalidad Magdalena—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Toma! Por saberlo.

—¿Te disgusta que lo sea?

—Al contrario; y en prueba de ello, voy a darte un beso, querida cuñada.

Las dos jóvenes se abrazaron.

Magdalena volvió a decir:

—Mira, si me prometieras guardar el secreto...

—¡Ah! ¿Tienes secretos para mí? ¿Me ocultas algo? Eso está mal hecho. ¿No somos hermanas? ¿No nos amamos con todo el corazón? Entonces, ¿por qué andas con tapujos?

—No puedo decirte nada como no me prometas antes guardar el secreto.

—¿Tanto importa?

—Te diré: ese secreto no me pertenece a mí sola; lo tengo a medias con otra persona.

—Vamos, ¿es tuyo y de Angel?

—Precisamente: de los dos.

—Pues bien; te lo prometo. Habla.

—No hay necesidad de hablar; basta con mirar.

Magdalena sacó del fondo de su pudoroso pecho el

medallón de oro que poco antes le había regalado Angel, y dijo lacónicamente:

—Mira.

—María lanzó un grito al reconocer a su hermano, y exclamó:

—¡Ah! ¡Qué contenta se hubiera puesto mi madre con este regalo! ¿No es verdad que Angel es un muchacho muy guapo? Bien puedes quererle, Magdalena, bien puedes quererle. ¡Qué parecido está! Debe ser un oficio muy bonito el de pintor, y, sobre todo, muy útil a los enamorados.

María permaneció un momento absorta contemplando el retrato de su hermano.

La vanidad de Magdalena la había hecho faltar a su palabra.

Entre los muchos hijos espúreos, entre las muchas pequeñeces del corazón humano, suele levantar su repugnante cabeza la vanidad.

El amor tiene muchas ramificaciones.

El primer amor, el más sublime, el más santo, el más imperecedero, es el amor del corazón.

En pos de éste, siguen multitud de hijos bastardos que se disfrazan muchas veces con sus purísimas vestiduras; por ejemplo: el amor por interés, el amor por egoísmo, el amor por capricho, el amor por vanidad.

Tal vez este último era el amor que guardaba el corazón de Magdalena para Angel.



CAPÍTULO VIII

Donde Pablo sabe lo que no sabía.

NGEL recorrió la mayor parte del mundo a bordo de la fragata *Amparo*.

Durante este tiempo hizo cinco viajes a su casa, permaneciendo cortas temporadas en el seno de su familia.

Su amor continuó siendo un secreto para aquella honrada gente.

Magdalena solía decirle:

—Cuando termines tu compromiso, cuando te sientas con fuerzas para gobernar un buque, cuando seas, en fin, uno de esos hombres que marchan con la frente levantada en busca del porvenir, le dirás a tu padre que pida mi mano al mío. Mientras tanto, esperemos.

Pedro visitaba de vez en cuando a la familia de Pablo, y, a pesar de la eterna melancolía que se observaba en su semblante, no dejaba de tener alguna satisfacción en el

fondo de su alma herida, viendo a su Magdalena sana y contenta.

La felicidad para el conde de Durango había llegado a ser un mito.

Cuando se siente en el corazón la herida del remordimiento, el horizonte de la vida se ve siempre cubierto de nubes

Pedro, pues, vivía siempre bajo la oscura presión de su sombría historía, esperando en vano ver brillar el sol de la felicidad sóbre su cabeza.

Pero continuemos con lo concerniente al joven marino, que tan risueños colores veía en su porvenir.

Por fin, una mañana del mes de Febrero del año 1859 la fragata *Amparo*, fondeó en el puerto de Santander.

Aquel hermoso buque, que tantos miles de leguas había cruzado con su quilla, se hallaba tan fuerte, tan esbelto, tan gallardo como el primer día que después del bautizo cortó con su delgada proa las saladas ondas del mar.

El capitán de la *Amparo*, después de echadas las anclas, y terminadas las formalidades con la sanidad del puerto, bajó a su camarote, llamó a Angel y le dijo:

—Angel: tú sabes todo lo que puede saber el marino más experimentado. Tu práctica, pues, ha concluído; toma este regalo que te hace la tripulación de la fragata *Amparo*.

Angel tomó un papel que le alargaba el capitán.

Era una manifestación unánime, firmada por el capitán y todos los tripulantes, de la inteligencia y valor del marinero preferente Angel Gurrea.

—Con este papel que te entrego—continuó el capitán—, con este relato, dictado por el deber y la concien-

cia de tus compañeros y las matrículas de tus estudios, no ha de faltarte ningún armador que te confíe un buque. Pero si no quieres separarte de mi lado, yo, desde ahora, te nombro mi segundo, y llevarás una parte en los negocios.

Angel sintióse conmovido.

El capitán de la *Amparo* había sido para él un padre.

En el rostro de aquel hombre pintábase el dolor que la separación de Angel le causaba.

Pero Angel amaba a una mujer con toda la fuerza de su corazón generoso y ardiente, y aquella mujer le esperaba.

Abrazó al capitán después de mostrarle su gratitud, despidióse de sus compañeros de viaje, y abandonó para siempre la fragata *Amparo* con los ojos arrasados de lágrimas.

El capitán le acompañó en el bote hasta tierra.

Cuando sus pies tocaron las piedras del puerto, le dijo:

—Hijo mío: dos marinos que por espacio de cuatro años han luchado juntos con los elementos, no se separan tan secamente como te dispones a hacerlo tú. Hoy comeremos juntos.

Comieron juntos en una fonda, y al terminar, el capitán desprendióse de un magnífico cronómetro de oro que llevaba, con cadena del mismo metal, y se lo dió a Angel, diciendo:

—Toma: conserva este recuerdo mío, como una muestra del aprecio que me inspiras, y dame un abrazo. No quiero robarte el tiempo. Tu familia te espera.

Aquella misma noche Angel llegó a su casa.

Después de la alegría natural, Pablo apartó a su hijo de los brazos de su madre, y mirándole a distancia de seis pasos, como para verle mejor, exclamó.

—Esto es lo que se llama ser un hombre. Angel, estoy contento de ti. Dentro de cuatro días partirás a ver al señor Pedro.

Angel tenía entonces veintidós años.

Los viajes le habían desarrollado y fortalecido.

Era, en una palabra, un marino que daba envidia mirarle.

Aquella misma noche, como María estaba enterada de todo, Angel y Magdalena hablaron por la ventana.

Después de muchas cosas, siempre iguales entre los enamorados, cuando iban a despedirse, Magdalena le dijo:

—Angel: ha llegado la hora de que nuestro amor no sea un secreto para nuestros padres. Mañana se lo cuentas todo al tuyo, y luego que él haga lo demás.

Angel, con el consentimiento de Magdalena, ya sólo esperaba la ocasión de hablar a su padre.

Embarazosa era para Angel la comisión, aunque tenía una íntima confianza en que no había de ser mal recibida, porque a él le parecía la cosa más natural del mundo que el amor condujera a dos jóvenes al altar.

Resuelto a dar término a la incertidumbre que comenzaba a apoderarse de su corazón, al día siguiente, viendo que su padre se hallaba remendando una vela a la orilla del mar, se fué hacia él y, sentándose en la banda de la ligera barca, le dijo:

—Si usted está hoy de buen humor, hablaremos un rato, padre mío.

—¿Cuándo me has visto de mal humor?—preguntó Pablo mirando a su hijo y perdiendo algún punto el remiendo.

—Es que lo que yo tengo que decir a usted es grave.

—¡Diablo! Me asustas, muchacho; dí pronto lo que sea.

Y Pablo dejó la vela y fué a sentarse al lado de su hijo, como para oir mejor lo que tenía que decirle.

—Empiezo, pues—dijo Angel con algún embarazo—, por pedirle a usted perdón por el silencio que he guardado por espacio de cuatro años.

Pablo miró a su hijo abriendo mucho los ojos, y después rascóse el cogote de un modo significativo, como si quisiera decir: «¿Qué diablo tiene este chico?»

Angel continuó, asomando una sonrisa a sus labios:

—Pero debo advertirle que en este silencio no he sido yo solo el culpable; porque también ha tomado parte ella.

La cosa se complicaba.

Pablo, cuanto más oía, se enredaba más; así es que no pudo menos de exclamar, como Quevedo, aunque no había leído nunca a esa gloria nacional:

—¿Quién es ella?

Angel respondió sencillamente:

—Magdalena.

—Pero ¿qué tiene que ver Magdalena con todo lo que me estás diciendo?

—Mucho, padre mío, o por mejor decir, la mitad del todo.

—Hombre, o yo soy muy romo, o tú no te explicas; pero lo cierto es que no entiendo una jota de lo que me estás hablando.

—Pues bien; lo que yo tengo que decir a usted, y, sobre todo, lo que yo quiero que usted comprenda, es que amo a Magdalena.

—¡Diantre!

Y Pablo, al pronunciar esta exclamación estuvo a dos dedos de caerse de la barca.

—Hace cuatro años—continuó Angel, como reanudando el hilo de sus palabras y sin dar a su padre tiempo de que se repusiera de la sorpresa.

Pablo comprendió que era preciso decir algo, y abriendo la boca dos o tres veces, como si la lengua se le hubiese pegado al paladar, exclamó:

—Peró ¿y ella? ¿Qué dice ella?

—¡Toma! Ella me ama.

—¿Estás tú seguro de eso?

—Inútil sería todo lo que hablamos si no tuviera esa seguridad.

—¡Hola! ¡hola!—volvió a decir Pablo con una entonación que no desmentía su buen humor—. ¡Miren los hipócritas, las mosquitas muertas, y qué callado lo tenían!

—Lo habíamos convenido así, padre mío; por lo que espero que usted nos perdone. Para dar este paso era preciso que terminaran los cuatro años de práctica, y como ya han terminado...

—Bien, ¿y qué?—dijo Pablo, por decir algo.

—Nos quisiéramos casar, y cuanto más pronto mejor.

Pablo retrocedió asustado, como si hubiera visto la monstruosa cabeza de una ballena amenazando tragarse su barca.

—¡Casaros!—exclamó—. ¡Casaros!... ¡Pues no es nada! Según parece, vosotros no habéis contado con la huéspeda.

—Pues por la misma razón, padre mío, se lo cuento, para que usted haga lo mismo con el padre de la novia.

—¿Has reflexionado bien lo que quieres?

—¡Ya lo creo! Hace cuatro años que no pienso en otra cosa.

—¿Has estudiado bien los inmensos cargos que contrae el hombre que se casa y los deberes de un marido?

—¡Toma! Algunos me los figuro, y otros usted me los enseñará.

Pablo se quedó pensativo un momento.

—¡Qué! ¿No aprueba usted la boda? ¿Rechaza usted mis pretensiones?—preguntó Angel con cierta recelosa incertidumbre, propia de las circunstancias.

—Nada de eso, hijo mío—volvió a decir Pablo con cariñoso acento—. Nada encuentro más natural que un mozo como tú desee casarse cuando le quiere una muchacha como Magdalena; pero nosotros no podemos hacer nada sin contar antes con el señor Pedro, que al fin y al cabo es padre de la novia, y aunque pobre, no tanto como yo.

—¿Le pido yo dote por ventura? Yo quiero la mano de Magdalena sin recompensa, sin interés de ninguna

clase. Soy joven, tengo ambición, y trabajaré para ustedes y para ella.

—Sin embargo...

—Mire usted, padre mío, ¿es cierto que usted me da su consentimiento?

—¡Qué diantre! Con toda mi alma.

—¿Tiene usted alguna duda de que mi querida madre tuerza el gesto a esta boda?

—Tu madre sólo quiere lo que tú quieras.

—Pues entonces, todo lo que hablemos aquí está de más. Mañana, en cuanto amanezca, tome usted el camino de Santoña y habla usted del asunto con el señor Pedro. El corazón me dice que mis pretensiones serán aceptadas.

—Pero, muchacho, ¿tú crees que Santoña está a la vuelta de la esquina?

—Cuando se trata de la felicidad de un hijo, ¿qué son para su padre una docena de leguas más o menos? Las distancias son más largas o más cortas según el gusto con que se emprenden, y yo no dudo que usted encontrará el viaje corto, ligero y hasta agradable.

—Vaya, estoy viendo que siempre acabas por tener razón. No sé cómo diablo te has arreglado para meterte en la mollera tanta retórica. Yo he viajado seis veces más que tú, y apenas se me ocurren tres palabras seguidas sin decir una barbaridad. Hay injusticias que los que somos un poco romos de entendimiento, como yo, las toleramos por ignorancia.

Angel abrazó a su padre, porque no dejaba de comprender que una caricia a tiempo es el mejor contrapeso para inclinar la balanza del cariño paternal.

Esta caricia de Angel dejó, como suele decirse, pegado a la pared al viejo marino.

Nada podía oponer a la súplica de su hijo. La creyó tan justa, que su respuesta fué la siguiente:

—Tienes razón. Puesto que os amáis y depende vuestra felicidad del matrimonio, mañana mismo parto para Santoña. ¡Qué diablos!, yo también he sido joven, como lo ha sido asimismo mi amigo el señor Pedro el contramaestre, y aunque ahora la menor pulga que nos pica es el amor, no dejaremos por eso de conocer que la impaciencia de la juventud no tiene límites cuando se trata de echarse sobre los hombros la cruz del matrimonio.

Angel pagó la conformidad de su padre con un segundo abrazo.

Pablo comunicó aquella noche a su mujer lo que su hijo le había comunicado a él por la mañana.

No hay madre que no se crea una profetisa al tratarse de los dolores o de las alegrías de su hijo.

Marta, sin embargo, nada había sospechado de todo aquello que su marido le refería.

Uu amargo presentimiento cruzó por su mente; pero un beso de Angel disipó aquella pequeña nube, que parecía querer empañar la bondadosa dulzura de la mirada maternal.

Para la honrada familia de Pablo, desde aquel instante ya no fueron un secreto los amores de Angel y Magdalena.

Era preciso, pues, que no lo fueran para Pedro.

A la mañana siguiente, Pablo, embajador de los enamorados donceles, partió de la casita.

Alegre como el soldado que regresa después de ocho años de campaña a su aldea; contento como el padre que va en busca de la felicidad de su hijo, Pablo caminaba con la esperanza en el corazón y esta copla en los labios:

Aunque enfriaron mis canas
el fuego de las pasiones,
voy en busca de la dicha
del amor de mis amores.



CAPITULO IX

Donde Pablo, hablando del mar, se olvida de la tierra.

L conde de Durango, especie de cenobita de las costas del golfo de Vizcaya, pasaba una vida triste y monótona encerrado en su viejo caserío, situado en la falda del monte de Santoña.

El remordimiento había hecho presa en aquel corazón desgarrado por el dolor.

Para el conde, la vida era un gemido interminable.

El estruendo del mundo, el trato de los hombres le hacían daño.

Solo con sus recuerdos, buscaba un consuelo en la soledad contra las horribles tinieblas de su alma.

Una imprudencia le había hecho el hombre más desgraciado de la tierra.

El tiempo no cicatrizaba la herida de su corazón, sino que por el contrario, parecía ahondarla más y más.

Sin embargo, debemos decir que el conde, cuyo cabello y barba se hallaban completamente blancos, aunque apenas contaba cuarenta y seis años de edad, y tenía todo el aspecto de un anciano, solía de vez en cuando gozar de algunos momentos de placer recorriendo las costas del mar Cantábrico en los terribles días de tempestad, con la esperanza de librar alguna pequeña embarcación sorprendida lejos de la costa por los desencadenados vientos que con tanta frecuencia ensoberbecen aquellas aguas.

El peligro era el único bálsamo consolador para su alma.

Los tripulantes del brik *Socorro* admiraban a su capitán.

El señor Pedro, nombre que se hacía dar por todo el mundo, era un atleta; en el momento del peligro su rostro sa rejuvenecía, y en tiempo de bonanza parecía un pobre viejo, triste y enfermizo.

Su casa, siempre abierta para los desgraciados; su mano, siempre pródiga con los menesterosos, era para los sencillos habitantes de la comarca una recomendación digna de elogio.

Durante las temporadas que pasaba en su casa de campo, sus dos ocupaciones invariables se reducían a leer encerrado en su biblioteca, o a meditar, sentado en el banco de piedra que había junto a la sepultura de su esposa.

Dieciocho años hacía que Tula se hallaba sepultada al pie de aquel árbol, y diecinueve que una im-

prudencia imperdonable puso en sus manos el puñal del asesino.

El tiempo no había podido enfriar en su corazón el amor de Tula, ni borrar de su mente el recuerdo de sir Guillermo Wartón.

Pedro pudo ser el hombre más feliz de la tierra; su imprudencia, sus celos, le hicieron el más desgraciado de los hombres.

Todo cuanto le rodeaba tenía para él las sombrías tintas de la tempestad.

Pedro fué un hombre que pudo vivir en medio del esplendoroso sol de la felicidad y vivía envuelto en las tétricas tinieblas del remordimiento.

En aquel inmenso caserío, menos tétrico, menos solitario, porque de vez en cuando imperaba en él el espíritu de la caridad, vivía también otro sér no menos desgraciado que el conde: el colono Araguay.

El pobre viejo, cuya ancianidad prolongada, pues contaba cerca de ochenta y cuatro años, se deslizaba triste y marchita como una planta sin riego y sin sol, desde el momento en que Magdalena, única esperanza en su vejez, había desaparecido del colegio, era, por cierto, bien digno de lástima.

El viejo Araguay ignoraba el paradero de su nieta.

Los primeros días, alentado por la esperanza de volver a encontrarla, tuvo al menos el consuelo de las lágrimas.

Pasó un año, y la creyó muerta.

Preguntábale a Pedro, y éste le respondía:

—Día ha de venir en que Magdalena torne a esta casa; pero ahora conviene que permanezca ausente. Esta sepa-

ración no es menos dolorosa para usted que para mí; pero la felicidad de mi hija así me lo aconseja.

Pasaron dos años más, y las lágrimas se secaron en los ojos del anciano.

Araguay comenzó a sentir un odio implacable hacia aquel hombre que le separaba de su nieta.

Poco a poco, aquel pobre anciano, cuyo buen humor tan proverbial fué en otro tiempo, cayó en un abatimiento general, y apoyado en una muleta recorría las desiertas calles de aquel tétrico jardín, repitiendo en voz baja:

—¡Magdalena!... ¡Magdalena!... ¡Magdalena!... ¿Dónde estás?

Aquel anciano flaco, descolorido, macilento, a quien indudablemente había olvidado la muerte, era un tormento insoportable para Pedro.

Araguay, a pesar de su debilidad, de su aturdimiento, huía de Pedro y le odiaba con todo su corazón.

Apenas se hallaban alguna que otra vez junto al sepulcro de Tula.

Entonces ni el uno ni el otro se dirigían la palabra.

El viejo Araguay era para Pedro la aterradora voz de su conciencia, la espantosa sombra del remordimiento.

Pedro, para el anciano, era el verdugo de su felicidad.

Vivía cada uno en su habitación.

Para aquellos desgraciados, la casa que habitaban tenía la lobreguez triste y horrible de un presidio.

La cadena que los tenía sujetos a aquel calabozo bañado por los rayos del sol, y donde gozaban de una li-

bertad cien veces más terrible que el cautiverio de los presidiarios, era el cadáver de Tula.

Una tumba los sujetaba.

Un cadáver, desde el fondo de su ataúd, era el dueño de sus albedríos, disponía de sus vidas.

Cuando Pablo llegó, después de unos días de viaje, junto a la verja que daba paso al jardín del conde de Durango, preguntó a un hombre, especie de hortelano, que se hallaba junto a la puerta, por el señor Pedro.

Aquel hombre le contestó:

—Si el señor no se halla en el bosquecillo donde está enterrada la señora, entonces estará arriba, en la habitación de los libros.

Pablo entró en el jardín, y poco después llegaba al bosquecillo indicado por el hortelano.

Desde lejos distinguió un hombre sentado a la sombra de un árbol en un banco de piedra.

La actitud dolorosa de aquel hombre sobresaltó a Pablo, y se dijo para su capote:

—¿Qué diablos tendrá el conde? Sentiría llegar en mala ocasión.

Sin embargo, avanzó un poco más, y cuando creyó que su voz se hallaba a tiro de oído, dijo, quitándose el sombrero:

—Buenos días, señor.

El hombre que se hallaba junto al sepulcro de Tula levantó la cabeza como para ver quién era el que le dirigía la palabra.

Pablo vió entonces que no era el conde, pero creyó reconocer aquella fisonomía.

¿Dónde había visto a aquel anciano? Esta pregunta se la hizo Pablo *in mente.*

No era tan fácil que le reconociera: hacía muchos años que no le había visto.

Aquel viejo era el colono Araguay, especie de cadáver que vagaba alrededor del sepulcro de su hija, pronunciando el nombre de su nieta.

Don Casto quedóse mirando a Pablo de una manera estúpida.

Aquellos ojos hundidos, apagados como los de un idiota, no decían nada, pero inspiraban lástima.

Pablo, no sin asombro, fué poco a poco reconociendo las facciones del anciano cadavérico, de aquel vejete casi miserable que, envuelto en una sucia bata y apoyado en una muleta, le miraba sin despegar los labios.

Pablo, a quien hacía daño aquel silencio, creyó oportuno terminarle, y dijo:

—Dispénseme usted, caballero; yo he creído que era el señor conde, y por eso le he dirigido la palabra.

—¡Ah!—exclamó el viejo con una voz cascada y ronca—. Tú buscas a Pedro. Pedro no está aquí. Aquí estamos solos ella y yo. Vete, vete; aquí no está Pedro.

Y el viejo, inclinando la mirada al suelo, quedóse segunda vez inmóvil.

Pablo no se atrevió a interrumpirle.

La voz de aquel anciano había vibrado en su pecho de un modo doloroso.

Se alejó de aquel sitio murmurando:

—Yo creo que este viejo es el señor Araguay, aquel

rico colono de California que siempre tenía tan buen humor. ¡Qué cambio tan grande!

Pablo era un marino sin malicia, y no hizo ningún comentario sobre aquel encuentro.

Encaminóse a la casa, y viendo un hombre al parecer marinero, que paseaba a la sombra de un emparrado, le dirigió la palabra de esta manera:

—¿Es usted de la casa, buen amigo?

—No. Soy un náufrago recogido por el capitán del brik *Socorro* y conducido a este santo asilo: me hallo en la convalecencia, y le debo la vida al hombre que...

Pablo le interrumpió:

—Precisamente a ese hombre vengo buscando.

—El señor Pedro se halla arriba.

Pablo saludó y entró en la casa, que ya conocía; sin detenerse llegó ante una puerta que se hallaba entornada, y dando un ligero golpecito con los nudillos de la mano derecha, dijo:

—¿Se puede, señor Pedro?

—¡Adelante!—respondió una voz desde el interior de la habitación.

Pablo empujó la puerta y entró.

Se hallaba en el gabinete-biblioteca del señor Pedro, el capitán del brik *Socorro*.

Aquella habitación, atestada de libros y repleta de mapas, era el refugio del desgraciado conde de Durango durante los días de calma.

Allí, solo con los libros y los recuerdos, pasaba los días enteros.

La presencia de Pablo pareció animar el semblante del conde.

Dejó sobre la mesa un libro que tenía en la mano, e indicándole una silla para que se sentara, le dijo:

—¿Y mi hija?

—Buena, señor conde, buena.

—¿Está contenta?

—¡Ya lo creo! En aquel rostro de cielo resplandece la alegría.

—Supongo—continuó el conde—que tu viaje tendrá alguna causa. ¿Necesitas dinero?

—¡Ca! ¡Si soy yo más rico que todos los ricos del mundo!

—Entonces...

—Yo me iré explicando poco a poco, que al fin y al cabo, la comisión que me trae a esta casa es algo peliaguda.

—Empieza: te escucho.

—Empiezo, pues, por decirle a usted, señor, que mi chico ha concluído el tiempo de la práctica con toda la honra y provecho que deseábamos.

—No esperaba yo menos de Angel. Siempre me ha inspirado confianza.

—El capitán de la fragata *Amparo*, a juzgar por estos papeles, que el señor conde puede ver, si gusta, ha quedado muy contento de mi chico.

Y Pablo sacó del bolsillo de la chaqueta unos papeles cuidadosamente doblados, que puso en manos del conde.

Este leyó detenidamente la relación que el capitán de

la fragata *Amparo* hacía y legalizaba con su firma de los méritos de Angel Gurrea.

Terminada la lectura, durante la cual el conde había demostrado alguna satisfacción, volvió a entregar los papeles a Pablo, diciendo:

—Debes estar contento de tu hijo. Guarda ese documento, que es y será siempre una honra para él y una satisfacción para ti.

—¡Oh! ¡Ya lo creo, ya lo creo! ¡Caramba! Este es el tesoro de mi vejez. Habrá pocos jóvenes que puedan enseñar una hoja de servicios como ésta.

Y Pablo guardó cuidadosamente los papeles en el mismo bolsillo.

El conde volvió a decir:

—¿Qué edad tiene tu hijo?

—Veintidós años, tres meses y catorce días, menos dos horas, porque Angel nació a las cuatro de la tarde, y ahora deben ser, poco más o menos, las dos.

El conde no pudo menos de sonreirse al ver la exactitud extremada con que aquel padre llevaba la cuenta de la edad de su hijo.

Después continuó de este modo.

—Ya tiene suficiente edad para gobernar un buque de cuadro; será preciso cumplirle la palabra.

—¿De modo que mi hijo llegará a ser capitán de un buque mercante?

—Sí, Pablo.

—¡Oh! ¡Usted es el hombre más bueno de la tierra!

—¡Quién sabe!—murmuró el conde encogiéndose de hombros.

—¿Tiene usted confianza en que un armador le entregará un buque a mi hijo? Porque un buque vale mucho dinero.

—Tengo más que eso. Tengo el buque.

Pablo abrió la boca como si en aquel momento hubiera visto levantarse de la tierra el cadáver de su abuelo.

—¡El buque!—repitió con asombro.

—Sí; un buque completamente nuevo, un buque de ochocientas toneladas, con la cáscara forrada en cobre hasta las cintas; gallardo, estrecho de proa; una de esas fragatas que se deslizan en medio de la tempestad como los delfines, burlándose de los vientos y de las olas; un buque, en fin, construído bajo la dirección de un marino experimentado, que llevará en la cala dos pares de aparejos para desafiar a las borrascas; ese es el buque que tengo para tu hijo.

Pablo creyó estar oyendo un cuento de hadas.

—¿Dudas de lo que acabo de decirte?

—Nada de eso, señor. Pero cuando uno ve de sopetón la felicidad, la fortuna de su hijo, me parece que es muy natural que se le abra la boca y se quede hecho un babieca, sin saber lo que le pasa.

—Voy a enseñarte, querido Pablo, en pequeño, la fragata *Buenaventura,* puesta al pairo en un día de bonanza. Tu hijo será su capitán; yo cumplo lo que ofrezco.

El conde se levantó, abrió uno de los cajones de un grande armario repleto de libros, y sacando un trozo de cartulina, fué a colocarlo extendido sobre la mesa, a la vista de Pablo.

—¿Será éste el buque de mi hijo?—exclamó Pablo de una manera inexplicable y batiendo las manos con una alegría infantil—. Este buque va a ser el más velero que pasee el gran charco; debe recorrer los mares como una sardina y saltar los escollos durante las borrascas como un delfín. Su cabeceo debe ser suave como el de la gaviota cuando riza las aguas con la punta de sus alas. ¡Cuerpo de Cristo! ¿Y va a ser mi hijo capitán de este buque? Tentado estoy, señor, en hacer inscribir mi nombre en el rol como contramaestre, y despegarme de la tierra, donde vivo como un hongo. ¡Qué buque! El pez espada ha de verse negro para seguirle cuando suelte todo el velamen y las arrastraderas. La petimetra más emperejilada se avergonzaría viéndole puesto el pairo en un día de buen sol. Indudablemente, señor, mi hijo se vuelve loco de alegría, y con razón. ¿Qué marino no se enorgullece de gobernar esa maravilla de los mares?

Y Pablo se quedó con la mirada fija en el buque y agitando la cabeza de un modo significativo.





CAPÍTULO X

Cómo se pide.

EL honrado marino había casi olvidado el motivo de su viaje.

El conde gozábase en silencio de la alegría de su antiguo contramaestre.

De pronto, Pablo se dió una palmada en la frente, como el hombre que recuerda algo.

Un asomo de temor agitó su corazón.

Recordando su embajada, temió que se desvaneciera todo aquel risueño porvenir que le ofrecía el conde.

—Tal vez—se dijo para sí—, cuando yo le pida al conde la mano de su hija para mi Angel, nos quedemos sin la chica y sin el buque.

Esta idea le desconcertó. Pero, por fin, deseando salir lo más pronto posible de aquel atolladero que comenzaba a embrollarse, y resuelto a jugar el todo por el todo, hizo un esfuerzo para serenarse, y habló al pie de la letra como a continuación se expresa:

—Señor: yo soy un pobre marino, sin más patrimonio que estas canas que han ido brotando con honra en

mi cabeza. Mi hijo, pobre como yo, pero más sabio y más marino que yo, ha sentido en su corazón rebullir el escarabajo del amor, y sin andarse en circunloquios, hace unos días me dijo: «Padre, yo quiero a Fulana, y Fulana me quiere a mí. Soy un hombre, me creo con bastantes fuerzas para mantenerla, y por lo mismo le ruego tome el tole y vaya a decirle al padre de mi novia si tendrá inconveniente en que el señor cura nos eche unas cuantas bendiciones sobre nuestras cabezas.» Como yo soy un padre que lo que más quiere en el mundo es a su hijo, no he podido resistir, y aquí me tiene usted, señor conde, a decirle llana y sencillamente, como Dios nos enseñó, que Angel está enamorado de Magdalena y Magdalena de Angel; que los dos quieren casarse, si usted lo consiente, y que mi chico aceptará con palmas a la novia, aunque sea en pelo, como suele decirse. Esta es la comisión que me traía a su casa; por el camino me iba formando yo mis ilusiones, porque, al fin y al cabo, mensajero era de la felicidad de mi hijo. Pero hete aquí que el diablo, que a lo mejor lo enreda, apenas llego a esta casa, usted, siempre tan bueno para con nosotros, me enseña la imagen de un buque que daría envidia a la armada inglesa, y me dice: «Tu hijo será el capitán de este buque.» Entonces, en medio de la alegría que la noticia me causa, recuerdo que mi hijo es un pobre diablo como su padre, sin más fortuna que la honradez, y que Magdalena es rica. La idea de que el señor conde pudiera ver en este matrimonio miras interesadas, me produce un ruido extraño en la cabeza, a manera de atontamiento, y caigo como una rana desde el tope del mástil de mis ilusiones

al fondo del mar de la realidad. Y dándome por vencido, suplico a usted, señor, que perdone el atrevimiento, y que disponga y mande como guste, en el bien entendido que tendremos un placer en obedecerle todos los de la casa.

Pedro, que había escuchado con gran calma el relato de Pablo, tan pronto como le vió hacer punto final, extendió una mano y dijo con pausado acento:

—Estrecha esta mano, Pablo. Acabas de darme una gran noticia. Yo te lo agradezco. Dios, sin duda, ha oído mis súplicas.

—¡Pues qué, señor! ¿No se enfada usted con nosotros?

—¡Enfadarme! ¿Y por qué?

—¿Por qué?... Pues yo creo que hay motivo.

—Sin embargo, dentro de un mes Angel será esposo de Magdalena, y tan pronto como termine la luna de miel, tu hijo, a bordo de la fragata *Buenaventura*, saldrá del puerto del Ferrol en busca de un porvenir que llene sus aspiraciones.

Pablo, loco de alegría, se arrodilló a los pies de Pedro. Las palabras que acababa de oir derramaban en su corazón una felicidad inmensa.

Algunos días después Pablo regresó a su casa; pero Pablo no iba solo: le acompañaba Pedro.

Angel leyó en los ojos de su padre que era portador de buenas nuevas.

El enamorado joven, con esa imaginación encantadora de los primeros años, esperaba que su padre le refiriese el resultado de su viaje.

Pero Pablo encerraba su inmensa alegría bajo el más escrupuloso silencio, como si obedeciera alguna orden superior.

Pedro mostró deseos de hablar con su hija, y separándose unos pasos de la familia del marino, fué a sentarse con ella bajo un árbol.

Allí le dijo, cogiéndole cariñosamente la mano:

—Magdalena, Pablo me ha pedido tu mano para su hijo. ¿Amas tú a Angel?

—Me parece un buen muchacho—respondió la joven con una indiferencia impropia de las circunstancias.

Pedro miró a su hija con fijeza, y como si quisiera entender sus palabras, continuó:

—No, no es eso, Magdalena; yo pregunto a tu corazón si siente por ese joven ese cariño puro y ardiente que conduce a dos seres al pie de los altares para unirlos con el lazo indisoluble del matrimonio, lazo de flores que embellece todo, o cadena de hierro que agobia con su peso insoportable.

—Pues bien, padre mío, le amo. El ha pedido mi mano autorizado por mí.

—¿Y crees ser feliz casándote con él?

—Así lo espero.

—Entonces, hija mía, serás su esposa, y que la bendición de Dios caiga sobre vosotros; que la felicidad de la tierra no os abandone nunca, ni aun en vuestros sueños.

Desde aquel día comenzaron a hacerse los preparativos de boda.

Pedro se encargó de arreglar los papeles y de los

gastos indispensables, con el pretexto de que había hecho algunos ahorrillos en sus ultimos viajes.

Aseguró asimismo que no había de faltarle a Angel un armador que, depositando en él su confianza, le entregara un buque para probar fortuna.

La casa de Pablo Gurrea no ofrecía, por cierto, muchas comodidades, porque los pobres no conocen lo superfluo, les basta lo preciso.

Se convino en que puesto que Angel, pasada la luna de miel, debía emprender nuevamente y con más vigor su vida de hombre de mar, hasta tanto que los jóvenes esposos no tuvieran fruto de bendición, vivirían con sus padres, y que más adelante se vería si se alquilaba alguna casa más grande en el pueblo de Santillana para vivir todos juntos, o bien si se añadiría una nueva habitación a la de Pablo.

Convinieron asimismo en que la boda se efectuaría el último domingo del mes de Abril de aquel año.

Pedro, con el pretexto de que tenía muchas cosas que arreglar, se despidió de Pablo y su familia.

El conde se trasladó desde Santillana a Santander, adonde tomó un pasaje en un vapor para El Ferrol.

Cuando desembarcó en este puerto, sin perder ni un solo instante, se trasladó a casa de uno de los más afamados constructores de buques de aquel astillero.

—Vengo—le dijo—a ver si nos arreglamos.

—Estoy a las órdenes de usted, señor conde—contestó el constructor—. El buque es de primera, y a no ser por la circunstancia de hallarme escaso de fondos y tener otras varias obras encargadas, puede usted creer

que el precio de la fragata hubiera subido algo más.

—Pues bien, señor Núñez; hablando claro y pronto, como buenos marinos—volvió a decir el conde—le diré que yo no tengo inconveniente en entregar los treinta mil duros, siempre que los aparejos se construyan a mi gusto y sean dobles, como asimismo el velamen, y quede la fragata completamente terminada y anclada en el puerto para el día último del próximo mes de Mayo.

—El buque estará concluído para esa fecha. ¡Qué diantre!, sólo le faltan algunos trabajos de adorno en la obra muerta y arreglar el camarote del capitán a gusto del consumidor. El señor conde, como marino, bien comprende que, por perezosos que anden mis trabajadores, basta y sobra con un mes de tiempo para que la obra se termine. En cuanto a los aparejos y el velamen, el señor conde puede desde ahora elegir el cáñamo de las jarcias y de los cables y la lona de las velas; puede mandarlo retorcer a su gusto, pues seguro estoy de que cuando vea la fragata mecerse sobre las aguas no ha de ser tacaño conmigo, y aumentará a los treinta mil duros algunas onzas más para que tengan un buen día los padres de la criatura.

—Trato es trato, y vamos a firmar la obligación.

—Entre la gente honrada, la palabra es la mejor firma del mundo.

—Amigo Núñez, yo deseo legalizar la compra en toda forma, y para eso necesitamos un escribano.

—Es corriente, señor; pero...

—Y entregaré el dinero inmediatamente.

—¡Bah! No corre prisa.

—No hay tiempo que perder. ¡Ah! Se me olvidaba advertir a usted que debe hacerse la venta a favor de don Angel Gurrea.

—Yo creía que el buque era para usted. ¡Lástima que caiga en manos poco inteligentes!

—El capitán que va a encargarse del gobierno de la fragata sabe el oficio como el primero, querido Núñez.

—Mejor, mejor. Sería una lástima que no fuese así.

—Es mi hijo.

El conde de Durango, capitán de la armada en otro tiempo, e inteligente en todo lo que concernía a la náutica, permaneció algunos días en el astillero del Ferrol, dirigiendo la terminación de las obras de la fragata.

Del camarote del capitán hizo un gabinete precioso, y le adornó con un gusto y una delicadeza admirables.

Nada que fuera útil a un marino faltaba en aquella pequeña habitación.

Este trabajo le ocupó algunos días, y ya muy próximo aquel en que los dos jóvenes debían jurarse amor eterno al pie de los altares, recibió una carta de Pablo concebida en estos términos:

«Señor conde: Ayer se recibieron en un cajón y en estado satisfactorio los regalos de boda que usted ha tenido a bien mandarnos. Los chicos están locos de alegría, y a nosotros los viejos se nos cae la baba de gusto.

»Para nuestra completa felicidad, sólo falta que usted se reuna con nosotros.

»Los novios me encargan recuerde a usted que dentro de poco es el gran día para ellos, y que tendrían un sentimiento si usted no honrara la boda con su presencia.

»Sin más, mande usted como guste a su subordinado y amigo, *Pablo Gurrea.*»

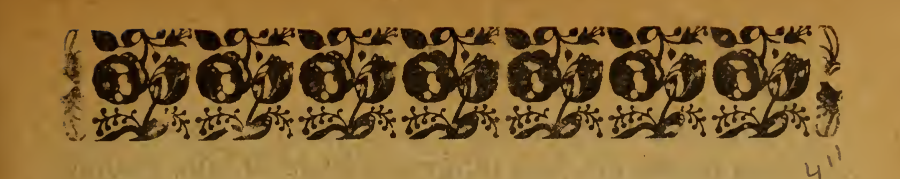
Cuando el conde terminó la lectura de la carta, exhaló un suspiro, y dijo:

—¡Dios mío, hacedlos felices! ¡Que no recaiga sobre ellos el crimen que después de veinte anos turba aún mis sueños y agota mi alegría!



LIBRO QUINTO

LA LUNA DE MIEL



CAPITULO PRIMERO

Un cielo sin nubes.

RRIBA, perezosos! Hay ciertos días en que el sueño es un crimen que no debe perdonarse—gritaba Pablo Gurrea, el honrado marino, con esa entonación del hombre que se cree completamente feliz.

Pablo, que se hallaba vistiéndose con la ropa de los días de fiesta, viendo que sus palabras quedaban desairadas, tornó a exclamar:

—¡Muchachos! ¿No habéis oído que los gallos cantan desaforadamente hace una hora, y que el esquilón de la iglesia anuncia a los convidados que el padre cura se está poniendo el traje ceremonial? ¡Oh! Recuerdo que el día de mi boda no fuí tan perezoso. ¿No es verdad, Marta, que dormimos muy poco la víspera de aquel día en que tú debías atraparme para *in æternum?*

Pablo, que había acabado de vestirse, se dispuso a salir de su habitación para dirigirse a la de su hijo, cuando, abriéndose la puerta, apareció Angel, risueño y alegre como el acontecimiento que le esperaba.

—Buenos días, padre mío. Buenos días, madre mía—dijo:

Marta abrazó a su hijo.

—Hace una mañana deliciosa; ni una sola nube se ve en el firmamento—dijo Angel.

—¡Calla!—exclamó Pablo—. ¿Eres tú? Ya creía que estabas en la cama.

—¡Bah! Hace dos horas que me he levantado.

—¡Dos horas? Sería de noche, porque apenas comienza a clarear.

—Y tan de noche, que no se veía gota.

—¿Y qué has hecho a esas horas?

—¡Toma!—contestó Angel sonriéndose—, pelar la pava con mi futura.

—¡Ah! Bien dicen por ahí las malas lenguas que los enamorados no duermen.

—Por eso mismo he salido al campo; y como Magdalena tenía abierta la ventana, hemos charlado un rato.

—A los enamorados nunca se les concluye la historia; como siempre se cuentan lo misma—dijo Marta.

—Sí, ya lo sé—repuso Pablo—. Toda la conversación se reduce a una pregunta. «¿Me quieres?» Y la contestación es casi otra pregunta: «Y tú, ¿me quieres a mí?» Pero, en fin, ya pronto será tuya, y después verás cómo enjugas las babas y se acaban los mimos.

—¡Oh, no lo crea usted, padre mío! Yo amaré siempre del mismo modo a Magdalena.

—Sí, pero se lo dirás menos.

—Allá veremos.

—Hijo mío, yo tengo bien vistas esas cosas. Veinte años de matrimonio enfrían las pasiones. Pero es preciso no perder tiempo, porque los padrinos nos esperan en la iglesia.

—Diga usted, padre mío: ¿cómo es que el señor Pedro, el padre de mi novia, no ha venido a la boda?

—También le hallaremos en el pueblo. No faltará.

—He notado que nos visita poco y que siempre está triste, meditabundo.

—¡Eh! Aprensiones. Cada uno tiene su genio, y es preciso respetar al prójimo.

Mientras Pablo y su hijo sostuvieron este diálogo, la poética luz de la aurora extendió sus tibios rayos sobre la tersa y tranquila superficie del mar, y el cielo vertía su rocío sobre el cáliz perfumado de las flores.

La familia del viejo marino no tardó mucho en reunirse en la cocina de la casa.

Todos estaban vestidos de gala.

Para esto había dos razones: era domingo, y Angel y Magdalena iban a casarse aquella mañana.

—¿Estamos todos?—preguntó Pablo.

La contestación fué afirmativa.

—Pues entonces, en marcha, no sea que los testigos y convidados nos tengan por perezosos.

Salieron de la casa, y tomaron por el camino de los Alamos, que conducía a Santillana.

Delante iban Angel, su prometida Magdalena y su hermana María. Detrás, Pablo y Marta.

A la entrada del pueblo hallaron un grupo de aldeanos de ambos sexos y marineros, que esperaban a los novios.

Como era natural, fueron recibidos con un *¡hurra!* de alegría.

Las mujeres tenían envidia a Magdalena y los hombres a Angel, porque Angel era el marino más bien plantado de la comarca, y Magdalena la muchacha más bonita del radio.

Mientras los mozos rodeaban al novio y las mozas a la novia, un hombre que se hallaba sentado al pie de una cruz, se levantó, y acercándose a Pablo, le dijo:

—Dios te guarde, Pablo.

—Señor...—dijo éste.

—¡Silencio! Ya sabes que hemos convenido en que soy el señor Pedro a secas. Espero que no lo olvides.

—¿Pero ha visto usted a Magdalena? ¡Qué hermosa está!—dijo Marta mezclándose en la conversación—. ¡Oh! Bien puede alabarse de que tiene la hija más guapa del radio.

—Dios quiera que sea feliz—repuso Pedro.

—¡Oh! ¿Por qué no lo ha de ser? Mi hijo Angel es bueno como el pan, honrado como el trabajo y hermoso como el sol. Las bondades del Eterno caerán sobre una parejita tan igual.

Magdalena no había visto a su padre; pero Marta, que se había levantado de la cama con la lengua expedita y el corazón alegre, le gritó:

—¡Eh, muchacha, la novia! ¡Aquí está tu señor padre! ¡Ven a darle un abrazo!

La prometida esposa de Angel corrió a abrazar a su querido padre.

—Ya comenzaba a tener mis miedos de que usted no presenciara mis bodas—le dijo después de abrazarle.

—Hacías mal, Magdalena. Mis ocupaciones me han tenido algunos días ausente de estos contornos, pero aquí estoy para gozarme en tu felicidad, en tu alegría.

Angel estrechó la mano de su suegro.

Pedro era un secreto para toda la familia, menos para Pablo.

Se decía que era contramaestre de un brik-barca llamado *Socorro,* buque de cabotaje que hacía el comercio en las costas. Todos le respetaban, y Angel le quería como á su padre, pues gracias a las buenas relaciones del señor Pedro, se hallaba en camino de ser un hombre de provecho.

Después, era el padre de su futura, y Angel amaba a su novia con toda la fuerza, con todo el fuego de un corazón ardiente y apasionado.

Como todos los que hacían falta para la boda de Angel y Magdalena se hallaban reunidos, y como además nada tenían que hacer allí, volvieron a continuar la interrumpida marcha en dirección a la iglesia del pueblo.

Una boda en un pueblo de corta vecindad es un acontecimiento, y es doblemente grande si la boda se celebra en día festivo.

Todos los vecinos de Santillana oyeron misa.

—Por falta de testigos—dijo Marta a su esposo en voz baja—, nuestro hijo no estará mal casado.

Terminada la ceremonia, los novios y el acompañamiento salieron de la iglesia.

El padrino de boda, que era un piloto amigo de Pablo, hombre de buen humor, creyó que sin música aquella boda parecería un entierro, y sin consultarlo a nadie ajustó a un viejo, profundo filarmónico y *alegrador* de las fiestas de la comarca, para que estuviera a la puerta del templo armado de su tamboril y de su gaita.

El músico ambulante, que estaba prevenido por el padrino, apenas vió salir por la puerta de la casa de Dios a los novios, comenzó a soplar la gaita y a tocar el tamboril con la mano derecha.

La música nacional alegra los corazones de un modo notable.

Los muchachos, esos vagabundos inocentes, esas alegrías en miniatura, esos retoños de la sociedad, en cuanto vieron que el tío Fidel (así se llamaba el gaitero), comenzaba a soplar, empezaron a dar saltos y vueltas, porque los muchachos aprovechan la ocasión de divertirse, romper la ropa y hacer ganas de comer siempre que pueden.

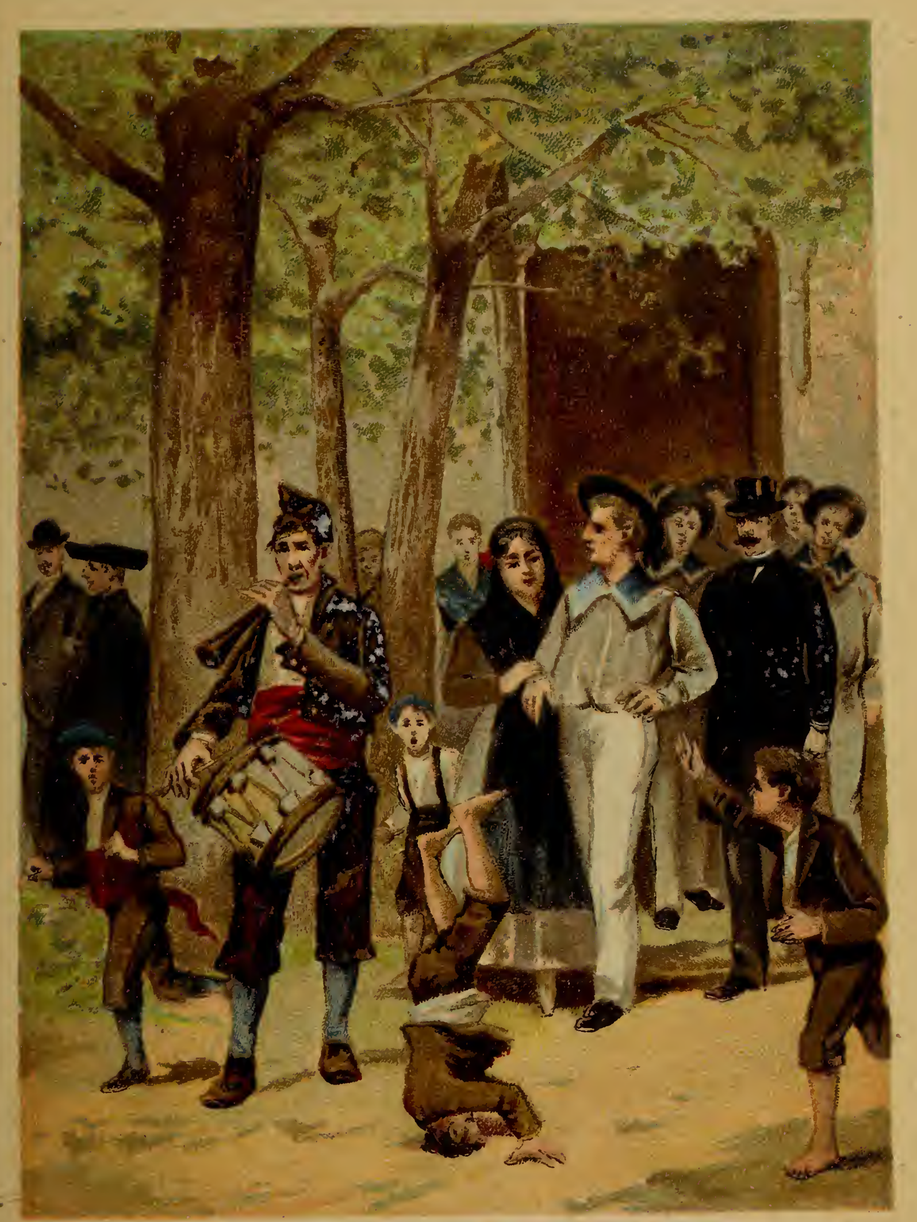
Algunos vecinos, menos madrugadores o más indiferentes a la boda, asomaban la soñolienta cabeza por las ventanas y las puertas de sus casas.

La alegría era general.

Delante iban diez o doce chicos dando vueltas y haciendo equilibrios, recordando a un volatinero que pocos días antes había admirado a los pacíficos habitantes de Santillana.

Detrás de los chicos, el tío Fidel, grave, circunspecto; con los carrillos hinchados a fuerza de soplar y

416



Lit. J. Palacios, Madrid.

Detrás de los chicos el tío Fidel, grave, circunspecto, con los carrillos hinchados á fuerza de soplar...

el tamboril colgado del hombro, siempre dispuesto a armonizar la alegría.

Después seguían los novios y los padres, y últimamente los padrinos y los convidados.

Ni un solo rostro se veía que no estuviera alegre; ni una sola boca que no sonriera.

Angel, el novio, con su traje de marinero, su sombrero de hule tirado hacia el cogote, su camisa desabrochada, cuyo ancho cuello caía sobre los hombros; y Magdalena, con su saya de color de grana, su jubón negro, su manto de franela y su carita de cielo, formaban la pareja más deliciosa del mundo.

La gente los bendecía al pasar, y el tío Fidel armonizaba aquella bendición con las plañideras notas de su gaita y los secos compases del tamboril.

El cielo puro y sereno, y la tierra cubierta de verdura, esmaltada de flores que perfumaban el ambiente, sonreían sobre la joven desposada.

El paisaje estaba en armonía con la fiesta que regocijaba a los vecinos de Santillana.

Los novios se hallaban en la primavera de la vida, y el campo en el mes de Mayo.

Por todas partes se veían flores, se aspiraban perfumes, se gozaba de la deliciosa poesía de la naturaleza.

Y el sol, ese incansable alimentador del universo, resplandeciente como nunca, extendía los primeros rayos de su frente sobre los novios.

Los pájaros cantaban en la fronda de los árboles.

Las ovejas balaban, encaminándose a la montaña.

La comitiva volvió a tomar el camino en dirección a la casa de Pablo el marino.

Todos cantaban, todos reían.

El placer era general.

Un joven pálido, de fisonomía dulce y bondadosa, vestido con el traje que usan en las capitales por la mañana los elegantes, seguía en silencio a los de la boda.

Aquel joven llevaba un álbum en la mano.

De vez en cuando sus ojos se fijaban de un modo expresivo en la amante pareja que acababa de jurarse amor eterno al pie de los altares.

Entonces, un suspiro se escapaba de su pecho y estas palabras brotaban de sus labios:

—¡Oh! ¡Si yo tuviera genio para trasladar al lienzo este cuadro que admiro! ¡Qué frescura, qué entonación, qué colorido se necesita para que el pincel transmita tanta poesía, tanta verdad! La ternura de Murillo, la verdad de Velázquez, la viveza de Goya, todo cabe en ese grupo alegre y bullicioso del cual soy un mudo espectador.

Y el joven, con el álbum debajo del brazo, seguía contemplando la comitiva, atraído por la hermosura de aquel grupo, que embellecían aún más el sol con sus rayos, el campo con sus flores y el tío Fidel con las acordes melodías de su gaita.





CAPÍTULO II

Un artista pobre.



L joven del álbum se llamaba Carlos Rubira. Era un pintor, un hijo del genio, un artista de corazón, uno de esos seres que sienten bullir en su cerebro, la llama candente de la inspiración; una de esas criaturas que cruzan por la tierra en busca de la inmortalidad, ensangrentándose los pies por la espinosa senda de la gloria.

Huérfano a los dieciocho años, solo en el mundo había reconcentrado el ardiente amor que inflamaba su corazón en el arte de Rafael.

Al expirar su padre, pundonoroso y honrado militar, le había dicho:

—Carlos, aquí te entrego las economías de mi vida. Sé hombre de bien; antepón siempre el honor al dine-

ro. El hombre pobre, tiene una fortuna que conservar: la honra.

Carlos, con el corazón destrozado por el dolor y los ojos arrasados en lágrimas, se hizo esta reflexión:

—Soy dueño de tres mil duros: con esta cantidad no puede vivir siempre un joven como yo. Es preciso ser artista. Esta herencia puede servirme de pedestal para que mi nombre se engrandezca. Vamos a Italia a estudiar los grandes maestros.

El pobre huérfano abandonó a España.

Durante tres años, con el álbum debajo del brazo, los dorados sueños del artista en la mente y la esperanza de la gloria en el corazón, estuvo recorriendo Italia.

Roma, monumento imperecedero del arte, fué para Carlos lo que es la luz para las tinieblas.

Dos años de permanencia en la ciudad eterna, hicieron de aquel joven, cuyo amor al arte era inagotable, lo que se llama un hombre de provecho.

A los veintiún años regresó a España, y con el resto de su fortuna, que era por cierto bien reducida, puso su estudio en Madrid.

Desde entonces comenzó para él la vida del artista, es decir, la vida de las amarguras, de las penalidades; porque Carlos, aunque contaba con amigos ricos, tenía la altivez del genio, que no se humilla nunca, que oculta las lágrimas, y sigue por la vía dolorosa, que conduce al martirio de la gloria con la sonrisa en los labios y los pies ensangrentados.

Es verdad que estos seres, a quienes suelen llamar privilegiados; estos soñadores eternos de la belleza, pen-

sando en la gloria, suelen olvidarse hasta del dinero, cosa que parece muy inverosímil en el siglo del vapor.

Carlos, no sin algunas penalidades, consiguió algún trabajo, si bien éste producía más a los corredores que al autor; pero en Madrid, como en todas las grandes capitales, si el artista no quiere morirse de hambre, es preciso que alimente a esas sanguijuelas que le chupan la sangre, dedicándoles palabras pasmosas y frases estudiadas.

La sociedad es una cadena formada de eslabones de dolor y placer; junto al eslabón del genio se halla el eslabón del explotador del genio, especie de abejorro que absorbe el jugo del entendimiento.

Carlos, como todos esos soñadores, como todos los hijos de las musas, amaba a una mujer con toda la fuerza de su corazón impresionable.

Era su Fornarina, su Beatriz, su Leonor, su Julieta, su musa, en fin.

Como quiera que este joven, que aún no ha tomado parte en este libro, debe desempeñar en el transcurso de la fábula que nos ocupa un papel preferente, el lector nos permitirá que le dejemos permanecer en el modesto rincón de su hogar hasta el momento que tenemos consignado para su primera salida.

Carlos sintióse algo delicado de su salud, y deseando estudiar las hermosas provincias de España, reunió algunos fondos, y se dijo:

—Viajemos.

Pocos días antes de la boda de Angel había llegado a Santander.

Reconoció sus cercanías, vió el pintoresco valle de Santillana del Mar, y pensó:

—Esto es más pintoresco y más barato que Santander; pasaré algunos días en este pueblo.

La casualidad, madre de grandes acontecimientos, hizo que mientras meditaba lo que hemos consignado en las anteriores líneas, oyera pronunciar su nombre en el balcón de una casa inmediata.

Alzó los ojos, extrañando hubiera en Santillana un sér que le conociera, y vió echado sobre los hierros de un balcón, vestido con elegancia, con un habano en la boca y saludándole con la mano derecha, a un joven conocido suyo de Madrid.

—¿Qué hace usted por estos países, querido artista?—le dijo el joven del balcón.

Carlos, que había reconocido en aquel joven al elegante marqués de la Espiga, sin poder contener una exclamación, le respondió:

—¡Ah, señor marqués! Creo que me encuentro en el caso de hacer a usted la misma pregunta.

—¿Quién lo duda, querido pintor? Pero tampoco dudará nadie que si usted no tuviera inconveniente en fumarse un cigarro conmigo, podría satisfacer esa pregunta con más comodidad.

—Soy en la actualidad el desocupado más *desocupado* de España—repuso el pintor.

—Entonces entre usted por esa puerta pintada de verde que se halla a dos pasos de su persona, cruce el portal, sin hacer caso de las personas que en él se hallen, y tomando la escalera, que se halla enfrente de la puerta de

la calle, se encontrará usted en este regio salón de su palacio de Santillana.

—Subo al momento.

Carlos subió, efectivamente, al piso principal de aquella casa, y un criado le introdujo en la sala, donde le estaba esperando el marqués con la petaca en la mano.

Sentáronse el aristócrata y el artista en un sofá, y encendiendo el segundo un cigarro, comenzó el siguiente diálogo:

El marqués.—Rindo de todo corazón culto a las artes y doy la preferencia en todo a los artistas. Tiene usted la palabra, querido pintor: puede usted decirme qué busca en el bucólico valle de Santillana del Mar; puede usted decírmelo todo, sin miedo de que me sobrecoja ni asombre; conozco a los artistas, sus excentricidades no me admiran. Ya escucho.

El pintor.—Yo podía decirle a usted, querido marqués, que el deseo de pescar ostras y cangrejos me había conducido a estas costas. Pero nada de eso; diré la verdad: he venido a Santillana en busca de la salud, que tan necesaria nos es para soportar la penosa peregrinación de la vida; he salido de Madrid hambriento de respirar aire libre, puro, fortificador, y a esto debo añadir que desde que tuve la desgracia de quedarme huérfano siento una comezón tan desmedida de viajar, que no hay noche que no sueñe con el judío errante.

El marqués.—Apenas habrá en el mundo ilustrado un verdadero artista que no tenga en su organización algo del ave Cinglo, especie de pajarraco intranquilo y errante, tan pobre de plumas como rico en deseos de volar.

El pintor.—Creo, querido marqués, que aunque yo no puedo considerarme como un artista verdadero, tengo, sin embargo, mucho de ese ave que usted acaba de nombrar, aunque no sea más que por la pobreza de su pluma y su afán incesante de mudar de climas. Los gitanos, esos vagabundos universales, cuyo origen desconocido les permite vivir en todas partes, siendo moros en Fez y cristianos en España, tienen en mí un admirador constante.

El marqués.—Creo que acaba usted de dirigir un epigrama, o por lo menos una calumnia.

El pintor.—Usted me honra demasiado pensando de ese modo; pero voy a recordar al señor marqués que yo pagué el cigarro revelándole el motivo de mi permanencia en Santillana, y que el señor marqués aún me debe la visita que le estoy haciendo sin más motivo que saber cómo se halla en este pueblo.

El marqués.—Es verdad. Pues bien: yo me hallo en este pueblo porque, como usted, necesitaba respirar el aire puro de los campos; y gustándome estas costas pienso tomar los baños este verano. Yo tengo, como usted ve, menos causas para vivir en Santillana del Mar.

El pintor y el marqués, después de pagarse mutuamente la deuda, dando un giro a la conversación hablaron largamente de Madrid.

Ofreció el marqués una habitación en la casa al pintor, que era, según el mismo decía, grande como un convento.

Carlos rehusó por algunos instantes el ofrecimiento; pero, por fin, le fué preciso aceptar.

El pintor advirtió al aristócrata que para que permanecieran juntos era preciso que él gozara de toda la libertad del que vive solo; que podría salir y entrar de día y de noche a cualquier hora, y que no se hallaría obligado a regresar a la casa a una hora fija para comer.

El marqués celebró la independencia del artista, y le dijo:

—Se le guardará a usted la comida el día que no llegue a tiempo, y no se le preguntará nunca adónde ha estado ni de dónde viene.

Con estas condiciones aceptó Carlos, y trasladando desde Santander a Santillana del Mar su caja de colores y algunos trozos de lienzo que había traído para hacer estudios, comenzó sus correrías por los alrededores del pueblo.

En uno de estos paseos artísticos tropezó con la boda de Angel y Magdalena.

El sueño incesante de Carlos era pintar un cuadro de costumbres y presentarlo en la exposición próxima

Aquel grupo de seres tan felices, tan alegres, que salía de la casa de Dios para dirigirse al nido de amor; aquellos muchachos que daban vueltas alrededor de los novios con la esperanza de los confites pintada en sus rollizos y mofletudos semblantes; las venerables calvas de algunos marinos de la comitiva; el clásico gaitero, que armonizaba con sus melodías el contento general; todo, en fin, tenía para Carlos una belleza, una verdad, un colorido de primer orden.

Siguió la comitiva, apuntando en su imaginación todos los detalles de aquel cuadro encantador que se desarrollaba ante su vista.

Cuando los novios llegaron a la casita se detuvieron, y el padrino suplicó al tío Fidel que dejara por un momento la gemidora gaita.

Repartiéronse algunos confites y cuartos entre los muchachos, y primero con buenas razones y después con mejores cachetes, Pablo despidió a la turbamulta de bailadores.

Carlos, como extraño a aquella fiesta, fué a sentarse sobre una de las rocas de la orilla del mar.

Allí abrió su álbum y se puso a dibujar lo que había retenido en su imaginación.

Los novios, los convidados, el padrino y Pedro sentáronse como pudieron bajo el emparrado.

Como el chocolate estaba hecho y los bizcochos en la despensa, la hacendosa Marta, en un santiamén, repartió a jícara por barba.

Durante el rutinario desayuno de los hijos de San Fernando, que tanto generalizó el ejército monacal, nadie se ocupó de otra cosa que del pocillo que tenía delante.

Cuando el estómago estuvo satisfecho, comenzaron los epigramas y las puyas dirigidas a los novios, en cuyos rostros brillaba la felicidad.

Pablo, a quien la alegría le retozaba por todo el cuerpo, que daba vueltas alrededor de todos como un palomino de primera volada, observó que un hombre, sentado sobre una roca a la orilla del mar, de espaldas a la casa, se hallaba al parecer muy preocupado, pues ni siquiera se movía.

—¡Calla!—dijo—. ¿Quién es aquel señor?

Todos se volvieron para mirar el punto que señalaba la mano de Pablo.

—Será tal vez un forastero—repuso Angel.

—Indudablemente, a juzgar por el traje—dijo a su vez Magdalena.

—Puede que sea algún enfermo. ¡Vienen tantos durante la primavera a Santillana!...—objetó Marta.

—Sí—volvió a decir Pablo—, será alguno de esos señoritos enclenques y delicados de la ciudad.

—Deberíamos convidarle—dijo Angel.

—¡Convidarle! ¿Para qué? ¿No somos bastantes?—dijo Pedro, algo contrariado del generoso arranque de su yerno.

—Tiene razón Angel—dijo Marta, que estaba siempre dispuesta a votar en favor de su hijo—. Por uno más no nos hemos de quedar con hambre, gracias a Dios.

Pedro se encogió de hombros, sin ocultar el mal humor que la presencia de aquel desconocido le causaba.

En otro tiempo, los celos le habían hecho cometer un crimen.

En la boda de su hija, los celos tornaban a asomar su repugnante cabeza en el corazón de Pedro.

Sin embargo, guardó silencio, dejando a su yerno que obrara del modo que quisiera.

—Entonces, si ustedes no lo toman a mal—dijo Angel—, voy a decirle que queda convidado a comer.

Angel obtuvo el voto unánime de la reunión, y se encaminó adonde estaba Carlos.

La gente se quedó en espectativa, esperando el resultado de la embajada.

Pedro nada dijo; pero en su grave y circunspecto semblante podían notarse señales evidentes de disgusto.





CAPÍTULO III

Donde Carlos paga el valor de su cubierto

ARLOS, aprovechando uno de esos momentos felices en que la inspiración vence todas las dificultades que ofrece el arte, había sorprendido a la naturaleza, delineando en una hoja de su álbum un verdadero cuadro de costumbres.

El dibujo era un boceto muy ligero, bajo el cual había escrito el pintor: *Una boda en una aldea*.

Todo en aquel dibujo era de primera intención, pero todo se *movía*.

Faltaba el color; pero tenía el detalle, la vida, la verdad.

Carlos contemplaba con satisfacción aquel apunte, detrás del cual venía un cuadro, tal vez una obra de arte.

Preocupado en la contemplación de su dibujo, con la mirada fija en aquellas *rayas* que en su mente soñadora tomaban formas tan colosales, sin tener vida más que para su pensamiento, no oyó las pisadas de un hombre que se acercaba.

Angel se detuvo detrás de Carlos, e insensiblemente alargó un poco el cuello y vió lo que le tenía tan preocupado.

Una rápida mirada le bastó al joven marino para comprender aquel dibujo.

No pudo reprimir una exclamación.

Carlos levantó la cabeza y vió a Angel.

Le reconoció al momento, y le dijo con la sonrisa en los labios:

—¡Ah! ¿Usted es el novio?

—Sí, señor—respondió Angel sencillamente—. Le he visto a usted desde mi casa, y tanto mis padres como los convidados han convenido en que viniera a ofrecerle un cubierto en mi modesta mesa de boda.

Carlos no contestó con mucha prisa al ofrecimiento, y Angel, que no apartaba la vista de las hojas del álbum, volvió a decir:

—¿Ha hecho usted ese dibujo?

—Sí.

—¿Ahora?

—Ahora. ¿No le conoce usted?

—¡Ya lo creo! Ese es nuestro casamiento. Casi me atrevería a reconocer todas las figuras.

—¿De veras? — preguntó con cierta satisfacción el pintor.

—¡Y tan de veras!

Y sentándose junto a Carlos, colocó la yema del índice derecho sobre el dibujo y volvió a decir:

—Este es mi suegro; este es mi padre; este es el tío Fidel; esta parejita, aunque no tiene las cabezas terminadas, bien puede asegurarse que somos Magdalena y yo.

Carlos sintió una inmensa satisfacción oyendo al marinero, y le dijo:

—Usted se lo presume, pero esto no son más que cuatro rayas.

—No, no; los tipos tienen su verdadero carácter, y aunque las cabezas no estén concluídas, se adivina el original con alguna facilidad. Usted, caballero, debe ser un gran pintor, e indudablemente podrá, si en ello forma empeño, hacer de este dibujo un buen cuadro. ¡Oh! ¡Cuánto le envidio a usted!

Carlos miró con alguna extrañeza a aquel joven vestido sencillamente de marinero, y que tan bien se expresaba.

Mientras tanto, Angel se gozaba en la contemplación del dibujo.

El pintor le dijo:

—Yo doy a usted las gracias por la opinión que le merezco; pero esto vale bien poco.

—Si no temiera ofenderle, me atrevería a comprarle a usted la hoja de ese álbum. Es uno tan feliz el día que se casa con la mujer a quien ama, que todo lo que le recuerda ese día es grato al corazón.

Carlos recordó en aquel momento a una mujer que había dejado en Madrid y a la que amaba con toda la vehemencia de su alma de artista.

—Esta hoja no se la daré a usted—dijo el pintor—

porque no vale absolutamente nada; pero le ofrezco a usted otra más concluída.

—¿Por supuesto, del mismo asunto?

—Precisamente el mismo. Esta va a servirme de boceto.

—Pues bien, caballero—repuso Angel—, yo admito el ofrecimiento que usted me hace, siempre que usted acepte la comida que vengo a ofrecerle.

—Veo que a usted le gusta pagar al contado los favores que recibe.

—¡Oh! ¡Nada de eso! Mi comida valdrá mucho menos que el dibujo de usted.

Angel comenzaba a ser simpático a Carlos, y Carlos a Angel.

—Entre jóvenes—repuso el pintor—debe reinar la mayor franqueza. Acepto el convite, pero voy a imponer una condición.

—Acepto—exclamó Angel.

—Poco a poco; usted ignora lo que voy a pedir.

—Supongo que un hombre de talento, un artista como usted, no ha de pedir nada que no se le pueda dar.

—Supone usted muy bien, y por lo mismo, voy a comenzar mi petición.

—Ya escucho.

Carlos, después de mirar la esfera de su reloj, dijo:

—Son las ocho y media. ¿A qué hora comen ustedes?

—Cuando el sol se halla a la mitad de su carrera.

—¿Al medio día?

—Sí; a la hora de los pobres.

—Pues bien, nos quedan tres horas y media; durante ese tiempo yo haré un dibujo menos malo que éste

que será propiedad de usted antes que nos sentemos a la mesa.

—Acepto, acepto—exclamó Angel.

—Aún no he concluído. Como yo vivo del pincel y he venido a estos países a estudiar las costumbres, deseo pintar un cuadro al natural, y quiero que ustedes me permitan pintar, si me conviene, alguna cabeza para mi cuadro.

—Desde este momento me comprometo a dejarme retratar, si mi cabeza sirve—dijo sonriendo Angel—. Y en cuanto a la de mi esposa, creo que podré conseguir lo mismo. ¡Qué diantre! A su marido no le debe negar nada su mujer en el día de la boda.

—¡Es verdad!

—Entonces queda aceptado el trato.

—Esta es mi mano.

—Esta es la mía.

Carlos y Angel se encaminaron a la casa.

Poco antes de llegar, Angel se detuvo y dijo:

—Voy a presentar a usted a mi familia y aun no tengo el gusto de saber su nombre.

—Me llamo Carlos Rubira, soy huérfano y pobre, dos recomendaciones que no valen en la actualidad la cuarta parte de un céntimo.

Cuando llegaron a la casa, la comitiva les rodeó con alguna curiosidad.

Angel presentó al pintor, y, como es de suponer, el dibujo fué la base de la conversación. Marta colocó una silla junto a la mesa donde antes habían tomado el chocolate, y Carlos puso manos a la obra.

La cosa que más entretiene y distrae a un desocupado es mirar cómo trabaja otro.

Todos rodearon a Carlos para verle dibujar. Bien es verdad que a todos interesa aquel dibujo, porque todos tenían parte en él.

Sólo Pedro se quedó un poco separado, diciendo para su capote, que su yerno no tenía necesidad de que una persona extraña, y sobre todo joven y bien parecido, se metiera en su casa sin ton ni son.

Carlos hizo un verdadero cuadro.

Las cabezas de Angel y Magdalena eran casi dos retratos.

Aquellas honradas gentes celebraban a su manera la habilidad del pintor, y éste, retocando sobre el dibujo nuevo el viejo, entregó el uno a Angel, y guardando el otro y cerrando el álbum, dijo:

—Tome usted el dibujo; me he ganado el cubierto que usted me ha ofrecido.

—¡Oh!—exclamó Angel—. Pero muy bien ganado. Mira, Magdalena, este dibujo lo colocas en nuestro cuarto.

—Sí; pero es preciso ponerle un cristal.

—De eso se encargará el primero que vaya a Santander.

—No hay necesidad de hacer el viaje—dijo Marta—. En mi casa tengo un cuadro con el retrato del Empecinado, que tiene cabalmente ese tamaño.

—Entonces, que perdone el esclarecido mártir de la libertad—dijo Angel—. Vamos a quitar al patriota y a ponernos nosotros.

Quitaron al Empecinado del cuadro, y en su lugar se colocó la boda de Magdalena.

El cuadro fué colgado en la habitación de los novios.

Poco después, Marta dijo la palabra sacramental de «¡a la mesa!» y los novios y los convidados y el pintor, todos comieron como gente sana de cuerpo, limpia de conciencia y que hace honor a la cocinera.

A los postres se brindó por la felicidad y prosperidad de los novios.

Por la tarde hubo un pequeño baile, y por la noche, cuando los convidados conocieron que estaban demás, se marcharon, y los novios, entrando en su habitación, apagaron la luz.





CAPITULO IV

Los días más hermosos de la vida.

NADA importa que la luna no aparezca en el cielo para los recién casados.

¿Qué mejor luna que la luna de miel? Ninguna brilla con más claridad, ninguna tiene rayos más poéticos.

¡Qué fortuna para los casados, y qué pocos solteros egoístas habría en el mundo si la luna de miel se prolongara en la vida matrimonial hasta el día de la muerte!

Si algo de paraíso tiene su imagen en la tierra, es indudablemente la luna de miel.

Todo es bello, todo es dulce, todo es poético.

Ni un solo detalle deja de tener su armonía.

El corazón, durante ese período encantador del matrimonio, es un arma que produce dulcísimos acordes.

Para conocer las grados de bondad que posee una joven soltera, conviene colocarla al lado de otra joven recién casada.

María era, indudablemente, muy buena, porque gozaba con la felicidad de Magdalena.

En cuanto los novios, se habían olvidado de todo menos de amarse.

Pedro permaneció dos días en casa de los novios. Al tercero dijo a Pablo:

—Me marcho.

—¿Tan pronto?—respondió el marino.

—Voy a presenciar un bautizo—le contestó Pedro.

—¿Es usted padrino?

—Sí, de una fragata.

Pedro se marchó, y Magdalena continuó disfrutando la luna de miel.

Carlos los visitaba todos los días.

Había trasladado a casa de Pablo una caja de colores y algunos pequeños lienzos, y pintaba.

El joven pintor era tan condescendiente, tan amable, que pronto logró conquistar el corazón de la honrada familia de Pablo.

Había sacado dos estudios de la cabeza de Magdalena.

En cuanto terminó el primero, Angel, viendo que se lo llevaba a Santillana, le dijo:

—Querido Carlos, voy a acompañar a usted.

Cuando los dos jóvenes se hallaron a cien pasos de la casa, Angel le dijo al pintor:

—¿Quiere usted que hagamos un trato?

—¿Y por qué no?

—Pues bien, dentro de algunos días comenzaré la vida errante de marino. Es mi oficio. ¿Qué quiere usted por dos retratos para colocarlos en mi camarote?

—¿Retratos de cuerpo entero?

—No, no; como ese trozo de lienzo que se lleva usted.

—¿Dos bocetos?

—Sí, dos bocetos.

—¿De qué original?

—Uno de mi esposa y otro de mi madre.

—No quiero nada; los hago gratis.

—Pero usted vive de su trabajo...

—El arte trabaja siempre gratis para sus amigos. Yo le haré a usted los dos bocetos.

—Pues bien, yo le traeré a usted algo cuando regrese de mi primer viaje.

—Me basta con que me conserve usted su amistad.

Pasaban los días sin que los jóvenes esposos se apercibieran de ello.

Todas las tardes, poco antes del crepúsculo, se encaminaban, cogidos de la mano, a la orilla del mar.

Allí se sentaban en una de aquellas solitarias rocas.

Pablo, viéndoles caminar juntos y amorosos como dos pichones, decía a su mujer:

—¿No te dan envidia?

Marta contestaba encogiéndose de hombros:

—¡Anda, que ya se les acabará! Y si no, recuerda lo que tú hacías y lo que haces.

Pablo, conociendo las razones poderosas de su mujer, se hacía el distraído, como si no hubiera oído nada.

Muchas veces llegaba la noche y los dos amantes no volvían.

Pablo, viendo la mesa preparada, se decía para su capote:

—El amor de mis hijos acabará por estropearme el estómago.

Pero la luna derramaba raudales de plata sobre la tranquila superficie del mar, las palabras de Angel eran tan dulces, las miradas de Magdalena tan amorosas, que de lo que menos se acordaban los dos jóvenes era del estómago de su padre.

¿Quién abandona a los veinte años la poesía del amor por la prosa de la comida?

Así las cosas, un día se presentó el cartero con una carta.

La letra era de Pedro.

Pablo se estremeció de placer; Marta de dolor.

Aquella carta podía encerrar la fortuna de Angel y las lágrimas de su madre.

Pablo leyó la carta, que decía así:

«Querido Pablo: Puedes participar a tu hijo, mi yerno, que ya tengo buque. Es una fragata de ochocientas toneladas, bien construída, completamente nueva; se llama «Buenaventura». Angel podrá vanagloriarse de regir un buque de primera, tal vez el más gallardo, el más veloz que recorre los mares de Oriente a Poniente. Le estoy buscando flete para los Estados Unidos. Creo que todo se podrá arreglar bien. Prepara a tu mujer y avisa a los chicos. Hace un mes que se casaron y es preciso que la luna de miel concluya y se piense en el porvenir. Dentro de quince días iré a buscaros.

»Tuyo,—Pedro.»

Pablo leyó la carta a la familia, y su lectura produjo bien distintos efectos.

A Pablo, Angel y Magdalena, de placer; a Marta y María, de dolor.

Para los primeros, el porvenir, la fortuna, se cifraba en la ausencia de Angel; el viaje, pues, era indispensable; la separación, conveniente.

Para las segundas, el mayor tesoro era Angel; marchándose él, lo perdían todo.

El tiempo, que ni le detienen obstáculos ni le arredran distancias, fué extendiendo poco a poco su mano devastadora, y llegó, por fin, la víspera del día destinado para la partida.

Pedro, exacto como un cronómetro, presentóse delante de la puerta de Pablo.

A la grupa de su caballería llevaba un cajón, y dentro de éste el modelo de miniatura de la fragata que iba a gobernar Angel.

Todos miraron la esbeltez, la gallardía del buque. Aquello era un recuerdo que debía quedarse en casa del viejo marino. A pesar de los favores que la incansable mano de Pedro derramaba sobre aquella familia, Marta le miraba como un pájaro de mal agüero.

Aquella pobre madre tenía siempre abiertos los purísimos manantiales del cariño maternal.

La lógica en estos casos se rechaza siempre. Pedro se llevaba a Angel, y, aunque fuera para hacerle rey, el caso es que se le llevaba, y que la madre, durante su ausencia, perdía la felicidad de verle y de cuidarle.

Después de la cena, Pablo, Angel y Pedro arreglaron y convinieron el viaje, con una frialdad, con una calma tal, que marta se desesperó lo que no es decible.

—Pero esta gente no tiene sangre en las venas. Yo no sé para qué les da Dios hijos. Y después, ¿qué falta le hace a Angel ser marino? ¿Para qué quiere todo ese dineral que dicen que va a ganar en el otro mundo? Nosotros hemos sido pobres toda la vida, y por eso no nos hemos muerto de hambre.

Cuando Pablo y Marta se hallaron solos en su alcoba, el marino observó que su mujer no podía reconciliar el sueño.

Aquella inquietud, aquellos suspiros interminables de la pobre madre, indudablemente encontraban un eco en el corazón de Pablo; pero era preciso ser hombre, ocultar las lágrimas y el dolor. Así es que, deseando poner término a aquel malestar que redoblaba el suyo, decidióse a hacerle una pregunta, dando a su voz un timbre de dureza y mal humor que estaba muy lejos de sentir.

—¿Qué diablos tienes, mujer? ¿Acabarás, con mil de a caballo, con tanto suspiro? ¡No parece sino que se ha muerto alguno en esta casa!

—¡Ah! ¿Crees que no tengo razón para suspirar? —contestó Marta.

—Está claro que no la tienes.

—Más valdría que callaras. ¡Pobre hijo de mis entrañas! ¡Dios sabe cómo andará por esos mundos! Los hombres todos son lo mismo; ni aun les conceden a las mujeres el consuelo de quejarse. Pero, en fin, cómo ha de ser. Las pobrecitas madres siempre llevamos la peor parte.

—¿Qué peor parte ni qué ocho cuartos? Te has

propuesto desesperarme con tus pucheros y tus malas caras? Habla, desembucha lo que tengas, porque temiendo estoy que tus lágrimas y suspiros van a ahuyentar el sueño doscientas millas de mis párpados.

—Pero ¡bendito sea Dios! —exclamó Marta incorporándose en la cama—. ¿Quieres que baile? ¿Quieres que cante cuando mañana se marcha el hijo de mis entrañas?

—No quiero que cantes, pero quiero que duermas.

—No tengo sueño.

—Pues haz un esfuerzo; cierra los ojos.

—¡Ah! ¡Qué desgracia la mía!

Marta prorrumpió en un amargo lloro.

Pablo incorporóse a su vez en la cama y, agitando la cabeza con marcadas muestras de mal humor, habló de este modo:

—Convencido estoy de que todas las mujeres son lo mismo: les hacen un favor, y lo recompensan con un par de coces; se les hace un cariño, y vuelven un arañazo. Pero estas cosas es preciso tomarlas con paciencia. Vamos a ver, ¿qué sería nuestro hijo si no abandonara estas playas? Un pobretón, que vería pasar los años de su vida sin tener nunca en el fondo de su arca una moneda de veinte reales.

—¿Y qué me importa a mí que Angel sea rico, si buscando esa fortuna se ausenta de mi lado, si corriendo en pos del oro maldito puede tropezar con la muerte? Yo no soy ambicioso y me daría con un canto en los pechos con tal de que mi hijo fuera lo que ha sido su padre, un pescador.

—¿Y no te da vergüenza que un joven como Angel se esté toda la vida echando las redes como un ganapán incapaz de sacramentos? Vamos, vamos, Marta, tus lágrimas son injustas, tus quejas ofenden a Dios. El deber de los padres es procurar la felicidad, el bienestar de los hijos. Angel se marcha, es cierto; la vida del marino es azarosa, no lo niego; pero, en cambio, un porvenir, una fortuna le sonríe delante del bauprés de su buque. ¡Por San Telmo! ¡A los ventiún años capitán de una fragata como la «Buenaventura»! ¿Qué más puedes desear? ¡Cuando yo digo que todas las mujeres tenéis algún enemigo oculto en el cuerpo! Otra en tu lugar se hubiera comprado unas castañuelas y hubiera estado bailando todo el día, pensando en la fortuna de su hijo.

Marta no respondió.

Aquella pobre madre había substituído las lágrimas a las palabras

Después de una pausa, Pablo, convenciéndose de que sus reflexiones de nada habían servido para tranquilizar a su esposa, descargó un terrible puñetazo sobre la almohada, exclamando al mismo tiempo con tono imperativo:

—¡Vamos, está visto que esta noche te has propuesto desesperarme!

Después se acostó, volviendo la espalda a su mujer, cubrióse la cabeza con la sábana y se fingió dormido.

Pasó una hora, otra y otra.

Marta no cesaba de suspirar, de gemir.

Pablo, tan despierto como su mujer, se decía en su mente:

—¡Pobre madre! Tiene motivos para estar desvelada. A mí me pasa lo mismo. Pero ¡qué diablos! Yo me afeito, yo soy hombre, y es preciso que nadie conozca las ganas de llorar que se me pasan. Y después, si yo llorara como Marta, ¡no armaríamos mala música!

Mientras esta escena tenía lugar en la alcoba de Pablo, apliquemos el oído junto a las blancas cortinas que cubren la puerta de la pequeña habitación ocupada por Angel y Magdalena desde la noche de bodas.

Sorprendamos la conversación de despedida de los jóvenes esposos sin que nos tachen por esto de indiscretos.

—¿Cuánto tiempo crees tú que puede durar el viaje?—preguntó Magdalena a su esposo.

—Según el derrotero que ha marcado tu padre, si no tenemos contratiempo mayor, se podrán emplear seis o siete meses.

—¡Oh! Eso es mucho.

—Considera que mi fragata tiene que cruzar mucha mar, y de regreso, está convenido que traiga un cargamento de algodón de los Estados Unidos.

—¿De manera que el viaje será muy lucrativo?

—Así lo espero.

—Poco más o menos, ¿cuánto crees tú que podrá producirte?

—No puedo calcular con exactitud; pero mi parte

como capitán del buque, según le he oído decir a tu padre, siempre ascenderá a dos mil duros.

—¿De modo que en quince o veinte viajes podemos ser ricos?

—Si no ricos, tener lo suficiente para vivir con muchas comodidades.

—Quince viajes—repuso Magdalena haciendo cálculos—pueden invertir diez años de tiempo. Tú tendrás entonces treinta y dos, y podrás retirarte de la vida de marino. Después nos iremos a vivir a una ciudad grande, la más grande de España: Madrid, por ejemplo: ¡Debe ser tan hermoso vivir en la corte!

—Querida Magdalena, a los treinta y dos años no se retira ningún marino de la vida del mar.

—Es que yo quiero que cuando seas rico abandones tu buque para ocuparte solamente de mí, pues no es por cierto muy divertido el que una mujer viva separada de su esposo tanto tiempo.

—Concedido. Pero debo advertirte que a esa edad no espero ser tan rico como tú deseas.

—¿Y por qué no?

—Porque tú cuentas lo que podré ganar sin contratiempo, y eso es un cálculo muy errado. ¿Quién puede asegurar a un marino que hará veinte viajes por el Océano con viento en popa y mar de bonanza?

—El hombre no debe perder nunca la esperanza; y después, tú me has dicho que el amor hace milagros.

—Magdalena—repuso Angel—, siento verte tan interesada en mi prosperidad; yo quisiera ver en ti en

estos momentos un poco más de amor y un poco menos de interés

—¿Por quién quieres que me interese en el mundo sino por ti?

—No, no es eso lo que quiero decirte.

—Entonces, no te comprendo.

—Mañana parto y en tus labios no ha asomado aún una frase de cariño

—¡Ah! ¿Me reprendes?

—Me conduelo de que te preocupe tanto el dinero.

—¡Toma! Como que sin él no se tiene nada en el mundo.

—¿Puede el amor compararse con el oro?

—No lo sé; pero creo que sí.

—Estás blasfemando, Magdalena.

La joven esposa comprendió por la triste entonación de su marido que había llevado demasiado lejos sus preguntas. Así es que dando un cambio a su entonación, volvió a decir:

—Mira, Angel, si dudaras del amor que te profeso, me harías una grave ofensa que no había de perdonarte tan pronto. Bueno es que dos esposos se amen con todo su corazón; pero también es conveniente que no olviden por el amor sus intereses.

—Me lastiman tus palabras, Magdalena —dijo Angel sin ocultar el sentimiento que le causaba el lenguaje de su esposa—. Para mí nada hay de más precio que tu amor: por él no temo arrostrarlo todo; tú me has demostrado deseos de salir del seno de esta pobreza en que vivimos; yo te demostraré, con el

tiempo, que esos deseos son para mí una ley imperiosa, que guiará siempre el rumbo de mi vida.

—¿Crees tú, querido Angel, que yo te amo menos? ¿Me juzgas tan egoísta que desee para mí sola la fortuna que vas a buscar en los mares? ¿Hay entre nosotros nada del uno sin ser del otro? ¿No es todo de los dos? Pues entonces.

—¡Ah, Magdalena!

Magdalena rodeó el cuello de Angel con uno de sus blancos y torneados brazos, y en el silencio de la noche oyóse el ruido apasionado de un doble beso.

El amor vencía en aquel momente al interés





CAPÍTULO V

Un millonario que se aburre.

FERNANDO Albienzo, marqués de la Espiga, era uno de esos jóvenes elegantes, tan inmensamente ricos como inmensamente ignorantes.

Toda su ciencia se reducía a ponerse la corbata de veinte maneras.

Era el orgullo de los sastres de buen tono de Madrid.

La moda y el amor eran sus dos grandes pensamientos, porque el marqués de la Espiga ni aun era hombre político, cosa que en España es casi inverosímil.

Su padre se había enriquecido trasladando desde las costas de Guinea a las vegas de Virginia ese cargamento que en el lenguaje de mar se llama «ébano vivo».

Es decir, el padre de Fernando ejerció «honradamente» y con la mejor buena forma del mundo el comercio de negrero por espacio de algunos años.

Hay negocios en que el prójimo corre a todo vapor por una pendiente resbaladiza hacia el templo de la fortuna, y nuestro hombre, cruzando este «trayecto». como se dice ahora, se hizo en poco tiempo millonario.

Como el padre del marqués, que entonces aun no lo era adquirió con los millones algunos enemigos, un día se hizo esta reflexión, después de salvarse milagrosamente del afilado machete de dos negros, gracias a la velocidad de su caballo:

—Está visto que el mundo está lleno de ingratos. Yo, compadecido del estado deplorable en que vivían estos pobres negros en las costas de Guinea, fuí a salvarlos del poder de un jefe bárbaro, y los traje a estas hermosas vegas, donde nada les falta, y ellos, en pago, han atentado a mi vida. Resueltamente me ausento de este país desagradecido, donde con tanta frecuencia se toman estos morenos la ley por su mano, que al fin y al cabo, más vale habérselas con gente civilizada que con salvajes. ¡Qué diantre! En Madrid o en otra cualquiera capital de España no han de faltarme negocios.

Y dicho y hecho: como el señor de Albienzo, padre de Fernando, era un hombre «muy de bien», reunió su fortuna de doce millones y su familia, que se reducía a su hijo Fernando, pues era viudo, y embarcándose en un buque norteamericano, volvió a España, sin que la voz de su conciencia turbara su dulcísimo y tranquilo sueño.

Establecióse en Madrid, y en la elegante villa del oso y el madroño figuró como figura todo el que tiene doce millones, porque, después de todo, el que lleva en el bolsillo una onza de oro, como ésta sea de ley y tenga el peso marcado por el contraste, ¿quién dia-

blos va a averiguar si ha pertenecido antes al verdugo!

Andando el tiempo, el señor Albienzo se dió tan buena maña, gastó con tanto acierto y oportunidad algunos miles de duros, que logró hacerse ver en Madrid, capital donde el indiferentismo se halla tan arraigado en el corazón de sus habitantes.

Después que le vieron, el rico americano calculó que, puesto que la curiosidad había fijado en él sus codiciosas miradas, convendría mucho que le vieran, no tal como había sido, sino como podría ser.

Para esto era preciso un título, y como el dinero es el allanadificultades más grande del universo, el negrero logró al poco tiempo, llamarse marqués de la Espiga.

¡Halaga tanto a algunos hombres timbrar el papel de sus cartas con una corona, colocar sobre los umbrales de su puerta un escudo! ..

El señor Albienzo tenía esta debilidad, y no le fué difícil satisfacerla, trocando algunos miles de duros nuevos por unos pergaminos viejos.

Algunos años después, cuando Dios citó al negrero ante su inapelable tribunal, el nuevo marqués de la Espiga llamó junto a su lecho de muerte a su hijo Fernando, joven entonces de diez y nueve años, y cogiéndole una mano, le dijo con una tranquilidad impropia de las circunstancias:

—Fernando, hijo mío, dentro de pocos instantes me habrá llegado la vez. ¡Cómo ha de ser! La muerte no respeta nada, ni siquiera a los ricos. Esta es una

verdad que existe todavía sobre la tierra de los hombres. El mundo se compone de seres que nacen y seres que mueren; yo soy de los últimos; me separo de este valle de lágrimas algo más tranquilo, porque dejo asegurado tu porvenir. Te dejo doce millones y un título. Eres joven; y si bien es cierto que nunca te has ocupado en nada y que no has seguido ninguna carrera, tienes, en cambio, dinero, que es como tenerlo todo. Los pobres estudian y trabajan para los ricos. Así, pues, hijo mío, vive a tu gusto, gasta, divierte, goza de la vida, porque es muy corta; pero procura al mismo tiempo no llegar nunca a pobre, porque esa es la peor «profesión» de la criatura. La fortuna que te dejo te produce una renta bastante considerable para vivir con lujo. Dame un abrazo, y no llores mi muerte. ¡Qué diantre! Todos hemos de seguir la marcha infalible de la Naturaleza. Conque adiós, hijo mío, y hasta que nos volvamos a ver, si es que hay algo más allá después de la muerte.

Fernando abrazó a su padre, y no tuvo necesidad de enjugar sus lágrimas, porque, hijo fiel y obediente, había seguido los consejos del autor de sus días.

Fernando, al verse huérfano, se hallaba contento de su padre. ¿Qué podía esperar más consolador, más grato, más agradable, un joven tan superficial como Fernando, que los consejos que en la hora de su muerte le había dado el difunto negrero?

Dueño de una fortuna y de un título, joven, sano, bien parecido y elegante, se propuso divertirse grandemente, y se entregó de lleno a todos los placeres

que son consiguientes a un hombre rico y desocupado.

Sin embargo, debemos decir, en honor de la verdad, que Fernando no era uno de esos derrochadores de mal género, y cuando el amor se presentaba gratis, lo tomaba gratis sin hacerse violencia; pero cuando el amor le decía: «Me vendo caro», entonces lo compraba a cualquier precio.

La gran idea de Fernando era salirse con la suya, hacer su voluntad.

En la época en que le presentamos a nuestros lectores, el marqués de la Espiga era un joven de veinticinco años, elegante, casi hermoso. Tenía los ojos y el cabello negros, y unas hermosas patillas a la inglesa, negras como el azabache, daban a su rostro simpático un aire distinguido.

Sus dientes, blancos y esmaltados, causaban la envidia de sus amigos.

Fernando, en fin, era un buen mozo, muy elegante, muy impolítico, muy rico y muy egoísta.

Pero la mayor parte de sus defectos, como s presentaban cubiertos con un barniz de oro, no s veían bien.

Detallado aunque ligeramente este pesonaje, entre mos en su casa de Santillana del Mar, y cruzando un larga galería nos hallaremos en un gabinete que tien vistas a la playa.

En esta pequeña habitación se encuentra Carl Rubira.

El pintor está trabajando junto a su caballete. S mano izquierda empuña la paleta y el tiento; su d

recha el pincel. Delante tiene un cuadro apenas bosquejado; puede adivinarse, a través de aquellas rayas ligeramente trazadas, una escena campestre; tal vez la boda de Angel y Magdalena.

En los ojos del artista parece adivinarse la inspiración.

Su alma, su vida, su pensamiento se hallan reconcentrados en aquel lienzo que tiene delante de sus ojos.

Carlos, en aquel momento sólo vive para el arte; exceptuando su cuadro, nada ve, nada oye; ni siquiera un hombre, que con los brazos cruzados sobre el pecho hace un rato le contempla a sus espaldas.

Aquel hombre es Fernando Albienzo, marqués de la Espiga.

En uno de esos movimientos tan peliculiar a los pintores, en que contemplan el efecto de su cuadro con la cabeza inclinada un poco hacia atrás, Fernando cogió el extremo del tiento que Carlos levantaba, y le dijo:

—Si los artistas no pertenecieran a la categoría de los tipos; si a los hombres de genio no les estuviera permitido todo, yo tendría derecho a incomodarme contigo, a pedirte una satisfacción.

—¡Ah! ¿Eres tú, Fernando?—respondió Carlos, disponiéndose a continuar su trabajo.

—No, no lo permito—volvió a decir el marqués—. Me aburro, me fastidio, y es preciso que sacrifiques a la amistad algunos claroscuros de tu cuadro. Tu afán por el trabajo me desespera, lo que no es decible.

Carlos dejó su paleta, y mirando a su amigo, le dijo:

—Hago punto final a mi tarea, y soy tuyo.

—¡Qué feliz eres, querido Carlos!—exclamó el marqués con dolorosa entonación.

—¡Bah! No ofendas a Dios—contestó el pintor con amargura.

—Querido artista, tengo el sentimiento de decirte que acabas de contestarme una vulgaridad.

Carlos se encogió de hombros y se sonrió.

—Haz cuantos visajes quieras—continuó el marqués—. La felicidad no consiste en la riqueza. Un millonario puede ser muy desgraciado, y yo lo soy.

—¿Tú?

—Sí, yo; o por lo menos me hallo en camino de serlo, porque, como ya te he dicho, me aburro soberanamente.

—¡Bah! Ese aburrimiento—contestó Carlos—será tan pasajero como una tormenta de verano.

—¡Quién sabe! Lo que puedo decirte es que me fastidia el susurro de las ojas, que me cansa el eterno gemido de las olas, que me desespera el monótono canto de los pájaros y me aburren los crepúsculos solares.

—La inconsecuencia es una enfermedad que ataca a los ricos: si te aburre el campo, vuélvete a la corte.

—¿Y qué diablos quieres que haga en Madrid? No hace mucho le abandoné devorado por el fastidio.

—¡Pobre Fernando! Temiendo estoy que tu desgracia me haga llorar como una Magdalena.

—Ríe o llora cuanto te diere la gana, poco me importa; pero vuelvo a repetirte lo de antes: ¡qué feliz eres! Si yo, al menos, supiera pintar o moler colores,

me pondría de aprendiz tuyo; eso me ocuparía algunas horas. No sé qué diantre de pensamiento fué el de mi padre de que no supiese hacer nada.

—Tu padre conocía la sociedad —repuso Carlos —, y te dió el mejor oficio del mundo: millonario.

—¡Oh! No lo creas—volvió a decir el marqués, señalando con la mano un pequeño trozo de lienzo, en donde se veía el retrato de una mujer—. Si supiera pintar, mataría las horas de fastidio trasladando al lienzo concepciones tan poéticas como esa.

—Esa no es una creación, es un retrato.

—¿Y vive esa mujer?

—¡Ya lo creo! como tú y como yo.

—¿En Madrid?

—No, en estas costas.

—¿En Santillana?

—Muy cerca de Santillana.

—¿Y tú la conoces?

—Su esposo y yo somos amigos.

—¡Ah! ¿Es casada?

— Hace muy poco tiempo?

—¿Sabes que si el pincel no ha favorecido al original, esa joven tine una belleza notable?

—El original es más bello, más perfecto que la copia. El pintor no ha llegado a la Naturaleza. ¡Oh! Mi amigo Angel puede decir que tiene por esposa a una de las más hermosas hijas de Eva que pisan este valle de lágrimas y penalidades.

—¡Angel! ¿Y quién es Angel?

—Un marino, un joven capitán de un buque mer-

cante que debe hacerse a la vela para el Nuevo Mundo un día de éstos desde el puerto de El Ferrol.

—¿Se llevará a su mujer?

—No, la deja en su casa; no quiere exponerla a las penalidades de una navegación tan larga.

El marqués contemplaba con fijeza el retrato de Magdalena durante las anteriores palabras del pintor.

—¿No observas en esas facciones algo distinguido?—dijo Fernando después de una pausa—. En esa frente altiva, en esos ojos negros resplandece la majestad de una gran señora.

—Pues, querido marqués, esa joven es una pobre aldeana, dotada de hermosura con un lujo poco común por la Naturaleza.

—¡Oh! Su marido puede tenerse por un hombre feliz poseyendo tan preciosa mujer. No comprendo cómo un hombre que es dueño de ese tesoro se decide a abandonarlo. Lo creo un crimen de lesa galantería, una falta de corazón, de buen gusto...., una aberración incomprensible. Me gustaría conocer a ese marino para decírselo.

—Pues yo, que le conozco, querido Fernando, puedo asegurarte que no posee esos defectos.

—Pues, chico, preciso es que confieses que tengo razón, porque no he visto una mujer más soberbiamente hermosa.

—¡Diantre! Veo que te fijas demasiado en ese retrato.

—Admiro lo bello, aunque no tenga nada de artista—dijo Fernando sonriéndose.

Y por segunda vez quedóse contemplando el retratrato de Magdalena de un modo particular.

Indublemente, alguna idea ocupaba la imaginación del joven millonario.

Carlos, sencillo e ingenuo, no se fijó en la mirada de su amigo, y como su sueño incesante era la gloria, y él la veía en el cuadro que bosquejaba, cogió la paleta y le dijo:

—Chico, con tu permiso continuaré mi trabajo.

El marqués no le contestó.

Transcurrieron algunos segundos.

Carlos seguía pintando; Fernando con los ojos fijos en el retrato de Magdalena.

Una criada con una carta en la mano entró en la habitación.





CAPÍTULO VI

Malas nuevas.

El pintor tomó la carta, y, despidiendo a la criada, dijo al marqués:

—Chico, con tu permiso. Es carta de Margarita.

—¡Ah! ¿De tu querida?—dijo Fernando distraídamente.

Carlos alzó la cabeza para mirar a su amigo, y, al mismo tiempo que rasgaba el sobre, le dijo con dignidad:

—Margarita es mi prometida esposa; la amo demasiado para deshonrarla.

—Perdona, Carlos; no he querido ofender el decoro de esa joven a quien no conozco.

Carlos leyó la carta, y una palidez mortal extendióse por su rostro.

—¿Qué tienes?—le preguntó Fernando, notando el efecto que su lectura había producido en su amigo.

—¡Pobre Margarita!—exclamó Carlos—. Toma: lee y juzga.

El pintor entregó la carta al marqués.

He aquí lo que leyó:

«Carlos mío: Mi madre se muere. Sobre la tierra, en nuestra desgracia, quiso Dios concedernos algún consuelo, y nos dió tu amistad: tú eres nuestro único amigo; tú eres mi hermano, y mi madre te da, con todo su corazón dolorido, el nombre de hijo. Ven, ven pronto, Carlos, si quieres cerrar sus párpados, si quieres recibir el último suspiro de su pecho. Necesito, cuando me vea huérfana, contar con tu apoyo; necesito que recemos juntos por su alma, y conduzcas su cadáver a la última morada. Te espero. *Margarita.*»

—¡Pobre muchacha!—exclamó Fernando, devolviendo la carta a su amigo.

—¡Oh! Sí; bien puedes decirlo, Fernando; Margarita es muy desgraciada.

—¿Y qué piensas hacer?

—Partir esta misma tarde.

—Veo, mi querido Carlos, que tomas muy a pecho la desgracia de esa joven.

—Te he dicho que es mi prometida.

—¡Bah! Soñadores eternos. Todos los artistas sois lo mismo. ¿Puedes tú vencer la muerte?

—No; pero puedo hacer menos amargo el dolor.

—¿Conque decididamente te casas con esa joven? Pues, chico, te aseguro que vas a tener antes un chiquillo que una capa nueva. Hombre pobre no debe casarse: se expone demasiado si la mujer es bonita...

—A nada cuando la mujer es honrada.

—No quiero contrarrestar tu opinión.

—Tengo la felicidad de creer en la virtud.

—Dios te conserve esa dicha por muchos años. Pero

hablemos como buenos amigos: tú eres pobre, y Margarita, según he comprendido, lo es también.

—Vive de su trabajo.

—¿Es hija de algún artesano?

—No; de un comerciante a quien arruinó la quiebra fraudulenta de otro comerciante: quiso pagar a sus acreedores, y este rasgo de honradez le redujo a la pobreza y le costó la vida. Margarita es pobre, pero tiene dos patrimonios que no se adquieren con todo el oro de Rothschild: la educación y la virtud.

—Pues bien, yo soy rico, y, puesto que el dinero debe hacerte falta en las actuales circunstancias, pide el que necesites.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no acepto.

—¡Hola! ¿Tienes orgullo conmigo?

—No; pero no tomo prestado lo que no puedo pagar.

—¡Eh! No te lo doy para que me lo devuelvas. ¿Quién piensa en la devolución?

—Eso sería hacer una limosna a Margarita o a mí, y ni ella ni yo lo admitimos.

—Pues bien; busquemos la manera de que tomes dinero y me lo puedas pagar.

—Soy pobre, y toda mi fortuna se reduce a mis sueños y mi amor, pobres capitales por cierto para pagar las deudas.

—Yo puedo indicarte el modo.

—Veamos—dijo Carlos, haciendo un gesto de duda.

—Supongamos que te presto ahora cuatro o seis mil reales, y tú me das por esa suma un cuadro.

—Puedo morirme antes de pintártelo.

—Esa es una excusa que haría reir al espartano más recto; pero paso por ese escrúpulo y me cobro en el acto.

—En el acto sólo tengo este cuadro, que apenas es un boceto, y este cuadro no puedo venderle.

—Véndeme ese retrato.

Fernando señaló el de Magdalena.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Necesito antes el permiso del original.

—¿No te ha consentido que la retrates en ese cuadro?

—Sí; pero en ese cuadro entran muchas figuras, y ese es un retrato solo.

—Te doy trescientos duros por ese retrato.

Carlos era pobre. Margarita le llamaba en su auxilio. Pobre como él, tal vez la miseria extendía su horrible manto sobre el lecho de la moribunda.

Vaciló un momento, y luego dijo:

—Para venderte ese retrato necesito antes que Magdalena me dé su permiso.

—Pues bien, ¿no dices que esa muchacha vive cerca de aquí?

—Al fin del camino de los Alamos que conduce al mar, en una casa que tiene un emparrado.

—Supongo que antes de marcharte te despedirás de esos amigos.

—Cierto.

—Pues bien; dile a Magdalena que un hombre te

compra su retrato, y si accede, entonces puedes, sin escrúpulo, tomar los trescientos duros.

Carlos se quedó un momento pensativo.

Luego dijo:

—Fernando. ¿con qué objeto quieres comprar ese retrato?

—Con el objeto de matar tus escrúpulos y que tomes una cantidad que, indudablemente, te hace falta para volver a Madrid, para atender a las necesidades de la enferma.

Carlos titubeaba. La carta de Margarita le recordaba que su madre, postrada en su lecho de muerte, carecía hasta de lo preciso. Fernando, pues, tenía razón. Sin embargo, la rectitud de su conciencia rechazaba aquel dinero.

Después de una lucha de algunos momentos, los dos amigos convinieron en que, sin el convencimiento de Magdalena, no se efectuaría la venta del retrato.

Carlos, que quería marcharse aquella misma tarde, separóse del marqués para despedirse de la familia de Pablo.

El marqués se quedó contemplando el retrato, y diciéndose:

—Nada es más fastidioso en esta vida que no saber en qué matar el tiempo. Cuando Carlos se vaya, será preciso dedicarse a algo, por ejemplo, a hacer el amor a esa linda marinera, porque, al fin, el amor es uno de los mejores pasatiempos para un millonario que se aburre.

Después sacó el reloj, y, mirando la esfera, volvió a decir:

—Son las cuatro: puedo dar un paseo a caballo, y no será del todo perdido según el itinerario que me ha dado Carlos: así veré el original del retrato.





CAPÍTULO VII

Curiosidad inconveniente.

CARLOS fué recibido en casa de Pablo Gurrea con esa franca benevolencia con que distingue una familia honrada a los amigos que aprecia.

Participóles su próximo viaje, sin ocultarles el verdadero motivo de tan repentina separación.

Los pobres se conduelen siempre de los males del prójimo.

El arte de fingir no es patrimonio de los desheredados. Lo que se siente se expresa mejor; el efecto de una desgracia es más grande para aquel que la ha experimentado alguna vez.

Referidle la muerte de un hijo a un hombre que no los ha tenido, y para consolaros os contestará una de esas vulgaridades que nacen en la garganta y mueren en los labios. Contádselo a una madre y llorará con vosotros.

Carlos halló un consuelo inmenso en las lágrimas de aquella honrada familia.

Los pobres, cuando se agrupan empujados por la casualidad, forman, por lo general, un parentesco más

fuerte, más desinteresado, más cariñoso, en fin, que el de la sangre.

Marta y María se deshicieron en promesas consoladoras, que Carlos agradeció con todo su corazón.

Magdalena, que se había sentado junto al pintor bajo el verde tendal que prestaba su bienhechora sombra a la modesta casita, cuando Marta y María pidieron permiso para continuar los trabajos de la casa, entabló el siguiente diálogo:

—¿Conque se marcha usted, señor Carlos, antes de terminar el cuadro?

—Sí, Magdalena; mi viaje es indispensable. Si me llamara el placer, no tendría tanta prisa para emprenderle; pero la voz de la desgracia, la súplica del dolor, me ruegan que abandone estos sitios: la pereza sería un crimen.

—Dice usted bien; pero ¡es tan sensible conocer hoy a un amigo y perderle mañana!... ¡Dios sabe cuándo nos volveremos a ver!

—Aunque el destino me separe para siempre de ustedes, yo conservaré, mientras viva, un recuerdo agradable de estas hermosas costas, de esta casa pintoresca y de la cariñosa deferencia que he merecido a sus dueños.

—¡Ah! Los que viven en Madrid se olvidan de todo. ¡Hay allí tanta diversión!

—No todos los que viven en Madrid se divierten, Magdalena; en medio de aquel bullicio, de aquella alegría, también tienen cabida las lágrimas, las penalidades, con la diferencia de que en la corte muchas veces

se llora con la sonrisa en la boca y se ayuna con la sonrisa en la boca.

—En Madrid—repuso Magdalena—, en medio de aquel lujo deslumbrador, las mujeres deben desear muchas cosas.

—Efectivamente; se ve, se admira y se desea; pero los corazones nobles no turban su tranquilidad por los goces ajenos; el punzador aguijón de la envidia no hiere jamás a las almas generosas; saben que el oro es la línea que divide a la sociedad que goza de la sociedad que sufre; se resignan con su suerte y viven felices. ¡Oh, Magdalena! En Madrid, como en todas partes, es preciso saber ser pobres.

—¡Debe usted amar mucho a Margarita!

—Ella ha sido mi primer amor, y confío en que será el último.

—¿Es hermosa?

—Tiene la hermosura de la virtud, la belleza de la bondad.

—¿Y por qué no ha traído usted a su pobre madre a estas costas? Indudablemente, el aire puro que se respira en estos campos la hubiera restablecido.

—Mucho lo dudo; la madre de Margarita tiene una enfermedad mortal; y aunque así no fuera, los pobres no siempre hacemos lo que queremos—contestó Carlos, sonriendo amargamente.

—Es verdad.

Carlos iba a decir algo cuando oyó a espaldas suyas el trote de un caballo.

La curiosidad le hizo volver la cabeza, y vió, no con poco asombro, al marqués de la Espiga, que se dirigía a casa de Pablo.

—¡Ah!—dijo como hablando consigo mismo—. ¿A qué vendrá por estos sitios?

Magdalena, que también había reparado en el jinete, preguntó al pintor:

—¿Conocerá usted a ese joven?

—Sí; es un amigo mío. Vivimos juntos en Santillana del Mar; es el marqués de la Espiga, un joven muy rico, muy derrochador.

En aquel momento, Fernando, que se hallaba cerca de la casa, puso el caballo al paso.

—Buenas tardes, querido Carlos—dijo Fernando deteniéndose y tendiendo una mano al pintor—. Dispensa chico, si te interrumpo; pero tengo una sed devoradora, y espero que esta hermosa joven me hará la caridad de darme un vaso de agua.

—Con mucho gusto, caballero—contestó Magdalena entrando precipitadamente en la casa.

Carlos y Fernando se quedaron solos.

—¿Sabes, ilustre pintor—le dijo el marqués—, que tu pincel no ha favorecido nada al original? ¡Qué mujer, Carlos, qué mujer! No he visto nada que se le parezca. Yo no sé cómo diablos os arregláis para encontrar en el lodo de la tierra un diamante de tanto valor como el que acaba de eclipsarse en busca de un vaso de agua.

Carlos, preocupado por la repentina aparición de su amigo en aquellos sitios, nada respondió.

Indudablemente, el marqués, cuya fama de calavera, cuya afición al bello sexo era bien conocida por su amigo, tramaba algo.

Magdalena volvió a salir con un vaso de agua, que presentó al marqués.

Fernando apuró el líquido sin apartar su provocativa mirada de la joven, que bajó sus ojos al suelo ruborizándose.

Después colocó el vaso en el plato que le presentaba Magdalena, diciéndole de una manera harto expresiva:

—No olvidaré nunca, hermosa joven, este vaso de agua, el más sabroso, el más dulce que he bebido en mi vida.

Las purísimas tintas del rubor asomaron a las mejillas de Magdalena.

Fernando siguió mirando a la joven de un modo muy significativo.

Carlos, durante esta pausa, sintió algo que le molestaba dentro de su ser.

Fernando, comprendiendo la impaciencia de su amigo, o queriendo poner término a aquella escena, saludó y puso su caballo al trote en dirección a la orilla del mar.

Cuando Magdalena fué a dejar el vaso en la cocina, vió que en el plato brillaba un objeto.

Era una sortija de diamantes.

—¡Ah!—dijo para sí—. Indudablemente a ese caballero se le ha caído esta sortija.

Magdalena se quedó un momento contemplando

aquel dije precioso, e instintivamente se lo puso en el dedo de corazón.

—Es muy bonita—volvió a decirse—. ¡Cuántas cosas pueden tener los ricos!

Después quitóse la sortija y fué en busca de Carlos, que la esperaba bajo el emparrado.

—¿Sabe usted—dijo Magdalena sentándose junto al pintor—que a ese caballero debe habérsele caído esta sortija en el plato?

Carlos se estremeció ligeramente.

Aquello, más que la casualidad, era una seducción.

—¡Qué aturdido!—dijo Carlos, demostrando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—. Efectivamente, esta sortija es de mi amigo, y, si usted quiere, esta noche se la devolveré.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Esta joya no es mía.

Carlos guardó la sortija en el bolsillo del chaleco.

—Debe ser muy rico ese joven—dijo Magdalena después de una ligera pausa.

—Sí, es uno de esos que llaman millonarios.

—Si mal no recuerdo, ha dicho usted antes que era marqués.

—Efectivamente, posee ese título.

—¿Y en qué se ocupa?

—¡Ay, amiga mía! Los ricos tienen una ocupación que muchas veces les absorbe las veinticuatro horas del día y aun suele faltarles tiempo. La ocupación de los ricos consiste solamente en divertirse, en gastar el dinero.

—¡Ah! ¡No debe ser mala vida!

—La mejor del mundo.

—Serán muy felices los ricos.

—El dinero no siempre constituye la verdadera felicidad. Hay ricos que se aburren soberanamente, y el joven a quien acaba usted de dar un vaso de agua es uno de ellos. No hace mucho me decía que el fastidio le devoraba.

—Pero eso será una broma.

—Hay momentos en que asegura que me envidia; a mí, que no tengo más patrimonio que mis pinceles. Pero eso no pasa de ser un capricho de rico, como otros muchos, como el que tuvo después, al cual yo no he querido acceder.

—Si tiene un capricho, como es rico podrá satisfacerlo.

—Sin embargo, no lo ha satisfecho.

—¿Tan difícil era el que quería?

—Deseaba comprarme el retrato de usted.

—¿Y para qué quiere mi retrato ese caballero?

—Un capricho como otro cualquiera; pero yo no he querido satisfacerle.

—¿Y daba mucho por él?

—Seis mil reales.

—¡Eso es una locura!

—De esas locuras tienen muchas los ricos.

—Debe usted vendérselo—volvió a decir Magdalena, algo preocupada—. Usted es pobre, Carlos; usted vive de su trabajo, y en estas circunstancias en que Margarita le llama a su lado, el dinero no debe venirle mal.

—¿De manera que usted me autoriza?...

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene eso de particular?

—Reflexione usted, Magdalena, que a Angel podría disgustarle esa venta.

—¡Bah! ¿Qué le importa a Angel, qué me importa a mí que ese señor tenga mi retrato? ¿No está usted haciendo un cuadro?

—Sí.

—¿No están en el cuadro todos los retratos?

—Cierto.

—¿No venderá usted el cuadro mañana al primer comprador que lo solicite?

—¿Qué duda tiene?

—Pues entonces...

—La cuestión varía; el cuadro es un grupo donde el esposo se halla al lado de la esposa.

—¿Qué más da eso? De todos modos, ¿dejo de estar yo en el cuadro?

—No, por cierto; pero un retrato sólo, amiga mía, es una cuestión muy delicada, y yo no accederé nunca a peticiones ni al oro del marqués.

—Hará usted muy mal.

Carlos contempló un momento con asombro a la joven, y después le dijo con cierta entonación que revelaba el disgusto que la ligereza de Magdalena le causaba:

—No vendiendo el retrato de usted, cumplo con un deber.

Magdalena se encogió de hombros y dijo:

—Yo no veo eso que usted dice. Venda usted el re-

trato; me dará en ello un placer, ya que de este modo puedo ser útil a Margarita, aunque no la conozco.

Como el sol comenzaba a hundirse en el ocaso, Carlos se despidió de la familia de Pablo, ofreciendo que, si las circunstancias se lo permitían, a la primavera próxima tornaría a hacerles una visita.

Ofreció su modesto estudio en Madrid, encargando que no dejasen de escribir el regreso de Angel.





CAPITULO VIII

Donde un marqués rico hace un robo a un artista pobre.

CUANDO Carlos llegó a su casa, la criada le salió al encuentro con una carta en la mano, diciéndole:

—El señor marqués me ha dado esto para usted.

El pintor leyó lo que sigue:

«Querido Carlos: Conociendo tu carácter, y persuadido de que nada lograría, te he robado el retrato de Magdalena; en el cajón de la mesa hallarás, en monedas de oro, los seis mil reales, precio de tu trabajo. Siento mucho no despedirme de ti; pero, chico, me aburría, como te dije, y me he propuesto recorrer los pueblos de la costa hasta que se me pase el mal humor que me consume. Como indudablemente, cuando yo regrese a Santillana tú te hallarás ya en Madrid, al lado de tu adorada Margarita, toma esta carta como despedida, y cree que me alegraré que halles buena y restablecida a tu futura suegra.

»Tu amigo, *Fernando*.»

Carlos leyó tres veces la carta que tenía en la mano.

¿Cómo debía de tomar la conducta de Fernando? He aquí la pregunta que se hacía, sin saber qué contestarse.

Magdalena le autorizaba para que vendiera su retrato; pero aquella autorización era para él una imprudencia de la que no pensaba aprovecharse.

—¡Bah!—se dijo por fin, como queriendo tranquilizarse—. Esto será una broma de Fernando. Mientras regresa, arreglaré mis lienzos y mi maleta.

Carlos cogió una luz y encaminóse a su cuarto.

El retrato de Magdalena no estaba allí.

Le buscó por toda la casa, pero fué en vano.

El robo, como decía el marqués en su carta, se había efectuado.

Esperó con alguna impaciencia una hora.

Carlos tenía confianza en que su amigo regresaría aquella noche a su casa.

Esta esperanza salió fallida. La aurora envió desde el fondo del mar sus purísimos rayos sobre los cristales de la ventana del gabinete de Carlos, y el marqués no había regresado.

La carta de Margarita le anunciaba que no tenía tiempo que perder. Era preciso, pues, partir aquel mismo día.

Carlos comenzó a convencerse de que el marqués no volvía, y de que la broma era pesada.

Entonces cogió la pluma y escribió estas líneas:

«Fernando. Has abusado de mi confianza.

»Parto con el sentimiento de dejar en tu poder el retrato de Magdalena, pero tu carta es mi garantía.

»Si un deber imperioso no me llamara a Madrid, tendría la paciencia de esperar tu regreso.

»La adjunta sortija es la que dejaste caer en el plato mientras bebías el agua que te presentaba Magdalena.

»Los ricos, por lo general, tienen el error de creer que en el mundo todo se compra con dinero. Voy a darte un consejo y termino: Hay pobres que no se venden; acostúmbrate a distinguir la virtud del vicio. *Carlos*».

El pintor colocó la carta y la sortija en el mismo cajón donde el marqués le había indicado que encontraría los seis mil reales.

Luego resuelto a emprender el viaje, pasó revista a sus fondos.

—¡Bah!—se dijo—. Tengo cuarenta y cuatro duros de capital: viajando económicamente puedo entrar por las puertas de la coronada villa con un par de onzas en el bolsillo No es mucho, que digamos, atendidas las circunstancias de mi pobre Margarita; pero es necesario tener confianza en Dios. La fe, la esperanza, son dos buenas amigas del pobre, que debe acariciarlas siempre como una fortuna que le sonríe

Nada más fácil para Carlos que apoderarse de aquellos seis mil reales que el marqués le había dejado por el retrato de Magdalena.

La esposa de Angel le había dado permiso para venderlo.

Sin escrúpulo podía tener aquellos trescientos duros como suyos; pero Carlos tenía algo de espartano y

creyó que el contacto de aquel dinero mancharía sus manos.

Lo dejó, pues, en el mismo sitio que estaba.

Algunas horas más tarde, el émulo de Apeles salía de Santander, encajonado en el cupé de una diligencia, en dirección a la corte.

Mientras tanto el marqués de Espiga, que, como hemos indicado, se aburría soberanamente, a esa hora en que el sol da el adiós de despedida a la tierra, llegó a una hermosa villa, situada como a unas dos leguas de Santillana, y, deteniendo su caballo, le preguntó a un campesino:

—Diga usted, buen hombre, ¿qué pueblo es este?

—Esto no es un pueblo, es una villa—contestó el campesino algo enojado con la calificación que aquel señorito hacía de su patria.

—Bien, hombre, lo mismo da—repuso el marqués sonriendo—. ¿Qué villa es esta?

—Torrelavega.

—Dormiré esta noche en Torrelavega—dijo para sí el marqués.

Y volviendo a dirigir la palabra al campesino, continuó:

—¿Hay posadas en este pueblo?

—¡Pues no faltaba otra cosa sino que no las hubiera!—respondió el campesino, a quien las preguntas de aquel señor comenzaban a amoscar.

—¿Y podría usted acompañarme a la mejor de todas? Le daría una buena gratificación.

—¿Y por qué no?

—Entonces, guíeme usted.

El campesino y el marqués se encaminaron a Torrelavega, y, poco después, Fernando Albienzo se hallaba instalado en el cuarto de una posada bastante cómoda, y, sobre todo, limpia.

No hay posadero, si sabe a la perfección su oficio, que no tenga olfato de perro perdiguero para husmear el estado de la bolsa del parroquiano que entra por su puerta.

Le basta olor para conocer la clase de huésped que su buena fortuna le envía.

Fernando fué recibido en la posada con esa amabilidad que tan cara cuesta al pobre viajero.

Pidió que le sirvieran una buena cena y que cuidaran a su caballo, dándole un doble pienso de cebada, porque el pobre animal había andado mucho aquella tarde.

La cena de Fernando se redujo a unas sopas con huevos, gallina en pepitoria y langostinos asados en las brasas.

Pedir más en una posada hubiera sido exigir mucho.

Fernando comió con buen apetito, con ese apetito de los veinticinco años, en que todo sabe bien fuera de casa.

La moza que sirvió al marqués durante la cena, viendo que se disponía a fumar, creyó llegada la hora de hacerle la pregunta sacramental:

—¿Ha cenado bien el señorito?—le dijo.

—Perfectamente, muchacha—respondió el mar-

qués—. Hace mucho tiempo que no he comido con tanto apetito.

—Gracias, por la parte que me toca.

—¡Ah! ¿Eres tú la cocinera?

—Sí, señor; en estas casas hay que hacer de todo: a pluma y a pelo.

—No he de olvidar, cuando me marche, tu habilidad en el arte culinario—repuso el marqués sonriéndose.

— Gracias, señorito.

—Dime: ¿habrá en la casa un mozo que lleve muy temprano una carta a Santillana del Mar?

—Al fin del mundo que usted quiera, señor. Para servir a los parroquianos estamos en estas casas.

—Entonces, tráeme recado de escribir.

La maritornes, que era servicial como un barbero en vísperas de Navidad, salió del cuarto, volviendo a entrar inmediatamente con lo que el marqués le había pedido.

Fernando escribió las siguientes líneas:

«Señora Eustaquia: Me hallo en Torrelavega, hospedado en una posada, y no del todo mal. Dígale usted al portador de ésta, por escrito, si mi amigo Carlos Rubira ha salido de Santillana para Madrid. Si aun permanece en el pueblo, conviene que no sepa mi paradero. Me urge mucho regresar a esa. Echo de menos su amabilidad y su cocina.»

Al día siguiente, a eso de las once de la mañana, la maritornes entró en el cuarto del marqués, y, aunque la habitación estaba obscura como boca de lobo, pues Fernando aun no se había levantado, penetró

impávida en medio de aquellas tinieblas, sin temor a los tropiezos que pudieran acontecerle, diciendo con el tono más zalamero del mundo:

—¿Duerme el señorito todavía?

—No, hija mía, estoy despierto; puede entrar—le contestó el marqués.

—Como está tan obscuro...

—¡Qué quieres! Por las mañanas tengo la costumbre de dedicarme un rato a hacer el amor a la pereza.

—No es mala costumbre para el que puede.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las once.

—¡Diablo! Pues yo creía que eran las seis de la mañana. Abre el balcón, muchacha, abre, y que entre la gracia de Dios, como decís por estas tierras.

—Santos y buenos días—dijo la criada obediendo al marqués.

Fernando se incorporó en la cama.

La criada, aunque tenía la mirada fija en la alcoba y el huésped se encontraba en aquel momento bastante desabrigado, se olvidó, sin saber cómo, de ruborizarse.

—¿Has mandado a Santillana mi carta?—preguntó Fernando.

—No solamente la he mandado, sino que ya han venido con la respuesta..

—¡Hola! ¿Sabes que tu actividad no tiene precio, muchacha? ¿Dónde está esa respuesta?

La maritornes presentó una esquela al marqués, cerrada en forma de sombrero de guardia civil.

Fernando no pudo menos de sonreírse viendo la hechura de aquella carta, sobre la que campeaban unas letras del tamaño de garbanzos, que decían: «Al señor marqués de la Espiga, huésped del mesón nuevo de Torrelavega».

La carta era de Eustaquia, y decía así:

«El señorito Carlos ha salido para Madrid esta mañana: puede usía volver cuando guste a este pueblo, donde indudablemente estará mejor atendido por su humilde servidora, que besa su mano, Eustaquia Gorricoechea.»

Fernando participó a la criada que aquella carta le ponía en el caso de abandonar el mesón inmediatamente.

Pidió la cuenta y mandó que ensillaran su caballo.

Esta noticia fué un trabucazo para la maritornes, que se había echado cuentas muy galanas sobre su huésped tan de buen humor y tan campechano como el marqués.

Por otra parte, la carta de doña Eustaquia, o por mejor decir el sobrescrito, había alarmado de un modo superlativo al posadero.

Tenía nada menos que a un señor marqués de huésped.

Esto era grave.

Tanta honra bien merecía un sacrificio... por parte del pasajero.

En estos momentos los posaderos afilan las uñas, se disponen a hacer presa, a sacar una buena parte del botín.

Calculó, pues, el posadero, con la frialdad de la avaricia, no lo que el huésped había gastado durante su permanencia en el mesón, sino lo que el señor marqués debía pagar.

La mula de un arriero, la yegua de un tratante de caballerías, el rocín misterioso de un gitano por muy buen pienso que se le ponga en el pesebre, no debe nunca comer tanto, o por lo menos pagar tanto, como el caballo de un marqués.

El posadero no era socialista: sabía hacer distinción de clases; y comenzando en la cuadra, acabó en el cuarto principal donde estaba el marqués hospedado.

Después de algunos minutos de profunda meditación, cogió la pluma y extendió sobre una hoja de papel la cuenta siguiente:

Por la cena del señor marqués......	110	reales.
Por la cama del señor marqués......	40	—
Por los tres piensos y limpieza del caballo del señor marqués..........	40	—
Luz y asistencia del señor marqués..	10	—
TOTAL........	200	—

Terminado este trabajo ímprobo, el posadero fué a enseñar la cuenta a la posadera, y la buena mujer, que no debía tener un pelo de escrupulosa, encogiéndose de hombros y haciendo una mueca de disgusto, exclamó de una manera harto expresiva:

—¡Bah! Nunca saldrás de pobre. La fortuna te mete

por las puertas de tu casa un marqués, como diciéndote: «Ahí le tienes, desplúmale», y tú, con esa pachorra de fraile jerónimo, le dejarás salir por donde ha entrado sin sacarle los redaños.

—Pero, mujer—exclamó el posadero, sobresaltado de la poca conciencia de su esposa—, ¿te parece poco por una noche doscientos reales?

—¡Buen puñado de moscas! Ya les saldrán los colmillos a tus nietos antes que te veas en otra como ésta.

—Viendo estoy que no tienes conciencia.

—¡Para conciencia estamos en estos tiempos!

—Pues bien, sea lo que sea, y aunque levantes el grito al cielo, la cuenta está extendida. Yo quiero destruir la mala fama que tiene la gente del oficio—exclamó el posadero en un arranque de rectitud.

—Siempre serás un tonto.

—Pero, condenada, ¿te parece poco ciento diez reales por unas malas sopas y una media gallina en pepitoria?

—¡Unas malas sopas!... Y los cuatro huevos, que eran frescos como la nieve y gordos como las naranjas, ¿no son nada?

—¡Sólo faltaba que se los hubieras puesto podridos!

Y el posadero, volviendo la espalda a su mujer, entregó la cuenta a la criada.

La maritornes presentó la cuenta a Fernando, y éste, aunque no le pareció muy económica, puso en las morenas manos de la doméstica tres monedas de ochenta reales, diciendo.

—Los dos duros que sobran son para ti.

Contó la criada a su amo la esplendidez del huésped, y dando una patada en el suelo y elevando hacia el ahumado techo de su cocina la dolorosa mirada, exclamó de un modo trágico:

—¡Soy un bestia! Mi mujer tiene razón; podía haberle sacado doscientos reales más.

Montó Fernando a caballo en el patio de la posada, y mientras la moza daba vueltas alrededor del jinete haciendo saludos y repitiendo: «Vaya usía con Dios, señor marqués; que tenga usía buen viaje; me alegraré que usía encuentre como desea a las personas de su agrado; y si algún día el señor marqués vuelve a honrarnos con su presencia, ya sabe que en mí tendrá usía una servidora»; el mesonero decía al mozo de paja y cebada:

—Anda y dile que tú eres el que has llevado la carta a Santillana; es muy rumboso, y partiremos lo que te dé.

Aunque el mozo no había sido el portador de la carta, sin embargo, tratándose del marqués, creyó muy oportuna la ocurrencia de su amo y no se la hizo repetir.

Colocóse frente por frente del caballo de Fernando, y quitándose el pañuelo que llevaba arrollado a la cabeza, le dijo haciendo una reverencia:

—Perdone usía, señor marqués, si le detengo; yo soy el muchacho que ha llevado la carta de usía a Santillana, y como el señor marqués no es desconsiderado, y como yo he corrido como un galgo por servir a usía desde aquí a Santillana y de Santillana aquí, y

como usía sabe que puede mandar lo que guste, quiero decir que le deseo un buen viaje al señor marqués...

—Entendido, entendido —exclamó Fernando—; tienes razón. ¡Qué diablo! Yo me había olvidado de ti, y tú me lo recuerdas. Haces bien, estás en tu derecho, pero no me rompas los oídos. Toma para echar un trago.

Fernando introdujo el pulgar y el índice de la mano derecha en el bolsillo de su chaleco, y depositó una moneda de veinte reales en la mano del mozo.

Después salió de aquella cueva de ladrones, dando gracias a Dios de no haber salido en cueros.

Cuando se vió en el camino de Santillana, puso su caballo al trote, y se dijo para su sayo:

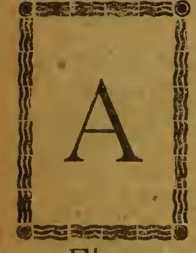
—¡Diantre! Ese pueblo no tiene el nombre que le corresponde; la Geografía debe haberse equivocado; en vez de Torrelavega, debería llamarse Sierra Morena. ¡Oh! Si permanezco quince días en esa posada, indudablemente esos vampiros se chupan los doce millones que mi honrado padre tuvo la precaución de ganar para que yo me divirtiera. ¡Casi estoy por creer que ese posadero es un hermano de José María o uno de los Siete Niños de Écija!





CAPITULO IX

La Celestina de Santillana del Mar.



Al día siguiente Fernando Albienzo fumaba un cigarro tendido en una butaca en su casa de Santillana. Frente por frente de aquella butaca, colgado de la pared, veíase el retrato de Magdalena.

El marqués, parecía preocupado.

El humo del tabaco convida a la reflexión.

Fernando, reflexionaba la manera de apoderarse del original, como se había apoderado del retrato.

La empresa no era por cierto tan fácil.

Había encontrado en el cajón de su mesa la carta de Carlos y la sortija.

En cuanto a los seis mil reales, se hallaban en el mismo sitio, intactos.

Esto era una prueba evidente de que se las tenía que haber con personas poco vulnerables al oro.

Sin embargo, Abienzo era tenaz en sus empeños, y

sobre todo en los empeños de amor, porque el amor para él era uno de los pasatiempos más agradables de la vida.

A fuerza de reflexionar, acabó por convencerse de que necesitaba un tercero.

—Los pobres viven demasiado juntos—se dijo—, para que un extraño pueda introducirse en el seno de una familia sin infundir sospechas. Es preciso, pues, que una mujer me ayude, me gane terreno, me haga menos difícil la conquista. Busquemos esa mujer.

La casualidad, esa madre de las muchas cosas buenas y malas que acontecen a los hijos de Eva, hizo que la señora Eustaquia asomara la cabeza por la puerta de la habitación, precisamente en el mismo momento en que el marqués se decía: «Busquemos esa mujer». La señora Eustaquia, con su tono meloso y zalamero, entró en la habitación, diciendo:

—¿Da usía su permiso, señor marqués?

—¡Adelante, señora Eustaquia, adelante!—respondió Fernando, sin ocultar la alegría que la presencia de su patrona le causaba, porque creyó ver en el rostro de aquella vieja algo de Mefistófeles, algo del ángel tentador que buscaba—. ¿Qué ocurre, señora Eustaquia?

—Nada de particular, señor marqués; sólo vengo a preguntar a usía si quiere el almuerzo.

—No, no tengo gana; pero ya que ha venido usted, siéntese en ese sofá; tenemos que hablar.

—Estoy a las órdenes de usía—dijo Eustaquia.

Fernando conocía a fondo a su patrona.

El cariño entrañable, el amor sin límites que la señora Eustaquia profesaba al dinero, eran para el marqués una esperanza.

La señora Eustaquia era capaz, por media docena de onzas, de dejarse emplumar en mitad de la plaza de Sàntillana.

Como hemos dicho en otra ocasión, el marqués de la Espiga sabía tirar una onza a tiempo.

Tratándose de una mujer como su patrona, todos los rodeos eran inútiles; andarse por las ramas era una tontería, era perder el tiempo.

Fernando se fué al grano, como suele decirse, y habló de este modo:

—¿Conoce usted a esa muchacha?

El marqués señaló el retrato de Magdalena.

—¿Quién no conoce en el radio a la hermosa Magdalena, a la nuera de Pablo Gurrea, a la perlita del valle de Santillana?—respondió Eustaquia.

—¿Qué carácter tiene esa joven? —volvió a preguntar el marqués.

Eustaquia se encogió de hombros, como la mujer que no comprende lo que le dicen.

—Vamos —repuso Fernando—, conozco que no me he explicado; voy a ser más franco; nosotros debemos hablar sin rodeos, sin preámbulos, ¿no es eso?

Eustaquia hizo un guiño con los ojos, como si comenzara a comprender.

—Me gusta esa muchacha--volvió a decir el marqués.

—Usía es un joven que tiene muy buen gusto —contestó Eustaquia—. ¡Caramba! ¡Ya lo creo! Es un se-

rafín, una estrellita del cielo. El hombre más escrupuloso del mundo no había de encontrarle un pero. Desde el nacimiento del pelo hasta la punta de los dedos de los pies, Magdalena es una muchacha perfecta.

—Pues bien, Eustaquia, cuando a mí me gusta una muchacha desde lejos, quiero poseerla de cerca.

—¡Ya, ya! —dijo Eustaquia con maliciosa entonación—. El señor marqués se ha enamorado de Magdalena. Eso es muy natural, porque, después de todo, la chica lo merece:

—Precisamente. Veo que nos vamos entendiendo. ¿Puede usted ayudarme en esta empresa?

—Con el alma y la vida me tiene el señor marqués a su disposición. Pero antes debo advertirle, como mujer honrada, que el asunto es algo dificultosillo, porque la muchacha hace poco tiempo se casó con un joven gallardo como un pino y hermoso como el sol; y aunque usía es más gallardo y más hermoso que Angel, ¡qué quiere usía!, las muchachas suelen ser tontas, y por lo general, cuando se enamoran de un hombre, aunque éste sea feo y tenga más faltas que una pelota, no ven nada, están ciegas y desconocen sus intereses; pero esta es la vida. ¡Oh! Si Magdalena tuviera mi experiencia, no tendría usía que hablar mucho para que nos entendiéramos; porque, después de todo, la vida es corta, y, como dijo el otro, este mundo es un fandango, y el que no lo baila un tonto; y mejor se come el pan de flor que el de centeno; y con dos colchones se duerme más blando que con un jergón; la seda es más fina que la estopa, y el hilo de Holanda más suave que el vivero.

Pero ¡qué le hemos de hacer! El amor es ciego, y ahí tiene usía explicados los inconvenientes del caso.

—Precisamente—repuso Fernando, sin disimular la alegría que las palabras de su patrona le acusaban—, precisamente usted puede hacer comprender a Magdalena todo lo que acaba de decirme.

—Ya estoy en ello, señor marqués, ya estoy en ello; pero falta que la muchacha comprenda sus verdaderos intereses y dé su brazo a torcer en la materia.

—Cuando las cosas se toman con empeño, suelen vencer grandes dificultades.

—Bien dicen que la fe quebranta las peñas.

—Pues vamos a ver si usted quebranta los escrúpulos de Magdalena.

—Pondré los imposibles de mi parte.

—Por dinero no retroceda usted ante ningún pensamiento, ni vacile ante obstáculos de ningún género si con él puede vencerlos.

—Señor marqués, de sobra sé yo que usía es rumboso como un estudiante, y rico como el gran Tamorlán de Persia.

—¿Trata usted a la familia de esa joven?

—Un poco. Todo el pescado que consumimos en casa se lo compro a Pablo, su suegro.

—¿De manera que usted los visita?

—Sí, señor; aunque muy de tarde en tarde.

—Pues desde ahora es preciso que esas visitas sean más frecuentes.

—Serán todo lo frecuentes que el señor marqués quiera.

—Si es posible, los verá usted todos los días.

—Iré todas las tardes. Afortunadamente está aburrido en la cuadra mi pobre pollino, y no ha de venirle mal un paseíto diario.

—Si usted logra que esa joven me conceda una cita, es decir, que yo pueda hablar con ella sin testigos, le haré a usted un buen regalo.

—No hablemos de eso, señor marqués; ya sé yo que usía es generoso.

—Lo seré en esta ocasión más que lo que usted espera.

—Doy las gracias anticipadamente a usía; pero dudo que consigamos nada.

Fernando conoció que Eustaquia pondría inconvenientes hasta tanto que no sacara algo de provecho. Así es que, levantándose y abriendo un cajón, sacó de él dos monedas de oro, y, entregándoselas a su patrona, le dijo:

—Guarde usted esas dos onzas por vía de adelanto.

—El señor marqués es muy generoso conmigo.

—¿Cuándo piensa usted comenzar el ataque?

—En estas cosas no conviene perder el tiempo; esta misma tarde le haré la primera visita, antes que Pablo regrese del mar.

—Pues bien; por cada buena noticia que usted me traiga, recibirá en cambio una onza de oro.

Eustaquia no pudo dominar la alegría que la generosidad del marqués le causaba.

—Crea usía, señor marqués, que tomaré esta cuestión con tanto empeño como si fuera mía.

—Lo primero, señora Eustaquia, a mi entender, es sondar el carácter de Magdalena.

—¡Ah! Por supuesto. Cuando se conocen las inclinaciones de la criatura, es más fácil conseguir lo que se desea.

—Tengo un verdadero placer viendo que nos hallamos completamente de acuerdo.

—¡Pues no faltaba otra cosa! Estoy segura de que el señorito quedará contento de mí. Ahora, si usía me lo permite, iré a disponer ciertas cosillas de casa, para hacer cuanto antes una visita a la joven en cuestión.

—Puede usted hacer lo que guste: aquí espero el resultado.

—¡Pues qué! ¿No va usía a salir de casa?

—No; prefiero leer o fumar; me aburro en todas partes.

—¡Válgame Dios, y qué pícara enfermedad es el amor! Crea el señor marqués que si estuviera en mi mano...

Eustaquia salió, y Fernando, encendiendo otro cigarro, quedóse contemplando el retrato de Magdalena.





CAPÍTULO X

Donde la señora Eustaquia comienza a explorar el terreno.

AQUELLA misma tarde Magdalena se hallaba bordando una pechera de camisa para Angel a la sombra del emparrado, cuando vió venir por el camino de Santillana una mujer sentada en un pollino.

Como la viajera llevaba, sin duda, porque no le molestara el sol, un pañuelo de pita muy echado sobre la frente, Magdalena no la reconoció.

La señora Eustaquia era una de esas mujeres metidas en carne, cuyos carrillos mofletudos tienen algo del encendido color del vino.

Cuando el pobre rucio recibía sobre su paciente lomo la pesada humanidad de su ama, lo tomaba con paciencia, sin duda con el fin de expiar alguna falta de su edad primera.

Llegó por fin la del burro junto a los pies derechos del emparrado, y, dando un resoplido interminable,

como el que tiene mucho calor, dijo con voz aguardentosa, dirigiendo la palabra a Magdalena:

—¡Ay, hija de mi alma y de mi corazón, y qué de polvo y de sol coge una en esos caminos de Dios! Si no fuera porque los pobres nos ganamos honradamente alguna cosilla con los señores que viajan ahora por moda, sería cosa de pedir a Dios que no enviara nunca el calor sobre estas costas.

—¡Señora Eustaquia!—dijo Magdalena—. ¿Qué novedad la trae a usted por aquí?

—Mira, hija mía, primero ayúdame a bajar del burro; pero no te arrimes mucho al cuarto trasero, porque tiene este animal muy malas partidas, y bien sabe Dios que no me consolaría nunca si, por servirme, recibieras el menor daño.

Magdalena colocó una silla junto al asno, y la señora Eustaquia se encontró poco después en tierra firme.

Ató luego el burro al tronco de un árbol y, limpiándose el sudor de la frente, fué a sentarse junto a Magdalena.

—Ante todo, sepamos cómo está esta familia.

—Buena y muy servidora, señora Eustaquia

—Y Marta, tu suegra, ¿no está en casa?

—Se marchó hace poco con María a la orilla del mar, porque a estas horas, poco más o menos, regresa mi suegro, y le ayudan a traer las cestas y las redes.

—¿De modo que estás tú solita en casa?—volvió a preguntar Eustaquia con alegría indefinible.

—Sí, sola. Pero no pueden tardar, y si usted las necesita para algo, en una corrida iré a llamarlas.

—No te molestes. Además, no tengo prisa.

Eustaquia decía las anteriores palabras con la lengua, mientras que con el pensamiento formulaba la siguiente frase:

—Aunque no vinieran nunca, seguro está que ni el señor marqués ni yo habíamos de ir a buscarlos.

Eustaquia estaba contenta. Podía explorar el campo sin testigo. Su empresa comenzaba con buenos auspicios. Así es que se propuso ganar terreno.

—Pues sí, hija mía —dijo—, he venido porque has de saber que en mi casa tengo un huésped, un caballero muy rico, todo un señor marqués; un joven más rumboso que las pesetas y más campechano que un tambor mayor. Y como todos los ricos son caprichosos, a mi señor huésped se le ha ocurrido que contrate con un marinero, con un pescador de la costa, todo el pescado que pueda coger, porque dice que el bueno se lo llevan los arrieros a Santander y lo malo lo venden en Santillana. Yo le he hecho presente que este capricho le costaría mucho dinero, porque él no podría consumir solo todo el que cogiera una barca. Pero, hija mía, ¿sabes lo qne me ha contestado? «Haga lo que le digo y no repare en el dinero; el que sobre para los pobres» Conque yo he montado en mi burro y me he dicho: «Voy a ver si Pablo quiere arrendarme desde hoy el pescado que coja», y aquí me tienes.

—Bien me parece, señora Eustaquia, y creo que mi suegro no tenga inconveniente en ello.

—Eso mismo he pensado yo, porque al fin y al cabo, el señor marqués no ha de reparar en el precio, y si

otro se ha de comer la trucha, más vale que os la comáis vosotros, que sois conocidos; aunque, según noticias, por esta casa las cosas han cambiado mucho, porque el señorito Carlos, aquel pintor que os venía a visitar todas las tardes y que también era huésped mío, me dijo que Angel era patrón de un buque. ¿Es verdad eso?

—Sí; manda una fragata de gran porte. Hace algunos días se hizo a la vela del puerto de Santander con rumbo hacia América.

—Dios le dé suerte, aunque hija mía, te compadezco.

—¿Por qué, señora Eustaquia?

—¿Te parece poco? Una muchacha, casada de cuatro días, y verse ya casi viuda con el marido por el mar? ¡Y si al menos fuera por una temporada corta!... Pero ¡ya, ya! Las pobres mujeres de los marinos, si lo reflexionaran bien, no se casarían nunca, porque detrás de un viaje viene otro, y luego otro; al fin y al cabo se pasa la flor de la juventud, y el día menos pensado, ¡cataplúm!, una ola se traga los ahorros. Entonces, la mujer se queda sin marido, sin barco y casi a pedir limosna, y lo que es peor, cargada de hijos que le piden pan y a los que no puede saciar el hambre.

Eustaquia, que era una de esas viejas que tienen una esponja detrás de cada párpado, al terminar su tétrica pintura hizo unos cuantos pucheros y derramó algunas lágrimas.

—¡Calle usted por Dios, señora!—dijo Magdalena

sobresaltada con el cuadro que acababa de bosquejarle la vieja.

—Pues, hija de mi alma, lo que acabas de oír es la pura verdad: con sólo volver los ojos en derredor tuyo, verás mil ejemplos; y, sin ir más lejos, aquí me tienes a mí, pobre viuda de un patrón, que en tiempo de su marido cantaba muy alto y ahora apenas levanta la voz. ¡Oh! ¡Y gracias que a fuerza de trabajillos he podido agenciarme un pedazo de pan para la vejez! Pero ahí tienes a la Petra, a la Sinforiana, a la Gerinelda; pregúntales y ellas te dirán lo aperreadas que andan por este valle de lágrimas; y tu misma suegra, Marta, que era todo un pimpollo de hermosura, que hubiera podido casarse con un capitán general, con un príncipe, si hubiera querido, porque le llovían los novios que era una bendición de Dios; pero ella erre que erre, empeñada en que había de casarse con Pablo, y se salió con la suya, toda su vida anda la pobre cargada de trabajos, sin haberse podido hacer nunca una mala saya de alepín de la reina.

Eustaquia se detuvo para estudiar el efecto que en el ánimo de Magdalena producían sus palabras.

No con poca satisfacción observó que la joven se quedaba meditabunda, preocupada.

Eustaquia no se había engañado, y sus tiros iban dirigidos al blanco.

Magdalena era ambiciosa; deseaba mucho; soñaba con un mundo desconocido para ella. Era preciso, pues, enseñarle este mundo.

La vieja continuó:

496



No con poca satisfacción observó que la joven se quedaba meditabunda, preocupada.

—Pero ¡qué remedio! El que nace para ochavo, como no se mueva, nunca llega a cuarto. Verdaderamente, el mundo está muy mal repartido: para unos, todo sobra; para otros, todo falta. Ahora mismo el señorito que tengo en mi casa, ¡qué dineral derrocha! Con sólo la ropa que él desecha podrían vestirse doce jóvenes de su edad. ¿Pues, y cuando está en Madrid? Figúrate, hija mía; tiene tres coches y no sé cuántos criados... Su casa dicen que es un palacio. Y a todo esto, apenas tiene veintiséis años; y en cuanto a hermoso, no le tiene que envidiar a nadie. ¡Eso sí que es una ganga! La mujer que le atrape ya puede decir que le ha caído la lotería.

—¿Conque tan rico es ese joven?—murmuró con inseguro acento Magdalena, que no sabía qué palabras decir.

—¡Anda! ¿Quién no envidia la fortuna del marqués de la Espiga? Ya ves, doce millones, que en onzas de oro no caben en esta casa...

Cuando Eustaquia nombró al marqués, creyó notar algún estremecimiento en las facciones de Magdalena; y era que en aquel momento la joven recordaba que aquel hombre había dejado caer la sortija en el plato, y que, además, había solicitado de Carlos su retrato.

—¡Esos hombres deben ser muy felices!—volvió a decir Magdalena.

—Pues ahí verás lo que es el mundo. Yo creo que don Fernando tiene alguna pena oculta. Siempre está triste, sale poco de casa, y muchas veces le encuentro

suspirando delante de un retrato que tiene colgado en la pared de su cuarto. Y mira lo que es la casualidad: ¿creerás tú que el retrato en cuestión se parece a ti como una gota de agua a otra gota?...

Magdalena, que comenzaba a aturdirse, bajó la cabeza hacia el bordado, y, fingiendo que trabajaba, dijo:

—¿A mí?

—Pero de tal manera—volvió a decir la vieja—, que yo al principio me dije: «¿Será el retrato de Magdalena?» Luego he reflexionado que sin duda será alguna señorita de la corte.

—Creo que vienen mis padres—repuso la joven, como deseando cortar el hilo de la conversación.

Eustaquia dirigió una mirada hacia el mar, pero no vió a nadie, lo cual fué para ella de buen agüero, y dijo:

—No viene nadie; es el burro, que nunca se está quieto.

Hubo un momento de pausa, durante el cual los pequeños y penetrantes ojos de la vieja procuraban leer en lo más recóndito del corazón de la joven.

Eustaquia creyó comprender el punto vulnerable de Magdalena, e iba a continuar sus ataques, cuando oyó hacia el mar la voz de Pablo, que venía conversando con su mujer.

—Vaya, ahí está la familia—dijo.

Magdalena, como si la presencia de sus suegros le causara algún temor, con la excusa de que iba a beber agua, entró en la casa.

Eustaquia, después de las frasee de rutina, convino con Pablo en comprarle todo el pescado que cogiera diariamente; y que todas la tardes vendría a buscarlo ella o un joven que había tomado a su servicio, con objeto de servir mejor a los huéspedes.

Después montó en su burro y regresó al pueblo sin ver a Magdalena.





CAPÍTULO IX

La gota de veneno.

La cama fué inventada, no sé por quién, para descansar de las fatigas del día, aunque es lo cierto que el silencio de la noche y la obscuridad de la alcoba espantan el sueño de nuestros ojos cuando tenemos la mente preocupada.

El que piensa, el que tiene una idea fija, no duerme: lo primero para reconciliar el sueño es no pensar en la vida, y entonces la «pequeña» muerte nos envuelve por algunas horas entre sus vapores.

Magdalena apagó la luz y no pudo dormir.

Pensaba muchas cosas. Lo que con más tenacidad se había grabado en su imaginación era el porvenir de la esposa del marino, pintado por la señora Eustaquia.

De vez en cuando cruzaba como un relámpago, en medio de esta confusión de ideas, el nombre del marqués de la Espiga, su lujo, su tristeza, su opulencia.

Este relámpago la deslumbraba por un momento; pero al instante el recuerdo de Angel, de su esposo, llenaba de claridad las tinieblas de su aturdido cerebro.

Carlos le había dicho:

—El marqués quiere el retrato de usted, pero yo no he querido vendérselo.

Eustaquia le había dicho:

—Ese pobre señor se pasa las horas suspirando delante de un retrato que se parece a ti como una gota de agua a otra gota.

Indudablemente el joven millonario, el rumboso aristócrata, estaba enamorado de ella.

La mujer es, por lo general, débil; la vanidad es una condición innata en el bello sexo. Apenas se encuentra una mujer, por honrada, por virtuosa que sea, que no le halague el ser amada.

El hombre, muchas veces por educación, no puede permanecer indiferente junto a una mujer hermosa.

Es preciso ser galante.

Esta vanidad satisfecha cuesta muchas veces la dicha, la felicidad de toda la vida.

Magdalena sintió cierta satisfacción en el fondo de su alma viéndose amada por el joven de la sortija.

Pero la sociedad, y, sobre todo, el hombre, es materialista en alto grado.

El pecado del pensamiento se perdona, se mira con indiferencia, no mancha, no deshonra, no afrenta.

El pecado del cuerpo es distinto; la ley y la sociedad le castigan, le afrentan, le rechazan.

Magdalena comenzó a pecar con el pensamiento.

La primera infidelidad que le hacía a su esposo era con la imaginación.

Ella no comprendía que el primer paso que la mujer da hacia el camino del mal, lo da mentalmente.

Pensó, pues, mucho en la historia de Eustaquia, en su esposo y en el marqués.

Cuando amaneció, aun no había podido conciliar el sueño ni un instante.

A las siete de la mañana, Marta, viendo que su nuera no se levantaba, entró en su cuarto.

Magdalena le dijo que había pasado muy mala noche, que no se sentía bien, y que deseaba permanecer un rato más en la cama.

Magdalena mentía; pero esta mentira pertenecía a la clase de las mentiras perdonables.

Cuando aquella tarde Magdalena se puso a bordar debajo del emparrado, sin saber cómo, más de una vez dirigió sus miradas hacia el camino de Santillana.

¿A quién esperaba? A nadie.

¿Por qué miraba, pues, tantas veces? Ni ella misma lo sabía.

Por fin, vió a lo lejos a la señora Eustaquia, montada en su burro, y a un joven vestido con un pantalón blanco, una blusa y un sombrero de palma, bastante ordinario.

Magdalena se estremeció ligeramente, creyendo reconocer al hombre de la blusa.

Bajó los ojos sin atreverse a mirar al camino, porque aquella tarde no estaba sola.

Pablo, Marta y María se hallaban a su lado.

—Dios guarde a la gente honrada —dijo Eustaquia, deteniendo su cabalgadura a pocos pasos de la casa.

—Buenas tardes, señora Eustaquia —le respondió Pablo.

—A ver, Antón —volvió a decir la vieja dirigiéndose al joven de la blusa —, sostén el burro, que voy a bajar.

Mientras la vieja echaba pie a tierra, Magdalena miró de soslayo al joven de la blusa.

Ella había visto otra vez a aquel hombre. Quiso recordar en dónde, y se estremeció de nuevo.

—¿Se ha pescado mucho, señor Pablo? —volvió a decir Eustaquia.

—Allí, en la barca, le guardo a usted unas cuantas libras de langostinos y de salmonetes —repuso Pablo —. La mañana no ha sido muy buena.

—¡Cómo ha de ser! Todos los días no pueden ser iguales —volvió a decir la vieja.

Y dirigiéndose al joven de la blusa, continuó:

—Antón, hijo mío, coge el burro y vete con el señor Pablo y coloca el pescado en la cesta. Yo espero aquí, porque a mis años toda distancia es larga.

Mientras Pablo y Antón se encaminaban a la orilla del mar, Eustaquia, que se había sentado junto a Magdalena, sacó el pañuelo del bolsillo, en una de cuyas puntas iba atado el dinero, y dijo a Marta:

—¿A cuánto sube el pescado hoy?

—A catorce reales y medio, según me ha dicho mi marido.

—Pues toma; aquí tienes un duro, cóbrate.

Marta cogió la moneda y entró en la casa.

Eustaquia, que sólo esperaba esta ocasión, inclinando la cabeza como para ver mejor el trabajo de Magdalena, le dijo en voz baja:

—Tengo mucho que decirte, hija mía.

Magdalena no contestó; pero la vieja pudo observar que temblaba.

—El retrato de que te hablé es el tuyo; está loco, enamorado, perdido por ti—volvió a decir la vieja—. Calcula tú hasta qué punto, cuando todo un señor marqués se decide a vestirse de pobre y hacer el papel de criado sólo por verte; porque es ese, el de la blusa, el mismo a quien yo llamo Antón; el que ha ido con tu suegro por el pescado. ¡Vamos, si parece imposible que haga uno tales cosas! Yo estoy absorta. Todas mis reflexiones no han podido convencerle. Y el caso es que a mí se me traba la lengua cuando le mando alguna cosa. Pero ¡ya, ya! ¡Que si quieres!... «Señora Eustaquia, me ha dicho, o usted consiente en tomarme por criado o me tiro de cabeza al mar; la quiero ver todos los días, aunque guarde en lo más profundo de mi corazón el amor que la profeso. Ya que he tenido la desgracia de conocerla demasiado tarde, deje usted, al menos, que goce algunos ratos en la contemplación de su rostro de ángel; pues si la hubiera visto antes de que se casara, la hubiera pedido en matrimonio y la hubiera hecho marquesa, y tendría un palacio y coches, y todo lo que quisiera.» ¡Ay, hija mía! Yo tengo el corazón blando como la manteca, y al ver sus lágrimas (porque todo esto me lo decía llorando) no he podido resistir, y ahí le tienes, haciendo de criado, vestido con una mi-

serable blusa y un sombrero de palma. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Lo que puede en los hombres una firme voluntad!

Las mejillas de Magdalena, durante el relato de Eustaquia, tan pronto se teñían con la palidez de la magnolia de las Indias como con el subido carmín de los claveles de los Alpes.

La lucha secreta de su corazón anudaba su garganta.

La voz de la vieja le producía un ruido extraño en su cerebro.

El aliento emponzoñado de Eustaquia se filtraba en su alma como el soplo infernal del ángel tentador.

Afortunadamente, en aquel instante apareció Marta en la puerta de la casa.

Eustaquia no era de esas mujeres que se desorientan fácilmente.

Cuando vió a la mujer de Pablo, dijo:

—¡Válgate Dios y qué primorosas manos tienes, hija mía! Lo que es esta pechera bien podría ponérsela el Rey de España en la camisa sin avergonzarse.

—Aquí tiene usted la vuelta—le dijo Marta entregándole algunas monedas.

Eustaquia guardó el dinero sin contarlo, y como en aquel momento viera a Pablo y Antón que se acercaban a la casa, se levantó y dijo, dirigiendo la palabra al pescador:

—Señor Pablo, como algunas tardes mis ocupaciones no me permitirán venir en persona por el pescado, reconozca usted desde ahora a Antón, que es un muchacho de confianza, y él vendrá.

—Como usted quiera, señora Eustaquia—repuso Pablo, que estaba muy lejos de figurarse la miserable intriga de la vieja y el joven de la blusa.

Antón ayudó a la señora Eustaquia a subir en el burro, y pronto se perdieron los dos en el camino de Santillana, después de haber derramado la primera gota de veneno en el alma de Magdalena.



LIBRO SEXTO

LA PENDIENTE DEL ABISMO



CAPÍTULO PRIMERO

Síntomas alarmantes.

HAN transcurrido quince días.

Antón todas las tardes llega, caballero en su burro, a casa de Pablo, echa un párrafo con el viejo marino, se fuma un cigarro de los que le da su amo, paga el pescado y se vuelve a Santillana.

Antón es un buen muchacho a quien Pablo va cobrando algún cariño.

Nadie se apercibe de las intenciones del criado de la señora Eustaquia. Sólo Magdalena, cuando por una casualidad levanta los ojos de su bordado, suele encontrarse con la mirada de Antón.

Aquella mirada no era indeferente: un celoso la hubiera clasificado de sospecha; el bueno de Pablo no veía nada.

Una tarde, Pablo le dijo a Antón:

Mira, Antón, tu amo, el señor marqués, a quien no conozco, es un buen parroquiano; no soy desconsiderado; he cogido hoy esta langosta, que como es

«fruta del tiempo», tiene más precio; dile de mi parte que se la regalo, pero que la mande guisar a la marinera; con salsa de chocolate es como está mejor; tengo la seguridad de que se chupará los dedos.

Al día siguiente, cuando Antón volvió por el pescado, sacó de unas alforjas una botella de barro y un cajón de cigarros, y entregándoselos a Pablo, le dijo:

El señor marqués me encarga entregue a usted esta botella de Ginebra y estas brevas de rey en pago de la langosta, y me ha dicho que en su vida ha comido un manjar más delicado que la langosta con salsa de chocolate.

Pablo, orgulloso con el regalo, y satisfecho del efecto que su guiso había producido en el estómago ariscrático del marqués, entró en su casa a participárselo a su mujer.

Por un momento Antón se quedó sólo con Magdalena.

Rápido como el tigre que se arroja sobre su presa, el hombre de la blusa se abalanzó hacia donde estaba Magdalena.

Esta hizo un movimiento de sobresalto.

—¡Por piedad, Magdalena! —exclamó el marqués bajando la voz, pero dando a su acento una expresión dolorosa—. Por piedad. Estoy sufriendo horriblemente; esta vida que llevo es un infierno. Lea usted esta carta, y mañana, cuando, continuando esta farsa, venga a esta casa, dígame si puedo aspirar a ser el hombre más feliz de la tierra o si debo arrojarme en brazos de la desesperación.

El marqués, diciendo esto, dejó sobre el bastidor de Magdalena una carta.

La joven tuvo miedo de ser sorprendida; temió el escándalo, y sin despegar los labios, pálida como un cadáver, agitada como el criminal, puso maquinalmente su mano sobre el papel, cuyo contacto le abrasaba, y después aquel papel pasó a su seno a quemarle el corazón.

Fernando, viendo que Magdalena ocultaba su carta, exhaló un suspiro de gozo.

En los párpados de Magdalena asomaron dos lágrimas, y, no pudiendo soportar por más tiempo esta escena, entró temblando en la casa.

—¡Ah! dijo Fernando—. Creo que no le soy indiferente. Pero, después de todo, esta muchacha me tiene loco; me parece que estoy enamorado como un animal. Esto sería chistoso. De todos modos, sea amor verdadero o falso, de todos modos estoy contento. Me aburría, y con esta aventura me distraigo.

Aquella misma noche, en la soledad de su alcoba, a esa hora en que todos dormían en casa del honrado Pablo, Magdalena leyó la carta de Fernando.

La débil luz de una lamparilla bañaba su hermoso rostro y su pecho desabrigado.

Estaba pálida, conmovida, hermosa como nunca.

De vez en cuando exhalaba un suspiro y se pasaba la mano por la frente, como si quisiera ahuyentar algún pensamiento tenaz.

Sus negros y lustrosos cabellos caían en desorden sobre sus redondos y bien torneados hombros.

Magdalena se encontraba en uno de esos momentos fatales a la mujer, en que una vacilación, un solo paso, mata la felicidad de toda la vida.

La carta de Fernando decía así:

«Soy huérfano, libre y rico; tengo todo lo que el mundo cree necesario para ser feliz; sin embargo, soy el hombre más desgraciado de la tierra. Mi desgracia consiste en no haberla visto a usted antes de que la bendición del sacerdote la uniera por toda su vida con otro hombre.

»¡Oh! Si hubiera tenido esa fortuna, usted, Magdalena, sería mi esposa. ¿De qué me sirve el oro, si mi alma dolorida no tiene la esperanza de la felicidad que ambiciona, si otro posee el tesoro que codicio?

»Conozco, Magdalena, que no tengo derecho a esperar nada. Mi misión sobre la tierra es sufrir.

»He adoptado el humilde papel de criado de Eustaquia, porque de este modo puedo algunos momentos respirar el mismo ambiente que usted respira, ver esa hermosa frente, sentir el dulcísimo acento de su voz.

»¿Será tan cruel que me prohiba que la ame?»

Magdalena, al terminar la lectura de aquella carta, exhaló un profundo suspiro.

De pronto, como si tuviera vergüenza de sí misma, apagó la luz y se tapó la cabeza con la sábana.

Una lucha horrible destrozaba su corazón.

En estos momentos, la honra de una mujer está suspendida sobre una pendiente resbaladiza que conduce al precipicio.

El abismo atrae, absorbe, llama como el imán.

Magdalena hacía esfuerzos heroicos para olvidar las líneas que acaba de leer; quería borrar de su mente la imagen de aquel hombre, que hermoso como el ángel tentador, se había presentado ante su paso sin saber cómo, derramando en su alma un filtro desconocido.

En estos momentos de lucha se llevó la mano al seno, como si quisiera detener los latidos de su corazón.

Su mano tropezó con un objeto, e instantáneamente un frío extraño circuló por todo su cuerpo.

Este objeto era la pequeña cruz de oro que Ángel le había regalado el día que, por primera vez, le declaró su amor.

Mientras besaba la cruz, muchas veces pronunció en voz baja el nombre de Ángel.

Por fin, el sueño se compadeció de Magdalena, y se quedó dormida.

Al día siguiente se levantó muy pálida.

Marta, al verla tan descolorida, dijo a su esposo:

—Parece que Magdalena está mala. ¿No has observado qué mal color tiene?

—¡Bah! Lo que tiene Magdalena no debe darte ningún cuidado.

Esto no dejó de parecerle lógico a Marta, y no volvió a ocuparse durante el día del mal color de su nuera.

Aquella tarde, como siempre, Antón se presentó en busca del pescado.

Magdalena, apenas le vió, fué a ocultarse en la casa.

El marqués, que había observado la precipitación y el sobresalto de la joven, se dijo:

—Esto no va mal: cuando una mujer huye de un hombre, es prueba de que le teme; mañana dejaré de venir, y en mi lugar vendrá la señora Eustaquia. Es preciso comenzar el ataque con más energía.

Al día siguiente Eustaquia y su burro se presentaron en casa de Marta.

Pablo, al verla llegar sola, le preguntó:

—¿Y Antón?

—¡Pobrecito Antón!—dijo la vieja, alzando la voz para que la oyera Magdalena—. Está malo, muy malo; parece que ayer, al salir de aquí, se sintió algo indispuesto, y no quiso decir nada por no asustar a ustedes; pero al llegar a la mitad del camino, le dió un vahido, y, ¡cataplúm!, cayó sin sentido del burro; y gracias a unos aldeanos que le vieron tendido entre el polvo de la carretera y le trajeron a casa, que si no allí se queda el pobrecito toda la noche.

Pablo y Marta se lamentaron de la desgracia, deseándole un pronto restablecimiento, y luego encamináronse hacia la orilla del mar por el pescado.

La señora Eustaquia y Magdalena quedaron solas.





CAPÍTULO II

Remachar el clavo.

Ay, hija de mi alma, de mi corazón y de mis entrañas! —exclamó la vieja tan pronto como pudo comprender que no la oían—. Aquel hombre se muere. El pobre señor marqués se va a morir de pasión de ánimo. Ni come, ni bebe, ni duerme, ni sosiega. ¡Qué desgracia!... Un joven tan rico, tan guapo, tan generoso!... ¡Y qué fortuna te has perdido por casarte tan pronto! Porque ¿quién lo duda? Si él te hubiera conocido antes, se hubiera casado contigo, y entonces tendrías coches y vestidos de terciopelo, y vivirías en un palacio, y los diamantes y las perlas rodearían tu garganta. ¡Oh! ¡Y qué hermosa estarías tú vestida de gran señora!... Pero te casaste..., lo erraste, hija mía, y no es lo peor eso, sino que el señorito está tan tristejón, tan demacrado, que temo que haga alguna barbaridad cualquier día.

Las palabras de Eustaquia zumbaban de una manera dolorosa en los oídos de Magdalena.

No pudiendo soportar más, exclamó:

—¡Calle usted, calle usted!... ¡Parece que se complace usted en atormentarme!

Y luego, exhalando un suspiro, continuó:

—¡Dios mío! ¿Por qué habrá ese hombre fijado en mí sus ojos?

—Esas cosas no pueden remediarse, hija mía. La casualidad, siempre traidora, siempre mal intencionada, se parece mucho a los gatos, que esperan la ocasión para lanzarse sobre la presa que codician, y ella es la que os ha puesto a los dos en este conflicto en que os halláis. Pero tú, al menos, puedes cantar victoria, porque si no le amas, ¿qué te importa a ti que él no coma, ni duerma, ni viva?

—¡Oh! ¿Por qué he conocido a ese hombre?

La exclamación de Magdalena fué una esperanza para la vieja.

Era preciso sondar aquel corazón que comenzaba a venderse.

Eustaquia sabía aprovecharse de las ocasiones.

—Es verdad—le dijo—. ¿Qué mujer no se compadece del mal que causa a un hombre, y, sobre todo, a un hombre tan bueno, tan generoso como el marqués? No dejo de comprender que tu posición es aflictiva; pero, al mismo tiempo, me compadezco con toda el alma de ese joven.

—¡Oh! ¡Por favor, señora Eustaquia, hablemos de otra cosa!—exclamó Magdalena.

—Como quieras. Bien sabe Dios que en este asunto ni entro ni salgo, pero no puedo menos de interesarme por ese señorito, que tantos sacrificios está haciendo por ti. ¡Qué quieres, hija mía! La que nace blanda de corazón no puede remediar ciertos ímpetus secretos. ¿A quién no conmueve ver que todo un señor marqués, con más onzas que Creso y hermoso como un Adonis, por sólo verte cambia su levita por una blusa y sus botas de charol por unos borceguíes de soldado? Pero ya que no quieres que hablemos de este asunto, cierro la boca, porque, al fin y al cabo, en esta cuestión tú eres el ama.

Pablo, que en aquel momento regresaba del mar, puso con su presencia punto final a las exploraciones de la señora Eustaquia.

Los días fueron pasando.

Magdalena estaba pálida, triste, meditabunda.

La eterna melancolía de la joven sobresaltaba a la honrada Marta, que solía decir a su esposo de vez en cuando:

—No me gusta esta muchacha; ha dado mala vuelta. ¿No has observado el color de su cara, la tristeza de sus ojos?

Pablo, encogiéndose de hombros, contestaba a su mujer:

—¡Bah! Todo eso se desvanece como una nube de verano en el momento que Ángel entre por esa puerta y le dé un abrazo. Ya verás, ya verás cuando venga cómo vuelve a asomar a sus mejillas el color de rosa, y en sus labios aparece la sonrisa de antes.

Pablo era demasiado honrado para comprender la causa de la melancolía de su nuera.

Mientras tanto, el fingido Antón, el falso criado de la señora Eustaquia, todas las tardes acudía a comprar el pescado.

Su permanencia en casa de Pablo era tan corta, su semblante tan indiferente, en una palabra, Antón fingía tan bien su papel, que para la honrada familia del marinero sus visitas no tenían más importancia que la de comprar el pescado para su amo.

Y además, ¿quién sospecha de un pobre diablo que se fuma un cigarro y echa un párrafo insubstancial con la mejor buena fe del mundo, sin mirar ni una sola vez el misterioso objeto de sus visitas?

Pablo veía solamente en Antón un joven muy simpático, muy natural y muy aficionado a la vida de mar.

Un día Antón le manifestó grandes deseos de acompañarle en sus pesquerías.

Pablo le dijo:

—Eso es lo más fácil del mundo: le pides permiso a tu amo, te quedas una noche en mi casa, porque yo me hago a la vela a las dos de la mañana, y cumples tu deseo.

Como puede suponerse, Antón volvió al día siguiente diciendo que tanto la señora Eustaquia como el señor marqués habían accedido a sus súplicas, y que allí estaba dispuesto a acompañarle.

La conquista de Magdalena comenzaba a ser para Fernando una cuestión de honra que presentaba grandes dificultades.

Las miradas, las cartas, sólo habían merecido un silencio desesperador por parte de la joven.

Fernando comprendió que era preciso emplear medios más enérgicos.

En cuestiones de amor, la palabra es más conveniente, más expresiva que la pluma.

Hay en el semblante de un hombre que suplica a una mujer cierta «ortografía» muy convincente, cuando el hombre es bien parecido y a la mujer no le es del todo indiferente.

El marqués se dijo:

—Es preciso que yo hable a Magdalena; sólo por este medio podré adelantar camino. Las miradas tiernas, los suspiros y las cartas no me producen buen resultado; cambiemos de rumbo,

Hablar con Magdalena era bastante difícil.

Los pobres viven, por lo general, agrupados. Fernando calculó que a la luz del sol sería algo difícil lograr una entrevista larga con la joven, y buscó en la noche, en esa protectora de los enamorados, la ocasión que apetecía.

Entonces fué cuando se le ocurrió pescar con el viejo Pablo, porque, quedándose en casa, no había de faltarle una ocasión de hablar, sin testigos, con la joven Magdalena.

Eso tenía una contra: el escándalo, y el marqués estaba resuelto a todo. Era preciso terminar aquella conquista.

En el transcurso de sus visitas cotidianas, Fernando había estudiado todas las entradas y salidas de la

casa; sabíase de memoria todas las habitaciones; la de Magdalena tenía una ventana sin reja, cuyo hueco, practicado en el muro, daba frente al valle, y sólo tenía unos cinco pies a la altura del suelo.

Nada más fácil que saltar por aquella ventana.

Esto era, sin embargo, muy arriesgado.

A Fernando, hombre resuelto en materias amorosas, todos los medios le parecían de buena ley.

—Después de todo—se dijo—, lo peor que puede sucederme es que el viejo se entere del asunto y me despida de su casa con cajas destempladas Si llegamos a este caso, entonces ya veremos qué camino se toma. Valor, pues, y manos a la obra.

Antón cenó con la familia de Pablo aquella noche.

Durante la cena observó que Magdalena estaba violenta.

Los enamorados saben aprovecharse de las ocasiones. El descuido más pequeño basta para cambiar una cita, para depositar una carta en las manos de la persona que se ama. Ni los ojos de Argos, ni el oído de Teresias, el poeta adivino, se apercibirían de la ligereza peculiar de dos amantes.

Fernando buscó una de estas ocasiones para depositar en la falda de Magdalena un papel.

Nadie se apercibió de ello.

Terminada la cena, Pablo dijo:

—El que madruga no debe trasnochar. Conque todo el mundo a la cama.

La familia, dando las buenas noches, abandonó la cocina

La cama de Antón se reducía, sencillamente, a un petate de marinero extendido junto a la puerta de entrada.

Magdalena lanzó una mirada a aquella miserable cama destinada a un marqués, y no pudo menos de compadecerse de aquel joven, que abandonaba por su amor las comodidades de su casa.

No tardó mucho en sonar para la familia de Pablo la hora del silencio, y, como puede decirse, cada mochuelo, refugiado en su olivo, se entregó en brazos de Morfeo; pero no todos los mochuelos dormían.

Antón creyó conveniente no cerrar la puerta, para poder salir al campo sin meter ruido, y Magdalena se puso a leer la carta.

Decía así:

«Magdalena: No puedo más; necesito hablar con usted esta noche; de lo contrario, presiento que va a suceder una desgracia. Estoy loco... Tenga usted lástima de mí. Cuando todos duerman, abra usted la ventana; yo estaré esperando en el campo.»

Al terminar la carta, la joven empezó a temblar, como el criminal cobarde delante del acusador.

¿Qué desgracia era la que le auguraba el autor de aquella carta?

¿Ella era culpable de la pasión vehemente que había inspirado a un hombre?

La primera resolución de Magdalena fué permanecer en la cama. Tuvo miedo de conceder aquella cita. Poco a poco fué reflexionando, y acabó por tener miedo de no asistir a ella, asustada ante los resultados

funestos que podía causar su falta de asistencia.

Magdalena, aunque ambiciosa y calculadora, no había perdido aún la pureza de su corazón.

Para ella era desconocida la falacia, el engaño y la mentira.

Tal vez en aquel momento de lucha amaba más a Fernando que a Angel: la vacilación, la duda, que se habían apoderado de su espíritu, eran, por lo menos, síntomas poco ventajosos para su marido.

Transcurrió una hora.

Indudablemente, el marqués estaba esperando junto a la ventana.

Por un momento, su vanidad de mujer se creyó satisfecha.

Ella, una pobre aldeana, una joven modesta, sin fortuna, por sólo el encanto de su belleza, era adorada hasta la locura por un joven distinguido, elegante. Para Magdalena el amor de Fernando era firme, puro.

¿Qué duda podía caberle cuando a tanto se arriesgaba?.. Además, como hemos dicho otras veces, Magdalena desconocía el mundo.

Pasó una hora, y como Magdalena no se decidía a satisfacer la cita del marqués, éste dió unos golpecitos sobre la tabla de la ventana para avisarle que estaba esperando.

Este ruido, cuya procedencia conoció al momento la joven, le estremeció.

Como se había acostado vestida, se incorporó, y maquinalmente dió algunos pasos hacia la ventana.

Antes apagó la luz, como si temiera a aquel espectador mudo, enemigo de las tinieblas.

Llegó hasta la ventana, puso una mano en el pestillo e iba a descorrerle, pero se detuvo.

Tenía un miedo horrible.

Todo lo que hacía la asustaba, y, sin embargo, no tenía valor para retroceder.

Después de un momento de duda, de vacilación, de lucha, por segunda vez oyó ruido en la ventana.

No vaciló por fin, y con todas las precauciones que reclamaba el caso, abrió poco a poco la ventana.





CAPITULO III

Ataque y defensa.

La noche era serena, y, aunque la luna estaba en su cuarto menguante, podía verse a un hombre apoyado en la terrapisa exterior de la ventana.

Este hombre era Antón, el marqués de la Espiga.

La presecia de Magdalena arrancó un grito de gozo a Fernando.

—¡Ah! —le dijo.—¡Cuánto debo agradecerle el favor que me concede!

—Suplico a usted que baje la voz —le dijo—. Soy muy imprudente abriendo la ventana, lo conozco; pero es preciso que esto termine.

—¡Que termine! —exclamó Fernando.—¡Nunca! Sólo puede terminar de un modo: amándome utesd, para que deposite a sus pies cuanto valgo.

—Es oes imposible. ¿Olvida usted que soy casada?

—¡Ah! ¡Es cierto! —exclamó con doloroso acento el marqués—. Conozco que no me asiste ningún derecho para que usted dé oídos a mis palabras; pero yo la amo a usted con locura, con delirio, y el amor lo olvida todo, lo atropella todo, no encuentra obstáculos, no respeta nada. Si usted me amara, si usted correspondiera a esta inmensa pasión que me devora, si usted sintiera por mí en el fondo de su alma lo que yo siento, entonces..., entonces... soy bastante rico para rodearla de felicidad en cualquier parte del mundo que me señalase. Para la sociedad sería usted mi legítima esposa. Nuestro amor sería un secreto impenetrable a los ojos de la envidia y de la murmuración. ¿Quién se atrevería a ofender a usted? Nadie..., nadie.

—Pero ¿y Angel?—preguntó Magdalena.

—¡Angel!... Angel no volvería a ver a usted nunca—respondió el marqués—. Es muy pobre para que pueda seguir nuestros pasos.

—El me ama con todo su corazón.

—Y yo con toda mi alma. ¿No he dado a usted pruebas de ello? ¿Duda usted acaso de la sinceridad de mis palabras?

—No, no; pero lo que usted me propone es un crimen, una infamia.

—Pues bien; escríbale usted una carta; dígale usted que, cansándole la vida, ha puesto fin a ella. Angel, a su regreso, cuando más, derramará algunas lágrimas, y luego... el olvido, ese bálsamo inagotable del corazón humano, pondrá fin a sus dolores. Mien-

tras tanto, nosotros viviremos en París, en Londres, en Roma, donde usted me indique. Viajaremos dos, tres, cuatro años, toda la vida, si usted quiere. ¿Qué mayor paraíso que tenerla a usted a mi lado?

—¡Imposible! ¡Imposible! — exclamó Magdalena, cubriéndose la cara con las manos.

—Magdalena, piense usted lo que dice; piense usted que esa tenacidad puede causar nuestra perdición, porque yo prefiero la muerte a perder la esperanza de ser amado de la única mujer que ha hecho latir mi corazón.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Magdalena lloraba; esta débil defensa de la mujer, este preludio de una próxima rendición, alentaron a Fernando, que, como hombre práctico, no quiso despreciar aquellos síntomas favorables.

Apoderóse de una de las manos de la joven, que ella le dejó sin resistencia, y, después de imprimir en ella un beso apasionado, continuó de este modo:

—Taenquilícese usted, Magdalena; el asunto no es tan grave como usted cree; Angel, haciendo lo que acabo de indicarle, no sospechará; su profesión de marino no le aparta de nosotros; es casi imposible que nos encontremos en el camino de la vida. Enjugue usted, pues, esas lágrimas que embellecen su semblante; yo le juro que cuando llegue el momento feliz en que podamos ser el uno del otro, no serán muy frecuentes..Y después, no es usted la única que, conociendo que su esposo no podía darle toda la felicidad que ambicionaba, ha roto los lazos que la ligaban co-

mo a una esclava, y vive feliz y dichosa al lado del hombre que eligió su corazón. El amor no conoce otras cadenas que las de flores; rechaza la esclavitud; rompe por todo. Deseche usted vanos escrúpulos, que la harán la mujer más desgraciada del mundo. Calcule usted por un momento el porvenir que puede ofrecerle Angel: vivir eternamente sola, abandonada, mientras él recorre los mares en busca de una fortuna imaginaria, que no se realizará nunca.

Magdalena no despegó los labios.

Las lágrimas eran el mudo y a la par elocuente lenguaje de aquella joven que, con un pie colocado al borde de un abismo, se hallaba próxima a olvidar lo más precioso, lo más sagrado, lo más santo de la mujer: el honor.

El ángel tentador había emponzoñado su alma con el maldito aliento.

Fernando, cobarde seductor, veía a la tímida oveja próxima a sucumbir, y se gozaba interiormente en su triunfo.

La realización de un capricho pasajero es, para algunos hombres degradados y egoístas, motivo de un empeño tenaz y cruel, olvidando que basta una hora para causar la desgracia, la desesperación de toda una vida.

El marqués, que no retrocedía nunca ante sus empresas amorosas, sentóse en la terrapisa de la ventana, y rodeando un brazo por la cintura de Magdalena, antes de que la joven se diera cuenta de lo que le acontecía, imprimió un beso en su boca.

Aquel beso debió quemar el alma a Magdalena.

Entonces, como si despertara de un sueño abrumador, irguió su frente cubierta de vergüenza, y rechazando al hombre que había sabido introducir el veneno de la sedución en su alma, cerró bruscamente la ventana sin cuidarse de si hacía o no ruido.

El marqués se quedó algo desconcertado:

—¡Diablo!—se dijo—. Esta muchacha se defiende con tenacidad abrumadora; viendo estoy que la conquista de esta plaza va a ser tan larga como la de Troya. Será preciso emplear las amenazas. Este sistema siempre me ha producido buenos resultados.

El marqués tornó a entrar en la casa en busca de su incómodo petate, y dejóse caer sobre él malhumorado.

—Esta muchacha—se dijo—, por mucho que me ame, nunca me compensará bastante las molestias que me cuesta.

Después se durmió.

A cierta edad, el sueño es tan poderoso que lo vence todo.

Fernando, aunque estaba acostumbrado a las comodidades que ofrecen doce millones, durmió sobre un petate sin apercibirse de ello.

Cuando Pablo fué a despertarle, el marqués maldijo interiormente al importuno marinero. Pero era indispensable disimular el disgusto que su presencia le causaba.

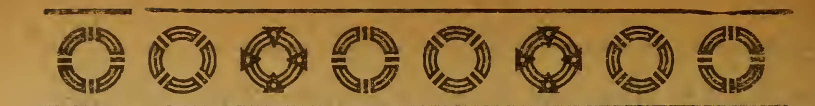
—¡Arriba, perezoso, que los langostinos nos están esperando!—exclamó el viejo marino.

—¡Ah! ¡Diantre! Estaba dormido como un lirón; pero ya me tiene usted despierto como un lince.

Pablo y el marqués, cargados con las redes, los aparejos y la cesta del almuerzo, se encaminaron a la orilla del mar.

Serían las dos de la mañana.





CAPÍTULO IV

Una promesa infame.

A pesar de la brusca retirada de Magdalena, Fernando no desmayó. Era preciso que aquel mal éxito se subsanara con un triunfo completo.

Dos días después cogió la pluma y escribió lo siguiente:

«Magdalena: Como tengo la convicción de que, a ser usted libre, no rechazaría el amor y la fortuna que le ofrezco, cuando Angel regrese de su viaje le buscaré, y uno de los dos dejará de existir».

Esta carta fué entregada a la señora Eustaquia, y la señora Eustaquia la entregó a Magdalena.

Si Magdalena hubiera sido una joven más práctica en materia de amores, indudablemente se hubiera reido de aquella amenaza vulgar con que el marqués pensaba amedrantarla; pero Magdalena era una novicia en la materia.

Deseó evitar una desgracia, y el miedo le hizo cometer otra mayor concediendo una cita al marqués.

Por segunda vez Fernando y Magdalena se vieron y se hablaron en la misma ventana que conocen nuestros lectores.

Las súplicas de Magdalena fueron vanas.

El marqués juró y perjuró que cuando Angel regresara de su viaje le probaría que uno de los dos estaba de más en el mundo.

Magdalena comenzaba a amar a Fernando. Temía una desgracia; buscó razones para convencer a su amante; pero anudándose su lengua en la garganta, sólo encontró lágrimas y suspiros.

Detrás de aquella cita se convino otra, y últimamente se vieron todas las noches.

Fernando no había logrado el más insignificante favor de Magdalena; pero de sus palabras se desprendía un filtro envenenador, que, poco a poco, iba matando los escrúpulos de la joven.

Una noche Magdalena abrió la ventana, y la primera palabra que se escapó de sus labios, viendo al marqués, fué la siguiente:

—Mi marido viene.

—¡Oh! Me alegro de todo corazón—contestó Fernando—. Así acabaremos más pronto.

Magdalena, como si no hubiera oído las palabras de Fernando, volvió a decir:

—Nos ha escrito desde Lisboa, y dice que algunos días después de su carta estará a nuestro lado.

—¡Oh! Que me place. Lo deseo vivamente.

—¡Pero, Dios mío, usted se ha propuesto perderme!

Esta exclamación de Magdalena era verdaderamente digna de Lástima.

Otro menos infame que el marqués de la Espiga se hubiera compadecido de aquella mujer.

Fernándo estaba muy lejos de querer matar a su rival.

Indudablemente, la presencia de Angel hubiera ahuyentado de aquellos sitios al seductor. Así es que, conociendo que había llegado el momento decisivo, se propuso elevar la comedia hasta el drama, y confiando en la experiencia de su espectadora, dijo con vehemente entonación:

—Cuando venga, cuando entre por las puertas de esta casa para robarme la única felicidad de mi hija, que es el amor de usted, yo saldré a su encuentro. ¿Para qué quiero la vida viendo que otro disfruta la ventura que codicio? Vivir sin amar es un martirio; los celos son el infierno de la vida. Su aliento emponzoña el corazón, mata la felicidad. ¡Oh! No, no permitiré que toque uno tus cabellos. Yo quiero arrancar de tu cuerpo esas toscas y pobres vestiduras; quiero verte eternamente a mi lado, rodeada de lujo, de comodidades, de esplendor. Quiero que resplandezcas como una reina y gozarme en la envidia que tu hermosura cause en los demás hombres, porque tú, Magdalena de mi alma, eres hermosa como las alboradas de mayo; tus labios son rojos como la flor del laberinto; tus suspiros perfumados como el nardo de Oriente; tu cintura es esbelta como los lirios que crecen en las orillas de los lagos; tus

ojos, negros como el infortunio, poseen una mirada irresistible, porque el amor se anonada en tus brilladoras pupilas. ¡Oh! Si me amaras, yo viviría eternamente a tus pies, adorándote como a la diosa de la felicidad.

Magdalena, como la débil sensitiva que recibe en su corola el rayo abrasador del Mediodía, escuchando las fascinadoras palabras del marqués, iba inclinando la cabeza, trastornada por el filtro irresistible del amor.

Poco a poco, la hermosa frente de la joven fué inclinándose, hasta quedar apoyada en el hombro de Fernando.

Entonces, en el silencio de la noche, oyóse el dulcísimo crujido de un beso y la dolorosa lamentación de un suspiro.

Magdalena quiso retirar la cabeza, pero ya era tarde.

Los labios de Fernando acababan de manchar su pureza.

Avergonzada de sí misma, cubrióse la cara con las manos, como para no ver a su seductor.

Quiso huir, cerrar la ventana; pero ¡ah!, la mano de la fatalidad la tenía enclavada a pesar suyo en aquel sitio.

Cerraba los ojos por no ver la abrasadora mirada de aquel hombre, y, sin embargo, la veía siempre a través de sus párpados y la sentía hasta el fondo de su corazón.

La lucha fué terrible.

Magdalena, como la frágil barquilla abandonada en mitad de los mares a impulsos de su corazón, corría a estrellarse, sin fuerza para defenderse.

Cuando el alma se adormece creada por el soplo fascinador de una pasión; cuando el corazón redobla sus latidos, empujado por el amor; cuando la mente se puebla de tinieblas y se apaga la luz de la razón, entonces la lucha es siempre estéril en una mujer.

—Mira, Magdalena—volvió a decir Fernando—, mañana, cuando todo esté en silencio, cuando tu familia se encuentre entregada al sueño, yo vendré, como hoy, junto a esta ventana que es mi paraíso. Una silla de posta nos esperará en el camino del pueblo, oculta entre los álamos. Tú abandonarás esta casa, donde sólo la pobreza y el fastidio te rodean, donde tu vida se arrastra pobre, monótona, miserable; donde no brilla tu hermosura, donde nadie puede admirarte. Bastante has luchado, Magdalena. Sí, partiremos adonde tú quieras; cualquier parte del cielo que me indiques será para mí el cielo, el paraíso, teniéndote a mi lado.

—¡Abandonar esta casa!—exclamó Magdalena—. ¡Oh! ¡Nunca, nunca!

—¿Prefieres entonces el escándalo?

—¡Por caridad!...

—No, no, Magdalena. Sé que me amas; en vano pretendes ocultármelo; yo te amo y te amo demasiado para dejarte. Mañana partiremos.

—Pero ¿y Angel? ¿Qué será de Angel?

—¡Oh! No pronuncies ese nombre: me hace daño.

—Pero lo que usted me propone es un crimen, una infamia, una traición inicua.

—Los crímenes del amor son indispensables.

—La maldición de Dios cae sobre la mujer que ol-

vida la promesa sagrada hecha al pie de los altares.

—El amor purifica todas las culpas que por él se cometen.

—¡Fernando!...

—Mira, Magdalena, te he ofrecido con toda la sinceridad de mi corazón apasionado un porvenir de fausto y de esplendor. Hace cuatro meses que no cesan de rogar mis labios; dentro de poco, mañana tal vez, tu esposo se presentará en esta casa, y entonces será preciso que esto termine, porque antes que pise estos umbrales, antes que te estreche contra su corazón, yo saldré a su encuentro, y para que llegue hasta ti será preciso que pase por encima de mi cadáver. Dos caminos te presento. Elige. No olvides que el hombre que por ti ha llegado hasta el punto de olvidarse de la alta clase que ocupa en la sociedad, que el marqués, que se ha hecho criado por verte, te cumplirá lo que te ha ofrecido. Elige, pues, entre partir conmigo o presenciar la muerte de uno de los dos.

Magdalena guardó silencio.

Estaba aterrada.

—Responde —volvió a decir Fernando—, responde.

—Pero si abandono esta casa, ¿qué será de mí mañana cuando usted se canse de tenerme a su lado?

—Juro por la memoria de mi padre tener contigo las consideraciones de esposa, y no abandonarte nunca mientras tú me ames.

Magdalena quedóse pensativa, como la mujer que lucha entre el bien y el mal.

Por fin, dijo con acento de desesperación:

—Pues bien; sea. No sé quién es el espíritu infernal que ha arrojado a usted en mitad de mi camino. Ignoro si usted me conducirá a la desesperación o a la felicidad. Ignoro el porvenir que me reserva este amor culpable. Siento en el fondo de mi alma una voz que me acusa, que me afrenta, que me humilla; pero partiré, sí, partiré. Después de lo que ha pasado entre nosotros; después de la horrible lucha que he sostenido por espacio de tanto tiempo en mis horas de soledad, la presencia de mi esposo sería para mí un tormento demasiado horrible.

¡Oh! ¿Conque por fin te decides?—exclamó Fernando, sin poder ocultar la alegría.

—Sí; me decido a cometer una infamia, un crimen. Dios me lo tome en cuenta.

Fernando quiso abrazar a Magdalena, pero ella le rechazó, y, cerrando la ventana, le dijo:

—¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana!





CAPITULO V

Luchas del alma.

AL día siguiente Marta se levantó más temprano que de costumbre.

La pobre madre sentía un placer inmenso en el corazón.

La carta de Angel había sido para ella una verdadera felicidad.

Hallábase Marta barriendo la puerta de su casa, cuando vió venir, por el camino de los álamos, al cartero de Santillana.

—Buenos días, Marta—le dijo éste acercándose.

—Buenos días, Ramón. ¿Traes hoy también carta de mi chico.

—Así parece—contestó Ramón entregándole una—. Pero ésta indica que nuestro hombre se va acercando, pues lleva el sello de la Administración de San Sebastián.

Marta no sabía leer, y, como su marido se hallaba

en el mar, despidióse del cartero y entró en su casa gritando:

—¡Magdalena, Magdalena! ¡Levántate, hija mía! Tenemos carta de Angel.

Magdalena, que se había acostado vestida y que no había podido dormir en toda la noche, al oír el nombre de su esposo se arrojó de la cama y corrió al encuentro de su suegra.

—Vamos, léeme esta carta—le dijo entregándosela.

Magdalena leyó en voz alta lo que sigue:

«Queridos padres: Veinticuatro horas después de esta carta tendré el gusto de darles un abrazo. No pueden ustedes figurarse el deseo que tengo de verme sentado bajo el verde tendal de nuestra humilde casita. ¡Oh! ¡Qué feliz es el que tiene un nido sobre la costa, donde puede descansar por algunos días de las fatigas de un viaje largo y penoso! ¡Qué feliz es el hombre que, como yo, cuenta con una familia que le ama y le espera con los brazos abiertos!

»Cuando las circunstancias me arrancaron del lado de mi querida Magdalena, aun antes de terminar la luna de miel, esa luna clara y resplandeciente que no he visto brillar en ninguno de los países que he recorrido, yo me creía el hombre más desgraciado del mundo; pero ahora que veo tan cercano el momento de estrechar a ella y a ustedes sobre mi corazón, me creo dichoso como nunca. Pero ¿a qué escribir, cuando tan pronto tendré el inmenso placer de verles? Adiós, hasta mañana, madre mía; hasta mañana, Magdalena; hasta mañana todos. ANGEL »

Magdalena, al terminar la lectura de la carta, estaba pálida como un cadáver, débil completamente.

Marta era tan feliz que no se apercibió de nada.

Para aquella pobre madre sólo había un punto esplendoroso en el horizonte de su vida que la cegaba, que absorbía toda su alma: la vuelta de su hijo.

Era necesario disponerlo todo para recibirle como se merecía.

Cuando algunas horas después Pablo regresó del mar, su mujer le salió al encuentro, y, entregándole la carta, le dijo:

—Toma. Angel llega mañana.

Pablo, conmovido por la noticia, aunque sólo le faltaban algunos pasos para llegar a la casa, dejó en el suelo de mala manera lo que llevaba sobre los hombros, y se puso a leer la carta.

Las lágrimas corrieron por las mejillas del viejo marino.

La noticia era demasiado gorda para recibirla con los ojos enjutos.

Hay alegrías que interesan tanto el corazón, que es preciso llorar; porque en estos casos, las lágrimas son el bálsamo que evita una enfermedad.

Pablo, Marta y María lloraron.

Magdalena sólo se puso pálida, pero con una palidez que sobresaltó a la honrada familia que la había recibido en su seno como a una hija.

La esposa culpable guardaba las lágrimas, sin saberlo, para otra ocasión, porque debía derramar muchas en el transcurso de la vida.

La adúltera, espantada ante su porvenir, pero débil y cobarde para rechazarle, le aceptaba con todas sus consecuencias.

La mujer que falta al juramento hecho al pie de los altares, en vano espera ver brillar sobre su cabeza el sol de la felicidad.

En el inmenso catálogo de las mujeres culpables, apenas podrá encontrarse una que no llore amargamente su culpa, que no muera abandonada, despreciada, escarnecida por el cómplice de su crimen.

Pero no adelantemos los sucesos.

Magdalena tenía los ojos enjutos, mientras su corazón lloraba sangre.

Si en aquellos momentos de lucha dirigía los ojos de su imaginación hacia el porvenir, se poblaba de tinieblas su mente, y acababa por avergonzarse de sí misma.

Aquel día fué para Magdalena un martirio horrible. A cada momento temía ver llegar a su esposo y acercarse hacia ella con ademán amenazador, pidiéndole cuenta de su conducta durante su ausencia.

Cuando llegó la noche, cuando todos se acostaron contentos y alegres con la esperanza de abrazar a Angel al día siguiente, Magdalena, sentada junto a una mesa, cerca de la ventana, cómplice de su infamia, escribió con mano trémula y corazón palpitante, como el criminal que se introduce en la alcoba de su inocente víctima, estas líneas:

«Angel: No me busques, porque será en vano. La vida me cansa. Soy una mujer despreciable. Olví

dame Sé que voy a causarte un dolor inmenso, terrible; pero te lo vuelvo a repetir, olvídame. Soy indigna de ti.—*Magdalena.*»

Terminada la carta, la dejó en la mesa de noche, y con la cabeza hundida entre las manos, esperó a su cómplice.

Magpalena había apagado la luz al terminar la carta; la claridad le molestaba; prefería las tinieblas, porque tinieblas tenía en la mente, en el corazón, en el alma.

Transcurrió como una hora y el marqués no hacía la señal convenida.

En medio de aquella obscuridad, Magdalena creyó ver en las blancas cortinas de su alcoba escrita la carta de su esposo, pero escrita con caracteres de sangre.

Cerró apretadamente los ojos; pero, a pesar de todo, aquellas letras se iban acercando hacia ella, y la mujer culpable leía en su mente:

«¡Oh! ¡Qué feliz es el que tiene un nido sobre la costa, donde puede descansar por algunos días de las fatigas de un viaje largo y penoso! ¡Qué feliz es el hombre que, como yo, cuenta con una familia que le ama y le espera con los brazos abiertos!»

Magdalena se levantó aterrada, como si aquello que veía su fantasía fuera un aviso del cielo.

Corrió a la ventana: necesitaba respirar el aire puro de los campos; pero apenas la primera ráfaga de la brisa de la noche acarició su frente, cuando las tentadoras palabras de Fernando resonaron en sus otdos como una música grata, dulce, irresistible; y así como

había visto sobre las blancas cortinas de su alcoba las palabras de su esposo, evocadas allí por el grito de su conciencia, así el ángel tentador que la veía vacilar en su empresa le repitió al oído con dulce y apasionado acento: «La vida sin lujo es un martirio inagotable. Magdalena, tú eres hermosa como las alboradas de mayo; esbelta como los lirios que crecen en las orillas de los lagos». Y Magdalena, que amaba a Fernando; Magdalena, que había dado el primer paso en el camino de la perdición, exclamó sin poder resistir a la arrulladora música de aquellas palabras:

—¡Le seguiré! ¡Le seguiré!

Y con la mirada anhelante y el cuerpo inclinado hacia el campo, esperó al hombre que debía hacerla la más desgraciada de las mujeres.





CAPITULO VI

La fuga.

El amor es ciego, cuando no es loco.

La mujer pasa muchas veces rozando con la felicidad, y no se apercibe de ello.

Un punto brillante la fascina, la ciega, y, como la mariposa, revolotea en torno de la luz hasta quemarse las alas.

Entonces llora, sufre, tal vez muere.

Magdalena en vano procuraba acallar el doloroso grito de su conciencia, que retumbaba en el fondo de su alma.

Temiendo ahogarse, respiraba con avaricia la brisa perfumada de los campos.

Hacía una luna clara y hermosa.

A lo lejos divisábase el pequeño pueblo de Santillana.

La torre de la iglesia destacábase como un inmenso

gigante que procura ocultar su frente en el cielo y sus pies en la espesa arboleda de aquellos fértiles campos.

Magdalena sintió que su frente ardía y su corazón palpitaba de un modo extraordinario.

El reloj de la torre dió ocho campanadas.

La cita era a las diez, hora en que, según costumbre, todos dormían en la modesta casa de Pablo el marino.

Meditó profundamente el paso que iba a dar.

El amor no encuentra obstáculos ni reflexiona.

La razón, la lógica, las deducciones, son por lo regular rechazadas, porque el amor todo lo allana, todo lo atropella, sigue su marcha sin detenerle nada.

Dieron las nueve.

Magdalena sintió que la calentura aumentaba, que los latidos de su corazón eran más precipitados, más secos, más dolorosos.

Cuando va a cometerse un crimen, aunque no se tenga la suficiente fuerza de voluntad para rechazarle, se presiente el mal que puede deportar.

El deber le decía: «¡Detente!»

El amor le aconsejaba: «¡Avanza, no temas!»

El arcángel Gabriel, lloraba.

Satanás, sonreía.

Dieron las diez en la torre del pueblo.

Magdalena cogió con nerviosa mano las puertas de la ventana para cerrarla. Pero, ¡ay!, en aquel momento creyó percibir el ruido de un carruaje que avanzaba por el camino de los álamos en dirección a su casa.

La curiosidad la detuvo.

Echóse de brazos sobre el hueco de la ventana, y como la luna lo alumbraba todo, extendió el cuerpo como para ver mejor.

El carruaje se detuvo como a unos trescientos pasos de la casa, y se quedó medio oculto entre los árboles.

Un hombre bajó del carruaje.

Aquel hombre era joven, hermoso, elegante.

Apenas tendría veinticinco años.

La misteriosa antorcha de la noche, esa eterna guardadora de los crímenes nocturnos, del amor, de las lágrimas, del placer y de la amargura, que todo lo observa desde el firmamento donde la suspendió la mano del Creador, como si quisiera en aquel momento ser cómplice de la infamia que se iba a cometer, de la desesperación que se iba a sembrar, dejó caer un rayo de su purísima luz sobre el rostro del nocturno viajero. Magdalena exhaló un grito ahogado.

Había reconocido a aquel hombre. Era Fernando, su amante, el seductor que acudía en busca de su promesa, que se acercaba al pie de su ventana para decirle: «Aquí me tienes, cúmpleme tu promesa.»

Fernando avanzó con paso tranquilo.

Cuando estuvo cerca de la ventana vió a Magdalena, y dijo, apoyando su mano derecha en el cancel:

—¡Ah! ¿Me esperabas, ángel mío?

—Sí—tartamudeó Magdalena.

—Entonces no perdamos tiempo. He traído un carruaje que nos conducirá a Santander, desde donde nos trasladaremos a Madrid.

—Mi esposo llega mañana—dijo Magdalena, como si esta noticia fuera una poderosa razón para que Fernando desistiera de su empresa.

—Tanto mejor para que partamos nosotros esta noche.

—Fernando, tengo miedo.

—¡Miedo! ¿De qué y a quién? ¿No estaré yo siempre a tu lado para defenderte? ¿No es mío tu corazón, como es tuyo el mío? Si la corte no te gusta, si allí no estás contenta y tranquila, entonces cruzaremos el mar, iremos a América, donde mi familia te recibirá con los brazos abiertos. Mi único anhelo es la paz de tu espíritu, la felicidad de tu corazón. Yo te pido amor; pídeme tú, en cambio, lo que quieras.

—Tú eres rico, tú eres noble. Yo soy una pobre campesina. Vete, olvídame. Borra de tu memoria mis palabras, mi promesa. Ya te lo he dicho: tengo miedo de abandonar esta casa, porque esta fuga es un crimen. Yo presiento que, no viéndote, las lágrimas no se secarán en mis ojos, mi alma sufrirá mucho; pero en medio de ese dolor, mi espíritu estará tranquilo como el de una mujer honrada.

—Magdalena—repuso Fernando—, yo no quiero que tus hermosos ojos se enrojezcan con las lágrimas. Quiero amarte eternamente y que me ames tú del mismo modo. El amor que, como el nuestro es verdadero, no puede arrancarse de raiz del alma sin hacer gran daño al cuerpo. ¿Qué nos importa a nosotros el mundo? Nuestro mundo, nuestra felicidad, nuestro paraíso está reducido a esta frase: «Amarnos eternamente». El amor no es un crimen, Magdalena mía. Desecha, pues, necios temores y partamos.

—¡Por Dios, Fernando, vete, olvídame.

—Mira, Magdalena—volvió a decir Fernando, apoderándose de una mano de la joven—, lo que te sucede en este momento es muy natural. Tienes miedo de abandonar esta casa. No me extraña. Pero créeme, tengo la completa seguridad de que mañana te reirás de los miedos de hoy.

Fernando se detuvo, porque su corazón no sentía las palabras que acababa de pronunciar su lengua.

Seductor de oficio, amaba a Magdalena como se ama muchas veces en la vida: por vanidad.

Porque Magdalena era hermosa de una manera deslumbradora.

En la ardiente mirada de su ojos negros, había algo que subyugaba.

La dulcísima sonrisa de su boca, era irresistible.

Viendo a Magdalena, se detenía el paso para exclamar con todo el entusiasmo que es capaz de inspirar una cosa perfecta:

—¡Esta mujer es un ángel que indudablemente tiene fuego en las venas!

Durante aquel momento de suspensión, Magdalena lloraba.

Fernando, viendo que se hacía larga aquella escena, continuó de este modo:

—Basta de lágrimas. ¿Crees tú que yo soy uno de esos hombres a los que una mujer les enseña impunemente el paraíso que codician, y luego, cerrándole las puertas de la felicidad, les dice: «Vete, olvídame, todo ha sido un sueño?» ¡No, Magdalena, no! Yo te amo como no he amado nunca, y este amor que inflama mi alma, me do-

mina. ¡Basta de lágrimas! Desecha necios temores. Escribe una carta a tu esposo; dile que la vida te era enojosa y que has puesto fin a ella. No hay tiempo que perder. Sería una imprudencia que nos detuvieran ahora necios escrúpulos.

Magdalena procuró resistir, pero ¡ay! todo fué en vano.

Las palabras de su amante, resonaban en el fondo de su corazón de una manera dulcísima.

El amor es una armonía que resuena en los oídos de los amantes de un modo irresistible.

Magdalena cedió por fin.

Retiróse de la ventana.

Transcurrió como un cuarto de hora.

Fernando, recostado en el tronco de un árbol, esperaba a su víctima, silbando el aria final de la *Traviatta*.

Por fin abrióse con mucho sigilo la puerta de la casa, volviéndose a cerrar del mismo modo.

Magdalena, azorada, recelosa, medio oculto el semblante con el velo de la mantilla, cruzó la distancia que la separaba de Fernando.

En aquel corto espacio, sobre aquella alfombrada tierra, habían quedado sepultados el deber, la virtud, la honra de aquella mujer.

Tal vez alguna lágrima, al desprenderse de sus ojos, cayó sobre el cáliz de alguna pequeña flor de las que con tanto esmero cuidaba en otros tiempos.

Aquella lágrima era un recuerdo tributado a su muda y silenciosa amiga, a quien abandonaba tal vez para siempre.

Fernando salió al encuentro de Magdalena y le ofreció el brazo.

Durante el corto trecho que separaba del carruaje la casa, la esposa culpable volvió cuatro veces la cabeza.

Magdalena temía que siguiesen los pasos.

Llegaron donde estaba el coche.

Magdalena subió primero, Fernando después.

Cerró la portezuela, y pronto el coche tomó el camino de Santillana.

La luna alumbraba la silenciosa arboleda.

Entonces pudo verse allá en lontananza, en alta mar, un buque que con las velas desplegadas dirigía su proa hacia el puerto de Santander.

En el alcázar de popa de aquel buque se hallaba sentado un marino joven y hermoso.

En sus nobles facciones brillaba la alegría, el placer, la felicidad.

Fumaba tranquilamente en una pipa de barro.

Aquel joven era el capitán de la fragata *Buenaventura*.

Era Angel, el esposo de Magdalena, el hijo de Pablo y Marta, que regresaba a su pueblo después de un viaje feliz y provechoso.

Cuando aquella tarde, al declinar el sol, a favor de su anteojo, había distinguido las pintorescas costas de su tierra natal, su alegría había sido inmensa.

Después, no pudiendo reconciliar el sueño, porque la felicidad le ahogaba, había subido a cubierta, ansioso de respirar la brisa de la noche.

Y allí, mientras su buque se deslizaba rápido sobre la tranquila superficie del mar, soñaba despierto, pensando en sus padres, en su casita, en las dulces veladas de invierno pasadas junto al hogar, porque Angel tenía que referir muchas cosas a su familia.

Pensaba en lo que piensa el marino joven que se ha dejado la mitad de su corazón en tierra.

Pensaba en el beso apasionado que en breve iba a imprimir en la boca de su enamorada esposa.

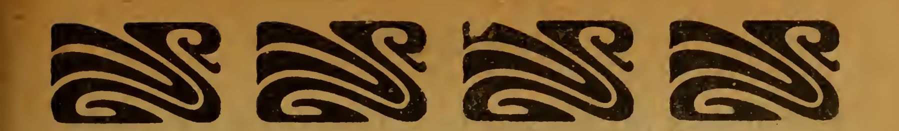
Pero ¡ay! Magdalena, como el ave intranquila y errante, acababa de abandonar el nido; el lecho nupcial quedaba frío, vacío, deshonrado.

¡Pobre Angel!



LIBRO SÉPTIMO

EL ANIVERSARIO



CAPÍTULO PRIMERO

El regreso.

L alba levantaba su purísima luz desde el fondo del mar, cuando Angel, montado en un caballejo de medio cuerpo, divisó la torre de Santillana.

El joven marino tendió una de esas miradas llenas de amor y felicidad sobre aquellos campos tantas veces soñados en el transcurso de su viaje.

Detrás de aquella torre se encontraba un hermoso valle, y al fin de este valle una casita pequeña y modesta, pero que para Angel tenía todos los encantos de un paraíso y todas las comodidades de un palacio, pues vivía en ella la reina de su corazón, su adorada Magdalena, y su amorosa madre.

El joven viajero aspiraba con placer el puro ambiente de los campos y con una enérgica insinuación de talones

demostraba a su cabalgadura su impaciencia por acortar las distancias.

De vez en cuando Angel, levantándose sobre los estribos, tendía hacia adelante una mirada codiciosa, diciendo para sí:

—Creo que el pueblo camina hacia el mar, como si se alejara siempre; me parece que aún estoy en el mismo sitio.

Después tornaba a sentarse sobre la silla y se embebecía en los encantos de su próxima felicidad.

De pronto oyó una voz mujeril que cantaba la siguiente copla:

Ojos que te vieron ir
por esos mares afuera,
¿cuándo te verán volver
para alivio de mis penas?

Alzó Angel la cabeza como para buscar a la cantora, y efectivamente, vió a pocos pasos de él una aldeana que, con el cántaro sobre la cabeza, se encaminaba a una fuente cercana.

La muchacha volvió a cantar:

Á la orillita del mar
suspira una marinera,
y con sus suspiros dice:
Quien tiene amor tiene pena.

—¡Oh!—se dijo Angel—. Esta copla es mentira: yo tengo amor, y la felicidad no me cabe en el corazón.

Detúvose la mujer junto a una fuente situada a la margen del camino y comenzó a llenar el cántaro.

Angel llegó junto a la fuente y se detuvo.

—Buenos días, muchacha—la dijo.

—¡Hola!—contestó la aldeana, como si viera en Angel algún conocido antiguo—. ¿Quiere usted agua?

—Si eres tan amable...

—El agua no se niega a nadie.

La aldeana alargó el cántaro a Angel.

—¿Eres de Santillana?—le preguntó Angel.

—No, señor; soy de aquella casa que se ve allí.

La aldeana indicó con la mano una casa de campo que se veía algo apartada del camino.

—¡Calla!—volvió a decir la aldeana, mirando hacia el pueblo—. ¿Qué es aquel carromato que viene como alma a quien persiguen los espíritus?

Angel miró hacia aquel sitio, y vió que venía una silla de posta a toda carrera.

Apartó el caballo del camino diciendo:

—Se conoce que los viajeros de ese carruaje tienen mucha prisa por llegar a Santander. A ese paso revientan todos los tiros que pongan.

Un coche de viaje, con las cortinillas herméticamente cerradas, pasó como un relámpago a dos pasos del sitio que ocupaba Angel.

—¡Vaya con los señores!—dijo la aldeana—. Se conoce que para ellos lo mismo es atropellar a un pobre que a un perro.

—¿Tienes mala voluntad a los ricos, muchacha?—preguntó Angel sonriéndose.

—Les pago con la misma moneda. Ellos hacen lo mismo con los pobres.

—Si no me tomaras por un rico, me atrevería a hacerte una pregunta.

—¡Bah! Usted, según parece, es un marinero, y yo no tengo mala voluntad a la gente de mar.

—¿Tienes parientes en el charco?

—Tengo lo que tengo, señor.

—Pues, mira, casualmente eso que calculo que tienes era lo que te iba a preguntar, porque tus cantares me han dado una gran curiosidad.

—¿Y por qué quiere usted saber eso?

—Para ponerle dos cirios a San Telmo y decirle una misa por el pronto y feliz regreso de aquel que tus ojos *vieron ir por esos marès afuera.*

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo tengo el novio por el mar?

—Tus cantares.

—¡Bah! ¡Tantas cosas se cantan que no se tienen!...

—Sin embargo, tú tienes lo que has cantado.

—¡Es claro que lo tengo! ¿Es pecado en su tierra de usted tener novio con palabra de casamiento?

—Nada de eso; las muchachas bonitas como tú, no deben estar sin él.

—Vamos, señorito, va usted a requebrarme y me voy, porque bien dice la copla:

A la orilla de la fuente
no oigas requiebros jamás,
que es el cántaro de barro
y se te puede quebrar.

La aldeana entonó la anterior canción colocándose el cántaro sobre la cabeza, y encaminóse hacia la casa de campo.

Angel dió un adiós a la aldeana, y dirigió la cabeza del jaco a Santillana.

Una hora después se encontraba en el valle.

El sol lo embellecía todo con sus vivos resplandores.

La brisa del mar, que acariciaba su frente, iba después a quebrarse en las frondosas ramas de los árboles.

Las codornices cantaban en los trigos, y las tórtolas arrullaban en los lentiscos de la pradera.

Como a unos quinientos pasos Angel vió su casita.

La vista de aquel nido amoroso, en donde se albergaba su mayor felicidad, humedeció de placer sus ojos.

Echó pie a tierra, y atando el caballo al tronco de un árbol, hincó una rodilla y elevó al cielo una corta oración.

Nadie se veía bajo el emparrado de la casa, aun cuando la mañana estaba muy avanzada.

Miró la esfera de su cronómetro y eran las nueve.

Tenía hambre de abrazar a su madre, a su padre, a su esposa y a su hermana, y al mismo tiempo parecía complacerse en retardar aquel momento de felicidad tan codiciado.

Angel creía encontrar la felicidad a pocos pasos de allí, cuando le esperaba la muerte.

Buscaba el placer e iba encontrar el dolor.

Hay momentos en la vida en que se desea algo que se halla al alcance de nuestra mano y, sin embargo, no exten-

demos el brazo, como si temiéramos no ver realizado nuestro deseo.

Angel se hallaba en uno de esos momentos.

Su único afán era abrazar a su familia; se encontraba a veinte pasos de su casa, y a pesar de esto, no movía un pie para acortar aquella distancia.

—¡Es extraño!—se dijo—. Hace cerca de un cuarto de hora que tengo los ojos clavados en la puerta de mi casa y no veo a nadie. Vamos, pues.

Y se encaminó a su casa.

Cuando se halló bajo el emparrado se detuvo por segunda vez.

Nadie salió a su encuentro.

Entonces, dando un golpe con la mano sobre las frágiles tablas de la puerta, exclamó en voz alta:

—¿Dan ustedes posada a un pobrecito marinero que viene del otro mundo?

Nadie contestó.

Aquel silencio era horrible.

Angel palideció. Lo que acontecía comenzaba a asustarle.

De pronto, una sonrisa asomó a sus labios, y esta idea a su mente:

—Vamos, esto es que me han visto desde el terrado y están, indudablemente, preparándome una sorpresa. ¡Oh! Afortunadamente conozco de memoria todos los rincones; pronto daré con ellos.

Penetró en la casa, la registró toda, pero no encontró a nadie.

—¡Es particular!—se dijo—. ¿No habrán recibido mis dos cartas?

Angel volvió a salir de su casa y se sentó bajo el emparrado.

No podía explicarse la razón de la ausencia de su familia.

Nada más inoportuno que aquella ausencia en el momento de su llegada.

Los comentarios desagradables comenzaron a embrollar su cerebro.

Las tinieblas reemplazaban a la luz.

Transcurrió como media hora.

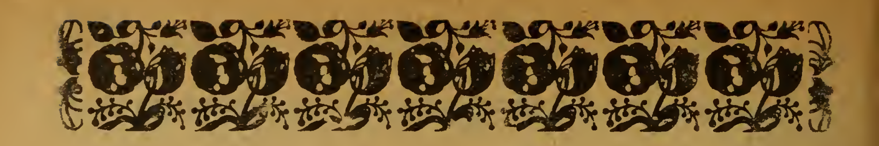
Angel estaba impaciente.

Aquella situación era harto embarazosa para pasarla con el espíritu tranquilo.

Dudaba entre permanecer inmóvil en aquel sitio o buscar a su familia.

Después de unos momentos de vacilación se decidió a esperar.

Retrocedamos nosotros algunas horas.



CAPÍTULO II

Donde la sospecha se convierte en realidad

ABLO se levantó antes del alba, y puso con sus voces la casa en movimiento.

Era preciso que su hijo encontrara en pie a toda la familia; pero Magdalena, por más que la llamaban, no salía de su cuarto.

María participó esta novedad a su padre.

—¡Qué diablo! Llamad fuerte—les dijo—. Se conoce que la pobre chica ha estado toda la noche pensando en su marido, y el sueño de la madrugada la tiene cogida por los cabezones.

Marta volvió poco después, diciendo que era imposible que Magdalena no oyera los gritos y los golpes dados a la puerta de su habitación, aunque su sueño fuera más tenaz, más pesado que el de los siete durmientes.

—Ahora veremos si despierta—repuso Pablo encaminándose al cuarto de su nuera, seguido de su mujer y su hija.

—¡Magdalena! ¡Magdalena!...—exclamó, descargan-

do al mismo tiempo sobre la puerta un puñetazo de padre y muy señor mío, que hizo retemblar la sala.

El silencio fué la respuesta de esta enérgica insinuación.

—¡Diantre! —volvió a decir el marino.—Este silencio es sospechoso.

Y sin esperar a más, dió una terrible patada a la puerta que hizo saltar la cerradura.

Entraron todos en la habitación.

Magdalena no estaba allí.

Registraron con medrosa curiosidad aquel reducido espacio.

María notó que la ventana estaba abierta.

Marta observó que la cama estaba intacta, como si nadie se hubiese acostado en ella, y Pablo vió una carta encima de la mesita que había en la alcoba.

Pablo leyó precipitadamente aquella carta, y al terminar su lectura, dándose una palmada en la frente, exclamó con dolorosa desesperación:

—¡Ah, pícara! ¡Ah, infame! ¡Ah, mujer perdida!... ¡Y qué disgusto para mi pobre Angel!

Marta abrió los ojos todo cuanto pudo y preguntó a su esposo:

—Pero ¿con quién hablas?

—Con ella.

—¿Y quién es ella?

—¿Quién ha de ser? Tu nuera.

—¡Magdalena! —dijo a su vez María.

—Sí, Magdalena, que se ha marchado; Magdalena, que nos ha abandonado; Magdalena, que es una

infame y que va a causar la muerte de nuestro hijo.

—Pero ¿con quién se ha marchado?—preguntaron a la vez con espanto Marta y María.

—¡Oh! Si yo lo supiera, si yo lo tuviera entre mis manos, ¿creéis vosotras que tardaría medio minuto en desnucarle como a un conejo? Pero el caso es que ella se fué, y Dios sólo sabe dónde se encuentra a estas horas.

Pablo leyó a su mujer y a su hija la carta de Magdalena.

Aquellas cortas líneas fueron un rayo de luz para la buena Marta.

—¡La bruja de Estaquia tiene la culpa de todo lo que nos sucede!—exclamó.

—Ahora que recuerdo—dijo a su vez María—, muchas veces la he encontrado hablando en secreto con Magdalena.

—¡Ya decía yo que esa vieja me parecía una mujer mala!...—exclamó Marta.

Marta no había dicho nunca semejante cosa.

Pablo, sin embargo, creyó tan poderosas las exclamaciones de su esposa y de su hija, que, sin esperar más averiguaciones, guardó la carta, cogió un cuchillo, y poniéndose el sombrero, dijo:

—Aún puede que sea tiempo.

Marta se interpuso entre la puerta y su marido, y le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Voy en busca de esa vieja. No tengas cuidado. O me lo cuenta todo, o la corto la lengua.

Pablo apartó a su mujer y salió de la casa, con la precipitación del hombre que huye de la justicia.

Marta, al ver a su esposo correr de aquel modo hacia el pueblo, temió una desgracia, y cogiendo a María por un brazo, la dijo:

—¡Oh, Dios mío! Tu padre va a cometer algún atropello. Ven, hija mía, ven; no le abandonemos.

Las dos mujeres siguieron a Pablo, pero éste corría como un corzo perseguido por una jauría.

Además, Pablo, para cortar la distancia, había tomado por un atajo.

Esta circunstancia hizo sin duda que no tropezara en el camino con su hijo.

El pueblo de Santillana dista como una hora escasa de la costa.

El honrado marino llegó fatigado y cubierto de sudor a la puerta de la señora Eustaquia.

Entróse Pablo sin esperar permiso en la casa y Dios sabe hasta dónde se hubiera introducido, a no salirle al encuentro una moza que, poniendo los brazos en jarras, le cortó el paso con esta pregunta:

—¿Adónde va usted, buen hombre?

—Quiero ver inmediatamente a la señora Eustaquia—respondió Pablo con esa entonación del hombre que no quiere perder tiempo.

—¿Y para qué quiere usted ver a la señora Eustaquia?—volvió a preguntar la mujer, a quien comenzaba a serle sospechoso aquel hombre, porque Pablo, sin saberlo, llevaba el cuchillo en la mano.

—Cuando uno pregunta por una persona, por algo

será. Conque hágame usted el favor de decirla que aquí está Pablo Gurrea que quiere hablarla en seguida, ¿lo oye usted? En seguida.

La moza, a quien el hombre comenzaba a inspirar miedo, retrocedió algunos pasos hacia la puerta como el que se prepara a la retirada, y le dijo:

—La señora Eustaquia no está en casa.

—¿Que no está en casa?

—No, señor; ha salido.

—¿Y por qué ha salido?

—¡Toma! Porque le ha dado la gana.

—Es que yo necesito verla, hablarla.

—Pues ya puede comenzar a decir lo que guste, porque yo la represento en su ausencia.

—No, no; lo que tengo que decirle a ella no puedo decírselo a nadie. Por lo tanto, necesito verla indispensablemente; si no está la esperaré.

Pablo dejóse caer en una silla, redoblando el asombro de la mujer, que le miraba con espantados ojos, temiendo que fuera algún enfermo atacado de locura.

—Pues para rato tiene usted si es que se empeña en esperarla.

—¡Cómo! ¿Pues adónde ha ido?

—¡Toma! Ahí cerca; al volver la esquina como quien dice, a Madrid.

Pablo se puso rápidamente en pie, como si hubiera sentido una herida cruel en las espaldas; su semblante, pálido y descompuesto, tomó una expresión tan horrible, que la mujer, asustada, retrocedió hasta la calle como buscando una salvación contra

aquel furioso que se le había entrado por las puertas de su casa.

Pablo avanzó unos cuantos pasos hacia la mujer. Esta retrocedió guardando la distancia.

—¿Dice usted que la señora Eustaquia se halla en Madrid?—preguntó el marino con acento conmovido.

—Sí, señor. Y si no lo cree, puede usted preguntárselo a ella cuando vuelva.

—¡Eso es mentira! Ayer estaba Eustaquia en el pueblo y hoy estará también. Usted me oculta la verdad.

—La señora Eustaquia ha salido esta noche para la corte. Lo que yo digo es tan cierto como la luz de ese sol que nos alumbra.

—¿Esta noche?—murmuró Pablo.

—Sí, esta noche, a eso de las once.

El marino se llevó la mano a la frente como si temiera volverse loco, y luego exclamó en voz baja:

—¡Sí, sí! ¡Eso es! ¡Esta noche! ¡Esta noche! ¡Miserable! ¡Infame!

Después levantó la cabeza, miró a la mujer y volvió a decirla:

—Pero si no está Eustaquia estará Antón.

—¡Antón! ¿Y quién es Antón?

—Su criado.

—No conozco a semejante sujeto, ni le he oído nombrar nunca.

Pablo sintió que le zumbaban los oídos y le flaqueaban las piernas.

Para no caer tuvo necesidad de apoyarse en la

pared. Comenzaba a comprender la horrible trama, la miserable intriga que la repugnante vieja había fraguado.

—¡Que no conoce usted a Antón!—volvió a decir Pablo de un modo tan doloroso, que la mujer comenzó a sentirse enternecida.

—Ya he dicho a usted antes que no conozco a semejante hombre.

—¿Quién era, pues, un joven vestido con blusa que la acompañaba todas las tardes hasta mi casa cuando venían a comprarme el pescado?

—¿Un joven?—preguntó la mujer como haciendo memoria de alguna cosa.

—Sí; un joven bien parecido.

—¡Ah! ¡Vamos, ya caigo! Usted habla del señor marqués de la Espiga.

—No, no hablo del marqués; hablo de su criado.

—¡Pero, santo varón, si el señor marqués no tenía ningún criado en casa, porque solo vino de Madrid y solo vivía en esta casa!

—Yo le digo a usted que le tenía.

—Vamos, usted está loco o quiere que yo pierda la chaveta. Ese que usted llama Antón, no era Antón; era el mismo señor marqués que se disfrazaba algunas tardes con el objeto de ver a una aldeana muy bonita de las cercanías, una muchacha muy guapa, y muchas noches el señor marqués y la señora Eustaquia hablaban de la cosa.

Pablo escuchaba las palabras de la mujer con asombro creciente. Cuando terminó le dijo:

—Pues bien; quiero ver al señor marqués.

—Pero ¿no le he dicho a usted que ya todos se han marchado a Madrid?

—Pero ¿cuándo?—preguntó Pablo que comenzaba a aturdirse con las revelaciones de la mujer.

—Anoche, en una silla de posta. ¡Dios sabe a estas horas las leguas que tendrán en el cuerpo!

—¡Ah!—exclamó Pablo cerrando los puños y levantándolos hacia el cielo con ademán amenazador. ¡Esa vieja me ha burlado; esa vieja miserable me ha burlado! Pero yo me vengaré, sí, me vengaré. ¡Ay de ella! ¡Ay de ese señor marqués! ¡Ay de todos si caen algún día entre mis manos! ¡Pobre Angel, pobre hijo mío! Esta nueva falta va a darte un disgusto grande, es una traición, una puñalada por la espalda. Tal vez te cueste una enfermedad, porque tú amabas con toda la fuerza de tu alma generosa a ella... ¡Pícara! ¡Pícara! ¡Infame! Te ha abandonado por otro.

Pablo, en medio de su desesperación, se arrancaba los cabellos llorando como un niño.

La mujer, que escuchaba las exclamaciones del marinero, comenzó a enternecerse, aunque no acababa de comprender la causa de aquel dolor.

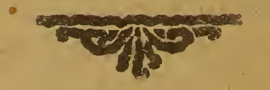
En aquel momento llegaron Marta y María.

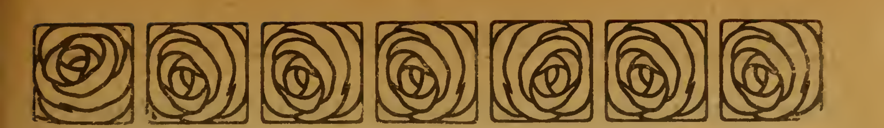
Pablo las enteró de todo: de la fuga de Eustaquia, a la que indudablemente acompañaban Magdalena y el falso Antón; de la terrible y miserable intriga de que habían sido víctimas.

Ya sin esperanzas de encontrar a los culpables, y sin ningún género de duda sobre la desgracia que les

aconteciá, salieron del pueblo de Santillana, agobiados bajo el peso de su infortunio, de su dolor.

Durante esta ausencia, Angel había llegado a su casa, y como saben nuestros lectores, no encontrando a nadie, sentóse a la sombra del emparrado, resuelto a esperar a su familia.





CAPITULO III

Herida de muerte.

POR fin, Angel vió venir a su familia.

—¡Ah! ¡Gracias a Dios!—se dijo—su tardanza comenzaba a impacientarme: sin duda han salido a recibirme, y hemos equivocado el camino.

Levantóse como para salir a su encuentro; pero se detuvo, porque dos cosas le llamaron vivamente la atención.

La primera, no ver a Magdalena con sus padres. Esto era extraño.

La segunda, ver que sus padres caminaban con la cabeza baja y con muestras inequívocas de dolor.

Angel sintió unos latidos violentos en el corazón como si le auguraran alguna desgracia, y no pudiendo soportar por más tiempo la incertidumbre que le

devoraba, salió del emparrado y corrió al encuentro de su familia.

Marta fué la primera que oyó la voz de su hijo, y con los ojos arrasados en lágrimas y los brazos abiertos, corrió a su encuentro.

Pronto se hallaron todos abrazados en amante pero doloroso grupo.

Angel, observando la afligida impresión de sus padres, no se atrevió a preguntar por su esposa.

Por fin, no pudo resistir por más tiempo, y viendo la actitud triste y embarazosa de los que le rodeaban, exclamó con medroso acento:

—Padre mío, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué no se halla Magdalena con ustedes? ¿Dónde está mi esposa?

—¡Hijo de mi alma!—exclamó Marta arrojándose por segunda vez al cuello de Angel.

El joven marino palideció de un modo notable, como si el grito de su madre fuera el preludio de una revelación espantosa, de una desgracia horrible.

—¡Padre mío!—dijo—. Por favor, no me oculten ustedes nada. El silencio, la duda, la vacilación en estos momentos, es cien veces más espantosa, más terrible que la misma realidad, aunque esta realidad sea negra como el infortunio Hable usted, por Dios, padre mío. ¿Qué ha sucedido a Magdalena? Quiero saberlo todo. ¿Ha muerto, por desgracia? Angel temblaba al hacer esta pregunta.

—¡Ah! ¡Pluguiera Dios que hubiera muerto!—murmuró en voz baja, pero imponente, el honrado viejo marino.

Angel llevóse las manos a las sienes, como si temiese que se le escapara la razón, y mirando a su padre de un modo lastimoso, volvió a decir:

—¿Qué ha hecho, pues, mi esposa, que sea para mí más doloroso que su muerte?

—Ha abandonado esta casa.

—¡Ella! Pero ¿qué ha pasado aquí durante mi ausencia, para que una esposa abandone el sagrado hogar de sus padres, para que rompa los lazos indisolubles del matrimonio, para que olvide el santo juramento hecho al pie de los altares?

Angel hizo todas estas preguntas con su alma. Su voz brotaba del fondo de su corazón dolorido; con la boca entreabierta por la emoción, los ojos húmedos por el pesar, esperó una respuesta de su padre.

Pablo, con una gravedad aterradora, respondió de este modo:

—Hijo mío, yo sé que con mis palabras te causo mucho daño; pero sé también que no debo ocultarte nada y cumplo con mi deber. Cuando llegó tu carta. ella nos leyó su contenido, y yo no pude leer su vergüenza en su frente. Pero ¡ay! esta mañana, cuando todos nos disponíamos para recibirte, cuando fuimos a buscarla a su cuarto, Magdalena, olvidando lo que se debe así misma, olvidando los deberes de la mujer honrada, como el ladrón, como el miserable criminal que busca la sombra de la noche, había abandonado esta casa, no estaba en su cuarto; pero había dejado esta carta como una prueba de su vergüenza y nuestro dolor.

Y Pablo sacó del bolsillo la carta de Magdalena.

Angel la tomó, sin comprender aún lo horrible de su desgracia, y maquinalmente leyó aquellas líneas trazadas la noche anterior por la mano trémula y cobarde de la adúltera.

Al terminar su lectura, al ver de lleno la infamia de su esposa, Angel lanzó un grito doloroso, un grito de esos que nacen del fondo del alma y que se exhalan con la mitad de vida.

Angel cayó al suelo como herido por un rayo.

Tres gritos compactos, unidos, dolorosos, resonaron a un mismo tiempo.

Marta, Pablo y María abalanzáronse sobre Angel, que había perdido el conocimiento.

—¡Oh! ¡Maldita... maldita sea la mujer que, faltando a sus deberes, asesina al hijo de mis entrañas!

Y Marta cayó sin sentido junto a su hijo.





CAPITULO IV

La roca de los recuerdos.

Por espacio de quince días, Angel postrado en la cama, estuvo luchando entre la vida y la muerte.

Los delirios, que al principio fueron continuos y tenaces, comenzaron a calmarse, y entró para el enfermo ese período que con tanto placer es recibido por la familia: la convalecencia.

Angel, sin embargo de hallarse fuera de peligro, estaba postrado en una especie de aturdimiento que hacía muchas veces volver a derecha e izquierda la cabeza al honrado médico de Santillana.

El golpe había sido tan doloroso a su corazón que el médico tenía temor de que el enfermo perdiera el juicio.

En la mente de Angel sólo había tinieblas: la luz de la razón casi apagada, solía despedir de vez en cuando alguna que otra chispa agonizante, que eran otras tantas esperanzas para el facultativo y la familia.

Poco a poco fué fortaleciéndose aquel cerebro, y un día, con gran contento de todos los que rodeaban la cama, los enjutos ojos de Angel se llenaron de lágrimas.

El llanto era una esperanza; la indiferencia, un temor, un peligro inminente.

Las lágrimas de Angel, pues, comenzaron a hacer sonreír a su dolorida familia. Aquellas sonrisas tenían los hermosos colores de la esperanza.

Una mañana que la madre apartaba con tierna y cariñosa solicitud los cabellos de la frente de su hijo, éste cogió aquella mano, y besándola, le dijo:

—El amor de las madres es el amor de los amores. Magdalena me ha hecho mucho daño, mucho, pero la perdono.

Después lloró como un niño y volvió a decir:

—¿No es cierto, madre mía, que es muy terrible soñar un paraíso y despertarse en un infierno? ¿Qué daño le he hecho yo a esa infame para que con un solo golpe mate mi felicidad y destroce mi corazón?

Marta contestó a su hijo:

—Angel, olvida a esa mujer; tu imaginación no debe ocuparse de una cosa tan indigna.

Angel murmuró en voz baja:

—Es verdad, madre mía. Magdaleda ha muerto, o por mejor decir, no ha existido nunca para mí.

Pocos días después Angel abandonó la cama.

Su tristeza era profunda; su silencio, imponente.

Pablo solía decir a su mujer:

—Esto no me gusta; esto tendrá malas consecuencias; Angel, indudablemente, medita algo grave.

Una tarde Angel demostró deseos de dar un paseo por la orilla del mar.

Pablo le ofreció el brazo, y ambos se encaminaron hacia la costa.

Angel se sentó precisamente en la misma roca donde Magdalena le había jurado amor eterno.

Aquel sitio que en otro tiempo más feliz Angel había contemplado con deleite, ataviado con los encantos del amor, le pareció en aquel momento triste como una tumba.

El sol bañaba con sus últimos rayos la tranquila superficie del mar; pero el crepúsculo de la tarde no tenía encantos para Angel.

La brisa oreaba dulcemente su cabeza.

Angel, con los ojos fijos en un punto lejano del horizonte, permaneció algunos momentos en actitud dolorosa y reflexiva.

Su padre, de pie a su lado, no se atrevía a interrumpir la dolorosa meditación de su hijo.

Angel exhalaba tristes y profundos suspiros.

Indudablemente, halagüeños y encantadores recuerdos se levantaban frescos y lozanos en su memoria.

Pablo vió que los ojos de su hijo se llenaban de lágrimas.

—Vamos, Angel, vamos, hijo mío—le dijo—. ¿Piensas estar toda la vida así? Sé hombre; recobra tu dignidad; piensa que tienes una madre y una her-

mana que te aman más que a su vida; no olvides que necesitan de tu apoyo, de tu protección. Magdalena no vale ni una sola de tus lágrimas. La mujer que abandona a su esposo no merece más que el desprecio. El hombre ni siquiera debe tomarse la molestia de castigarla: eso es cuenta de la Providencia. No te quepa duda, Angel, la terrible mano de Dios cae, tarde o temprano, sobre esas mujeres. Ni una sola muere sin verse escarnecida, humillada. Olvida, pues, a esa mujer, que su infamia es tu mejor venganza.

Angel tendió una mano a su padre, y enjugándose las lágrimas, le dijo:

—Es verdad, padre mío, es verdad, Sólo merece mi desprecio; pero la amaba tanto, que al ver estas rocas, mudos testigos de nuestros juramentos de otros tiempos, a pesar mío se ha oprimido mi corazón y las lágrimas han asomado a mis ojos; pero serán las últimas, yo se lo juro a usted, serán las últimas.

Pablo abrazó a su hijo.

Aquella promesa comenzaba a tranquilizarle.

—Hablemos, pues, hijo mío, como dos hombres.

Pablo se sentó al lado de su hijo y continuó.

—Nos hallamos solos; nadie puede oírnos, si se exceptúan esas gaviotas que revolotean alrededor nuestro, y a esas aves les está prohibido que revelen los secretos de los hombres. Vamos a ver, hijo mío, vamos a ver; yo soy tu padre, y nadie creo que se atreva a poner en duda el cariño que te profeso. Así, pues, no me ocultes nada. ¿Qué piensas hacer? Porque yo supongo que la

conducta de tu esposa te inspirará desprecio. Y además, Magdalena, aunque se ha portado mal, muy mal contigo, es la hija de un hombre a quien debo cuanto tengo y hasta la vida; sí, la vida porque una vez en la Habana me salvó de una muerte cierta. Así, pues, espero que, por consideraciones al padre, borrarás de tu memoria el daño que te ha hecho la hija, perdonándola o despreciándola, pues de cualquier manera que lo hagas yo he de agradecerte esa generosidad.

—Sé, padre mío, los favores que nuestra familia debe a don Pedro. No tema usted que lo olvide nunca. Si algún día la fatalidad empuja ante mi paso a la mujer culpable, sólo el desprecio será mi venganza. Pero ahora es preciso que yo vea a don Pedro, que le devuelva el buque que me entregó como dote de su hija; porque ese buque, padre mío, es un lazo que me une aún con Magdalena, y yo quiero romperlo.

—¡Cómo! ¿Vas a devolverle el buque? ¿No es tuyo? ¿No te lo regaló el señor conde?

—Sí, lo regaló al esposo de su hija; pero yo ya no soy el esposo de su hija, y, por consiguiente, no puedo conservar en mi poder ese regalo.

—Mira lo que haces, hijo mío, mira lo que haces; ese buque es tu porvenir, tu fortuna.

—Padre, ese buque sería mi deshonra, y la honra es el tesoro más precioso del hombre. Soy joven, amo el trabajo y Dios velará por mí.

Pablo sintió cierto orgullo en el fondo de su corazón oyendo las palabras de su hijo.

—Así, pues—continuó Angel—, viendo que su padre

nada le decía—, será preciso que yo vaya a Santoña, que vea a don Pedro y que le cuente la desgracia que nos ha acontecido. Luego no ha de faltarme una plaza en algún buque que me dé lo suficiente para vivir con honradez.

—Piensa, hijo mío, que el golpe va a ser terrible para don Pedro.

—Padre, hay desgracias en la vida que no pueden permanecer ocultas.

—Tienes razón.

—Si no hoy, mañana vendrá don Pedro a esta casa, y entonces no podremos ocultarle la verdad, y tendría derecho para reprender nuestro silencio.

—Sí, sí; comprendo que en todo lo que dices tienes razón que te sobra; pero yo quisiera retardar ese disgusto. ¿Qué prisa tenemos en darle una mala noticia?

—Cumplir con nuestro deber; él es padre, tiene derechos sobre su hija, y nosotros debíamos haberle participado su infamia el mismo día que la cometió.

—En fin, yo no tengo tanto talento como tú. Haz lo que quieras, que bien dispuesto está, puesto que tú lo has pensado.

—Mañana partiré.

—¿Mañana? ¡Pero si aún no estás bueno del todo!

—Me siento bueno, completamente fuerte.

—¡Vamos, otro disgusto para tu pobre madre!—murmuró Pablo en voz baja.

—Podemos evitarle ese disgusto.

—¿Cómo?

—Diciéndole que voy a Santander a arreglar algunas cosas pertenecientes al flete de mi buque.

—Sí, es mejor; porque si tu madre sabe que te vas tan lejos, va a estar llorando tres años, y no puedes pensar lo que me molesta el eterno run rún de sus gemidos. Pero ahora que recuerdo, ¿no sería mejor que yo te acompañara?

—No, padre mío; necesito ir solo.

—Considera que el camino es largo y que no te hallas completamente restablecido.

—Me siento fuerte como nunca.

—Mira, yo te acompaño, y si quieres me quedaré a un cuarto de legua de la casa esperándote hasta que...

—Padre mío, ruego a usted que me deje partir solo.

Angel dijo las anteriores palabras con una entonación tan dolorosa, miró a su padre de un modo tan tierno, que Pablo no pudo resistir, y encogiéndose de hombros, contestó:

—Bien, corriente; pero prométeme que volverás antes de tomar ninguna resolución.

—Sí, después de cumplir con mi deber, volveré a reunirme con ustedes.

Angel partió al día siguiente.



CAPITULO V

El aniversario.



UESTROS lectores recordarán la vida solitaria y retirada que hacía Pedro, el padre de Magdalena, en su casa de campo de las cercanías de Santoña.

Cuando el cielo ostentaba sobre las aguas del golfo su purísimo azul sin nubes; cuando la brisa gemía dulcemente en las esbeltas cimeras de dos álamos de su jardín; cuando el mar dormido susurraba melancólicamente lamiendo las ásperas rocas de la costa, el viejo marino, encerrado en su gabinete, se entregaba al estudio y a la meditación.

El remordimiento había encanecido la cabeza de Pedro antes de tiempo.

Pobre desterrado, buscaba en vano la perdida paz de su espíritu.

La soledad, el retraimiento, eran su refugio en tiempo de calma.

El mar, los peligros, eran su única distracción cuando la poderosa voz de la tempestad retumbaba en el éter y las encrespadas olas del golfo se estrellaban con horrísono estruendo sobre las rocas de la costa.

En aquel hombre podía decirse que había dos naturalezas.

Nadie que le hubiera visto sobre el puente de su brik-barca, con la escota en la mano derecha y la bocina en la izquierda, mandando una maniobra en el momento terrible de una tormenta, habría podido nunca creer que aquel intrépido protector de los náufragos era el mismo anciano que, débil, macilento, decaído, pasaba una y otra hora embutido en su cómodo sillón de vaqueta.

El día, pues, en que volvemos a presentarle a nuestros lectores, Pedro se hallaba en su gabinete de estudio sentado junto a una mesa, con la frente hundida entre las manos.

Pedro tendría a lo más cuarenta y ocho años, pero parecía un anciano de sesenta.

Multitud de libros se hallaban esparcidos por el suelo, como si la volubilidad de su dueño los hubiera arrojado lejos de sí, viendo que no distraían su pensamiento.

Aquel gabinete tenía el desorden del estudio de un sabio. Esferas, mapas, termómetros, libros, bustos, todo estaba en revuelta confusión.

Aquel desorden daba a entender que su dueño se ocupaba poco de la simetría.

Pedro permaneció un largo espacio con la frente entre las manos. Por fin alzó la cabeza.

Sus hundidos ojos se fijaron en el hueco de una ventana desde donde se veía el mar.

—¡Oh!—se dijo con una entonaclón dolorosa—. Nunca he visto el mar más tranquilo que hoy. Parece que Dios me castiga. La mitad de mi fortuna, diez años de mi vida diera porque las olas se encresparan, el cielo se obscureciese y el poderoso ímpetu del huracán arrancara de su base las rocas de la costa. Pero no, siempre lo mismo; hoy es el aniversario de aquel día en que mi mano precipitó en el abismo a sir Guillermo Warton. El cielo sonríe sobre mi cabeza; el mar duerme tranquilo ante mis ojos; el viento apenas agita las altas cimeras de los álamos de mi jardín; la calma, la paz, la tranquilidad por todas partes; las aves cantan; la tempestad sólo se agita en mi alma. Veinte aniversarios, y ni uno solo he tenido la dicha de que la Naturaleza esté acorde con mi corazón. El estruendo de las olas irritadas al estrellarse sobre los costados de mi buque, la aterradora voz del trueno mugiendo sobre los mástiles de mi brik; la esperanza de la muerte; la aturdida ansiedad del náufrago que lucha por una débil y lejana esperanza de salvación, me serían mucho más gratas, en este día, que la paz que me rodea. El peligro, al menos, me haría olvidar por algunos momentos mi crimen, apagando el espantoso grito de mi conciencia que me dice siempre: «¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!» Pero Dios no quiere que en los aniversarios de aquel día fatal el mar agite sus encrespadas olas y el huracán rebrame entre los aparejos de mi buque.

Pedro dejó caer la cabeza entre sus manos y quedóse inmóvil por algunos momentos.

De esta dolorosa actitud en que quedó sumido vino a sacarle su criado.

—Señor...—le dijo desde la puerta.

Pedro, levantando su cabeza, exclamó con malhumorado tono:

—¿Qué quieres? ¿Por qué vienes a molestarme? ¿Te he llamado yo por ventura? ¿No sabéis que cuando estoy en este gabinete os tengo prohibido que vengáis a distraerme bajo ningún pretexto?

—Es verdad, señor; pero es que un joven marino ha preguntado por usted.

—Pues bien, dile que no recibo a nadie; que vuelva mañana.

—Es que ese marino es el hijo político de usted.

—¿Angel Gurrea?

—El mismo.

—¡Oh! ¡Que pase, que pase!—exclamó Pedro—. Para ese joven están siempre abiertas las puertas de mi casa; ya lo sabéis para otra vez.

El criado salió, y Pedro, con la mirada fija en la puerta, esperó a su yerno.

Angel, pálido, con la dolorosa huella de la desgracia impresa en su rostro, se presentó en el gabinete de su suegro.

El joven marino vestía un gabán corto abrochado hasta el cuello, un pantalón blanco y llevaba un sombrero hongo en la mano.

Pedro abrió los brazos como para recibirle y exclamó:

—¡Ah! ¿Eres tú, hijo mío? No puedes pensarte lo que te agradezco esta visita.

Angel no se movió del sitio que ocupaba.

—¿Por qué te detienes?—volvió a decir Pedro—. ¿Por qué no vienes a abrazarme?

—Señor—dijo Angel con una entonación triste—, los portadores de malas nuevas no deben nunca demostrar un regocijo que no sienten.

Pedro se puso en pie, como movido por un resorte; sus ojos despidieron una chispa de luz siniestra; la palidez de su rostro aumentó considerablemente, y dando algunos pasos hacia Angel, exclamó:

—¿Tú portador de malas nuevas?

Pedro se detuvo, como si la respuesta de Angel le causara miedo.

—Sí, muy malas, señor—respondió el joven con una gravedad aterradora.

—¿Ha muerto mi hija?—preguntó Pedro recalcando las palabras.

—¡Oh! ¡Plugiera a Dios que así fuese!

Pedro retrocedió algunos pasos con espanto, y apoyándose en el respaldo de una butaca, volvió a preguntar de nuevo con una entonación indescriptible.

—¿Qué ha hecho, pues, mi hija?

—Ha abandonado el lecho conyugal; ha huído con un seductor; ha roto para siempre los santos e indisolubles lazos que la unían a su esposo.

—¡Ah!...—exclamó Pedro, cubriéndose el rostro con las manos.

Aquel grito era tan doloroso, tan terrible, que Angel se estremeció.

Pedro parecía anonadado ante la revelación de Angel.

Indudablemente, la historia de su pasado vino en aquel momento a recordarle su crimen.

—¡Angel! ¡Hijo mío!—exclamó—. Si aprecias la paz de tu espíritu, si tienes en algo la tranquilidad de tu conciencia, no des entrada en tu alma al empozoñado aliento de los celos. ¡Ay del hombre que se precipita! ¡Ay del hombre que, ciego por la ira, creyendo esgrimir la espada de la venganza, empuña el puñal del asesino! Duda, hijo mío, duda, aunque veas, aunque toques tu desgracia, tu deshonra, tu mancilla. Las apariencias se gozan muchas veces en inflamar las imaginaciones enfermas y calenturientas, entonces la locura se apodera del corazón, y basta un solo minuto para sellar la desgracia de una vida. ¡Ah! ¡Si yo hubiera dudado!...

Angel no comprendía las palabras de Pedro, pero su voz resonaba en el fondo de su alma de un modo doloroso.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los hundidos ojos del anciano, y resbalando por sus tostadas mejillas, fueron a perderse en la espesa y blanca barba que envejecía su austero semblante.

Angel no se atrevía a interrumpir aquel llanto de fuego que brotaba del herido corazón de un padre infortunado.

CAPÍTULO VI

¡Asesino!... ¡Asesino!...

URANTE un intervalo de algunos minutos reinó en la habitación un profundo silencio, sólo interrumpido por los sollozos del anciano y el melancólico canto de las tórtolas que arrullaban en l s frondosos árboles del vecino bosque.

Por fin, Pedro procuró serenarse, y continuó de este modo:

—Escucha, hijo mío, y aprende en mi desgracia; graba en tu memoria mi inforlunio; tal vez pueda servirte de algo. Hace veinte años, yo, como tú, creí que mi esposa era culpable; yo, como tú, ví en las silenciosas horas de la noche levantarse la espantosa imagen de los celos que me gritaba al oído: «¡Tu mujer es una infame, te vende, burla tu amor!» Yo, como tú, sentí en el corazón hambre

de matar al hombre que codiciaba el tesoro de mi honra. Escucha, Angel, escucha, y no lo olvides, porque aquella imprudencia me ha costado muchas lágrimas, muchas noches de insomnio; porque aquel rato de locura que se apoderó de mi cerebro ha matado mi felicidad y la de todos los seres que me rodeaban ¡Oh! Cuando pienso que yo pude ser el hombre más dichoso de la tierra; cuando recuerdo las venturosas horas de placer que gocé en otro tiempo, al lado de la madre de tu esposa, junto a aquella mártir que abandonó la tierra de los hombres para trasladarse a la mansión de los ángeles; cuando veo el dolor, la soledad, la desesperación que me rodea, le pido a Dios la muerte; pero Dios no quiere que termine esta vida de sufrimientos sin que apure hasta las heces el cáliz de la expiación.

Pedro se detuvo. Gruesas gotas de sudor corrían por su frente. Sus ojos enrojecidos, pero sin lágrimas, dirigían en torno suyo, con espanto, miradas siniestras. Sus labios, entreabiertos por el dolor; su rostro, pálido por la emoción; su pecho palpitante y conmovido por el recuerdo de un crimen que nunca se borraba de su memoria, todo en aquel hombre demostraba patentemente la lucha horrible que mantenía su corazón evocando recuerdos del pasado.

Angel demostraba en su severo y triste semblante inequívocas señales de impaciencia.

Miraba a su suegro con una fijeza, con una tenacidad extraña.

Aquella mirada quería decirle: «Habla». Y Pedro, que así lo comprendió, le dijo de esta manera:

—Antes de revelarte el secreto que pensaba llevar

conmigo a la tumba, dime, Angel: ¿Qué piensas de tu esposa? ¿Qué vas a hacer con la culpable? ¿Qué resolución has formado para castigar el crimen?

—Su infamia ha herido de muerte mi corazón. Cuando esta herida se cicatrice, entonces contestaré a esa pregunta.

Angel dijo estas palabras con una frialdad aterradora.

Pedro quedóse pensativo por un momento.

Después, exhalando un profundo suspiro, continuó:

—Si abriga tu pecho el deseo de venganza, yo te ruego, hijo mío, que lo rechaces hasta que no veas clara y patente la desgracia que hoy nos abruma. Los celos son siempre consejeros traidores.

Angel levantó la cabeza, y mirando a su suegro con altivez, exclamó:

—¡Celos...! ¿Qué hombre honrado tiene celos de una adúltera? Yo no tengo celos; yo desprecio a la infame.

—¡Ah! Dios quiera que así sea. Pero tú, Angel, te engañas; tu honra, mancillada, puede conducirte al crimen, y esto es lo que yo quiero evitar a toda costa.

—Señor, mi honra está tan ilesa, tan limpia como antes que Magdalena rompiera con su infamia los sagrados lazos que nos unían. ¡Pues qué! Porque una mujer despreciable entregue su cuerpo al primer hombre que la solicite, ¿ha de perder el hombre su decoro, su honra? ¡Error grave! La adúltera sólo ella se mancilla, sólo ella se infama, sólo ella se degrada.

—Los hombres no piensan así—murmuró Pedro—. La sociedad se goza en arrojar al rostro del marido la infamia que comete la mujer.

—Si la sociedad piensa de ese modo, si es tan injusta, yo la desprecio. Jamás el hombre honrado puede manciliar la deshonra de la mujer adúltera. Yo seguiré por el camino de la vida con la frente levantada, honrado como siempre, tranquilo como nunca; y si alguno se atreve a arrojarme al rostro la infamia de la miserable que fué mi esposa, sabré arrancarle la lengua para que no repita el insulto. Magdalena faltó a sus debères, huyó de mi lado... Pues bien, su crimen no es mío, su infamia no es mía, su vergüenza no es mía. Mi honor los rechaza, los repele, los desprecia.

Había tal dignidad en las palabras de Angel, tal firmeza en su mirada, la frente de aquel honrado joven estaba tan erguida, tan altiva, que Pedro no encontró palabra conque contrarrestar a las que acababa de oir.

Angel tenía razón. La mujer adúltera no puede nunca compartir con su esposo la infamia que comete.

La sociedad, creyendo otra cosa, está en un error, al que no dan cabida en su imaginación los hombres sensatos.

Después de un momento de pausa, Pedro, poseído de una agitación espantosa, de un terror extraño, contó a Angel sus celos y su desesperación durante la travesía a bordo del bergantín *San Jorge*.

Cada vez que Pedro pronunciaba el nombre sir Guillermo Wárton, un estremecimiento interior agitaba su cuerpo.

Entonces cerraba los ojos, como si temiera ver pasar ante sí el amenazador cadáver de su víctima.

A medida que el conde avanzaba en su relato, sus

ojos se hundían, y sus miradas eran más siniestras, más espantosas.

Angel, dominando la emoción que conmovía su pecho, permanecía siempre en pie, inmóvil, mudo, escuchando la terrible historia de Pedro.

Cuando el conde terminó la narración, casi desfallecido por los esfuerzos que acababa de hacer, reclinó su abrasada cabeza sobre el respaldo de la butaca, y exclamó:

—Recuerda bien, Angel, lo que acabo de relatarte y no lo olvides. Mi mano fué demasiado precipitada para vengar una afrenta que aún no existía, y esa ha sido mi mayor desgracia. ¡No lo olvides, no lo olvides!

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta del gabinete.

Al estruendo que produjeron las hojas de madera chocando con la pared, Pedro y Angel volvieron la cabeza.

Don Casto Araguay, el anciano colono, era el que entraba en la habitación.

Aquel anciano, que frisaba en los ochenta años, más que un hombre era un esqueleto.

La palidez de su rostro, la demacración de su cuerpo eran tan extremas, que se le hubiera tomado por un cadáver que, abandonando el sepulcro, venía a cumplir alguna misión terrible en el mundo de los vivos.

Algunos mechones de lacios y blancos cabellos caían en desorden sobre su frente.

Aquel anciano envolvía su cuerpo en una rota y mugrienta bata de lana; llevaba un pie descalzo, y en el otro una zapatilla de orillo.

Pedro y Angel se estremecieron ante la presencia de

aquel anciano que, como espectro evocado de las tumbas se presentaba ante ellos.

El anciano extendió sus descarnados brazos hacia Pedro con ademán amenazador, y dirigiéndole una mirada doblemente terrible, porque parecía brotar de la hueca órbita de una calavera, exclamó con una voz que tenía algo de sobrenatural:

—¡Asesino...! ¡Asesino...! ¡Asesino...! ¿Dónde está Tula? ¿Dónde está Magdalena? Devuélveme mi hija, devuélveme mi nieta. ¡Maldito, maldito sea el que ha turbado la paz de mis canas! ¡Maldito, maldito, maldito sea!

Pedro escuchó aquella voz aterradora con el semblante lívido y el cabello erizado, temblando como el criminal delante de su conciencia.

El anciano Araguay quiso avanzar algunos pasos; pero no pudo.

Llevóse la mano al corazón, como si hubiera sentido de improviso una dolorosa herida en él, cerró los ojos, y, exhalando un gemido, cayó desplomado sobre el pavimento.

Angel corrió hacia el anciano para evitarle la caída; pero llegó tarde.

Pedro no se movió de su sitio.

Sus espantados ojos giraban en derredor suyo con una agitación extraordinaria. Su semblante se descompuso de una manera horrible.

Mientras tanto, Angel se inclinó sobre el cuerpo del anciano, y puso la mano sobre su pecho, y al notar que no latía su corazón gritó:

—¡Este pobre viejo se ha muerto! ¡Socorro! ¡Socorro!

El grito de Angel hizo estremecer a Pedro.

Irguió la cabeza, como el hombre que se prepara a desafíar un peligro inminente, y soltando una horrible carcajada, exclamó:

—¡La muertel ¡La muerte! ¡Que venga! ¡La deseo, la espero, la codicio! Hoy es el aniversario del gran día. Yo le veo allí, suspendido sobre el abismo. Los elementos están acordes con la tempestad de mi alma, con el huracán de mi cerebro. Allí está, flotando sobre las aguas; sus ojos brillan como las chispas de fuego; sus labios se sonríen como los de un condenado. ¡Ja, ja, ja! ¡Salud, sir Guillermo, salud...!

Y Pedro cayó desplomado sobre el frío cadáver del viejo colono.



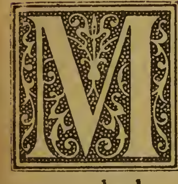
LIBRO OCTAVO

LOS DESHEREDADOS



CAPÍTULO PRIMERO

Donde asoma la cabeza un hombre muy desgraciado, pero muy liberal.

ADRID es un pueblo muy grande, donde la gente pobre procura divertir sus penas sin ofender a Dios ni al prójimo, y donde los ricos gastan alegremente su dinero sin ocuparse de lo que hacen sus vecinos.

En provincias, todo individuo está obligado a tener unos pantalones para los días de fiesta, y otros para los días de trabajo.

En Madrid se vive con más libertad; nadie se ocupa de la ropa.

Hay bufandas que ocultan la ausencia o el mal estado de la camisa.

Esta independencia no tiene precio para los hijos del infortunio, para los pobres del decoro.

Algunos provincianos, algunos de esos señoritos im-

pertinentes que no mueven el cuello por no estropear el simétrico lazo de la corbata, cuando vienen a la villa del oso y el madroño, y ven en las veladas del verano a los honrados hijos del pueblo respirar la brisa de la noche sentados en las aceras con la guitarra y la bandurria sobre las rodillas, distrayendo sus penas entre cantar y cantar, exclaman con tono admirativo:

—¿Es esto Madrid? ¿Es esto la corte de España?

Efectivamente, Madrid no se parece en nada a las capitales de provincia: un prójimo vive doce años en una casa, sin que nadie se tome la molestia de preguntarle cómo se llama, sin que nadie sepa de qué vive.

En provincias, al tercer día que habitáis un cuarto, saben hasta los que viven en lo último de la calle, quién sois, quiénes fueron vuestros padres y de qué enfermedad murieron vuestros abuelos.

Por lo general, todo el mundo se cree con el derecho de introducir su nariz en vuestra casa, y olfatear algo de lo que no le importa.

En Madrid, por el contrario, los vecinos viejos no se ocupan de los vecinos nuevos; pero si alguno sufre una desgracia o una enfermedad, entonces llaman a la puerta de su casa y dicen:

—Aquí estoy yo, porque usted me necesita.

Desde aquel momento comparten con su vecino hasta el modesto caldo de su clásico puchero (téngase entendido que estamos hablando de los vecinos pobres).

Por lo general, los que no conocen la vida íntima de Madrid, le calumnian en provincias; pero Madrid contesta siempre a estos agravios inmerecidos: «Soy la madre de España; los españoles son mis hijos; yo tengo siempre los

brazos abiertos para recibirlos, aunque vengan con los zapatos rotos, la camisa sucia y la barba por rasurar».

He ahí por qué la patria de Calderón tiene tantos hijos adoptivos.

He ahí por qué todos los desheredados de provincias, con un resto de esperanza en el corazón, se apresuran a refugiarse en esta inmensa casa de caridad.

He ahí por qué en la Corte son tan escasos los hijos de Madrid.

Hemos hecho esta ligera digresión, para que aquellos de nuestros lectores que no conozcan prácticamente la Villa héroica del Dos de Mayo, nos sigan sin ningún recelo, pues en todos tiempos ha sido una madre cariñosa para los hijos de España.

Así, pues, querido lector, persuadido de que Madrid no es tan malo como dicen sus detractores, dejemos el campo y las costas del Cantábrico, y entremos en sus calles.

Una tarde del mes de Agosto de 1861, es decir, del mismo año en que el marqués de la Espiga robó el retrato de Magdalena al pintor Carlos Rubira, a esa hora en que el sol termina y el gas comienza, a esa hora en que los hijos del trabajo abandonan las herramientas y olvidan las fatigas del día sentados a la puerta de su casa, bajaba una joven por la calle del Ave María con el velo echado sobre el rostro, lo que impedía adivinar los grados de hermosura de su semblante.

La velada caminaba con paso tan ligero, tan airoso; su cintura era tan esbelta, tan flexible, que bien podía asegurarse, sin temor de ser desmentido, que por lo menos era joven.

Caminaba muy deprisa, con esa marcha engañadora

de la mujer cuando siente detrás de sí los talones de algún pirata callejero cuya conversación le importuna.

Nadie la perseguía; pero no por eso aminoraba su paso, muy parecido al de la perdiz cuando acude al engañador reclamo en tiempo del celo.

Vestía una bata de percal y una manteleta negra de seda bastante raída.

El traje no podía ser más modesto, más pobre. Sin embargo, aquella mujer tenía algo de aristocrático, algo que estaba reñido con la pobreza de su traje.

Si el novelista tiene derecho a deducir por las apariencias lo que son sus personajes, la mujer que nos ocupa tenía todas las trazas de una de esas pobres del decoro, a quienes los rudos golpes del infortunio conducen poco a poco, por un camino imprevisto, desde el cuarto principal a la buhardilla.

Al llegar al número... de la citada calle, se detuvo delante de un portal que tenía todas las apariencias de una de esas casas de vecindad donde la pobreza agrupa a sus elegidos.

Algunas mujeres se hallaban sentadas a la puerta tomando el fresco como se acostumbra en las calles de Madrid, muchas veces con perjuicio de los traseuntes.

Apenas la joven del velo se detuvo, cuando se apartaron para dejarle paso, con ese respeto que inspira a los hijos del pueblo la desgracia, la virtud y la hermosura.

Una mujer de talla varonil, rostro expresivo y mirada provocativa, se levantó del banquillo donde estaba sentada, y tirando una punta del pañuelo de estofa bajo el brazo, con el mismo aire que un andaluz el embozo de la capa, acercóse a la joven del velo y le dijo:

—Buenas tardes, señorita.

—¡Ah! Señora Pepa, buenas tardes—respondió la joven con una voz dulce y sonora como el preludio de un arpa.

—Dispense usted, señorita, si la detengo—volvió a decir la Pepa—; pero en la vecindad todos queremos a usted y a su señora madre, de veras y sin engaño, y como hemos oído decir al señor Aniceto y a la Paca, la mujer del pocero, que la señora madre de usted estaba muy mala, las vecinas me han encargado que se lo pregunte a usted; porque, mire usted, señorita, los pobres debemos ayudarnos los unos a los otros, y al fin y al cabo, hoy por ti, mañana por mí. Conque usted nos dirá lo que hay del caso.

La joven respondió:

—¡Ah! Por desgracia, señora Pepa, mi pobre madre se halla muy mala, no tengo ninguna esperanza de que abandone el lecho; el corazón me dice que muy en breve quedaré huérfana.

Margarita, pues este era el nombre de la joven, levantó el velo de su rostro, y en sus ojos, negros como el dolor, brillaron dos lágrimas.

—Dios no querrá que eso suceda—dijo la Pepa, enternecida por las palabras de Margarita—. Y si esa desgracia llegara a acontecer, sepa usted, señorita, que aquí no habíamos de abandonarla nunca; todo el mundo conoce a Pepa la cigarrera, y sabe que su boca es boca de rey, y que su corazón es más blando que la manteca en verano. Pobre soy, es verdad, pero con mi pobreza y todo, de algo sirvo en este mundo. Conque no hay que apurarse, señorita; desde esta noche puede usted contar conmigo para asistir a su madre, porque yo no quiero que se pase

usted las noches en vela. Usted es demasiado delicada para el trabajo que lleva.

—Doy a usted las gracias por su caridad. ¡Oh! Nunca podré pagar el interés que ustedes se toman por mí. Ahora mismo el señor Aniceto, el que vive en la buhardilla de enfrente, se encuentra asistiendo a mi madre, pues no quiso que se quedara sola mientras yo iba a la calle del Príncipe a la camisería.

—El señor Aniceto es un buen hombre—exclamó una de las mujeres que se hallaban sentadas en la puerta.

—Y un patriota—repuso Pepa—. Mire usted, señorita, el año 54, cuando las barricadas, fué uno de los héroes de la plaza del Progreso; el Gobierno, agradecido, le dió un estanco; pero el señor Aniceto no lo quiso admitir, porque dice que los patriotas deben servir a la Patria desinteresadamente.

Margarita comprendió que aquellas buenas mujeres podían alargar demasiado la conversación, y, asomando a sus labios una sonrisa bondadosa, dijo:

—¡Ah, sí! El señor Aniceto es un hombre de bien, un buen vecino; nosotras nunca le pagaremos los servicios que nos presta. Pero si ustedes me lo permiten voy a subir: traigo unas medicinas para mi madre...

—Vaya usted con Dios, señorita—exclamó la Pepa—, y no olvide que aquí todas estamos dispuestas a servirlas de buena voluntad.

Margarita saludó, y, cruzando el angosto portal, comenzó a subir la estrecha escalera que conducía a la buhardilla.

Cuando hubo subido ciento veinte escalones, se en-

contró en un pasillo donde se veían varias puertas numeradas.

Margarita llamó muy quedo en el número 6.

Un hombre entrado en años, que vestía una chaqueta de paño azul, un pantalón de dril y un sombrero de copa alta raído y abollado, abrió la puerta.

Aquel hombre se llamaba el señor Aniceto, aunque la vecindad le conocía más por el mote de *el alcalde de Totana* (1) que por su nombre de pila.

A su tiempo diremos las razones que tuvieron sus vecinos para ponerle ese apodo.

El señor Aniceto, inquilino de la buhardilla número 4, era un hombre de cincuenta años, pobre de carnes y de estatura; uno de esos tipos tan característicamente marcados entre los hijos del pueblo madrileño, lo que se llama *un gato de Madrid*, de esos que oyen misa en la capilla de la Virgen de la Paloma los días festivos y juegan a la rayuela en las Vistillas.

Aniceto tenía varios oficios. En verano construía banderas y ruedas-molinos de papel, que vendía por las tardes a los chicos junto a la fuente de Cibeles.

En invierno trabajaba de polvorista *para una tienda de comestibles;* pero el señor Aniceto era modesto en sus trabajos; nunca había traspasado los límites de la carretilla y el petardo.

---

(1) Cuenta la tradición que el alcalde de Totana se murió de pena porque le hicieron un chaleco corto a un amigo suyo; sin duda este rasgo de amor al prójimo es lo que le valió al citado alcalde la inmortalidad de que goza su nombre.

El célebre polvorista Minquet era para él un gran hombre, a quien nunca nombraba sin quitarse el sombrero.

Además, el señor Aniceto, a quien sus padres nada habían enseñado, pues no había tenido el gusto de conocerlos, construía en todo tiempo zapatos claveteados para los vecinos pobres; pero este trabajo, por lo regular, lo hacía gratis.

También era el demandadero de la casa, el paño de lágrimas de la vecindad, el comodín del barrio: en una palabra, *el alcalde de Totana* de la calle, que, a fuerza de tomarse con mucho calor los asuntos del prójimo, descuidaba los suyos de una manera lastimosa.

Aniceto, como todos esos seres que llegan a la envidiable categoría de los tipos y que alcanzan la codiciada fama de tener *cosas*, podía impunemente entrar y salir, y hacer y deshacer en las casas de los vecinos sin que nadie se enfadara; pero si alguno le reprendía sus ociosidades, exclamaba con grave entonación:

—¡Cómo ha de ser! Yo siempre cargo con el mochuelo. ¡Paciencia! Soy muy desgraciado, pero muy liberal.

Margarita entró en su casa.

La habitación no podía ser más modesta ni más limpia.

En el fondo de una alcoba veíase una cama oculta tras unas cortinas de percal; en aquella cama padecía una enfermedad de muerte la madre de Margarita.

Cuando el señor Aniceto vió a la joven, acercóle una silla para que descansara de las fatigas de la escalera, y colocando el dedo índice de la mano derecha sobre los labios, dijo en voz baja:

—Duerme.

Margarita encaminóse de puntillas hasta la alcoba, levantó la cortina, abarcó con una mirada dolorosa a la enferma, y después, volviendo a salir a la sala, dejó sobre la mesa un lío que llevaba en la mano, y quitóse la mantilla.

Aniceto había seguido todos los movimientos de la joven.

—¿Le ha dado usted la medicina?—preguntó Margarita.

—A su tiempo y con la exactitud de un reloj.

—¿Qué efecto le ha producido?

—El que usted ve: dormirse.

—El sueño siempre será ventajoso.

—Indudablemente; por lo menos, el que duerme descansa.

—Pero estamos a oscuras—volvió a decir Margarita—. ¿Por qué no ha encendido usted la luz, señor Aniceto?

Aniceto encendió un fósforo, y luego encaminóse hacia la cocina en busca de una lamparilla.

Cuando tornó a salir con la luz en la mano, Margarita le dijo:

—Es usted muy bueno. Nosotras nunca podremos pagarle los beneficios que nos dispensa.

—El hombre de bien no debe entregarse a la ociosidad mientras el prójimo necesita de sus servicios.

—No piensan así todos.

—Haz lo que debas y no lo que veas. Además, sólo el desgraciado puede comprender la desgracia de su veci-

no; y yo, señorita, eso lo saben todos cuantos me conocen, soy muy desgraciado, pero muy liberal. Siempre tuve un oído pésimo para la música, pero en tratándose del himno de Riego o de los gemidos de un menesteroso, me las apuesto con cualquiera de los cantantes del teatro de la Zarzuela.

Margarita, sentada junto a la mesa, se puso a trabajarl sonriéndose de las excentricidades del señor Aniceto.

—Bien sabe Dios—repuso el viejo—que quisiera ser rico, para que usted no fuera pobre.

—Gracias, amigo mío.

—Lo digo de todo corazón. Cuando la veo a usted una y otra noche pegada a esa mesa, trabaja que trabaja, me lamento doblemente de mi pobreza.

—Usted, señor Aniceto, con su bondad ha demostrado a los vecinos que los pobres sirven para algo. La voluntad suple muchas veces al dinero.

—La voluntad, señorita, por muy grande que sea, siempre se queda a la octava parte del camino del dinero.

—Vamos, esta noche exagera usted un poco; pero por más que usted se proponga rebajar sus servicios, yo siempre los tendré en mucho.

—Yo agradezco a usted, señorita, que haya formado de mi humilde persona un concepto tan ventajoso.

—El que usted se merece.

—Gracias. ¡Ah! ¡Si yo no fuera tan desgraciado! Pero me queda el consuelo de que soy muy liberal; eso sí, liberal hasta la pared de enfrente, hasta donde llegue el que más.

—Nadie lo pone en duda.

—Eso me tranquiliza.

Aniceto tendió una mirada por la habitación, como el que procura antes de marcharse dejarlo todo en su lugar.

—Creo que no falta nada en el fogón—continuó—; arrimadita a la lumbre encontrará usted la cena. He traído una panilla de aceite, porque no quedaba ni una gota en la alcuza.

—Entonces le debo a usted...—dijo Margarita, haciendo ademán de levantarse.

—¡Eh! No vale la pena de que usted se levante; quiere decir que me debe usted seis cuartos; ya lo compensaremos en otra ocasión.

—Pero usted es pobre, señor Aniceto, y ya varias veces se ha negado a recibir esas pequeñas cantidades que gasta por nosotras; eso no es justo; eso no es justo; eso no quiero que suceda.

—Bien, bien, no sucederá; pero deje usted que la cuente suba un poco más, que ya presentaré yo el recibo. ¡Qué diantre! Aunque yo sea muy desgraciado, ya sabe usted que, en cambio, soy muy liberal; no quiera usted quitarme esa condición, de la que estoy tan orgulloso, y después, yo soy huérfano, vivo en esta tierra solo como el hongo, todo me sobra. Pero con el permiso de usted voy a llevarle un par de zapatos que le he concluído al señor Blas, el pocero. El pobre anda muy mal, casi descalzo. Conque, adiós, señorita, adiós, y hasta luego, que daré una vuelta por si ocurre algo.

Aniceto salió de la buhardilla de Margarita y entró en la suya, que estaba oscura como boca de lobo.

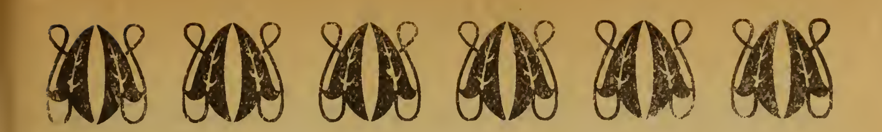
Encendió un fósforo y fué en busca del candil, pero el candil no tenía aceite. Recurrió a la alcuza, y la alcuza estaba vacía como bolsa de cesante.

Entonces se quemó los dedos y encendió otro fósforo.

El señor Aniceto buscó los zapatos del pocero y después, cerrando su buhardilla, comenzó a bajar la escalera, porque su parroquiano vivía en el patio, murmurando en voz baja:

—Vamos, esta noche tendré que acostarme sin luz, si Dios no lo remedia. Verdaderamente soy muy desgraciado, pero muy liberal.





CAPÍTULO II

Margarita.

MARGARITA tenía retratado en la frente la poesía de la flor de su nombre.

Bastaba verla una sola vez para comprender que no había nacido en una buhardilla; bastaba oirla para adivinar que había recibido una educación esmerada.

Tenía los ojos negros como las moras en sazón, y las lustrosas trenzas de sus cabellos, negras como sus ojos.

Era una morena transparente, brillante como las perlas de Bassora.

La belleza de su rostro hablaba al alma; era triste, melancólica como un gemido de dolor.

Su edad frisaba en los diecinueve años; pero Margarita era reflexiva como una mujer de treinta.

La desgracia había regalado a su boca una sonrisa que inspiraba respeto.

Los vecinos la conocían con el dulcísimo nombre de *el ángel de la buhardilla.*

Codiciaban su amistad, buscaban su trato, como busca el sediento los claros raudales de una fuente en los calurosos días de la canícula.

Margarita se había educado en un colegio, con todo el lujo, con toda lo comodidad de la hija de un rico.

El infortunio, ese enemigo traidor y artero de la criatura, la condujo poco a poco hasta una buhardilla, donde la obligó a que se ganara el sustento con el trabajo de sus manos.

Este cambio de fortuna no apagó la bondadosa sonrisa de sus labios de carmín.

Margarita sufrió resignada el cambio de la suerte, sin alterar las dulcísimas condiciones de su carácter.

Cristiana de corazón, tenía fe, y lo esperaba todo de Dios; puesta en El su confianza, comenzaba a olvidarse de los hombres y a pensar en el cielo.

Una tarde, Margarita y su madre doña Genoveva se paseaban por la ronda que desde el Portillo de Valencia conduce a la Puerta de Atocha.

Margarita daba el brazo a su madre. Aquella señora, modestamente vestida de negro, pálida, demacrada, de color enfermizo y mirada triste, aunque apenas contaba cuarenta años de edad, demostraba, por lo débil de su paso y lo fatigoso de su respiración, una naturaleza envejecida antes de tiempo por falta de salud.

Margarita sintió de pronto que su madre arrastraba los pies con dificultad, como si le faltasen las fuerzas.

La joven fijó sus hermosos ojos en aquella mártir que la había llevado en sus entrañas, y le preguntó la causa de aquel desfallecimiento.

—No sé lo que tengo—le respondió su madre—,

pero la vista se me escapa de los ojos; los oídos me zumban; las piernas se niegan a sostenerme. Sentémonos, Margarita, sentémonos; creo que me voy a caer.

Al terminar estas palabras, doña Genoveva perdió el sentido, y Margarita, asustada, dió un grito pidiendo socorro.

A este grito, un joven que se paseaba por aquel sitio con un álbum debajo del brazo, corrió adonde estaba Margarita, y, afortunadamente, llegó a tiempo para evitar que doña Genoveva cayera al suelo.

La hija y el desconocido la condujeron hasta un banco. Margarita agradeció aquel rasgo de caridad con una mirada llena de ternura.

Carlos Rubira, pues este era el nombre del joven del álbum, entabló con Margarita el siguiente diálogo:

—No se asuste usted, señorita; esto debe ser un ligero desmayo. Sin embargo, siéntese usted y sosténgala la cabeza; voy a la casa de enfrente por un poco de vinagre.

Margarita obedeció a Carlos sin despegar los labios, pero agradeciéndole en el fondo de su alma aquella tierna solicitud que demostraba con su madre. Cuando, gracias a los socorros de Carlos, doña Genoveva recobró el conocimiento; cuando la gente que se había reunido comenzó a desaparecer, se entabló el siguiente diálogo:

—Debe usted hallarse muy débil, señora—dijo Carlos.

—¡Oh! ¡Mucho, caballero!...—repuso con vacilante voz la madre.

—Entonces, si usted me lo permite, me tomaré la libertad de traer un coche para que la lleve a su casa.

—No, gracias; iremos a pie.

—¡Oh! ¡Pero si no vas a poder, madre mía! La cuesta de la calle es muy penosa—exclamó Margarita.

—No, no quiero ir en coche.

—Pues bien; ya que usted no quiere aceptar el pequeño ofrecimiento que tengo el honor de hacerle—volvió a decir Carlos—, espero que no se desdeñará al menos de aceptar mi brazo.

Doña Genoveva se apoyó en el brazo de Carlos y se encaminaron los tres hacia la calle del Ave María.

Dasde aquella tarde, Carlos fué un buen amigo de la casa. Carlos las visitaba todos los días. Tenía una excusa: enterarse de la salud de la madre, con lo cual veía a la hija.

La costumbre de verse hizo brotar entre ellos la confianza, y la confianza fué madre de la amistad, y de la amistad nació el amor.

Carlos dijo a doña Genoveva que amaba a Margarita.

Doña Genoveva fijó una mirada de agradecimiento en aquel joven, en aquel amigo leal y dijo:

—Margarita es muy pobre.

—¿Soy yo rico, por ventura? Y además, si ella tuviera una fortuna, yo hubiera guardado mi amor en lo más oculto de mi alma.

—El matrimonio—volvió a decirle la madre—trae consigo obligaciones muy penosas. Piénselo usted bien.

—Señora—le dijo Carlos—, no pienso casarme mañana; pero lo efectuaré tan pronto como mi suerte cambie. Amo a Margarita; no quiero ocultar a usted esta pasión. Si no puedo llamarla mi esposa, la llamaré mi hermana.

Desde aquel día Carlos fué el prometido de Margarita.

El amor de los dos jóvenes era dulce, tranquilo.

Carlos la visitaba todas las noches y mientras ella trabajaba al lado de la cama de su madre, casi siempre enferma, él dibujaba en un álbum.

Aquellas veladas eran el paraíso de Carlos y Margarita.

Los pobres también tienen sus horas de placer.

Carlos se sintió un poco enfermo, y los médicos le aconsejaron los baños de mar.

Entonces fué a Santillana, y allí recibió la carta que saben nuestros lectores.

Ahora, explicados algunos antecedentes, tornaremos a coger el hilo de nuestra narración desde el momento en que, saliendo el señor Aniceto de la buhardilla, se quedó Margarita trabajando cerca del lecho de su madre.

Transcurrió como media hora sin que se oyera el menor ruido en la habitación. Por fin, del fondo de la alcoba salió un gemido doloroso.

Margarita dejó la labor y corrió al lecho de su madre.

—¡Ah! ¿Eres tú, hija mía?—dijo doña Genoveva con débil acento.

—Ya hace mucho rato que he venido.

—Me llega al alma verte trabajar tanto; quisiera poder servirte de algo; pero ya lo ves, soy una mujer inútil.

—¡Inútil usted!... ¡Inútil mi madre!—exclamó Margarita, besando apasionadamente aquella frente pálida.

—¡Ya lo creo! ¿Para qué sirvo? Para darte molestias.

Genoveva comenzó a acariciar las hermosas y sonrosadas mejillas de su hija.

Margarita, como si quisiera dar otro giro a la conversación, metió la mano en el bolsillo, y sacando algunas monedas de éste, fué colocándolas sobre la colcha de la cama.

—¿Qué haces?—preguntó su madre.

—Enseñar a usted el jornal de esta semana. Ya ve usted, seis medios duros; es casi una fortuna.

—¡Cuánto dinero!... ¡Pobre hija mía! ¡Habrás trabajado mucho!

—¡Bah! Es que usted no sabe una buena noticia que tengo que participarle.

—¿Una buena noticia?—repitió la madre sonriendo—. ¿Por ventura nos ha caído la lotería? ¿O te has encontrado un tesoro oculto en algún rincón de la buhardilla?

—Nada de eso, pero poco menos.

—¡Oh! Acaba; me tienes con gran impaciencia.

—Pues bien; ha de saber usted que en la tienda me han aumentado dos reales por pechera.

—¿De veras?

—¡Vaya!... El principal, que está muy contento de mi trabajo, en vez de pagármelas a cinco reales, me las ha pagado a siete.

—¡Oh! ¡Dios se lo pague! Así trabajarás menos.

—El trabajo no me cansa. ¿Qué haría yo sin ocuparme en algo? Aburrirme.

Genoveva besó la mejilla de su hija, que, poco poco, como una niña juguetona, había acabado por sentarse sobre la cama.

La pobre madre miraba a Margarita con ese éxtasis con ese dulce arrobamiento con que se contempla

imagen de un ángel, del que esperamos la paz de nuestro espíritu.

Muchas veces aquella madre amorosa se hacía esta pregunta en el fondo de su corazón:

—¿Qué será de esta niña cuando yo muera?

Una madre, aunque se halle tullida en una cama, presta siempre una sombra protectora a su hija; sombra que nadie reemplaza en el mundo.

Viendo Margarita más tranquila a su madre, se deslizó de la cama, continuando de este modo la conversación:

—El principal me ha dado trabajo de mucha urgencia. Me ha dicho que estas pecheras son para un novio, para un señorito que se casa dentro de quince días. Es preciso no perder tiempo. Voy a acercar la mesa a la cama y a coser. Eso no impedirá que hablemos.

—De Carlos, ¿no es verdad?—dijo la madre, sonriendo.

—Es el único amigo que nos queda—contestó sencillamente Margarita, acercando la labor a la cama.

—Eres injusta—repuso la madre—. Te olvidas del señor Aniceto.

—El señor Aniceto es un vecino muy bueno, muy servicial, a quien aprecio mucho. Si algún día cambiara nuestra suerte, ¿no es verdad, madre mía, que le obligaríamos a que viviera con nosotras?

—¡Ya lo creo!

—¡Ah! ¿Sabe usted que la señora Pepa la cigarrera, cuando regresaba de la tienda, después de preguntarme por su salud, se me ha ofrecido con un tono tan fresco,

tan verdadero, que no me ha dejado duda de que esa buena mujer tiene un corazón de oro?

—Dios ha querido, hija mía, que en medio de nuestra pobreza nos hallemos rodeadas de personas buenas y caritativas.

—Verdaderamente, tenemos unos vecinos muy buenos. ¡Qué lastima que algunas veces armen esos escándalos en el patio.

—Hija mía, esa pobre gente tiene, por lo general, buen corazón; pero le falta casi siempre esa buena forma que da la educación, que principia en la infancia y no acaba nunca. Nuestros vecinos son francos, honrados, dan todo lo que tienen. ¿Qué más pueden hacer? El ciego que no ha visto las hermosas alboradas del mes de las flores, no puede comprender la belleza de los crepúsculos.

Aquí hubo una pausa.

Margarita cosía y su madre la contemplaba con dulzura.

—Hoy hace cuatro días que escribí la carta a Carlos— dijo la joven sin levantar los ojos de la labor.

—Es cierto. Aquella noche que te asustaste tanto. ¡Pobrecilla! Tú pensabas que me iba a morir.

—Por Dios, madre mía, no hablemos ahora de morir. Dejemos en paz a la muerte.

—Bien, como quieras. Hablemos entonces de Carlos. ¿Te gusta esa conversación?

—¡Oh! ¡Ya lo creo!

—¿Sabes que me extraña que no te haya contestado?

—Pues a mi me parece lo más natural del mundo.

—¡Hola! Sepamos las razones.

—Yo no espero respuesta. Le espero a él.

—Veo que tienes mucha confianza en tu prometido.

—Mucha, madre mía. Carlos es para mí más que mi novio, es mi hermano. Dudando de él, creería ofenderle. Ademas, ¿qué daño le he hecho yo para que me engañe? Recuerdo sus juramentos, sus promesas; confiada en la honradez que tantas veces he leído en sus ojos, cogí la pluma y le escribí que viniera, y el corazón me dice que vendrá.

—¡Dios lo quiera!

—Madre, le ruego a usted que no dude de Carlos.

—Apenas hace un año que le conocemos.

—La segunda vez que pisó esta humilde buhardilla me inspiraba la misma confianza que ahora.

—¡Todas lo mismo! Cuando aman a un hombre, le creen perfecto—murmuró doña Genoveva.

—Yo nunca he tenido secretos para usted—repuso Margarita—. ¿Quiere usted que le diga lo que pienso de Carlos?

—Ya te escucho.

—Pienso que es un joven incapaz del engaño, de la mentira. Si una circunstancia imprevista me pusiera en el caso de trasladarme a la otra parte del universo, no tendría iaconveniente en decirle: «Carlos, acompáñeme usted»; porque tengo la convicción de que él había de ser para mí un hermano cariñoso. Si Carlos me engañara, sería la mujer más desgraciada del mundo, porque creo ver en él al hombre noble y generoso que me envía la Providencia para que sea mi escudo, mi protector en la tierra.

—Dios premie tu confianza, hija mía.

—No lo dude usted. Carlos vendrá, me lo dice el corazón.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Margarita se estremeció, y levantándose precipitadamente, dijo:

—¡Es Carlos! ¡Oh! ¿Ve usted, madre mía, cómo mi corazón no me engañaba?

Genoveva se incorporó, fijando su triste mirada en la puerta.

Margarita corrió a abrir.

Era Carlos, cubierto de polvo, con el traje de camino; Carlos, que hacía un cuarto de hora acababa de bajar de un ómnibus en la Puerta del Sol.





CAPÍTULO III

Una conversación a oscuras

CARLOS estrechó la mano de Margarita y se encaminó a la alcoba donde estaba la enferma.

—¡Ah!—exclamó Genoveva—. Llega usted a tiempo, Carlos; llega usted a tiempo para darme el último adiós. Pero le ruego a usted perdone a la loquilla Margarita, que, llena de miedo, le escribió una ca ta para sobresaltarle, rob ndole, sin duda, los mejores días de la temporada de baños.

—Nada de eso, señora—contestó Carlos—. Ya comenzaba a aburrirme en el pueblo, y ya estaba pensando en mi regreso, cuando recibí la carta de Margarita. Confieso que me sobresaltó su contenido, y al encontrarla a usted tan animada, me felicito de corazón, pues veo que, por ahora, no hay que temer ninguna desgracia.

—¡Oh! Es que la noche que escribí a usted estaba muy mala, y ahora está casi buena.

—Tanto mejor. No me arrepiento por eso de haber venido.

Genoveva sonrió de una manera dolorosa, como poniendo en duda la opinión de su hija.

—Pero siéntese usted, Carlos; estará usted cansado.

Carlos se sentó junto al velador de Margarita.

La joven volvió a ocupar su sitio, y cogió la labor.

—Vamos a ver—dijo Margarita—. Ahora que nos hallamos solos, reunidos, como si dijéramos en familia, para entretener la velada, pido que el viajero nos cuente todo lo que ha visto en su expedición.

—Confieso que comenzaba a aburrirme de un modo solemne, y que me hubiera sido de todo punto imposible permanecer ocho días más en el pueblo, si una casualidad no hubiera venido en mi ayuda.

Carlos contó sencillamente sus relaciones con la familia de Angel, el robo del retrato de Magdalena y el plan de pintar un cuadro de costumbres.

Las dos mujeres escucharon la narración de Carlos con interés, y cuando terminó les dijo:

—Ahora que quedan ustedes enteradas de lo que ha sido de mí durante el mes y medio de mi ausencia, hablemos de la enferma. ¿Cómo se ha portado mi amigo Luis? ¿Ha venido todos los días?

—Todos, sin dejar uno—contestó Margarita—. ¡Oh! Estamos muy contentas; es un buen médico.

—Y sobre todo, un buen amigo—repuso la madre—. Si le hubiéramos tenido que pagar todas las visitas...

—¡Ya lo creo! Ha habido día que ha hecho tres. Ahora viene todas las tardes.

Las horas fueron pasando insensiblemente para Carlos.

Le era tan agradable la sociedad de aquella enferma y de su encantadora hija, que cuando entraba por las puertas de aquella buhardilla lo olvidada todo.

A eso de las once de la noche volvió el señor Aniceto como había ofrecido.

Carlos dió un abrazo al honrado polvorista, de quien se había hecho gran amigo.

Aniceto preguntó si hacía falta algo o si se había de traer algún medicamento de la botica, y convencido de que por aquella noche no tenía nada que hacer, dijo:

—Pues, señor, ya que no hago falta, voy a retirarme, con el permiso de ustedes, y le diré a Pepa la cigarrera que puede subir.

—¿Para qué?—preguntó Margarita.

—¡Toma! ¡Pues qué! ¿No sabe la señorita lo que han arreglado los vecinos del patio?

—No—respondió sencillamente la joven.

—Pues han convenido—volvió a decir el señor Aniceto—, en que mientras dure la enfermedad de doña Genoveva se quedarán a asistirla una cada noche, porque no quieren que usted esté sola y sin dormir.

La enferma dejó asomar a sus ojos dos lágrimas de agradecimiento.

—Pero, ¿por qué se han de tomar esa molestia?—dijo Margarita enternecida.

—Lo que se hace de buena voluntad no es molestia; y

si las canas que tengo y la experiencia que me prestan los años me autorizan para darles a ustedes un consejo, les diré que no rehusen el ofrecimiento, pues lo tomarían como un desaire.

—Dice bien Aniceto; deben ustedes aceptar—repuso Carlos

—No se hable más. Que vengan cuando gusten y que Dios se lo pague. Así podrá dormir un poco más mi pobre Margarita.

—Entonces, iré a decirle a la Pepa que puede subir cuando quiera. Me está esperando en el último tramo de la escalera.

—Yo también me quedo—dijo Carlos.

—No, no. Usted está cansado. Mañana, mañana—repuso la enferma.

Carlos y Aniceto salieron de la buhardilla.

Pepa les salió al encuentro.

—¿Qué hay?—dijo.

—Que puede usted entrar cuando quiera; que admiten—dijo Aniceto.

—Y agradecen de todo corazón su ofrecimiento, digno de un alma generosa y caritativa—repuso el pintor.

Pepa miró a Carlos con cierta satisfacción y como la persona que está satisfecha de sí misma, saludó con una sonrisa, pasó con aire de reina por entre los dos, y entró en la buhardilla de la enferma.

Aniceto y Carlos se quedaron en el pasillo.

—¿Quiere usted que le abra la puerta de la calle?—preguntó el polvorista.

—No. Quisiera antes echar un párrafo con usted.

—Pues entonces, entremos en mi palomar.

—Vamos allá.

Cuando entraron en la buhardillla de Aniceto, Carlos llevaba en la mano un fósforo encendido, y dijo:

—¿Dónde tiene usted la luz?

—No tengo—contestó.

—Sí, ya lo veo; pero podemos encenderla.

—Ahí está la dificultad; que no podemos, porque no tengo aceite; pero yo creo que para hablar no necesitamos luz.

—Tiene usted razón—contestó Carlos, a quien la oscuridad de aquella pieza revelaba a todas luces la pobreza de su inquilino.

Cuando los dos se hallaron sentados, Carlos en una silla y Aniceto en un catre, pues eran los únicos muebles que decoraban la habitación, entablaron el siguiente diálogo:

—Supongo, señor Aniceto, que un hombre tan previsor, tan servicial y tan precavido como usted, habrá preguntado a don Luis, el médico, por el verdadero estado de doña Genoveva.

—Supone usted bien; diariamente me he enterado de la salud de la enferma, porque tanto ella como su hija son para mí personas muy queridas.

—¿Y qué dice el médico?

—El médico dice que no hay remedio, que la enferma se muere. Es una tisis en tercer grado.

—¡Ah!

—La enferma, mientras dure el verano, seguirá como hasta aquí; pero cuando las primeras heladas caigan sobre las buhardillas, la vida de doña Genoveva se apagará como un candil sin aceite, como un pá-

jaro a quien sorprenden fuera del nido las heladas de Nochebuena.

—¡Pobre señora! ¡Tan joven!—murmuró Carlos.

—Efectivamente, es una lástima. La pobre Margarita va a sentir mucho la muerte de su madre. Y lo peor de todo es que después se queda huérfana y sola en el mundo.

—Eso no; cuando llegue ese caso tendrá un marido; me casaré con ella.

—Quisiera tener luz para darle a usted un abrazo, así como quisiera ser rico para adoptar a esa joven por hija.

—Ya sé que durante mi ausencia ha sido usted un buen amigo.

—¡Bah! Lo que yo he hecho no vale la pena. ¿Qué diablo puede hacer por otro un hombre que es el más desgraciado del mundo, que es el más pobre de la creación, aunque sea el más liberal del universo? Nada entre dos platos.

—Cuando hay nobleza en el alma, siempre se encuentra un medio para servir de consuelo a la desgracia. Pero hablemos de otra cosa. Yo vivo muy lejos de esta casa, y en el estado en que se encuentra doña Genoveva puede ocurrir un trastorno de un momento a otro. Necesito, pues, acercarme.

—A propósito; tenemos en la casa un cuarto desalquilado.

—¿Tiene buenas luces? ¿Se podrá pintar?

—Le baña el sol todo el día.

—¿Es muy caro?

—Cien reales al mes.

—¿Tiene muchas piezas?

—Una sala, una alcoba, un comedor, un cuarto obscuro y una cocina.

—Me conviene. ¿Quiere usted encargarse de hablar con el casero y de tomarle a mi nombre?

—Tendré en ello un placer.

—Pues bien; mañana muy temprano véngase usted a mi casa y le daré el dinero.

—No faltaré. Sólo por la alegría que tendrá la señorita, voy a madrugar mañana más que un barrendero, porque, además, tendría un verdadero sentimiento si otro me ganara por la mano.

—Necesito también que una persona de la casa se eucargue de mi comida.

—Eso corre de mi cuenta; yo seré el cocinero.

—Acepto, con una condición.

—¿Cuál?

—Que usted coma y viva conmigo.

—Eso es casi tomarme por criado, y entonces no hago ningún favor.

—¿Es usted orgulloso?

—Nada de eso; pero no me gusta abusar de la gente.

—¡Eh! Deje usted escrúpulos de monja; usted será siempre mi amigo.

Carlos, no oyendo la voz del señor Aniceto, lo cual demostraba que tenía alguna duda en aceptar el trato, volvió a decir:

—¿Acepta usted?

—¡Qué diablo! Acepto. Ya nos entenderemos después.

—Pues bien; si mañana queda el cuarto por mío, en ese caso usted desalquilará esta buhardilla. Ha llegado el

tiempo de las economías; es preciso reducir los gastos. Viviendo juntos, sobra esta habitación.

—Tengo que hacer una advertencia.

—Puede usted hacerla.

—Como no me gusta estar demasiado sujeto, como la libertad ha sido siempre mi diosa favorita, debo advertirle a usted que, después de cumplir con mi deber, seré libre para ocuparme de aquello que me agrade. Puede necesitarme un vecino, y...

—Usted hará lo que quiera.

—Entonces, no se hable más del asunto.

—Ahora le ruego que no diga a Margarita nada de lo que hemos hablado hasta que nos hallemos instalados en la nueva habitación.

—Prometo a usted que para hablar de esa materia mi boca será muda como un sepulcro.

—Pues quedamos completamente de acuerdo.

Carlos salió de la buhardilla del señor Aniceto, y luego de la casa de la calle del Ave María.

Eran las once y media de la noche.

Al llegar a la esquina de la calle de la Magdalena, Carlos se dijo para sí:

—No hay remedio; es preciso tomar el tiempo conforme viene. Yo tenía pretensiones de ser un pintor de historia, uno de esos artistas sublimes que dejan impreso en un lienzo su poderoso genio para que la posteridad lo admire y su nombre se inmortalice; pero la suerte no quiere que este sueño sea un hecho positivo, al menos por ahora. Precisa trabajar, pero trabajar en cosa segura que deje lo suficiente para

cubrir las necesidades del hombre. Dibujaré viñetas para las obras ilustradas. Esto no es grande, pero es más fácil y más positivo.

—Poco después entraba en el caté Suizo y se dirigía a una mesa, en donde un editor de novelas se entretenía devorando una polla asada.

Carlos le dijo:

—Hace algunos meses me propuso usted si quería ilustrar algunas obras de las que publica. Entonces rehusé; pero hoy las circunstancias han cambiado y acepto. ¿Tiene usted trabajo que darme?

—Con mucho gusto, amigo mio; a los artistas como usted, no puede faltarles trabajo. Mañana le remitiré algunas maderas y algunos asuntos. Luego me dirá el precio de los dibujos. A un lápiz como el de usted, no debe marcarse una tarifa.

—Estamos conformes. Sólo tengo que pedir a usted un favor—dijo Carlos.

—Sepamos qué favor es ese.

—Mañana me mudo. Necesito, pues, quinientos reales adelantados a cuenta de mi trabajo.

El editor sacó una cartera, y de ésta un billete de mil reales, que entregó a Carlos.

Todos los editores no pertenecen a la misma escuela.

Indudablemente el que nos ocupa tiene un sitio destinado en el paraíso de los artistas, desde cuyo paraíso, según he oído decir, se ve el infierno de los editores.

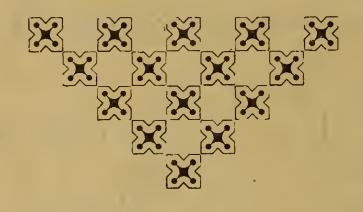
Al día siguiente, Carlos, gracias a la actividad del señor Aniceto, se hallaba instalado en su nueva habitación de la calle del Ave María.

Sobre una mesa veíanse algunos trozos de madera de boj, difuminos, lápices y todos los objetos necesarios para el dibujante en madera.

Carlos, desde aquel día comenzaba a ser obrero de la inteligencia.

El arte sucumbe muchas veces ante la necesidad del momento.

El estómago será siempre un terrible enemigo de los hijos del genio.





CAPÍTULO IV

Un baratero del bello sexo

L señor Aniceto fué exacto a la cita que le había dado Carlos.

Servicial como siempre, activo como nunca, vió al casero, tomó las llaves, compró una escoba y empezó la limpieza del cuarto.

A las diez de la mañana fué a participar a Carlos que la nueva habitación estaba limpia como una espada recién fabricada.

A las dos de la tarde los pocos muebles de Carlos se hallaban simétricamente colocados en la nueva habitación.

Entonces se acordó Aniceto de que estaba en ayunas. Había corrido mucho y trabajado más.

El estómago empezó a reconvenirle por aquel olvido, y el bolsillo se echó a reir de su pobreza.

El señor Aniceto era español y filósofo. Había servido

a la Reina gobernadora durante los siete años de la guerra civil, y estaba acostumbrado a la abstinencia y al ayuno.

Sufrió con paciencia aquel contratiempo *interior,* y se resignó con la tranquilidad de los mártires a esperar mejores tiempos.

Afortunadamente, para los hombres de bien hay una Providencia que suele aparecérseles bajo distintas formas.

La Providencia de Aniceto fué aquella tarde Carlos el pintor, que a eso de las cuatro se presentó en la habitación.

—Es usted un gran hombre—le dijo—. Preveo que vamos a ser dos buenos amigos. Todo está perfectamente colocado en su sitio; casi estoy por creer que usted ha sido pintor alguna vez.

—Creo que no, al menos que yo sepa. Pero si usted dice todo eso por la colocación de los cuadros, los bustos y el caballete, yo en esto sólo he hecho una imitación de lo que he visto en su antigua casa.

—De todas maneras está bien—repuso Carlos—. Ahora convengamos en la marcha que desde esta noche hemos de seguir.

—Usted dirá.

—Supongo que desde hoy viviremos juntos.

—No tengo inconveniente.

—¿Ha bajado usted sus muebles?

—Están todos en el cuarto obscuro.

—¿Falta algo en la cocina?

Aniceto comenzó a ver el cielo abierto, y su estómago le dió un salto de alegría.

—En cuanto a la cocina—dijo—, está limpia y nada más.

—Es decir, que falta todo.

—Todo.

—Entonces, es preciso comprarlo; pero como somos pobres, es preciso también que seamos económicos.

Carlos se sentó junto a una mesa, sobre la cual fué colocando todo el dinero que llevaba en los bolsillos.

—Vamos a cuentas—dijo—. Tenemos por único capital treinta y cuatro duros y catorce reales. Yo debo mil reales a un editor; necesito, pues, trabajar lo menos veinte días para pagarle. De modo que esos treinta y cuatro duros es preciso que duren un mes. ¿Cree usted que durarán?

—Si nos reducimos a sota, caballo y rey y a un almuerzo ligero, creo que sí, porque de esos treinta y cuatro duros necesitamos comprar algunas frioleras para la cocina, que son de todo punto indispensables.

—Bien. ¿Cuánto dinero necesita usted para lo más preciso?

Aniceto echó de memoria sus cuentas, y luego dijo:

—Podremos emplear en esas compras ocho duros.

—Bien. Ocho duros.

Carlos los separó del fondo general.

—Nuestra fortuna se reduce a veintiséis duros y catorce reales. ¿Hay bastante para el mes?

—Confío que nos sobrará...

—Entonces, puede usted coger el dinero, y hasta dentro de treinta días no me pida usted nada.

—Pero, ¿va usted a quedarse sin un cuarto?

—¡Bah! ¿Para qué necesito yo el dinero? Usted tendrá

cuidado de comprarme tabaco cuando vea que se me acaba una lata, y más adelante, cuando quedemos en paz con el editor, cuando mis facultades lo permitan, entonces... entonces será otra cosa. Ahora, puesto que ya no tenemos nada que hablar, voy a hacer una visita a doña Genoveva.

—Supongo que esta noche querrá usted cenar.

—No; prefiero almorzar a las doce y comer a las siete. Disponga usted alguna cosa para luego. Ya comprendo que hoy, por falta de tiempo, no podrá lucirse mi cocinero. Conque hasta las siete.

Carlos subió a la buhardilla.

Aniceto dejó el dinero en un cajón de la mesa; exceptuando los ocho duros presupuestados para las compras, y salió de la nueva habitación.

Al cruzar por el patio, una vecina que estaba arreglando en el hueco de la ventana un velón andaluz, dijo a otra que estaba planchando en el cuarto de enfrente:

—Bonifacia, ¿sabes las novedades de la casa?

—No sé nada, Agapita. ¿Qué ocurre?

—¡Vaya! ¡No vives en el mundo poco atrasada!

—La que tiene hijos, y sobre todo hijos tan destrozones como los míos, no tiene tiempo ni para rascarse al sol. Pero cuenta, cuenta, que bastante has dicho para llenarse el cuerpo de curiosidad.

—Pues lo que ocurre es que el viejo polvorista, el alcalde de Totana, está arreglando el ajuar de boda, porque se casa.

—¡Jesús María! ¿Qué dices, mujer? Esa será una de

las bodas que hace al año el diablo. ¡Casarse el señor Aniceto, más viejo que Matusalén! Ese es un engaño para la novia.

—¡Bah! No es él el que se casa.

—Pues entonces...

—El que se casa es el señorito Carlos, el visitante de la señorita de la buhardilla; aquel jovencito moreno que sube todas las tardes ciento veinte escalones en alas del amor.

—¡Ah! Ese es otro cantar.

—¿No es verdad que harán buena pareja?

—¡Hija, ya lo creo!, porque son a cual más guapos. ¿Y cuándo son las bodas?

—Eso no lo sé a punto fijo; pero yo creo que será pronto.

—¿Y qué pito toca en ese entierro el polvorista?

—Creo que lo han nombrado mayordomo de la casa.

—¡Mayordomo debían haberle nombrado! No tenemos para pan, compraremos abanicos, como dicen en la comedia que vi anoche en el teatro de la Cebada.

—¡Hija, qué quieres! A los señores, aunque sean pobres, les gusta mucho el ringorrango.

En aquel momento, Pepa la cigarrera entraba en el patio con la cesta en el brazo y la caída de la mantilla echada al hombro izquierdo.

Pepa era la reina de la casa.

Todos los vecinos, desde las cuevas al tejado, conocían lo cortante de su lengua y lo ligero de sus manos; pero todos reconocían al tiempo la nobleza de su corazón y la generosidad de su bolsillo.

Pepa lo mismo levantaba la mano para dar un bofetón que para enjugar una lágrima.

La cigarrera era la protectora de Margarita, porque la virtud, la honradez y la hermosura de aquella joven la habían cautivado el corazón.

La presencia de Pepa apagó la chismografía en las gargantas de las vecinas.

La cigarrera pasó por el patio, abarcando con una mirada desdeñosa las ventanas de las vecinas, introdujo la llave en la cerradura de su puerta y entró en su casa.

Bonifacia, apenas la vió desaparecer, se puso a cantar con todas las fuerzas de sus pulmones:

Si tuvieras olivares
como tienes fantasía,
el río de Manzanares
por tu puerta pasaría.

Pepa abrió bruscamente su ventana que daba frente a la de Bonifacia, y echándose de pechos sobre el hueco, con ese descoco tan peculiar de manola, le dijo:

—¿Ha cantado usted por mí esa copla, señora Bonifacia?

—No, señora Pepa. ¿Por qué me lo preguntaba usted?

—Por nada; por saberlo. ¿No le basta a usted mi curiosidad?

—Pues ya lo sabe usted.

—¿Y qué es lo que yo sé, reina?

—Lo que sabe.

—Lo que sé yo es confirmar con la misma limpieza que un arzobispo.

—Pues, mire usted, señora Pepa, es lástima que no le pongan a usted la mitra.

—¡Toma! ¿Cómo he de llevarla yo, si ya la lleva su marido de usted?

—Hay lenguas que debían estar repicadas y en salmuera.

—Diga usted, señora Bonifacia, ¿y en el gremio de esas lenguas, entra ésta?

Y Pepa sacó la lengua descaradamente, haciendo al mismo tiempo un gesto picaresco.

—Puede que sí, señora Pepa.

—Pues en ese caso, voy al momento, para que cumpla usted el deseo.

Pepa salió inmediatamente al patio; pero Bonifacia y Agapita, que temían a la cigarrera más que a un perro rabioso, habían cerrado con presteza sus ventanas.

Pepa estaba aquella tarde de mal humor, y de buena gana hubiera dado la mitad de su cabellera por dejar sin un pelo a la Bonifacia.

Al ver la vergonzosa fuga de su competidora, puestos los brazos en jarras, colocóse en mitad del patio, y cantó la siguiente copla:

Esta tarde ha de llover,
y puede que lluevan palos
en las costillas de algunas
que quieren alzar el gallo.

Después, acercándose a la ventana de Bonifacia, dió en la madera algunos golpecitos con la mano.

—Vecina—le dijo—, cuando quiera usted un vasito de tisana, puede venir a mi casa por él, que eso es muy bueno para los sustos; pero no olvide que si se vuelve a poner

segunda vez en boca a las señoras de la buhardilla, yo tengo una mano que ni la de un santo para arrancar lenguas.

Después, viendo que nadie la contestaba, dueña del campo, retiróse a su cuarto con la satisfacción del vencedor, cantando esta seguidilla:

Es bueno para un susto
caldo de ranas,
y frotarse las piernas
por la mañana.
Si no ha pasado
y quiere que la frote,
mande un recado.

Bonifacia calculó que en boca cerrada no entran moscas, y aunque Pepa le envió tres o cuatro seguidillas incendiarias, parecióle prudente no darse por aludida.



CAPITULO V

Una promesa sagrada

LA buhardilla de Margarita era el paraíso de Carlos.

Siempre que penetraba por aquellas humildes puertas, sentía un placer inmenso en el corazón, y la sonrisa de la felicidad asomaba a sus labios.

La tarde que nos ocupa, Carlos tenía buenas noticias que comunicar a su amada.

Eran vecinos, y su vida tomaba un giro menos glorioso, pero más positivo.

Carlos pensaba en el matrimonio. Margarita era la única mujer que amaba su alma.

Viéndose cerca de aquella joven virtuosa, rodeado de trabajo, se creía feliz.

Después de enterarse de la salud de doña Genoveva, sentóse a la cabecera de la cama, y con ese placer del hombre honrado que tiene una buena noticia que comunicar, habló de este modo:

—¿Saben ustedes lo que ocurre de nuevo en la casa?

—¿Pues qué ocurre?—dijeron a un tiempo la madre y la hija.

—Que tienen un nuevo vecino, el cual me encarga les ofrezca a ustedes su habitación y sus servicios. He aquí su tarjeta.

Carlos presentó una tarjeta suya a la enferma.

—¡Ah!—exclamó doña Genoveva—. Mira, mira qué casualidad. Creo que no estarás descontenta.

Y entregó la tarjeta a su hija.

Margarita leyó el nombre de Carlos y por sus ojos, bellos como la esperanza, cruzó un relámpago de felicidad.

Carlos procuraba acercarse hacia ella. Su corazón no la había engañado confiando en la honradez de su prometido.

—¡Ah! ¡Sea enhorabuena, vecino, sea enhorabuena!—exclamó la joven, sin ocultar el placer que le causaba la noticia.

Carlos contestó sencillamente:

—¡Vivíamos tan lejos!

Esta frase fué para Margarita un poema lleno de ternura, de amor.

La enferma tendió una mano a Carlos y le dijo con una entonación llena de agradecimiento:

—¡Gracias, amigo mío!

—Ustedes son mi única familia—repuso Carlos—. No quiero vivir lejos de mi madre y de mi hermana, puesto que mi madre está enferma y mi hermana puede necesitarme.

Esta frase sencilla, pero hija del corazón, hizo asomar las lágrimas a los ojos de aquellas dos mujeres.

Las lágrimas de Genoveva eran de agradecimiento; las de Margarita, de amor.

—¿Conque es decir que reciben ustedes mi instalación en esta casa con lágrimas en los ojos? Eso es injusto; yo esperaba ver la sonrisa en los labios.

—Sí, con lágrimas de consuelo—dijo la madre—. ¡Es a veces tan dulce llorar!

—Pues bien, aunque así sea, hoy se prohibe llorar—exclamó el pintor.

Carlos, viendo que el llanto no cesaba, continuó:

—Aún no les he contado a ustedes todo. Para establecerme necesitaba por lo menos un criado, y he tenido la suerte de encontrar uno que me sirve a la vez de secretario, de ayuda de cámara, de administrador y qué sé yo cuantas cosas más.

—¡Ese es el señor Aniceto!—exclamó precipitadamente Margarita.

—Justamente. El señor Aniceto me pertenece desde hoy; de modo que cuando ustedes quieran utilizar sus servicios será preciso que antes me pidan permiso.

—Así lo haremos—dijo Genoveva sonriendo—; aunque es preciso confesar que nos ha robado usted un buen amigo.

—También debo participar a ustedes que desde mañana comienzo a ser hombre de provecho. Voy a ilustrar una obra para un editor de fama, o por mejor decir, voy a ganarme un jornal con la decencia de los pobres, con el trabajo de mis manos. Se acabaron los amigos, los cafés, los teatros... El cambio

en mí va a ser completo. Tengo grandes deseos de ahorrar dinero, me ha entrado ya la comezón de ser rico.

Margarita comprendió, con esa penetración clara y rápida de la mujer, la causa de aquel cambio repentino de su amante.

En aquel momento un reloj de la vecindad dió las cinco de la tarde.

Margarita se levantó de la silla, y dijo, dirigiendo la palabra a Carlos:

—La conversación de usted me ha hecho olvidar mi deber.

—Es verdad—dijo la madre—. Son las cinco. Si Aniceto estuviera aquí iría a entregar las pecheras.

—Puesto que Carlos es nuestro vecino, si me hace el favor de permanecer aquí unos momentos, iré yo a devolverlas.

—He subido con la intención de pasar con ustedes algunas horas; no tengo prisa.

—Entonces voy a cumplir con mi deber y vuelvo al instante.

Margarita cogió la labor, se puso la mantilla y, después de dar un beso a su madre, volvió a decir:

—Adiós, madre mía; adiós, Carlos.

El pintor y la enferma se quedaron solos.

—¡Carlos, es usted un joven apreciable!—dijo doña Genoveva—. Reconozco la virtud, la honradez de su corazón. Y ya que estamos solos, ya que la casualidad nos proporciona este momento, yo, como madre y como amiga, voy a hablar a usted con la franqueza,

con la verdad de una pobre enferma que se halla a las puertas de la muerte.

—Hable usted como guste, señora — contestó Carlos afectado oyendo la solemne entonación de la enferma.

Genoveva tomó aliento, como el enfermo debilitado que se dispone a hablar, y luego dijo:

—Hace seis años, mi pobre Margarita se hallaba en uno de los más elegantes colegios de esta corte, y yo era rica y feliz al lado de mi querido esposo. Ambos a dos soñábamos un porvenir feliz para nuestra hija; ambos a dos entreveíamos un mañana de lujo y esplendor para Margarita. Entonces estábamos muy lejos, amigo mío, de imaginarnos la suerte que el destino nos deparaba. Una mañana, mi esposo entró en mi gabinete, pálido, con los ojos enrojecidos y el semblante descompuesto. Al verle, no pude reprimir un grito de espanto, y le dije: «Adolfo, esposo mío, ¿qué tienes, qué te pasa?» Mi esposo se arrojó en mis brazos, dando rienda suelta al llanto que ahogaba su corazón. Los sollozos le impedían revelarme la causa de aquel inmenso dolor que me sobresaltaba. Por fin, mis palabras, mis súplicas, lograron tranquilizar su agitado espíritu, y entonces supe la horrible desgracia que nos acontecía. El cajero, amigo de confianza de mi esposo, era un miserable que, disfrazado con piel de oveja, ocultaba un corazón de hiena, y había desaparecido, robándonos setenta y cinco mil duros.

Genoveva suspendió un momento su relato para

enjugar las abundantes lágrimas que regaban su pálido y demacrado semblante.

Carlos, conmovido ante aquella revelación, no despegaba sus labios.

Hacía un año que miraba en aquella señora una madre, que amaba a Margarita con todo su corazón; pero nunca se le había ocurrido preguntarles por el pasado.

La educación de la joven, la extrema delicadeza de la madre, le demostraba claramente que no siempre aquellas dos mártires del infortunio habían vivido bajo el humilde techo de la buhardilla.

La enferma, después de tomar alieuto con aquella ligera pausa, continuó:

—Mi esposo, hombre de negocios, vivía más que de su fortuna, de su crédito. Sin embargo, entonces contaba un millón de capital, y aquel golpe inesperado nos hundía en la desgracia, pues quinientos mil reales acababan de serle entregados en calidad de depósito pocos días antes. En vano se procuró descubrir el paradero del ladrón. Algunos acreedores, que conocían lo bastante a mi esposo para apreciar su honradez nunca desmentida, no contentos con apoderarse de todo cuanto tenía, acudieron a los Tribunales, acusando a aquella desgracia de quiebra fraudulenta, y Adolfo fué conducido a la cárcel del Saladero.

—¡Oh! ¡Por Dios, señora!—exclamó Carlos, oyendo que la voz de la enferma se debilitaba y que un raudal de lágrimas se desprendían de sus tristes ojos—. ¿A qué recordar esa historia, que tanto aflije a usted?

—Carlos—volvió a decir la enferma—, por doloroso que nos sea evocar recuerdos tristes del pasado, deje usted que termine; es un deber; voy a abandonar el mundo y antes deseo que usted sepa la verdad de nuestra desgracia. La sociedad juzga a veces con harta ligereza a los hijos del infortunio.

—En fin, como usted quiera—repuso Carlos.

—Mi esposo, poco acostumbrado a los duros golpes del infortunio, agobiado bajo el peso de su desgracia, viendo su nombre sin mancha devorado por la calumnia, murió a los tres meses de haber entrado en la cárcel. Algunos enemigos, Dios les perdone, propalaron la noticia que se había envenenado, temiendo la infamadora sentencia que iba a caer sobre el; pero eso es falso, Carlos, se lo juro a usted por la felicidad de mi hija. Adolfo era cristiano, y confiaba en Dios y en su inocencia. Bajó a la tumba sin manchar su frente con la infamia del suicidio.

Genoveva suspendió por segunda vez su relato para exhalar un profundo y doloroso suspiro.

Luego continuó:

—Mi esposo lo había entregado todo a sus acreedores, hasta el piano de mi hija, aquel piano que en los días festivos tocaba Margarita, cuando, abandonando el colegio por algunas horas, venía a pasarlas a nuestro lado, siendo nuestra delicia, nuestro encanto. Poco tiempo después de la muerte de mi esposo, yo me hallaba abandonada; no pude satisfacer las mensualidades del colegio, y desde entonces, Margarita y yo nos refugiamos en esta humilde

buhardilla a llorar en silencio nuestra desgracia. Desde entonces mi pobre hija trabaja noche y día para ganar nuesiro sustento; desde entonces la veo pasar una y otra y otra hora junto a esa mesa, con la dulce sonrisa de los mártires, con la santa resignación de los desgraciados... ¡Ah! ¡Ella ignora que llevo la muerte en el pecho, que muy en breve mis ojos se cerrarán a la luz de la vida!... ¡Dichosa yo, que voy a abandonar este mundo, donde tanto he sufrido!... ¡Dichosa yo, que pronto iré a reunirme con mi esposo!...

Genoveva, conmovida, deshecha en llanto, interrumpió su relato. Carlos lloraba también.

El dolor de aquella mártir y de aquella madre levantaba un eco tristísimo en el fondo de su alma.

La enferma continuó:

—He relatado a usted la triste historia de nuestra desgracia porque no debo ocultarle nada. ¡Carlos, aún es tiempo!... Margarita es la hija de un hombre que murió en la cárcel, calumniado por sus enemigos. No tiene más patrimonio que su virtud. Usted es joven, tiene porvenir, y podrá encontrar una mujer rica y más dichosa que mi hija.

—Señora—exclamó Carlos—, Margarita es la hija de un hombre honrado, a quien el dolor robó las fuerzas para soportar la desgracia. Indudablemente, un criminal, se hubiera reído del contratiempo que le robaba la libertad, y hubiera esperado con indiferencia mejores tiempos. Amo a Margarita. Lo que usted acaba de contarme es para mí la mejor garantía. Pobre soy, pero tengo fe en el porvenir y amor al trabajo. Si usted me concede la

mano de su hija, me creeré muy dichoso llamándola mi esposa.

Genoveva cogió una de las manos de Carlos y la besó, llenándola de lágrimas.

—¡Ah!—dijo—. ¿Es cierto, Carlos? ¿Conque usted no la abandonará nunca?... ¿Conque Margarita podrá al menos tener un amigo, un protector, cuando yo sea llamada ante el supremo tribunal de Dios? ¡Oh! Carlos, hijo mío, la Providencia colocó a usted, sin duda, en nuestro camino como un bálsamo en mi última hora. ¡Júreme usted, júreme usted que no abandonará nunca a Margarita, y moriré tranquila.

—Juro dar mi mano a Margarita antes de tres meses, si usted no ha muerto; pero si la muerte, como no creo, corta antes de ese tiempo el hilo de su vida, entonces, suceda lo que suceda, pobre o rico, la conduciré al altar el mismo día que usted deje de existir.

Genoveva abrazó a Carlos.

Esta tiernísima escena fué interrumpida por el señor Aniceto, que entró en la habitación para anunciarle a Carlos que la comida le esperaba.

—Esperemos un momento a que venga Margarita—dijo Carlos.

Aniceto, después de recorrer con una mirada la habición, y viendo que todo estaba en su sitio, acercóse a la cama de la enferma, y le dijo:

—Hoy he sido un ingrato con usted.

—¿Por qué, amigo mío?

—¡Toma! Porque en todo el día no he subido a enterarme de su salud.

—Pero he tenido yo la culpa—repuso Carlos.

—Ustedes son demasiado buenos para con nosotras para que pueda echarles en cara el defecto de ingratitud.

En aquel momento Margarita y Pepa entraron en la buhardilla.

Carlos y Aniceto, después de cambiar algunas palabras con las recién venidas, bajaron a su habitación.





CAPÍTULO VI

Donde se trata de varias cosas.



L señor Aniceto había hecho unas sopas con huevos y una fritada de jamón con patatas. El pintor comió poco. El polvorista, atendiendo a las poderosas razones que le daba su estómago para que se aprovechara de la ocasión, comió bien.

Al terminar la comida, Carlos le dio un cigarro y encendió él otro.

—Señor Aniceto—le dijo—, desde hoy no debe haber secretos entre nosotros. Sepa usted, pues, qne me caso.

—¡Sea enhorabuena!

—¡Cómo! ¿Me da usted la enhorabuena antes de conocer a la novia?

—¡Bah! ¿Quién no conoce en la casa a la señorita Margarita?

—¿Qué sabe usted si yo me caso con ella?

—Eso es tan cierto como que estamos aquí los dos.

—¿De modo que, siendo así, está usted conforme con la elección?

—¡Ya lo creo! La apruebo con toda el alma.

—Pues bien, amigo mío, esta noticia no está dicha sin objeto. Cuando al hombre pobre se le ocurre la humorada de casarse, debe antes contar con sus modestos ahorros, si los tiene. Usted sabe como yo, señor Aniceto, que los míos son bien insignificantes: de lo que resulta que ha llegado el momento de las economías, porque he ofrecido casarme antes de tres meses.

—Reduciremos los gastos a lo último que se pueda.

—Con esa reducción y casándome por pobre, creo que podré salir airoso de mi compromiso. ¿No opina usted lo mismo?

—Señorito: Dios no olvida nunca a la gente honrada, y después de todo, los hombres y las mujeres han nacido para casarse. ¡Así lo hubiera hecho yo en mis verdes años! Pero qué quiere usted, entonces ninguna mujer me parecía bastante, y ahora a todas les parezco poco.

Carlos se rió del descenso que había experimentado el viejo polvorista, y luego dijo:

—Desde mañana comenzará usted a hacer las diligencias neeesarias para arreglarlo todo. Es preciso enterarse del dinero que le cuesta a un prójimo cargar con la cruz del matrimonio.

—Supongo que el señorito querrá casarse...

—Como pobre, amigo mío, como el último de los pobres.

—De ese modo es más barato.

—Eso quiero, que sea barato. ¡Diablo! Si para casarme necesitara diez mil reales, con los mejores deseos del mundo me vería en la precisión de quedarme soltero.

Al día siguiente Carlos comenzó a dibujar con una fe y un con un afán admirables.

Durante el día visitó dos veces a la enferma; pero durante estas visitas no perdía el tiempo. Hacía los croquis de sus dibujos en un álbum, o bien retocaba las viñetas.

Carlos se creía feliz con aquella vida.

La única nube que empañaba el sol de su felicidad era el mal estado de doña Genoveva.

Así las cosas pasaron dos meses.

Carlos, gracias a las economías del señor Aniceto, había satisfecho la deuda del editor, aumentando el mobiliario de su casa, y hecho algunos ahorros, aunque insignificantes.

Llegó el día 1.º de Octubre.

La enferma sintió notablemente la aproximación de los fríos y el cambio rápido de la temperatura.

El viento Norte azotaba violentamente los emplomados vidrios de la buhardilla.

El cielo estaba triste, nebuloso, amenazando mal tiempo.

Doña Genoveva sufrió durante el día dos golpes de tos que la fatigaron mucho.

Sus facciones demacradas, sus ojos hundidos, su respiración fatigosa, demostraban claramente que la vida estaba próxima a escaparse de aquel cuerpo.

Al anochecer el médico entró en la buhardilla.

Su visita fué más larga, más detenida que de costumbre.

Doña Genoveva, aprovechando un momento en que Margarita estaba distraída, apoderóse de una de las manos del médico, y le dijo en voz baja, pero muy baja:

—Amigo mío, esto es hecho; me muero...

El facultativo contestó de un modo satisfactorio:

—Mientras la vida se conserva en el cuerpo no debemos desconfiar.

La enferma se sonrió de un modo triste.

—Usted sabe, como yo—le dijo—, que todo es inútil. Para mi mal no hay remedio; pero donde la ciencia de los hombres concluye, comienza la infinita bondad de Dios. Quiero, pues, que venga un sacerdote.

—Iba a proponérselo a usted; pero...

—Temía usted asustarme, ¿no es eso? Agradezco ese rasgo de delicadeza; pero no, amigo mío, no me asusto. Lo que va a sucederme esta noche, mañana tal vez, lo estaba esperando hace mucho tiempo. Mi único dolor, mi único sentimiento, era pensar en Margarita, que iba a quedarse sola después de mi muerte. Pero Carlos queda en mi lugar para protegerla. ¡Oh! ¡Dios le bendiga!

El médico, aunque sabía que era inútil el poder de los hombres para salvar a aquella mujer, empleó algunas frases de esperanza.

Después, asegurando que volvería a última hora de la noche, salió de la buhardilla, haciendo una seña a Carlos para que le siguiera.

El pintor comprendió al momento aquella seña; la estaba esperando con sobresalto hacía una semana.

Cuando entraron en la habitación de Carlos, éste dijo al médico:

—Se muere, ¿no es verdad?

—Mañana, a más tardar. Parece increíble que la naturaleza de esa pobre señora resista tanto.

—¿De modo—volvió a decir Carlos—que será preciso prepararla?

—Ella misma me ha pedido un sacerdote; sabe que se muere, y es cristiana.

Carlos exhaló un suspiro.

El médico, después de un momento, volvió a decir:

—¿Tú te casas con su hija?

—Sí; lo tengo todo dispuesto.

—¿Cuándo piensas que se efectúe el enlace?

—El mismo sacerdote que la asista a su última hora bendecirá nuestra unión.

—¿Después de su muerte?

—No; antes.

—¡Cómo! ¿Olvidas que esa señora se halla muy próxima a morir, y que tal vez mañana...?

—Pues bien: mañana mismo Margarita será mi esposa. Quiero que su madre nos vea unidos antes de morir; quiero que abandone esta vida con la seguridad de que su hija cuenta con un protector.

El médico estrechó la mano de Carlos, diciendo:

—¡Carlos, eres un hombre honrado!

Luego se separaron.

Cuando el pintor se quedó solo, dijo al señor Aniceto:

—Ya lo ha oído usted; mañana me caso. Afortunadamente, tenemos los papeles dispuestos.

—Pero faltan los padrinos.

—Es verdad; no había pensado en ello.

—¿Tiene usted algún amigo de confianza?

—Muy pocos; o por mejor decir, ninguno.

—Entonces...

—No quiero buscarlos fuera de casa, los tengo en la vecindad.

—¿Los amigos o los padrinos?

—Los padrinos.

—Usted dirá.

—Como la boda, atendidas las tristes circunstancias que la rodean, sólo será boda en el nombre; como no habrá comida ni broma, sino lágrimas de dolor y lamentos de amargura, he pensado que usted y la señora Pepa la cigarrera sean los padrinos.

—¡Yo!...—dijo con asombro Aniceto.

—Sí, usted; si es que en ello no tiene iuconveniente.

—Yo no tengo inconveniente, señorito; pero, sin modestia, creo que podía encontrarse otro padrino de mejor pelaje que yo.

—Me basta con usted.

—Pues no hablemos más del asunto, que honrado y muy mucho quedo con la elección.

—Como es muy fácil que poco después de mi casamiento doña Genoveva deje de existir, si así sucede, Pepa y Margarita vivirán cuatro o seis días en este

cuarto, y nosotros dos, hasta que pasen los primeros momentos de dolor, bajaremos a habitar el de Pepa. Dispóngalo usted todo del mejor modo posible. Yo voy arriba; no quiero separarme ni un instante de la enferma.

—Entonces, yo bajaré al patio; es preciso convenir con la madrina algunas friolerillas.

—Si Pepa no acepta, en ese caso busque usted otra vecina de la casa; pero no olvide usted que mañana a las seis, quiero casarme.

Carlos subió a la buhardilla de doña Genoveva, y Aniceto bajó al cuarto de Pepa.

El pintor participó a la enferma su resolución. Los ojos de aquella mártir se reanimaron por un momento, como si una alegría indefinible, como si un placer inmenso hubiera inflamado su alma. Con voz desfallecida llamó a su hija junto a su cama.

Cuando vió a los dos jóvenes reunidos, hizo que se dieran las manos, e incorporándose sobre el brazo izquierdo, les bendijo con debilitado, pero tranquilo acento.

Más tarde, cuando la noche se hallaba próxima a la mitad de su carrera, cuando Margarita, con las lágrimas en los ojos, había escuchado los últimos consejos de su madre; cuando todo estaba convenido para el próximo enlace, un sacerdote, un venerable anciano, sentóse a la cabecera de la enferma.

Las blancas cortinas de la alcoba cayeron, ocultando el lecho de dolor, y un profundo y doloroso silencio reinó en la modesta buhardilla, donde el misterioso ángel de la muerte comenzaba a agitar sus impalpables alas.

Carlos, Margarita, Aniceto, Pepa y dos vecinas más,

tristes, abatidos, con los ojos húmedos por las lágrimas y los semblantes pálidos por la emoción, esperaban la luz del nuevo día para encaminarse a la iglesia.

Jamás joven alguna ha visto en derredor suyo la víspera de su boda un cuadro tan triste, unos semblantes tan melancólicos. En la sala, los ahogados suspiros de la amistad; en la alcoba, el fatigoso estertor de la agonía que anuncia la muerte, y la voz compasiva del sacerdote cristiano que habla de la eternidad.

Por fin una faja cenicienta se extendió por el horizonte, débil preludio del nacimiento de la aurora.

Entonces se descorrieron las cortinas de la alcoba y salió el sacerdote.

—La enferma duerme—dijo—. Si ustedes gustan, podemos encaminarnos a la parroquia. Estas señoras tendrán la bondad de cuidar a la enferma; y si despierta, nos harán el obsequio de decirle que hemos ido a cumplir sus últimos deseos.

Nadie despegó los labios. Carlos, Margarita, Pepa y Aniceto siguieron al sacerdote. Las dos vecinas permanecieron inmóviles en el mismo sitio que ocupaban.

Una hora después, Carlos era esposo de Margarita. Habían cumplido su juramento al pie de los altares.

Los jóvenes esposos, el sacerdote y los padrinos regresaron a casa de la enferma.

Doña Genoveva acababa de despertar.

Carlos y Margarita entraron en la alcoba acompañados del sacerdote.

—Vengo a presentar a usted—dijo éste—a los recién casados.

Genoveva exhaló un grito, y extendió los brazos; demostró que deseaba abrazar a sus hijos.

No habló, porque la emoción apagaba la voz en su garganta.

Aquel cuadro doloroso fué fecundo en lágrimas.

En el pálido semblante de la enferma, en sus hundidos ojos, irradiaba la inmensa felicidad de su alma.

A las nueve se presentó el médico.

La enferma le recibió con una sonrisa tan triste, que algunos vecinos se ocultaron porque no viera sus lágrimas.

—Se muere esta noché—dijo el médico a Carlos en voz baja, después de haber reconocido a la enferma—. ¿Por qué no os lleváis a su hija?

—No, no—dijo Carlos—. Dejadla que la vea morir, que llore, que se desahogue. Tiempo le queda para no verla.

A las tres de la tarde la enferma tuvo un momento horrible de fatiga: todos creyeron que iba a expirar. Llamó a su hija y a Carlos por señas y les besó repetidas veces en la frente.

Después se calmó.

A las cinco de la tarde, dijo:

—¿Por qué estáis a obscuras? Encended luz.

En aquel momento un rayo de sol daba sobre los vidrios de la ventana; pero la enferma había perdido la vista, y no podía ver la luz del cielo.

Durante aquel día doloroso, Carlos no dirigió la palabra a Margarita.

La pobre joven, sentada junto a la cabecera de la

cama, lloraba en silencio, arreglando de vez en cuando con tierna y filial solicitud, ora la colcha, ora los enmarañados cabellos de su moribunda madre.

A las siete de la tarde doña Genoveva comenzó a nombrar a su esposo y a coger puñados de ropa de la cama.

El dedo de la muerte imprimió su huella en el semblante de la enferma; su delirio fué más fuerte; pedía luz, llamaba a su esposo sin observar que la señora Pepa había puesto sobre una mesa una imagen de la virgen de la Paloma, y que delante de esa virgeu ardían dos cirios y una lámpara.

A las ocho, la enferma fué atacada de un hipo tenaz, una especie de silbido hondo, profundo, y desde entonces ya no conoció a nadie.

En vano Margarita le dirigía la palabra.

La moribunda, presa de una angustia extraordinaria, no oía, no veía nada.

Por fin exhaló un gemido prolongado, eco anunciador de la muerte; sus ojos se hundieron; en sus dilatadas pupilas se reconcentró la última chispa de fuego de la vida, y sus labios se entreabrieron para pronunciar estas palabras:

—¡Luz!... ¡Luz!... ¡Margarita!... ¡Ah, Dios mío!...

Después expiró.

Margarita, lanzando un grito doloroso, arrojóse sobre el cadáver de su madre.

El sacerdote y las vecinas lograron, por fin, sacarla medio desmayada y conducirla al cuarto de Carlos.

Junto al cadáver, que estaba cubierto con la sábana,

se hallaban Carlos y el señor Aniceto, tristes y compungidos, y el anciano sacerdote, que volvió a penetrar en la alcoba, rezaba en su breviario la oración de los difuntos.

Al amanecer del día siguiente, ni uno solo de los vecinos dejó de acudir a la buhardilla de la muerta.

Aniceto y Pepa la amortajaron con esa solicitud, con esa buena voluntad que nunca puede recompensar el oro.

Los pobres honrados, los hijos del trabajo, conocen la necesidad de auxiliarse mutuamente, y cuando ven una desgracia, se agrupan para remediarla.

En estos momentos sublimes, los pobres son el comentario vivo del Dios-Hombre, que, enclavado en un afrentoso leño, expiró en la cumbre del monte de las Calaveras por salvar a la Humanidad. Y por eso repiten con el Mártir del Gólgota: *Todos hijos de Dios, todos hermanos.*





CAPÍTULO VII

La casa de los muertos

EL día 4 de Octubre amaneció sin sol para los habitantes de la coronada villa.

El cielo, cubierto de una inmensa capa de color plomizo, amenazaba abundantes lluvias. El viento frío y penetrante de la sierra anunciaba a los transeuntes la época de las pulmonías.

El invierno iba a comenzar, triste, melancólico.

Las capas y los tapabocas, abandonando sus roperos, se disponían a emprender la batalla que les presentaba la próxima estación de los hielos.

En este día, pues, triste y desagradable, cuatro hombres, que conducían sobre sus hombros un modesto ataúd sin adorno de ningún género, subían con trabajoso paso la empinada cuesta que desde el Puente de Toledo conduce al cementerio general de aquel distrito.

Detrás de estos hombres caminaba otro, joven, envuelto en una capa, cuyo embozo le subía hasta las cejas.

Llevaba un sombrero de copa alta trabando intimas relaciones con el embozo, sin duda, para librarse de las caricias del viento Norte, que se dejaba sentir con demasiada prodigalidad.

Los árboles habían perdido sus hojas; los campos, su verde y poética alfombra.

Cuando los hombres que conducían el ataúd y el hombre de la capa, que no era otro que Carlos el pintor, acabaron de subir la cuesta, se detuvieron junto a la verja de la casa de los muertos.

Allí, sentado en un poyo de piedra, con una mugrienta pipa en la boca, hallábase un hombrecillo de repugnante catadura, que, fijando sus ojos de la manera más indiferente en el séquito fúnebre, preguntó con voz aguardentosa:

—¿Dónde va ése?

—A la fosa común—respondió Carlos sin apartar de su cara el embozo.

—¡Ah! ¿Es pobre?

—Sí.

—Estos parroquianos abundan en los cementerios generales. No es poca fortuna ser enterrador de nna Sacramental.

—Buen hombre—volvió a decir Carlos—, el tiempo no es el más a propósito para echar un párrafo al aire libre. Tenga usted la bondad de indicarme dónde debe conducirse el cadáver, y avise al señor cura.

El hombre de la pipa se puso en pie con bastante malhumor, y entrando en el cementerio, extendió el brazo en dirección a una ancha puerta practicada en mitad de una tapia, y dijo:

—Entren ustedes por allí. Pasada esa puerta, a la derecha, verán un hoyo grande; espérenme junto al hoyo mientras yo voy a avisar al capellán.

El enterrador encaminóse a la habitación del sacerdote, y Carlos y los cuatro hombres que conducían el ataúd se dirigieron al sitio indicado.

Era éste un ancho patio, rodeado de un muro de seis a siete pies de elevación; en el centro de este local veíase abierta una inmensa sepultura, hambrienta fosa dispuesta a devorar los restos de los pobres desheredados que, abandonando las miserias de la vida, eran conducidos por la caridad a la última morada y arrojados en montón en el seno de las miserias de la muerte.

Los hombres dejaron el ataúd al borde de aquel abismo, y Carlos, mudo, inmóvil, silencioso, fijó una mirada dolorosa en aquella órbita insaciable de la muerte, en cuyo fondo veíanse, medio cubiertos por una ligera capa de tierra, algunos restos humanos.

Tristes, dolorosas reflexiones asaltaron su mente.

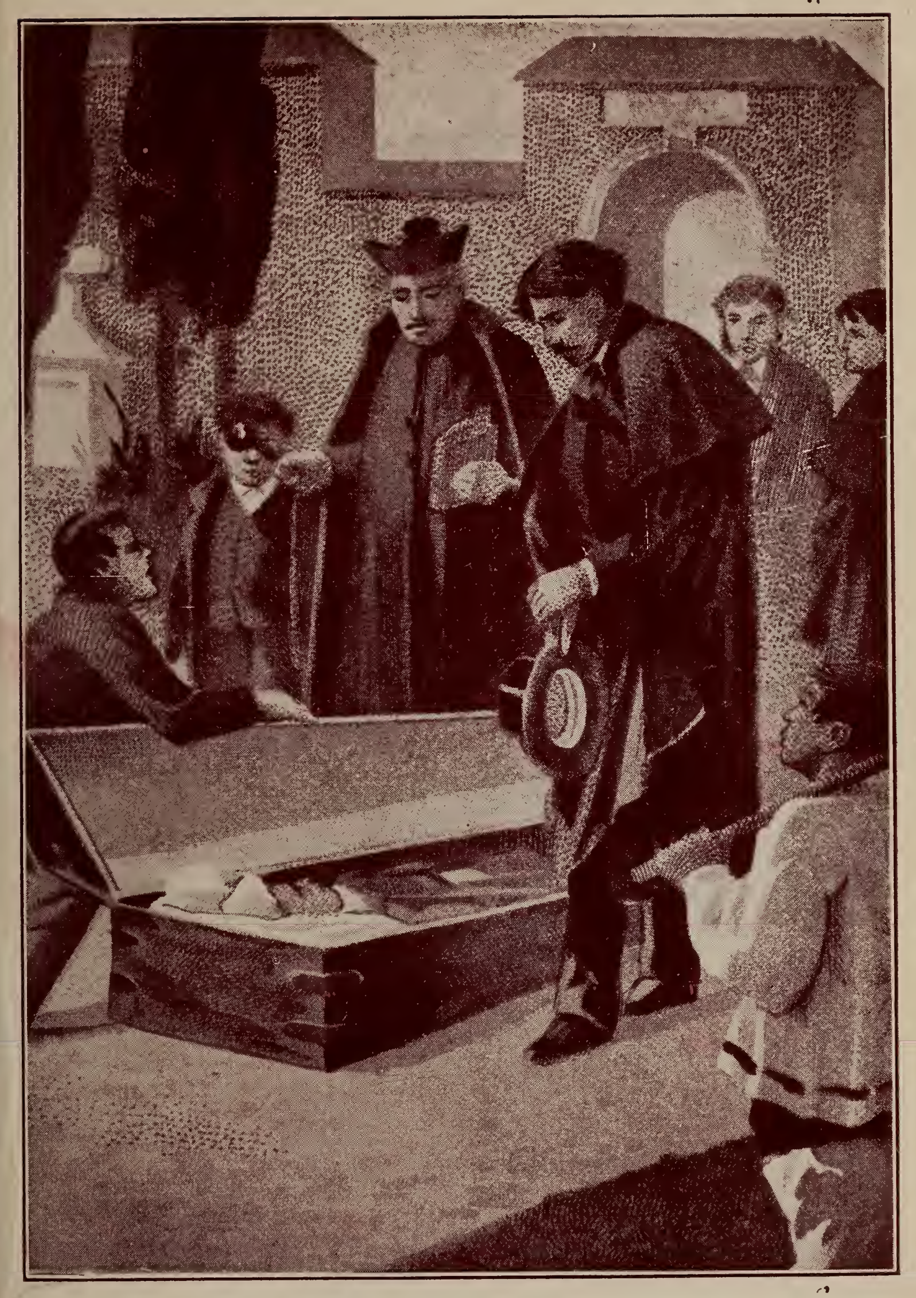
Aquel montón de cadáveres era para Carlos un doloroso gemido de la humanidad, ahogada por el frío de la muerte al borde de la tumba.

En el seno de aquella inmensa sepultura veía su mente soñadora agitarse un sin fin de dramas dolorosos.

De aquellas órbitas huecas, por aquellos rostros descarnados, Carlos creyó ver deslizarse el doloroso surco de las lágrimas derramadas en otro tiempo. Aquellos brazos medio insepultos; aquellas manos agarrotadas por el frío de la muerte, parecía que pedían una limosna a los vivos.

Carlos cerró con espanto los ojos por no ver aquel cuadro aterrador.

658



Sus ojos se llenaron de lágrimas.

La Mujer Adúltera.

Así transcurrió como una media hora.

Por fin apareció el capellán del cementerio, y después de saludar a Carlos, hizo una seña a los conductores del cadáver para que abrieran el ataúd.

Obedecieron, y el demacrado y pálido rostro de doña Genoveva se vió alumbrado por la triste y melancólica claridad de aquel día sin sol.

Carlos y los hombres que le rodeaban se descubrieron.

Aquella anciana, o por mejor decir, el cadáver de aquella anciana, era para Carlos un objeto de veneración; el pobre huérfano había encontrado siempre en doña Genoveva una madre cariñosa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

El sacerdote murmuró en voz baja el rezo de difuntos, y, bendiciendo el cadáver, indicó a los sepultureros que podían terminar su faena.

Carlos contempló con la frente descubierta la dolorosa tarea de los enterradores.

Ya la tierra había cubierto para siempre los restos de la madre de Margarita, y Carlos aún permanecía inmóvil y abismado en sus tristes reflexiones.

—Ya hemos concluído, señorito—le dijo uno de los hombres, cansado, sin duda, de la inmovilidad de Carlos.

El pintor buscó en el fondo de sus bolsillos algunas monedas, y entregándolas a aquellos hombres, les dijo:

—Amigos míos, doy a ustedes toda mi fortuna; sé que es muy poco, pero no tengo más. Si algún día mi suerte cambia y nos hallamos en el camino de la vida, entonces probaré a ustedes que no olvido nunca los favores.

La entonación de Carlos era triste; en su hermoso sem-

blante estaba tan perfectamente retratado el dolor, que nadie se atrevió a despegar los labios.

Carlos Rubira se quedó solo, con los brazos cruzados sobre el pecho y la dolorosa mirada fija en aquella inmensa fosa que tenía ante sus tristes ojos.

Así permaneció como una hora, y Dios sólo sabe el tiempo que allí hubiera permanecido a no haberle tocado una mano en el hombro.

Volvió la cabeza, y vió que era Aniceto.

—¡Ah! ¿Es usted, amigo mío?—le dijo.

—Sí, hace rato que estoy esperando junto a la puerta, y como usted no salía...

—¡Pobre doña Genoveva!—murmuró Carlos.

—¡Pobre señora! Pero ¿qué remedio? Contra la muerte no existe poder humano, y además es preciso no olvidar que este pícaro mundo es una cadena, y que la señorita Margarita no tiene más amparo que el de su marido.

—Es verdad. Salgamos de este triste lugar.

Carlos y Aniceto abandonaron el cementerio.



LIBRO NOVENO

LOS ELEGIDOS



CAPITULO PRIMERO

La tienda de modas.

LA sociedad moderna, tan esclava de la moda, tan amiga de las comodidades, ha inventado, y lo que es más, ha hecho una necesidad los viajes veraniegos.

Los ferrocarriles han desarrollado la afición a viajar de un modo fabuloso. Hoy viaja todo el mundo, hasta las familias más modestas, y con el pretexto de la salud, cambian de domicilio hasta las criaturas más sanas.

La sociedad se ha apoderado de una frase de bastidores, *veranear*, y la pone en práctica.

El Diccionario de la lengua dice: «VERANO, *el tiempo del estío o en que hace calor*».

Los amigos del movimiento, buscando algo más, alzan los ojos unas líneas más arriba, y leen: «VERANEAR, *pasar el verano en alguna parte*», y entonces se dicen: «Pasemos el verano fuera de casa.»

Cuando la perfumada y suave brisa de Mayo comienza a mecer las floridas ramas de los árboles del Botánico y el Retiro, los habitantes de la coronada villa sienten retoñar dentro de su sér un deseo vehementísimo de viajar.

Por todas partes se escuchan, con poca diferencia, los mismos diálogos:

—¿Dónde vas este verano?

—Yo a Biarrizt.

—Pues yo a Italia.

Otro que se mezcla en la conversación, aconseja a los anteriores que le acompañen a Suiza.

Los más modestos no extienden su mirada fuera de la Península, y opinan por Santander o Portugalete.

Indudablemente, si el Congo, el estrecho de Magallanes, la Tierra de Fuego y la zona tórrida, no estuvieran tan lejos; los madrileños irían a pasar los meses de verano en cualquiera de estos puntos.

Hay prójimo que se marcha a pasar el verano a Sevilla, a Valencia, huyendo del insufrible calor de Madrid, olvidando que en las citadas ciudades, cuando el prójimo no se muda la camisa tres veces al día, se encuentra, durante las horas del sol, sumergido en un baño ruso.

Sin embargo, es moda, y la moda, esa señora despótica e intransigente, es la que hizo llevar a nuestros abuelos aquellos fraques, con el cuello abarquillado, que les impedía levantar la cabeza para leer los carteles del teatro o admirar las hermosas facciones de las petimetras del tiempo de Daoiz y Velarde.

No se crea por lo que llevamos dicho que el autor de este libro es enemigo de los viajes. Nada de eso. Envidia de todo corazón al Judío Errante, exceptuando el

anatema que el Mártir del Gólgota lanzó sobre aquel desgraciado hijo de Jerusalén.

Todos los que huimos del calor de Madrid somos injustos. Pero es preciso viajar, es preciso ser mártires de la moda.

Hay quien se oculta dos meses en su casa, y luego pregona a voz en cuello que Madrid es un miserable lugarejo comparado con Londres.

Hay quien modestamente pasa la canícula en Pinto o Getafe, y cuando torna a entrar por las calles de la villa del oso y el madroño, pregonando los encantos de París, pregunta con la mayor buena fe del mundo si en Madrid se comen aún garbanzos.

Pero todo en el mundo es deleznable, perecedero; todo pasa, todo tiene su fin. Detrás del verano viene el otoño, y con el otoño comienzan a soplar esas brisas que nos regala el Guadarrama; Madrid se anima, porque Madrid es una capital de invierno, tiene algo de gabán entretelado; se le busca cuando hace frío.

Durante la última mitad del mes de Octubre, todos los días van apareciendo caras nuevas en los cafés, en los teatros, en los casinos.

Por espacio de quince días, cada cual habla de lo que se ha divertido durante el viaje.

Se posterga un poco la nacionalidad y se enaltece lo extranjero.

El tabaco es más malo, el café detestable, y las calles están pésimamente empedradas.

Pero caen las primeras nieves sobre las desiguales buhardillas de Madrid. La condesa N... abre sus salones.

El marqués H... convoca a sus amigos para un *te de confianza* todos los jueves, y Madrid comienza su vida de invierno, aturdidora, alegre, inimitable; porque España, y, sobre todo la Corte, según la opinión de algunos viajeros, es el país más agradable del mundo.

Tal vez lo que antecede se tendrá por un exagerado patriotismo, pero si Londres es más grande, si por las turbias corrientes de su Támesis navegan miles de buques de todos los países, en cambio Madrid es más cómodo, porque se puede fumar en cualquier parte y a cualquier hora; y a un ciudadano medianamente curioso bastan dos camisas a la semana para ir limpio, mientras que en Londres, para eso, se necesita mudarse tres veces al día, y aun así, al obscurecer, no sería difícil que os tomaran por un fogonero de un vapor.

A esto podéis añadir que en la patria de Cromwell se ve el sol un rato cada medio año, y en Madrid, esa luz de los cielos que llena de alegría el alma, es muy frecuente.

Dejando, pues, comparaciones, que siempre terminan por ser odiosas, diremos que nos hallamos en Madrid; a últimos del mes de Octubre del año siguiente a aquel año en que se casaron Carlos y Margarita.

Los emigrados del verano tornaban a su redil como las ovejas descarriadas.

Como para seguir la marcha de esta novela necesitamos encontrarnos con algunos personajes, el lector nos seguirá a una tienda de la Carrera de San Jerónimo; pero una tienda especial en su género, única en su clase.

El ancho y lujoso escaparate que decora su fachada es una obra de arte, en donde los misteriosos genios del buen gusto y de la moda baten sus impalpables alas, poetizando los objetos.

Los transeuntes se detienen a contemplar aquellas *superfluidades necesarias* de la elegancia.

Hay mujer que rompería la cabeza a su marido por una de aquellas bagatelas.

Hay marido que vendería a su mujer por adquirir alguna de aquellas preciosidades.

Si cada uno de los ojos que han mirado con codicia el escaparate de la tienda que nos ocupa hubiera derramado una lágrima, la Carrera de San Jerónimo sería un mar de lágrimas. Si cada una de las manos que ha indicado uno de aquellos objetos hubiera dejado caer una moneda de cobre, el dueño de esta tienda sería millonario.

Esta tienda es de Angel Plantey.

El día que nos ocupa, el escaparate de la tienda de Plantey era un escaparate casi inmortal.

El invisible espíritu de la tentación, adornado con los más poéticos encantos de la moda, vagaba dentro de los cristales sonriendo a los espectadores.

Estuches de marfil, pipas de ámbar y espuma de mar con adornos de oro; preciosas cajas de madera tallada, en cuyo seno guardan las bellas sus diamantes, sus aderezos; látigos, corbatas, petacas, incitadoras ligas de caprichosas formas y elegantes colores, y otras mil preciosidades que sería prolijo enumerar, estaban allí colocadas con un gusto tan ex-

quisito, con una delicadeza tan notable, con un *gacho* tan tentador, que era imposible mirarlas sin desearlas.

Los transeuntes se detenían ante el escaparate, y admirando lo ajeno, se olvidaban de los negocios propios.

Algunos, a quienes el mal estado de su erario no les permitía comprar *nada* de lo que admiraban, después de exhalar un profundo suspiro en cuya débil exhalación podía leer el hombre profundo un poema de dolor, exclamaban para sí:

—¡Ah! ¡Qué felices son los ricos! ¡Qué buen gusto! ¡Qué elegancia!

Detrás de éstos pasan otros menos desgraciados, y eligen desde fuera lo que compran dentro, y así sucesivamente. El escaparate es el blanco de las codiciosas miradas de los transeuntes.

La casa de Plantey es el centro de buen tono de la elegancia madrileña.

¿Qué hombre de buen gusto no se detiene un momento a fumar un cigarro en casa de Plantey? ¿Qué señora elegante no asoma la cabeza a ver lo que Plantey recibe con tanta frecuencia de París, Londres, Viena y de todas esas lejanas capitales donde la moda impera como reina absoluta?

Además, la tienda que nos ocupa tiene condiciones tan higiénicas, tan agradables, que allí la elegancia, los desocupados, o por mejor decir, los elegidos, van a pasar las horas en *dolce farniente*, como diría un italiano, porque a la tienda de Plantey le sucede lo que

a los templos: está abrigada en invierno y fresca en verano.

La Carrera de San Jerónimo, punto de espera de la elegante sociedad de Madrid, centro de reunión de la gente de buen tono, tiene otro establecimiento no menos especial que el de Plantey: el de Lhardy.

Pero Lhardy es más *profundo* que Plantey.

Es el *restaurador* de los estómagos delicados que desean fortalecerse antes de emprender el paseo de la Castellana.

Su escaparate es una tentación que está diciendo a los ricos: «*Comedme*», y a los pobres: «*Miradme*», o cuando más *oledme,* si tenéis valor para ello, sin romper los cristales.»

Un hombre pensador puede hacer grandes estudios si se detiene junto al escaparate de Lhardy.

Las fisonomías, esos espejos del alma, se conmueven de bien distintas maneras en presencia de aquellos caprichos suculentos que han inventado el espíritu de la golosina, el genio de la gula.

Los elegantes detienen sus lujosos carruajes ante la puerta del célebre fondista francés, y bajando de sus coches, entran en la tienda.

Una vez allí recorren con una mirada la inmensa y abundante colección de golosinas que se hallan hacinadas por todas partes, y mediante algunas monedas satisfacen los caprichos de la vista, del paladar y del estómago.

El día que nos ocupa se hallaban cuatro jóvenes conversando alegremente a la puerta de la casa de Lhardy.

Pero dejemos por un momento a estos señores, a quienes pronto volveremos a encontrar, y entremos en casa de Angel Plantey, con la confianza de que no ha de enfadarse porque le metamos por las puertas algunos miles de suscriptores.





CAPÍTULO II

Un español que no lo parece.

NTREMOS, pues, en la tienda.

En primer término, junto a una preciosa mesa de nogal, se halla un caballero con el pelo entrecano, cuya mirada oblicua y rubicundo rostro dan a su semblante un aire de egoismo y refinada malicia.

Tiene delante multitud de estuches, cuyo contenido examina con calma y detención.

En su traje no se nota nada de particular. Es un señor de cincuenta años, limpio y aseado, que viste como otros muchos de su edad.

A juzgar por lo que revuelve, abre y mira los estuches, parece no hallarse decidido todavía en la elección de lo que busca.

Cuando se desea comprar algo de gusto, nada confun-

de tanto, nada desorienta más que ver delante de los ojos, en gran cantidad, lo que se desea.

Esto precisamente sucedía al caballero en cuestión, y no sabiendo qué elegir, daba vueltas y más vueltas; cerraba un estuche y abría otro, confundiéndose más y más a cada momento.

Plantey, apoyado ligeramente junto al cristal que cierra el escaparate por la parte de la tienda, contemplaba al aturdido parroquiano con esa sonrisa afectuosa del comerciante de buen tono, que tiene la íntima convicción de que no pierde el tiempo inútilmente.

A lo último de la tienda, junto a la elegante chimenea que decora el fondo, hallábase otro caballero joven, ocupado en elegir unos guantes y unas corbatas.

Su edad apenas frisaría en los veintiocho años. Era alto, bien formado y de maneras francas y distinguidas. Su rostro, que hermoseaban unas pobladas patillas negras, parecía haber sufrido bastante la influencia del sol y de los vientos. Sus ojos garzos y rasgados poseían una mirada llena de bondad y de ternura.

Llevaba un gabán de castor negro abrochado hasta el cuello, y una cinta que ostentaba los colores de la bandera española, asomaba por unos de los ojales de la solapa.

A aquel hombre podía tomársele fácilmente por un militar, a no tener en el moreno y agraciado rostro las hermosas patillas, impropias de la citada clase.

—Pues señor, decididamente me confieso derrotado—dijo el caballero de los estuches, dirigiendo una mirada al dueño de la tienda—; y si usted, con su buen gusto, no me aconseja, creo que acabaré por comprar lo peor.

Plantey dijo sencillamente, abriendo un estuche fo-

rrado de terciopelo de color lila que encerraba unos preciosos botones de amatista:

—Compre usted esto.

El caballero se puso a contemplar nuevamente la joya como dudando seguir el consejo que acababa de solicitar.

En aquel momento entró precipitadamente un joven en la tienda.

Apenas tenía pelo de barba. Un finísimo y microscópico bigote sombreaba su labio.

Vestía una americana que, por lo corta, podían dársele honores de chaqueta; un chaleco a la rusa, de una tela de pelo largo y con cuatro alamares cruzados sobre el pecho, y un pantalón a cuadros, ancho y holgado, como los que llevan los militares franceses. El sombrero era, más que sombrero, una monería; las alas apenas tendrían una pulgada de ancho.

En aquel joven todo era extremado; la gruesa, la descomunal cadena que adornaba su pecho, a oxidarse y bajarse al tobillo, le hubiera puesto en un grave compromiso.

Este elegante se llamaba Moisés de Rosental, vizconde de la Rueda.

Era español de nacimiento, pero se había educado en la capital de Francia.

—Querido Angel—dijo el vizconde con admirable desenvoltura—, querido Angel, me encuentro en un grave conflicto, en un apuro gordo; me voy convenciendo de que en España no se puede vivir, no se encuentra nada.

—¡Oh! ¡Qué país! ¡Qué país! ¡Qué gente! Aquí se vive

con un atraso considerable. Si yo fuera Nerón, quemaría a Madrid, sin que por ello me remordiera lo más mínimo la conciencia.

El joven de las patillas levantó la cabeza para mirar al vizconde, cuyo *españolismo* comenzaba a llamarle la atención.

—Pues, sí, querido—continuó Moisés—; figúrese usted que un amigo mío, que acaba de llegar a esta maldita tierra con su joven esposa, ¡una mujer encantadora! Una Elena del siglo XIX! ¡La Venus de la sociedad moderna!... Pues bien, como decía, mi amigo... ¡Hombre, usted le conoce, el marqués de la Espiga, Fernando Albienzo!... Pues bien, mi amigo, que tiene la friolera de doce millones y que además es propietario de una mujer encantadora, quiere tener, y es muy justo, un palco en el teatro Real. Pero, ¡pásmese usted, hombre, pásmese usted! Todos los palcos están abonados. De manera que es imposible adquirir uno. ¡Qué teatros! ¡Vamos, no sé cómo la gente de buen tono se resigna a vivir en este país! Aquí un individuo con doce millones de reales, con una fortuna de seiscientos mil duros, no puede ir al teatro Real. ¡Oh! En París, en Londres, en Viena, en esas ilustres capitales, el que tiene dinero lo tiene todo. Pero aquí... aquí... ¡Esto es un lugarejo despreciable!

El anciano de los estuches oía al vizconde con la boca abierta; el joven de las patillas con maliciosa sonrisa, y el dueño del establecimento con admirable paciencia.

—Pues sí—volvió a decir Moisés—, yo me he comprometido a encontrar un palco; y, además, mi amigo el marqués me ha dicho que puedo ofrecer dos mil duros de

traspaso. Pero ¡qué diablos!, ya voy perdiendo las esperanzas. Me he dirigido a más de veinte individuos que tienen abono en el Real, y todos me han contestado, poco más o menos, lo mismo: es decir, un *no* como una casa.

El vizconde sacó una petaca de cuero de Rusia, y de ella una breva descomunal. Colocó la breva en una boquilla enorme y se puso a fumar.

Para un hombre tan pequeño, tan sumamente *fino*, todo aquel aparato era bastante impropio.

Viendo aquel cigarro y aquella boquilla, se hubiera creído que su dueño era un atleta, cuando sólo era un pigmeo.

El cigarro subía perpendicularmente por cima de la nariz, elevándose algunas pulgadas más que el ala del sombrero.

Moisés encendió su cigarro, lanzó al aire una bocanada de humo y volvió a continuar sus interrumpidos lamentos.

—¿Conque no puede usted indicarme, mi querido Angel, quién me cedería un palco? Porque, ¡qué diablos! Si usted no me saca de este conflicto estoy perdido.

—Haré el encargo.

—¡Oh, sí! Se lo ruego a usted encarecidamente. Sálveme usted, querido, sálveme usted; porque si no logro ese palco, me desacredito, me arruino para siempre. ¡Oh! ¡Si estuviera en París! Pero ¡en España...! ¡En España...! España es una tierra sin recursos.

El vizconde chupó de una manera lastimosa la boquilla.

A juzgar por los desesperados esfuerzos de sus carrillos, el cigarro le estaba haciendo sufrir horriblemente.

Pero era preciso fumar, y fumar por *partida doble.*

El joven de las patillas se vió precisado a volverse de espaldas para no reirse de Moisés en su cara.

—Vamos—volvió a decir el vizconde, que hablaba más que un sangrador—, está visto que en Madrid ni aun se puede fumar. Voy a ver si mi querido Lhardy me proporciona unos cuantos pastelillos para fortalecer mi estómago. He corrido mucho, y aún tengo que correr mucho más. Conque no olvide usted mi encargo, mi querido Angel.

Moisés chupó la boquilla, se detuvo un momento delante del espejo, arreglóse el descomunal lazo de la corbata, con la misma tranquilidad que si se hubiera hallado en su casa; retrocedió dos pasos para ver el buen efecto que se producía a sí mísmo, y entonando un aire de *Los Puritanos,* salió de la tienda a la francesa, es decir, sin despedirse de nadie.

—¿Es español ese joven?—preguntó el hombre de las patillas.

—Sí, pero se ha educado en Francia—respondió el anciano, dando vueltas a los estuches que tenía delante.

—¡Pobre muchacho! Es digno de lástima.

—Yo creo que es uno de los pocos hombres felices que vegetan en el mundo—dijo el caballero volviendo a ocuparse de los estuches que tenía delante.



CAPITULO III

¿Quién es esa mujer?

IENTRAS esto sucedía en la tienda de Plantey, formando un corro delante de la puerta de Lhardy se hallaban cuatro jóvenes que, a juzgar por sus trajes elegantes y sus maneras distinguidas, debían pertenecer a la aristocracia.

Oigamos su conversación.

—Yo no sé nada, absolutamente nada—decía uno de ellos—; pero conozco demasiado al marqués de la Espiga, y apostaría mi yegua alazana a que la mujer que nos ocupa no es su esposa.

—Dicen que es una Venus—repuso otro.

He oído decir que no hay en Madrid una mujer que la aventaje en belleza ni en elegancia.

—He ahí la razón por que yo creo que Fernando no habrá tenido inconveniente en cargar con la cruz del matrimonio.

—Señores, yo conozco la sociedad de París al dedillo, y nunca he visto a esa joven en las elegantes reuniones de aquella aristocracia privilegiada.

—Veo que todos tocáis el violón. Esa mujer debe ser americana, me precio de fisonomista, y apostaría cualquier cosa a que no me engaño. La otra noche la estuve observando con detención; estaba en un palco bajo del teatro del Príncipe, y yo fuí a colocarme en una butaca del balconcillo. Estábamos, por consiguiente, muy cerca. Mi cabeza tocaba la barandilla de su palco. Así es que pude verla *téte a téte,* como dicen los franceses. En la mirada de sus ojos negros observé el fuego abrasador del sol de los trópicos. En los movimientos voluptuosos y adormecedores de su linda cabeza creí observar la indolencia de las americanas. En el rojo carmín de sus labios creí estar viendo la sonrisa incitadora de las criollas, y en la esmaltada blancura de sus dientes me parecía que tenía al lado a una mujer de la Guayana.

Los jóvenes que rodeaban al orador soltaron una carcajada.

—Cuando éste la echa de poeta, siempre acaba por hacernos reir—dijo uno, colocando la mano sobre el hombro del que acababa de hablar.

—Podéis reiros cuanto queráis; pero algún día os convenceréis de que mis estudios fisonómicos son acertados.

—De todos modos—repuso otro—, debemos confesar que es una real hembra, y que Fernando es digno de envidia.

—Pero, entendámonos, ¿ha dicho Fernando que es su esposa?

—A mí no.

—Ni a mí tampoco.

—Pues entonces...

—Aquí tenéis al que nos puede sacar de dudas.

—¿Qué ocurre?—dijo Moisés, formando corro con los demás jóvenes.

—¿Tú eres amigo íntimo del marqués de la Espiga?—le preguntó uno.

—Yo soy amigo de todo el mundo—contestó Moisés.

—Entonces, podrás enterarnos...

—¿De qué?

—¡Toma! ¡De qué! Pues bien fácil: de *ella.*

—Pero ¿quién es *ella?*

—Veo, querido Moisés, que estás representando el papel de tonto. Te hablamos de la hermosa compañera de Fernando Albienzo.

—¡Ah! ¿De Aurora? ¿De la sublime belleza que admira la corte? ¿Del prototipo de la elegancia? ¿De la mujer más *fashionable* del universo? ¡Oh! ¡Ah!

—Sí, hombre, sí; no te admires tanto. Por esa maravilla te preguntamos. Lo que nosotros queremos saber es si Aurora es la esposa o la *entretenida* del marqués.

—¡Poco a poco, señores, poco a poco! La reputación de la mujer es frágil. Yo la comparo a una pared blanqueada, de la que todos los hombres, al pasar junto a ella, se llevan algo con sólo tocarla. ¡Poco a poco! No toquemos a Aurora, porque pudiera muy bien ser la esposa de mi noble amigo el marqués de la Espiga.

A pesar de la gravedad ridícula que Moisés había empleado para defender a la hermosa compañera de Fernan-

do Albienzo, como los jóvenes se quedaron con las mismas dudas, con la misma curiosidad, les pareció prudente continuar sus indagaciones.

—Observo con disgusto, querido Moisés—objetó uno de los presentes—, que, a pesar de tus viajes continuos a la capital del vecino Imperio, adelantas poco en la lógica, pues siempre que te propones decir algo acabas por no decir nada.

—Pero, después de todo, aún no hemos podido saber en qué tierra vió por vez primera la luz del sol esa resplandeciente Aurora.

—¿Es francesa?

—¿Es italiana?

Nada de eso, señores, nada de eso—volvió a decir Moisés—. Fernando ha hecho muy bien en ir a casarse con una mujer de su misma patria: Aurora es americana. Pero, permitidme que tome unos pastelillos. Tengo necesidad de reponer mi estómago. He corrido mucho.

Moisés entró en casa de Lhardy.

Aún no había desaparecido el servicial vizconde cuando una elegante carretela se detuvo junto a la tienda de Plantey.

—¡Hermoso carruaje!—dijo uno de los jóvenes.

—¡Soberbio tronco!—exclamó otro.

—He ahí un par de yeguas cuyo poder es temible. Según la impaciencia que demuestran, la sangre debe hervirles en las venas.

Mientras tanto, un lacayo abrió la portezuela del coche, y una señora joven, elegante y hermosa, bajó del carruaje, y, cruzando la acera, entró en la tienda.

Los jóvenes se agruparon como para contarse mutuamente el efecto que áquella mujer había causado.

—¡No he visto nada más hermoso!

—¿Habéis observado qué pie tan lindo, tan pequeño?

—¿Quién es?—preguntó uno.

—No la conozco.

Moisés asomó la cabeza por la puerta con un pastelillo en la mano y otro en la boca, y dijo con misterio, a riesgo de atragantarse:

—¡Chist! es *ella*... Es Aurora.

Y volvió a entrar en la repostería.

Cuando la señora entró en la tienda de Plantey, el caballero de las patillas se estremeció de un modo visible: y, sin duda, para que no se notara su turbación, inclinó la cabeza sobre el mostrador, donde había una multitud de corbatas, y se puso a elegir.

La joven del coche, cuya hermosura había llamado la atención de los desocupados paseantes de la Carrera de San Jerónimo, después de elegir algunos objetos, pagó sin regatear, volvió a subir al coche y dijo al lacayo:

—¡A la Castellana!

El caballero de las patillas, que se había colocado de espaldas a la puerta para no ser visto, irguió la cabeza como el hombre que, después de un momento de lucha siente necesidad de respirar y de descanso. Estaba más pálido; pero nadie observó este cambio.

Apenas las poderosas yeguas arrancaron, cuando los jóvenes que se hallaban en la puerta de la casa de Lhardy invadieron la tienda de Plantey.

—Querido Ángel, ¿conoce usted a esa mujer?—preguntaron dos o tres a la vez.

—No la he visto nunca—respondió el dueño de la tienda.

—¿Quién será?

—Pero hombre, no nos ha dicho Moisés que es la misteriosa compañera del marqués de la Espiga?

—Sí, sí, pero, ¿quién hace caso de ese fatuo?

—¡Magnífica mujer!

—¡Superlativa!

—Hermosa hasta lo inverosímil, hasta la insolencia.

—¿Habéis visto qué gracia tan seductora tenían aquellos rizos negros como la noche, que salían por debajo de las blancas blondas de la elegante capota?

—¿No habéis observado que en sus ojos hay algo que atrae, que magnetiza?

—Daría mi mejor perro de caza por saber la historia de esa joven; porque yo creo, señores, que es mujer de historia.

—Y yo mi caballo tordo por saber la verdad del misterio que la rodea; porque yo opino que no es esposa de Fernando.

—Yo también.

—Señores, señores, suplico a ustedes que se mude de conversación—dijo el dueño de la tienda—. Ya saben ustedes que aquí está prohibido hablar del bello sexo como no sea para enaltecerle.

En aquel momento, el hombre de las patillas se acercó al grupo de jóvenes elegantes, y, después de saludar con una ligera inclinación de cabeza y sonreirse de un

modo tan triste que hizo poner graves todos los rostros, les dijo de este modo:

—Yo puedo satisfacer la curiosidad de ustedes. Conozco a esa mujer. No se llama Aurora; se llama Magdalena. Y si ustedes me honran admitiendo un té de confianza, entre hombres solos, entonces tendré el gusto de satisfacer la curiosidad que ustedes demuestran, contándoles una historia entretenida.

Hubo un momento de silencio. Todas las miradas estaban fijas en aquel hombre misterioso, que parecía haber brotado de la tierra para satisfacer la curiosidad general.

Mientras tanto el hombre de las patillas sacó una cartera, y distribuyendo a cada uno de los presentes una tarjeta, dijo lacónicamente:

—Tendré la honra de cumplir a ustedes lo ofrecido el jueves próximo a las diez de la noche.

Todos se quedaron con la cartulina en la mano, sin poder explicarse aquel enigma.

De pronto todo el mundo fijó con curiosidad las miradas en la tarjeta, y casi a un mismo tiempo leyeron en alta voz:

Sandoval el marino, hotel de Embajadores.





CAPITULO IV

Una escena íntima

AMOS a penetrar en el poético nido de una mujer elegante. Pero no nos detendremos detallando las preciosas nimiedades que el gusto, el amor, la moda y el oro agrupan en derredor de los elegidos para hacerlos menos monótonas las soledades de la vida.

El ambiente que allí se respiraba tenía todos los perfumes que en las grandes ciudades se adquieren con el dinero, y que en las primaveras la próvida mano del Hacedor derrama sobre los campos para que puedan a su vez aspirarlos los desheredados.

Ricos muebles, costosas alfombras, elegantes espejos, preciosas colgaduras, decoraban el gabinete que Aurora, la joven forastera que preocupaba las imaginaciones de la

aristocrática sociedad de Madrid, había elegido en el palacio de su amante el marqués de la Espiga.

Aurora o Magdalena, como quieran nuestros lectores, en el momento que nos ocupa, se hallaba perezosamente reclinada sobre un confidente de terciopelo azul, y enfrente de ella, ligeramente apoyado en el respaldo de una butaca, veíase a Fernando Albienzo contemplando a su querida con amorosa admiración.

Porque Magdalena aumentaba de día en día su belleza, y la vanidad del joven marqués hallábase satisfecha poseyendo aquel tesoro de hermosura, que era la envidia de todos cuantos la conocían.

Magdalena vestía con una sencillez, con un gusto exquisito.

Su vestido de seda de color lila, su jerezana de terciopelo negro como las lustrosas trenzas de sus cabellos, añadían nuevos realces, nuevos encantos a su hermosura.

La falda del vestido, un poco levantada, dejaba ver el nacimiento de una pierna seductora y un pie diminuto, calzado con unas preciosas chinelas de brocado de oro.

Indudablemente, Magdalena había sufrido una metamorfosis, un cambio completo.

Parecía imposible que aquella joven elegante y seductora fuese la modesta y sencilla muchacha del valle de Santillana.

Dos años habían bastado para que Magdalena adquiriese todos los dones que necesita la belleza para distinguirse en el mundo elegante.

El tierno capullo se había convertido en rosa fragante y lozana, pero de una belleza tan notable que era imposible verla sin codiciarla.

Volvamos a decirlo: Magdalena no era ya la modesta aldeana en cuya alma se albergaba el tentador espíritu de la ambición. Era una joven cuya hermosura resplandecía, cuya elegancia fascinaba, cuya mirada agitaba el corazón, cuyas maneras seducían.

Magdalena tenía el buen gusto encarnado en su sér, y la fortuna de su amante le proporcionó los medios de realizar sus hermosos sueños.

Además, había estado en Londres, Italia y Suiza; había vivido un año en París, bastándola esto para ser una mujer a la moda.

Por eso el gabinete de Magdalena encerraba todas esas preciosidades que con tanto tacto reúnen la poética mano de una mujer elegante.

Por eso Fernando estaba orgulloso de su querida.

Magdalena era para él un resplandor que le llenaba de luz. Su vanidad estaba satisfecha.

Magdalena, como todas las mujeres que alquilan su amor a un hombre rico, era extremadamente derrochadora.

Fernando nunca se había negado a satisfacer los caprichos de su amada, por absurdos, por estrambóticos que fueran.

La primera cana, la primera arruga, esos dos gemidos de la juventud que huye, esas dos carcajadas de la vejez que empieza, aún no había parecido en la hermosa cabeza de su querida.

Fernando, pues, amaba a Magdalena.

La vanidad de hombre prestaba un poco de calor a su corazón. ¡Ay de la mujer adúltera cuando este calor se enfría, cuando la sonrisa del desdén asoma a los labios

y la mirada de la indiferencia a los ojos! Porque entonces el descenso es rápido, veloz, espantoso. Y como el arcángel de cuya frente brotaba la luz de la aurora cuando vivía en el Paraíso, la mujer adúltera cae empujada por su mismo pecado a la mansión de las tinieblas, del desprecio, del horror.

Pero oigamos la conversación del marqués de la Espiga y su amada.

—¿Sabes, querida Magdalena, que tengo esperanzas de realizar tu último deseo?

—¡Ah! ¿Sin duda vas ha hablarme del palco del teaíro Real? Gracias, querido Fernando, gracias.

—No me las des todavía.

—Yo siempre agradezco la buena intención.

—Tengo un amigo, eterno, desocupado, uno de esos seres que nacen para servir a todo el mundo, el cual se encargó de proporcionarme lo que deseas. ¡Oh! Si él no alcanza el palco, creo que será inútil todo cuanto hagamos para conseguirlo.

—Pero la adquisición del palco, según veo, ie va a costar mucho dinero—repuso Magdalena.

—¡Bah! ¿No soy rico? Y además, tú lo quieres...

—Es verdad. En el mundo todo se consigue con el dinero.

Magdalena, al pronunciar esta frase, exhaló un suspiro.

—¿Qué tienes, alma mía?—le preguntó el marqués, sentándose a su lado y cogiendo cariñosamente una de las pequeñas y alabastrinas manos de su querida.

Magdalena hizo un esfuerzo, y pagó aquellas muestras de ternura con una sonrisa.

—¿No eres feliz?—volvió a preguntarle Fernando—. Dímelo: no me ocultes nada. Si España no te gusta, si no vives tranquila, indícame el punto del universo que prefieres, y partiremos mañana, hoy mismo si así lo deseas.

—No, Fernando, no; estamos bien aquí.

—Entonces ahuyenta de una vez para siempre esos suspiros que brotan de tus labios perfumados como el cáliz de las flores; borra esas lágrimas que constantemente asoman a tus ojos; lágrimas que, como nubes en mitad de un cielo azul y resplandeciente, empañan la hermosura del día. Vea yo por fin, en tus labios, la sonrisa de la felicidad, y en tus pupilas el fuego misterioso del amor.

Magdalena hacía esfuerzos violentos para disipar los negros pensamientos que le asaltaban para ahogar el doloroso grito de su conciencia que, desde el fondo de su intranquilo corazón, le gritaba sin cesar: «¡Adúltera...! ¡Adúltera... ¿Qué has hecho de tu honra?»

—Sí, sí; tienes razón—exclamó la joven—. Yo debo olvidarlo todo, levantar la frente, reirme del porvenir y gozar. ¿Qué me importa a mí el pasado? ¿Por qué traer a la memoria los dolorosos recuerdos de ayer, cuando hoy resplandece todo en torno mío? ¡La vida sin amor es un gemido doloroso, prolongado, horrible! Porque el amor es el bálsamo de las penas del alma, y tú, Fernando, me amas. ¿No es cierto que me amas? ¿No es verdad que tus ojos no ven la fea mancha que llevo impresa en la frente? ¿No es verdad que has olvidado mi crimen, que no me desprecias, a pesar de mi infamia? ¡Oh! Dímelo, Fernando, dímelo; porque tú no

puedes pensar la horrible lucha que eternamente mantiene mi corazón. ¡Oh! ¡Dime que me amas! Dímelo por caridad, Fernando mío!

—¿Puedes dudarlo?

—¡Bendito seas, puesto que no desprecias a una mujer tan criminal como yo!

Fernando, después de besar uno de los hermosos rizos de su querida, le dijo:

—Eres una niña medrosa, cuyos escrúpulos no tienen explicación. Muchas veces, querida mía, te he dicho que borres el pasado de tu memoria, y que no te ocupes más que del presente. En la vida, la criatura sólo debe acariciar aquello que le sonríe, que le halague, que le distraiga, y tú haces, precisamente, lo contrario.

—¡Qué quieres! No puedo olvidar ciertas cosas.

—Pues hija, es preciso; de lo contrario, la vida, que podía ser para tí un paraíso, va a convertirse en un infierno.

—Sí, sí, Fernando, si yo lo reconozco; pero...

—Mira, el amor nos ha unido; él nos defenderá en un caso extremo. Vive tranquila.

Magdalena fingió una alegría, un placer, que estaba muy lejos de sentir.

A sus hermosos ojos asomaron dos lágrimas.

Un criado interrumpió la conversación.

—¿Qué quieres?—le dijo el marqués con malhumorado tono.

—Un caballero, que demuestra mucho interés en hablar con usted, me ha entregado esta tarjeta.

Fernando cogió con indiferencia la tarjeta que el criado le presentó en una bandeja.

—¡Ah! ¡Es particular!—dijo después de leerla.

—¿Qué ocurre?—preguntó Magdalena, que desde su fuga con el marqués había sustituído este nombre por el de Aurora.

—Oye, querida, oye—volvió a decir Fernando—. La tarjeta dice así: *Sandoval el marino.* Y más abajo, escrita con lápiz lo siguiente: *Suplica al señor marqués le conceda una entrevista, para entregarle unos cajones de cigarros y un collar que para él le dieron en el Panamá.*

—Quién podrá ser ese Sandoval el marino?—dijo Magdalena con alguna sorpresa.

Y dirigiéndose al criado, continuó:

—Conduce a ese caballero a mi gabinete.

El criado se retiró.

—¿Me dás tu permiso?—dijo Fernando dirigiendo a Magdalena una mirada amorosa.

—Sí; véte, pero no tardes. Tengo impaciencia por saber lo que dice ese marino.

—¿Pero hasta cuándo ha de durar ese sobresalto contínuo que tanto te atormenta?

—¿Lo sé yo por ventura?

—Vamos, no seas niña. ¿A quién puedes temer estando yo a tu lado?

—¡Ay, Fernando! Llevo en el corazón el enemigo más terrible de mi tranquilidad: el grito de mi conciencia, que me recuerda mi falta.

—Eres incorregible, Magdalena. ¿Dudas de mí?

—No, no; vete. Sepamos pronto quién es ese hombre.

Magdalena se quedó sola.

En su hermoso semblante notábase un malestar, una inquietud creciente.

Maquinalmente cogió un libro preciosamente encuadernado sobre un velador de palo de rosa.

Se puso a leer.

Aquellos hermosos ojos, fijos en las páginas del libro tenían una tristeza, una melancolía indefinibles.

De vez en cuando, levantaba la hermosa cabeza para dirigir la mirada hacia el *portier* de su gabinete; pero el *portier* permanecía caído, inmóvil, y Magdalena demostraba su impaciencia. En vano procuraba la hermosa lectora entretener su imaginación, preocupada con los acusadores recuerdos de su pasado.

Cuando se comete una infamia, no basta todo el oro del mundo para borrarla de la memoria.

Cuando por la senda del crimen se llega a la cumbre apetecida de la fortuna, al codiciado templo de la opulencia, los objetos que rodean al criminal son otros tantos gritos que, arrojándole todos al rostro su vergüenza, le recuerdan su repugnante crimen.

Magdalena, a pesar de sus diamantes, de sus ricos trajes, de sus costosas blondas, de sus lujosos coches; a pesar de verse rodeada de criados, dispuestos a la más ligera insinuación; a pesar del oro, siempre al alcance de su mano, dispuesto a satisfacer el más absurdo de sus caprichos, no podía olvidar nunca su alegre y modesta casita del valle de Santillana.

Cuando sus pies, diminutos como los de una niña, calzados como los de una reina, pisaban las mullidas alfombras de su gabinete, siempre creía oir, detrás de sus pasos, la pisada firme y amenazadora de su esposo, que le pedía cuenta de su honra mancillada. Angel era su eterno remordimiento.

Su recuerdo la perseguía por todas partes, como la sombra al cuerpo.

Deseaba brillar, y concurría a todos esos sitios donde la mujer joven y hermosa puede causar la admiración de los demás; y, sin embargo, le asustaba la gente, porque, entre aquella multitud de cabezas que la miraban con envidia, temía encontrarse con los irritados ojos del hombre a quien tan villanamente había faltado.

La soledad era para Magdalena un grito prolongado de dolor. Nada había sabido de su familia. Este silencio era doblemente terrible.

Eustaquia, a quien daban en la casa el tratamiento de *doña* todos los criados, creyéndola aya de la señorita, era para Magdalena un remordimiento, de cuya presencia no se atrevía a librarse, temiendo que aquella mujer revelara a los extraños su historia, y a los parientes su paradero.

—¡Ah!—exclamó Magdalena, arrojando el libro que tenía en la mano—. ¡Cuánto tarda...! ¿Quién será ese Sandoval el marino. .? Todo me sobresalta; todo me asusta. Ahora mismo, sólo la visita de ese hombre a quien no conozco, me causa un miedo horrible. ¡Si fuera Angel!

Y Magdalena se cubrió los ojos con las manos, y dos lágrimas de fuego surcaron sus mejillas.

Así, sola con su conciencia, vió levantarse el remordimiento, arrojándole al rostro su vergüenza.

Allí, rodeada de todas aquellas preciosidades que tanto había deseado y que la recordaban su crimen, derramó abundantes lágrimas de dolor, sin que una mano cariñosa las enjugara





CAPITULO V

Un hombre sereno.

SANDOVAL el marino fué conducido al gabinete del marqués.

Viéndose solo en aquella elegante habitación, pensó en lo que se piensa en semejantes casos; es decir, en matar el tiempo pasando revista a los objetos.

Sandoval no hizo caso ni de la elegancia de los muebles, ni de la confortable llama de la chimenea; pero sus ojos se fijaron en el retrato de una mujer que se hallaba colgado encima de un sofá.

Aquel retrato no era una obra acabada. Era más bien uno de esos bocetos que llaman de primera intención los pintores, y a los cuales el pincel del artista les *aebe* los últimos toques, que no les *paga* nunca, por lo general.

Sandoval, con las manos metidas en los bolsillos del gabán, y los ojos tenazmente fijos en el retrato, esperó por algunos momentos al joven marqués de la Espiga.

De vez en cuando, en los garzos y rasgados ojos del marino, brillaba un relámpago de cólera; pero ins-

tantáneamente aquél relámpago se acababa, y una sonrisa desdeñosa aparecía en sus labios.

Uno de esos hombres profundos, uno de esos filósofos conocedores del corazón humano, indudablemente hubiera observado algo extraño, algo digno de llamar la atención en el semblante del marino.

Pero, afortunadamente, Sandoval se hallaba solo, y nadie pudo sondear los encontrados efectos que la contemplación del retrato le causaba.

Por fin entró Fernando en la habitación, y el ruído que las anillas del *portier* produjeron al descorrerse para abrir paso a un hombre, le sacó de su profunda meditación.

—Caballero—dijo Fernando, inclinando ligeramente la cabeza—, ¿es usted el dueño de esta tarjeta?

—El mismo, señor marqués—contestó Sandoval, reponiéndose, y dando a su voz una entonación tranquila—. Yo soy, en efecto, el marino, y espero que usted me perdone si vengo a molestarle.

—Nada de eso, caballero. Pero tome usted asiento.

Fernando indicó una butaca al marino, sentándose él en el sofá.

—Según parece, ¿viene usted del otro mundo?—preguntó Fernando, después de una ligera pausa, durante la cual había observado la fisonomía del marino con una tenacidad algo impropia de la situación.

Sandoval, que había resistido aquella mirada con una frialdad admirable, contestó tranquilamente:

—Sí, caballero; vengo de hacer un viajecito bastante entretenido; y después de recorrer algunos miles de

leguas por el Océano, aquí me tiene usted en Madrid, sólo, en medio de trescientas mil almas, y tambaleándome por esas calles como si estuviera a bordo de mi fragata, pasando el cabo de Hornos en un día de fuerte marejada.

—Ustedes los marinos—repuso Fernando, a quien el tono franco y alegre de su visitante comenzaba a tranquilizar—, ustedes los marinos se aburren pronto en tierra firme. Recuerdo que el año pasado en el Canal de la Mancha tuvimos un vendaval deshecho, y eran tan furiosos los golpes de mar que se estrellaban sobre nuestro buque, que algunos pasajeros comenzaron a disponerse para recibir el gran susto. Un viejo contramaestre, uno de esos lobos marinos, como ustedes dicen, que no tienen ni más familia ni más afecciones que su buque, se extrañaba de que nos mareáramos, y nos aseguró, con el tono más formal, que él, por su parte, no podía permanecer dos horas en tierra firme sin sentir los desconsoladores vahídos del mareo y las horribles angustias del vómito.

Antes de entrar Fernando en su gabinete, antes de oir la franca e indiferente entonación de Sandoval el marino, participó por un momento de los temores de Magdalena. Pero pronto estos temores se disiparon, y Fernando se dispuso a oir con tranquilidad al marino.

—Para algunos hombres de mar—repuso Sandoval reanudando la conversación—, el ruído que producen los hombres en las grandes capitales es menos grato que el ruído de las olas en el gran Océano, aunque se levanten amenazadoras a la altura de las cofas del palo

mayor. Muchas veces creo que a mí me sucede lo mismo. Pero dejando las rarezas de los pobres marinos, voy a participar al señor marqués el motivo de mi visita.

—Escucho a usted con la mayor atención.

—Tengo poco que decir: sólo participarle que soy portador de unos objetos que, para usted, me han entregado en Panamá.

—¡En Panamá! No recuerdo tener ningún conocido en aquella ciudad que duerme arrullada por las ondas del Pacífico...

—¿No es usted don Fernando Albienzo, marqués de la Espiga?

—Efectivamente, así me llamo, caballero, y ese es el título que heredé de mi difunto padre.

—Entonces no me cabe duda; usted es la persona designada por el español de Panamá, y a usted es a quien debo entregar los objetos que motivan esta entrevista.

A Fernando causábale alguna extrañeza las palabras del marino, pues no recordaba tener ningún amigo en las dilatadas regiones de la República de Colombia.

Así es que dijo deseando orientarse en el asunto:

—Suplico a usted, caballero, que tenga la bondad de explicarse más detalladamente, pues no recuerdo tener persona alguna conocida en aquellas regiones que vegetan a la sombra de los Andes.

—La explicación que usted me pide es muy sencilla, señor marqués, soy capitán de una fragata mercante de ochocientas toneladas, que no se ocupa de otra cosa

sino en recorrer el gran charco, dedicándose al comercio. Hace algunos meses me hallaba en los mares de los Estados Unidos de Colombia, pues suelo hacer algunos cambios ventajosos con los indígenas de aquellas costas; yo les doy rom, ginebra y telas, y ellos me dan, en cambio, cochinilla, añil, quina de una calidad inmejorable, y algún que otro pedazo de ese precioso mineral que los indios de las orillas del Orinoco no aprecian en nada, y que nosotros los europeos llamamos oro, y es la llave maestra que lo facilita todo. Pero como mis viajes no se concretan solamente a uno de los doce departamentos de que se compone la citada Confederación, resulta que hoy me encuentro aquí y mañana allá, y siempre es para un español un motivo de placer tropezar con un compatriota a tantos miles de leguas de su patria. Pues como iba diciendo, llegué al puerto de Panamá y... Pero el señor marqués tendrá la bondad de dispensarme si le estoy hablando con una franqueza tal vez inconveniente, porque nosotros, los pobres marinos, en sacándonos de nuestros buques, en colocándonos en *tierra*, somos hombres al *agua*.

Fernando inclinó la cabeza como para demostrarle que podía continuar del modo que tuviera por conveniente.

Sandoval volvió a decir:

—Cuando llegué a Panamá, fuí a instalarme en el café de la Marina; allí tropecé con un español, y, como era natural, comenzamos a charlar de nuestra patria. Cuando mi compatriota oyó que asuntos particulares

me obligaban a dar un paseo por Madrid, tan pronto como mi buque fondeara en uno de los puertos de la Península española, colocando familiarmente su mano sobre mi hombro, exclamó:

—«Puesto que usted, mi querido capitán, a su regreso a España, tiene precisión de ir a Madrid, ¿quiere usted hacerme el favor?

—¿Y por qué no?—le dije.

—Pues entonces, le entregaré a usted cuatro cajones de brevas y un collar de esmeraldas, y usted me hará el favor de entregar estos objetos a don Fernando Albienzo, marqués de la Espiga. Es hijo de uno de mis mejores amigos, y a quien debí en otro tiempo grandes atenciones. Ignoro su domicilio, pero no le será a usted difícil encontrar a un joven que posee doce millones, y que lleva, además, un título de marqués. Los hombres así se hacen pronto visibles en todas partes».

Después me encargó que le dijera a usted que las brevas podía fumárselas a su salud, y que el collar lo remitía por ser uno de esos trabajos raros y caprichosos que construyen los indios de aquella tierra privilegiada.

Conque aquí tiene usted, señor marqués, la cajita que contiene las esmeraldas, y en cuanto a los cigarros, se los entregué al muchacho que me ha conducido a esta habitación.

Fernando cogió maquinalmente el estuche que le presentaba Sandoval, que era una preciosa cajita de madera tallada, con adornos de plata, y, después de dejarla sobre un velador, le dijo sonriendo:

—Pero se olvida usted, caballero, de decirme el nombre de ese amigo desconocido que tan buenos recuerdos conserva de mí...

—¡Ah! Es verdad. Se llama Antonio García.

Fernando buscó en su imaginación un recuerdo para aquél nombre, pero su memoria no le tuvo.

—No sé quién es. Pero, sin embargo, mi padre tuvo muchos amigos en aquellos países. Fué marino, como usted, y quién sabe...

—Entonces, señor marqués, no fatigue usted su memoria buscando quién pueda ser ese Antonio García. ¡Oh! Si yo fuera a acordarme de todos aquellos a quienes he estrechado la mano, ya no tendría en mi imaginación ni el puesto más pequeño para las personas a quienes amo. La vida azarosa, errante, intranquila del marino, le pone a uno en el caso de olvidar muchas cosas que parece increible que puedan olvidarse. Ahora, por ejemplo, hace media hora que estoy hablando con el señor marqués, y, precisamente, el mismo tiempo que me estoy devanando los sesos para recordar en dónde diablos he visto la cara de esa señora que tiene usted ahí retratada.

Sandoval extendió el brazo señalando el retrato de Magdalena.

El marqués se estremeció ligeramente, y fijó una mirada escudriñadora en el rostro del marino. Pero éste seguía contemplando el retrato con el semblante tranquilo, indiferente, risueño.

—Pues, sí, señor marqués, yo he visto a esa señora, y no sé dónde.

—No es extraño—contestó Fernando con cierto temor y observando atentamente a Sandoval—. Esa señora ha viajado mucho.

—No digo que no. Pero es el caso que yo tengo su fisonomía grabada aquí.

Y Sandoval se tocó la frente

—Entonces...—volvió a decir Fernando.

—¡Ah! Ya la encontré, señor marqués. ¡Qué diablo. ¡Ya lo creo! ¡Pues no hay pocas leguas desde este gabinete al sitio donde vi yo por primera vez ese retrato!

—¿Ese retrato?

—Es decir, ese o una copia, que para el caso es igual.

Fernando empezó a palidecer, y dijo, afectando una sonrisa:

—Creo que se equivoca usted, mi querido capitán.

—Nada de eso, señor marqués. No solamente no me equivoco, sino que puedo asegurar a usted que yo poseo una copia de ese retrato.

—Permítame usted que le diga que lo que usted me está contando me parece maravilloso.

—Diga usted más bien trágico, señor marqués.

—Su conversación de usted me conduce de asombro en asombro.

—¡Diantre! ¡Ya lo creo! Y ahora voy comprendiendo que tal vez he cometido una imprudencia hablando del retrato que tengo en mi poder, que, por cierto, vino a mis manos de un modo bien inesperado.

Fernando comenzaba a aturdirse.

Sandoval, por su parte, estaba cada vez más sereno, más tranquilo.

La sonrisa de sus labios tenía una naturatidad admirable. La mirada de sus grandes ojos nada revelaba que pudiera inspirar sospechas al marqués.

Fernando comprendió al momento que debía colocarse a la misma altura de indiferencia, de naturalidad, del joven marino. Obrando de otro modo podía infundir sospechas.

El semblante dramático, la mirada ceñuda, la frente pensativa, en situaciones como la que estaba atravesando, eran inconvenientes.

Resuelto, pues, a desentrañar aquella historia que Sandoval había insinuado, y que tan vivamente le interesaba, procuró serenarse, y dando a su semblante una expresión poco sospechosa, volvió a reanudar el interrumpido diálogo del modo que se verá en el capítulo siguiente.





CAPITULO VI

Sandoval cuenta una novela que el marqués toma por una historia

Capitán, hace poco tiempo que nos conocemos—dijo Fernando, dando a su entonación un carácter ligero—; pero confiando en la proverbial franqueza de los marinos, voy a pedirle a usted un favor.

—Concedido, señor marqués, concedido—repuso Sandoval.

—Lo que deseo se reduce, sencillamente, a que me relate usted la historia de ese retrato que, segùn afirma, conserva en su poder, lo cual me llena de asombro, de admiración; porque, con franqueza, caballero, le confieso que yo ignoraba que en el mundo hubiera otra copia que esa que se halla colgada de ese clavo, cuyo original me pertenece.

Fernando marcó las últimas palabras, como para ver el efecto que causaban al marino; pero éste permanecía con la mayor impasibilidad; y después de sostener aquella mirada algunos segundos, respondió con la entonación más natural del mundo:

—Creo, señor marqués, que ha sido una imprudencia traer a la conversación la historia de ese retrato que, según parece, interesa a usted vivamente. ¡Qué diablos! Yo ignoraba todo eso. Al ver esa hermosa cabeza, creí que sería uno de esos caprichos, una de esas creaciones poéticas que el genio del artista transmite al lienzo, y con la inexperiencia de un marino novel he desplegado todas las velas de los palos mayores con rizos, bajos, petifoques y arrastraderas, olvidándome que navegaba por un mar cubierto de escollos. Y usted ahora me manda poner al pairo para reconocer el cargamento de mi buque. Obedezco, pues que usted se empeña. Pero puede usted creer firmemente, señor marqués, que no ha sido mi objeto...

—Sí, sí, adelante, querido Sandoval, adelante. Y ya que la casualidad nos ha colocado en este terreno, yo le suplico que no me oculte nada de lo que pueda pertenecer a la historia de este retrato.

—Ofrezco a usted que no ha de quedarse *anclado* en mi corazón nada de lo que yo sepa sobre este asunto.

—Doy a usted, anticipadamente, las gracias.

—Pues bien; empiezo: «Un día que me hallaba yo durmiendo como un bienaventurado en mi hamaca, sentí que me sacudían bruscamente, cosa bastante extraña; porque mis tripulantes no tenían la mala costumbre de interrumpir mi sueño cuando me retiraba a descansar en mi camarote.

»Abrí los ojos, sobrecogido de aquella insinuación poco conveniente, yví a mi lado el moreno rostro de mi contramaestre, que me miraba con los ojos inmen-

densamente abiertos y como el hombre que tiene grandes cosas que comunicar.

«—Señor *Tiburón*—le dije, pues éste era el apodo que le dábamos a bordo—: ¿hemos encallado en algún banco de coral? ¿Ha sucedido algo en la obra muerta? ¿Embarca agua el buque? Algo debe suceder para que usted me aborde de una manera tan brusca.»

«—Capitán—me contestó—: creo que hemos equivocado el derrotero. La fragata corre con una rapidez de dos mil diablos; hace más de doce nudos por hora, y, o mucho me engaño, o nos hallamos en una de esas corrientes malditas que deben conducirnos a algún escollo. Y lo peor de todo, capitán, es que se me figura que veo tierra por la proa del buque.

»Las palabras del piloto me hicieron dar un salto, y sentándome en la hamaca y restregándome los ojos, le dije:

»—Me parece, señor *Tiburón*, que esta mañana ha bebido usted un poco de ginebra más de lo regular.

»—Estoy en ayunas, mi capitán. Ya sabe usted que yo me olvido de todo, hasta de la ginebra, cuando veo en peligro el buque. No le quepa a usted duda, hemos equivocado el derrotero.

»La gravedad del piloto me sobresaltó bastante, y bajando de la hamaca, volví a decirle:

»—Todo eso es muy extraño; porque, según mis cálculos, mañana, a lo más tardar, siguiendo la brisa, debíamos doblar el cabo de Hornos.

»—¡Diabo, capitán! De buena gana daría yo la mitad de la plata que me corresponda en este viaje por-

que la proa de nuestro buque se encontrara cortando las aguas que unen el Atlántico con el Pacífico. Pero, o mucho me engaño, o nos encontramos encajonados en el mal intencionado estrecho de Magallanes, que Dios confunda.

»Las noticias del contramaestre eran cada vez más alarmantes; porque los marinos preferimos, señor marqués, doblar cien veces el cabo de Hornos, a pesar de su eterno mal humor y su constante desasosiego, a encajonarnos en el estrecho de Magallanes, plagado de escollos y de rápidas corrientes, que tan funestas son a los marinos que se arriesgan a navegar en sus aguas.

»Consulté la carta hidrográfica, subí sobre cubierta y, efectivamente, habíamos equivocado la longitud.

»Lo primero que se me ocurrió en aquel trance fué amainar velas y disponer que se botara una lancha al agua y se echara la sondilla.

»Ya era tiempo: teníamos seis brazas de agua.

»Entonces me apoderé de la barra, y haciendo dar al buque una orzada, puse la proa al viento y mandé echar anclas.

»La niebla era tan espesa que la vista apenas lograba extenderse a media milla de distancia. Pasamos la noche con una incertidumbre espantosa.

»Por fin vino el día a calmar nuestros agitados espíritus, y el sol, levantándose del fondo de las aguas, disipó la niebla.

»Entonces, a favor de un buen anteojo, reconocí los horizontes, y, efectivamente, como a dos millas de nosotros se hallaba una isla. Era preciso reconocerla. Man-

dé que seis marineros se armaran con sus fusiles, y encargando al contramaestre la custodia del buque, nos dirigimos doce hombres hacia la costa.

»Al encontrarnos a media milla de distancia de la isla, observamos que las olas se estrellaban con una violencia espantosa sobre las rocas, produciendo un ruido profundo subterráneo, como si algunas corrientes ignoradas penetraran en la profunda cavidad de la tierra.

»Pronto conocí que era imposible desembarcar en aquel punto sin correr el gran riesgo de estrellarnos sobre la costa.

»Bordeamos a fuerza de remos por espacio de una hora, hasta que por fin quiso nuestra buena suerte que cogiéramos la embocadura de una bahía rodeada de rocas, cuyas aguas tranquilas y al abrigo de los vientos facilitaban la realización de nuestros deseos.

»Atracamos sin ninguna dificultad, y amarrando la lancha, donde se quedó un hombre, nos dispusimos a recorrer la isla.

»Pronto me convencí de que aquellas costas habían sido testigos de una catástrofe. Los restos de un buque se hallaban esparcidos sobre la playa. Por todas partes hallábamos pruebas inequívocas de un naufragio.

»Trozos de velas, tablas, planchas de cobre... todo, en fin, lo que puede marcar una catástrofe de esa naturaleza se hallaba sembrado sobre aquellas rocas salitrosas, en donde la huella del hombre tan pocas veces se había impreso.

»Continuamos nuestras indagaciones, y por fin, a la

entrada de un bosquecillo tropezamos con una especie de tienda de campaña, construída con tablas y restos de velas, y alrededor de esta tienda vimos con horror ocho o diez cadáveres amontonados.

»Aquel cuadro oprimió nuestros corazones, porque presentaba ante nuestros ojos el espantoso fin que podía cabernos a nosotros.

»No nos quedaba duda que aquellos desgraciados eran los tripulantes del buque cuyos restos acabábamos de encontrar ante nuestros pasos.

»El naufragio era reciente, porque ninguno de aquellos cadáveres había entrado en putrefacción; el hambre y la sed debían haber contribuído mucho a aquel horrible drama.

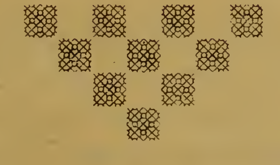
»Si nuestro buque hubiera arribado a aquellas costas algunos días antes, tal vez hubiéramos podido salvar de tan horrible muerte a aquellos infelices.

»Uno de los cadáveres llamó vivamente mi atención; era joven; la muerte no había podido desfigurar sus hermosas facciones; su traje me demostraba, sin ningún género de duda, que había sido el capitán del buque náufrago; sus manos, crispadas por las horribles convulsiones de la muerte, oprimían contra su pecho un objeto que brillaba como el oro. Efectivamente, era una pequeña cruz de ese precioso metal, sujeta con un cordoncillo de seda.

»Mandé a uno de mis marineros que recogiera aquella cruz, que tan fuertemente tenía entre las manos el cadáver, y luego dispuse que se diera sepultura a aquellos infelices

»Después, arrodillados sobre la ancha fosa que los ocultaba para siempre, dirigimos al cielo una corta oración por el descanso de sus almas.

»Entre los innumerables objetos que hallamos en la tienda había una caja, dentro de la cual encontré el retrato que ha dado origen a esta triste relación.»





CAPITULO VII

Una carta y un telegrama.

EL marqués de la Espiga había escuchado con creciente interés el relato del marino.

Sandoval observó que su historia había producido a Fernando una alegría inmensa.

Una sonrisa de desdén asomó a los labios del marino; pero el marqués se hallaba tan preocupado con la nueva de aquella catástrofe, cuyas víctimas no podían ser otras que los tripulantes de la fragata *Buenaventura*, de la que era capitán Angel Gurrea, que no observó la desdeñosa sonrisa del marino.

—Y usted, querido Sandoval—dijo Fernando tomando la palabra—, ¿conserva todavía en su poder ese retrato y esa cruz de oro?

—Sí; conservo esos objetos como el recuerdo de un compañero a quien no conozco, muerto en lejanas tierras,

pues tengo la esperanza de que algún día he de encontrar a su familia para entregárselos.

—Pues bien, señor de Sandoval, yo le pido a usted que me conceda la alta honra de ser el depositario de esos objetos hasta el día en que encuentre a esa familia, que tal vez no me sea desconocida.

—Pero, caballero, ¿conoce usted a la familia del náufrago? Eso sería una casualidad casi inverosímil—exclamó Sandoval, afectando un asombro que estaba muy lejos de sentir.

—Tal vez, tal vez—murmuró Fernando—. ¿Conque me concede usted, amigo mío, la honra que solicito?

—Sea como usted dice, señor marqués; porque, después de todo, más seguros estarán en esta casa que en la mía.

—¡Ah! Gracias. Si como espero, ese retrato y esa cruz son de la procedencia que imagino, no puede usted pensar el servicio que me presta; porque de esos objetos, tal vez dependa la tranquilidad de una familia. Es una historia, querido Sandoval, que me veo en el doloroso caso de no poder referir a usted. Sé que esto es una ingratitud después de los favores que acaba usted de dispensarme.

—No soy curioso, señor marqués—dijo Sandoval inclinando ligeramente la cabeza—, ni me importa saber el misterio que envuelven esas palabras; pero entregaré a usted, como he ofrecido, la cruz y el retrato.

—¿Cuándo?—preguntó con afán el marqués.

—¡Diantre!—exclamó el marino—. Es el caso que yo no tengo esos objetos aquí, porque un marino en la corte es una especie de ave de paso, que no lleva consigo más

que las alas para volar. Mi casa es el buque, y allí lo tengo todo. Y ya ve el señor marqués que no es fácil remolcar una fragata de ochocientas toneladas en tierra firme.

El tono humorístico del marino tenía encantado al marqués.

—Es verdad, querido Sandoval—dijo Fernando—; pero debe usted convenir conmigo en que para todas las cosas hay remedio menos para la muerte, y voy a ofrecérselo. ¿En qué puerto tiene usted anclado el buque?

—Como traía una pequeña partida de bacalao procedente de Terranova, me ha parecido muy oportuno anclar en Alicante, y allí lo tiene usted durmiendo una siesta.

—Tanto mejor. Alicante se encuentra en la actualidad como si dijéramos en los arrabales de Madrid.

—Cierto. El ferrocarril es una gran cosa, que mata de hambre a los buques de cabotaje, pero que no puede hincar el diente a los que, como el mío, se bañan en las aguas saladas del gran charco.

El marqués, que no quería separarse del objeto de su petición, volvió a decir:

—¿Tiene usted inconveniente en que mi mayordomo vaya a Alicante en busca de esos objetos?

—¡Oh! Ninguno, señor marqués, ninguno . Puede ser cuando guste el señor.

Esta respuesta causó una alegría inmensa a Fernando. Pero de pronto, como si alguna duda cruzara por su imaginación, volvió a preguntar:

—Pero, ¿se los entregarán?

—¿Que si se los entregarán? ¡Diantre! ¡Ya lo creo! Mandándolo yo...

Fernando, levantándose del sofá, colocó una pequeña escribanía de plata sobre el mármol de la chimenea, y dijo:

—Entonces, va usted a hacer el favor de darme una carta para que no ponga inconveniente ninguno el encargado del buque.

Si el marqués no se hubiera encontrado en aquel momento de espaldas al marino arreglando el papel, indudablemente hubiera podido observar en el semblante de Sandoval, marcados síntomas de disgusto y vacilación. Pero el marino, que era hombre que sabía dominar sus impresiones, cuando el marqués se volvió con la pluma en la mano, se hallaba tan sereno, tan tranquilo como nunca.

—Cuando usted guste—le dijo Fernando—, pues quiero que esta misma noche salga de Madrid el encargado con la carta.

Sandoval cogió la pluma y escribió lo siguiente, torciendo visiblemente la letra como si tratara de desfigurarla:

«*Tiburón:* Entregarás al dador de ésta, el retrato de la mujer bonita que está colgado sobre la hamaca de mi camarote, y la pequeña cruz de oro que se halla colgada en el mismo clavo del retrato. Yo estoy bueno, pero no puedo decirle a punto fijo el día de mi salida de esta Babel; no dudo que sea pronto.

»Tu capitán y amigo, *Sandoval.*»

El marino alargó la hoja de papel al marqués, diciendo:

—Con eso creo que bastará para que le entreguen

los objetos; pero si usted quiere que se remache el clavo...

—No, no; basta con esto.

—Entonces pondré una postdata, porque nada quita lo cortés a lo marino.

Sandoval volvió a escribir:

«*Postdata.—Tiburón:* Espero que obsequiarás al dador de ésta, con un almuerzo a la marinera; pero te recomiendo que no bebas mucho, para que puedas hacer, como corresponde, los honores del buque.

»Tuyo, *Sandoval.*»

Fernando leyó esta postdata asomando la cabeza por encima del hombro del marino.

Sandoval dobló la carta con una impasibilidad admirable, y escribió en el sobre:

«A Tomás Cortado, contramaestre de la fragata *Esperanza,* folio 341. matrícula del Ferrol, anclada en el puerto de Alicante.»

—Está usted servido, señor marqués—dijo Sandoval, entregándole la carta.

—Doy a usted un millón de gracias por su amabilidad y condescendencia. Y puesto que por muchas razones me creo desde hoy en el derecho de llamarle mi amigo, espero que me honre frecuentando esta casa y asistiendo a las amistosas reuniones, que los miércoles y los sábados doy, desde las diez de la noche en adelante, al pequeño círculo de mis amigos íntimos.

—Acepto con mucho gusto, señor marqués, aunque, a la verdad, temo cometer alguna imprudencia. Está uno tan poco acostumbrado al trato de gentes...

—Un marino que, como usted, ha recorrido la mayor parte del mundo, tiene sobrada experiencia para tratar a los hombres. Además, mis reuniones son familares, sin etiqueta. Nos reunimos unos cuantos amigos, tomamos una taza de té, nos permitimos fumar, alguno que otro toca el piano, y todo el mundo habla lo que quiere, sin que ninguno se ofenda. ¡Oh! Estoy plenamente convencido de que usted va a ser el alma de las reuniones. Sólo con que usted se digne de vez en cuando referirnos algunos de sus viajes, creo que todo el mundo estará oyéndole con la boca abierta.

—En ese caso, puesto que puedo ser útil a la reunión, no faltaré.

Fernando estrechó la mano del marino, y éste, comprendiendo que aquello era dar por terminada la entrevista, volvió a decir.

—Ahora, si el señor marqués me lo permite, voy a dejarle. Tengo algunos asuntillos que evacuar, y en Madrid los forasteros no deben dormirse.

—Usted es dueño de hacer lo que más le agrade, mi querido amigo.

Fernando tocó el botón de un timbre, y un criado apareció en la puerta.

—Este caballero—dijo al criado, señalando a Sandoval—, tiene siempre la entrada libre en mi casa, a cualquier hora y en cualquier situación. Ya lo sabes.

El marino y el marqués volvieron a estrecharse la mano con la mayor cordialidad y franqueza del mundo.

Luego el criado acompañó a Sandoval hasta la puerta.

Cuando el marino se encontró en la calle, detuvo a un coche de alquiler que pasaba, y abriendo la portezuela y metiéndose en él, dijo al cochero:

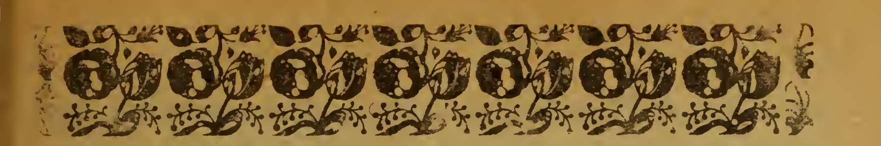
—Al despacho central de Telégrafos. ¡A escape!

Poco después el simón se detenía delante del Ministerio de la Gobernación.

El marino entró en las oficinas de Telégrafos, y puso el siguiente parte:

«Alicante.—Puerto.—Fragata *Esperanza*, folio 341, matrícula del Ferrol.—Tomás: Mañana se presentará un hombre con una carta mía, cuya letra no conocerás. Sin embargo, dale lo que pida, y no olvides que en Madrid me llamo Sandoval el marino. Ya sabes lo que te tengo encargado.—*Tu capitán.*»





CAPITULO VIII

Notas perdidas.

UANDO Sandoval abandonó el gabinete de Fernando, éste encaminóse con la carta y el estuche en la mano a la habitación de su querida.

Levantó el *portier* con el corazón palpitante de alegría, y se detuvo, viendo a Magdalena, que, con las manos en el rostro, se hallaba inmóvil como la estatua del dolor.

—¿Qué tienes, Magdalena?—le dijo—. ¿Por qué no cesan de una vez esas lágrimas que me disgustan?

Magdalena levantó la hermosa cabeza, y fijando sus húmedos ojos en el rostro de su amante, respondió con una pausa que revelaba el profundo dolor de su alma:

—Tengo miedo, Fernando; todo me asusta, todo me sobresalta. Pero, ¿quién era ese marino? ¿Cómo ha durado tanto vuestra entrevista? ¿Qué tenía que decirte ese hombre, que habéis empleado dos horas mortales?

—¡Ah, sí! Efectivamente, hemos charlado mucho. Sandoval es un marino franco y simpático, a quien profeso verdadero afecto. Pero alégrate, Magdalena. Desecha de tu corazón todos los temores. Tranquiliza tu espíritu, porque tengo muy buenas noticias que comunicarte.

—¿A mí?

—Las debo a la casualidad; por mejor decir, a tu retrato. Mira.

Y Fernando entregó a Magdalena la carta de Sandoval.

Magdalena, después de leerla con detención, se la devolvió al marqués, diciendo:

—¿Qué significa esto? Yo no comprendo nada.

—Tienes razón; por esta carta no puedes comprender nada. Pero oye, y admírate de las combinaciones que enlaza la casualidad.

Fernando contó detalladamente todo lo que poco antes le había contado Sandoval el marino.

El expresivo y encantador rostro de Magdalena seguía con un interés creciente las palabras de su amante.

¿Aquéllo era un sueño o una realidad?

Cuando llegó el momento en que Sandoval encuertra el cadáver de un joven que oprime contra su pecho una pequeña cruz de oro, Magdalena no pudo reprimir un grito de dolor, y las lágrimas brotaron con abundancia de sus ojos.

A ser cierta aquella historia, Angel había tenido un fin horrible, desastroso.

—Sí, llora, querida Magdalena, llora cuanto quieras —le dijo Fernando—. No soy egoísta, y comprendo esas lágrimas. Verdaderamente, su fin ha sido horrible. Era

digno de mejor suerte; pero la fatalidad cambia de una manera espantosa, y no deja ningún remedio para lo que fué.

—¡Pobre Angel!...—murmuró Magdalena—. Mientras yo abandonaba el humilde hogar de sus mayores, él, olvidado en lejanas tierras, olvidado de Dios y de los hombres, exhalaba el último suspiro, tal vez pensando en mí.

Y Magdalena, hundiendo la frente criminal en los blandos almohadones del sofá, lloró amargamente; pero sus lágrimas eran esas lágrimas que queman el rostro, que abrasan el corazón, porque son emanadas del grito de la conciencia y de la aterradora voz del remordimiento.

El marqués, de pie junto a su víctima, con el estuche en la mano, cuyo contenido aún no había podido examinar, permanecía también triste, meditabundo, sin atreverse a interrumpir el doloroso llanto de Magdalena.

Así transcurrió como un cuarto de hora.

Aquella escena era harto embarazosa para Fernando, y se propuso interrumpirla.

—Basta, Magdalena, basta—le dijo—. Tus lágrimas acabarán por aburrirme.

Magdalena se enjugó los ojos, y miró de un modo doloroso a su amante.

Lo que acababa de decirle tenía algo de amenaza, de reprensión.

El marqués conoció que la había ofendido, y dejando el estuche que poco antes le había entregado Sandoval

sobre un velador de palo de rosa, fué a sentarse al lado de su querida, cogióle la mano y le dijo:

—Te prohibo que me mires de ese modo. No he querido ofenderte; pero, lo vuelvo a repetir, me disgusta que llores. Tus lágrimas me hacen daño, me dan celos, porque creo que me roban una parte de tu amor.

Magdalena, agradeciendo en el fondo de su alma aquella cariñosa satisfacción, se sonrió tristemente.

Fernando, alentado por aquella sonrisa, volvió a decir:

—Pasado mañana comenzaremos las pequeñas reuniones, en las que tú debes hacer los honores de la casa. No quiero, pues, querida Magdalena, que tus ojos se hallen enrojecidos por las lágrimas, ni que tu hermoso semblante se halle triste por el dolor, pálido por la emoción. Es preciso que brilles con todos los encantos de tu hermosura. La catástrofe que ha acontecido a tu esposo debe borrarse de tu pensamiento. Nosotros nada podemos hacer para remediarla. Si lo que te he dicho no basta para tranquilizar tu espíritu, Sandoval podrá darte más pormenores. Le he convidado a nuestros tes. Es un joven muy simpático. Es uno de esos hombres que tienen *don* de gentes. Aunque muestra orgullo por ostentar la rudeza del hombre de mar, se conoce que ha recibido una buena educación. Ahora vamos a ver estas esmeraldas que nos remite desde Panamá ese Antonio García, a quien no conozco, y que desde ahora te pertenecen.

Fernando colocó el estuche sobre las rodillas de Magdalena y le abrió.

La joven fijó los ojos con indiferencia en el collar; pero poco a poco, a la vista de aquellas preciosas piedras, fué animándose su fisonomía.

—¿Sabes, querida—dijo Fernando—, que este collar está construído con un gusto exquisito?

—Nunca hubiera dicho—repuso Magdalena—, que un rastro de esmeraldas con un remate sencillo de perlas hiciera tan buen efecto.

—Observa qué aguas tan preciosas y qué igualdad existe entre estas tres perlas que forman el colgante.

—El candado es una esmeralda sola. ¡Qué trabajo tan admirable!

—Lo más particular es que esta joya está construída por un indio. Pero veamos el efecto que produce en tu garganta. Creo que esta joya va a ganar un ciento por ciento..

Fernando puso el collar a Magdalena, y se apartó dos pasos para ver el efecto.

—De todos modos, eres siempre la mujer más hermosa que he conocido.

Magdalena pagó con una sonrisa la galantería de su amante, y, quitándose el collar, volvió a colocarlo en el estuche.

—¿Te cansas de llevarlo?—dijo el marqués.

—Me lo pondré otro día.

—Sin embargo, te sentaba tan bien...

—Veo que te vuelves muy adulador.

—Di más bien que te amo cada vez más. Consiento en que no te lo pongas ahora; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que te lo has de poner la noche de nuestra primera reunión.

—Te lo prometo.

—Prométeme también que de hoy en adelante se disiparán esas nubes de tristeza que cruzan de vez en cuando por tu hermoso semblante.

—Veo, Fernando, que cada día te vuelves más exigente.

—¿Cuándo no lo ha sido el verdadero amor?

—Yo creía que el amor era tolerante.

—Error grave, querida. La tolerancia es prima hermana de la indiferencia entre dos amantes. Conque así, te exijo que no estés triste.

—Te lo prometo.

—¿De veras?

—Tú juzgarás—contestó Magdalena, mirando a Fernando de un modo irresistible.

El marqués inclinó la cabeza hacia su amada, como para absorber con un beso la benéfica luz que brotaba de sus negros ojos.

Magdalena detuvo con su blanca mano aquella boca que se aproximaba hacia su mejilla tan dispuesta a agradecer los favores de sus miradas, y dijo con un acento dulcísimo:

—Querido Fernando, no olvides que esta noche tiene que partir una persona de nuestra confianza en busca del retrato. Tengo una viva impaciencia por saber si ese retrato es el mío. ¡Quién sabe!... Podría ese señor Sandoval haberse equivocado. Pero, si es cierto, Angel no existe.

—Tentado estoy, querida Magdalena, por ir yo mismo. El asunto es muy delicado para confiarlo a un tercero.

—Yo quería suplicártelo, Fernando; pero al ver que tú me lo prometes, te lo agradezco doblemente.

—Entonces, queda convenido que voy a separarme de ti por algunas horas.

—Te ofrezco, en cambio, no salir de mi gabinete hasta que tú vuelvas.

—¿Y para qué ese sacrificio? Yo quiero que te diviertas, que salgas, que pasees, que frecuentes los teatros.

—No, no; prefiero permanecer en casa hasta tu vuelta.

—Como gustes.

—Mira, para pasar el tiempo hasta la hora de tu marcha, yo misma voy a arreglarte el saco de noche.

—No tengo necesidad de equipaje. Sólo permaneceré algunas horas en Alicante, o por mejor decir, en el camarote de un buque.

—Pues entonces, comeremos aquí los dos solos.

—Acepto con gusto.

Magdalena tocó un timbre, y apareció una doncella.

—Mira, Rosa—le dijo Magdalena—, dispón que nos sirvan la comida en este gabinete. Añade un poco de leña en la chimenea, y di a Juan que tenga el coche dispuesto para las siete y media.

Rosa salió del gabinete.

—¿Estás contento?—preguntó Magdalena, dirigiendo una mirada llena de ternura a Fernando.

—¿Cómo no estarlo a tu lado, vida mía?

—Dime, Fernando: si Angel hubiera muerto, si esa

horrible historia que te ha relatado Sandoval fuera cierta, ¿qué harías entonces de mí?

—¿Puedes dudarlo? Entonces serías mi esposa.

Magdalena, que indudablemente se hallaba muy preocupada en aquel momento, levantóse del sofá y fué a sentarse junto al piano.

—Voy a martirizar un poco tus oídos.

—¡Oh! Eso no es cierto, pues veo que haces grandes progresos, y creo sinceramente que ya te hallas en el caso de tocar en las reuniones.

—Dios me libre de semejante compromiso. Creo que acabas de darme un consejo de enemigo: porque si se exceptúan cuatro o cinco piezas que ejecuto a fuerza de castigar el piano, lo demás no se me puede oir.

—Todas las notas que producen tus dedos son igualmente agradables a mis oídos, porque todas ellas resuenan dulcemente en el fondo de mi alma.

—¡Adulador!

Magdalena comenzó a tocar el preludio de un nocturno alemán.

Fernando se sentó a su lado, y rodeando su brazo por la esbelta cintura de su amada, acompañó en voz baja las melodiosas notas del piano.

La fuerza de voluntad, el deseo de brillar, habían hecho prodigios en aquella mujer.

En París, Fernando llevó a Magdalena a un concierto, donde una señorita fué estrepitosamente aplaudida y celebrada.

Magdalena dijo a su amante cuando llegaron a la fonda:

—Siendo niña, aprendí en el colegio a tocar el piano; después, las circunstancias me obligaron a abandonarle. Ahora conozco que la música es uno de los adornos más bellos de la mujer elegante. Búscame un maestro.

Al día siguiente Magdalena dió la primera lección, y seis meses después la hermosa discípula había hecho grandres progresos.

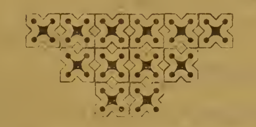
Magdalena continuó estudiando con creciente afán en Suiza, en Italia, en Inglaterra.

No era una profesora consumada, pero ejecutaba a la perfección alguna que otra pieza.

Poco a poco la música fué casi una necesidad para Magdalena.

La armonía, la ripmopea, tienen encantos secretos para los corazones que sufren; y Magdalena no era feliz en medio de su esplendor, porque la felicidad sólo puede disfrutarla el que tiene la conciencia tranquila y serena como un cielo sin nubes.

Dejemos a los dos amantes embebecidos en las dulces melodías del nocturno de Beethoven, y dirijamos nuestras miradas hacia otro punto.



CAPITULO IX

El contramaestre Tiburón.


EÑOR Tomás, señor Tomás!—gritaba un grumete, introduciendo la cabeza por la escotilla de popa—. Aquí está un hombre que trae una carta para usted.

—¿Para mí, tunante?—respondió una voz bronca, muy parecida al gruñido de un jabalí acosado por una jauría de perros.

—Sí, señor, para usted; al menos el sobre dice: «A Tomás Cortado, contramaestre de la fragata *Esperanza*».

—¿Tú quieres que yo te despelleje como a una culebra, bergante? ¿Olvidas que el correo viene por la mañana y que son las cinco de la tarde?

—¡Pero, señor Tomás, si la carta no es del correo!—volvió a decir el grumete.

—Doble razón para no levantarme de mi hamaca. Yo no tengo en el mundo nadie que me escriba, exceptuando el capitán, y éste está en Madrid.

—Pues precisamente es un parte telegráfico de Madrid.

—¡Diablo! — exclamó el contramaestre con voz de trueno—. ¿Si habrá naufragado el capitán en la corte?

Un segundo después se oyeron crujir los escalones de la escotilla bajo la dura y pesada planta del contramaestre.

Cuando se halló sobre cubierta, cogió el parte que le presentaba el empleado de Telégrafos, y volvió a decir con su acostumbrada entonación:

—¡Eh, tunante! Conducid a ese hombre a tierra en el bote.

Y con la pipa en la boca y el telegrama en la mano fué a sentarse en el banco del gallinero de popa..

Una vez allí, rompió el sobre y leyó el parte que ya conocen nuestros lectores.

Tomás Cortado (alias) *Tiburón*, era un hombre de cincuenta años, de los cuales treinta y ocho los había pasado navegando.

Su rostro, extremadamente moreno y curtido como el cordobán; sus facciones pronunciadas y su cabeza grande y hundida entre los hombros, le daban un aspecto de ferocidad que estaba por cierto muy en contraposición con su carácter bonachón y franco.

Tomás gruñía siempre por rutina; pero, en cambio, era el hombre más condescendiente del mundo. Tenía una especie de veneración al pito de estaño que llevaba siempre colgado al cuello, y en el momento de peligro soplaba con tal ímpetu, con tal fuerza aquel instrumento, que los tripulantes le oían dominando la poderosa voz de la tempestad.

Aunque poco instruído, sus años y sus numerosos

viajes le habían dado la reputación de hombre entendido, de lo que estaba orgulloso.

Su historia estaba tan llena de aventuras, que alguna vez, cuando por casualidad caía un libro en sus manos, solía decir:

—Apuesto un frasco de ginebra a que las mentiras de este libro no son tan inverosímiles como las verdades de mi vida.

Tomás amaba a Sandoval como a un hijo, al buque como a una madre y a los tripulantes como a hermanos.

No tenía a nadie en el mundo. Huérfano desde la cuna, buscaba siempre una familia entre sus compañeros de navegación.

Su deseo más constante era morir en el Océano y ser sepultado en las ignoradas profundidades de sus aguas.

Pero como no entra en nuestro plan narrar las aventuras del contramaestre *Tiburón*, al menos por ahora, creemos que para formarse una idea del tipo bastará con lo dicho.

Tomás concluyó de leer el telegrama por la tercera vez, y enterado de su contenido, guiñó el ojo haciendo una mueca, y se dijo para su capote:

—Por listo que sea ese señor que viene en busca del retrato, no ha de tomarme el secreto al abordaje mientras me quede un grano de pólvora en la Santa Bárbara.

Después, viendo al grumete ocupado en sacar un cubo de agua por una de las portas de la mura de babor, le gritó:

—¡Eh, granuja! Toma rumbo hacia aquí y ponte al habla, si no quieres que te largue una andanada de cachetes que te arranquen chispas del casco.

El grumete sabía muy bien que el contramaestre *Tiburón* no pegaba nunca a los muchachos; pero le pareció prudente obedecer, por si acaso se olvidaba de tan buena costumbre.

El muchacho se cuadró delante de *Tiburón*, como esperando sus órdenes.

Tomás tomó una actitud grave, como el hombre que se dispone a dar órdenes importantes, y dijo:

—Dile al cocinero que atraque aquí, pues tengo que hablarle.

El cocinero se presentó en el alcázar de popa.

—Mañana—le dijo el contramaestre—almorzará conmigo un caballero que viene de Madrid recomendado por nuestro capitán. A tu cargo dejo el *estibar* con maestría el estómago del citado caballero.

—Entonces será preciso comprar algo, señor Tomás. porque desde que el capitán no está a bordo, nuestra cocina no es de las más delicadas.

—¡Diantre! Es verdad. Todos no tienen un estómago como el mío, que nunca repara en el lastre que le doy; pero ya he dicho que lo dejo a tu cargo. Lo único que te recomiendo es que abunden los platos de pescado, porque el consabido señor parece que viene de Madrid, y en aquella tierra todos están hartos de carne, exceptuando los que se mueren de hambre. Conque vete y di al encargado de la limpieza de las cámaras que le espero.

Poco después se presentó un joven delante del contramaestre.

—Mañana, a las siete—le dijo Tomás—, han de estar los camarotes más limpios que un espejo. Si tropiezo con una mancha, te arranco las orejas. Ya puedes largarte y decir a la tripulación que venga.

Estas idas y venidas comenzaron a llamar la atención de los tripulantes.

Mientras tanto el contramaestre, con la gravedad de un cacique de las costas de Guinea en presencia de un comprador de negros, sentado sobre el gallinero de popa, fumaba satisfecho de sí mismo.

Cuando tuvo delante a toda la tripulación, dispuesta a escucharle, habló de este modo:

—Me consta que sois todos unos buenos muchachos, y que tenéis en mucho la honra del buque que os mantiene y el decoro del capitán que os dirige. Vosotros sabéis que cuando yo me hallo encargado del buque no soy muy escrupuloso en materia de policía, y que no me enfado porque vayáis con la camisa sucia y los pantalones rotos, pues conozco que la ropa nueva debe conservarse para cuando uno baja a tierra a echar una cana al aire. Pero, hijos míos, hay circunstancias en que es preciso hacer *zafarrancho general;* y mañana, aunque no es día festivo, quiero que desembaracéis el buque de todo lo que estorbe para su hermosura y aseo; quiero que limpiéis la cubierta hasta el punto de poder mirarse la cara en ella; quiero que blanqueéis las cofas y los topes; quiero, en fin, que la linda *Esperanza* resplandezca como una muchacha el

día de su boda, y que vosotros os engalanéis con la ropa de los domingos. Y todo esto lo quiero, porque mañana tendremos una visita de parte del capitán; y aunque yo sea un pobre viejo, un tiburón que ha perdido los colmillos a fuerza de mascar tabaco y deshacer nudos, no por eso dejo de tener vanidad en que os encuentren hechos unos buenos mozos; porque efectivamente lo sois cuando os tomáis la molestia de lavaros la cara. Así, pues, hijos míos, si quedo contento de vosotros, os daré cuatro botellas de ginebra para todos y un duro por plaza, permitiéndoos que bajéis de sol a sol a tierra, con el bien entendido que nadie ha de volver a bordo con un hueso roto, porque al que no vuelva entero yo me encargo de acabarle de quebrar. Conque ya sabéis lo que deseo. Espero que no me daréis motivo de enojo. ¡Y largo, que ya estáis de más aquí!

El contramaestre, viendo que nada le quedaba que hacer sobre cubierta, bajó a su camarote y dió órdenes para que le sirvieran la cena.

—Pon dos botellas de jerez y un frasco de ginebra en la mesa dijo al camarero.

Luego, hablando consigo mismo, se hizo estas reflexiones.

—El capitán me encarga eficazmente que no me emborrache mañana, pero nada me dice de hoy. Creo, pues, que, sin faltar a la subordinación, puedo beber esta noche todo lo que me pida el gaznate. Animo, pues, Tomás, ya que mañana ha de ser para ti un viernes de Cuaresma.

Dos horas después el contramaestre roncaba tendido horizontalmente en su hamaca, bajo la influencia de dos botellas de jerez y medio frasco de ginebra.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, la fragata *Esperanza* resplandecía como las aguas de un lago heridas por los rayos de la luna.

Tiburón estaba satisfecho, orgulloso de sí mismo.

Los marineros se paseaban sobre cubierta con los trajes de los días festivos.

Un bote blanco como la leche, con sus remos dispuestos y la toldilla armada, se mecía tranquilamente junto a la escalera de la banda de babor.

El cocinero, arremangado hasta los codos y el rostro encendido como una remolacha, sudaba por todos los poros encajonado en su estrecha cocina de proa.

Todos esperaban con impaciencia al convidado.

Algunos marineros aseguraban que el capitán había contraído matrimonio con alguna rica señorita de la corte, y que la novia iba a visitar el buque.

Mientras tanto, el contramaestre, con la camisa limpia, su chaqueta de paño azul, su sombrero de hule echado hacia atrás, su inseparable pito al cuello y su pipa en la boca, se paseaba por el puente, dirigiendo de vez en cuando su mirada hacia el embarcadero del puerto.

Por fin vieron una lancha que vogaba en dirección a la fragata, conduciendo a un caballero joven.

Algunos marineros se abalanzaron a las bandas, movidos por la curiosidad.

—¡Eh!—les gritó el contramaestre—. No hay que ha-

cer aspavimentos, muchachos, porque no conviene que ese señorito sepa que le estamos esperando.

Poco después la lancha atracaba junto a la fragata.

—¿Es esta la fragata *Esperanza?*—preguntó el caballero desde la lancha.

—Esta es—respondió el contramaestre, asomándose con naturalidad por la puerta de la escalera.

—¿Está a bordo el contramaestre Tomás Cortado?—volvió a preguntar el de la lancha.

—Está usted hablando con él, caballero.

—¡Ah! Tanto mejor.

—¿Qué ocurre?

—Traigo de Madrid una carta para usted.

—¡Una carta!... ¿Y de quién es esa carta?

—Del capitán de este buque, del señor de Sandoval.

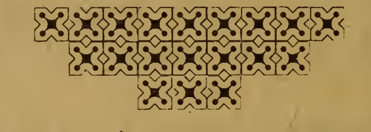
—¡Ah, diablo! ¿Por qué no lo ha dicho usted, caballero? ¡A ver! Uno de vosotros, sujetad la escalera, amarrad la lancha.

Dos hombres ejecutaron rápidamente las órdenes del contramaestre.

Después Tomás bajó unos cuantos escalones, como para salir al encuentro de la visita, y quitándose el sombrero, volvió a decir:

—Caballero, dispénseme usted si no le he invitado antes a subir a bordo; pero confío en que ahora me concederá ese honor. Al principio he creído que era usted uno de esos curiosos que, cuando no tienen nada que hacer, alquilan una lancha con el objeto de

visitar los camarotes de los buques, curioseando lo que no les importa; pero un recomendado del capitán... ¡Oh! ¡Diablo! Eso ya es otra cosa. Suba usted, caballero, suba usted, y dispénseme si le he detenido un momento.



CAPITULO X

Donde Tiburón habla de la mar

L marqués de la Espiga subió sobre cubierta, y Tomás, que deseaba que el joven madrileño admirase la limpieza y gallardía de sú fragata, le condujo al alcázar de popa, en cuyos bancos mandó colocar unos almohadones.

Ni una sola nube recorría el limpio horizonte; y el mar, terso y tranquilo como las aguas de un lago, sirviendo de espejo a aquel cielo azul, resplandecía de un modo admirable, herido por los rayos del sol.

Fernando permaneció un momento contemplando aquella multitud de embarcaciones, ciudad movible que se mecía ante sus ojos, y la hermosa y poética campiña que dominan las altas e inexpugnables almenas del antiguo castillo de *Ali-Canta*.

Después de esta corta contemplación, el marqués, comprendiendo que era preciso decir algo, habló de este modo:

—Tienen ustedes una hermosa fragata.

—Hermosa y velera, caballero; aunque para mí siempre ha tenido un defecto contestó el contramaestre.

Fernando recorrió con una mirada la obra muerta del buque, como para encontrar aquel defecto, y luego dijo:

—Confieso que estoy profano en la materia; pero yo encuentro este buque tan esbelto, tan perfecto, que no tendría inconveniente en hacer un viaje a bordo de él por el Océano.

—Pues para mí, caballero, la fragata tiene los palos de gavia demasiado altos y las vergas demasiado pequeñas. Es una construcción que en algunos astilleros españoles han tomado de los franceses. Yo prefiero la construcción norteamericana. Es más esbelta, y más segura en los casos extremos. Sin embargo, la fragata *Esperanza*, cuando tiene delante de los obenques un mar despejado y buena brisa, corre doce nudos por hora, sin necesidad de soltar las arrastraderas de la vela mayor. ¡Oh! A buen seguro que ninguna *rana* (1) ni ningún *John Bull* (2), son capaces de darle caza cuando recorre las costas buscando aventuras.

Fernando sacó en limpio de todo lo que acababa de decir *Tiburón*, que el barco era muy velero; pero que tenía alguna cosa en los aparejos que no era completamente del agrado del viejo contramaestre.

Como Fernando deseaba tener de su parte al contramaestre, que a juzgar por su rostro debía ser un lobo

(1) Buque francés.

(2) Buque inglés.

marino, le pareció muy del caso adherirse a su opinión, y aunque no entendía, como vulgarmente se dice, una palabra, le dijo:

—Ahora comprendo que la fragata tiene ese defecto.

—Yo, caballero—continuó Tomás—, soy un pobre viejo que el día menos pensado habré de retirarme a un astillero para que me carenen, pues comienzo a embarcar bastante agua por todas partes. Pero si fuera joven, y además de ser joven tuviera dinero para hacerme un buque a mi gusto, entonces verían los hombres de mar lo que no habían visto nunca. El mismo cuidado me darían a mí las marejadas del Océano y las ráfagas del mar de la China, que el que me da esta pipa que tengo en la mano.

—El capitán le tiene a usted por un marino inteligente —dijo Fernando que, como ya hemos dicho, procuraba ganarse las simpatías del contramaestre.

—El capitán me quiere demasiado. Es verdad que yo le pago con la misma moneda, y en cuanto a lo que toca al *oficio*, lo poseo un poco nada más a fuerza de práctica. ¡Qué diantre! A los marinos viejos les sucede como a los ciegos de nacimiento, que aprenden a puntear la guitarra desde niños, y tal costumbre se les hace en los dedos que luego lo tocan todo sin necesidad de solfa.

—Sin embargo, un hombre como usted es una necesidad en un buque.

—No diré que no, caballero; pero a bordo no siempre se reconoce la experiencia y la práctica de un marino viejo. La verdad es que por mucho que enseñen los libros, que por mucho que las cartas marítimas indiquen los *ca-*

llos colorados del Canal de Bahama y las corrientes de Magallanes, la mejor carta que yo conozco es la mirada inteligente del marino que ha cruzado veinte veces las peligrosas aguas por donde navega.

—Indudablemente, la práctica es el todo para los grandes viajes.

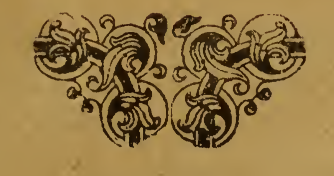
—La primera vez que tuve la desgracia de naufragar, estaba tan seguro de lo que nos iba a acontecer como de lo que ahora tengo en la mano: pero ya se ve, el capitán era un joven muy leído, pero muy inexperto; había estudiado mucho en los libros, pero muy poco en las iumensas soledades del Océano. Vo quise indicarle el peligro que corríamos: el amor propio es un mal enemigo del hombre, y, sobre todo, de la gente moza; quiso demostrarme su inteligencia, y cogiendo la barra hizo dar una orzada al buque, y poco después nos estrellamos sencillamente contra los pelados riscos de una de las tres islas de Diego Ramirez, que como los tres últimos dientes de un viejo, se hallan en el Cabo de Hornos, solitarias y amenazadoras, esperando que un incauto marino alimente su voracidad. Yo tuve la fortnna de salvarme, porque, indudablemente, no había llegado mi última hora; en cuanto al buque y los tripulantes, se fueron a pique con la misma gravedad que una bala de cañón tirada al mar desde la cofa del palo mayor.

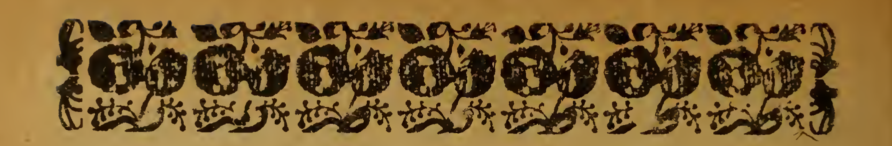
—Verdaderamente es muy arriesgada la profesión de marino.

—Dice un proverbio que nadie se muere hasta que Dios quiere, y eso precisamente me ha sucedido a mí en los treinta y ocho años que llevo de marino y en los

cuatro naufragios que me han acontecido durante esta vida.

Fernando comprendió que el bueno del contramaestre tenía trazas de estarse *hablando de la mar* algunas horas.





CAPÍTULO XI

Un episodio marítimo

L contramaestre hizo una pausa, durante la cual llenó su pipa, y el marqués creyó muy oportuno aquel momento para dar un corte a la conversación, que, en otras circunstancias, le hubiera parecido muy amena.

Así es que le dijo:

—Pues sí, señor Tomás; como he dicho a usted antes, traigo una carta del capitán...

—¡Ah, caballero!—repuso el contramaestre con naturalidad—. Si usted no me lo recuerda, confieso francamente que se había ido a pique el motivo de esta visita. ¿Y qué tal? ¿Cómo le va por la Corte al capitán? Parece que ya le han concedido la cruz. ¡Oh! ¡Qué ganas tengo de ver sobre la solapa de su gabán la corona y el áncora de oro con el retrato de Fernando VII y la cinta roja y amarilla! Porque, después de todo, se lo merece. Sí, señor; el

Gobierno, distinguiéndole, será justo. ¡Diablo! Se batió como un desesperado. Aún me parece estar viéndole rodeado de un enjambre de negros y mulatos más feos que el mismo Satanás. Daba gusto verle repartir bendiciones con el hacha de abordaje. Por fin soltaron su presa, y el convoy quedó en poder nuestro.

—Por lo que usted dice, el capitán debe haberse encontrado en algún combate naval.

—La fragata *Esperanza*, caballero, tiene patente de armas. ¿No se lo ha indicado a usted este cañoncete?

—¿Y dónde fué eso, señor Tomás?—preguntó el marqués.

—En las aguas de Santo Domingo, donde los malditos insurrectos se habían apoderado de una goleta mercante cargada de provisiones y armas para el ejército expedicionario de España.

—¡Ah!...

—El capitán tiene muy buen ojo, y al divisar una vela en aquellas soledades de agua, me dijo: «Tiburón, aquel buque es sospechoso.» Y entonces, sin encomendarse a Dios ni al diablo, mandó al timonel que diera una orzada, y puso la proa en dirección al derrotero de la goleta. Después mandó desplegar todo el trapo.

La fragata comenzó a cabecear con orgullo, y pronto las aguas, convertidas en espuma, subieron a lavarle la cara al mascarón de proa.

La goleta conoció indudablemente nuestras intenciones, y creyéndonos un buque de guerra, desplegó a su vez todas sus alas y arrastraderas, deseando poner mucha agua por medio.

Pronto se convenció de que era imposible escapar a nuestra persecución.

Nuestra fragata se le echaba encima, y como era de mayor porte, la goleta temió, sin duda, que en una de nuestras arribadas la pasáramos por ojo, pues nos hallábamos a una distancia muy corta de sus aguas.

Los pobres muchachos se convencieron de que una liebre coja se libra pocas veces de los dientes de un galgo corredor. Así es, que en cuanto calcularon que podíamos oir su voz, se pusieron al habla.

—¡Eh! ¡Eh! No vengáis tan cerca de nosotros—gritaba uno con la bocina—. ¡Orzad! ¿No veis que vuestro bauprés va a enredarse con los aparejos de nuestro palo de mesana?

—¿Qué buque es ese?—preguntó el capitán, sin hacer caso de la advertencia.

—La goleta *Alegría,* de la Habana. ¿Y el vuestro?

—La fragata *Esperanza,* del Ferrol. ¿De dónde venís?

—De la isla de Haití. Pero no vengáis a barlovento; ved que va a suceder una desgracia.

—¿Por qué lleváis ese falucho a remolque de la goleta?

—Le hemos encontrado en las aguas del canal de Bahama.

—Es muy extraño lo que decís, porque el canal está a algunas millas de estos sitios.

—No comprendo por qué razón habéis de molestarnos en nuestro derrotero.

—Porque no me gusta el color de vuestra cara—le contestó el capitán.

Indudablemente, al hombre que se había puesto al habla en la goleta no debió gustarle esta contestación,

pues comenzó a gesticular y a levantar los puños al aire en son de amenaza.

El capitán, sin hacer caso de los ridículos ademanes del mulato, volvió a decir:

—Poneos al pairo y enviadme el bote con los papeles.

Entonces la goleta ejecutó una maniobra, que la libró, por algunos momentos, de ser abordada por nuestra fragata.

Nosotros, caballero, tenemos buen olfato. Nos basta ver una vela para conocer su fe de bautismo y sus intenciones. Además, el hombre que se había puesto al habla tenía el color de la cara como una patata sin mondar, y las cabezas que se observaban detrás de la muralla eran negras como las alas de un vencejo.

El capitán se convenció de que aquellos morenos eran piratas haitianos, que, indudablemente, habían sorprendido la goleta.

El capitán mandó una maniobra, y muy pronto vieron los que intentaban escapar, que el botalón de foque de nuestro buque se hallaba amenazándoles a tres cables de la popa de la goleta.

Una arribada más, y los poníamos en grave conflicto.

Entonces, los *morenos* comprendieron que era necesario arriesgar el todo por el todo, y ocultos detrás de los parapetos del castillo de popa, nos hicieron una descarga.

Indudablemente a nuestra fragata le hubiera bastado un par de orzadas para echarse encima de la goleta y tragársela como un delfín se traga una cáscara de melón;

pero el capitán, que no quería echar a pique la presa, mandó barloventear y los pasamos delante.

Después, por vía de agradecimiento a la descarga, este señorito (Tomás puso la mano sobre el cañón) le envió un bote de metrella que les causó algunos desperfectos en los aparejos.

Entonces el capitán nos manifestó que ya no nos quedaba otra cosa que hacer que echarnos encima.

Y, efectivamente: pocos momentos después, nuestras serviolas se enredaban con las suyas, y con las hachas de abordaje en la mano y las pistolas al cinto saltábamos sobre la cubierta de la goleta *Alegría*.

Todos los tripulantes eran negros y mulatos. El capitán, al verlos, se puso a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Eh! ¡Muchachos! Sacudid de firme; no hay miedo de que nos equivoquemos.

¡Ah, caballero! Puedo asegurar a usted que nos divertimos mucho.

Aquellos condenados defendían la goleta con la misma rabia, con la misma desesperación que una tortuga defiende a su cría del cortante pico del águila de mar; pero los tripulantes de la *Esperanza* no eran ranas, como suele decirse, y daban los golpes en el clavo, despachándose a su gusto, y de esto resultó lo siguiente:

Primero, que el falucho que iba a remolque de la goleta *Alegría* era pertenencia de los piratas haitianos; segundo, que la noche anterior la goleta había sido apresada asesinando alevosamente al hombre de cuarto, que era procedente de Tarragona, y que su pobre

tripulación se hallaba encerrada en la bodega; y tercero y último, que hubo tres muertos y nueve heridos. Entre estos últimos tuve el honor de encontrarme yo; pero, gracias a Dios, tengo una encarnadura admirable, y me restablecí pronto.

El capitán encerró a su vez en la bodega a los morenos; dió el mando de la goleta al patrón, y haciendo rumbo hacia Santo Domingo, mandó que navegara en sus aguas.

Cuatro días después fondeamos en el puerto, y el cónsul, al saber el acontecimiento, aseguró al capitán «que el Gobierno no miraría con indiferencia su conducta».

Fernando había escuchado con sumo interés la sencilla narración del contramaestre. Sandoval tomaba a sus ojos grandes proporciones, y, pensando en el aventurero capitán, se había olvidado del objeto de su viaje.

Afortunadamente, el contramaestre se lo recordó, diciendo:

—Las palabras, caballero, son como las cerezas: primero hablando del buque, y luego de la reconquista de la goleta *Alegría,* nos hemos metido en harina hasta el punto de olvidarnos de la carta del capitán.

—Tiene usted razón. Yo he pasado el tiempo tan entretenido, que ya lo olvidaba todo. Aquí está la carta.

Tomás la leyó con detenimiento, y luego, con el tono más natural del mundo, volvió a decir:

—Los objetos que indica esta carta se hallan en el camarote de popa. Tenga usted la bondad de seguirme, caballero.

Tomás y el marqués bajaron al camarote:

Las afanosas miradas de Fernando encontraron muy pronto el retrato, que se hallaba en el mismo sitio indicado por Sandoval. El contramaestre lo descolgó, juntamente con la cruz, y dijo:

—Este debe ser; no hay otro.

—Sí, ese es—dijo precipitadamente Fernando.

Y luego, como si pretendiera indagar si la procedencia de aquel retrato era tal como el capitán la había referido, comenzó a dirigir preguntas al contramaestre, pues le inspiraba confianza la verbosidad y franqueza del marino.

—La historia de ese retrato es muy larga, caballero—dijo el contramaestre—, y me recuerda una catástrofe bastante sensible. El hombre no debe hablar nunca de cosas tristes con el estómago vacío, pues corre peligro de que se le vayan a pique las ganas de comer. Así, ruego a usted qne me honre admitiendo un ligero almuerzo, que, al fin y al cabo, justo y muy justo es que se obsequie en la fragata a los amigos del capitán.

Fernando calculó al momento que la conversación del viejo marino debía tomar grandes proporciones a los postres de una comida, y aceptó el almuerzo.

El contramaestre le refirió una historia exactamente igual a la que el capitán le había contado en Madrid.

La catástrofe de Angel Gurrea era indudable.

Aquel retrato, aquella cruz de oro, eran dos pruebas inequívocas del desgraciado fin del esposo de Magdalena.

El marqués no abrigó ninguna duda, y terminado

el almuerzo, se despidió del contramaestre, llevándose los objetos que habían motivado aquel viaje.

—Una pregunta, caballero—le dijo Tiburón, viendo a su huésped con un pie puesto en la escalerilla para abandonar el buque.—. ¿Sabe usted si el Gobierno ha concedido a mi capitán la cruz de distinción de la Marina?

—Nada me ha dicho de eso, mi querido señor Tomás —respondió el marqués—; pero creo que sí, pues he visto en el ojal de su levita una cinta amarilla con orla encarnada.

—Esa es, esa es—exclamó Tiburón.

Y quitándose el sombrero y agitándolo en el aire, continuó:

—¡Hurra, muchachos, hurra! El Gobierno es justo; pero lo será más nombrando a nuestro capitán almirante de la Armada.





CAPÍTULO XII

La exposición de Bellas Artes

VOLVAMOS a Madrid.

El lector nos perdonará estos viajes, en que sólo toma parte con la imaginación.

Una vez en la corte, nos encaminaremos al paseo de Recoletos, donde tan rápidos progresos lleva a cabo la creadora mano del hombre, gracias a algunos millones y a las fecundas aguas del Lozoya.

El día no puede ser más hermoso.

El transparente cielo de Madrid sonríe sobre las criaturas, mostrándoles toda la pureza de sus encantos.

Es verdad que las hojas de los árboles comienzan a tornarse amarillas y a caer, cansadas de su corta existencia.

Multitud de coches suben y bajan, y un *cordón* de gente viene y va.

La flamante Casa de la Moneda, cuyas paredes son objeto de tan codiciosas miradas, es el día que nos ocupa un abundante hormiguero, donde la gente entra

y sale ansiosa de admirar la sublimes concepciones de los émulos de Apeles.

La Exposición de Pinturas, instalada en el local que nos ocupa, es la causa de aquel cúmulo de gente que se ve transcurrir por el paseo de Recoletos.

Pero no todos aquellos seres que reune la incitadora curiosidad acuden a la Exposición por amor al arte.

Algunos van, no por ver, sino por ser vistos; otros, con el plausible objeto de matar el tiempo agradablemente; y la mayor parte *porque sí,* como ha dicho Olona en su célebre zarzuela *El valle de Andorra.*

Entremos nosotros en uno de los salones de la Exposición; pero no con el intento de hacer un juicio crítico de los cuadros expuestos, pues no contamos (a lo menos el autor de este libro) con los conocimientos necesarios para tan ardua empresa, aunque algunos se atrevan a hacerlo, ruborizando con sus sandeces a la augusta matrona que simboliza el arte que con tanta gloria cultivaron Velázquez y Murillo.

Detengámonos, pues, delante de un cuadro.

Este cuadro representa *Una boda en una aldea.*

Los inteligentes aseguran que el cuadro es bueno, que hay calor en la composición, que el colorido es valiente, que las figuras se mueven, que parece que se respira el grato y apetitoso ambiente de las brisas marinas y otra multitud de cosas, todas muy halagüeñas para el autor del cuadro.

Algunos jóvenes bastante superficiales, se detienen delante del cuadro, no para admirarle, pues el arte para ellos tiene muy poco que admirar.

Lo que les ha detenido, lo que les ha hecho fijar con curiosidad la vista en el lienzo, no es el mérito, es el asunto.

Entre estos jóvenes se encuentra Moisés de Rosental.

Oigamos lo que hablaban.

—Fijad vuestros ojos—dijo uno de ellos—con detención en ese cuadro. ¿A quién se parece la figura de primer término?

—¿La que va del brazo del marinero?—repuso otro.

—Sí, hombre, la que figura salir de la iglesia; porque ese cuadro, según el catálogo indica, representa una boda. ¿No os recuerda la cara de la novia otra fisonomía que habéis visto?

—¡Chico, tú derramas un rayo de luz en mi cerebro! Esa muchacha es el vivo retrato de la encantadora marquesa de la Espiga.

Esto fué un grito de alarma que hizo que todos los jóvenes fijaran con detención los ojos en el cuadro.

—Efectivamente, es ella: no me cabe duda.

Moisés, que no había separado sus quevedos del cuadro, y que indudablemente con sus cuatro ojos veía menos que otros con dos, repuso con énfasis:

—Veo con disgusto que estáis tocando el violón. Esa mujer no se parece a Aurora; yo soy voto en la cuestión, porque la he visto más de cerca que vosotros.

—Querido vizconde, tengo el gusto de anunciarte que si no reconoces el parecido que existe e tre esa pintura y la marquesa, eres un miope que se halla muy próximo a quedarse en completas tinieblas.

—Pero ¿cómo diablos queréis que se parezca una joven tan elegante, tan *comm'il faut* como Aurora, a una aldeanilla de mala muerte como la que representa ese cuadro?

—Tienes una buena fe digna de aquellos pastores que bailaron en Belén cuando el nacimiento del Mesías—repuso otro—. Aurora es una mujer misteriosa. ¿Quién sabe lo que se oculta tras de ese fausto, de ese oropel que nos deslumbra? Desengáñate, Moisés: para vivir en el mundo, para conocer a fondo a las personas que tratamos, es preciso verlas, no por lo que quieren enseñarnos, sino por lo que nos ocultan.

—Señores, esta es una cuestión muy sencilla; indudablemente, ese cuadro tiene un autor; nadie mejor que él puede sacarnos de dudas.

—Me gusta este chico, porque es lógico como Volney.

—Apuesto un almuerzo a que esa cabeza que nos preocupa es un retrato.

—Yo apuesto—dijo Moisés—a que es sencillamente una concepción del artista.

—Queda apostado. ¿Quién sabe dónde vive el autor de ese cuadro?

—Eso es muy fácil. El conserje puede darnos razón.

—Entonces, queda convenido en que mañana iremos a preguntarle la verdad del caso.

—Mira, Moisés, te aconsejo que le pidas esta noche a tu padre algunos napoleones, porque no te perdonamos el almuerzo, y tengo la seguridad de que vas a ser el pagano.

—Lo mismo te recomiendo.

—Pues vamos a enterarnos del domicilio de ese genio que ha logrado preocupar nuestras imaginaciones.

Los amigos se encaminaron en busca del conserje.

Otro espectador se detuvo delante del cuadro; llevaba un libro en la mano.

Tan pronto como sus ojos se fijaron en el lienzo, buscó en el catálogo el nombre del autor y el asunto del cuadro; después quedóse reflexivo y absorto delante de la pintura.

Este espectador era un anciano, que, a juzgar por su traje y sus patillas blancas y extremadamente finas, tenía todas las trazas de uno de esos viajeros admiradores del arte, que recorren el mundo sin que nunca se apague el entusiasmo en su corazón.

Cerca de media hora permaneció con la mirada fija en el lienzo, como si quisiera estudiar hasta el más pequeño de sus detalles.

Todo lo que acontecía en derredor suyo le era indiferente.

Sus ojos, su pensamiento, su vida, se hallaban fijos en el cuadro.

Aquel hombre parecía la estatua de la meditación contemplando las cenizas de un héroe, de uno de esos grandes trastornadores del universo.

Algunos, viéndole enclavado en el pavimento, sin mover ni el más pequeño de sus músculos, le dedicaban una sonrisa burlona y seguían su camino.

Por fin, el caballero de las patillas abandonó aquel sitio, y cruzando los salones con una indiferencia ad-

mirable se detuvo ante la puerta del conserje, y haciendo una ligera inclinación de cabeza, le dijo:

—Dispense usted si vengo a molestarle haciéndole una pregunta.

—Nada de eso, caballero—contestó el conserje—. El Gobierno me paga para contestar a todas las preguntas que se me dirijan.

El caballero de las patillas volvió a inclinarse y dijo:

—¿Podrá usted enterarme dónde vive el autor de ese cuadro?

Y señaló el número que ocupaba en el catálogo.

—¡Ah! ¡Don Carlos Rubira! Es un joven de mucho talento, según he oído decir a los pintores, durante la colocación de los cuadros, pero muy pobre; bien es verdad que en España todos los artistas son pobres.

—¿Y sabe usted dónde vive?—dijo el caballero, interrumpiendo al conserje.

—Sí; me ha dejado tres o cuatro papeletas por si alguien deseaba comprar el cuadro, que, entre paréntesis, creo que no le vendrá mal venderlo.

—¿Podra usted darme una de esas papeletas?

—Con muchísimo gusto.

Y el conserje sacó su cartera y entregó al caballero un pedazo de papel donde estaba escrito el domicilio de Carlos.

El caballero de las patillas hizo una tercera inclinación de cabeza al conserje, y salió de la Exposición. Subió en un elegante carruaje que le esperaba a la puerta, y entregando al lacayo el papel que poco antes le había dado el conserje, dijo sencillamente estas palabras:

—Adonde dicen las señas.

Dejemos al elegante carruaje corriendo por el Prado, y adelantándonos nosotros, entremos en un modesto nido donde se refugian el amor, la esperanza y la felicidad.



CAPÍTULO XIII

La poesía del hogar doméstico



EL mismo día que Magdalena lloraba en su lujoso gabinete lágrimas de dolor y de vergüenza recordando su infame conducta; el mismo día que la adúltera, sobresaltada y medrosa, a pesar del fausto y esplendor que la rodeaba, sola con su dolor, temía que Sandoval el marino le pidiera cuenta de su criminal conducta, una escena bien distinta tenía lugar en un cuarto tercero, de modesta apariencia, de la calle de la Esperanza.

Aquel cuarto se hallaba habitado por dos seres que el amor había unido junto a un lecho de muerte.

Eran felices, porque la virtud y la honradez se albergaban en sus almas generosas.

Raras veces sucede que el hombre que tiene cariño al trabajo y amor a la familia sea desgraciado.

El infeliz proletario, el pobre artesano que gana un mó-

dico, un miserable jornal, tiene también sus dulces, sus inefables horas de contento, de bienestar, de felicidad.

Los elegidos, esa familia privilegiada que nunca dirige los ojos hacia abajo, no comprende los goces del pobre.

Para ciertos seres, un jornal de siete reales sería la muerte, el infierno anticipado en la vida. Creen imposible que en el mundo se pueda vivir con lo necesario, porque ellos, desde la cuna, han disfrutado de lo supérfluo.

Bien es verdad que para ser pobre se necesita más virtud, más abnegación que para ser rico, y que el trabajo exige de la criatura más honradez que la holganza.

Si los ricos fueran pobres una vez al año, los pobres serían más considerados por los ricos, las palabras del Hijo de Galilea no se hubieran borrado nunca de la memoria de los egoístas.

Porque el hombre es, por lo general, egoísta, y cierra la puerta de su casa cuando oye lamentos en la del vecino.

Sólo el que ha *disfrutado* de la desgracia sabe enjugar a tiempo las lágrimas del infortunio.

Pero terminemos esta pequeña digresión diciendo que sobre la tierra existe un desnivel social, tal vez irremediable, y que al infeliz que le toca luchar con la desgracia, si no quiere vivir eternamente desesperado, debe, ante todo, aprender a ser pobre.

Esto precisamente había hecho el pintor Carlos Rubira.

Carlos era un buen pobre; uno de esos pobres que no huelen mal; que llevaba la camisa limpia, la levita perfectamente cepillada y la corbata bien puesta.

Su rostro no había adquirido esas tintas sombrías y melodramáticas de esos hijos del infortunio que se avienen mal con su suerte, sino que, por el contrario, sus ojos, su sonrisa, respiraban una bondad, una resignación admirable.

Ni se quejaba de su suerte, ni tenía la mala costumbre de achacar sus desgracias a la Providencia, esa eterna remediadora de los afligidos.

La fe no se había extinguido en su carazón, y la fe es la mejor palanca que puede coger el pobre para sostener el peso de su infortunio.

Además, Carlos era hombre de gran fuerza de voluntad; especie de fortuna que hace milagros y que, por lo regular, engrandece a sus afiliados.

Desde que la desgraciada Genoveva había muerto, Carlos, Margarita y Aniceto (el hombre más desgraciado, pero más liberal del mundo), vivían en un cuarto tercero de la calle de la Esperanza.

Margarita había engrosado un poco; que en una mujer joven es como si dijéramos que se había embellecido.

Una mujer flaca es preciso que sea una Venus para no parecer fea.

Además, Margarita era madre de un hermoso niño que contaba ocho meses de edad, y las mujeres, cuando llegan a la respetable categoría de madres, adquieren algo de noble, de majestuoso, de dulce en la mirada.

Una madre es un poema de sensibilidad, un canto de amor perenne, una fuente inagotable de tolerancia.

El señor Aniceto, bien pudiera decirse que era en aquella casa la niñera del tierno vástago. Y como el alma

de los niños es un manantial constante de ternura, el hijo de Margarita amaba al señor Aniceto, por la misma razón que al señor Aniceto se le caía la baba y estaba loco por él.

Los extremos se tocan; esa es una verdad palmaria.

El niño, pues, buscaba al viejo polvorista, y el viejo polvorista buscaba al niño.

He aquí la razón por qué la mayor parte del tiempo el señor Aniceto tenía sobre sus rodillas al pequeño Carlos, manteniendo con él conversaciones interminables e incoherentes, en las cuales el viejo no empleaba más que la mitad de su lengua.

Carlos, gracias al asíduo e incesante afán que demostraba por el trabajo, había podido terminar su cuadro *Una boda en una aldea* y colocarle en las honrosas paredes de la Exposición de Bellas Artes.

El cuadro era una esperanza para los esposos; y como la esperanza se halla siempre ataviada de tan poéticos colores, en la casa del artista reinaba la alegría más completa, la tranquilidad más envidiable.

Carlos, junto a una mesa, rodeada de lápices, de difuminos y pequeños trozos de madera de boj, dibujaba, como siempre, teniendo a su hermosa Margarita al lado, que trabajaba también.

Enfrente de ellos, el señor Aniceto, con el niño sobre las rodillas, se entretenía en hacer bailar un polichinela de cartón por el sencillo y antiquísimo mecanismo de un hilo.

Por las paredes de la modesta habitación veíanse colgados multitud de bocetos, esculturas, bustos de yeso, paletas; en fin, toda esa colección de objetos que distinguen el estudio de un artista.

Como de vez en cuando Carlos se veía précisado a recibir en su estudio algún amigo o algún editor, Margarita, de sus ahorros, le había hecho una bata; prenda que Carlos decía, en son de broma, que era demasiado lujosa para un pobre como él.

Muchas veces, el señor Aniceto interrumpía el trabajo de los padres, prorrumpiendo en una enérgica exclamación. Esto sucedía siempre que el pequeño Carlos hacía una de esas gracias que tan dulcemente distraen a la familia.

Las caricias que se tributan a los hijos levantan un eco en el corazón de los padres.

El viejo polvorista, a fuerza de acariciar a aquel pequeño vástago, había logrado apoderarse del corazón de Margarita y Carlos.

Para los jóvenes esposos el señor Aniceto no era un sér extraño, era como un miembro de la familia, un poco menos que padre y algo más que amigo.

El amor enlazaba aquellos cuatro seres con sus lazos de flores, perfumándoles el alma.

El ángel misterioso y protector de la felicidad batía sus impalpables alas en el purísimo ambiente de aquella modesta habitación.

Contentos con su suerte, no la hubieran trocado por la del vecino.

Imposible sería desear una existencia más tranquila, más feliz que la de aquellos seres en medio de su pobreza.

La vida para ellos era una sonrisa interminable, que brotaba siempre de la virginal boca de un querubín.

La esperanza, la virtud y la fe se habían reunido para formar un grupo encantador bajo un cielo sin nubes sobre un campo sembrado de flores.

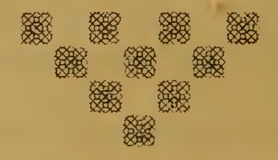
La esperanza dormía tranquilamente en una cuna, con la sonrisa de los ángeles en los labios.

La fe brillaba en los amantes ojos de los esposos.

La virtud había elegido su santuario en las honrosas canas del viejo polvorista.

Perdona, lector querido, este capítulo de reflexiones que acabo de regalarte con el pomposo título de *La poesía del hogar doméstico*.

Soy amante de la familia; por ella pienso y para ella escribo; y cuando veo la modestia, la virtud, la fe del cristiano y los desvelos del hombre honrado reunidos en la habitación de pobre, las ideas se escapan de los puntos de mi pluma, extendiéndose muchas veces más de lo regular.





CAPITULO XIV

Las esperanzas de una familia pobre

YA que nos hemos introducido en casa de Carlos y Margarita, oigamos lo que hablan.

—Mire usted, don Carlos—exclamó Aniceto—, el chico se ha empeñado en coger el hilo del polichinela y hacer lo que yo hago; trabajo le doy para que lo consiga; pero, como es muy listo, tengo la esperanza de que al fin y al cabo se saldrá con la suya. Vamos a ver. ¡Anda, Carlitos, anda!

Y el viejo iba acercando el extremo del hilo a una distancia conveniente de la mano del niño.

Carlos y Margarita, olvidándose de todo, con el alma en los ojos, contemplaron un momento a su hijo.

—¡Anda, tonto, anda!—repitió Aniceto—. Levanta un poco más la mano. ¡Anda!... Ya te falta poco.

—Acérquesele usted más, a ver lo que hace—dijo la

madre, esperando, sin duda, que su hijo hiciera una gran habilidad.

El niño cogió por fin el extremo del hilo, y tiró de él con fuerza, con desorden, de ese modo que demuestra el poco conocimiento de lo que se hace.

El polichinela comenzó a levantar los brazos y las piernas de una manera precipitada e irregular.

Aquellos movimientos, prolongándose un poco, amenazaban descoyuntarle.

Todo el mundo creyó llegado el momento de reir, sólo que Carlos y Margarita se rieron con el alma, y el señor Aniceto con todo el cuerpo.

De esto resultó que el polichinela perdió una pierna.

El viejo polvorista hizo un gesto indescriptible, acompañándole con estas palabras:

—¡Anda! Ya lo has roto; ya me ha caído que hacer.

—Eso ya podía usted esperarlo—dijo Carlos riendo, tal vez satisfecho de la proeza de su hijo.

—Si yo me alegro que lo haya roto—volvió a decir Aniceto—. Este muñeco era demasiado pequeño para él, y esta tarde voy a hacerle otro cuatro veces mayor. En vez del hilo le pondré un bramante y una maderita al extremo para que pueda cogerlo bien.

Y Aniceto, levantando al niño todo cuanto le permitieron sus brazos, continuó:

—¿No es verdad, señorito, que yo le haré a usted uno más grande y más hermoso?

Carlos agradeció con una sonrisa el cariño que aquel pobre viejo demostraba a su hijo, y continuó su interrumpida tarea.

Margarita imitó a su esposo.

Carlos, como todo hombre que toma el trabajo con resignación y cariño y no extiende la mano más allá de los límites que le marca su suerte, iba progresando, aun que muy pausadamente.

Como no debía nada a nadie, su sueño era tranquilo, y se despertaba con la sonrisa en los labios.

—Querido Carlos—dijo Margarita sin levantar los ojos de la labor—, ¿no vas hoy a la Exposición?

—No; tengo que concluir estas viñetas. Cuando salgo pierdo mucho trabajo. Además, ¿qué falta hago en la Exposición?

—Tienes allí un cuadro y podría presentarse un comprador...

—¡Bah! En ese caso, el conserje, que tiene nota de las señas de esta casa, no dejará de mandarme un aviso.

—¿Tienes confianza en que te compren el cuadro?

—No me ocupo de ello. Lo he presentado por satisfacer una cuestión de amor propio. Creo que mi cuadro ni es bueno ni es malo; pero vale, por lo menos, tanto como otros que ocupan un lugar en aquel honroso local.

—Pues a mí me gusta mucho.

—Ya lo supongo.

—Me gusta más que todos los de la Exposición.

—Veo, hija mía, que rechazas el espíritu de justicia y que apadrinas la adulación.

—Eso no es cierto. Ya sabes que cuando no me gusta algo de tus trabajos, te lo digo con franqueza.

—Nunca me ofenderé por eso. Te concedo buen gusto, sobre todo en los asuntos en que toma parte el corazón.

—Mira, Carlos, me alegraría que no te compraran el cuadro.

—Pues hija, es preciso que confieses que esa alegría puede ser perjudicial para nosotros.

—¡Bah! No nos habíamos de morir de hambre por eso. Y, en cambio, tú me regalarías el cuadro y yo le pondría en mi gabinete.

—Prefiero venderlo; eso nos trae más cuenta.

—Lo cual demuestra que eres ambicioso de dinero.

—Tenemos un hijo y es preciao asegurarle un porvenir.

—Sí, sí—exclamó Aniceto, mezclándose en la conversación—. Es preciso hacerle un palacio y comprarle coches a este señorito, porque le gustan mucho los caballos. ¡Arre, caballo!... Yo le pediré después la plaza de cochero.

—Entonces no servirá usted ya para cochero—dijo Margarita.

—¡Diantre! Tiene usted razón. Ya me olvidaba de que todo lo que el chico crezca lo he de menguar yo, y que cuando él cuente veinte abriles, yo contaré noventa inviernos, y a esa edad es difícil que yo sirva para algo.

—Pero a esa edad se le jubilará a usted con una pensión decente—dijo Carlos.

—Yo no quiero jubilaciones. Me basta con tres platos de sopa al día y un rosario para siempre.

—Carlos—repuso a su vez Margarita—, te prevengo que yo no quiero palacios; soy más modesta: me contento con una casa de campo donde mis hijos puedan

correr y criarse robustos, y una renta de doce mil reales para que tú no trabajes tanto.

—Pues yo ambiciono más que todo eso.

—Sepamos qué ambiciona usted, caballero.

—Todo lo que tú has dicho, y además tener muchos hijos.

—¿Y qué haríamos con tantos hijos?

—Señorita—dijo Aniceto—, los hijos y el dinero nunca están de sobra.

—Sin embargo, me darían mucho que hacer—repuso Margarita—. No, no quiero muchos hijos; pero quiero una niña, para tener una parejita. ¡Oh! ¡Qué gusto será vivir en una casa de campo, con su trozo de huerta, su corral, su empalizada!... ¡Verse allí rodeado de gallinas y de familia!... Y veros a todos sanos y alegres. ¿No deseas tú eso, Carlos?

—Hija mía, ese es mi sueño dorado; pero para realizarle necesitábamos, por lo menos, cinco o seis mil duros, y no recuerdo haber leído en la historia de un dibujante que, haciendo viñetas, haya llegado nunca a poseer ese capital.

—Nosotros, por ahora, podemos ahorrar veinte reales todos los días.

—Sí; pero viene un día en que nos gastamos los ahorros de un mes.

—Pues mira, a pesar de eso, yo tengo mi *hucha*.

—¡Hola!... ¿Y cuánto dinero tienes?

—No puedo decírtelo, porque lo destino para una cosa que tú no puedes saber.

—¿Tienes secretos para mí?

—Yo lo diré, yo lo diré—exclamó el señor Aniceto.

—Le prohibo a usted que hable—dijo precipitadamente Margarita.

—Entonces, punto en boca.

—¿Conque decididamente te obstinas en ocultar el destino que piensas dar a tus fondos?

—Si te empeñas en saberlo, te lo diré; pero...

—No, no quiero saberlo. Me gustan mucho los golpes de efecto, el *tableau*, como dicen los franceses, y sobre todo, desde que no voy al teatro, pero te prohibo que me compres una casa de campo—dijo Carlos sonriendo.

—Puedes burlarte cuanto quieras; no he de enojarme por eso; pero yo tengo la esperanza de que algún día se han de realizar mis sueños.

—No creas que me disgustaría que se realizaran; pero en esta ocasión me veo en el caso de hacer una guerra cruel a tus esperanzas.

—Vamos a ver: ¿cuánto puede costar una casa de campo?

—Cuatro o seis mil duros.

—Pues mira, el corazón me dice que la tendremos... Tú eres demasiado bueno y has sido muy generoso con esta pobre huérfana, para que Dios no se acuerde de ti. Las acciones meritorias practicadas en la tierra, tarde o temprano, tienen su recompensa, que brota del cielo.

—Dispensa, Margarita; no admito lo que dices. Casándome contigo, yo sólo he salido ganancioso.

—No, no; he sido yo—exclamó Margarita.

—Señores, señores—repuso Aniceto—, en la boda de ustedes el que verdaderamente ha ganado soy yo.

—¡Usted!—dijeron riéndose los dos esposos.

—¡Es claro! Yo vivía solo como un hongo, mi corazón comenzaba a enfriarse por falta de cariño, y ahora tengo una familia; y muchas veces, al recibir las tiernas caricias de este niño, me figuro que tengo un hijo o un nieto, creyéndole algo de mi sér.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Margarita lanzó un grito.

Carlos y Aniceto se echaron a reir, y su esposa le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada; que el timbre de la campanilla ha resonado de un modo extraño en mí corazón—respondió Margarita—. ¿Quién podrá ser?

—Algún criado de casa del editor.

—Pronto saldremos de dudas—dijo Aniceto.

Y levantándose con el niño en brazos, fué a abrir.

Poco después volvió a entrar en el estudio diciendo que un caballero preguntaba por el señorito Carlos.

—Margarita, coge el niño y entra en el gabinete—le dijo Carlos.

Y luego, volviéndose al señor Aniceto, continuó:

—Puede usted decir a ese caballero que pase.

—Adiós, Carlos—dijo Margarita—. Creo que tenemos un comprador para el cuadro.

—Dios te oiga.



CAPÍTULO XV

Donde se verá quién era el señor de las patillas blancas.



N caballero entró en el estudio de Carlos.

Tendría aproximadamente cincuenta años de edad. Era alto, bien formado y de maneras distinguidas. Sus patillas blancas, semblante sonrosado y fresco, su traje elegante y de corte particular, le daban un aspecto de extranjerismo bastante marcado.

A pesar de sus cincuenta años, aquel caballero se conservaba robusto y lozano de un modo notable.

Bastaba verle para comprender que en su juventud había sido un hombre hermoso.

Tenía los ojos de un azul oscuro, pero limpio y brillante, y la dentadura blanca y esmaltada.

Su aspecto general era el de una persona distinguida.

Carlos, que se había levantado de su silla, dió algunos pasos para salir al encuentro del forastero.

El anciano se inclinó con esa majestad que distingue a las personas bien educadas.

—¿Es usted, caballero—dijo con pausado acento—, don Carlos Rubira, autor de un cuadro expuesto en el salón de Bellas Artes, que, según el catálogo, lleva por título: *Una boda en una aldea?*

—Efectivamente, caballero; yo soy el autor de ese cuadro—respondió Carlos—. Pero tenga usted la bondad de tomar asiento.

Y le indicó una silla.

—Si usted me lo permite, permaneceré en pie. Cuando me hallo en casa de un artista de genio me gusta escudriñar hasta el último boceto de su estudio.

—Usted es dueño de hacer lo que guste: esta es su casa.

El forastero se inclinó, como para agradecer el ofrecimiento, y colocándose un lente en el ojo derecho, comenzó a examinar con detenimiento los bosetos y estudios que decoraban las paredes.

Carlos dejó que satisfaciéra la curiosidad, y luego dijo:

—Hay poco o nada que valga, en mi estudio.

—El cuadro expuesto tiene una verdad, una entonación, un colorido notables. Usted se ha apoderado de la Naturaleza, trasladándola al lienzo. Sin embargo, conozco que usted necesita pintar mucho. No tengo la costumbre de adular a nadie. Digo siempre lo que siento, sin ocuparme nunca del efecto que produzco.

—¡Ah, caballero! Usted es demasiado bueno con este humilde *dibujante.*

Carlos marcó la última palabra de un modo notable.

—Si alguno no ve en el cuadro de usted—volvío a decir el caballero de las patillas lo que yo he visto, tanto peor para él. Pero creo, si no he oído mal, que

usted me ha dicho que se dedicaba a la ilustración de obras.

—Me he visto precisado a ello, caballero.

—No es extraño. En España los artistas tienen que trabajar mucho para medrar poco. Usted ha hecho lo que otros muchos; lo comprendo y lo deploro. Pero, tornando al objeto de mi visita, según tengo entendido, usted desea vender el cuadro que tiene expuesto.

—Con este objeto solicité su colocación en aquel local preferente.

—¿Tiene usted algún compromiso adquirido?

—Nadie se ha acordado de mi cuadro—contestó Carlos, asomando a sus labios una amarga sonrisa.

—¿Quiere usted veudérmelo?

—Con mucho gusto, caballero. Para eso lo pinté.

—Entonces el cuadro es mío—dijo con una calma y una seguridad tal, que Carlos no pudo menos de asombrarse.

—Dispense usted, caballero, si le advierto que aún no he tenido el gusto de indicarle el precio que he puesto a mi obra.

—No importa; si usted vende el cuadro, el cuadro es mío por el precio que me indique, sea el que quiera. Cuando me gusta una obra de genio, la compro sin regatear. Profeso veneración y respeto a las artes. Soy lo que se llama en el mundo un hombre inmensamente rico. Digo todo eso para que usted esté prevenido, no me gusta sorprender a nadie.

Carlos contemplaba con admiración a aquel caballero que con tanto interés se presentaba a comprarle el cuadro.

Rápida como una exhalación cruzó por su mente una idea dolorosa.

Aquel anciano era indudablemente un extranjero, y los españoles se habían olvidado de su cuadro.

Hubo un momento de pausa, y luego dijo el hombre de las patillas blancas:

—Si usted, querido artista, no lo tiene por una imprudencia, me atreveré a hacerle una pregunta.

—Estoy a las órdenes de usted.

—El cuadro, si no he visto mal, representa una boda.

—Así es, efectivamente.

—¿Es una copia del natural, o una obra puramente de imaginación? Dispense usted la pregunta, pero me gusta recoger detalles de todos los cuadros que voy reuniendo en mi museo partícular.

—El cuadro tiene de todo, caballero. Su primitiva idea nació, efectimamente, de una boda a la que fuí convidado. Me chocó aquel grupo alegre y feliz que salía de la casa de Dios, y vi en mis sueños de artista que de aquel grupo podía hacerse un cuadro de costumbres.

—¿Hay algunos retratos en el cuadro?

—Hay dos retratos verdaderos, y algunos que se asimilan bastante a las personales.

—¿Podrá usted indicarme cuáles son los retratos?

—Precisamente las figuras de primer término.

—¡Ah! ¿Los novios?

—Sí.

—¿Usted los conocía?—volvió a preguntar el comprador.

—Fueron amigos míos.

—¡Fueron! ¡Pues qué! ¿No existen aún?

—Lo ignoro, caballero. Hace próximamente dos años que no he sabido nada de ellos.

El anciano se quedó un momento pensativo.

Indudablemente, Carlos vió en las preguntas del comprador de su cuadro algo más que esa curiosidad sin fundamento que suele acometer de vez en cuando a las personas.

—¿Hace mucho que pintó usted el cuadro?—volvió a preguntar el forastero.

—Próximamente hará dos años que puse el primer color sobre el lienzo.

—¿Y qué edad tendría la novia?

—Tendría lo más diez y nueve años.

El comprador demostró, aunque imperceptiblemente, que aquella respuesta le desorientaba.

Volvió a preguntar:

—¿Conoció usted a sus padres?

—No, caballero. Siempre he ignorado el misterio que rodeaba a aquella joven.

A esta pregunta siguió otra ligera pausa.

El caballero de las patillas comenzó segunda vez a examinar los bocetos que decoraban las paredes.

Luego volvió a decir:

—El cuadro es mío. Tenga usted la bondad de indicarme su precio y el de estos bocetos.

Y el caballero, cogiendo el *tiento* del pintor, señaló con él cuatro bocetos de los que decoraban las paredes.

—Esos bocetos son apuntes ligeros—dijo Carlos—. No están terminados todavía.

—Puede usted terminarlos cuando guste; no tengo prisa. Pero desearía saber desde ahora que me pertenecen.

—Entre esos bocetos hay uno que deseo conservar.

—¿Cuál?

—El más grande; el que representa a la moribunda y a su hija de pie y afligida a los pies de su cama.

—Ese boceto puede ser un cuadro lleno de sentimientos, de ternura; me ha chocado, y deseaba adquirirlo; y usted me permitirá que le diga que el que hace un cesto hace ciento, y no le ha de ser muy difícil reproducir esa escena, que indudablemente le toca muy de cerca cuando tanto cariño le profesa.

—El retrato de esa joven es el de mi esposa. La moribunda es su madre—dijo Carlos sencillamente, pero con sentida entonación!

—¡Ah! ¿Es usted casado?

Carlos se inclinó en muestra de asentimiento.

El caballero continuó, señalando dos bocetos más, que representaban unas escenas de gitanos.

—Pues elijo estos cinco bocetos, además del cuadro; puede usted indicarme el valor de todo.

Carlos se quedó un momento preocupado.

Indudablemente hubiera preferido habérselas mejor con un comerciante de cuadros que con aquel hombre generoso.

Después de un momento de duda, Carlos abrió un cajón de su mesa, y sacando un papel se lo presentó al comprador.

—Para que usted vea, caballero—le dijo — que no pretendo abusar de su desprendimiento, de su generosidad, aquí tiene usted una nota del precio que he fijado a mi cuadro, por si en los momentos que yo falto de casa se presentaba algún comprador.

El caballero examinó la nota, y luego dijo:

—Esto es muy poco; el cuadro vale mucho más.

—Sin embargo, son treinta mil reales—contestó Carlos, comenzando a temer que aquel hombre fuera algún monomaníaco de la pintura.

—Vuelvo a repetir que es muy poco, querido artista, y voy a probarlo. ¿Cuánto tiempo ha empleado usted en la ejecución del cuadro?

—Hace cerca de dos años que lo comencé; pero durante ese tiempo he dibujado también un sinnúmero de viñetas.

—¡Dos años!—repuso el comprador sin hacer caso de las últimas palabras de Cárlos—. Un artista no debe ganar menos de tres mil duros al año, y eso en España, donde los artistas están acostumbrados a vivir con mucha economía. Por consiguiente, el cuadro vale seis mil duros.

—Caballero—exclamó Carlos, que comenzaba a aturdirse—, mi cuadro no vale más que treinta mil reales.

—Como usted quiera—dijo el comprador—. Ya que usted ha fijado el precio del cuadro, me permitirá que yo fije el de los bocetos.

Carlos no supo qué contestar. Aquel hombre había llegado a fascinarle.

En aquel momento vió que tenía al alcance de su mano la realización de los sueños dorados de su esposa.

Mientras tanto, el caballero de las patillas dejó sobre la mesa un fajo de billetes de Banco y una tarjeta.

Luego dijo:

—Querido artista, voy a hacerle a usted la última

pregunta. ¿Dónde conoció usted a los novios de su cuadro?

—En Santillana del Mar, un pueblecillo que se halla como a unas cinco leguas de Santander, en una modesta casa, en un pequeño nido de ruiseñores.

—¿Recuerda usted sus nombres?

—Perfectamente, caballero. El novio, se llamaba Angel Gurrea; la novia, Magdalena Durango de Araguay.

El comprador apuntó estos nombres en su cartera, mientras Carlos le contemplaba con admiración.

Luego volvió a decir:

—Puesto que los cuadros son míos, cuando usted guste tendrá la bondad de remitírmelos donde dice esa tarjeta. Y en cuanto a usted, mi querido artista, espero que cualquier día me conceda la honra de almorzar conmigo, pues desearía encargarle algunos cuadros de episodios de mi vida.

El comprador tendió una mano a Carlos indicando que aquella escena había terminado.

Carlos, después de acompañarle hasta la puerta, volvió a entrar en su estudio, donde ya le estaba esperando Margarita.

Los esposos se quedaron mirándose por un momento, y luego exclamaron casi al mismo tiempo:

—¿Quién será ese hombre?...

Carlos se fijó entonces en el fajo de billetes que había dejado sobre la mesa, y los contó.

Había seis mil duros.

—¡Ah! ¡Eso es una fortuna!—exclamó Margarita sin poder ocultar su alegría.

—Sí, efectivamente; una fortuna que nos cae del cielo, porque mis cuadros no valen tanto dinero. Sin embargo, veamos quién es esta Providencia eu forma de hombre que viene a convertir en una realidad encantadora nuestros dorados sueños.

Carlos, cogiendo la tarjeta que juntamente con los billetes había dejado el comprador, leyó en voz alta:

Sir Guillermo Warton.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DE

LA MUJER ADÚLTERA

TOMO PRIMERO

LIBRO TERCERO

Un drama de familia.

LIBRO CUARTO

Amor platónico

LIBRO QUINTO

La luna de miel.

LIBRO SEXTO

El pendiente del abismo.

LIBRO SEPTIMO

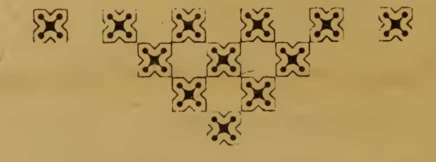
El aniversario.

LIBRO OCTAVO

Los desheredados.

LIBRO NOVENO

Los elegidos.



Pauta para la colocación de láminas

TOMO PRIMERO